



Raphael Dracoon

Dragones de Eter II

CORAZONES DE NIEVE

Lectulandia

En el mundo de Nueva Éter, un mundo custodiado por las hadas, una nueva era está por comenzar. Después de la terrible muerte del rey Primo Branford, el príncipe Anisio ha tomado posesión del trono y se ha convertido en el nuevo rey de reyes. La pequeña Ariane Narin continúa con su iniciación en la brujería mientras que los hermanos Hanson descubren que su familia tiene una deuda con la poderosa y peligrosa magia negra, la cual deberán pagar.

Dos antiguas sociedades secretas, que debían haber sido exterminadas, renacen con más fuerza que nunca. Después de dos décadas encarcelado, un ex prisionero reconocido mundialmente por sus ideas de rebeldía y por robar a los ricos para dar a los pobres es liberado, desenterrando así peligrosas canciones de guerra. El último príncipe de Arzallum está listo para participar en el torneo de box más importante de toda Nueva Éter: el Puño de Hierro. Y la tecnología de Oriente llega de manera devastadora al Gran Palacio, dando inicio a un proceso que fusionará magia y ciencia, modificando todo el conocimiento científico que el Occidente imaginaba poseer.

Lectulandia

Raphael Draccon

Corazones de nieve

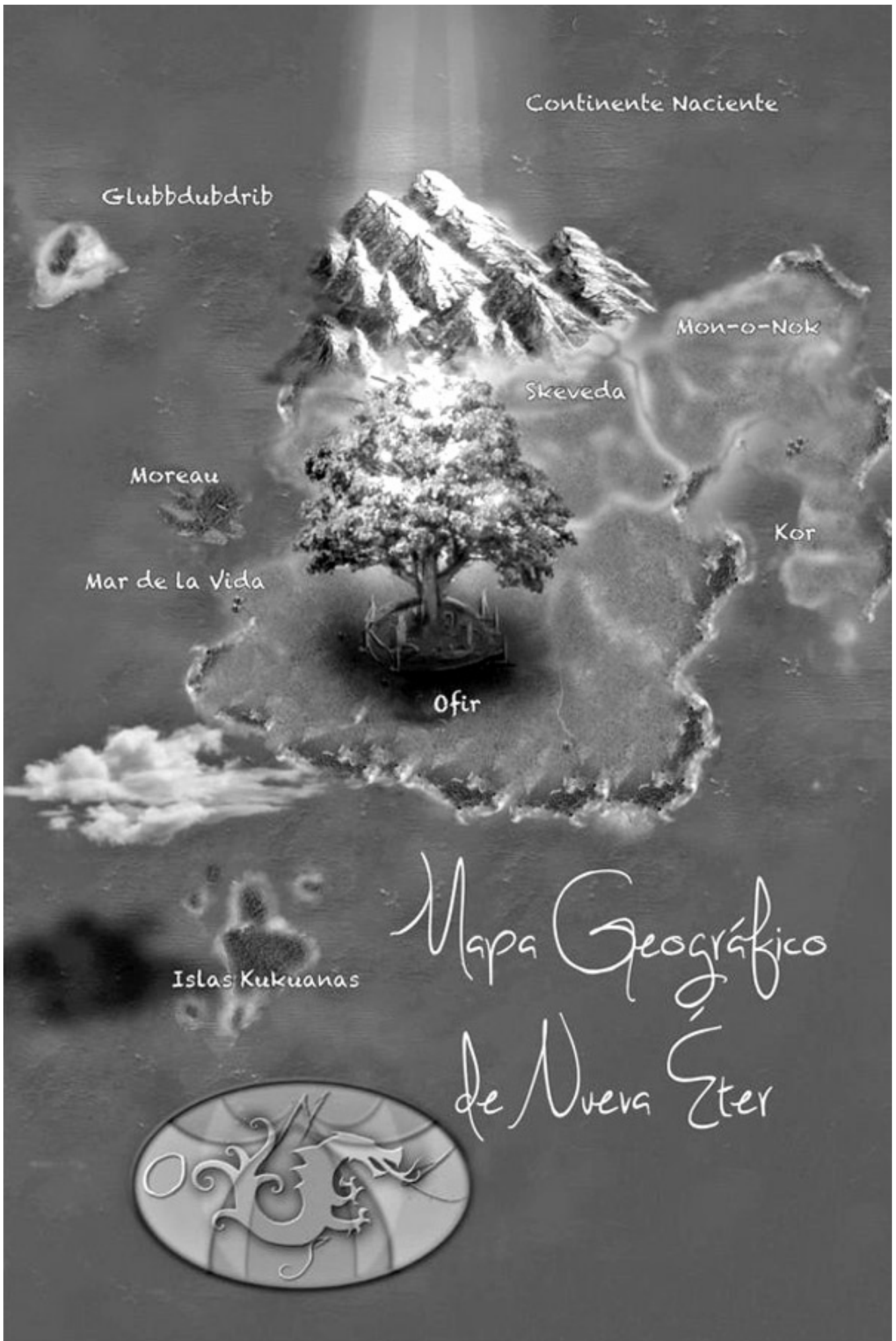
Dragones de Éter-2

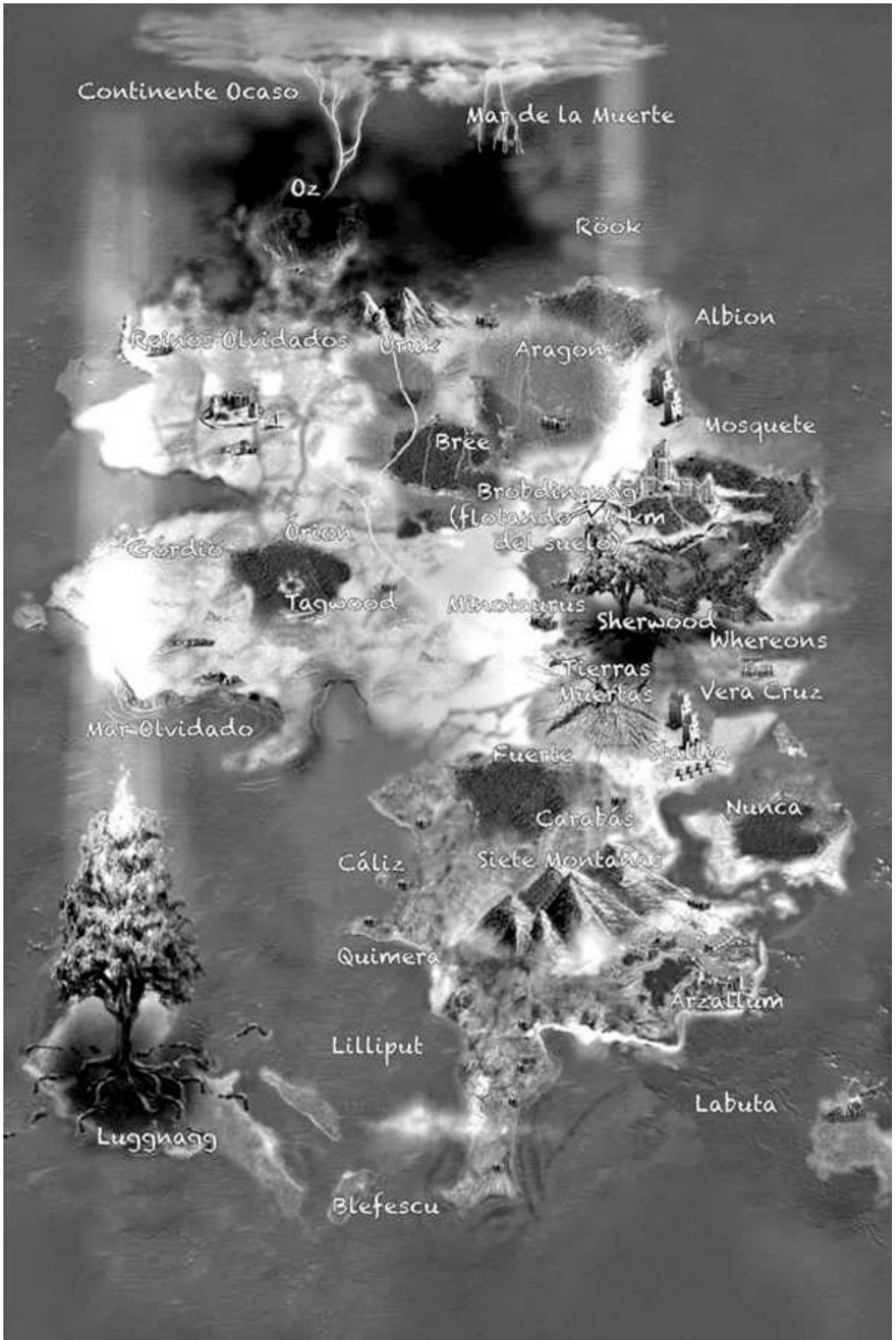
ePub r1.0
fenikz 19.09.14

Título original: *Dragões de Éter/Corações de Neve*
Raphael Dracon, 2009
Traducción: Pilar Obón León
Ilustraciones: Marc Simonetti

Editor digital: fenikz
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com





Adam Bell caminó hasta aquel lugar con los ojos vendados. Iba con los pies descalzos y sin una camisa que le cubriera el pecho. El cuerpo estaba marcado de cicatrices; la salud, en debilidad extrema. Cada paso que daba ese día era tan difícil, pero tan difícil, que parecía exigir toda la fuerza del mundo. Tal vez porque la exigía. Tal vez porque la culpa provoca que los pasos de un hombre se vuelvan más pesados. Y que la carga de su existencia se torne un hecho demasiado angustiante para el alma y agobiante para el corazón.

No importa. La cuestión por ser notada en el caso de Adam era que, fuera cual fuera el motivo de las duras pisadas de aquel hombre, aquellos eran sus últimos pasos.

Porque Adam Bell estaba a punto de morir.

Alrededor de donde caminaba se escuchaban gritos. Ruido de gente, algazara de multitud. Eran los sonidos que dictaban el mundo, y los pasos y los corazones, en aquella plaza de Mehorlis, capital del reino de Stallia. Era así como el pueblo stalliano encaraba el hecho de ver a un prisionero condenado a caminar con los ojos vendados para su ejecución pública, en la que terminarían la vida y los ideales que cohabitaban en el mismo cuerpo. Tal vez alguien sintiera pena de aquella condición, pero es difícil creer que alguien profesara lástima por un criminal. Debido a eso, en la euforia de ese pueblo aquel día, en cada habitante vibraba el deseo por una justicia sin condiciones psicológicas para discernir si resultaba justa o suficiente, o no. Pues cada paso que da un ser humano en dirección a una muerte contranatural es un aviso a la propia humanidad de que toda ella falló en algún punto.

En tanto él respirara, siempre, siempre parecería que aún existía la esperanza de que esa falla sería corregida o entendida.

O que no sería resuelta jamás.

Adam escuchó la marcha de sus ejecutores. Sentía miedo, como cualquier hombre lo experimentaría aunque no lo demostrara, frente a semejante destino. Pero con la venda en los ojos, y sólo sus pensamientos para imaginar un futuro incierto, por más

difícil que parezca, él escuchaba una música en sus oídos. Era una música lírica, poética, tranquila. Quizá la melodía perfecta para que una persona realice un buen pasaje, si alguien algún día tuviera la intención o la pretensión de componer una música así.

El sol se ponía al fondo, detrás de las nubes de tono ceniciento, y las antorchas comenzaban a encenderse. Los tambores empezaron a tocar, y en vista de que se habían llevado percusiones a ese lugar, se tendrá una idea de que aquello era tratado como un poco más que una simple ejecución.

Subió los escalones de madera y caminó en lo que parecía un piso elevado. Escuchaba a la multitud todavía más cercana. La escuchaba de frente. Sintió que alguien detrás de él desataba el nudo de la tela que le cubría los ojos para permitirle la visión. Y el nudo fue deshecho. Y la venda fue retirada.

Y Adam vio.

Frente a él había una multitud de plebeyos ansiosos. Algunos gritaban insultos. Otros hacían señales obscenas. Unos más permanecían en silencio, como auténticas comparsas de la Banshee, aquella mensajera de la muerte que cobraba la forma de una mujer andrajosa. El condenado estaba encima de un entarimado, con las manos atadas a la espalda. Un viento frío, cargado de polvo, sopló y se le metió en los ojos. Le hubiera gustado limpiarse la cara, pero aquellas ataduras no lo permitían. Y los ojos le lagrimearon. Había luchado por aquellas personas, pero ahora parecía que todas ellas lo habían olvidado. O quizá jamás lo supieron.

Los ojos de Adam continuaron lagrimeando. Nubes oscuras anunciaban un presagio igual de sombrío. Había muy poca luz solar en ese momento. De hecho, había poca luz de cualquier clase.

—Adam Bell, fuiste juzgado y encontrado culpable por un tribunal de sabios y justos magistrados, que te condenaron a la pena de muerte en plaza pública. Tus actos incluyen crímenes contra la monarquía, conspiración, incitación a la rebelión, robo de bienes de «sangre superior», escarnio de «sangre superior», asesinato de «sangre superior», vagancia, posesión de armas no autorizadas, ataque a soldados del rey, asesinato de soldados del rey, traición y colaboración con criminales forajidos —una pausa—. Que tu alma sufra en Aramis los años de castigo que tu conducta en vida impone —quien ofrecía el discurso era Charles Daveiz, el obeso primer ministro de Stallia—. Como ordena la ley justa y honrada del código de Stallia, comandada y otorgada por el magnífico rey Alonso Corazón de Nieve, tienes derecho, atestiguado y ratificado por el pueblo de esta nación, a decir tus últimas palabras, si tal fuera tu voluntad.

Y se hizo el silencio. Había muchas, muchas cosas que Adam quisiera haber dicho, pero tenía pocas ganas de hacerlo. Sin embargo, ante el silencio que lo aguardaba, logró decir:

—Cuélguenme en una garrafa, como un gato... y tiren de mí... Y aquel que tire de mí... dejen que reciba palmadas en los hombros... Y que lo llamen... «Adam».

En el fondo de su mente seguía escuchando la música lírica que sólo resonaba dentro de sí. Sabía que aquellas personas habían olvidado aquello por lo que él había luchado. Y si ellas no lo sabían, o si eran demasiado jóvenes para haber escuchado su historia, entonces no había nada que deseara compartirles. Tal vez por eso mantenía la cabeza baja mientras escuchaba la ovación de la multitud que presenciaba su sacrificio.

—Que se haga justicia —sentenció el primer ministro.

Detrás de él dos soldados lo sacaron de allí y lo encaminaron hacia una pared marcada por centenares de puntas de flecha. Las nubes bloquearon cualquier luz del cielo e hicieron que el aire nocturno se volviera pesado. Las llamas de las antorchas reflejaron las sombras. Y una mujer de cabellos rojos y vestido harapiento caminó entre la multitud hacia los soldados que se armaban.

Desde su posición, Adam vio la hilera de hombres uniformados que portaban en las manos un arco y una flecha, respectivamente. Se colocaron para probar sus proyectiles contra las cuerdas, a la espera de la orden. De lejos parecían diez, pero tal vez fueran más. O menos. ¿Cuál era la diferencia en un momento como aquel?

El pueblo que asistía se ubica frente a Adam, de espaldas a los arqueros. Se emitió una primera orden y los arcos se tensaron, con las flechas afiladas apuntadas hacia el condenado. Este intentó observar los ojos de alguno de los soldados, pero por curioso que fuera sólo conseguía distinguir la mirada de la mujer de rojo, que lo contemplaba con una expresión triste. Y lloraba por un lado de la cara.

Adam apretó los párpados llenos de polvo, aún con lágrimas. En algún lugar distante de su mente los soldados respondieron a una segunda orden militar. Una orden de muerte. Las manos de los arqueros soltaron las flechas afiladas. En el segundo que antecede al impacto, Adam habría jurado que vio a los proyectiles avanzar hacia él a una velocidad mucho más lenta de lo que deberían viajar. En su interior, la música lírica aumentó de volumen. Uno de sus ojos vertió una lágrima y él descubrió que el lagrimeo no era a causa del polvo, o al menos no sólo a causa del polvo.

Porque él lloró también por un solo lado de la cara.

El viento frío sopló de nuevo y tocó a cada persona en aquella plaza. El corazón de cada una de ellas experimentó la frialdad. En el cielo oscuro no era posible ver las estrellas.

Y de haber podido habrían sabido que aquella noche la estrella de McKennitt brillaba con mayor intensidad tras la penumbra.

A lo largo de su vida Adam Bell había confiado en que existía la esperanza de enmendar los errores de la humanidad. Pero en aquella noche fría, en el momento en

que su respiración se interrumpió cuando las flechas afiladas le perforaron el cuerpo, en especial aquella que le perforó el corazón, su impresión fue que esos eternos errores no serían entendidos ni enmendados jamás.

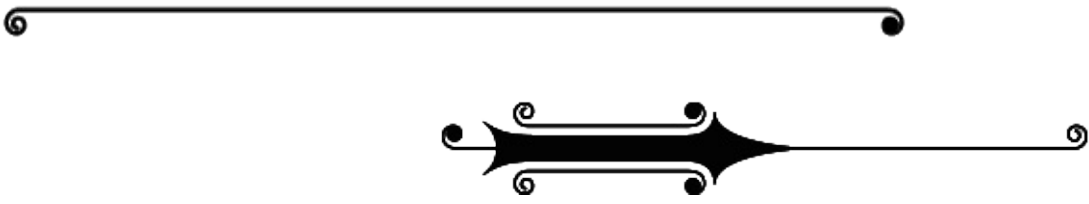
Tal vez, tal vez un día incluso fueran comprendidos.

Acto I



Corazones de invierno





Todavía era otoño en aquella época. Esa palabra, «otoño», no sólo simboliza la época de las cosechas; se trata asimismo de un término que representa el periodo de vida en que una persona se encamina a la vejez. Un término que también podría ser sustituido por «ocaso». Y casualmente Ocaso era el nombre de ese continente, donde un rey, aún lejos del periodo de nobleza que llega al ser humano durante la vejez, se consagraría en una época de otoño.

En Nueva Éter, en el continente oeste, no existía un reino más importante que Arzallum. Se trataba del reino sede: el reino de todos los reinos. Sus reyes no sólo eran reyes de sus territorios, sino también los personajes que decidían cualquier cuestión que involucrara a los demás. El rey de Arzallum sería siempre también el rey de reyes. Con base en esa información entenderás mejor por qué en esa tarde de aquel día de otoño todos los pueblos de aquel continente, independientemente de dónde estuvieran, oraban a su semidiós Creador o a sus semidioses preferidos para pedir con toda su fe que iluminaran la consagración del nuevo monarca. Pues ante las leyes humanas, y aun bajo las semidivinas, en ese momento Arzallum consagraba de manera oficial a su nuevo rey.

Branford: un apellido nacido plebeyo, consagrado noble e iluminado por lo semidivino. El primogénito, llamado Primo, se había convertido en mito: el cazador, el rey que encabezó la Cacería de Brujas en una época en que las brujas desafiaron a las hadas. Y a su vez los hombres desafiaron a las brujas.

Lanzado al trono por la gracia del pueblo, Primo Branford descansa hoy con honores al lado de su reina-hada, Terra Branford, con la certeza de que cometió muchos errores, pues era humano, pero también de que muchas veces acertó, porque era un héroe.

Primo Branford y su reina dejaron a dos herederos en la tierra de los hombres. El menor, por eso todavía príncipe, se llamaba Axel, quien era amado por la plebe. El segundo, el mayor y legítimo heredero al trono de Arzallum, se llamaba Anisio y era

amado por la nobleza. Mientras que a su padre lo amaban ambas partes.

Anisio siempre fue entrenado para el gran momento. Aprendió a hablar como noble, a montar a caballo, a comportarse a la mesa, a hablar en público y a manejar una lanza, un escudo y una espada a la perfección, sin que lo hiciera por necesidad en ese orden. Aprendió bien matemáticas, geografía e historia militar.

Axel también recibió lecciones, mas no sería rey. Anisio sí, por lo que su carga en este sentido fue siempre mayor. Aún así, sin importar las horas de arduo entrenamiento a las que se había dedicado con seriedad, cuando se miró al espejo y arregló por cuarta vez la base de esa capa roja que tanto le pesaba sobre los hombros, el rey por derecho no se sintió preparado, aun cuando cualquier súbdito habría jurado que lo estaba: había sido educado para ello desde el nacimiento, de modo que era imposible que no lo estuviera. Sin embargo, Anisio esperaba que su padre viviera muchos años más que las hojas de un roble. Pensaba que aquel momento había resultado precipitado, pero fuera cual fuera la hora en que se diera, él se habría sentido igual. Flaqueaba porque no soportaba la pérdida como debería hacerlo, si bien nadie jamás soportará en verdad como se debe la llegada de la muerte.

Se observó de nueva cuenta en el espejo y deseó que al menos su madre estuviera presente. No todos los días morían hadas, y menos cuando elegían la muerte en aras de otras vidas, como había sido la opción de aquella reina. Sin embargo, no es la historia de esa noble reina la que contaremos, pero ten presente que un día Terra Branford anduvo sobre la tierra de los humanos y por ellos sacrificó mucho más que una vida.

Anisio Branford inspiró hondo, en busca de la fuerza que se encuentra sólo en la magnificencia. No era el más grande de todos los reyes. Pero era *su hijo*. En eso pensaba cuando vio reflejada en el espejo la puerta del aposento, que se abría en ese momento.

Y entró una de las princesas más conocidas del mundo.

—Llegó la hora, amado. —Blanca Corazón de Nieve, la princesa prometida a Anisio Branford desde la cuna, llegó con su sonrisa luminosa. No era la más bella de las princesas, pero sí única por su carisma. Estaba dotada de una personalidad que conquistaba a multitudes y las provocaba a hacer por ella cosas que jamás harían en forma consciente.

—Aún temo a este momento, Blanca. Creo que nunca me sentiré preparado —una expiración fuerte—. Pero sé cuál es el límite de la obligación.

—Es muy bueno que en verdad lo sepas —una pausa—. Se lo debes a tu padre.

—Sin duda crees que soy una buena elección, ¿no? —Anisio dejó de mirar su propio reflejo para comprobar si la respuesta vendría dotada de sinceridad.

—Sin falsa prosa, estoy convencida de que es la mejor —fue una afirmación sincera, que los ojos no lograban esconder.

Anisio asintió con la cabeza. Aquella mujer y Axel, su hermano menor, eran su nuevo concepto de familia. En breve haría de aquella princesa su reina, y a su lado gobernaría Arzallum de la forma más sabia que pudiera.

—¿Sabes, Blanca? Recordar la imagen de mi padre me trae a la memoria una historia que me gustaría contarte un día.

—¡Bravo: adoro las historias! El otro día soñé que contaba mil y una de ellas para no morir a manos de un cruel señor, ¿puedes creerlo?

—Qué sueño tan extraño.

—Así lo pensé. ¿Pero cuál es esta historia que me quieres contar? ¿Es de amor?

—También, pero ante todo es de esperanza. Una historia que nos refuerza la idea de que los agraviados pueden burlar a la injusticia y enfrentar a los injustos. Me refuerza la convicción de que aquello que separa a un noble de un plebeyo es sólo la indumentaria, así como las ideas que pasan por sus mentes.

Se observó una última vez al espejo. Los cabellos eran abundantes; la barba, crecida en el rostro. El hecho es que se parecía a su padre. Comprobarlo le dio fuerza. Y coraje. Blanca entrelazó su brazo con el del nuevo rey de reyes, a punto de recibir su consagración oficial. Anisio Branford la condujo más allá de aquellas puertas del Gran Palacio, con la seguridad de que dos luces iluminaban cada uno de sus pasos.

—Esa historia que me quieres contar, ¿tiene que ver con un gran príncipe, valientes plebeyos o dragones alados?

—No, no hay dragones alados.

—¿Y valientes plebeyos?

—El gran príncipe de ellos.

Aquel día los salones del Gran Palacio estaban en verdad agitados. Mucho más que los sirvientes en desbandada o que las ayas desesperadas por los bolsos de lino fino sueltos de un precioso vestido noble. Se trataba sin duda alguna de una auténtica ansiedad, de un «egrégor» de sensaciones universales proveniente de todo aquel pueblo. A final de cuentas ese palacio había visto a un príncipe gatear, caminar y caer, andar, hablar, correr e incluso cabalgar.

Y ese día, de pronto, se consagraría como rey.

Ya hacía algún tiempo que el rey Primo Branford había sido víctima de un ritual sombrío, comandado por una bruja igualmente lúgubre, y aunque Anisio hubiera asumido las decisiones de su reino en las semanas que siguieron a aquello, la ceremonia oficial de coronación estaba por celebrarse tras haber transcurrido seis meses de la fatalidad. Ese lapso se otorgaba para que todas las comitivas de los quince reinos en tierras occidentales, y otros tantos en el cielo y en el mar, se prepararan y, cada uno a su tiempo y según sus necesidades, planearan las providencias y los rumbos de sus viajes a Arzallum.

Así, las primeras comitivas en llegar fueron las de Cáliz y la del reino de Fuerte, lo que era natural, pues se trataba de los reinos más cercanos, gobernados por los reyes Segundo y Tercero Branford, hermanos del fallecido rey Primo.

En ese instante Tercero Branford se encontraba en sus aposentos, pues su viaje había sido el más cansado. Segundo paseaba con su sobrino por los agitados corredores del Gran Palacio, mientras aprovechaba para enterarse de cuanto pudiera saber, a modo de proyectar para el futuro todo aquello susceptible de vislumbrarse con anticipación.

—¿Cómo está Blanca? —preguntó el rey Segundo mientras caminaban.

—Al principio lloró durante días por la muerte de su madre. De hecho, lloró tanto, pero tanto, que pensé que moriría. Sus pómulos perdieron sus curvas y hasta llegó a ponerse esquelética de tanta lágrima derramada.

—Debemos comprenderla. Yo lloré menos, pero también sufrí la muerte de mi hermano, tu padre.

Anisio suspiró con fuerza y preguntó:

—¿Es posible morir de llanto, sabio tío?

—No. Pero es posible morir del dolor que lo acompaña.

El rey Segundo no preguntaba por la princesa Blanca por casualidad. Cerca de Arzallum también estaba el reino de Stallia, hogar de los Corazón de Nieve, lo que en esas condiciones no dejaba de ser una incógnita y una preocupación más. A fin de cuentas, por más que la princesa Blanca estuviera por convertirse en la sagrada reina de Arzallum, nadie sabía qué esperar de las relaciones entre ambos reinos desde que la reina Rosalía Corazón de Nieve fue asesinada en tierras de Arzallum, durante el mismo ritual de magia negra que involucró al heredero de James Garfio, Jamil Corazón de Cocodrilo, y a la bruja caníbal que victimó a Primo Branford.

—¿Tú ya estuviste con Alonso después de... de... ya sabes...? —preguntó el rey Segundo. Ambos observaban la agitación palaciega desde una de las muchas terrazas del Gran Palacio.

—Todavía no —una pausa, creada por la incomodidad—. ¿Crees que tal vez no haya marcha atrás, tío?

—Anisio... creo que Alonso tiene la capacidad suficiente para entender que no fue culpa de la guardia de este reino que su reina padeciera en estas tierras.

—No sé si un Corazón de Nieve tendrá tal capacidad de juicio en estas condiciones...

—¿Tu dama ha sugerido lo contrario? —la pregunta era inteligente.

—No como parecería por esta conversación, pero a través de Blanca aprendí que esa familia tiene sentimientos muy complejos, a los que suelen dar una salida más exagerada. Como te dije: Blanca lloró días enteros y casi no comió, más que algunas migajas. ¡Con todo, en los últimos días ha sonreído como una niña, creyendo que será un gran rey! Así son en esa familia: diferentes. Si aman, lo hacen con mucha intensidad. Si odian, lo hacen con todas sus fuerzas.

—Eso es típico de la especie humana.

—No para un Corazón de Nieve, insisto. ¿Sabes? Existen familias fraguadas en el acero. Hay familias como la nuestra, forjadas en la pobreza y en las duras pruebas impuestas por las hadas. Pero los Corazón de Nieve son distintos. Son mucho más inestables. Movidos por otra cosa...

—¿Quieres decir que están forjados en qué?

—En los dolores más profundos y en las alegrías más inestables de un corazón humano.

Los reyes, reinas y nobles fueron convocados al Salón Real.
Y sonaron las campanas y las trompetas.
Y Anisio Branford tomó posición.
Y se inició la ceremonia para la consagración del nuevo rey de Arzallum.

Axel Branford se encontraba a la izquierda del trono, y lo odiaba. De estaba estar allí. De por sí no se sentía bien en las ceremonias nobles, pero que sentarse en uno de los tres tronos habría sido algo inimaginable hasta hacía poco tiempo, lo cual es justificable. Anisio siempre se sentaba a la izquierda de Primo, pues finalmente era el príncipe heredero. En esas fiestas Axel bien podía estar donde quisiera y entendiera, porque nadie se preocupaba demasiado por él cuando Anisio, Primo y su reina-hada se hallaban presentes.

Pero ahora él era el único príncipe heredero de Arzallum. Es más, si una fatalidad indeseada le ocurriera a Anisio —y me golpeo tres veces en el corazón para que la Banshee no nos escuche—, eso lo habría obligado a asumir el trono. De haber nacido con mala índole o si deseara el poder más que cualquier otras cosa en la vida, de seguro habría dado con una forma de asesinar, enloquecer o desterrar a su propio hermano. Si pagas por la bebida correcta, escucharás montones de historias similares en boca de los bardos.

Pero no en ese palacio. No allí. Porque Axel Branford no tenía malas intenciones ni sed alguna de poder.

Poseía otros engranajes en su corazón.

La mente del príncipe era ocupada en forma obsesiva por una joven sin derecho a estar en aquellos salones, pues no era noble, princesa ni reina. La niña Hanson. La joven María Hanson. Habría dado todo por sentar a su doble en ese trono, como un ilusionista recolectando atenciones con sus juegos de magia, para correr a tomar un té de frutas en la humilde y modesta casa de su nueva protegida. No obstante sabía que su hermano lo querría a su izquierda, por lo que él estaría allí hasta el final, aunque muriera de aburrimiento.

Los trompeteros reales lanzaron sus acordes con maestría. Y se escuchó una voz que anunciaba:

—¡Su majestad, el rey Anisio Terra Branford, y su alteza, Blanca Corazón de

Nieve!

Si Blanca Corazón de Nieve ya hubiera sido consagrada reina, en ese momento no habría entrado del brazo de Anisio Branford. Habría estado sentada ya en el trono vacío, a la derecha del trono central, correspondiente al rey.

El espacio de los nobles parecía un corredor infinito de ilusiones, pues de ese sentimiento vive la política, ya sea de los nobles o del pueblo. Entre aquellos cortinajes de seda y columnas de mármol, entre aquellas alfombras y esos azulejos carísimos, entre las paredes revocadas y lisas, entre los inmensos y pesados candelabros que soportaban un número incontable de gruesas velas de cera de abeja, del vino servido en copas de cristal y de toda aquella variedad de comida que circulaba por el salón en pesadas bandejas y platos de plata, Anisio Branford intentaba controlar su estómago para no vomitar.

Los nobles se arrodillaron y sólo quedaron en pie los monarcas o sus representantes directos.

Los diecisiete monarcas se hallaban en primera fila, ante los tres tronos reales. Atrás de ellos estaban los siete consejeros reales, que ahora eran ocho, señores de la guerra y responsables de tomar las decisiones reales, cuyos consejos ayudaban a los reyes en la famosa Sala Redonda. Vestían mantos finos con caperuzas, cada una de un color. El más reciente de ellos, el octavo, era un señor de facciones finas, anteojos de baja graduación y una sonrisita cínica de quien parece estar siempre con el control de la situación.

Sólo dos reinos no habían enviado representantes en ese día histórico. Uno era Oz, el sombrío reino gobernado por el taciturno mago-lynch Óscar Zoroastro. El otro era Atlántida, el reino sumergido y opuesto a la superficie, gobernado por el terrorífico y horrendo rey Kraken.

Anisio Branford llegó al borde de su trono y se situó ante él.

Su princesa se colocó cerca de su padre, el rey Alonso Corazón de Nieve. Esta vez no se sentaría aún a la derecha de su amado.

Los nobles se levantaron cuando Anisio quedó de pie frente a todos. Sus tíos, los reyes Segundo y Tercero Branford, se aproximaron. Uno traía en las manos un bastón; el otro, la corona.

El rey Segundo Branford entregó con las dos manos el bastón de oro puro y macizo, que Anisio aceptó.

Después el rey inclinó la cabeza en señal de humildad —hasta donde alcance el límite de la humildad de un monarca— y el rey Tercero le ornamentó la cabeza con una de las piezas más preciosas de todo Ocaso: la corona de oro y diamantes en forma de estrellas cruzadas de cinco puntas.

Los tres hicieron una reverencia. Anisio Branford, con el bastón en las manos y la corona real en la cabeza, ocupó el trono central y los nobles se arrodillaron de nuevo.

Los trompeteros emitieron otra vez sus acordes sincronizados.

El rey se aclaró la garganta para hablar. Y probablemente todos sepan ya que, cuando un rey se decide a hablar, toda persona, en cualquier lugar y de cualquier posición social, debe guardar silencio. Como todos en ese palacio. Y como todos nosotros.

Los que estamos aquí sabemos bien por qué. Y puedo decir que nadie en esta sala siente más este momento que yo, que viví y me preparé para él, temeroso del día en que llegaría. Y lo temía porque sabía, sin rodeos, que en el momento que llegara, como de hecho ocurrió, significaría que habría perdido, como perdí, el mayor de todos los momentos de mi vida. Pues ningún momento de mi vida será más grande que aquellos que pasé con mi padre, el rey Primo Branford.

Así comenzó Anisio su discurso. Sus palabras tocaron los corazones de todos aquellos nobles que tenían un corazón, de los sirvientes que, aunque en las últimas filas, gozaban el privilegio de escuchar tales palabras, y de los monarcas que veían en Primo Branford a un aliado. Blanca Corazón de Nieve mantenía una expresión inamovible: sin sonrisas ni lágrimas, atenta a cada palabra y nada más.

Axel Branford sentía que se le erizaba la piel.

—Me honra profundamente la presencia de los monarcas y los representantes reales del continente en este palacio. Me honra y me ayuda. No piensen que es fácil ser hijo del más grande de todos los reyes. No piensen que es fácil sentarse aquí y dar inicio a la mayor de todas las cargas, pues quien es rey y merece serlo, o quien acompaña de cerca la vida de un monarca merecedor de tal título, conoce bien la responsabilidad que cargamos desde la cuna, por encima de nuestro propio ego, en el moldeo de nuestra propia vida —una pausa—. En este momento sublime, delante de mi familia, de mis aliados y mis opositores, y de mi futura esposa y reina, juro por la sangre de un Branford que no daré paso a la debilidad y que seré un canal de toda lección aprendida. Juro que seré enérgico cuando sea preciso y flexible cuando resulte necesario. Por último juro que separaré lo justo de lo injusto cuando sea inevitable.

Algunos en el salón se miraron con el mismo gesto intranquilo con que se miran los desconfiados. Se preguntaban, en profundo silencio, el significado de aquellas palabras. La mayoría había sacado su propia conclusión y sonreía

independientemente de esta, menos uno, pues él comprendía, si bien no le gustaban los rumbos que iban tomando los acontecimientos. Ferrabrás. Victon Ferrabrás. El rey que renunció a su corona, extinguió la monarquía de Minotaurus y se consagró como emperador, según los dichos más por la fuerza que por la ley, observaba a Anisio con los ojos entrecerrados, como si una ventisca de granos de arena le cortara la cara, y mantenía una expresión inusual en aquel rostro sin vellos.

En su interior sólo había una certeza: en el futuro chocaría de frente con Anisio Branford.

—Pues ahora yo, Anisio Terra Branford, renuncio ante el Consejo Real y ante todos ustedes al puesto de primer príncipe real para convertirme en el legítimo rey de Arzallum. Y juro cumplir con honor mis promesas y ser, hoy y todos los días que me resten por vivir, el mejor monarca que pueda —hubo una fuerte inspiración—. Pues, señores, jamás olviden que yo no soy el mayor rey que ha existido sobre las tierras de Nueva Éter.

«Pero soy su hijo».

Aplausos. Genuinos, arrebatados, apasionados. Y un hecho: el ser humano se siente bien cuando resulta deslumbrado. Otorga una credibilidad mayor y mira en forma distinta una situación cuando eso ocurre. Pero un contenido débil puede ser disfrazado con facilidad y vendido bien mediante una buena presentación. Conversa con los vendedores de las calles, aquellos que ofrecen bagatelas en carretas jaladas por burros de ciudad en ciudad, y te contarán historias similares a montones.

Allí, en aquel palacio, el escenario era perfecto. Existía la situación, la audiencia, la oportunidad. Sobre todo existía el instrumento perfecto para el espectáculo. Anisio sabía hablar, elegir las palabras, las pausas, el timbre, el silencio entre determinadas frases. Igual que su padre, cuando se expresaba era como si una orquesta invisible e inaudita tocara sus instrumentos intangibles para ratificar la emoción propuesta por las palabras. Créeme: podrías detestar a Anisio, podría no importarte ni un poco la política, podrías incluso no pertenecer a este plano existencial y, por lo tanto, no tener nada que ver con los asuntos reales de ninguna región de Nueva Éter. Aun así tú, en ese momento, sin sombra alguna de duda, habrías aplaudido de pie y con gusto el nacimiento del nuevo rey de Arzallum. A la postre, vendrías preparado para eso.

Mas no para lo que vendría a continuación.

María Hanson le había dado el día libre a su pandilla infanto-juvenil. Ese día se sentía particularmente feliz. Desde que aceptó el consejo de su antiguo profesor, Sabino von Fígaro, en la actualidad el octavo consejero real de la Sala Redonda del Gran Palacio, las cosas eran así para ella. Felices. Sabino siempre había sido una inspiración, y eso no era exclusivo de él. No se trataba del primer profesor en despertar en sus alumnos mayores sentimientos de búsqueda, idealizaciones y realizaciones de grandes sueños humanos.

Sabino había enseñado a María Hanson, junto con un racimo de alumnos, a razonar. No le importaba que supieran de memoria los nombres de antiguos reyes fallecidos hace mucho tiempo ni la capital de cada reino de los continentes Ocaso o Naciente. Le interesaba hacerlos entender los porqués: saber por qué un noble era noble y por qué un plebeyo era plebeyo, aunque ese pensamiento incitara alguna rebeldía cuando era analizado con frialdad. Quería que sus alumnos aprendieran a leer, escribir y contar. Sabía que el conocimiento universal resultaba prioritario para el conocimiento folclórico, que cada pueblo podía y debía tener su propia cultura, y que eso lo enriquecería, pero con la consciencia de que no debería tratarse de la prioridad popular.

En la sociedad nadie moriría si no conociera la danza típica de su ciudad, pero tal vez sí en caso de que no supiera leer, escribir ni contar.

María observaba el horizonte en ese momento, meditando sobre asuntos como «responsabilidad» y «confianza», cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por los gritos. Gritos infantiles, que berreaban aglomerados en un círculo, en medio del cual dos pequeñas pestes se aporreaban entre sí. Sus compañeros no sólo adoraban aquella situación, sino que incitaban la pelea cual si fueran perros. Por más que los adultos intenten frenar ese instinto, los muchachos adoran momentos como ese, cuando se «salen de la rutina». Sin embargo, para la nueva profesora aquel instante no era nada común. Cierto, no se trataba de la primera pelea en que separaría a dos

niños sin juicio, pero aun así en esta ocasión se sorprendió de verdad. Y esto era justificable.

Uno de los dos niños era un muchacho robusto y grande para su edad.

El otro, con el rostro sucio por los golpes, era su hermano.

El rey Anisio Branford estaba consciente del riesgo que vendría a continuación.

Se vivían momentos únicos en el Gran Palacio. Pasada la ceremonia de consagración del rey, ahora los nobles se concentraban en concluir una importante costumbre que nunca se había roto. Decía la tradición de coronación real que, después de la ceremonia, el nuevo rey podía beneficiarse de lo que se conocía en Nueva Éter como «Los tres deseos».

Cierta vez, en una taberna enteramente hecha de rocas encajadas y telas resistentes que servían de morada a nidos de arañas, escuché de un bardo gordo y glotón que esa tradición había nacido siglos atrás, cuando un rey fue coronado en presencia de un genio que le otorgó ese derecho. Los genios de Nueva Éter, contaba el bardo, suelen conceder tres deseos, y sólo tres, a quienquiera que lo merezca.

Obviamente no había genios suficientes para hacer realidad los deseos de todos los reyes del mundo. Así que, cuando eso ya no fue posible, los genios comenzaron a salir de escena, pero los deseos continuaron. Hoy, el rey apenas coronado tiene el derecho de pedir, entre los gobernantes presentes en la ceremonia, tres deseos reales que no le pueden ser rehusados.

Siguiendo tal beneficio, Anisio Branford continuó con su discurso:

—¿Saben? Todavía me impresiona cómo «Los tres deseos» suelen ser más esperados y dotados de *glamour* que el resto de la ceremonia de consagración real.

Los nobles rieron. Nadie tenía la certeza absoluta de que Anisio estuviera bromeando —y nadie dejaría de celebrar la broma de un rey—, pero aún así lo hicieron para representar bien su papel.

—Cuando era pequeño, allá por mis cinco años, imaginaba qué pediría a gobernantes tan poderosos. Es obvio que crecí y que las peticiones de hoy son un poco diferentes de las que habría hecho en aquella época. Y está bien. ¡De lo contrario tendríamos reyes locos por ahí detrás de pies grandes domesticados o

gallinas que ponen huevos de oro!

Toda la corte rio a carcajadas, esta vez con seguridad.

—Fue peor cuando llegué a los ocho otoños, pues entonces comencé a tener la certeza de que no necesitaría tres peticiones. En aquel momento, señores y señoras, me bastaba una. Sólo una, créanlo. Yo ensayaba... —y aquí hizo una pausa—. Semidioses, ¿por qué estoy contando eso...? —y todos rieron de nuevo—. Bueno, pero pregunten a las ayas, que ratificarán lo que diré. Yo tenía ocho años y ensayaba ante un espejo el día en que llegaría hasta nuestro honrado rey Alonso Corazón de Nieve, y entonces le diría: «De ti, mi buen aliado real, ¡sólo quiero la mano de la mujer más fascinante que jamás anduvo por las tierras de tu reino!» —y Anisio señaló en dirección a Alonso, concentrando en él, con su gesto, todas las miradas de ese salón.

El rey Alonso tenía la expresión cerrada y la mirada vaga de un catatónico, con el pensamiento visiblemente lejos de allí. Sin embargo, al percibir la atención volcada hacia sí, esbozó una gran sonrisa para los presentes, en un súbito, drástico (y aterrador) cambio de humor. Abrió los brazos, se golpeó los muslos con las palmas y afirmó:

—¡Ah, muchacho travieso! ¿Creías que yo mismo te otorgaría la mano de mi esposa? —y todo el salón rio de nuevo.

El rey Segundo Branford observaba bien los cambios drásticos de expresiones de Alonso Corazón de Nieve, pero aun así sonrió con la broma, aunque percibiera un cierto humor negro contenido en el comentario.

Ignorante de ese detalle, Anisio continuó:

—En verdad, rey de la Nieve, pensaba que te enojarías con mi petulancia. Entonces terminaba mi ensayo señalándome con el dedo índice y pregonando como un niño-hombre por todos los rincones: «¡Y deja de hacerte el desentendido, que sabes muy bien que hablo de tu hija!», —las risas se esparcieron y rebotaron en aquellas paredes una vez más—. Lo peor fue que ensayé tanto mi discurso... ¡sólo para descubrir, dos otoños después, que Blanca era mi prometida desde la cuna! —las risas se convirtieron en carcajadas.

De manera sorprendente, el rey Alonso terminó la conversación diciendo:

—¡Mira el lado bueno de la cosa, hijo del más grande de todos los reyes! ¡Obtendrás un deseo extra! —y la alegría contagiaba con aplausos y sonrisas aquellos salones.

Estos provenían de todos los presentes, menos de uno: Ferrabrás. Él permanecía impassible, impertinente y socarrón. Un rostro desprovisto de emoción que observaba a todos con desconfianza, en contraste con la mayoría en el salón.

—Pues bien, señores, aparte de lo que conté, invoco ahora mi derecho real a la tradición de «Los tres deseos» del rey, que les diré ahora.

Y todas las carcajadas del salón se silenciaron abruptamente.

—¡Car! En la cara...! —cosas así eran las que gritaba el grupo de niños en torno a João Hanson y Héctor Farmer para motivar a los dos muchachos. Las niñas cercanas gritaban histéricamente o señalaban hacia la pelea, mientras cuchicheaban con sus amigas y hacían las caras más extrañas.

María llegó corriendo al lugar. Con un único movimiento apartó a Héctor, movida por la adrenalina de la situación, y se colocó en medio de los dos. João todavía pensaba en lanzarse de nuevo sobre su contrincante cuando la hermana gritó:

—¡Ni lo pienses, João Hanson! —y el muchacho palideció con la orden como el más riguroso militar ante un superior.

—Él empezó —se limitó a rezongar, mientras bajaba la guardia despacio; un moretón en el rostro demostraba que la pelea había comenzado antes de que interviniera María.

—¿Pero qué absurdo es este entre ustedes dos? ¿Creen que así se resuelven las cosas? ¿Pegándose el uno al otro en la cara?

João se quedó mudo y adoptó una expresión hermética.

Héctor tomó la palabra:

—¡El príncipe Axel le pega en la cara a los demás y usted no reclama! — surgieron risas de los rincones. João se puso rojo, rogando porque la hermana se defendiera.

—¡Es diferente, Farmer! Él lucha en un cuadrilátero. Se trata de un deporte, y él lo practica para el pueblo. ¡No anda golpeando a los demás en la calle como ustedes! Deberían avergonzarse. ¡Ustedes presumen de ser adolescentes, pero actúan como niños! —aquello sonó fuerte. María había puesto el dedo en el punto flaco de un adolescente: que lo comparen con un niño—. ¡Quiero a los dos en el salón ahora mismo!

Los niños caminaron con María hasta el interior de la Escuela Real del Saber y

fueron llevados a una sala distinta, que contaba con pizarrón. Cada uno recibió un pedazo de gis y la orden de escribir de un extremo al otro algo como: «Ya no golpearé en la cara a los demás». Un castigo para niños, y era justo eso lo que perforaba el alma de los dos, mucho peor que si María les hubiera bajado los pantalones para azotar sus traseros con un cinturón de cuero.

—¡Cabello relamido! —decía Farmer, mientras escribía.

—Mariquita Cute-Cute... —susurraba João de regreso, en alusión al apodo infantil que Héctor se había ganado por su culpa y que lo perseguiría por el resto de su vida.

Mientras ambos se tragaban sus egos en aquella sala, María conversaba con la señora Farmer, que no se mostraba nada satisfecha tras escuchar el relato de la profesora. Héctor podría haberse escapado del cinturón en la Escuela Real del Saber, pero al parecer no de un castigo más riguroso en casa, una vez que las puertas de la misma se han cerrado y la gente se despoja de las máscaras sociales.

Cuando la señora Farmer se alejó, indignada y al mismo tiempo avergonzada por su hijo, Ariane Narin, que hasta entonces sólo había observado la situación, se acercó a la profesora:

—María, no seas tan dura con João. Toda la culpa fue del estúpido de Héctor Farmer.

—¡Eso no es excusa, Ariane! ¡João debería controlarse! Piensa si todo en la vida...

—¡No entiendes, María! Los niños tienen esa cosa del honor para acá y el orgullo para allá. Ellos aprenden al imitar a la nobleza.

—¿Y...? ¡Sólo falta que me digas ahora que Héctor Farmer insultó el honor de João!

—No, el de João no...

—¿Entonces el de quién?

—El tuyo.

—Antes de anunciar mi primer deseo, me gustaría decirles mi justificación. Como todos aquí bien saben, cada día nos enteramos de nuevos instrumentos y artificios bélicos que evolucionan e incluso avanzan para revolucionar los combates y los conflictos de guerra —una pausa—. Sin embargo, para nosotros, los monarcas, la posición se vuelve más fácil, pues si por un lado somos responsables de las decisiones más difíciles e incluso de las declaraciones que tales conflictos exigen, por el otro no somos nosotros los que ponemos a la mayor parte de nuestros conocidos en el campo de batalla ni lloramos por ver a nuestros hijos destrozados por los buitres.

—A veces lloramos... —dijo el rey Alonso, con una voz débil que provocó un extremo malestar en el salón.

Anisio se mordió los labios. Para ayudarlo en aquella incómoda situación y desviar la atención hacia sí, el rey Segundo exclamó:

—Su majestad tiene razón en lo que dice, pero me parece que usted ignora la tensa prisión en que nuestra propia conciencia nos coloca y que nos llena de angustia cuando debemos tomar decisiones tan difíciles.

—Rey Segundo, no crea que todos los monarcas sufren la misma angustia a la que usted se refiere —dijo Anisio.

—¿Habla por usted? —preguntó Ferrabrás, para empeorar el sentimiento de incomodidad.

—No —respondió Anisio—. Hablo por la observación de tales ejemplos y de sus actitudes dictatoriales y desprovistas de cualquier justificación, como no sea la ambición desenfrenada, puestas por encima del cargo que deberían representar.

Se hizo el silencio. El ambiente continuaba tenso. Esta vez fue el rey Tercero quien intentó enfriar los ánimos al cambiar el rumbo del diálogo:

—Pero, Anisio, estás divagando y aún no manifiestas tu primera petición —antes el rey Segundo había usado el respetuoso término de «usted», común para referirse a los reyes, pero ahora el rey Tercero le hablaba de «tú». El hecho era que los reyes

podían hablar así con otros monarca porque eran iguales. Cualquiera otro que no fuera un rey, por supuesto que no.

Anisio modificó su expresión seria y sonrió de manera agradable.

—Su majestad tiene toda la razón. Pues bien, hablaba sobre los caminos que nuestro desarrollo bélico ha tomado y admito que eso me preocupa, pues resulta inevitable que muchos aquí, en este palacio, continúen con sus desavenencias al salir de él, y miles morirán en nombre de esa falta de entendimiento entre nosotros.

Adamantino, el rey de Aragón, tomó la palabra:

—Rey Anisio, entiendo lo que quieres decir, y en nombre de mi nación comparto tu humanidad. Pero tampoco puedo ser hipócrita al admitir que, para algunos de nosotros, no existe alternativa. ¿Qué harías tú si un intruso viniera a tus tierras, entrara sin permiso en tu casa, humillara tu honor y secuestrara a tu princesa y futura esposa?

El rey-fiera mostró los caninos. Los reinos de Aragón y Rök eran enemigos declarados desde que el rey-bestia Wöo-r tomó para sí a la princesa Bella de Adamantino como esposa forzada, a la cual mantenía como su princesa-esclava hasta el día de hoy. Esa triste historia es contada por los bardos como «La bella y el rey-bestia».

Todos se mantuvieron en silencio a la espera de la respuesta.

—Lo mataría —dijo el rey Anisio con una seguridad que incluso asustaba. Antes de que alguien comentara sobre la respuesta y el discurso anterior, concluyó—: La cuestión se reduce a si lo haría yo solo o me llevaría a miles de vidas conmigo por una deshonra dirigida en forma específica contra mí.

—La deshonra de un rey es la deshonra contra la nación que representa —exclamó el rey Adamantino.

—Si así es, ¿por qué entonces existen ricos gobernantes que comandan a naciones de población tan pobre? ¿Acaso la riqueza de un rey no debería proveer de riqueza a la nación que él representa?

Las miradas entrecruzadas se dirigían a Midas, el rey de Gordio. El rey maldito que tenía manos y toque de oro, con una extensa riqueza que su pueblo jamás experimentaría, y el cual vivía como un inválido sin la facultad de tocar nada, dependiendo de esclavos hasta para bañarse o llevar la comida a su boca.

—Majestad... —el rey Midas llamó la atención del salón—. No toda riqueza es una bendición.

—Aún así se prefiere el sufrimiento que ella exige que la paz del desapego —dijo el rey Acosta, líder de Orión, vecino y nada simpatizante del rey Midas.

—¿Acaso no debes ir a despertar a tu reina, rey? —preguntó Midas.

El rey Acosta se preparó para lanzarse a la yugular de Midas, pero Begnard, su campeón, lo trajo de vuelta a la cordura. La nación de Orión había asumido sus

desavenencias con Gordio en eventos pasados, que culminaron con la reina Belluci en coma profundo hasta el día de hoy. El sufrimiento de la familia real de Orión fue motivo de escarnio en Gordio, donde bautizaron el evento como «La bella reina durmiente».

—¿Se dan cuenta de cómo delimitamos hoy aquí los rumbos de todo Ocaso? —preguntó el rey Anisio—. ¿Y por qué me preocupa la evolución bélica ante tales campos de batalla preparados por semejante intolerancia y acumulación de rencor? Pues bien, ratifico e insisto que en eso se basa mi primera petición, y digo más: también la segunda. —Anisio se volvió hacia el rey de Tagwood y exclamó—: Rey Collen, no es un hecho desconocido para nadie de los presentes en este palacio el poderío militar adquirido por tu ejército tras años de combate contra la piratería en tus puertos. ¿Procede lo que afirmo?

Al rey Collen, que ya estaba sorprendido de haber sido el monarca elegido para el primer deseo, no le gustó ni un poco el rumbo que aquello estaba tomando:

—Perfectamente, rey Branford...

—Y tal poderío proviene del hecho de que entrenaste a tu ejército para utilizar la temida pólvora negra, un recurso destructivo de inmenso poder, pero aún no del todo perfeccionado por ninguna nación. Es digna de admiración la forma en que sacaste de los mares y llevaste a tierra ese recurso bélico, con tus ingenieros creando cañones fácilmente transportables al campo de batalla.

—Su majestad... —dijo con cuidado el rey Collen—. Aún no comprendo si me está reprendiendo o felicitando...

—Rey Collen, no me encuentro en condiciones ni tengo derecho de juzgar la forma como proteges a tu nación. Sólo afirmo que la pólvora negra puede llevar todo lo que conocemos en el campo de batalla por caminos sombríos y sin regreso, y por eso me gustaría usar mi petición primaria para protestar contra esa fuerza.

—¿Una... protesta? ¿Cómo, majestad?

—Mi primer deseo es que Tagwood vacíe en sus mares todos los barriles de pólvora negra que existen en sus almacenes en este momento.

Hubo un súbito silencio y una gran conmoción en el salón, pero ninguna mayor que la del propio rey de Tagwood.

—Pero... pero... pero... majestad...

El rey Anisio mantuvo una pose austera y observó en silencio al rey Collen, con una expresión de quien aguarda una decisión. El salón se encontraba totalmente trastornado, y había un motivo para ello. Finalmente se requería valor para acatar aquel pedido.

Y ser aún más valiente para rehusarlo.

—Pero... —dijo el rey Collen, aún conmocionado y casi en un susurro—... eso haría que Tagwood fuera tomada por todos lados...

—Sé bien lo que te preocupa, rey Collen —volvió a decir el rey Anisio—. Temes que tus vecinos invadan tus fronteras y se apoderen de tus yacimientos. Pues bien, deberás confiar en mí. Porque quiero que mi primer deseo sea una oda a la paz. Y no sólo lo hago por Arzallum, sino por todo Ocaso. Por eso declaro aquí, ante todos, que establezco un acuerdo entre naciones de que cualquier ataque contra Tagwood, en el periodo de un año a partir de hoy, será tratado como una agresión contra Arzallum y todas las naciones que se dicen sus aliadas.

Murmullos, murmullos, muchos murmullos. Incluso Axel Branford se preguntaba si su hermano estaba plenamente consciente de lo que decía y a dónde llevarían tales actitudes a las distintas naciones. Entre el murmullo general, el rey Collen se pasaba la mano por la cabeza, intentando visualizar la mejor opción para su reino. Con seguridad, en un año conseguiría reabastecer sus existencias de pólvora negra. La cuestión era sólo esta: ¿las otras naciones obedecerían el acuerdo verbal impuesto por el rey?

Un solo hecho era cierto: estar contra Arzallum nunca sería una buena opción.

Tal vez por eso, tras silenciarse el salón, y después de que su corazón dejó de latir tan fuerte, logró decir, mirando a Anisio:

—Majestad, su deseo es una orden.

El salón volvió a la algarabía. Como ordenaba la tradición, escribas reales traían pergaminos en los que se habían escrito previamente los términos dictados por el rey, por triplicado. Para tener la certeza de que los deseos se cumplirían, el monarca responsable debía leer y releer los términos y firmarlos ante todos, para después ratificar su firma con el sello real. Una copia de ese documento se enviaría al reino indicado por medio de palomas mensajeras.

En los tres documentos la firma del rey Collen salió temblorosa.

—Pues bien, es hora de manifestar mi segundo deseo. Señores, todos saben que las especies con raciocinio esperan una nueva era que no sólo traerá un conocimiento mayor a Nueva Éter, sino que dictará los caminos espirituales a seguir por parte de los seres vivos. Y esta nueva era será inaugurada con el legendario retorno del *avatar*...

—No sabía que su majestad se tomara en serio los rumores sobre el retorno de Merlín de Cristo —dijo el rey Oronte, monarca de las tierras de Albión.

—Pues no sólo me lo tomo en serio, sino que creo, así como mi padre también lo hacía, en el retorno del hijo del Creador, rey Oronte.

—¿Y cree... que... esta vez... él *no* regresará en Albión?

—Sé que tus tierras gozaron de la bendición de ver nacer en tu capital al avatar en su «primera venida». Bendito es el rey que, como Arthur, sea guiado por alma tan pura.

—Y maldito aquel que padezca el mismo destino de Arthur ante la muerte —dijo

el rey Oronte.

—Es gracioso que hables de ese destino cuando fuiste uno de los responsables del mismo —dijo Kapella, reina de la Lengua Hiriente y soberana de Mosquete.

—Rey Philipe... —intervino el rey Oronte, dirigiéndose a Mosquete, conocido como «el Rey de la Máscara de Hierro»—... cuida la lengua de tu esposa. De lo contrario, en poco tiempo tendremos en este salón clases de *crochet* y educación de los hijos.

El salón estalló en burlas.

—Tienes razón, Oronte... —dijo la reina—. Acaso sea mejor que les enseñe *crochet* a mis hijos. Tal vez así ellos no me maten...

Más burlas y mayor algarabía en el salón. El rey Anisio retomó la palabra:

—¡Señores, señoras, por favor! ¡Hablo de una nueva era diferente a esta! Una era en la que no tendremos tantas diferencias y entenderemos el motivo de nuestra creación. Entenderemos qué hay detrás del velo de la creación y aquello que el Creador y sus semidioses esperan de nosotros.

La mayoría en aquella sala escuchaba a Anisio incluso con cierta admiración. Las personas en verdad creían en aquella historia. O al menos deseaban creer que Nueva Éter avanzaba hacia un rumbo diferente de lo que parecía y que todo cambiaría cuando Merlín Ambrosius renaciera por medio de una virgen, como pregonaban las escrituras. Sin embargo, otros, como Ferrabrás, mantenían expresiones burlonas y no ocultaban el aburrimiento que aquello les causaba.

Anisio se volvió hacia su tío, el rey Tercero.

—Y es a ti, rey Tercero, a quien dirijo mi segunda petición.

El rey Tercero dejó de conversar con su campeón y se concentró en su sobrino:

—A tus órdenes, rey Anisio...

El rey Tercero podría haber usado el término «rey Branford», pero había tres monarcas presentes con el mismo apellido. Así, optó por el primer nombre del rey de Arzallum.

—Sabemos que un hombre al que el pueblo considera como un santo camina por tus tierras.

—Exactamente...

—Dicen que hace milagros que obviamente el hombre común no puede obrar y que sus discursos tocan partes del alma que ningún bardo ha alcanzado todavía.

—Es verdad, majestad...

—Sin embargo, ese señor es un antiguo sacerdote inhabilitado para ejercer su oficio.

—No por casualidad: se trata de un antiguo condenado... —dijo Ferrabrás, que no simpatizaba con el rumbo de las cosas. Otra vez.

—Y que cumplió su pena con un carácter obediente y ejemplar —agregó el rey

Anisio—. Incluso dicen que saludaba a todos los guardias por su nombre y agradecía cada plato de comida que le entregaban.

—Y también que muchos presos violentos creyeron en la redención por medio de sus palabras —completó el rey Tercero.

—Pues entonces... —continuó el rey Anisio—. Sé bien que las leyes de Fuerte no permiten que los ex prisioneros ejerzan funciones de jefatura, sean de carácter político, económico o religioso.

—Exactamente...

—Por lo tanto, mi petición es que haga una excepción con este hombre. Me parece que la humanidad necesita escuchar las palabras de alguien como él. De seguro aún tiene grandes servicios que prestar a nuestra historia —murmillos en el salón. No tantos como con el primer deseo, pero aún así los hubo. La expresión taciturna de Ferrabrás se concentraba en una sola y auténtica ceja—. Mi segunda petición es que el hombre conocido como John Tuck ejerza su sacerdocio en las tierras de Fuerte...

Lo más interesante era que aquel deseo parecía agrandar a una aplastante mayoría en el salón. Las personas se sentían admiradas con la elección del rey, e incluso el propio rey Tercero parecía en extremo satisfecho de ser capaz de otorgar semejante redención a un antiguo fraile, sin burlar por eso las leyes de su nación.

—Majestad, su deseo es una orden.

El salón incluso aplaudió —quién lo diría— cuando los escribas reales se aproximaron y el rey Tercero firmó los pergaminos que se irían al reino de Fuerte. Fue así, aprovechando esa mejoría en el ambiente, que Anisio Branford continuó para expresar su deseo más polémico:

—Hace tiempo nacieron muchos relatos de lucha y coraje en nuestras tierras. Numerosos hombres se volvieron inmortales a través de sus obras o de sus historias de sacrificios en pro de otros más débiles o necesitados. Tengo la seguridad de que cada uno de ustedes guarda en su memoria a un preferido, y puedo decir aquí que en la mía tengo también tal actitud.

Axel Branford se agitó en su trono. Hacía algún tiempo Anisio le había confiado cuál sería su tercera petición el día en que lo consagrarán rey. Pero no creía que, cuando ese día llegara, fuera capaz de tomarse aquello realmente en serio.

—Señores, formo parte de una generación posterior a la gran mayoría presente, y es obvio que por eso me identifico con héroes más cercanos a mi época, como ocurre con miles de mi edad o incluso de la nueva generación que conforman hoy en día otros aún más jóvenes.

Blanca no parpadeaba.

El rey Alonso tampoco.

—Y si hoy estamos aquí, en un momento de considerable tranquilidad, es porque

en el pasado grandes héroes se unieron a mi padre, Primo Branford, que encabezó la épica Cacería de Brujas. Todos los líderes de ese movimiento histórico se convirtieron en grandes leyendas y aumentaron su propio mito durante su vida. Algunos ya no se encuentran entre nosotros, como Arthur Pendragon, que se entristecería de ver en lo que se convirtió la guerra santa por la tierra que defendió, o Merlín Ambrosius, el Sagrado Cristo y primer avatar de nuestro Creador. Algunos llevaron su experiencia y su justicia al magisterio, como lord Wilfred de Ivanhoe. Algunos están desaparecidos hasta hoy, como el capitán Lemuel Gulliver. Algunos desviaron su camino, como el mago-lynch Oz. Pero entre todos ellos ninguno tuvo un destino más ingrato que Robert de Locksley.

Anisio había dicho el nombre.

Los murmullos recorrieron de inmediato aquellos salones, pero esta vez eran diferentes. El caso de Robert de Locksley, héroe juzgado como bandido, era el más polémico de aquellas tierras. Para las personas su nombre sólo se mencionaba en las calles en susurros. Para los monarcas, sólo cuando las puertas estaban cerradas y hasta las paredes dormían.

—Robert de Locksley fue uno de los más grandes héroes del mundo, y es muy triste para su memoria verlo pudrirse en una celda a la espera de la muerte, marcado como criminal y no como héroe. Su situación resulta compleja porque, al fin y al cabo, él y muchos de su banda fueron capturados por soldados stallianos en el condado de Sherwood, una región que en teoría pertenecería a las tierras de Stallia, pero que en la práctica es neutral por ubicarse debajo del reino de Brobdingnag.

En el salón reinaba el silencio. Todo lo que se decía era verdad. El condado de Sherwood quedaba abajo del reino gigante de los cielos y, por lo tanto, de común acuerdo político, establecido mediante un tratado firmado, se le reconocía como área neutral, aunque no constara en el documento que también se localizaba dentro de un antiguo límite de las tierras de Minotaurus y Tagwood, por lo que su conducción gubernamental era responsabilidad de todos esos reinos. Sin embargo, en la práctica esa conducción era ejecutada por Stallia con recursos económicos propios. Tagwood no tenía el menor interés en Sherwood y Minotaurus sólo deseaba capturar y castigar a quienes se oponían a su posición imperialista.

Entonces, cuando Robert de Locksley y una buena parte de su banda fueron capturados por tropas militares del reino de Stallia, Minotaurus solicitó para sí la transferencia desde la prisión donde se hallaba el famoso fugitivo, lo cual le habría valido sin demora la ejecución en la horca. Sin embargo, apoyado en el tratado firmado por Minotaurus, Tagwood, Stallia y Brobdingnag, que designaba al condado como región neutral, y sustentado en el hecho de que Locksley también era buscado por delitos contra las leyes de Stallia, el rey Alonso Corazón de Nieve se negó a entregar a Minotaurus al prisionero y lo llevó para ser juzgado en sus tierras, según su

propio código penal.

Obviamente eso la ganó la ira de Ferrabrás.

Para empeorar la situación, tras ser juzgado por las leyes stallianas, Robert de Locksley fue condenado a prisión perpetua, sentencia que cumplía hasta esos momentos. La cuestión era que, en Stallia, Locksley había sido juzgado por crímenes contra el Estado sólo relacionados con «hurtos e incitación a ideas de rebelión» entre la población. Como ni él ni nadie de su banda habían disparado jamás una sola flecha contra soldados de aquel reino, eso impidió que se le dictara la pena de muerte, de la que no habría escapado de haber sido juzgado por las leyes de Minotaurus.

La sentencia irritó aún más al ya calvo emperador Ferrabrás.

—No estoy juzgando aquí hoy si el rey Corazón de Nieve actuó correctamente al tomar para sí al prisionero que capturó ni si su sentencia, según las leyes stallianas, fue más justa de lo que el antiguo héroe merecía. Nada de eso resulta cuestionable y Arzallum no se manifestará en tan polémico asunto, pues no le corresponde. Lo único que enarbolo aquí es el derecho a mi tercer deseo, que pretendo dedicar a la memoria de mi padre. —Ferrabrás apretó los dientes—. Y mi último deseo es que Robert de Locksley sea liberado de su pena de prisión perpetua, bajo la circunstancia de amnistía.

—¡Infamia! —bramó Ferrabrás, con lo que atrajo la atención de todo el salón, que se hallaba en absoluta tensión—. ¡Sólo la idea de pedir la liberación de un prisionero condenado sería inmoral, pero bajo la circunstancia propuesta resulta verdaderamente inaceptable!

Murmullos en el salón. Era la primera vez en la historia de Nueva Éter que un gobernante en el Salón Real desafiaba en público el derecho a las tres peticiones de un monarca recién coronado.

—Entiendo su desacuerdo en relación con mi solicitud, pues todos aquí sabemos que su ejército sufrió bajas en los juegos mortales promovidos por el grupo de Locksley. Pero le pido, por favor, rey Ferrabrás, que comprenda que...

—¡Emperador Ferrabrás! —rugió el monarca.

En la entrada del salón aparecieron soldados, preocupados por el rumbo que aquella celebración estaba tomando. Anisio Branford, que antes mantenía una expresión paciente y hablaba como un aliado, modificó totalmente de expresión. Asumió una postura seria y dijo en tono firme, cambiando el tratamiento hacia Ferrabrás:

—Ya que recuerdas a este salón tu título autoproclamado, me parece también que ese es un asunto que debería ser sometido a votación, aprovechando la presencia de nuestros líderes de las tierras de Ocaso. En particular, creo que un reino puede abstenerse de la monarquía como sistema de gobierno si tal es el deseo de su nación. Sea cual sea la decisión que se tome, debe establecerse en forma conjunta con los

líderes que gobiernan las naciones vecinas.

Ferrabrás dio un paso al frente y todos los que estaban en el camino entre él y Anisio Branford se apartaron con temor, hasta formar un corredor entre ellos.

—¡Quien toma decisiones por la nación de Minotaurus es Minotaurus! ¡Sólo ella y nadie más!

Los soldados de Minotaurus se acercaron a su emperador. Axel Branford se levantó y se aproximó a su hermano mientras observaba de lejos al campeón de Ferrabrás, un hombre blanco alto, con una cicatriz de batalla que descendía en diagonal desde lo alto de la frente hasta la nariz. Todos los soldados de Minotaurus llevaban el cabello rapado, o casi al rape, con un corte típicamente militar.

El papel que Axel desempeñaba era también el de un campeón de Arzallum. El campeón de un rey tenía la función de encabezar a la guardia cuando fuera necesario, tomar la vanguardia de su ejército en un estado de guerra y luchar en los duelos de honor para los que fuera convocado. Así, era común que aquel que asumiera ese papel fuera un lord: un combatiente militar experto en batallas. Sin embargo, el campeón de Arzallum era el propio príncipe Axel Terra Branford, que había solicitado el título en una sorprendente decisión, pues era la primera vez que un príncipe asumía ese peligroso papel.

—¿Entonces, además de «emperador» quieres también el título de «Minotaurus»? —preguntó Anisio—. ¿O pretendes que Minotaurus se transforme en sinónimo de «aquel dominado por la tiranía»?

—Tú sólo... —intentó decir Ferrabrás.

—¡Usa el término «usted» cuando te refieras al mayor de los reyes! —dijo Axel Branford—. Si reniegas del título de «rey», entonces no oses colocarte en el mismo nivel de uno.

Ferrabrás suspiró fuerte por la rabia. Sorprendentemente, el rey-bestia Wöo-r tomó la palabra en su defectuoso altivo:

—¡Röök apoya el título de Minotaurus! ¡Y reconoce a Ferrabrás como emperador!

En el salón explotaron murmullos y comentarios espantosos. Axel miró a Anisio, consciente de que el juego se estaba volviendo peligroso.

—Pues si tomas a Ferrabrás como aliado, rey-bestia, entonces Aragón no sólo reniega del título en votación, sino que desdeña a la gente de Minotaurus. —reviró el rey Adamantino, causando más fricción.

Las fuertes palmas de Enkidu, el campeón del reino de Uruk, llamaron la atención del disperso salón hacia él.

—El rey Gilgamesh tiene algo que decir... —dijo.

Silencio. Y después:

—Uruk... —dijo de manera lenta y arrastrada el rey Gilgamesh—, ¡también

apoya el título!

Como la agitación amenazaba con regresar al salón, y antes de que aumentara, Blunderbore, el rey-gigante, habló por encima de las otras voces en su lengua natal. Su voz gruesa y poderosa recordaba el sonido de una trompeta. Como nadie entendió nada del dialecto, su campeón tradujo en un altivo todavía más pobre que el del rey-bestia, con un tono de voz igualmente poderoso:

—Brobdingnag también apoya el título...

El rey Segundo se rascó la cabeza, mientras retornaban los murmullos. Ferrabrás observaba a Branford con un aire triunfante. Axel odiaba aquella sonrisa.

El rey Anisio tomó la palabra:

—En algunas lenguas el título de «emperador» tiene el sentido de «señor de los reyes», lo que nos deja en una situación de una de dos: o modificamos el sentido de la palabra o renegamos del título propuesto por Ferrabrás.

Silencio.

—Entonces sugiero que modifiquemos el sentido a «aquel que se convertirá en el señor de los reyes» —rezongó Ferrabrás.

Más soldados de Arzallum llegaron al lugar y entraron en el Gran Salón, para incrementar la algazara. La impresión era que si la madre de alguien era insultada en ese momento, se declararían la Primera Guerra Mundial.

—¡E independientemente de las consecuencias políticas o militares que piensas que eres capaz de imponer, reniego aquí en tu suelo de tu tercera petición, Anisio Terra Branford!

Ferrabrás escupió en la alfombra real y, junto con su comitiva, dio media vuelta y se dirigió a la salida.

Fue cuando el rey Anisio hizo una señal con la cabeza y la guardia de Arzallum bloqueó la puerta. Los hombres de Minotaurus tocaron las empuñaduras de sus armas. Los de Arzallum, también.

—Antes de que partas, líder de Minotaurus —dijo Anisio, atrayendo de nuevo la atención en el tenso ambiente—, me gustaría que asistas al desenlace de nuestro acto. A la postre, parece que te olvidas de que el destino y el juicio de Robert de Locksley no te pertenecen, pues tu guardia resultó incompetente y deficiente, mientras que la de Stallia no.

Ferrabrás se dio la vuelta como un poseído. Nada irritaba más a un minotaurino que el menosprecio hacia su poderío militar. La rabia le quemaba el interior. También el de sus soldados. Por el bien del salón, nada fue dicho por ninguno de ellos. Al menos allí.

—¡Y dejo la consecuencia de mi tercer deseo a quien en verdad tiene el poder de concederlo!

Todas las miradas de la sala se volcaron sobre el rey Alonso Corazón de Nieve,

que de nuevo parecía un poco distante del mundo, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Con todo, al ver que la atención se concentraba en él, salió otra vez de su mundo interior y abrió los ojos como si apenas se diera cuenta de la importante decisión que se le pedía tomar.

No era sólo una cuestión de conceder o no el deseo de un rey. Era hora de elegir aliados en un conflicto político y militar declarado. El momento de decir si estaba del lado de Minotaurus y, en consecuencia, contra el sistema establecido por los monarcas de todo el continente Ocaso, o si estaba del lado de Arzallum, con lo que atestiguaría en público que no sólo no guardaba rencores contra la familia Branford, sino que se mantenía contra las ideas políticas y militares de Minotaurus.

El rey miró a su hija Blanca, ubicada detrás de Anisio Branford. El corazón de la joven latía con rapidez e incluso parecía que sufriría una arritmia cardiaca. Un hecho justificable: lo que una princesa a punto de convertirse en reina menos desea en la vida es ver a su tierra natal entrar en desavenencias con la de su futuro esposo.

—Majestad... —dijo Alonso Corazón de Nieve, con una voz rasposa y fría—. Su deseo es una orden.

Ferrabrás rechinó los dientes y caminó otra vez hacia la salida. Los soldados miraron a su rey y, esta vez, desbloquearon la puerta, mientras observaban a la orgullosa comitiva de Minotaurus abandonar la sala.

—Quienes deseen arar los mismos caminos de Minotaurus —dijo el rey Branford—, por favor, que lo hagan ahora.

El rey-bestia, junto con su campeón, el trol-héroe Grendel, y su comitiva de bestias de Rök giró también y dejó el Gran Salón, ante la mirada de la comitiva de Aragón.

—¡Nuestras peticiones aún no terminan, rey-bestia! —dijo el rey Adamantino.

El rey Wöo-r sólo mostró sus caninos y continuó su camino.

Por parte del reino de Uruk, el rey Gilgamesh y su comitiva, liderada por el campeón Enkidu, caminaron también en silencio en dirección a la salida del Gran Salón. Por último, la comitiva de Brobdingnag, el reinogigante, hizo temblar el suelo al imitarlos.

Cuando el silencio regresó al salón, ante los rostros sorprendidos, el rey Anisio Terra Branford se volvió hacia quienes quedaban en el recibidor y dijo:

—Está consumado —todos los que permanecieron allí, con excepción de los reyes, se pusieron de rodillas: era el final de aquella ceremonia y sólo el inicio de lo que estaba por venir—. Han quedado establecidos los cimientos para la construcción de la nueva era de Arzallum y de todo el continente de Ocaso.

Aquella pendencia estaba creando secuelas. Los niños salieron en desbandada, como hacían siempre, de la Escuela Real del Saber. Era obvio que ese día el único asunto comentado entre ellos era el de João Hanson y Héctor Farmer. Algunos de los diálogos que una persona habría escuchado si anduviera por allí y fingiera no prestar atención a lo que decían las niñas serían:

—¿Viste? ¡João se le echó encima a Farmer!

—Sí, pero no sirve de nada. Farmer es más grande. Y también mayor. ¿Quién puede con alguien más grande y mayor?

—¡El príncipe Axel ha derrotado a gente más grande y mayor que él!

—Ah, pero él es pugilista. João no.

—¿Pero qué piensan ustedes de lo que dijo Farmer? ¿Creen que la profesora y Axel ya... ya... ustedes saben...?

—¿Será? ¿Pero antes de casarse? ¡Eso es una deshonra!

Las niñas se rieron, como si aquello fuera una gran broma. En realidad, en las épocas actuales incluso lo parecería, ¿no?

—Ah, no: no ha ocurrido, créanlo. ¡Ella es muy fea para él!

—¡No seas envidiosa, chica! María es linda...

—No, eso es cosa de punto de vista...

—¡Ay, ya!

Perdido en su propia conversación, el grupo de Farmer iba más al frente, formado por unos cinco muchachos y ninguna niña. Farmer era el mayor. Más atrás venía el grupo de João, compuesto de tres niños y todas las niñas restantes de la clase. Ambos habían discutido antes de salir de la Escuela Real del Saber, pero eran lo bastante sabios como para quedarse cada uno con lo suyo.

Tanto él como su antiguo rival habían sido advertidos de que serían expulsados ante la menor señal de pelea, incluso fuera del horario escolar.

—¿Le vas a pegar después? —preguntó Costard, uno de los amigos de Farmer.

—¡El problema es que si le pego a ese chaparro idiota, la estúpida de su hermana me expulsará! ¿Y saben qué pasará? ¡Mi madre me comerá vivo, como ni siquiera aquella bruja casi lo hizo con esos dos!

Los amigos de Farmer rieron fuerte, lo suficiente para no darse cuenta de la aproximación del otro grupo, desde donde se escuchó:

—¡Ven a decírmelo en mi cara! —al fondo, la voz adolescente de João Hanson cortó las risotadas. Una voz a veces demasiado gruesa, que de repente dejaba escapar todavía algunas palabras agudas.

El joven Hanson se acercó, acompañado de su grupo de adolescentes, que incluía a Ariane Narin. Era impresionante cómo había crecido de un año a otro; incluso parecía que hubiera duplicado su tamaño respecto del año anterior.

Héctor Farmer, que a pesar de todo era más grande que João Hanson, se detuvo y se volvió:

—¡Ah, el «cabello relamido» decidió hablar fuerte! Estás cambiando de voz, ¿eh, Joãoito? —aquel «Joãoito» se había vuelto un apodo incierto entre el mundo plebeyo. En realidad, se refería al clan De Marco, familia rival del clan Casanova. Sus dos herederos solían involucrarse en grandes historias de disputas amorosas, para alegría de los contadores de historias y del pueblo interesado en las «noticias sociales». Si el muchacho era un gran conquistador, pero se mantenía a costillas de su padre, era un «Joãoito». Si se mantenía a sí mismo, era un «Casanovita». De cualquier forma, el primer apodo solía ser peyorativo. El segundo, motivo de orgullo.

Además, João Hanson usaba un corte de cabello muy parecido al del heredero de los De Marco.

—¡Estoy hasta el gorro de escuchar a gente como tú burlarse del nombre de mi familia!

João se detuvo ante Farmer. Ambos quedaron frente a frente, a la distancia de un palmo. Brazos abajo. Ojos en los ojos. Como se ha dicho, Farmer era un poco más alto, pero sólo un poco. Sin embargo, por estar un poco más gordo resultaba más robusto. Y también un año mayor. Los adolescentes formaron un círculo alrededor de ambos y permanecieron con los puños cerrados, ansiosos por una posible continuación de la pelea interrumpida con anterioridad.

—¿Sabes? —dijo Farmer—. ¡No termino de golpearlo ahora sólo porque sería expulsado de aquí!

—¡Uuuh! —gritaron los adolescentes alrededor.

—¡A la hora que quieras, panzón! —reviró João.

—¡Uuuh! —gritaron de nuevo.

«Ah, yo que tú no me dejaba...» y «¡Si fuera yo, le ponía ya la mano en la cara!», eran algunas de las frases que se escuchaban entre el grupo.

—Te haces el macho frente a los demás porque sabes que tu hermanita es la

nueva profesora. ¡Y sé que me expulsaría si te partiera la cara!

«¡Eh!», «¡Eso!», y «¡Puedes apostar!», surgían del grupo de los amigos de Farmer.

—Primero —habló João—, al contrario de ti, mi hermana es una persona justa. ¡Por eso me expulsaría tanto como a ti si golpeará tu cara de nuevo! —«¡Uuuh!», gritó otro grupo—. Y segundo: si quieres saber quién es más hombre —noten el término que utilizó: «hombre»—, hay otra forma de que resolvamos esto.

Los dos grupos quedaron en silencio.

—¿Ah, sí? ¿De qué manera?

—Tú y yo... —la voz de João salió gruesa esta vez—. Hoy, con las campanadas de las cuatro, en una disputa en el terreno baldío que está detrás de la catedral. ¡Con todo el mundo aquí de testigo!

Ambos grupos se miraron fascinados.

—¿Una disputa? —Farmer se extrañó—. ¿Y una «disputa» de qué?

—De *boxing*...

Los dos bandos lanzaron hurras de placer.

En esta hora de que corazones en conflicto debatieran. Un inmenso bufet fue servido en el salón para las comitivas reales que permanecían en el local. Persistía en el aire un ambiente de sorpresa por el rumbo que habían tomado las cosas y un sentimiento de temor por lo que reservaba el futuro al continente de Ocaso. Las comitivas se daban un festín mientras esperaban que sus monarcas conversaran con el nuevo rey. Los siervos reales circulaban con bandejas de un lado al otro y los cocineros reales trabajaban con frenesí.

Para darse una idea, en una mesa montada había una increíble variedad de frutas: moras, grosellas, cerezas, limones, membrillos, granadas. En otra había carnes de puerco, y había una más con pescados, aparte de mucho vino y aguamiel para beber. Incluso había platos con especias difíciles de encontrar, como pimienta, canela y azúcar.

Anisio Branford permanecía en su trono con la corona en la cabeza, ajeno al banquete servido alrededor. Atendía a los reyes y a los monarcas aún presentes, uno a la vez, y escuchaba sugerencias, peticiones, justificaciones o reclamaciones sobre problemas de orden político entre naciones. Allí los tratados se restablecían o se ratificaban, se hacían promesas, aun a sabiendas de las dificultades para cumplirlas en el futuro, y las alianzas se reforzaban aun con la certeza de que parecían venir tiempos difíciles.

Al fondo, Blanca Corazón de Nieve observaba la rica mesa de frutas, intentando decidir cuál sería la mejor opción.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —la voz de Axel surgió a su lado con dos copas de vino en las manos.

—¡Ah, pero claro! —ella asintió con la cabeza y aceptó una de las copas—. Usted es mi cuñado, Axel Branford. Me encantaría escuchar su sugerencia.

—Blanca, por favor, no uses esos términos conmigo...

—¿Qué términos?

—No me hables de «usted», por ejemplo. Dentro de poco me dirás «señor». ¡Serás la esposa de mi hermano, mujer! Por favor, háblame de «tú» o... dime «Axel», sólo Axel. ¡Ya sé, inventa un apodo para mí!

Ella rio. Aquel no era un consejo tan práctico para una Corazón de Nieve. Los nobles eran enseñados a hablar entre sí en la segunda persona formal. En momentos íntimos, sin embargo, algunos utilizaban el «tú», pero nunca en público, porque eso se tomaría como una falta de respeto.

—Eso es extraño para mí, incluso siendo usted... —una pausa—... incluso siendo tú de mi familia ahora. Va contra toda la rígida educación que recibí.

—Entiendo, pero insisto en que lo intentes. ¡Y por el amor del Creador: no hables en mesoclisís! ¡Los escribas ya deberían haber abolido eso de la lengua altiva!

La princesa rio de nueva cuenta. Y bebió más de su copa de vino.

—¡Hablo en serio! —él también rio—. No entiendo por qué hoy en día todavía encontramos a algunos personajes que se presentan como: «Señores, yo soy Olaim Cola de Puerco III, hijo de Olaim Cola de Puerco II, casado con la señora Costilla Porcina IV, y nieto de, bueno, de Olaim Cola de Puerco I».

La princesa escupió el vino que bebía y miró avergonzada a su alrededor, temerosa de las miradas de otros nobles. Y se dio cuenta de que nadie estaba muy preocupado por sus reacciones.

—Te prometo que haré un esfuerzo... Axel.

—¿No suena mucho mejor?

Ella volvió a examinar las frutas.

—¿Tú... —era tan difícil para ella usar el término, que más parecía que la palabra le pesaba—... no dijiste que me ayudarías a escoger una fruta? ¿Cuál sugieres?

Axel metió la mano en una frutera y sacó una manzana roja, gorda e inmensa. La fruta relucía de tan perfecta y ella extendió la mano para tomarla.

—Mira, si esta fruta pulsara, creerían que es un corazón.

—¿Sabes? Empiezo a entender por qué algunas nobles acostumbran traer a colación tu nombre en conversaciones y reuniones particulares entre mujeres. Usted... —se aclaró la garganta—. Tú hablas a veces como poeta, aunque tengas la simplicidad de un aldeano.

—Y eso me define mucho más que ser hermano del rey Anisio Terra Branford, hijo de Primo Branford y nieto de Hans Branford. ¿No estás de acuerdo?

Ella se quedó pensativa durante algunos segundos y preguntó con expresión seria:

—¿Acaso la familia no define también a un hombre?

—Sí, los seres humanos que forman parte de ella, mas no sus títulos.

—¿No debería un hombre heredar el respeto conquistado por sus antepasados y honrar esa conquista?

—Sus actos deben honrar esa tradición, no la exhibición de las credenciales.

Ella volvió a pensarlo y esta vez se mostró de acuerdo.

—No se leen esas cosas escritas en los libros, ¿eh?

—No, porque las personas suelen leer los libros equivocados.

La princesa tomó un membrillo y se lo comió. Percibió que su boca quedó un poco sucia, pero esta vez no se avergonzó por eso. Axel le ofreció un pañuelo.

—Pensé que aceptarías mi manzana... —dijo, sonriendo.

—¡No es eso! —ella se limpió la boca—. Es que no me gustan las manzanas.

—¡Lo dices porque no conoces las manzanas dulces de Denims! Le pediré a Anisio que te dé una en la noche, cuando estén solos. Nunca más querrás comer otra fruta.

La princesa se ruborizó. Su piel era tan pálida que sus mejillas parecían en sí mismas auténticas manzanas.

—Axel...

El príncipe sólo sonrió. Él mismo mordió la fruta.

—Hablando de Anisio, te confieso que quería preguntarte algo sobre mi hermano que creo que me puedes contestar.

—Si no es algo indiscreto...

—Si fuera algo indiscreto, le preguntaría directamente a él.

Ella sonrió y estuvo de acuerdo.

—Dime.

—Antes estuve observando a Anisio y me di cuenta de que tiene una marca extraña en el brazo. Parece un cuadrado cuyos bordes se expanden, hecho con el juego del gato que tanto gusta a los niños. Es un símbolo... Así... —y dibujó en el aire la figura de un #.

—Se trata de un símbolo místico. Yo se lo grabé con su acero.

—¿En serio? —Axel dejó de masticar la manzana—. ¿Y qué representa?

—Magia blanca.

Fue el turno de Axel de escupir el pedazo de la fruta para no atragantarse.

—Princesa, ¿me estás diciendo que conoces... la magia blanca? —dijo, casi en un susurro.

—Conozco muchas cosas, Axel. No siempre leo los libros equivocados.

—Ahora entiendo. Anisio no me quiso contar cómo, pero...

—Exactamente —ella previó el final de la frase—. ¿O cómo crees que se rompió la piel leprosa en pedazos de sapo?

Axel se calló y hubo una pausa. Hubo un tiempo en que su hermano dejó el Gran Palacio y no había regresado. Un tiempo en que fueron dichas las palabras equivocadas y actitudes inconsecuentes acompañaron la reacción. Axel partió con su trol guardaespaldas y su mítica águila-dragón en un viaje personal en pos de su hermano, sólo para encontrarlo como un extraño hombre cubierto por una bizarra y

leprosa piel anfibia. Más tarde Aniso se había rehusado a hablar sobre el asunto. Y él aún no tenía idea de qué había roto aquella magia horrenda. Hasta ahora.

—Axel... —dijo la princesa como si lamentara al percibir su reacción.

—Gracias.

Sólo entonces, ante la reacción de él, Blanca Corazón de Nieve se dio cuenta de los frágiles sentimientos que unían a esos dos. Tomó el pañuelo que él le había prestado y limpió la cara de Axel antes de que escurriera alguna lágrima.

Resultaba interesante que ninguno de los dos estuviera interesado ya en lo que pensarán quienes estaban a su alrededor.

—¿Sabes que las lágrimas de un príncipe son ingredientes poderosos en los rituales mágicos?

—¿Es así, princesa? —él intentó sonreír—. ¿Y las lágrimas de los reyes?

Blanca observó al fondo a su padre, Alonso Corazón de Nieve, y suspiró.

—Esas incluso son capaces de purificar un espíritu...

Axel percibió la mirada de compasión de ella.

—Parece que el rey Alonso ya no llora, ¿verdad?

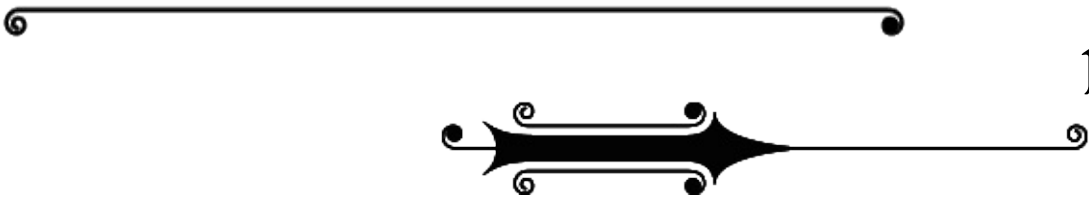
—No. Él es ahora el «Rey de las Lágrimas de Invierno». Las lágrimas que se congelan. Las lágrimas que no caen.

Axel acarició el brazo de la princesa, sin saber exactamente qué decir. ¡Y de repente surgió aquel sonido! Los siervos reales dejaron caer las bandejas y un vocerío seguido de histeria comenzó a apoderarse de todo aquel salón. El rey Anisio se levantó de un salto de su trono y muchos corrieron hacia fuera, o a asomarse por alguna ventana, en busca de una explicación racional para lo que ocurría.

El sonido provenía de quién sabe dónde, fuerte y en parte ensordecedor. Recordaba el restallido de colas de dragones y crecía y crecía y crecía. Crecía porque se aproximaba al palacio. Los guardias corrieron fuera y dentro del Salón Real, gritando cosas a los presentes y, sobre todo, al rey. Era algo que venía del cielo. Más que eso: no sólo mantenía en el aire aquel ambiente de sorpresa por el rumbo que tomaban las cosas, sino también el sentimiento de temor sobre lo que el futuro reservaba para aquel continente.

Algo que nunca habían visto.

Algo que nunca imaginaron que existiera.



Fuera del Gran Palacio, a algunos kilómetros de distancia, las comitivas reales que no habían permanecido allí se alejaban cada vez más, aunque ninguna de ellas se iba de Arzallum, pues sus representantes lucharían en los días siguientes en el esperado Puño de Hierro. Sin embargo, después de las ofensas sufridas y las desavenencias establecidas, era obvio que las comitivas ya no serían bien recibidas en el Gran Palacio, por lo que deberían acomodarse en alojamientos de gran lujo y pompa.

Esa era la preocupación de todas ellas cuando, dondequiera que estuvieran, escucharon aquello. Y también se sorprendieron con algo que no imaginaban que existiera.

—Mi emperador... —dijo un soldado de Minotaurus, asombrado.

Ferrabrás salió de un carruaje y se colocó para observar lo que venía del cielo. Incluso él, que demostraba poco sus sentimientos, no pudo esconder su propia sorpresa.

—¿Qué... qué es eso, mi emperador?

—No lo sé, soldado. Pero si no está de nuestro lado, entonces está en contra nuestra.

—¡Madreee! ¡Madreee! ¡Ven acá! ¡Ven acá! ¡Ven acá ahora!
—Anna Narin dejó todo lo que hacía y corrió para reunirse con su hija.
—¿Qué pasa, por el Creador?
—¿No escuchas... eso?

Anna Narin lo escuchaba. Tanto, que corrió con su hija con el corazón acelerado... y el mundo en conflicto. Al salir, encontró a grupos de habitantes que hacían lo mismo: todos se miraban y se preguntaban no sólo qué era aquello, sino también si estaban de nuevo en tiempos de guerra.

Era triste ver lo que un inesperado atentado pirata anterior había hecho con ese pueblo, otrora tan seguro de sí y asimismo ejemplo para todos los pueblos de ese continente. Lo más difícil parecía ser el hecho de aceptar que la paranoia y el miedo se habían instalado no sólo en las casas de aquellas personas, sino también en los corazones de cada una de ellas. Un lugar de donde sólo ellas serían capaces de retirar el sentimiento, lo que dificultaba mucho más la tarea.

Cuando aquella cosa pasó por encima de ellas, algunas personas se agacharon por temor a que se tratara de otro ataque, esta vez aéreo en vez de por mar y tierra. Ariane Narin, asustada por la sombra que aquello hacía sobre su cabeza, se aferró con fuerza al cuerpo de su madre.

—¿Qué es eso, madre?

A lo largo de su vida Anna Narin había visto muchas cosas en eventos que involucraban a brujas buenas y malas. Había visto magias negras destruidas, así como había visto a brujas caníbales intentar devorar a los niños. Había presenciado cosas espantosas y otras que parecían imposibles.

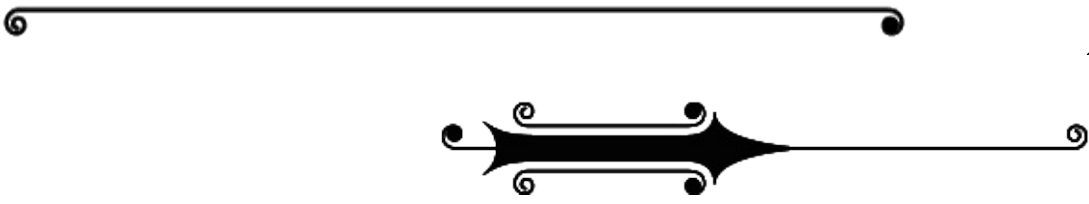
Aun así, jamás había atestiguado nada igual a eso.

María Hanson observó en el horizonte cómo aquello continuaba su camino hasta detenerse encima del Gran Palacio. A su lado, Kenny, antigua compañera de clase de María, y hoy su alumna, dejó caer los pesados libros de las manos.

—¿Aquello está... descendiendo sobre el Gran Palacio? —preguntó Kenny, con voz lenta.

María tenía los ojos abiertos y no pestañeaba, las manos trémulas, húmedas de susto, el corazón latiendo extremadamente fuerte en el pecho.

—Sí, eso hace.



Anisio Terra Branford se hallaba fuera del Gran Palacio, al lado de todos los soldados disponibles, en su mayoría los mejores. Aquella cosa había hecho una inmensa sombra sobre el jardín real, hasta transformar el día en un inesperado eclipse. Todos los presentes observaban de lejos, con sorpresa en los semblantes y los cabellos erizados.

Los arqueros armaron sus arcos y sus ballestas, con las flechas apuntando hacia lo alto.

—Majestad, sólo dé la señal —dijo el capitán.

—No. Todavía no...

El capitán hizo una seña con el puño cerrado y ningún arquero liberó su cuerda.

Poco a poco, despacio y un poco temblorosa, aquella cosa se fue deteniendo. Era inmensa. Inmensa. De lejos parecía un animal oriundo de la especie de los dragones. Pero de cerca... de cerca era algo aún más fabuloso, pues ya no parecía un animal. Más bien no se sabía bien qué parecía. Era como si hubieran puesto ...un barco en pleno aire, pero esa es todavía una descripción pobre. Era más como ...un monstruo formado de madera y metal, con una cola metálica que giraba lo bastante rápido como para recordar las batidas de las alas de un pájaro cuyo nombre es difícil recordar, pero capaz de detenerse en el aire. En algunos puntos parecía soltar fuego por la nariz. Y tenía una base en cuyo centro había un rectángulo metálico y brillante, y otros dos más chicos en las puntas, que formaban un dibujo que recordaba una cruz. Alrededor del cuerpo metálico corría, de manera ruidosa, una especie de cadena gruesa de metal, la cual giraba a lo largo de la parte externa en el sentido de las manecillas del reloj por un arco en el que brillaba una luz encarnada.

Resultaba increíble la forma en que la cola metálica había dejado de girar, pero aún así aquel inmenso peso se mantenía detenido en el aire.

De las tres placas brillantes en la parte inferior, que recordaban una cruz, el gran rectángulo del centro dejó de brillar, por lo que sólo permanecieron brillantes las dos

placas laterales de la cruz. Entonces, poco a poco, el inmenso vehículo alado comenzó a descender, lentamente, oscilando y flaqueando un poco de vez en cuando, como si no estuviera acostumbrado a su propio peso, pero aún así descendiendo bajo la mirada de las personas que mantenían las bocas y los ojos muy abiertos.

Después, todavía durante su descenso, se escuchó el sonido de paneles que eran liberados, como el ruido que hace una gran ventana cuando se abre de una sola vez y de manera brusca.

Los arqueros volvieron a sudar frío y las armas temblaron en sus manos.

—¡Majestad! —volvió a decir el capitán, con una voz más temblorosa de lo que debería.

—Todavía no...

Axel Branford observaba la cosa al lado de su guardaespaldas, el trol apodado entre los hombres como Muralla, el cual no había participado en la ceremonia dentro del salón. Sin embargo, ahora aquella se volvía, en definitiva, una situación en que su presencia se hacía en extremo necesaria.

Se abrieron cuatro compartimentos inferiores, cada uno en la punta de aquel inmenso casco. Algunos nobles intentaron esconderse o protegerse, imaginando que de aquellos compartimentos abiertos saldrían tiros de cañón o a saber qué. Las flechas seguían acompañando el lento movimiento de descenso. El puño del capitán se mantenía cerrado, indicando que nadie debería disparar una sola flecha. Incluso porque a esas alturas nadie sabía ya si las flechas servirían de algo.

Entonces, de los compartimentos abiertos, en vez de cañones salieron engranajes con pies en forma de ruedas de carruajes, pero del triple del tamaño que tendría una rueda de carruaje. Y con un envoltorio con el que ninguna rueda de carruaje había sido revestida jamás.

Despacio, conforme lo permitía el bamboleo del vehículo, las ruedas tocaron el suelo, haciendo que del inmenso pájaro-barco emergieran engranajes de metal para suavizar su inmenso tonelaje. Cuando la base del monstruo de acero tocó el suelo y se sustentó en su peso, se escuchó un ruido fuerte equivalente a centenares de armaduras cayendo al mismo tiempo de una gigantesca repisa. Las dos placas que aún brillaban en los laterales inferiores se apagaron. La nube de polvo que se levantó durante el descenso fue disminuyendo.

Y al fin llegó el silencio.

De cuando en cuando se escuchaba el sonido de las armas de los soldados, moviéndose, o de guardias que cambiaban de posición por orden de sus superiores. El rey Anisio Branford ordenó que se bajaran las flechas y los soldados obedecieron con extrema cautela.

De pronto el barco-pájaro hizo un ruido que recordaba a una puerta que se abría con violencia. Del susto, un soldado se disparó una flecha en el pie y cayó gritando.

Las flechas apuntaron temblorosas hacia aquello.

—¡Ordené que bajaran las armas! —bramó el rey Anisio, con una seguridad en la voz que su propio capitán habría deseado tener.

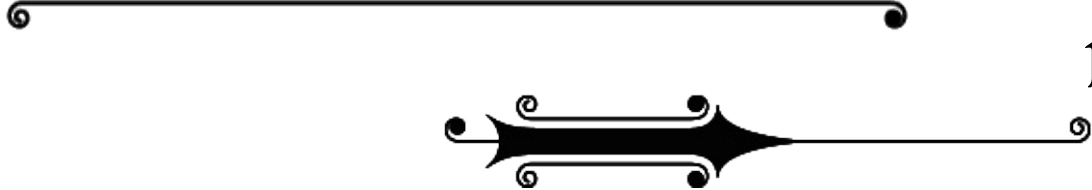
Todas, absolutamente todas las armas fueron bajadas.

Y el rey Anisio esperó.

Entonces, del nuevo compartimento abierto pareció descender una escalera móvil, sostenida por cuerdas laterales que se desprendían de la nave junto con un pedazo de la base inferior del casco que tocó el suelo, como si fuera un gajo de melón cortado de una fruta perfecta. Cada vez más personas se aglomeraban en aquel jardín, sin saber exactamente si sentirse privilegiadas o no de estar allí.

Y se vio surgir una sombra del interior de aquel casco. Y después a un pequeño ser descender paso a paso por aquella escalera improvisada hasta tocar el suelo y quedar frente a frente con el rey Anisio Terra Branford.

Aquel encuentro cambiaría al mundo.



En ese momento, cerca del muelle del puerto de Arzallum, un negro solitario observaba el mar tranquilo. Era alto y algo fuerte, con la expresión inquebrantable de quien no teme a la vida, ya sea por tener mucho valor o por su propia falta de osadía ante ella. En las manos sostenía un cuchillo con una lámina del largo de un antebrazo y un artificio de piedra rayada que le servía como afilador.

El nombre de aquel negro era Snail Galford.

—Andabas desaparecido... —dijo una voz que se aproximaba a sus espaldas: una muchacha de no más de diecisiete años, cabellos rojos hasta los hombros y cuerpo de trapecionista. Se trataba de Liriel Gabbiani.

—Lo sé... —dijo él, y entonces se fijó mejor en la joven—. Me gusta el nuevo corte.

Ella sonrió de la misma forma que esbozan todas las mujeres del mundo cuando son apreciadas.

—Gracias...

—¿Las cosas van bien en el «saltador» del circo?

—Sí. Y el nombre es trapecio.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¡No seas ridículo! ¿Y por qué no vienes a trabajar con nosotros? Hay una vacante para lanzador de cuchillos...

Él sonrió con ironía.

—En verdad, Gabbiani, desaparecí un tiempo porque andaba ocupado.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo saber en qué andaba ocupado un hombre de tu calaña?

—Cazando brujas.

→ Saludos, pueblo de Ocaso, maestros y monarcas de este continente tan promisorio. Hace mucho esperamos esta venida, y admito que es un gran placer para nuestro pueblo no sólo comprobar su existencia, como para nosotros formar parte de manera individual de este momento histórico —la voz que emitía esas palabras era de una tonalidad neutra, ni alta ni baja.

El altivo utilizado era de una riqueza aterradora para los que observaban, y su emisor tenía un estilo tal para comunicarse que hacía que las personas parecieran más chicas de lo que eran. Ese era un detalle digno de notarse y te voy a explicar por qué.

Sucede que aquel que descendió de ese... barco-que-navegaba-en-el-cielo, o sea cual fuera el nombre de aquella cosa, era un ser delgaducho de no más de un metro veinte, lo que nos haría pensar con rapidez en un enano flacucho. El problema era que el rostro o, mejor aún, la «cabeza» del ciudadano, era del tamaño de la de un hombre muchas veces más grande. Parecía que algún bromista hubiera colocado un tubo en la oreja de un enano y soplado hasta que su cabeza se hinchara. Es más: el ser estaba vestido de manera impecable, con lo que parecían ropajes nobles de seda adaptados a su tamaño, cadenas de oro alrededor de su cuello y de plata alrededor de las muñecas. Y eso sin hablar de los anillos esculpidos con símbolos que nadie allí entendería tan rápido.

El rey Anisio se aclaró la garganta. Respiró hondo y reunió el coraje para preguntar:

—Saludos. ¿Quién eres tú, navegante de los cielos, que te presentas hoy aquí ante nosotros?

—Oh, qué falta de educación la mía de no presentarme antes —el pequeño ser pareció avergonzado—. Pido disculpas a todos, pero en nuestra cultura sólo nos presentamos después de manifestar nuestras intenciones, un detalle que entre su especie se lleva a cabo a la inversa.

—Comprendo lo que dices, visitante —volvió a decir el rey—. Pero ahora que

sabes en qué cultura te hallas, por favor, te pido que nos aclares lo que no podemos saber.

—Con toda seguridad, rey Anisio Branford.

—¿Sabes entonces qué acontece en este palacio el día de hoy?

—Absolutamente, gran rey. No por casualidad es este el día calculado para nuestra llegada. Estoy aquí en nombre y a petición del pueblo oriental del continente de Naciente, y aprovecho no sólo para traer un acuerdo de cooperación con este reino y sus aliados, sino también una propuesta del inicio de otra era en todo este continente.

En todos los rincones surgieron murmullos. Algunos se preguntaban si aquellos seres habían llegado del espacio, lo cual, por cierto, no resultaría difícil de creer, pues la gente ve demasiadas cosas hoy en día, y no parece haber mucha diferencia entre un ser llegado del espacio y otro que no cuando ambos vienen en un barco que navega por el cielo.

—Me llamo Rumpelstiltskin, maestro de los herreros-pilotos de Labura, y traigo aquí hoy el futuro que ya fue vislumbrado en el continente de Naciente y que ahora vuela con el viento a estas tierras de Ocaso en este Vishnú —y señaló a la gran máquina tras de sí—. Lo que todos ustedes ven aquí es la más moderna conjunción entre magia y metal que una especie inteligente haya osado fundir. Y dará inicio a una era en que la magia y la tecnología caminarán de la mano al servicio de una civilización más próspera y rica. En que los hombres no temerán a la magia, sino que harán que ella sirva a sus intereses. En que las distancias se volverán más chicas. En que el conocimiento se expandirá de manera más rápida y democrática. Y esa es la era que ofrecemos hoy en Arzallum a todos los líderes que aquí se encuentran.

Las personas se volvieron para observar aquel inmenso carruaje volador. Resultaba demasiado surrealista para la inteligencia humana simplemente aceptar su existencia.

—Y entonces, ¿qué nos dicen?

Todos miraron al rey Branford, aguardando su reacción. La máxima era verdadera: grandes poderes, grandes responsabilidades. Anisio lo pensó algunos segundos y dijo:

—Visitantes, por más que jamás esperáramos vuestra visita, y con la perfecta conciencia de que basta un único gesto mío para que lluvias de flechas eclipsen el mismo sol de donde vinieron... Sean pues bienvenidos al Gran Palacio de Arzallum.

Las personas no manifestaron reacciones positivas ni negativas. Todavía no sabían si estaban ante una bendición o frente a una maldición.

—Con todo, visitante —continuó el rey—, dijiste que vienes de Ofir, el día de hoy las tierras de Naciente, para atender a un pedido.

—Con toda seguridad, su majestad.

—Me gustaría saber: ¿ese... «pedido» viene de quién?

—Del gran sultán de Al-Qadim Badroulbador, majestad —las personas se miraron con espanto: la figura del sultán que gobernaba el mundo oriental era legendaria y había generado historias tan extrañas como fascinantes—. Señores, presento a todos al magnífico guerrero y campeón oriental Ruggiero —un hombre fuerte, de cabellos largos y lisos, rasgos orientales y ojos alargados, salió del vehículo alado y observó aquel mundo sin esbozar reacción, como si nada allí tuviera importancia—: el representante oficial de todo el continente de Ofir en el magnífico torneo del Puño de Hierro.

Axel Terra Branford estaba tan estupefacto como su hermano.

—¿Sí enfrentarás a Héctor Farmer más tarde, João? —preguntó Ariane, nerviosa.

—Claro que sí —respondió João, mientras hacía algunos estiramientos que parecían poco prácticos—. Pagaré caro por haber insultado a mi hermana...

—João... Eh... Mira, claro que quiero que ganes, ¿entiendes? Pero... Eh... Estás consciente de que él es mayor, más fuerte y más grande que tú, ¿verdad?

João se detuvo y la miró como si creyera que aquel comentario era un verdadero insulto, peor que los de Héctor Farmer contra su hermana.

—¿Pretendes desafiarme? ¿Se trata de eso?

—¡Ay, no te pongas así! Sólo quiero decir que...

—No tienes de qué preocuparte, Ariane —dijo él, bastante seguro, mientras cambiaba sus estiramientos por un calentamiento con puñetazos y golpes contra enemigos imaginarios.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque tengo un plan.

—Señores aquí presentes, como dije antes, soy el señor Rumpelstiltskin y estoy aquí para traerles el futuro de todo el continente de Ocaso.

Una vez más el salón del Gran Palacio se encontraba abarrotado, sólo que ahora en absoluto silencio, tanto de nobles como de sirvientes. El rey Anisio permanecía de pie, frente a su trono fundido en plata, mientras que el pequeño visitante, acompañado de otros dos asistentes igualmente bien vestidos, con cabezas desproporcionadas y maletas más grandes que las de cualquier humano, lo auxiliaban en su discurso.

—Su majestad, la historia que involucra la creación y el funcionamiento de nuestro mundo de éter es conocida por la mayoría y por mucho más que esa mayoría. De eso tengo la más absoluta certeza. Sin embargo, me parece que no es del conocimiento general de sus gobernantes e incluso de sus gobernados la diferencia con que los continentes de Naciente y de Ocaso se desarrollaron en el aspecto tecnológico —él cambió el foco de su mirada—. Para confirmar mi opinión, me gustaría en este instante preguntar a los presentes algo que conozcan, o crean conocer, sobre lo que llaman el «continente exótico».

Un noble de la comitiva de Aragón, de quien la mayoría no sabía el nombre, se adelantó:

—Oí decir que allá existen hombres debiluchos que se acuestan desnudos en camas de clavos...

El gnomo pareció sonreír con aquel, su rostro desproporcionado, al resto de su cuerpo, y dotado de un sorprendente buen humor respondió:

—¡Uf! Imaginen la curiosa escena que debe ofrecer un hombre de esos bebiendo agua tras semejante hecho. ¡Deberían ponerlo a regar los jardines! —y ante la sorpresa por el ingenioso comentario, todo el salón del Gran Palacio comenzó a reír.

Otra voz presente, ya más animada, dijo:

—Parece que allá hay flautistas que hipnotizan cobras y las hacen bailar en plena

plaza...

—¡Uf! Entonces ya sabemos a quién llamar cuando nuestras calles se infesten de ratas —el salón comenzó a reír de nueva cuenta. Hasta el rey Anisio.

Una tercera voz recorrió el recinto:

—Por lo que se cuenta, existen hombres con turbantes que mandan degollar a bellas mujeres semidesnudas cuando estas les cuentan malas historias al pie de la cama...

—Creo que todos deben entenderlos: ¡muy malhumorado debe ser un hombre que se acuesta con bellas mujeres semidesnudas con la intención de escucharlas contar historias! —el gnomo rio y los allí presentes también—. ¡Y para colmo malas!

Esta vez el salón estalló en carcajadas. La empatía del orador con su público se había restablecido.

—¿Es verdad que allá las mujeres se acuestan con genios? —preguntó el príncipe Axel.

Todos callaron en forma abrupta, con lo que la simpatía lograda se diluyó de inmediato. Por primera vez, o al menos hasta ese momento, el pequeñín de gran cráneo pareció no hallarse tan bien dispuesto.

—Príncipe Axel Branford, le aseguro que muchas cosas se mitifican cuando provienen del pueblo de Oriente. Sus culturas son diferentes y, sobre todo, la filosofía que envuelve a sus tradiciones. El oriental es un pueblo que da un valor principal y exacerbado a conceptos como el honor y la vanidad; sus comercios comprenden productos de los que ustedes no conocen todo el potencial; sus animales no existen en estas tierras, y sus rituales de magia no se describen en los libros de Occidente. Sus mujeres son exóticas y se visten para agradar a sultanes tan ricos que comprarían este palacio sólo para servir de alojamiento a su harén, sin que pretenda ofender a nadie con esta afirmación. Sólo a modo de comparación, su hija Badoura, la princesa de Jade, tal vez es la mujer más bella del mundo...

—En verdad resulta de dar pena un continente que no conoce a Blanca Corazón de Nieve —dijo el rey Alonso, haciendo que la princesa se ruborizara y todo el salón se riera—. ¡Blanca, querida, creo que mandaré hacer una réplica tuya en cera y la enviaré a algunos sultanes! ¡Tendrá más éxito que una princesa de jade! —el salón rio con fuerza por segunda vez—. Pensándolo bien, creo que mejor no. Ellos le mandarían contar historias y degollarían a la pobre en cuanto guardara silencio... — esta vez el salón entero rio a carcajadas.

El pequeñín llamó hacia sí la atención de nuevo:

—Pues por más distinta que sea para los presentes la cultura de Oriente, les digo que esta prestó un valiosísimo servicio a la humanidad con contribuciones que involucran experiencias, o al menos «financiamiento» de experiencias, que por largos años trataron de buscar una forma de fundir la magia con la más desarrollada

tecnología de las especies inteligentes.

—Imagino que tienes en verdad mucho que decirnos e incluso enseñarnos, señor Rumpelstiltskin. Para que te des una idea, hasta hoy creíamos que los barcos eran para ser puestos encima del agua del mar...

Algunos contuvieron la risa, no porque el comentario del rey resultara gracioso, sino porque debería ser absurdo. Mas no lo era.

Ya no.

—Lo que afuera vieron sus ojos es sólo una pequeña muestra de poder y de cómo la nueva magia desarrollada en Oriente es capaz de revolucionar todo el conocimiento occidental.

Hubo murmullos. El hecho era que cualquier referencia a cosas nuevas resultaba siempre más difícil de ser aceptada en Occidente que en Oriente. Más aún cuando se trataba de asuntos que involucraban magias, espíritus o nuevos semidioses.

—¿Y qué nueva magia sería esa? —preguntó un rey curioso.

—La «magia roja», majestad.

Anisio Branford comenzó a temer los rumbos que tomaría aquella conversación. Y en ese momento entendió que el mundo cambiaría.

—¿Es cierta esa tontería sobre cazar brujas? —preguntó Liriel.
—¿Y para quién estabas haciendo eso?
—Para el rey.

Liriel Gabbiani se quedó muda un momento. Resultaba impresionante el «ascenso meteórico» —si no te importa llamarlo así— de ese negro insolente, convertido de marinero de un barco pirata y ladronzuelo muerto de hambre a hombre de confianza del capitán, agente doble de la corona y a saber dónde más se encontraba ahora...

—¿Pero todavía realizas ese trabajo?

—No. Pedí demasiado.

—¿Y por qué diablos hiciste eso?

—El pago no era todo lo que yo esperaba.

—Dudo que la corona pague mal, aun más por ese tipo de servicio...

—No, ellos en realidad no pagan.

—¿Y entonces?

Snail desvió la mirada, como cansado de tantas explicaciones exigidas. Pero suspiró, pues sabía que aquella curiosidad excesiva era parte inseparable del alma femenina.

—En realidad las amenazas corren de manera más intensa de lo que se previó. Tan intensa que Anisio Branford ha querido, más de una vez, profesionalizar en verdad esa actividad.

—¿Cómo? —Liriel hizo cara de sorpresa—. ¿Eso qué significa? ¿Que él pretende traer de vuelta a los antiguos? ¡Debes estar bromeando!

—¡Sólo digo lo que escucho! Además no importa si él mantendrá a sus cazadores como aficionados o como profesionales. Yo obtendría menos de lo que sé que puedo ganar en cualquier instancia...

—Hum, ¿y qué pretendes hacer... socio? —se arriesgó ella.

—Ah, te acuerdas de mi propuesta.

—¿Por qué otro motivo me vendrías a buscar?

Ambos se miraron por un tiempo demasiado largo para que alguno no se sintiera incómodo.

—Es el siguiente, Gabbiani: antes de que tu grupo fuera exterminado, eras una Fantasma, y antes de que el mío quedara diezmado, yo era un Sombra, ¿correcto?

—Correcto.

—Y estas eran dos organizaciones criminales que se disputaban el poder con la...

—¿Me vas a decir algo que no sepa?

—El hecho es que antes de que ellas perdieran el camino... Quiero decir, antes de que comenzara la guerra y nadie más recordara cómo comenzó todo, ¿te acuerdas de lo que eran? ¿Antes de convertirse en dos sociedades criminales?

—Dos sociedades secretas.

—Entonces...

—¿Entonces qué?

—Así es como ganaremos dinero.

—Aún no comprendo.

—Haremos que renazcan esas sociedades secretas, Gabbiani —y la quijada de Liriel casi cayó ante la osada propuesta—. Sólo que esta vez ellas renacerán como una sola...

Si el mundo estaba por cambiar, aquel parecía ser un buen día.

Señores, como ustedes saben, los genios son entidades más próximas entre los seres humanos y los seres inmateriales —dijo Rumpelstiltskin en medio del silencio—. Son entidades creadas con la intención de establecer ese puente místico y liberar, cuando se encuentran autorizadas, determinados conocimientos para la evolución de nuestro mundo. En Mecha, capital de Labuta, nuestro reino natal, durante mucho tiempo trabajamos con ellos a nuestro lado y hallamos más de lo que cualquier especie se atrevería a desentrañar. Descubrimos la inversión de la gravedad, que permitía a las alfombras levantarse y volar, la victoria ante la materia que los hacía alterar sus tamaños y hasta la fuente de sus aptitudes, tenidas por la mayoría de ustedes como inalcanzables...

—Por lo que quieres decir, gnomo —dijo el rey Tercero—, ¿descubriste la fuente del poder de los genios?

—En realidad, majestad, nosotros no la descubrimos. Nos fue revelada por ellos cuando fueron autorizados para ello.

—¿Autorizados? ¿Por parte de quién o de qué?

—Disculpe la falta de precisión, sabio rey, pero nosotros, los gnomos, entendemos de magia y ciencia, no de jerarquías etéreas.

Hubo más murmullos. Rumpelstiltskin emitió una señal y uno de sus asistentes se aproximó y abrió una valija con un sistema ingenioso. Con seguridad hasta el propio Snail Galford se vería obligado a tomar un curso para abrir un artefacto como aquel. Rumpelstiltskin retiró de allí un cristal rojo como rubí. Sin embargo, parecía tan cristalino que era posible ver su interior como si fuera vidrio. Y algo en su interior.

—Señores, este es un cristal yin —el gnomo levantó el brazo y lo mostró a los presentes—. Es un cristal diferente a cualquiera de los otros que cualquiera de ustedes haya visto algún día. Sus propiedades son distintas, así como su composición. Es fuerte y sólido por fuera como todo cristal, pero es imposible negar que por dentro sea mucho más sutil que otras piedras.

—¿Y en qué modifica nuestro actual conocimiento un cristal como ese?

—Lo modifica a partir del hecho de que ningún cristal conocido hasta hoy posee la capacidad de absorción de energía de este poliedro.

—¿Cuando dices energía te refieres a energía luminosa? —preguntó el rey Segundo.

—No, majestad. Me refiero a energía etérea.

El salón se agitó otra vez. Resulta difícil aceptar que alguien entre en tu casa y te diga que todo lo que conoces ya no sirve tan bien como creías hace tan sólo poco tiempo.

—¿Cómo puede un cristal absorber energía tan sutil, gnomo? ¡Estamos hablando de una energía emanada de semidioses! ¡Una energía muy por encima de nuestra comprensión! —dijo el rey Anisio, cuyo comentario recibió murmullos de aprobación.

—Rey Branford, estoy de acuerdo con usted cuando dice que esta es una energía que nunca comprenderemos por completo. Se trata de una energía que nos otorga creación y de la cual nunca tendremos el control; delo contrario, nosotros mismos seríamos creadores y no creación. Sin embargo, vivimos en un mundo donde los primeros dragones estaban formados de éter. Hablamos de los mismos elementales que nos vinculaban y que todavía nos vinculan a nuestros sueños, así como a los sueños de nuestros sagrados semidioses. Y eso hace que nuestra tierra sea tan inestable, donde la magia sólo es destructiva para quien no tiene la disciplina de estudiarla.

—Aún así —dijo el rey Collen— debes decirnos cómo una energía tan sutil como el éter se puede concentrar en un objeto de apariencia tan frágil.

—Es posible con el descubrimiento que fundamenta la magia que denominamos roja: el líquido que usted observará mejor al colocar el cristal bajo una buena fuente de luz.

El rey Anisio, al lado de Axel Branford, observó el cristal próximo a un sirviente que sujetaba un candelabro. La textura del cristal también recordaba al vidrio, pero era posible percibir que sería preciso más que un martillazo para partirlo.

—Parece que algo de verdad corre por el interior de esta piedra —dijo Anisio—. Pero es algo más... denso que el agua, y aún así lo bastante suave para no convertirse en piedra allí adentro.

—Perfectamente —dijo el lord gnomo—. Están ante el mayor descubrimiento de todos los tiempos.

—A fin de cuentas, ¿qué es ese fluido, señor Rumpelstiltskin? —preguntó Axel Branford.

La respuesta los dejó boquiabiertos:

—Éter líquido.

El salón se convirtió en un pandemonio. El rey Anisio se vio obligado a pedir silencio tres veces, lo cual era algo notable, pues un monarca no suele repetir órdenes, ni debería hacerlo.

—¿Cómo —preguntó perplejo el rey—, cómo pueden ustedes concentrar una energía tan sutil no sólo dentro de cristales, sino en sustancias líquidas?

—¿Ve usted cómo nuestras culturas andan en pasos separados? En Oriente estos experimentos ya son conocidos y hace mucho tiempo que estudiaron sus propiedades sin lograr, no obstante, la perfección de lo que aquí presentamos.

—No parece haber respondido a mi pregunta, señor Rumpelstiltskin —continuó el rey.

—De nuevo le pido que me disculpe, gran rey. Sígame: el éter es lo que da origen a lo fantástico, y es a través de los genios y sus revelaciones para la construcción de la nueva era, que apenas comienza, que aprendimos a adquirirlo. De esta forma construimos pequeños tanques de éter líquido, donde sumergimos los cristales yin.

—¿Y qué descubrieron?

—Que esos cristales no sólo son capaces de absorber éter líquido, sino que también lo necesitan para generar fuerza, de la misma forma que su piel absorbe agua y se arruga cuando está mucho tiempo sumergida en un lago, y aún así no puede vivir sin ella dentro de usted.

Otra pausa. Más murmullos. El rey Adamantino tomó la palabra:

—Dices que esos cristales necesitan ser bañados en... «éter líquido» para generar... fuerza. ¿A qué tipo de «fuerza» te refieres?

—A una fuerza para la cual no teníamos un nombre hace algunos años, pero que hoy fue bautizada por el sultán de Al-Qadim.

—¿Y con qué nombre la bautizó el sultán? —preguntó el rey Tercero.

—El Etherpunk —hubo algunos murmullos y voceríos más antes de que el gnomo continuara—: con esta generamos una fuerza altamente original, que mueve mecanismos creados por nosotros para todo tipo de máquina que nuestra imaginación conciba, como esta que nos trajo aquí por los cielos el día de hoy.

—¿Y nos puedes revelar lo que los genios les enseñaron sobre esas formas de extraer éter en estado tan puro? —insistió el rey Adamantino.

—Esto, por desgracia, es algo que aún no puedo revelarles. Sólo se lo diré al rey Branford cuando estemos a solas, en caso de que nuestros pueblos lleguen a un acuerdo de cooperación que agrade a ambas partes.

—¿Y de lo contrario? —preguntó el rey Anisio.

—De lo contrario, majestad, volveremos a los cielos y ofreceremos ese acuerdo a otros que nos puedan dar lo que esperamos...

Aunque entendía las motivaciones expuestas, el rey no pareció contento con el comentario. Iba a hacer una observación cuando el gnomo agregó:

—Pero, si fuera de su interés, podemos hacer una demostración de esa fuerza roja y de cómo modifica cuanto sabemos sobre la quintaesencia. ¿Sería esto del agrado de este Salón Real?

Y todo el salón emitió onomatopeyas de aprobación. Parecían niños ante un espectáculo presentado en el escenario de la gloriosa Majestad, y bendito sea el hombre que creció pero que mantiene dentro de sí la alegría de un niño y que vive cada día como un gran día.

El noble gnomo recibió de un asistente un segundo cristal, esta vez tan blanco que llegaba a verse transparente. Si el otro parecía vidrio, este era del todo indisociable, al menos de lejos.

—Señores, este cristal que les presento ahora es un cristal yang. De igual forma que el otro, tiene una capacidad de absorción del éter líquido, pero con una propiedad diferente y opuesta a la del cristal yin.

—¿Entonces se trata de dos fuerzas opuestas? —preguntó el rey Branford.

—En realidad es como si fueran una misma fuerza, sólo que vista desde ambos extremos. No se oponen, sino que se complementan.

Más vocerío en el ambiente.

—La diferencia es que descubrimos que el cristal yin absorbe el éter líquido a temperaturas elevadas, mientras que el cristal yang lo hace a temperaturas frías. Y eso provoca que todo resulte mucho más interesante...

El otro asistente, que no necesitaba encargarse de la valija, trajo esta vez al salón una especie de artilugio que más parecía una pequeña chimenea de vidrio. Tenía una base que recordaba a un cubo, con un largo un poco mayor que el de la cadera de un hombre. Su altura iba más o menos hasta las rodillas de un hombre mediano. A su vez, ese cubo se encontraba preso en una base en forma de estrella, donde había cuatro muescas para alojar cuatro objetos del tamaño de un huevo.

—Señores, este es un aparato al que denominamos *Sandman*. Un captador de energía etérea que creamos y que aprendimos a manipular con física aplicada.

El salón era nuevamente todo silencio.

—Así, fíjense en que la fuerza roja establecida en este campo energético es tan fuerte, que si los unimos en este *Sandman*... —ambos gnomos se agacharon y colocaron los cristales en la base del artilugio.

Hubo un ruido que recordaba el sonido de un viento fuerte entrando por la abertura de una puerta, arrastrando polvo y hojas con él.

El salón exclamó asustado. Nadie pestañeaba. Nadie.

Ambos gnomos soltaron los cristales, que parecían brillar más fuerte de lo que deberían. El señor Rumpelstiltskin hizo una señal y otro asistente corrió para tomar una gran bolsa, amarrada con una cuerda. Mientras tanto, exclamó para el salón:

—Señores y señoras, ahora, para concluir nuestra demostración, me gustaría

contar con algún voluntario que se ofrezca en este salón...

Las personas se miraron. Miradas osadas en busca del primero con el coraje de saciar esa curiosidad obsesiva dentro de aquel compartimento. El silencio comenzó a volverse angustiante, hasta que alguien dio un paso al frente. El salón aplaudió.

El voluntario era Axel Branford.

—Por favor... —Rumpelstiltskin extendió el brazo hacia el príncipe, en dirección al mecanismo. El gnomo llevó a Axel hasta la cima de la estrella que formaba la base donde estaba el cubo y la pequeña chimenea de vidrio. Axel se mantuvo allí de pie, y sería mentira decir que no se sentía algo aprensivo.

—Príncipe Axel Branford, insisto en que uno de ustedes observe de más cerca, pues tengo la seguridad de que lo que verán es algo tan fantástico en la concepción de los presentes, que la mayoría pensará que fue producto de una alucinación o de un truco cuyo mecanismo de ilusionismo es demasiado difícil de descubrir.

Axel aún se mostraba aprensivo. El resto del salón, también.

El gnomo desamarró la gran bolsa que le había entregado el asistente. Adentro había arena.

—¿Podrían apagar algunas velas de algunos candelabros? No todas, sólo unas pocas.

El gnomo vació el saco de arena en el centro de la pequeña chimenea de vidrio rodeado por los cuatro cristales. Los candelabros se apagaron.

Y de inmediato el salón entero quedó boquiabierto con lo que vio.

sonaron las campanadas de las tres horas y el corazón de la niña retumbó con ellas. Ariane Narin estaba hecha un manojo de nervios. Faltaba una hora para la pelea de honor entre João Hanson y Héctor Farmer.

João seguía calentando y estirándose con la mayor de las calmas.

Ella juraba que quería calmarse también, pero aquel sentimiento subía por su columna, contraía sus dedos, la hacía comerse las uñas y seguía creciendo en su pecho hasta que ella tuviera que...

—¡João! —gritó, al fin.

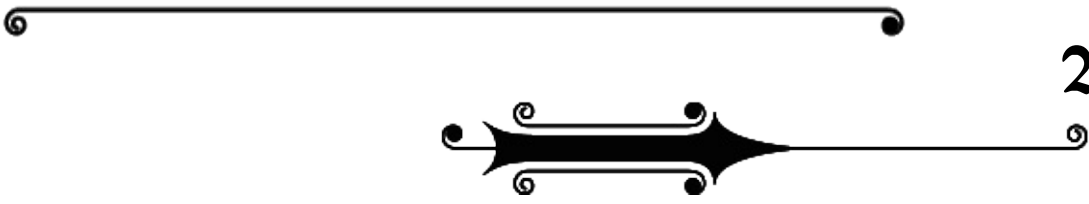
Él dejó de esquivar los ataques imaginarios y se volvió hacia ella, curioso:

—¿Qué pasa, chica?

—¡Para todo! ¡Por el amor del Creador, ya no aguanto más, hombre! Dime la verdad, anda: ¿en verdad tienes un plan contra Héctor Farmer?

—Sí, lo tengo.

Y lo peor es que en verdad lo tenía.



Primero se escuchó el silbido. Imagina, o mejor, crea tú mismo el sonido del viento barriendo y levantando polvo en una sala sin muebles. Imagina que ese viento sólo existe dentro de esa sala en tu mente. Este gira y gira, y el polvo de la sala sin muebles gira con él. Ahora transforma esa sala en un gran recipiente de vidrio. Y transforma el polvo en arena. Pero mantén el sonido.

Así sucedió.

Las partículas de silicio comenzaron a ejecutar un baile increíble ante los ojos humanos, mientras una brisa indeleble y extenuante cobraba forma. Era un espectáculo basado en fantasía y sentimiento; una danza imposible de ser entendida con la mente, pues sólo los corazones le darían credibilidad. Y emoción.

Alrededor, fuera del recipiente, con la arena tomando formas, el aire agitado movía la ropa y los cabellos del príncipe de Arzallum, que se encontraba boquiabierto.

Y entonces las partículas de arena se levantaron, rodeadas por un campo de fuerzas de atracción imposible de ser visto por los ojos humanos, pero igualmente imposible de ser ignorado. Los cabellos se erizaron. Los ojos se abrieron y la adrenalina corrió por cuerpos que veían las partículas de arena tomar una forma que se colocaba de pie, como si la imaginación hiciera sentido en la realidad y moldeara el concepto de lo real. Pues bendito no es sólo el corazón que sueña, sino también la mente que ve existir un sueño nacido de la imaginación.

Las partículas de silicio se convirtieron en formas que dibujaban piernas, que dibujaban un tronco, que dibujaban brazos, que dibujaban senos, que dibujaban la figura de una extensa cabellera y de un rostro tan hermoso, pero tan hermoso, que incluso en la marca de la arena era posible admirar tal creación. Una forma femenina. Una forma semidivina.

Una forma humana.

El rey Anisio abrió mucho los ojos. Los corazones latieron juntos en aquel salón, incluso los corazones de los enemigos. La boca de Axel Branford no se cerró y él sintió que la arena entraba en ella. Y en el momento en que el avatar de arena en forma de mujer comenzó a moverse y a comunicarse cual si fuera un ser vivo, el gnomo Rumpelstiltskin comenzó a leer un pergamino, al lado del asistente que sujetaba un platillo con una vela:

—Saludos, pueblo de Occidente. Yo soy Badoura, heredera de Ofir, la princesa del reino de Jade —el gnomo leía los parlamentos del pergamino en sincronía con los suaves movimientos de la mujer de arena. Una sincronía que de seguro había sido ensayada antes. Mientras ella hablaba, de vez en cuando se escurrían granos de arena a causa de sus movimientos, para levantarse después de nueva cuenta y volver a sus lugares, empujados por la fuerza desconocida y antigravitacional que movía la energía contenida en el mecanismo de aquellos cristales—. Me gustaría mucho estar presente el día de hoy, en el cual tengo conocimiento de que un nuevo rey de Arzallum sube al trono, una vez más.

Era posible percibir los ojos grandes y los largos cabellos negros, además de sus túnicas holgadas, que probablemente eran de tejidos caros y finos. Parecía estar descalza, con accesorios de pulseras, argollas y pendientes en muchos lugares, incluso en los tobillos y el cuello. Axel observaba bien esas particularidades. Estaba tan cerca que veía detalles imposibles de existir en una escultura de arena, aunque estuviera viva. Veía pestañas que caían en movimientos más bruscos y regresaban a su lugar. Veía las cejas. Hasta el cabello de arena cuando se movía. Incluso era posible pensar que se veía a la princesa de arena parpadear de vez en cuando.

—Sin embargo, sé muy bien que mi presencia en esa ceremonia será mucho más sorprendente en la forma como ocurre ahora, e imagino que sorprenderá a todos los presentes. El hecho es que estoy enviando a su continente, el día de hoy, el futuro visualizado por mi padre, el sultán y emperador Badroulbador, y por nuestro continente, y esperamos compartirlo con nuestros hermanos del otro lado del océano para que vivamos en un mundo cada vez más consciente de su viaje de evolución espiritual.

La princesa se detuvo y se puso el cabello detrás de las orejas.

—¿Puedo continuar? —preguntó ella, según la lectura del gnomo, y esperó.

Hubo murmullos de aprobación en el salón. Incluso el rey Anisio respondió:

—Claro que sí.

—Eh... —Rumpelstiltskin parecía desconcertado—. Señores, en este momento la princesa en realidad estaba hablando conmigo. Ustedes no la están viendo en este instante preciso, sino en un momento ya pasado en que ella dijo esas palabras, semanas atrás.

Los murmullos resurgieron en el salón. En ese momento comenzó incluso a

extenderse la hipótesis de que había brujería, minimizada por las personas más cultas. Sin embargo, la mayoría hablaba sobre teorías que involucraban el tiempo y el espacio, así como estudios de ciencias de temáticas demasiado fantásticas que nunca habían sido dominadas.

La princesa hizo un gesto con la cabeza, como si alguien en su realidad la hubiera autorizado a continuar.

—Pues bien: en este momento el señor Rumpelstiltskin eterniza mi existencia en un bloque de éter, mediante una ciencia desarrollada aquí y conocida como magia roja. Una ciencia que genera una fuerza conocida en el Oriente como Etherpunk. Esa ciencia cambiará todo lo que conocemos en nuestro mundo e incluso nuestro conocimiento y nuestro concepto sobre lo real y lo imaginario. Finalmente, es un hecho que estamos lidiando con la propia energía que nos creó a través de semidioses más grandes que nosotros; una energía infinita que se encuentra mucho más allá de cualquier definición —una pausa. Y una bella sonrisa—. Por eso me gustaría dar mi bendición a la ascensión del nuevo rey Branford y decir que Ofir espera que hoy sea parte de un nuevo ciclo en la historia de la vida de Nueva Éter. Junto con nuestros gnomos-ingenieros, estará acompañando la comitiva nuestro guerrero y campeón Ruggiero, para representar a nuestro pueblo en el torneo para el que ustedes nos enviaron tan amable invitación por primera vez. Espero que nuestro campeón haga justicia a sus expectativas y que se desempeñe muy bien —una reverencia, que derramó bastantes granos de arena del avatar cuando bajó la cabeza y que luego se repusieron a sí mismos—. Ahora me despido y una vez más dejo en sus manos mi bendición por este día tan importante. Mi nombre es Badoura, hija de Badroulbador, la princesa de Jade —entonces la princesa unió sus manos en señal de plegaria, a la altura del corazón—. Y la semidiosa que habita en mí saluda a todos los semidioses que habitan en cada uno de ustedes. ¡Namasté! —e inclinó la cabeza con las manos unidas a la altura del corazón.

En el salón algunas personas, todavía asustadas, intentaron copiar el gesto de regreso, como si la princesa estuviera presente. Axel, que se encontraba tan cerca, se quedó observando a la princesa levantar la cabeza con una sonrisa y deshacer el gesto. La sonrisa de aquella princesa de arena era capaz de parar una pelea; en carne y hueso es muy probable que fuera capaz de interrumpir la marcha de ejércitos. Era el tipo de princesa por la cual los soldados adoran tener motivo para morir. Entonces ella estiró la mano derecha, como si quisiera tocar a alguien frente a sí, al que nadie podía ver. En el reflejo, aún boquiabierto por aquel espectáculo, Axel Branford estiró también su brazo derecho. Y en el momento en que la mano del príncipe de carne y la de la princesa de arena se tocaron, los cristales dejaron de brillar con intensidad, y el cuerpo de arena se deshizo ante un príncipe sin palabras para describir la angustiada sensación de impotencia que le producía ver a aquel ser cobrar forma para luego

deshacerse delante de él.

Axel acercó hacia sí su mano derecha y observó la palma. Había arena en ella. Los siervos reales encendieron de nuevo los candelabros, los cuales iluminaron mejor el ambiente. Axel dio dos pasos atrás, extasiado. Y con un movimiento lento y suave quitó una línea de arena de su frente como si fueran semillas lanzadas al viento.

Miró a Rumpelstiltskin y sonrió, aplaudiendo el espectáculo.

Todo el salón, incluyendo al rey Anisio, se unió a los aplausos, que se volvieron cada vez más fuertes, acompañados de silbidos, mientras los gnomos saludaban a todos como actores al fin de una obra.

Poco a poco disminuyó la agitación local y se escuchó la pregunta:

—¿Pero qué aparato sorprendente es este? —susurró alguien en medio de la algazara.

—Señores, lo que vieron hoy es una revolución. Les hemos mostrado sólo una parte de lo que deseamos traer a este continente. Incluso aquí, en estas tierras, es sabido que la energía con que se construyó un universo no puede ser destruida, sólo transformada. Con base en este principio, nosotros, los gnomos científicos, comprendemos que lo que quiera que sea jamás se perderá en el universo de Nueva Éter. Todo lo que digamos, o cualquier actitud que tengamos, jamás será olvidada ni perdida.

—Señor Rumpelstiltskin, ¿quiere decir que ahora podemos vencer en la eterna lucha del hombre contra la muerte?

—En realidad, rey Adamantino, la muerte no existe. Al menos no como piensa. Porque ratifico: todo lo que hacemos en este universo queda grabado, y cualquier semidiós podrá dar vida de nuevo a tales momentos por el resto de la existencia. En el momento en que Nueva Éter cobró forma, todos aquí en este salón, y mucho más allá de él, nos volvimos eternos.

—Entonces —dijo el rey Anisio, razonando—, ¿afirmas que hasta los semidioses que aún no existen podrán, en el futuro, cuando bien lo quieran, regresar a este momento en que estamos ahora y darle vida de nuevo?

—Justo a eso me refiero. Finalmente, lo diré de nuevo: la energía de un universo no puede ser destruida, sólo transformada. Por el resto de la existencia los semidioses podrán volver a este momento, o a cualquier otro que ya haya tomado forma en Nueva Éter, para hacer su lectura, así como hacemos la lectura de un momento ya pasado de la princesa de Jade. Y digo más: esos momentos eternizados en el tiempo nunca serán los mismos para distintos semidioses.

—Interesante el término que usas: «lecturas» —dijo el rey Anisio—. ¿De dónde lo sacaste?

—De las escrituras sagradas, porque tales escritos dicen que en la historia de la Creación primero fue el Verbo —y el salón volvió a cuchichear—. Lo que quiero

decir, señores, es que ellos usan la misma energía etérea para otorgar creación a nuestras vidas, pero cada uno de ellos tiene tanta individualidad como cada uno de nosotros. Y eso se refleja en la forma en que cada uno de ellos nos ve, al punto que el Creador no es el señor absoluto del propio universo de cuya creación es responsable.

—¡Eso es una blasfemia! —dijo un noble de la comitiva de Orión—. ¿Ahora pretenden considerarse semidioses?

—Por lo que estoy entendiendo —dijo el rey Segundo—, en realidad nuestros visitantes sólo se interesan en comprender cómo piensan los semidioses.

—¿Y eso no sería una criatura que pretende entender la creación? —insistió el noble.

—Exactamente —dijo Rumpelstiltskin—. Mas no con el objetivo de tomar su lugar, sino de volvernos mejores siervos.

—Todavía me huele a herejía...

—No —dijo el rey Anisio, con los ojos como brasas—. Eso huele al punto de evolución más fantástica que podríamos anhelar.

El salón volvió a llenarse de murmullos. Si alguien tuviera duda de que aquello fuera bueno o malo, después de escuchar la opinión del más grande de los reyes, de seguro esa duda no existiría más.

—Y, señor Rumpelstiltskin —continuó el rey—, ¿dijiste que tal fuerza derivada de una «magia roja» aquí presentada puede tener otras funciones, además de hacer la lectura de momentos ya grabados en el éter?

—Precisamente, majestad. A través de nuestros estudios dimos origen a una fuerza de atracción para la cual aún no tenemos un nombre, pero que sin embargo aprendimos a utilizar como fuerza motora. Al saber utilizar tal fuerza, incluso podemos mover molinos sin depender del estado del viento. O hacer girar hélices que empujen barcos.

—O hacerlos flotar en los cielos...

—Eso ya es algo que necesita un poco más que sólo esa fuerza motora presentada hoy. Lo más importante que debe resaltarse aquí es que las bases del conocimiento de Nueva Éter se modificarán para siempre, y estamos aquí para saber si Arzallum y todo Ocaso desean formar parte o no de esa evolución.

Hubo más agitación de nobles y monarcas excitados. Como se ha dicho, es difícil para el ser humano aceptar lo nuevo, pero la tarea se vuelve mucho más sencilla después de un deslumbramiento, pues se encuentra todavía por nacer la especie que adore más ser deslumbrada que esta.

—Señor Rumpelstiltskin... —tomó la palabra el rey Anisio, después de una rápida ponderación.

—A sus órdenes, su majestad.

—¿Podría hacerte una última pregunta?

—¿Quién soy yo para negarle su derecho legítimo, rey Branford...?

—¿Dónde conseguiste los cristales que nos presentaste? A mí me parece que la mayoría de nosotros nunca los ha visto...

—Majestad, probablemente esta sensación provenga del hecho de que sólo conseguimos esos cristales directamente de los genios.

Más agitación y vocerío.

—¿Los gnomos consiguieron lo imposible? ¿En estos tiempos se negocia ya con tales seres? —preguntó Axel.

—Sí, en el continente Naciente esa es ya una práctica común. Los genios ya no conceden más deseos de manera altruista, sino que los negocian por diversos precios. No es casualidad que las experiencias que desarrollamos involucren altos costos y busquemos siempre a los mejores socios, como hacemos en esta ocasión.

—¿Y qué podrían pedir los genios como moneda de intercambio? Es difícil algo que no tengan o que sean incapaces de generar —continuó el príncipe.

—Con toda certeza, alteza. Esas entidades podrían generar todo lo material que necesitamos comprar, por lo que sus monedas de intercambio involucran siempre necesidades que sus planos etéreos no pueden proveer.

Axel se sentía conmocionado. Abrió los ojos y no estaba seguro si quería preguntar lo que preguntó:

—¿Está diciendo que ellos intercambian esas mercancías por...?

—Como puede ver, alteza, los genios no siempre se acuestan con mujeres a la fuerza. La mayoría de las veces sólo son negocios. ¿Creía que los sultanes mantienen harenes para sí mismos? Ni en su máxima jovialidad serían capaces de cuidar a mujeres tan bellas.

Esta vez el salón se agitó tanto, que hasta el rey Anisio se dio cuenta de que ya no restablecería el control total. Era mucha la información y muchas las emociones diferentes para un único día.

—Señores gnomos, por favor, convoquen al resto de su comitiva y tomen sus lugares como invitados en el Gran Palacio. Todos ustedes permanecerán con nosotros a lo largo de esta semana y ocuparán sitios de honor en la Arena de Vidrio. No puedo deseárselo suerte al campeón de Ofir, pues ningún arzallino tendrá otro nombre sino el de Axel en su corazón durante el torneo, pero puedo recibirlos y acomodarlos bien. Sean bienvenidos; sean muy bienvenidos a Arzallum.

El rey Anisio acompañó al científico y a sus asistentes entre saludos y sonrisas. Axel seguía asustado con todo lo que había escuchado. Anisio no sabía si temía o se entusiasmaba con el sentimiento que lo embargaba ante aquel futuro de principios tan inciertos y diferentes. En el fondo creía que lo que sentía respecto a aquel futuro era un poco de recelo. Pero también tal vez un poco de excitación. Blanca Corazón de Nieve, cerca de su padre, al fondo, tenía mucho, mucho más miedo de ese futuro

incierto, rodeado de corazones calentados en inviernos que parecían querer tardarse en pasar. Y mal sabía la princesa de nieve cuánto debía temer ella en realidad.



sonaron las cuatro campanadas.

Antes de la catedral de la Sagrada Creación había un terreno baldío, que un día había sido usado por un antiguo clérigo para sembrar girasoles, pero que hoy era sólo un pedazo de tierra que se enlodaba en los días de lluvia. A los niños les gustaba usar el lugar para jugar, sobre todo los que no eran allegados a las cantinela de los clérigos en las misas y que acudían obligados por sus padres.

Y, bueno, decían que había sido allí también donde murió Jamil Corazón de Cocodrilo, lanzado desde lo alto de aquella catedral por el príncipe Axel Terra Branford. Sin embargo, ninguno de ellos había visto el cuerpo ni sabía si aquello era verdad en primer lugar. Pero desde que eso había pasado, o desde que los rumores habían circulado en boca de la población, ningún grupo de niños se había atrevido a reunirse de nuevo allí.

Hasta ese día.

—¡Está bien, gente, y ahora manos arriba! —gritó una sorprendente y megaanimada Ariane Narin con la voz más enfática que podía. Parecía la doble de una artista circense, encima de un tablado improvisado con viejas cajas de madera.

Y el grupo de adolescentes y niños que estaban allí, el cual era mucho mayor que toda la clase junta de João Hanson —había aumentado debido a la «publicidad de boca en boca» realizada para la pelea—, levantó las manos y comenzó a agitarlas.

—¡Para atrás! ¡Para atrás! —continuó ella. Las personas se apartaron para dejar el espacio que definiría el área del cuadrilátero para João Hanson y Héctor Farmer, los cuales ya se encontraban debidamente sin camisa y con ataduras alrededor de los puños—. ¡Y díganme...! ¡Eeeh! Díganme: ¿qué es lo que harán ellos ahora?

Se hizo el silencio.

El grupo de adolescentes y niños —que nunca antes había visto una disputa de *boxing* en vivo— se sorprendió en busca de alguien que supiera lo que había que responder.

—Ay... —suspiró Ariane, bajando los brazos y poniendo las manos en la cintura
—. Presten atención...

- **M**adre, ¿dónde está João?
- Saló. Dijo que resolvería algunos... «pendientes».
- María se calló, desconfiada. Y después concluyó:
- ¿Salió llevando algo? Un palo... o una cadena... o...
- No, claro que no. ¿Qué es eso, hija mía? Parece que sólo cuidaría de algún animal herido o algo así...
- ¿Por qué?
- Porque me pidió ataduras...

—¡Espera! —
Muy bien... señores y señoras... ahora ya saben de qué es hora...!
De nuevo Ariane Narin controlaba el espectáculo con la competencia de una artista circense. João Hanson brincaba de un lado al otro, observando a su adversario a los ojos como un predador ante una presa que confía en escapar. Héctor Farmer era mayor, más grande y más fuerte. Pero en ese momento nadie diría que el muchacho se preocupaba por eso.

—¡Levanten esas manos! —gritó Ariane.

El público levantó los brazos y agitó las manos. João, con el pecho y los brazos delgados, estaba tan concentrado en andar que no escuchaba los gritos de «¡lindo!» dedicados a él, por más extraño que parezca. Caminó hasta el centro del cuadrilátero, sintiendo algunos de los saludos para motivarlo que le tocaban los hombros mientras avanzaba.

Del otro lado Héctor Farmer, con las lonjas saliendo por los bordes de la bermuda ajustada, le sonreía.

—Inspiren, inspiren... —continuaba la animada «jueza»—. Y ahora, ¡suelten el aire! —resultaba interesante ver cómo el pueblo la obedecía—. ¡Ahora para atrás! ¡Para atrás! —y todos se apartaron en círculo, para delimitar de nuevo el espacio del cuadrilátero.

Los contendientes se colocaron como boxeadores, uno frente al otro, ambos con la mano izquierda lista para golpear.

—¡Y ayúdenme! ¡Vamos, ayúdenme! ¡Cuéntenme lo que ellos harán ahora!

—¡Boxe... boxe... boxing! —gritó el público, y se escuchó un ¡bam!

Las personas desviaron el rostro con muecas de dolor. João sintió como si hubiera golpeado a una pared que le devolvía la intensidad del puñetazo aplicado. Alcanzó a ver cosas brillando cerca de los ojos. No sabía decir cómo había sentido Farmer aquella ronda, y...

—¡Boxe... boxe... boxing! —se escuchó un segundo ¡bam!

Ariane arrugó la frente, preocupada. João apretó los dientes para evitar morderse la lengua. O gritar de dolor. Una línea de sudor descendió despacio por su rostro.

Y el público prosiguió:

—¡Boxe... boxe... boxing! —y un tercer ¡bam!

João mantuvo los dientes apretados. Las cosas que brillaban cerca de sus ojos explotaron esta vez. La mano cerrada se trabó en un acto reflejo y parecía que nunca más se volvería a abrir. Se sintió tonto. Su respiración se volvió pesada; el cuerpo, también. Una lágrima de dolor descendió por la cara de expresión cerrada. Los ojos se apretaron tanto que parecían cerrados.

Hubo entonces la primera pausa, que ocurría cada tres golpes, y los contendientes se apartaron.

—¡Eh! —volvió a ordenar Ariane—. ¡Más alto, gente! ¡Parece que les están doliendo las manos!

El grupo alrededor alzó de nuevo los brazos y comenzó a gritar:

—¡No nos importa! ¡No nos importa!

—Entonces, compañeros —volvió a decir Ariane, con su estridente voz de adolescente—. ¿Quién está adentro y quién está afuera?

João sentía arena en lugar de los huesos de las manos. Pensaba en la seria posibilidad de obtener una fractura grave en aquel combate; en la posibilidad de quebrarse los huesos; de hacer el papel de idiota delante de su grupo, principalmente de Ariane, y de permitir que un sujeto estúpido, que había insultado la honra de su hermana, saliera ileso de la ofensa, con motivos para burlarse de su familia todavía más.

Sin embargo, había un último «pero» que lo hacía meditar en aquella decisión y que estaba por encima de todos los demás: ¿cuál sería la reacción de su padre, un rústico leñador que sustentaba a aquella familia como un hombre auténtico, cuando supiera que su hijo quedó hecho un niño ante alguien que había insultado a una Hanson? El señor Hanson era un hombre rudo, muchas veces más violento de lo que la naturaleza de sus hijos necesitaba, pero João había adquirido el código de honor y la filosofía de vida de aquel leñador. Dijeran lo que dijeran, Ígor Hanson era un héroe para su hijo.

Y fue por eso, fue por eso que aun sin saber si su mano estaba fracturada, João Hanson volvió al centro del cuadrilátero y gritó entre respiraciones pesadas:

—¡Yo estoy adentro!

¡El grupo alrededor gritó hurras! ¡Aplaudió! ¡Pisó fuerte en el suelo! ¡Brincó en forma alucinada! ¡Hizo un verdadero pandemonio! Gritaron su apellido, y ahora sí escuchó incluso algunos de los gritos de «¡lindo!» que lanzaban las niñas.

Y llegó el momento en que se hizo el silencio y todas las atenciones se fijaron en

Héctor Farmer. Y fue allí, ¡ah!, fue en ese momento cuando sucedió. Pues entonces João Hanson observó al fin con atención las condiciones de su oponente. Y se dio cuenta de que el muchacho del otro lado era más fuerte, más grande y mayor, pero no más resistente. Vio la mirada de Héctor Farmer, y vio allí también un reflejo de puro susto y absoluto dolor.

Y João Hanson se dio cuenta entonces de que Héctor Farmer tenía miedo. Y por más difícil que resulte admitirlo, adoró esa sensación.

Fue cuando el muchachito de catorce años se sintió en la cima del mundo.

Farmer se sujetaba el puño izquierdo con la mano derecha e intentaba esconder el dolor. Había golpeado con la mano izquierda, igual que João, pues era zurdo. Sus labios estaban apretados y agonizaba todavía más con aquel silencio general que esperaba su respuesta. Había pasado bien por el primer golpe. Había sentido el segundo. Pero el tercero... el último puñetazo le había acertado de lleno en el dedo anular, lo bastante de lleno como para sentir que el dedo palpitaba y se trababa hacia atrás. Si recibía un golpe así de nuevo en esa mano, quién sabe lo que podría suceder.

Pero bueno, si ya fuiste un chamaco y tuviste que pasar por alguna prueba de masculinidad ante un grupo de otros chamacos, sabes que él no podía dar otra respuesta que no fuera:

—Estoy adentro... —dijo, con una voz bastante más desanimada que la de João.

El público gritó, de nuevo satisfecho.

—¡Está bien, gente! ¡Que siga la ronda, compañeros! —gritó Ariane.

El público se posicionó. Y los adversarios también.

Fue cuando Farmer se extrañó al percibir que João Hanson cambiaba la posición para golpear, preparando esta vez la mano derecha.

—¡Eh, no puedes cambiar la mano del golpe! —gritó Farmer.

—Jueza... —dijo João, sin quitar los ojos de su oponente.

—Sí puede... —dijo Ariane—. Es poco común, pero un competidor de *boxing* puede cambiar de mano para golpear si quiere. Me lo dijo el propio Axel. Es que la mayoría sólo puede golpear con la mano buena.

Y fue entonces, y sólo entonces, cuando Farmer entendió lo que estaba pasando. Los ojos se le abrieron. Las cejas se levantaron. La boca se abrió. La expresión se trabó.

Y Héctor Farmer se acordó al fin de que João Hanson no era zurdo.

—¡Boxe... boxe... boxing! —y ¡bam!

¡El dedo anular de Farmer dio un crujido! La mano del muchacho se dobló.

João Hanson, sudado y excitado con toda aquella situación, era pura vibración.

—¡Boxe... boxe... boxing! —un segundo ¡bam! ¡Esta vez el dedo de Farmer hizo un crac! El muchacho cayó de rodillas, sujetándose la mano, y las lágrimas comenzaron a brotar. Ariane, estupefacta, animó al coro para contar el *knockout*:

—¡Uno, dos, tres! ¡Dos hasta seis! ¡Uno, dos, tres! ¡Dos hasta cinco! ¡Uno, dos tres! ¡Dos hasta cuatro! —contaba el público al unísono.

João permaneció allí, de pie, brincando de un lado al otro. Los dientes aún apretados. La mirada todavía fija. Los pensamientos compenetrados.

—¡Uno, dos, tres! ¡Dos hasta dos! ¡Uno, dos, tres! ¡Dos hasta uno!

El grupo de Farmer gritaba y gritaba y gritaba para que él se levantara, pero todos sabían que era demasiado tarde.

—¡Uno... dos... tres! —y el público invadió el cuadrilátero y comenzó a levantar a João Hanson hacia lo alto, como si fuera un campeón de las arenas. Ariane se unió al coro femenino que le gritaba «¡lindo!» a João, e incluso otras cosas que no pretendo mencionar. João le sonrió.

Arrodillado, Héctor Farmer intentaba evitarlo, pero no lograba dejar de llorar de dolor, con el hueso del dedo quebrado. Algunos amigos, que al menos eran amigos también en la derrota, lo levantaron y le ayudaron a caminar para salir de allí. Se sentía mal, humillado, vengativo.

Y fue así, con un lento paso tras otro, oyendo los gritos extasiados dedicados a su rival, y amparado por las mismas personas de las que se avergonzaba de necesitar amparo, como Farmer salió derrotado de aquel terreno baldío, jurando venganza y hacer pagar un día al odiado joven con su misma moneda.

En aquel momento João Hanson se encontraba tan extasiado, pero tan extasiado, que no se dio cuenta.

Comenzó a anochecer en el Gran Palacio, pero la oscuridad iba mucho más allá de donde la luz de las antorchas no podía llegar. Las diversas comitivas habían sido alojadas, pero los sirvientes reales debían ir en todo momento para allá y para acá en pos de resolver problemas y exigencias que involucraban a culturas diferentes y maneras distintas de lidiar con almohadas, tamaños de cama o ruidos poco agradables para los cuartos vecinos.

El rey Anisio se hallaba en el antiguo cuarto de sus padres, sentado en una silla desde donde observaba la habitación. Por orden suya nada había sido movido en aquella cámara. Todo estaba justo como había quedado desde la última vez que sus padres habían salido aquel último día. Las sábanas polvorientas estaban fuera de lugar. Las pantuflas ocupaban el sitio de las botas. Los ropajes en el armario permanecían a la espera de que alguien los eligiera.

Era como si el mundo se hubiera detenido allí y el cuarto siguiera a la espera del retorno de sus legítimos ocupantes. Nada en ese lugar parecía que volvería a tener vida un día.

Pero la puerta se abrió.

—Hermano...

Anisio miró en dirección a la entrada. Hacía mucho tiempo que él y Axel no estaban frente a frente, sin nadie cerca. Sin dobles. Sin obligaciones sociales. Sin pronombres de tratamiento diferenciados. Sin máscaras. Sin pieles de sapos. Sin ataduras en las manos.

—Axel...

Hubo un silencio entre ellos. Ninguno de los dos sonrió.

—Yo... —intentó decir Axel.

—Tú... —continuó Anisio, observándolo con la misma expresión fría de un hombre ante una ofensa.

Axel miró hacia abajo, pensando en qué decir. Deseó que Blanca Corazón de

Nieve surgiera de repente en aquel cuarto, simplemente para hallar una disculpa y abandonar la habitación.

—¿Qué piensas, Anisio?

Hubo una pausa. El rey conocía la respuesta, pero aún así preguntó:

—¿Sobre qué?

Axel apoyó el hombro en el umbral de la puerta y cruzó los brazos para demostrar su incomodidad, los ojos aún fijos en los del hermano.

—¿Crees que aún podremos... recomenzar?

—Arzallum nos necesita. El nombre Branford sigue siendo la base de...

—Sabes que no me refiero al futuro de Arzallum.

Se hizo el silencio. Anisio apartó la mirada de su hermano y pareció pensativo en medio de la mirada que recordaba una ofensa.

—Yo... no sé.

—No digo ahora, Anisio. Digo... un día.

—Tal vez. ¿Quién puede hablar sobre el destino si no es él mismo?

—El Creador.

—No creo que el Creador tenga tanto control sobre nosotros como se pensaría. En realidad, me parece que muchas veces nosotros lo sorprendemos con actitudes que Él jamás esperaría.

—¿Pero no es allí donde está nuestro libre albedrío?

—Sí... —suspiró como si aquello fuera un gran chiste—, nuestro libre albedrío, ¿no?

Axel decidió que, al menos en ese momento, no sacaría nada bueno de aquella conversación y giró para retirarse.

—Axel...

Se volvió y dijo:

—Hermano...

—¿Cuándo me vas a decir por qué? —la expresión de Anisio era gélida.

Hubo otra pausa.

—¿En verdad eso haría una diferencia?

—Lo haría. Para mí lo haría.

Axel quería una respuesta, pero no tenía idea sobre la mejor manera de expresarse. No la tenía.

Anisio, para animarlo, continuó:

—Quiero saber, hermano, por qué, después de todo lo que fue dicho, aún así te embarcaste en ese viaje. ¿Por qué fuiste a las Siete Montañas, Axel? ¿Por qué no me dejaste allá en mi triste destino, si tú mismo dijiste que...?

Axel inspiró a fondo antes de que aquella conversación siguiera cortándole el corazón.

—Era lo que el Creador esperaba de mí —él sabía que aquella no era la respuesta —. Era mi destino.

—No, fue algo más.

—¡Tú eres mi familia, Anisio!

—Pero...

—¡Era mi obligación!

—¡No intentes verme la cara de idiota! ¡Sabes muy bien que no tenías ninguna obligación! De hecho, nunca tuviste obligaciones.

La vieja conversación retornaba. Aquella vieja conversación que sólo se mencionaba en susurros y a puertas cerradas por años y años, cuando las velas del Gran Palacio estaban apagadas. Cuando los sirvientes no andaban por allí. Y cuando hasta los perros guardianes se hallaban durmiendo.

—¡Eres mi hermano, Anisio! Sólo esto sería la mayor justificación.

—No, tal vez sea una de ellas. Si me dices que fuiste hasta allá por culpa, entonces esa será otra. Pero ninguna de esas es la mayor justificación.

—No te diré lo que deseas oír, hermano.

—Lo harás.

—Siento decepcionarte, pero insisto en que no lo diré.

—No digo ahora, Axel. Digo algún día.

Axel se volvió de espaldas. Y habló por encima del hombro:

—¿No lo crees, verdad? No crees que nuestros destinos todavía estén unidos.

—¿Sinceramente? No lo sé.

Axel Branford se marchó de aquel aposento. Había un sentimiento de furia ante la situación. Un sentimiento destructivo que todavía no estaba preparado para enfrentar.

Y a Anisio Branford no pareció importarle ni un poco.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Liriel.

—El lugar era un viejo galerón de ángulos irregulares, de esos sacados de las peores historias de horror que se cuentan alrededor de las fogatas. Quedaba en un sitio un poco aislado, cercano al muelle de Andreanne. Ya era de noche y eso no ayudaba a que Liriel se sintiera mejor allí. En verdad sentía una «energía» pesada y concentrada. Una energía de violencia. De crueldad. De cosas malas.

—¿Sabes? Estoy acostumbrada a invadir lugares rudos, pero este me eriza...

—Relájate. Al estar aquí se sienten cosas.

—¡Guau! Tú sí que sabes a dónde llevar a una mujer.

Entraron por el zaguán. Había muebles cubiertos con lonas totalmente empolvadas, cortinas negras gruesas en las ventanas y tablas que crujían a cada movimiento, aun con el más ligero. Suma eso al viento que susurraba entre las rendijas de ventanas que parecían cerradas y las gotas que caían del techo por la filtración del agua de lluvia, y entenderás por qué nadie entraba a ese lugar.

—¿Por qué rechinan tanto estas tablas?

—Para denunciar a los invasores. Aquí nadie ingresa sin hacer ruido.

—Yo lo haría si quisiera.

—No, sólo lo intentarías.

Ella pareció ofendida.

—Ven acá: ¿me puedes explicar qué lugar es este?

—El reformatorio. Antiguamente servía como una especie de... internado. Ellos traían aquí a los jóvenes y...

—¿Reformatorio para quién?

—Bueno... para jóvenes.

—¿De qué tipo? ¿Delincuentes? Sólo aquí en Andreanne habría estado abarrotado.

—No lo digo en ese sentido —él se detuvo, sin saber cómo expresarlo—. ¿Sabes?

Fue un reformatorio... durante la cacería.

—¿La Cacería de Brujas? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí.

—¿Y a quiénes traían aquí?

—A los hijos de las brujas muertas.

Los cabellos de Liriel se volvieron a erizar.

—Entonces era aquí a donde los cazadores traían a los huérfanos.

—Justo aquí. Esos chamacos sufrían horrores. Los obligaban a aceptar el hecho de que sus madres habían cometido brujería y a negar hasta su nombre. Debían rechazar el apellido familiar y convertirse en niños sin rostro. En muchachos sin identidad.

—¿Y los que se rehusaban?

—Allá afuera podías escuchar sus gritos. Los verdugos no sólo trabajan los días en que hay ejecución. Ellos saben cómo ser malos todos los días.

Snail la guio a un nuevo aposento. Esta vez no había lonas empolvadas. Sólo sillas viejas dispersas en el suelo frente a un estrado improvisado, con un pedestal que sostenía un libro abierto. La iluminación la proporcionaba un candelabro de tres velas que el propio Snail había encendido.

Sin embargo, Liriel sólo prestaba atención al hecho de que la voz de él traía secretos que no eran fáciles de reconocer. Ni asimilar.

—¿Es mi impresión o tú sabes qué ocurrió aquí por experiencia propia?

—Yo no tenía la edad para saber.

Él bajó la mirada. Ella lo notó y preguntó:

—Pero...

—Mi padre sí.

Liriel calló. Él también.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Porque fue aquí donde todo comenzó.

Liriel anduvo despacio, juntando las piezas. Una rata corrió entre las tablas de madera e incluso el animal hizo crujir un poco la madera con su carrera. Muy poco, pero lo hizo.

—¿Cómo pudo comenzar todo aquí?

—Imagina que eres un muchacho cuya madre fue quemada como bruja, ¿cierto?

—Sí.

—Imagina que alguien te golpea a cada hora determinada, que alguien te pega todos los días y pone tu cara dentro de un balde con agua sucia, que alguien te obliga a dormir desnudo y lastimado en un suelo mojado, humillado al lado de decenas de otros como tú, en celdas donde no cabe ni un tercio del número que ha caído ahí por casualidad.

—Sí.

—Ahora imagina que todos los días ellos venían con una nueva idea creativa para forzarte a aceptar lo que te proponían. Imagina estar encadenado mientras te arrancan las uñas. Una a la vez. Y que te sirven comida en platos para perros. Y que te queman el cabello con velas, sólo para que experimentes el olor y sepas que es el tuyo.

—... Sí.

—Poco a poco, Liriel, te convertirías en un animal. Dejarías de ser humana, ¿entiendes?

—Y esa debía de ser sólo la primera etapa.

—Sí, esa era sólo la fase inicial. Cuando los niños perdían su identidad, llegaba la hora de que ellos les dieran una.

—¿Y cómo ocurría eso?

—Poco a poco: dividían a los muchachos en grupos. Aquellos cuyas madres habían muerto en la hoguera eran llamados «Fantasmas». Aquellos cuyas madres habían sido ahorcadas eran llamados «Sombras». Es obvio que, en condiciones normales, ningún ser humano aceptaría tal imposición por parte de los mismos opresores responsables de sus tormentos. Pero cuando uno se está volviendo un animal, se aferra a cualquier posibilidad de mantener una identidad. Y participar en un grupo donde todos se encuentran en el mismo barco, por más grotesco que parezca, es una forma de mantener una identidad.

—Me pareces demasiado culto para ser un simple carterista.

—No soy culto. Sólo aprendí... cosas. Mi padre era mucho mejor que yo.

Liriel movió la cabeza.

—Continúa.

—De ahí que hubiera también hombres que hacían... experimentos. Para reforzar ese espíritu, los grupos de jóvenes eran separados en las celdas. Ponían a propósito más Sombras en una celda y más Fantasmas en otra.

—Generaban facciones.

—Sí. ¿Imaginas qué ocurría entonces? ¡En esas celdas, quienes estaban en desventaja numérica acababan por ser exterminados por aquellos jóvenes que los superaban! ¿Entiendes lo que provocaban con las mentes de esos muchachos? ¡Si el tipo era un Fantasma y se encontraba en una celda de Sombras, entonces debía ser exterminado! ¿Y qué determinaba la pertenencia a uno u otro? ¡La forma en que su madre había sido asesinada por las propias personas que los impulsaban a actuar así!

Se hizo un silencio entre ambos, hasta que ella lo rompió:

—¿Y cómo fue que nacieron las sociedades?

—Un día estalló una guerra aquí adentro. Uno de los verdugos titubeó y uno de los grupos aprovechó para tomar las llaves y abrir las celdas. Sorprendidos, sin saber cómo contener a aquellos chamacos entrenados para matar por ellos mismos, la única

solución que hallaron los verdugos que sobrevivieron consistió en abrir las celdas del otro grupo y dejar que se mataran entre sí mientras ellos corrían por ayuda.

—¿Y quién se metería en eso? ¿La Guardia Real?

—Tal vez, si hubiera sido otra época. Pero eran tiempos de guerra y nadie habría retirado a los ejércitos del campo de batalla a causa de aquellos bastardos fuera de control.

—Entonces los propios soldados le dieron la espalda a lo que ellos mismos habían creado.

—Más o menos. El hecho es que demasiados muchachos fallecieron ese día sin siquiera saber bien por qué motivo peleaban. Aquellos que sobrevivieron, los pocos que lo hicieron, salieron de allí en la noche. Y así comenzó el «reclutamiento».

—Y nacieron las sociedades secretas.

—En realidad, ellos recomenzaron en parte un culto en el que sus madres se habían detenido, aunque lo hicieron sin entrenamiento de magia. Ninguno de ellos tenía idea con qué estaba lidiando. Y la cosa se fue poniendo cada vez más peligrosa. En consecuencia, la Cacería de Brujas diezmó un problema pero creó otro en su lugar.

—¿Cuándo comenzó entonces la guerra civil?

—Ellos habían sido entrenados para odiarse. Preparados para destruirse. La primera generación e incluso la segunda participaron en ella. Pero la tercera... Los nuevos asociados no habían vivido lo mismo, no tenían el mismo odio. Ni siquiera sabían cómo había comenzado la guerra.

—Entiendo lo que dices.

—Claro que lo entiendes. ¡Eres parte de esa generación! ¡La generación que entró en la historia cuando las que comenzaron como dos sociedades secretas se habían convertido ya en sociedades criminales! Y entonces sí que comenzaron a llamar la atención del rey, pero era demasiado tarde para diezmarlas con facilidad.

—¿Y qué pretendes hacer aquí, Galford?

—¡Nosotros dos somos los únicos supervivientes, Gabbiani! ¡Los últimos de una guerra que se peleó por décadas! ¡Necesariamente debe haber algún motivo para ello! Quiero rescatar los orígenes de todo aquello. Deseo rehacer el ejército joven que alguna vez fue conformado en este lugar.

—¿Has andado bebiendo en las tabernas, negro? ¿Con qué intención pretendes hacer algo así?

—¡Quiero rescatar el espíritu de las sociedades secretas nacidas aquí! ¡Con las pruebas de selección de los más fuertes, con los rituales de iniciación, con la filosofía que envuelve al culto!

—Entonces tú quieres...

—... Recordar a los elegidos de una nueva generación, Gabbiani, cómo fue que

toda esa maldita guerra comenzó.

Catedral de la Sagrada Creación. Noche de cielo estrellado y romanticismo juvenil. ¿Quién, entre aquellos que han amado alguna vez, se resistiría a semejante combinación explosiva?

Bueno...

—Háblame de las estrellas —dijo María Hanson, recostada de espaldas en la azotea del lugar.

—No sé si me siento con el espíritu para eso. —Axel Branford, también recostado a su lado, mantenía los ojos en las mismas estrellas, pero el pensamiento mucho más allá de lo que cualquiera de ellas podría alcanzar.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó ella con sinceridad, sin sombra de ironía.

—No. Mi problema no es contigo.

—¿Y puedo ayudarte con quienquiera que sea tu problema?

—Me gustaría, pero no. No ese problema.

—Lástima. No me gusta verte así.

Él la miró, pero no parecía percibirla. Su pensamiento todavía estaba más distante de lo que cualquier persona alcanzaría sin el permiso del pensador.

—¿Cómo va la relación con tu hermano? —preguntó él, en un intento de cambiar de tema.

—Buena. Siempre ha sido buena. ¿Es ese el problema?

—¿Cuál problema? —él frunció las cejas, con lo que volvió poco a poco a aquel lugar.

—Tu problema.

—¿Cómo?

—¿Tienes problemas con tu hermano?

Alex pareció despertar de un sueño lúcido y regresar a Nueva Éter. De repente se dio cuenta de la rapidez del pensamiento de aquella muchacha.

—Dios del cielo: si no conociera tu inteligencia, creería que eres una bruja.

—Las brujas son feas. Y yo no soy tan horripilante —de repente, como toda mujer de vez en cuando, María Hanson tuvo un ataque de inseguridad y preguntó con voz desconfiada, en un tono que contenía un aviso de que el hombre cuestionado debía responder a la pregunta con mucho cuidado—: ¿O acaso lo soy?

Axel rio, como todo hombre en esa situación. Algunos lo hacen antes de la respuesta. Él lo hizo después.

—No, claro que no, María. Tendrías que nacer de nuevo para ser horripilante.

Ella sonrió. Sabía que estaba muy lejos de ser una persona horripilante. Pero también es un hecho que toda mujer simplemente necesita escucharlo de un hombre de vez en cuando. Y la sonrisa que suele acompañar a la recepción de la respuesta hace que todo hombre sienta que siempre vale la pena repetir aquel elogio.

—¿Y cuál es el problema con tu hermano? —María Hanson no se daba cuenta de que cualquier respuesta que le fuera dada no sería simple. Estaba con un primer príncipe al que le pedía revelar detalles de la política interna de la familia real. Si analizaba la situación por ese lado, jamás haría pregunta alguna.

Pero no la veía así.

—¿Alguna vez dijiste cosas que te gustaría no haber dicho? —preguntó él.

—¡Claro! ¡Como la primera vez que nos conocimos y conversamos y no me di cuenta de quién eras! ¡Y no sólo critiqué la política de tu padre, sino que también dije que debía haber algo malo con la familia real! ¡Ay, qué vergüenza!

Axel rio con fuerza.

—¡Ya! ¿Todavía te acuerdas de eso? Yo lo había olvidado. ¡Usted no debería avergonzarse de eso, señorita Hanson! Fue un comentario sincero.

—Más bien embarazoso, eso sí.

—Fuiste espontánea.

—¡Fui... idiota!

Axel se detuvo, conteniendo la risa, y dijo:

—Es cierto, aquello fue un ultraje.

—¿Quéeee? —preguntó ella, mientras llenaba al pobre de golpecitos y lo obligaba a cerrar la guardia con los brazos, como si fuera atacado en el cuadrilátero—. ¿Quieres decir que estás de acuerdo, no, sinvergüenza?

—¡Ya... ya... me rindo! ¡Me rindo! ¡Estaba bromeando! ¡Fue una broma!

Ella se detuvo y sonrió. Él la abrazó, antes de que su humor cambiara de nuevo, y ella —tú lo entenderás— adoró aquel abrazo.

—Mujeres.

—¡Y ahora cambias de tema sólo para no decirme qué pasó entre tu hermano y tú!

—¿Yo estoy cambiando el tema? —preguntó él, sorprendido. Entonces suspiró, convencido de que tal vez la culpa había sido en verdad suya, o acaso porque sabía

que sería en verdad bueno hablar con alguien—. Tienes razón. ¿Sabes? Tuve problemas con Anisio. Problemas serios.

—¿Antes o después?

—¿De qué?

—Del viaje. ¿No fuiste a las Siete Montañas detrás de tu hermano?

Era interesante cómo hablaban de eso como si no se refirieran al rey de Arzallum, el nuevo más grande de todos los reyes, sino a un simple conflicto entre dos hermanos cuyos problemas internos afectarían sólo a una familia, en vez de a miles de ellas.

—Sí... —una pausa— a eso fui.

—Vacilaste con esa frase...

—¿Con quién rayos aprendes esas cosas?

Ella rio.

—Con el profesor Sabino.

—¡Ah, tenía que ser! El consejero más extraño de la Sala Redonda.

—¡Él no es extraño, caray! Sólo... excéntrico.

—¡Para mí eso es ser extraño!

—¡Y para mí continúas cambiando el tema!

Él suspiró. De nuevo.

—¿Será que al menos te gane una hoy?

—Dime, Axel, ¿qué le dijiste a Anisio que resultó tan malo?

Él intentó responder. En verdad que lo intentó. Sólo que la voz no le salió. Y ella lo respetó.

—No necesitas decírmelo si no...

—Le dije que se podía marchar. Que ya no éramos hermanos y no me importaba nada que viniera de él. Y le dije que, por mí, me gustaría que se muriera.

Snail Galford estaba ante el pequeño estrado improvisado. Había apartado mucha de las viejas sillas colocadas al frente, para hacer un círculo mal formado con sólo tres al centro. Una frente a la otra. El candelabro que había traído estaba encima de la silla del medio. Ahora sólo había dos velas encendidas. Liriel no tenía la menor idea de lo que él pretendía con eso, lo cual no resultaba anormal tratándose de la persona con la estaba lidiando.

—¿Ya te dije que este lugar me da escalofríos?

—Sí, ya lo dijiste.

—Me parece impresionante que eso no te moleste ni un poco, ¿eh?

—¿Te refieres a que el lugar me da escalofríos o a que tú te sientes así aquí?

—A las dos cosas.

Snail detuvo lo que estaba haciendo. Y movió la cabeza.

—Sí, en verdad no me molesta ni un poco.

—No puedes ser así, tan... frío. ¡Debe haber algo que te conmueva!

—Siempre lo hay. Pero sería una debilidad si dejara que lo supieras.

—Claro.

Liriel siguió observando el ambiente. Snail sopló en la segunda vela. Y, si antes el ambiente ya era siniestro, con una sola vela, cuya llama danzaba entre las tablas rechinantes, este empeoró.

—Negro, en serio que me estás erizando —dijo ella, observando los alrededores. Lo que antes parecían sombras ahora semejaban bultos.

—Te acostumbrarás a ellas.

Liriel dio un grito de susto, pues la voz sonó detrás de ella. Liriel se volvió, contorsionando la columna a la manera de un gato, y comprobó que ahora Snail estaba detrás.

—¡Diablos! ¿Me quieres matar del susto?

—Sería una muerte muy tonta para una ladrona astuta.

Ella estaba demasiado asustada para reír.

—¿Qué intentas con todo esto?

—Ya te dije: quiero recomenzar la filosofía de las sociedades secretas que nacieron aquí.

La llama de la única vela continuaba danzando.

—¿Y cuándo pretendes comenzar?

—Ahora mismo.

Hubo un grito. Ninguna llama siguió danzando.

Y el mundo de Liriel Gabbiani se volvió oscuro.

— Quisiera saber qué decirte... —se lamentó María Hanson, todavía conmovida.

—No siempre se necesita decir algo.

Ella no sabía si lo que brillaba en los ojos de él eran reflejos del titilar de las estrellas o lágrimas recién nacidas que se rehusaban a morir.

João Hanson y Ariane Narin estaban fuera de la casa de la muchacha. Habían comido arroz con frijoles. Era interesante que Andreanne fuera el único reino de Ocaso donde el arroz era un producto popular. A la postre, se trataba de uno de los pocos lugares que lo producía, pues era uno de los sitios más calientes de Nueva Éter. Devoraron dulces hechos a base de moras, enviados por la señora Hanson. Y durante todo ese tiempo bebieron aguamiel sin alcohol, una mezcla popular que contenía un tanto de miel por dos de agua. En realidad los niños lo bebían con agua y los adultos, con alcohol.

—João... —dijo Ariane, recostada en el césped y mirando las estrellas. Era gracioso cómo los dos parecían una versión un poco más adolescente de Axel Branford y María Hanson, que en aquel mismo instante se encontraban en la azotea de la catedral de la Sagrada Creación.

—Dime.

—Bueno... Es que... ¡No importa!

Él la miró.

—¡Habla, pues!

Detrás de toda su complejidad femenina infantil, Ariane se sentía en verdad avergonzada.

—Es que... ¿Sabes? Quiero hablarte de algo, pero no sé cómo decirlo.

Y ella realmente no lo sabía.

—Me estás preocupando, Ariane.

—No, es que...

—Estás planeando algo, ¿eh?

—¡No, no! —dijo ella, contagiada por su propia falta de paciencia—. ¡No es nada de eso! ¡Ay, olvídale!

João se incorporó hasta quedar sentado. Ariane hizo lo mismo. El muchacho comenzó a hablar entonces, pero...

—¿Me lo vas a decir de una vez o qué? —su voz se falseó y salió aguda como la de una niña. João apretó los puños de rabia—. ¡Ay, qué lata! —la voz volvió a la normalidad.

Ariane rio.

—¿Por qué a veces hablas agudo?

—No lo sé.

Ella percibió que se sentía apenado. Sonrió y lo besó en la cara.

—No debes preocuparte. Eres un lindo...

Él se avergonzó, sin remedio. Al menos una vez en la vida aquella voz, que insistía en alterar su timbre sin explicación, le había servido de algo. El corazón comenzó a latirle diferente, los vellos se le erizaron y tuvo miedo de sonrojarse frente a ella.

—Bueno, ¿qué me querías decir? —João seguía pensando en que aún sentía la frescura que dejó en su cara aquel beso. Y en que no se podía sonrojar.

—¡Bueno, está bien! —ella respiró hondo y murmuró, más para sí misma que para João—: ¿Quieres saberlo? ¡Lo soltaré rápido! ¿Quieres ser mi novio, João?

El extraño ritmo del corazón del muchacho no disminuyó.

Liriel abrió los ojos cuando una flama se encendió de nuevo. En realidad ya tenía los ojos abiertos, pero en la oscuridad en que se hallaba su mundo eso no hacía la menor diferencia.

Hasta aquel momento.

—¿Dónde estoy?

—En el mismo lugar.

Liriel percibió que estaba sentada. Intentó mover los brazos, pero no lo consiguió. La había encadenado a una de las sillas.

—¿Qué crees que estás haciendo, so desgraciado? ¿Tú... me pegaste? ¿Es que perdiste la...?

—Te estoy iniciando.

Ella se sintió conmocionada. Ante el silencio, este continuó:

—Liriel Gabbiani, has sido convocada. Serás la primera y mi brazo derecho. Sin embargo, para eso existen algunas cosas en las que necesitas... perfeccionarte. Y lo haremos por medio de tu iniciación.

—Estás loco.

—Si doblas los brazos, comprobarás que con el antebrazo flexionado al máximo, tus manos tocarán tu boca. Es probable que no hayas comido nada en las últimas dos horas. Si contamos el tiempo que estuviste desmayada, esas horas serán tres. Debido a la situación de peligro, no debes sentir hambre en este momento, pero la tendrás cuando te comiences a relajar.

Hubo un silencio. Él esperó la reacción de ella. Liriel pensó en rezongar alguna cosa más, pero desistió y sólo preguntó:

—¿Y?

Ella vio la silueta de Snail surgir frente a ella. Era impresionante cómo él y el resto de las sombras parecían hermanos siameses. Una bandeja con una manzana fue colocada frente a ella.

—Esta bandeja, como todavía puedes ver, tiene una manzana. Si no logras tomarla, tu hambre empeorará.

—¿Y cómo voy a coger la manzana si estoy amarrada, so idiota?

—¡No te hagas la experta conmigo, Gabbiani! —la frase fue dicha con ferocidad, la suficiente para asustar más a aquella que ya lo estaba—. Ambos sabemos que tú... mueves cosas. No conozco el nombre de esa habilidad, pero sé que eres capaz de hacer cosas con tu mente.

—Es un truco, sólo un truco.

—No. Es un don.

Liriel comenzó a sentirse nerviosa y agitada. Las cadenas que la privaban de movimiento la incomodaban. El ambiente pesado la ponía tensa. El hambre, confundida. Aquella... sombra que la observaba como si fuera un animal le estorbaba a su raciocinio. Comenzó a agitarse como si tuviera las fuerzas suficientes para liberarse sola de las cadenas.

—¿Por qué haces esto conmigo? —preguntó, con la voz temblorosa, comenzando a llorar.

—¡Porque eres débil, Liriel! ¡Porque no mereces el don que posees!

—Pensé que... —susurró ella, entre el llanto.

—¡Porque hoy aquí, muchacha, aprenderás a evolucionar o morirás! ¿Me escuchaste, Liriel? ¡O morirás!

—Pensé que éramos compañeros... —siguió susurrando.

—¿Ves aquella vela? ¡La cera se está acabando! ¡Y cuando se apague no habrá más luz aquí! ¡Ambos sabemos que eres incapaz de mover aquello que no ves! Entonces dime: ¿quieres morir de hambre, Gabbiani?

—Pensé que éramos... amigos.

—¡Entonces para de llorar como una niña inútil y toma esa porquería de manzana! —le gritó él, cerca del rostro, aunque ella ya no supiera de qué lado se encontraba.

—¡Está bien, maldito desgraciado! —gritó ella en la oscuridad, mientras estiraba la mano izquierda. La fuerza mental que acompañaba a ese acto físico era tan fuerte, tan fuerte, que la manzana provocó que la bandeja se moviera.

Entre las sombras, Galford no manifestó el encantamiento de volver a ver aquello. La materia atraída por una fuerza producida por la mente humana, incomprendida por cualquiera que no fuera igualmente capaz de generarla.

Liriel cogió la manzana por instinto y se la llevó con rapidez a la boca, mordiéndola un gran pedazo. Pero cuando iba a morder el segundo, sintió que le arrancaban la fruta con violencia.

—¡No! ¡No! Dijiste que...

—Otra vez.

Hubo un silencio. Su silueta surgió de nuevo ante ella y volvió a poner la manzana mordida encima de la apartada bandeja.

—Otra vez.

Ella se mordió el labio inferior. Sentía rabia. Estaba furiosa de haber sido probada como un conejillo de Indias y, sobre todo, furiosa por saber cuán impotente se encontraba en esa situación.

Estiró el brazo, y una vez más la manzana, como una pieza de metal cerca de un imán, voló hasta ella. Aunque el hambre tuviera la misma intensidad, esta vez logró mucho más control en el movimiento.

—¿Puedo comer ahora?

Snail retiró de nuevo la fruta de sus manos.

—Todavía no.

Ella le lanzó la peor mirada del mundo. A él no le importó y dijo:

—Por lo visto, en verdad necesitas observar lo que moverás antes de hacerlo, ¿no?

Ella no respondió.

—¿Estoy equivocado?

—¡Vete a Aramis!

Snail se aproximó y el corazón de Liriel se aceleró cuando escuchó el roce. Sus ojos se abrieron y reflejaron el brillo de la lámina de un cuchillo más afilado que muchas de las espadas de guerreros expertos. Esta llegó muy cerca de sus ojos y apenas con el mínimo roce en su nariz le provocó un corte de donde escurrió la sangre.

Había pocas cosas con las que Liriel Gabbianni tenía dificultades para lidiar.

La violencia era una de ellas.

—¿Estoy equivocado? —volvió a preguntar él, alterando la voz.

—No —respondió ella, conmocionada.

Él movió la cabeza, satisfecho, y fue hacia la bandeja. Volvió a colocar la manzana y dijo:

—Memoriza lo que ves ahora. ¿Puedes hacerlo?

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Te das cuenta de que si atrajeras el cuchillo en vez de la manzana, la lámina te amputaría los dedos?

El corazón de ella palpitó fuerte de los nervios. El aire no existía ni circulaba más.

—¿Puedes mover la manzana junto con el cuchillo?

Ella seguía demasiado asustada para pensar con lucidez. A cada momento se sentía más y más involucrada en aquel maldito juego psicológico, pero tampoco veía la forma de escapar a tan peligroso rompecabezas.

—Sí puedo.

—Bien, en las actuales condiciones no lo dudo. Veamos cómo sales de esta... Así.

Colocó el cuchillo encima de la manzana. La poca luz danzó en el brillo de la lámina afilada. Se escuchó un soplido.

Y aquella llama que danzaba se apagó.

—¿Sabes por qué las cortinas de este lugar son negras, Liriel? Porque la luz no llega aquí. Puedes gritar y nadie te escuchará. El tiempo pasa, pero no te das cuenta. Si no tomas esa manzana, morirás de hambre, pues nadie vendrá a alimentarte. Te aconsejo que sólo muevas la manzana. De lo contrario, bueno, no sé cómo harás para sujetarla...

El corazón de ella latía tan fuerte que no escuchaba bien lo que decía Snail. El hecho era que, en ese instante, Liriel Gabbiani tenía los ojos muy abiertos.

Sin embargo, en la oscuridad de su mundo eso no hacía la menor diferencia.

—¿Crees que esos... seres vinieron en paz? —preguntó una desconfiada María

—¿Quién puede saberlo? En principio, parece que sí. Pero de una cosa estoy seguro, María...

—¿De qué?

—Anisio es la persona más preparada del mundo para lidiar con la situación.

—Decías que trajeron un luchador de otro continente. ¿Es verdad eso?

—También. Él representa a Ofir. La Federación de Pugilismo siempre reserva una vacante en estos torneos para un campeón extranjero, representante de alguna nación invitada y que no esté afiliada de manera oficial. Es la primera vez que conceden la vacante a alguien de otro continente.

—¿Y cómo es él?

—¿Quieres saber la verdad? Aterrador y fascinante al mismo tiempo. Tiene los ojos... rasgados, ¿sabes?

—¿Cómo?

—«Jalados» hacia los lados. Es diferente a cualquier cosa que haya presenciado. ¡Ya verás! En realidad cualquier cosa que venga de ese continente me asusta. Las historias que se cuentan son demasiado surrealistas hasta para las personas acostumbradas a la magia.

María reflexionó y cambió de tema:

—¡Axel, el torneo de pugilismo comienza en tres días! ¿Estás seguro de que te encuentras en condiciones para combatir?

—Con los conflictos que traigo encima en los últimos tiempos, combatir en ese torneo es lo que más ansío.

—Aun así, ¿no te da, digamos, miedo entrar en el cuadrilátero? Todo el pueblo estará mirándote. Habrá pugilistas de todo el mundo.

La chica tenía una expresión asustada. Axel leyó su preocupación por él en

aquellas palabras y la consideró todavía más adorable por eso.

—Claro que tengo miedo, María. ¿Cómo no podría tenerlo? —inspiró a fondo y concluyó—. Pero también tengo el coraje.

—¿No es eso una paradoja?

—¿Por qué?

—¿Coraje no significa actuar con ausencia de miedo?

—No. Coraje significa actuar en presencia de él.

María se quedó sin palabras. Recordó sus primeros encuentros con Axel, cuando su timidez la hacía perder en todos los diálogos con el entonces segundo príncipe.

—¿Qué lees, Axel Branford?

Él rio muy fuerte con la pregunta.

—Te sorprenderías si lo supieras...

Ella también rio y ambos se miraron durante los que parecieron siglos. Él esperaba que María le dijera otra cosa, pero para sorpresa de ambos ella preguntó, con el corazón acelerado:

—¿Tú... me sorprenderías?

Sus ojos brillaban, pero era una mirada frágil. Ojos que brillaban con la inseguridad juvenil de quien nunca sabe si está tomando las decisiones correctas, pero al mismo tiempo tiene de cierta la existencia de decisiones que serán tomadas, por lo que de nada sirve pensar mucho en las consecuencias que involucran. Axel se sintió privilegiado sólo de estar allí. Más aún por ser el elegido para esa pregunta insegura.

—¿Dices hoy?

—Un día.

El corazón de él se conmovió. La chica que estaba frente a él era tan especial, pero tan especial, que sintió miedo de ser la persona incorrecta y de merecer estar allí.

—Cuando te encuentres preparada —dijo, despacio.

—No quiero estar preparada. Creo que nunca lo estaré. Por eso quiero que me sorprendas.

El corazón de él también latió acelerado. ¡Por el sagrado Creador: esa niña era linda! Tenía una belleza simple y al mismo tiempo profunda. Una belleza que reflejaba en el exterior lo mejor de su interior.

—¿Sabes? Yo sé que ustedes...

—¿«Nosotros»? —preguntó ella, desconfiada.

—Las «muchachas».

—¡Ah! —se relajó ella.

—Sé que ustedes creen que nosotros...

—¿Los «muchachos»?

—Sí. —Axel rio—. Sé que ustedes creen que nosotros acostumbramos tener el control total en este tipo de situaciones y que a nosotros incluso nos gusta parecer que

lo tenemos, pero no siempre nos mostramos tan seguros como quisiéramos.

—¿Y de qué depende esa inseguridad?

—Del valor de la otra persona.

—Bueno, «nosotras» —sonrió— soñamos con príncipes y caballos blancos. Soñamos con tocar las estrellas y, así como los semidioses, con que jamás seamos olvidadas.

—Lo sé. Y eso es lo que nos provoca temor.

—¿Sientes temor respecto de mí?

—Mucho.

—Entonces, ¿eso significa que yo... tengo valor para ti?

Él asintió dos veces, con la mirada un poco asustado. Y en sus ojos ella vio la confirmación de la respuesta, lo cual fue mucho más importante que las palabras que no eran dichas. Lo más interesante de aquella escena fue que, con la inseguridad de él, ella ganaba la seguridad que toda mujer sueña encontrar en un hombre.

Él concluyó:

—Tanto valor, que a veces no sé si soy digno.

—¿Sabes? A veces me pongo a pensar que, aunque fueras el plebeyo más pobre del mundo, incluso así serías un príncipe.

—Te creo. Tú no eres la plebeya más pobre del mundo, pero veo la nobleza en ti.

María Hanson abrazó con fuerza a Axel Branford para no llorar frente a él. Axel, como todo hombre ante una expresión de pura sensibilidad femenina, soltó una risa diferente. Una risa de satisfacción, de quien cree que vale la pena vivir sólo por momentos como aquel.

Los rostros de ambos rozaron la piel del otro y ella sintió su barba rala. Él inspiró a fondo y sintió el buen olor proveniente de ella. Los labios se tocaron y el mundo de aquellos jóvenes se detuvo por un instante.

En las alturas... Bueno, en las alturas la vieja y romántica estrella de Blake, como siempre, pulsaba fuerte y excitante como un brillante corazón.

João Hanson se sentía conmocionado.
—¡Espera, me estás confundiendo! —para él, como para todo muchacho, y también todo hombre e incluso todo anciano, resultaba difícil asimilar la forma directa en que la psicología femenina encaraba ese tipo de situación—. ¿Significa que podrías repetirlo?

—¡Vamos, João! —dijo la «sin-paciencia»—. ¿Cuál fue la parte que no entendiste?

—Chica, ¿estás hablando en serio? Es decir, ¿realmente en serio?

Ariane se encontraba visiblemente agitada ante la posibilidad de que todo eso proviniera de ella y por el modo en que João prolongaba su agitación. ¡En la mente de ella, él era quien debería haber hecho la propuesta, incluso con un ramo de flores en las manos!

—¡Mira, si no quieres, sólo dilo ya! —dijo ella, sofocada.

—¡Eh, calma! ¡No necesitas ponerte nerviosa! Yo sólo pregunté si...

—¡Nadie está nerviosa aquí! —gritó ella, bueno... extremadamente nerviosa—. ¿Sabes qué? Olvida lo que dije.

Ella caminó irritada hacia la casa. Abrió la puerta todavía escuchando al joven Hanson que suplicaba al fondo:

—¡Ariane, espera, caray! Ariane...

Y cerró la puerta con violencia mientras él decía en un susurro que sólo él podía escuchar:

—Es que sí quiero...

Y João Hanson se quedó allí, pasmado ante la puerta cerrada, más asustado que cualquier otra cosa. Asustado por los sentimientos en su interior. Asustado por las reacciones que provocaban esos sentimientos.

Asustado por las reacciones que ellos provocarían aún.

—¿Por qué haces esto conmigo? —preguntó Liriel, llorando.
—Porque necesito que despiertes.
—No puedo. Por favor...

—Gabbiani, lo que eres capaz de hacer sólo tiene dos explicaciones: o eres una bruja o fuiste «tocada».

Ella negó con la cabeza. No porque estuviera en desacuerdo, sino porque no se hallaba en las condiciones psicológicas para convenir con ningún argumento que le impidiera ser liberada.

—Y tú no eres una bruja —continuó él.

—No puedo...

Él se acercó a ella y le dijo al oído:

—Entonces morirás de hambre.

—Por favor...

—¡Deja de hacerte la pobre víctima, Gabbiani! ¡Deja de ser una víctima de las circunstancias!

—Por favor...

La manzana temblaba con el cuchillo encima. Snail sabía que ella podía moverla. Sólo su temor lo impedía. Un temor que necesitaba perder.

—¡Atrae esa manzana, Gabbiani!

—¡No puedo, so maldito!

Snail sintió que la silla donde ella estaba presa «temblaba» con su grito. Después se dio cuenta de que las cortinas se movían. Poco, pero se movían. Tal vez fuera sólo un susurro del viento.

O tal vez no.

—Vas a mover esa manzana con ese cuchillo, ¿sabes por qué, Gabbiani? ¡Porque si no lo haces, avergonzarás a esa sociedad secreta que te escogió para reiniciarse! ¡Avergonzarás a cualquiera que sea la entidad que te tocó!

Snail percibió que los vidrios de las ventanas también comenzaban a moverse, y las sillas cercanas, a crujir. Las cadenas, a estallar.

—¡Y moverás esa manzana porque, de lo contrario, avergonzarás a tu apellido! — el tono de voz aumentaba gradualmente de intensidad—. ¡Moverás esa manzana, Liriel Gabbiani, porque si no lo haces, esté donde esté, el infeliz de tu padre sentirá... aún más vergüenza de ti!

—¡Basta!

Y Snail fue lanzado hacia atrás con la violencia del encuentro con un mamut en movimiento. Las viejas sillas se arrastraron por el suelo. Los vidrios se hicieron pedazos. Las cortinas bajaron y subieron, como si alguien las hubiera extendido. Una de ellas se soltó y dejó entrar la luz de la luna en el ambiente oscuro. La manzana y el cuchillo fueron a parar a otro lado, cerca del estrado improvisado. Pero lo más impresionante fue que una parte de la cadena que apresaba a Liriel se partió como vidrio.

Snail estaba tirado en el suelo, asustado con la intensidad de la fuerza que él mismo había provocado.

—¡Nunca...! —dijo ella, con una voz que no parecía la suya; era la suya, sí, pero no lo parecía—. ¡Nunca menciones el recuerdo de mi padre! ¡Él era un hombre demasiado grande para estar en boca de otros menores como tú!

—Lo creo. Y sólo has probado que nos necesitamos el uno al otro. Yo te necesito para ayudarme a reestructurar esta sociedad y tú me necesitas para alcanzar tu máximo potencial.

—¡No necesito de ti!

—La última vez que dijiste eso tuve que cortar a un bufón con un ojo pintado en la frente para impedir que te matara.

—¿Por qué confiaría en ti después de lo que me hiciste hoy?

—Porque te revelé mi debilidad.

—¿Y cuál sería?

—La misma que la tuya.

Hubo una pausa. Liriel atrajo la manzana hacia sí y le dio un gran mordisco. Después asintió dos veces.

Al fin había comprendido.

Axel Branford suspiró hondo, mientras se refrescaba el rostro en una bacía. Estaba en su cuarto y observaba el nacimiento del sol a través del balcón. Ese día era uno de los más excitantes de toda su creación, y no sólo esperaba estar listo para él, sino también capacitado para la responsabilidad que le traería. Era la jornada en que descubriría al adversario que enfrentaría en poco tiempo. Había dormido mal, lo cual no era una buena señal para un pugilista, pero tampoco se sentía cansado. Al contrario, se sentía osado. La tensión y la adrenalina que venía con ella recorrían su sistema interno, y poco a poco él se movía de un lado al otro para descargar aquella sensación.

El hecho era que Axel sabía qué estaba en juego. No sólo se trataba de un campeonato de pugilismo, sino también de una disputa por el poder. Una nueva era se iniciaba en Ocaso y ya se habían dibujado las primeras digresiones políticas. Podían esperarse muchas cosas de esa era que comenzaba, pero la paz no era una de ellas. Los reinos se disputarían el poder para erigirse como los más fuertes. Los líderes debían probar que aún tenían el poderío para mantener su liderazgo. Los sistemas de gobierno serían cuestionados y las ideologías puestas en pugna.

Aquel torneo sería una prueba previa. No sería un torneo que pondría a prueba la fuerza de los mejores hombres. Sería un torneo que pondría a prueba la fuerza de las mejores naciones.

Y Axel Branford era Arzallum.

Mientras pensaba en asuntos de esa naturaleza y se ejercitaba por cuenta propia, tocaron dos veces a la puerta.

—Entre —dijo, sin volverse hacia la entrada del cuarto.

La puerta se abrió y un inmenso trol colocó una parte de su cuerpo adentro, lo cual resulta un comentario muy sustancial cuando se trata de trols. Observó a Axel agitado, moviéndose como si bailara con pasos que recordaban al pugilismo, con una toalla alrededor del cuello y los cabellos mojados.

—¿Listo? —preguntó el trol en su altivo deficiente.

—Desde el día en que di mi primer golpe...

Muralla asintió y salió. Estaba acostumbrado a ver a su protegido siempre sonriente y de buen humor. Incluso en los combates, por arriesgados que fueran, ese muchacho se mantenía relajado ante la vida. Pero no ese día. Allí estaba ante un joven centrado y confiado. Un joven que había pasado por muchas cosas en fechas recientes. Situaciones fuertes que aumentaron la fuerza de su espíritu y aceleraron su madurez como ser humano y representante de una nación. Era un joven que buscaba la fuerza —y confiaba en ella— para alcanzar una madurez.

Un joven que era el reflejo exacto de la nación que representaba.

Axel observó el inmenso cuadro con el retrato de su padre en la pared. Permaneció unos segundos contemplando la mirada de la imagen. Y entonces se golpeó con fuerza tres veces en el pecho. Señaló hacia la tela. Y salió.

El salón comedor ya se encontraba agitado en aquel inicio de mañana. No era sólo el primer príncipe quien se había puesto en pie mucho más temprano de lo que debía. Casi todos los representantes de los reinos, o al menos los que aún se encontraban hospedados en el Gran Palacio, hicieron lo mismo. Los sirvientes servían pan, cereales, aguamiel y jugos de diversas frutas.

A pesar de que el lugar se encontraba relativamente lleno, pocos hablaban. Axel mordió un pedazo de pan mientras se acordaba del combate que le había hecho llegar hasta ahí. El combate contra Gnoll, en el que había subido a la clasificación A y había recibido la candidatura como representante de Arzallum en la disputa del Puño de Hierro. Siguiendo las reglas, cualquier otro de la misma clasificación también podría haberse presentado para ocupar la vacante, lo cual hubiera generado una disputa interna entre los candidatos. Sin embargo, cuando Axel Branford alcanzó la clasificación y obtuvo la candidatura, todos los demás se retiraron.

Todos menos uno.

Prometo que algún día te contaré la historia de ese inmenso gigantón que se atrevió a desafiar al príncipe, sólo que ahora no puedo detenerme para hacerlo. Lo que importa en este momento es que, mientras Axel se preparaba, Melioso, el entrenador del príncipe y antiguo campeón, hoy un señor de respeto y reconocida competencia, se unió a él en la mesa, en tanto el pugilista masticaba su pan y bebía un concentrado de jugo a base de uva.

—Estuve observando un poco a uno de tus posibles oponentes.

—¿A cuál de ellos?

—Al tal pugilista de Brëe.

—No sabía que existían pugilistas en Bree.

—Ni yo.

Los dos rieron. Sucedió que Brëe era el reino de la belleza y de las artes. Para

quien viniera de fuera, en realidad era mucho más fácil pensar en encontrar músicos, pintores y poetas, sobre todo poetas, saliendo hasta por los cajones de esas tierras, mas no guerreros, arqueros ni pugilistas. Para darse una idea, la familia real de Brée se componía de doce princesas. Todas ellas damas que repudiaban cualquier cosa que no reflejara la belleza y que soñaban con matrimonios con artistas en vez de guerreros.

—¿Y qué piensas del sujeto?

—Al ciudadano le enseñaron a proteger sólo un lado de la cara y me parece que es sólo eso lo que logra su inteligencia. No sé, creo que en Brée un hombre que consiga levantar los brazos debe ser considerado ya como un pugilista.

—Dale el beneficio de la duda. Debe tratarse de un escritor...

—¿Acaso has visto a algún escritor entrar en las arenas de lucha?

—Bueno, existirá alguno.

—Tal vez, pero no hoy.

Axel movió la cabeza. No estaba preocupado por sus oponentes iniciales, sino por aquellos que enfrentaría en las finales del torneo. Los débiles serían eliminados con rapidez. Lo que le congelaba el estómago era la duda de saber si en verdad merecía su lugar entre los fuertes.

—Yo presencié tu combate.

Axel salió del trance y notó a un joven pugilista frente a él, mirándolo mientras masticaba un pedazo de pan, que acompañaba con leche. El muchacho no debía tener más que su propia edad. Exhibía la salud típica de un pugilista, pero con la piel bronceada y los cabellos más oscuros.

—¿Perdón?

—Dije que vi tu combate. El que te trajo hasta aquí.

—Ah, ¿me viste noquear a Gnoll?

—No. Me refiero al otro combate...

Cuando entendió de qué hablaba el muchacho, Axel abrió los ojos y bajó el tono de voz, hasta que casi susurró:

—¿Hablas en serio? ¿Estuviste allí?

—Sí. El combate fue para pocos espectadores, pero, ya sabes, los pugilistas saben de esas cosas.

Melioso asintió. Simpatizaba con el muchacho. Todo entrenador gusta de conversar con practicantes de verdad.

—No sé si ya fuimos presentados antes —dijo Axel.

—No. Soy William. Represento al reino de tu tío Tercero Branford.

—¿Eres el luchador de Cáliz? —había sorpresa por parte del príncipe.

—Sí. Me candidateé antes de que enviaran al animalucho con botas.

Los tres rieron.

—¿Ya pensaste en ese asunto? ¿Qué más faltaría que trajeran a un cuadrilátero?

—Mujeres —dijo el entrenador.

Axel levantó las cejas, en señal de que concordaba. William aprovechó la pausa:

—Es interesante que mencione eso. ¿Sabes que ando pensando en ideas locas como esa?

—¿Mujeres en el cuadrilátero? ¿Quién pagaría para ver un asunto horroroso como aquel? —preguntó el entrenador.

—¡Precisamente! Ellas no lucharían en el cuadrilátero...

—¿Entonces dónde?

—Con trajes mínimos, en el lodo.

Los dos se miraron pensativos un tiempo, con aquella mirada de «¿por qué ninguno pensó en eso antes?», y asintieron.

—¡Uf, yo pagaría una fortuna por ver una cosa así! —dijo Axel.

—¡Claro! Escuchen lo que digo: ¡inviertan su dinero para ver a las mujeres hacer cosas más interesantes! Están por existir aquellas que merezcan pelear en el campo de batalla —afirmó el viejo entrenador.

—Dices eso porque no conoces al nuevo capitán de la Guardia Real —dijo Axel.

—No me digas que es una... —dijo William.

—¡Y guapa! Y te cortaría la garganta antes de que dijeras cualquier insulto contra ella.

William hizo una expresión de duda y volvió a masticar el pan. Axel, que ya había terminado el suyo, se levantó.

—Bueno... William, ¿no?

El muchacho asintió. Axel concluyó:

—Debo irme, pues ambos sabemos que no es aconsejable que los pugilistas se conozcan antes de un torneo, ¿no?

—Es verdad. Pero no te preocupes por mí, alteza. Si nos cruzamos durante el torneo, no tengas duda de que dejaré tu rostro irreconocible para las damas que te curen después.

Axel rio con fuerza, quebrando un poco aquella expresión cerrada que mantenía desde el amanecer.

—No, mi amigo. Sólo lo intentarás.

Axel estiró un puño cerrado. William chocó su puño con el de él, a modo del saludo entre pugilistas. El príncipe y su entrenador ya salían del lugar con expresiones de buen humor cuando Axel avistó a Anisio Branford entrando en el salón. Sus miradas se cruzaron. Y la expresión de buen humor del príncipe se volvió a cerrar.

Ariane se miraba de frente en el único espejo de aquella casa. De hecho, el espejo debía encontrarse en el cuarto de su madre, pero ella se lo había traído al suyo. Era pequeño, cuadrado, justo del tamaño de un rostro. En ese momento la muchacha lo colocaba en distintos ángulos para ver mejor detalles de su propio cuerpo. Sólo llevaba un corto vestido, viejo y desgastado, que le llegaba encima de la rodilla y que ella sólo usaba para dormir.

Las expresiones de la chica eran un poco difíciles de traducir. Algunas veces parecían de satisfacción, pero la mayoría de ellas no. A veces parecían de impaciencia. Unas más, de irritación. Otras, de frustración. Jaló un poco la parte que le cubría el tronco y miró hacia abajo para verse los senos.

Fue cuando Anna Narin entró al cuarto.

—Querida, yo... —Anna se sorprendió con la posición de Ariane observando su propio cuerpo—. ¿Todo bien, mi amor?

Ariane escondió el espejo al colocar el brazo detrás, como si hubiera estado cometiendo un crimen con él.

—Sí, ¿por qué, madre?

—Por nada, querida. Sólo preguntaba.

El humor de Ariane, que de por sí no estaba nada bien, parecía empeorar a cada momento.

—¡Pues en realidad, madre, ya que preguntas, no está bien!

—¿No? —la madre se sorprendió—. ¿Por qué, hija mía?

—¡Porque no estoy de acuerdo con este asunto de que abras la puerta de mi cuarto sin tocar primero!

Anna Narin se quedó muda. Aquello era algo del todo nuevo e inesperado para ella.

—¿Cómo? —preguntó la madre.

—¡Lo que dije! Creo que necesito mi espacio.

Anna Narin tenía los ojos desorbitados ante aquel ser malhumorado y de argumentos firmes. Fue cuando Anna percibió que el embarazo de su hija estaba en el hecho de sentirse avergonzada delante de ella. Su hija, a la que ella había vestido, calzado, educado y alimentado, de repente se sentía avergonzada ante ella.

—¡Hija mía, no debes sentir vergüenza ante tu madre! ¡Soy tu amiga!

—¡No es cuestión de sentir vergüenza, madre! ¡No es eso! La cuestión es que ya no soy más aquella niña a la que bañabas cuando era pequeña. ¡Debes aceptar que ya crecí!

—Pero... pero...

—¡Ya tengo trece años! ¿Sabes qué significa eso?

—...

—¡Que si ya tengo derecho a ser iniciada en un aquelarre, madre, entonces también lo tengo a conservar mi privacidad!

Anna Narin abrió la boca y, de no haber tenido mandíbula, su quijada habría caído hasta el suelo. Estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos, como una estatua de mármol. Empleando toda la fuerza del mundo, se recompuso, tragó saliva con dificultad, asintió lentamente una vez con la cabeza y dijo, con una sonrisa forzada:

—Pero claro que lo tienes, hija mía.

Anna Narin salió del cuarto. Ya afuera, sin saber si debería sentirse ofendida u orgullosa, la dedicada madre cruzó los brazos y comenzó a reír, sin saber tampoco cuál era el motivo de su propia risa.

Los leñadores acostumbran levantarse muy temprano, más que los pugilistas de noches de mal dormir. Eso no era la excepción en la familia Hanson, donde Ígor también cumplía esa tarea. Sin embargo, aquel día tenía una compañía inusitada: su hijo João Hanson había insistido en ayudarlo.

—¡Aaah! —gritó João, haciendo descender el hacha sobre un pedazo de tronco colocado de pie, encima de la base de un árbol derribado. La lámina descendió hasta la mitad del tronco.

—Respiración.

João miró a su padre con una expresión insatisfecha. Ígor quitó el tronco y en su lugar colocó otro de pie. João no dijo nada, sólo lo observó.

—Tu problema es que respiras mal.

João siguió callado, mientras observaba a su padre. Ígor sabía que su hijo hablaba poco y miraba mucho. Admiraba ese rasgo, pero sentía un orgullo callado. Evitaba demostrarlo para no molestar al muchacho, pero tenía una buena noción del potencial de aquel niño.

—Ponte a mi lado.

João obedeció. Ígor levantó el hacha.

—Cuando hagas este movimiento, debes inspirar.

João copió el movimiento con el hacha y llenó los pulmones.

—Ahora sostenlo un poco y siente el aire circulando dentro de ti. Eso es fuerza.

João sostuvo la respiración y cerró todavía más su expresión.

—¡Entonces fija tu punto y expira de una sola vez! ¡Así! —e Ígor dejó caer el hacha con tanta violencia, que la lámina golpeó en el tronco del árbol que servía de base y separó el pedazo de madera en dos.

João buscó otro pedazo de madera para intentarlo de nuevo.

—Padre, ¿es mi impresión o perdiste tu anillo de leñador?

El anillo de leñador se otorgaba a todo nuevo leñador cuando era aceptado en un

grupo ya constituido. Era como la credencial de un sindicato, un símbolo de la fuerza de un grupo y de lo que aquel ser humano formaba parte. Siempre se otorgaban en pares, para que la segunda joya se obsequiara a un alma gemela y reforzara el significado de familia que representaba.

Obviamente, en aquella familia Érika Hanson poseía el otro.

—No, sólo está... prestado.

Ígor se apartó y se sentó al pie de otro árbol. A João le extrañó la respuesta, pero antes de que preguntara algo más, el padre se anticipó:

—Entonces... —dijo, mientras se sentaba y encendía un cigarro improvisado de paja—. ¿Cuándo me lo dirás?

—¿Decirte qué? —preguntó João, intentando disfrazar lo obvio.

—El motivo por el cual me quisiste acompañar hoy.

—Siempre te acompañé cuando no tengo clases.

—Ah, sí, es cierto. ¿Pero el día en que se inicia el sorteo de las posiciones del Puño de Hierro? No: ese día no.

João rio sin remedio.

—¿Es tan obvio?

—¿Hace cuántos años que te conozco, João Hanson?

—Catorce.

—Catorce años. Los suficientes para saber que hoy me acompañaste porque quieres decirme algo. Y si te tomaste el trabajo de venir hasta aquí para hacerlo, es porque no querías que estuvieran delante tu madre y tu hermana. Eso me lleva a dos conclusiones: tienes un problema de los grandes o quieres conversar asuntos de hombres.

João Hanson se asombró ante el razonamiento de su padre. Era un hombre rústico, analfabeto y, la mayoría de las veces, ríspido y bastante duro en la crianza de los hijos. Aún así, en medio de esa rigidez, era un hombre admirable.

João no tenía dudas de que, si él mismo era un muchacho de rápido raciocinio, se debía a que tenía en su padre un buen modelo.

—Tienes razón, padre. Es un poco de las dos cosas. —João levantó el hacha e intentó concentrarse en su respiración.

—¿Asuntos de hombres unidos a grandes problemas? —dijo Ígor, tras una bocanada—. Ya sé de qué se trata —el padre rio—: «mujeres».

João Hanson bajó el hacha tan sorprendido, que ni siquiera le dio al tronco.

—Acerté, ¿no?

El joven Hanson suspiró.

—Sí.

—Habla entonces...

—Bueno... ¿Sabes? Es que, ¡caray, padre! ¡No las entiendo! ¡No logro entender

cómo funciona su cabeza! Caray, un momento están bien, te elogian, te sonrías, ¡hasta te dan un beso en la cara! ¡Y al otro lloran, te mandan a paseo y hasta te cierran la puerta en las narices! ¡Y no de un día para otro! ¡Cambian de humor de una hora para otra! ¡Explícame eso, padre!

Ígor Hanson rio más fuerte, pero mucho más fuerte ante la petición de su hijo.

—Ay... ay, mi Creador... —dijo, recuperando el aliento—. ¿Quieres decir que tú crees que en verdad comprenderás todo eso algún día?

—¿No es así? —preguntó João, muy sorprendido.

—Jamás. Morirás sin saberlo.

—¿Por qué es así, padre?

—Porque ese es el chiste. Pasar la vida intentando descubrirlo. ¿Ya pensaste en qué mundo aburrido viviríamos si ellas fueran como nosotros?

João apoyó el peso sobre el hacha para usarla como un bastón improvisado.

—Sí... puede ser.

—Si sólo existieran hombres en el mundo, muchacho, este ya se habría acabado. Es necesaria la sensibilidad femenina. Ellas son bastante más sensibles, ¿sabes? Nosotros somos unos brutos. Usamos mucha fuerza y queremos resolver todo a golpes.

—¡Ah, en eso ellas también son así! Te jalan el cabello y te encajan una uña en la cara y...

—Ah, pero nada que se compare con espadas, flechas y cañones. Y ellas generan vida. ¿Ya pensaste cómo debe ser eso?

—No lo imagino.

—Ni yo, porque nosotros, los hombres, sólo parecemos capaces de generar muerte. Además, no te preocupes del mal humor de las mujeres. Hay días ...en que están así, ¿sabes?

—No comprendo.

—Bueno, me gustaría explicártelo mejor, pero tampoco sé decirte cómo funciona eso. Sólo que existe una semana en la que ellas necesitan estar malhumoradas, ¿sabes? Creo que si no fuera así, ellas... morirían, ¿entendiste?

—¡No! ¡Qué cosa tan tonta! ¿Por qué alguien necesitaría estar de mal humor todo el mes para no morir?

—¡Si lo supiera es porque sería una mujer, diablos!

Los dos rieron. João levantó el hacha. Inspiró. Después desistió del golpe para hablar:

—Pero ¿sabes?, tengo más dudas —aún se veía avergonzado.

—A ver...

—Tipo... ¡Rayos, padre! ¿Por qué mi voz falla de vez en cuando? ¡Qué engorro! ¡Intento hablar grueso y esta sale aguda muchas veces! —João, ya que había

comenzado a hablar, resolvió soltar la sopa de una vez—. ¿Por qué no tengo barba como tú? ¿Y por qué diablos tarda tanto en salir el pelo debajo de mi brazo? ¡Albarus, de la escuela, ya tiene el doble! ¡El doble que yo!

Ígor volvió a reír. Era interesante observar desde afuera las dudas que para él mismo fueron tan importantes en épocas pasadas.

—Eso llega solo, muchacho —nota que Ígor nunca le decía «hijo» a João Hanson; prefería usar términos como «muchacho» o el nombre propio de João—. ¿Ya te diste cuenta de tu maldito tamaño actual, comparado con el del año pasado? ¡Parece que doblaste tu estatura en un año! ¡Yo tampoco sé cómo funcionan esas cosas, pero así es! Simplemente creces y con eso viene todo lo demás.

—¿Entonces los pelos bajo mi brazo crecerán?

—¡Claro! ¡Y tu voz se engrosará, tus músculos aumentarán y te saldrán vellos hasta en el pecho!

—¡Ah, lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Le dije a Albarus que eso pasaría! ¡Se lo dije! ¡Pero él respondió que sólo me crecerían pelos en la mano!

—¿Y por qué te crecerían pelos en la mano, muchacho?

—Porque... Pues... ¡Bueno, déjame cortar la madera, que me estás desconcentrando todo el tiempo! Parece que no quieres que lo logre...

Ígor Hanson asintió satisfecho y volvió a fumar su cigarro de paja. Tosió un poco. João levantó el hacha e inspiró a fondo.

—¿Quieres sabes lo que creo? —preguntó el padre, mientras el muchacho tenía aún el hacha levantada. João sintió el aire preso, circulando dentro de sí. Observó el pedazo de árbol, trazó su meta y escuchó la voz del padre—. Deberías dejar de darle vueltas y hablar en serio de una vez con Ariane.

El hacha descendió con tanta violencia, que la lámina dividió el pedazo de madera en dos y se clavó en la base del árbol cortado con una fuerza que incluso les resultaría difícil sacarla después. João seguía asustado. En parte por la potencia del golpe. Pero más por el consejo de su padre.

—¡Eh! —João protestó—. No dije que mi problema fuera con ella —completó, intentando demostrar seguridad.

Ígor se limitó a sonreír de nuevo.

—Catorce años, João Hanson. Catorce años...

El mundo era Arzallum.
El dentro de Andreanne comenzó a agitarse. Las horas pasaban y la multitud se encaminaba al sitio donde se realizaría el sorteo para las posiciones de los combates del espectáculo más esperado del año. A fin de acomodar a la multitud local y a los visitantes de otros lugares, el sitio elegido fue la Arena de Vidrio. Nadie sabía por qué motivo la arena había sido bautizada con ese nombre, a la postre de vidrio no tenía nada. En realidad yo conozco el motivo, pero como no me acuerdo y no veo cómo sería relevante, prosigamos con lo que en verdad interesa.

El local era grande y servía de arena para torneos, como los de pugilismo y de justas, u otros objetivos festivos que interesaran a los planos reales. Su arquitectura era redonda, compuesta por diversas graderías de concreto que servían de tribunas. Se estimaba que la arena, una de las más grandes del mundo, poseía la capacidad de albergar a ciento cincuenta mil personas. Dentro de esta, o sólo unas pocas gradas por encima de ella, se localizaban las tribunas de los nobles, que seguían el mismo esquema que en cualquier otro lugar. Además de la posición geográfica, la diferencia de esos lugares era que poseían protecciones superiores, pues a fin de cuentas nadie quería ver a un rey y a sus invitados tatemarse bajo un sol quemante ni salir escurriendo arena tras un día de lluvia, ¿no?

Según el espectáculo, se permitía la entrada a los niños. Ese día no. A no ser, claro, con la autorización especial, o si se hallaba una manera de burlar a los guardias de la entrada, cosa que algunos siempre conseguían, pero la mayoría no. Sin embargo, había otros eventos para ellos, sobre todo en un anfiteatro montado en otro sector fuera de la arena principal, pero dentro de la propia Arena de Vidrio.

Por fuera el mercado informal plebeyo hervía con la llegada de miles de extranjeros. Personas que venían de todos los lugares del continente y que traían plata y oro. Había puestos ambulantes donde se vendían platillos locales típicos, o no tanto. Otros donde se ofrecían recuerdos de Andreanne. Había mujeres que sujetaban las

muñecas de los turistas con manos como garras que juraban por el Creador que les leerían el futuro en las líneas de las manos. Había incluso desocupados que cobraban un príncipe o dos por cuidar los caballos o los carruajes de los visitantes. Bueno, en realidad no cobraban, sino que «pedían una cooperación», pero era mejor darles algo que encontrar al final tu caballo marcado con alguna lámina calentada al fuego, ¿no?

A cada hora que transcurría el tránsito de personas parecía duplicarse. El tiempo estaba colaborando y hacía un día de fuerte sol. El comercio, y de esa forma el pueblo, se encontraba feliz, y eso era bueno tras los tiempos sombríos por los que había pasado Arzallum y que se esperaba haber dejado atrás. Los guardias se encontraban en sus puestos y la seguridad funcionaba bien, en la medida de lo posible, gracias a la Guardia Real. El puerto de Andreanne aún recibía a personas que llegaban por mar, y el culto al blasón de Arzallum —nacido con Primo Branford y que seguía siendo impulsado por Anisio— seguía presente.

Ese culto tenía un nombre: Axel Terra Branford.

La responsabilidad de ese muchacho de diecisiete años era grande. Sin embargo, para darte una mejor idea de la misma, dame tu mano y confía en mí. Iremos al centro de la plaza, frente a la Arena de Vidrio, para que te sientas allí adentro y entiendas lo que Axel Branford significaba para Andreanne y asimismo para Arzallum en aquellos tiempos.

Abre tu mente, imagina y visualiza conmigo.

Vamos a su tiempo.

Y uno.

Y dos.

Y tres.

Una plaza con piso de tierra. Estás en el centro de ella y yo me encuentro a tu lado. No te preocupes: estoy a tu lado. Escuchas el murmullo de las personas. Hay voces y más voces. Muchas voces. Hay personas queriendo vender cosas. Queriendo vender comida. Queriendo vender servicios. Queriendo venderse incluso a sí mismas. Las personas pasan a nuestro alrededor, agitadas. Todas ellas van en dirección a la arena, que está detrás de ti. Son centenares de ropajes diferentes: algunas se visten de manera simple; otras, con mayor elegancia, de manera sofisticada. En algún lugar un niño llora en los brazos de alguien. Los adolescentes ríen. Las personas caminan y conversan y conversan. Escuchas el ruido de sus suelas deslizándose en el piso de tierra. Percibes a las criaturas sin camisa y descalzas corriendo una detrás de otra en juegos infantiles. Ves a un grupo de niños sin camisa, con ataduras en las manos, simulando combates de pugilismo. Escuchas el crepitar de algo que es cocinado allí, a esa hora. Escuchas a las personas haciendo apuestas.

Ahora te das vuelta y, en vez de la plaza, miras hacia la arena. Ves qué inmensa es

y cuán pequeño te sientes ante ella. Percibe cómo aquí —nosotros no la construimos, pero tocamos el éter— ella es mucho más grande de lo que podrías haber imaginado. O por lo menos es del tamaño de tu imaginación. Las personas forman largas filas para conseguir sus entradas a las luchas, mientras que los guardias intentan mantener el control del flujo de personas. Nota que cada boleto de ingreso es un pedazo de papel con un sello real, y quienes ya lo consiguieron lo agitan como si se tratara de un trofeo. El sol toca la piel de las personas y también la nuestra. Calienta con fuerza. El sudor escurre en la frente de ellas y en la nuestra. Tienes la piel húmeda por el sudor. El aire es cada vez más sofocante. Y te sientes vivo como nunca.

Pero estamos aquí adentro para darnos cuenta de la importancia de Axel Branford. Para eso, concéntrate ahora en lo que diré. Mantén las imágenes en segundo plano. Voy a aislar el resto de los sonidos y los movimientos en este momento, y sólo rastrearé lo que tenga relación con el príncipe pugilista.

Y uno.

Y dos.

Y tres.

En algún lugar, un muchacho dice que desea ser como Axel Branford cuando sea grande. Dos adolescentes comentan que les gustaría recibir su primer beso de él. Tres muchachas más grandes quisieran intercambiar con él más que un primer beso. Un muchacho de catorce años luce un corte de cabello igual al del príncipe. En realidad, si nos concentramos mejor, ese número sube a cuarenta y tres muchachos sólo en esa plaza. Una señora animada trae una banda en la cabeza con el nombre BRANFORD. Sus ocho hijos también. Una joven de veinticinco años exhibe un tatuaje con el nombre completo del príncipe. Otra lleva su rostro en su propia piel. Un artista se ha colocado en un rincón de la plaza para exhibir los cuadros que pintó del pugilista. A su alrededor decenas de personas admiran el trabajo y comentan cómo las pinturas recuerdan —o no— al héroe nacional. Dos amas de casa de setenta años cuchichean sobre la relación de María Hanson y Axel Branford, y especulan si ambos ya habrán dormido juntos o no. Dos niños de diez años cuentan a una pareja de turistas sobre el orgullo de tomar clases «con la novia del príncipe». Cuatro jóvenes entre los quince y los dieciséis años, antiguas compañeras de clase de María, se preguntan qué será lo que vio el príncipe en la muchacha y cómo sus propias cualidades son mejores que las de ella. Una sopa de una verdura verde, que ningún niño desea comer, es anunciada como el gran motivo por el cual el príncipe obtiene fuerzas para vencer en sus combates. La sopa se vende como agua.

Y podemos ver todo eso sólo en una primera búsqueda. Si tú o yo nos concentráramos todavía más, descubriríamos el doble de situaciones. Si lo deseas,

hazlo y después me cuentas qué más descubriste sobre Axel Branford en ese momento. Y cuando estés listo, sólo toca una vez mi mano y sueña conmigo de nuevo. Vamos, es hora de regresar al mundo lineal.

Y uno.

Y dos.

Y tres.

María Hanson fue tomada por sorpresa. Estaba en su casa, planeando las clases que volvería a dar en la Escuela Real del Saber cuando terminaran los tres días de competencia del Puño de Hierro y la vida en Andreanne volviera a la normalidad. Le gustaba dar clases a los niños e incluso a los preadolescentes, pues con ellos aprendía. Aprendía a mantener la pureza, a crecer sin perder la curiosidad infantil por el mundo y a valorar las cosas simples cuya existencia el ser humano ya no percibe a lo largo de su madurez.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando escuchó la voz de Ariane, afuera:

—¡Maríaaaa! ¡Maríaaaa! ¡Marí...!

La puerta de la casa de los Hanson se abrió con rapidez.

—¿Pero qué gritería es esa, por mi Creador? —preguntó una asustada María.

—¡Ven! ¡Ven a ver a Axel!

El nombre. Ariane había pronunciado el nombre que provocaba que las piernas de María Hanson temblaran, lo que la hacía creer que aquello era amor, tal vez pasión, pero tal vez también amor, y probablemente con razón.

—¿A Axel? ¿A dónde?

—¡En la plaza! ¡Está llegando a la arena!

María se quedó pensando qué hacer. Y como no se decidía, Ariane fue hasta ella, la tomó de la mano y la sacó a rastras:

—¡Vamos allá, María! ¡Qué lenta estás hoy, caramba!

Y allá fue María, guiada por la muchacha, pensando si estaba lo bastante bonita, lo bastante bien vestida.

—¡Pero aún debo cambiarme!

—¡No, caray! Sólo vamos a verlo pasar.

María seguía a Ariane todavía sin saber si se encontraba lista para lo que sea que fueran a hacer. Y fue a lo largo del camino desde su casa hasta la plaza que la adolescente le preguntó con una inseguridad capaz de conmovier a un corazón:

—María, si te hiciera una pregunta, ¿serías sincera conmigo?

—¿Algún día no lo fui?

Ariane pensó. Y pensó. Y respondió, mirando hacia abajo:

—No.

María sonrió.

—Cuéntame cuál es el problema, Ariane. ¡Soy tu amiga, y ahora también soy tu profesora! Si no confías en mí, ¿en quién lo harás?

—Y también eres mi «ídola»...

—¿Cómo? —preguntó María, totalmente confundida; y curiosa—. ¿Por qué serías mi admiradora, chica?

—¡Oye, María, tú atrapaste al príncipe! —exclamó Ariane, como si aquello fuera obvio—. ¡No existe en todo este reino... qué digo: no existe nadie en el mundo entero por encima de él!

—Ariane, ¿qué es eso? ¿Cómo hablas así de... eh... de...?

María comenzó a sonrojarse. Y Ariane comenzó a reír.

—Ay, ay, eres muy graciosa, ¿lo sabías? Yo quiero ser como tú cuando sea más grande.

El comentario hizo que María dejara de ruborizarse un poco y en su lugar agradeciera al Creador por la vida, que le otorgaba momentos como ese.

—No, tú eres graciosa, Ariane.

—No... no lo soy —dijo ella, desanimada—. Es decir, creo que a mis amigas les gusto mucho, ¿sabes? Pero sólo a ellas.

—¿Cómo? ¡Tú le gustas a todo el mundo!

—¡Ay, María! ¡Caray, no entiendes! No estoy hablando de chicas.

—Ah.

María se reprendió a sí misma por tardarse en procesar, ahora sí, algo tan obvio. ¿Qué es lo que piensan las chicas en la preadolescencia, en la adolescencia, en la juventud, en la fase adulta e incluso hoy en día en la vejez? ¡En niños o muchachos u hombres o señores de respeto y buena índole! Algunas hasta sin lo último...

—Vamos, haz la pregunta que me querías hacer.

—Ya, ya, bueno. Es que... Es decir... ¿Tú crees que soy bonita?

—¡Ariane, claro que eres bonita! ¿De dónde sacaste esa pregunta?

—No, rayos, quiero decir, no bonita del tipo «bonitilla», ¿sabes? —y aquí hizo cara de enojo—. Los bebés son «bonitillos», ¿sabes? Yo quiero decir bonita como... como la gente grande, ¿entiendes? Del estilo bonita «para los muchachos», ¿me entiendes?

María percibía mucho temor ante la respuesta. Aquella mirada abierta e insegura de Ariane no debía haber sido muy diferente de la que tuvo ante el lobo gigantesco que había devorado a su abuela.

Dejó de caminar y se agachó para quedar de frente a su pupila.

—¡Ariane, mírame! ¡Tú eres... linda! No debe existir un muchacho de tu edad que no desee estar con una niña como tú.

—¡Esa es la cosa! —la muchachita cruzó los brazos, enfurruñada—. Si eso es verdad, ¿por qué no tengo novio? ¡Caray, María, incluso hay una niña en el salón con más de uno! Es decir, no son «novios novios», ¿sabes? Pero son algo así como «amigos exclusivos», ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —María tenía una expresión muy rara.

—Antes las personas pensaban que yo era extraña, ¿sabes? Hoy en día creo que ya no lo piensan, pero ahora yo lo pienso a veces, ¿entiendes?

—¿Y por qué serías extraña?

—¡Ay, mírate, María! Tienes un cabello lindo, un modo medio tímido que, me parece, les gusta a los hombres. ¡Hablas bien, tienes bonitas piernas! Ahora, mírame a mí: mis muslos son delgados, no soy alta y, ¡diablos!, ¡casi no tengo pechos! ¿Sabes qué es eso para una chica?

—¡Claro que lo sé, Ariane! ¡Yo soy una chica!

—¡Ah, pero no hay comparación! Después de que comenzaste a salir con el príncipe, él te dio ropa linda que sólo te hizo ver más bonita. ¡La mía es harapienta, con telas horribles! Y esa joya que te dio Axel es, bueno, chica, «la supremacía máxima del universo», ¿me entiendes? Mis aretes son de madera, pesados, como la visión del último círculo de Aramis, ¿sabes? —sí, Adriane era exagerada, ¿pero qué muchacha de su edad no lo es?—. ¡Caray, María, si usas un escote todo el mundo te volteará a ver! Si yo me pongo uno, se reirán de mí.

María se dio cuenta de que Ariane comenzaría a llorar si ella no hacía algo. Y rápido.

—Una vez le pregunté a Axel qué había visto en mí. ¿Sabes qué me respondió?

—¿Qué?

—Mi inteligencia.

—¡Ah, eso está bueno! —ella comenzó a patear el suelo—. Yo ya aprendí que a ellos les gusta decirnos eso cuando están frente a nosotras. Pero cuando llegan a la taberna, hablan de todo acerca de las mujeres menos de eso.

—Cierto. —María rio—. Pero por lo general debes tomar en serio lo que un hombre menciona como segunda opción de aquello que le llamó la atención.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—La mirada.

Ariane cambió la expresión malhumorada por una expresión más... sublime.

—¡Ay, qué bonito! Pero tu mirada es hermosa.

—No, esa vez no hablaba de mí.

—¿Entonces de quién?

—De lo que a João le llamó la atención de ti.

El mundo de Ariane cambió su velocidad de rotación por un momento.

—María, vete con mucha calma, ¿está bien?

—Está bien. —María reía.

Tenía ganas de apretar las mejillas de esa niña hasta arrancárselas. Pero se contuvo.

—¿Cuándo dijo eso él?

—En realidad no lo dijo. Lo escribió. ¿Y quieres saber algo? Yo no debería estar contándote esto.

María echó a andar sin mirar atrás. Ariane lanzó un grito, apretó los ojos y comenzó a dar saltitos:

—¡María Hanson! ¡Ni pienses en hacerte la tonta!

María sonrió. Hace un año había dado, y mal, el primer beso. Ahora ya jugaba a ser Cupido. La vida era capaz de cambiar muy rápido.

Ariane corrió hasta ella y comenzó a jalarle la blusa.

—¡Anda, anda, dime más! ¿Dónde escribió eso? ¿Cuándo? ¿Qué decía? ¿Por qué nunca me contaste?

—¡Eh!, ¿crees que delataría así a mi hermano? Ya te dije demasiado.

—¡No, no puedes hacerme esto! ¡Es injusto, caray! ¡Eso debería ser contra la ley!

Las dos comenzaron a reír.

—¿Te puedo dar un consejo? —preguntó María.

—Habla.

—Pregúntaselo a él.

Ariane se quedó muda. Y mira que, hablando de quien hablamos, eso es un comentario extremadamente notable.

Axel Branford se dirigía a la Arena de Vidrio para asistir al sorteo de las posiciones. A su alrededor había numerosos guardias con el emblema de Arzallum, contar a su guardaespaldas, el trol Muralla. Axel no caminaba como los otros. Viajaba sobre una base formada por una carroza sin techo improvisada. Repartía sonrisas tímidas y se mantenía abrazado a una inmensa bandera de Arzallum.

Alrededor, varios niños, decenas y decenas, corrían junto a la comitiva. Las personas en el camino paraban lo que fuera que estuvieran haciendo para aplaudirle, gritarle frases de aliento o arrojar flores en la trayectoria del carruaje. Bastaba con seguir los vítores de las personas para saber dónde estaba. Algunas adolescentes gritaban tanto, y se desgañitaban de tal forma, que se desmayaban en seguida, ya fuera por la insolación, la deshidratación o por la emoción de estar tan cerca de él.

Axel hubiera preferido llegar a la arena con discreción, sin aquel clamor. Pero también sabía que él no era sólo un luchador, y que aquello no era sólo un torneo. Su pueblo estaba feliz. Su padre debía estarlo también. Él era un símbolo, y eso lo hacía sentir orgulloso. Tiempo atrás había aprendido con las hadas que el ego es capaz de destruir una trayectoria, por lo que no se dejaba envolver —al menos ya no— por la seductora sensación de poder que eso le proporcionaba.

Grupos de muchachos gritaban:

—¡A-xel! ¡A-xel! ¡A-xel! —con las manos con ataduras como las de él.

Y los grupos de chicas, bueno...

—¡Vamos allá: uno... dos... tres... y... ya! —dijo una muchacha a un grupo formado por más de dos decenas de chicas.

—¡Lindo! ¡Tesoro! Bonito y... —bueno, ellas repetían aquello de manera incesante y con todo el poder de sus gargantas.

Axel reconoció esos gritos. Se volvió y no se espantó ni un poco cuando vio a Ariane exhibiendo una cinta con un corazón y su nombre escrito a mano con tinta roja. Otras mostraban una cinta con las palabras COMUNIDAD AXEL BRANFORD EN MI

CUARTO. Aquello era un club de admiradores, creado hacía poco tiempo, conformado por chicas que adoraban al príncipe. A él no le extrañó nada cuando descubrió que la fundadora era Ariane Narin. Axel la saludó con un gesto y la muchacha comenzó a besar el corazón que traía pintado en la cinta. Saludó a las otras y las voces no pararon. Era un griterío tan vibrante e imposible de ser ignorado, que todo aquel que no estaba en las calles salía a averiguar qué ocurría. Y también comenzaba a gritar o a aplaudir.

Axel vio entonces a María Hanson, cerca del grupo de Ariane. Como siempre, la actitud de ella era tímida, como si buscara pasar inadvertida en medio de la multitud.

—¡Mira! ¡Mira, María! ¡Te está señalando! —dijo Ariane, eufórica.

Desde lo alto, Axel se golpeó tres veces el pecho y, con la misma mano, apuntó a María con el índice. Ella, sin saber qué hacer delante de tantas miradas, repitió el gesto. A su alrededor las chicas del club de admiradoras se habían arrodillado y levantaban y bajaban el tronco en reverencia a María, como si se tratara de una auténtica semidiosa.

—¿Qué es eso, gente? Dejen de hacerlo, por el amor del Creador —se volvió a sonrojar.

Los niños fueron hasta ella y, asómbrense, le pidieron autógrafos a la «novia del príncipe». Sólo entonces María Hanson se dio cuenta de que, en definitiva, había alcanzado el auge de su estatus de celebridad en Andreanne.

Para darse una idea de lo que se dijo, puedo mencionar un detalle con el que tendrás una noción de esa popularidad —de lo contrario es porque tú no debes ser el orgullo de tus padres—: ese año María Hanson había decidido peinar sus cabellos de un modo más... original. Solía acomodar su cabello hacia atrás en una larga cola de caballo que le llegaba a las espaldas, pero el detalle curioso es que siempre, en uno de los lados de la cara, dejaba algunos cabellos para formar una mecha muy delgada, que llegaba un poco debajo de la quijada.

A veces ella trenzaba ese mechón lateral, pero la mayor parte del tiempo sólo lo sujetaba.

No importaba: ya fuera de una u otra forma, el estilo se estaba convirtiendo en una fiebre entre las adolescentes de Andreanne.

Axel Branford avistó al fondo la Arena de Vidrio y sintió frío en el estómago. Su confianza personal se puso a prueba y él se cuestionó si era en verdad la mejor opción para representar a Arzallum en ese torneo. No llegó a ninguna conclusión extremadamente positiva en cuanto a la respuesta, pero sabía que era demasiado tarde para desistir.

— Otra vez.

— Déjame entender de nuevo: me amarraste, me torturaste, me dejaste con hambre y pusiste a prueba mis límites hasta el punto máximo. ¿Por qué crees que de verdad recibiría órdenes de ti una vez más?

— Porque si no lo haces, nunca sabrás cuál es tu límite.

— ¿Y quién dice que deseo conocer mi límite?

— Tus actitudes.

— ¿Qué actitudes?

— Gabbiani, heredaste un circo fracasado de un padre cuyo noble apellido había caído en desgracia. Y con el tiempo no sólo asumiste los negocios, sino que reestructuraste el circo y de nuevo lo volviste lucrativo.

— Y eso significa...

— Que hiciste todo eso para limpiar el apellido de tu padre. Para que las personas se acuerden bien de él, no como un traidor, sino con un buen sentimiento.

— Todavía no entiendo cuál es la relación.

— Una muchacha capaz de desafiar a los peores tipos de nobleza, de negociar con mercenarios, de arriesgar el pescuezo en robos imposibles y que además administra un negocio típico de hombres por una causa como esa es, sin sombra de duda, una persona con mucha confianza en sí misma. Eres alguien que se traza metas, Gabbiani. Una típica cabeza dura, que no desiste con facilidad. —Liriel se quedó quieta—. Eres una persona que se lleva a sí misma al límite todos los días. Pero como toda muchacha tienes elementos que te debilitan. La violencia es uno de ellos. De hecho, el principal. —Liriel permaneció sin moverse—. Resulta entonces comprensible que no explores tu don por temor. Temes resultar herida o herir a alguien. Pero la oportunidad que tienes ahora es diferente.

— ¿Por qué?

— Porque estoy aquí para garantizarte la protección con que nunca contaste.

Además, aún existe un factor en el que deberías pensar.

—Que sería...

—Si acabas lastimando a alguien sin querer, sin sombra de duda, con todo y el juego de palabras, ese alguien seré yo.

A Liriel Gabbiani comenzó a gustarle aquella propuesta.

María Hanson intentaba no colapsar. Había ingresado a la Arena de Vidrio, al lado de su eterno profesor Sabino von Egard. Los palcos donde estaban las familias reales tenían pocos asientos, por lo que los invitados del rey y sus comitivas debían participar del espectáculo en el segundo lugar más privilegiado: dentro de la propia arena, alrededor del cuadrilátero armado, al lado de las personas invitadas o que pagaban los boletos más caros. María miraba hacia lo alto las graderías cada vez más llenas y todo aquello la asustaba un poco. Ese día, como se trataba sólo de una ceremonia de sorteo de posiciones, los portones se habían abierto al público, por lo que la arena no paraba de llenarse.

—¡Caray, profesor! Nunca imaginé que cupiera tanta gente aquí.

—Señorita Hanson, no olvide que «no debemos creer en nada de lo que se escucha, y sólo en la mitad de lo que se ve».

—Ay, profesor.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Estoy... nerviosa.

—¿Por usted?

Pregunta capciosa. María no supo qué responder, pero como todo el mundo sabía de su relación, no tenía por qué negarla.

—Por Axel.

Ella se dio cuenta de que la expresión de Sabino cambió. Se hizo más... seria, acaso más pensativa, pero este comentario no es tan relevante, pues Sabino siempre se halla pensativo.

—María —aquí ella percibió que el cambio de expresión tenía un significado: que Sabino no la llamara «señorita Hanson» implicaba que la cosa era seria—. Usted sabe que es una joven a la que el Creador tocó entre miles que quisieran estar en su lugar, ¿no es verdad?

—Sí. Lo sé.

—Claro que usted ya pasó por muchas cosas que la mayoría no habría superado. Sobrevivió a una bruja caníbal, señorita Hanson —aquí ella notó el cambio de tono y de tratamiento otra vez—. Conocí a hombres experimentados, en la época de la Cacería de Brujas, que no fueron capaces de lograrlo.

—¿Por qué me dice estas cosas, profesor?

—Porque usted merece cuanto ocurre en su vida en este momento. ¡Y quiero que esté consciente de eso! Fue elegida por el príncipe más querido del continente, está sirviendo a su patria en la formación de jóvenes en la Escuela Real del Saber y goza de la popularidad instantánea que adquirió entre la población de esta ciudad.

María seguía intentando comprender a dónde quería llegar ese señor astuto. Sabino nunca jamás decía algo sin sentido. La mayoría de las veces lo parecía, pero siempre llegaba a alguna parte. Y le incomodaba no saber a dónde se dirigía aquello.

—¿Sabe, profesor? A pesar de que no puedo ver a Axel con todo el deslumbramiento que provoca, al menos es mucho mejor ser reconocida como «la chica más suertuda de Nueva Éter» que como «la chica de la macabra Casa de los Dulces».

—No lo dudo. Por eso le estoy ratificando aquello. Usted no debe sentirse culpable por que ocurran cosas buenas en su vida.

—No sé por qué estoy cada vez más temerosa respecto de dónde estará el siguiente «pero» de este razonamiento.

Sabino suspiró.

—Cierto. Bueno, señorita Hanson, se lo estoy diciendo para constatar que usted, a pesar de su buena cabeza y la claridad que posee, aún está consciente de que, por maravilloso que parezca todo esto, usted es una muchacha de la plebe y Axel Branford es el primer príncipe de Arzallum, el reino de los reinos.

María se conmovió.

—¿Qué quiere decir, profesor?

—Que usted debe estar preparada para todo.

—Yo le gusto a Axel.

—No es difícil que usted le guste a alguien, señorita Hanson. Esa no es la cuestión.

—¡A Axel le gusta el estilo de vida de la plebe!

—Así como a la plebe le gusta el estilo de vida noble.

—¿A dónde quiere llegar, profesor? —preguntó María Hanson, comenzando a enfurecerse.

—Al hecho de que quiero que esté preparada para cualquier cosa, María. Usted es una buena muchacha. Una de las mejores de este lugar. Y bien, las personas suelen contaminarse ante el contacto con la nobleza. Es un mundo fascinante desde fuera, pero por dentro involucra traición, envidia, codicia, lujuria y muchos, muchos

secretos.

—¿Qué... tipo de secretos?

—Si los conociéramos no serían secretos. Pero son misterios que, al salir a la superficie, provocan que las cosas nunca sean las mismas. Algunos son capaces de romper corazones. Otros, de romper tratados. Ambos serán siempre capaces de provocar lágrimas. Pero el gran hecho es que nada es igual después de que son revelados.

—¿Y si nunca fueran revelados?

—Sus descendientes seguirán llevando la carga.

—¿A lo largo de su vida?

—O hasta la próxima revelación.

María Hanson se sentía algo conmocionada con la conversación. Su cabeza giraba y el pensamiento no lograba fijarse en un punto. Aún tenía centenares de preguntas para Sabino, pero tanto la multitud de afuera como la de adentro de la arena comenzaba a hacer una algazara tan alta que casi no se podía oír ni uno mismo.

Ella buscó el motivo de la gritería y no supo traducir lo que sintió al descubrirlo.

El rey Anisio Branford había llegado a la Arena de Vidrio.

Aquella era la hora de separar a los hombres de los niños. João Hanson y Ariane Narin se miraban apartados, en el área dedicada al público infantil y adolescente, aún dentro de la Arena de Vidrio, pero fuera del área de combate. El local comenzaba a llenarse en exceso con los jóvenes de trece a quince años, todos frente a un escenario donde, en poco tiempo, un presentador iniciaría una curiosa competencia de caracterizaciones.

Nadie sabía con exactitud dónde había comenzado esa competencia, pero era un hecho que su origen tenía aires circenses. En ella había una categoría individual y otra en grupo. Los jóvenes se disfrazaban de las leyendas más conocidas de Nueva Éter o incluso de las leyendas locales de las ciudades y efectuaban sus caracterizaciones arriba del escenario. La respuesta del público definía al vencedor. Al principio era más una broma, pero poco a poco la cosa comenzaba a hacerse cada vez más seria. Los disfraces resultaban cada vez más caprichosos e incluso los premios eran cada vez más interesantes.

Ese día el premio sería una espada esculpida en madera, réplica de la usada por los caballeros de Andreanne en los entrenamientos.

Ariane siempre odió esas caracterizaciones. El motivo era obvio: no había una sola presentación en que alguien no tuviera la original idea de vestir una caperuza blanca manchada de tinta roja, mientras que otro simulaba ser un lobo gigante, una abuela descuartizada o un cazador héroe, o los tres juntos. Una vez incluso hubo una gran confusión cuando los organizadores tuvieron que llamar a la Guardia Real después de que un infeliz resolvió presentarse con una caperuza en verdad manchada de sangre, aunque al final se descubrió que era de conejo.

João Hanson tenía el mismo problema, pero nunca lo tomó tan en serio como Ariane. Era comprensible: pese a haber sufrido lo que sufrió y haber visto a su hermana convertida en esclava de una bruja decrepita, él y María Hanson salieron vivos de aquella historia siniestra.

Ariane Narin presenció cómo devoraban a su abuela.

Con todo, aquel día ellos no pensaban en eso. Aquel día sólo pensaban uno en el otro.

—Eh... hola —él se acercó a ella, abriéndose camino entre otros adolescentes.

—Hola —sus rodillas se aflojaron y se sintió estúpida por eso.

Frente a ella estaba João Hanson. El João Hanson. El mismo muchacho que ella había visto durante años, básicamente todos los días. ¿Cuál era la diferencia de una hora para otra, rayos?

—¿Todo está... bien? —preguntó él, sin saber qué hacer. Por su parte, el muchacho se reprochaba su escasez de palabras. ¡Él era un «hombre», caramba! ¿Cómo podía quedarse sin saber qué decirle a una... muchacha?

—Sí. ¿Por qué? —Ariane se mostraba ríspida y por dentro se preguntaba cuál era el maldito motivo de comportarse así con él.

—Eh... por nada —«¡idiota, idiota, idiota!», pensó.

Ambos quedaron en silencio y miraron hacia el escenario, aún sin la presentadora, que se arreglaba en un rincón con un disfraz que recordaba a la armadura usada antiguamente por Primo Branford.

Entonces João sintió que algo comenzaba a quemarlo por dentro. Empezó en el estómago. Y subió, subió convertido en vapor. Llegó al pecho y le agitó el corazón. Y cuando comenzó a subir por la garganta, João Hanson supo que si no decía algo explotaría como un volcán desearía arrojarse contra un peñasco más tarde.

—¡Ariane, debemos hablar! —la voz no le salió aguda. De hecho, muy por el contrario.

Ariane apretó los dientes para ordenar a sus piernas que no se doblaran. Su corazón latía fuerte. El sudor le escurría por la frente. Y ella amó, ¡ah, mi amigo!, amó cuando él sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió el sudor de la frente.

Bueno... está bien, él se había sonado con ese pañuelo días antes, pero creía que ya se había secado y que además le había limpiado el sudor con el otro lado —esperaba—. De cualquier forma, ella no tenía cómo saberlo y adoró el gesto atento.

—¿De qué quieres hablar, João?

—De nosotros dos —dijo él con la firmeza de un preadolescente que, en definitiva, se había convertido ya en un adolescente.

Él la tomó de la mano —como había hecho antes decenas de veces—, pero esa vez fue diferente para Ariane Narin. La chica lo siguió como una zombi, sin saber bien qué pensar ni cómo actuar. Estaba acostumbrada a hablar hasta por los codos, pero no sabía qué decir. No en ese momento. No sobre esos asuntos.

Él la llevó atrás de un pino y la colocó frente a él. Ambos quedaron en silencio de nuevo, mirándose, pero ya no era un silencio incómodo. Se trababa de un silencio... en particular excitante.

—Dime.

Ariane lo miró con aquellos benditos ojos muy abiertos que sólo ella sabía hacer. Él preguntó de nuevo:

—Dime, ¿es verdad?

—¿Qué?

—Que te gusto.

¡Újule! Ariane estaba preocupada de que João escuchara su corazón latiendo de esa manera locada.

—¡Claro que me gustas, João! ¡Qué idea!

—¡No! ¡Sin rollos, Ariane! ¡Ya te conozco! ¡Quiero saber si yo te gusto! Pero de verdad. Para no hacer el papel de idiota. No esta vez.

Él también estaba asustado. Ella podía verlo en sus ojos. Y para Ariane aquello era tan... lindo, que sintió ganas de llorar. Ciertamente que él no era ningún príncipe Axel Branford, pero ¡al diablo! ¡Ella tampoco era ninguna María Hanson!

—Yo... —intentó decir Ariane.

—Dijiste que soy lindo. ¡Me besaste en la cara y me lo dijiste!

¡Se acordaba! ¡Caramba, se acordaba! Ariane tenía ganas de salir corriendo, encontrar a una mejor amiga cualquiera y comenzar a gritar y a dar saltitos y agitar las manos como si estuvieran en llamas, contando todos los detalles de lo que todavía ocurría allí.

—No recuerdo bien qué me pasó en aquella catedral hace algún tiempo. No me acuerdo bien cómo fue exactamente, ¡pero sé que si hoy sigo vivo, es gracias a ti, Ariane! Y... es decir... eres muy importante para mí y necesito saber, ¿me entiendes?

Ariane tragó en seco. Respiró hondo y reunió el valor para decir:

—Tú... me gustas... Me gustas, João.

João estaba nervioso. ¡Nervioso, qué tonto! ¡Pero ahora tenía que llegar hasta el final, porque después de todo él era un hombre! ¡Ya tenía catorce años! Ya no era ese niño de trece... de mediados del año anterior. Incluso ya sabía qué le gustaba a las mujeres. Así, abrió el gastado chaleco y buscó en uno de los bolsillos interiores.

Abrió los ojos desesperado cuando no encontró nada. Calmándose, se dio cuenta de que estaba buscando en el bolsillo equivocado. Se sintió un idiota. Había ensayado aquello siete veces ese mismo día y a la mera hora se equivocaba de bolsillo. De cualquier forma, en cuanto buscó en el correcto sacó la «llave de oro» para aquel momento.

Entonces Ariane se puso morada, como si encarnara el dibujo de un corazón.

—¿Quieres ser mi novia, Ariane?

Esta vez la chica no aguantó y comenzó a llorar.

Es cierto que la flor estaba un poco marchita, pero ¡rayos!, ¿crees que a ella le importo? ¡Se sentía en las nubes! ¡Ariane Narin estaba en las nubes! Aquello era

perfecto; demasiado perfecto para que una niña de trece años no se derritiera como un bloque de hielo al sol.

—¡Sí quiero, sí! —respondió ella, con firmeza.

Siguieron mirándose. Él sonrió. Ella pensó que aquella sonrisa era maravillosa. Habían llegado al punto en que cualquier cosa que uno hiciera, el otro compartiría esa misma opinión.

Pero el silencio, por más sonrisas que hubiera entre ellos, comenzaba a hacerse demasiado largo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Ah, no sé... Creo que nos besamos, ¿no?

Ella asintió. La cuestión básica sólo era: ¿cómo, por el amor del Creador, se hacía eso? Ariane cerró los ojos e hizo con la boca un pico desmañado esperando por él. João, que también era el chico menos experimentado del mundo en esa situación, formó otro pico extraño y cerró los ojos con demasiada fuerza.

Ambos se aproximaron. Como los ojos estaban demasiado cerrados, equivocaron el blanco y acabaron pegando los labios en las comisuras de las bocas uno del otro.

El resultado fue... extraño.

—¿Qué te pareció? —preguntó él, rascándose la cabeza, un poco temeroso, pero también confuso.

—¡Ay, pues no sé! Como que creí que sería diferente.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

Ella asintió. Esta vez él dio en el blanco. Los labios quedaron unidos por un buen tiempo y después se despegaron.

—¿Y ahora? —preguntó él.

—Ah, mucho mejor, ¿no? ¡Al menos puedo decir que no tengo la boca virgen de besos largos!

—Pues...

—Y tú tampoco, ¿eh? ¡Yo sé!

João no supo qué decir. No es fácil para un muchacho de catorce años admitir una cosa así.

—Pero me gustó, ¿eh? —dijo ella—. No te preocupes. Todo lo que hiciste fue lindo.

Él sonrió, satisfecho. Y comenzó a sentirse más confiado.

—¿Estás lista para besar de lengua? —preguntó él, más animado.

Ariane se apartó con brusquedad.

—¡Eh!, calma, ¿de acuerdo, João? ¿Qué piensas que soy? —ella puso cara de enojo, ofendida—. ¿Acabas de pedirme que sea tu novia y ya me quieres besar de lengua? Soy una chica de respeto, ¿me estás escuchando?

Se volvió de espaldas y comenzó a andar con prisa de vuelta al sitio donde

montaban el palco de las caracterizaciones.

João Hanson se quedó allí, boquiabierto y estático, pensando si un día —sólo un único e inolvidable día— comprendería el pensamiento femenino.

Delante de él, sin que João alcanzara a verla, Ariane Narin sonreía. Sujetaba su rosa y las piernas seguían en busca de fortaleza. No había unicornios. No había ninfas. No había príncipes ni caballos blancos. Pero había magia. Por el resto de su vida, Ariane Narin recordaría aquellos momentos y vería magia en cada detalle.

Pues, para ella, esa era su gran epopeya.

Su máxima fantasía.

Su auténtico cuento de hadas.

Los dieciséis luchadores que representaban al Puño de Hierro estaban reunidos en el cuadrilátero.

Sus monarcas los observaban. Miles de personas de todos los rincones posibles del planeta también. Gente que había viajado por días, incluso semanas, para estar allí. En una plataforma, con un ingenioso sistema de soportes de placas, había dieciséis placas móviles con el nombre de cada reino y, debajo, el primer nombre de su representante.

El presidente de la Confederación Real de Pugilismo estaba de pie ante una mesa con el nombre de cada reino dentro de un vaso oscuro, vuelto hacia abajo. Esos vasos se dividían en dos grupos de ocho nombres. Durante el proceso, el presidente mezclaría los vasos y voltearía al azar dos de ellos. Las placas con los nombres elegidos serían colocadas y levantadas en el mecanismo, para que todo el público supiera quiénes serían los adversarios de una manera clara, a fin de evitar que acusaran a la confederación de beneficiar a algún luchador.

Un trompetista real comenzó a hacer sonar sus acordes, que silenciaron una parte de la algazara. Los tambores repercutieron e incluso los monarcas se agitaron, nerviosos por conocer a sus adversarios. El presidente comenzó a revolver cada uno de los ocho vasos. Se detuvo, volteó el primero, después el segundo, y alguien informó a otro más, que a su vez informó al personal de las placas. Luego se escuchó el primer griterío cuando subieron los nombres por los que los pugilistas se anunciaban en el cuadrilátero:

ALBIÓN X ORIÓN

Caradoc Menoto

Era interesante cómo, a partir del momento en que las placas eran levantadas, los sentimientos entre los monarcas se modificaban, aunque fueran aliados en cuestiones políticas. Aquel momento fue un ejemplo: bastó que las placas subieran para que el rey Oronte, de Albión, mirara al rey Acosta como si ambos fueran antiguos adversarios que verían en la arena a sus campeones trabarse en un duelo por la honra.

La segunda vuelta reveló una futura confrontación:

STALLIA X OFIR

Gilberto Ruggiero

En la arena, toda la atención se dirigía al luchador oriental. María observó mejor aquellos «ojos rasgados» que asustaban a Axel y sintió que se le erizaba la piel. Reparó en el color de la piel, más dorada de lo normal, y no supo si sentirse asustada o fascinada con aquel hombre misterioso. Alrededor, el pueblo aplaudió sin mucho entusiasmo.

Se revelaron los siguientes oponentes:

MOSQUETE X ARAGÓN

Hartas Dimitri

Una vez más sonaron aplausos, pero sin el entusiasmo esperado, debido a la gran masa, sobre todo local. Poco se escuchaba de los fanfarrones de Mosquete, conocidos por el barullo y las excentricidades en su forma de ser. Alrededor, entre aquella multitud, de cada tres frases una llevaba el nombre «Arzallum» o «Minotaurus».

En el cuadrilátero, Axel se movía de pura ansiedad. En las graderías, Anisio tenía un tic nervioso en una de las piernas.

La cuarta vuelta fue anunciada tras el rugido de los tambores:

RÖOK X URUK

Giott Devlin

La locura se apoderó del pueblo, que aplaudió con la certeza de que aquella sería una de las luchas más destructivas de la primera fase. El rey Collen, de Tagwood, observó al rey-bestia, y rogó que sus luchadores se cruzaran.

Entonces toda la arena tembló. Ese temblor provenía tanto de los gritos eufóricos

como de la intensidad tan fuerte de los abucheos provenientes de la mayoría. La sonrisa despreocupada de Victon Ferrabrás demostraba quién había sido anunciado:

MINOTAUROS X TAGWOOD

Radamisto Etto

Axel observó al pugilista de Minotaurus: era aquel tipo inmenso con la cicatriz desde la frente hasta la nariz, el cual también era el campeón de Ferrabrás. El gigante blanco caminaba hasta el centro de la arena con los brazos levantados, forzando los músculos para dar imagen aterradora. El luchador de Tagwood, un pugilista que casi frisaba los treinta, intentaba demostrar la misma seguridad, pero era notorio que sudaba frío ante la visión del adversario.

Axel se cuestionó si sería capaz de vencer a aquel gigantón. Pero la duda de ese pensamiento fue interrumpida porque esa vez, buen oyente, ¡ah!, esa vez sí que parecía que la Arena de Vidrio se quebraría —¡al fin! ese es el motivo del nombre—. Los pies del público se agitaban y golpeaban el suelo. Las personas se desgañitaban hasta perder la voz. El rey Anisio aplaudió con una sonrisa triunfante en el rostro. Y entre aquella onda de griterío que impedía pensar, incluso Axel se divirtió con lo que vio. El corazón se le fue a la boca debido a la adrenalina. Parecía que María Hanson se desmayaría de los nervios.

En lo alto se anunciaba ya al adversario de Arzallum.

La manzana aún tenía el cuchillo afilado encima. Liriel seguía con los brazos encadenados, pero esta vez al frente, en el regazo.

—¡Concéntrate... y mueve la manzana! —dijo Galford, a su lado.

Liriel inspiró a fondo, se concentró en la fruta y se esforzó. Aquello era difícil. Nunca había intentado algo tan específico de esa manera. La fruta tembló, y asimismo tembló la lámina encima de ella.

Liriel suspiró y todo volvió a la normalidad.

—Otra vez.

—Yo...

—¡Otra vez!

Ella inspiró y se esforzó. Intentar hacer eso de manera tan específica parecía tener un precio. Era como si un objeto puntiagudo se le enterrara en la cabeza, como si alguien intentara perforarle la frente desde adentro. Aquello dolía.

La manzana tembló... y tembló... y tembló...

—Eso... lastima.

—¡Vamos, Gabbiani! —gritó irritado Galford—. ¡Deja de hacerte la débil y mueve la porquería de... manzana!

Liriel, que ya se encontraba estresada, se sentía tan harta y furiosa con aquel sujeto antipático que le gritaba en el oído, que la había forzado con tanta presión, ignorando el dolor que acompañaba al acto. El resultado fue una manzana y una lámina volando en diferentes direcciones, con una energía cinética inexplicable. La manzana voló hacia Liriel y le acertó en el pecho con la violencia de una pedrada. Y el cuchillo voló, girando como una sierra, en dirección a Snail Galford, que se hizo a un lado mientras la afilada lámina le rasgaba una parte del hombro y se clavaba en la pared de atrás.

—Hija de... tu madre.

Liriel sudaba, jadeante y nerviosa, mientras la observaba un sujeto asustado, con

los ojos muy abiertos y la mano en una herida sangrante en el hombro.

—Quiero parar. Me quiero ir —dijo ella, casi llorando.

—No. No puedes. Tienes que aprender.

—¿Por qué? Todavía no entiendo por qué.

—Porque sin ti no lo lograré.

—¿Por qué deseas tanto revivir esa sociedad secreta, tú, chusma? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Porque él dependerá de nosotros.

—¿Quién es «él»? —preguntó ella.

Snail Galford se levantó y fue hasta la lámina clavada en la pared. Con cierto esfuerzo, dificultado por el dolor en el hombro lastimado, arrancó el cuchillo y fue hacia ella.

—¿Quién es él? —repitió ella.

—Esa respuesta no importa ahora. Lo que importa en este momento es lo que debemos hacer para llegar a él.

Él tomó la fruta del suelo. Fue hasta el banco y volvió a colocar otra vez la manzana y la lámina encima de ella. La sangre le escurría del hombro y ella se impresionó con la forma en que él ignoraba, o fingía ignorar, el dolor.

—Pero no compren...

—Otra vez.

Una flecha partió del arco de Robert de Locksley y se clavó en el trasero de un soldado de Minotaurus.

Para diversión general, la flecha tenía una punta de madera, y tanto Robert de Locksley como el pobre soldado no contaban con más de catorce años. El ambiente era de risas en general. En ese instante el soldado «herido» regresaba al escenario para recibir los aplausos de un público adolescente, que se divertía como nunca aquella tarde.

—Locksley es lo máximo, ¿no, João?

—¿Más que el príncipe Axel? —preguntó él, sin rastros de aquellos celos que había sentido un año antes, o al menos sin tantos rastros. Era como si ahora que Ariane Narin era su novia, el príncipe ya no fuera un competidor, aunque esa disputa nunca hubiera ocurrido más que en la cabeza del muchacho.

—Ah —también era impresionante aquel cambio. Hacía un año Ariane Narin habría respondido, por pura provocación: «Claro que no, ¿eh, tonto? Nadie lo es», a sabiendas de que eso sacaría al joven Hanson de sus casillas. Pero en esas circunstancias, por increíble que parezca, ella dijo—: Menos que tú.

João Hanson no alcanzaba a comprender si era posible que la alegría que existía dentro de él cupiera en un cuerpo humano. Él estaba de la mano —¿alguien escuchó? —, ¡de la mano de Ariane Narin, y no como amigo! Él observaba los alrededores y sonreía con orgullo a cualquiera que los mirara a ambos.

Sería mentira decir que ella no hacía lo mismo.

En el patio de la Arena de Vidrio se presentaban las caracterizaciones. En lo alto del escenario, la maestra de ceremonias preguntaba a quién del público le gustaría ser el siguiente. Un muchachillo de no más de diez años, vestido como Axel Branford, subió al escenario, adoptó la pose de combate del príncipe, imitó algunos golpes, saludó al público y salió en medio de los aplausos.

En seguida subió al palco un par de chamacos, que fue ovacionado antes incluso

de presentarse. No era para menos: se habían tomado tanto trabajo con ese disfraz, que merecían el premio. Se presentaron uno sentado en el hombro del otro, y el disfraz los cubría a ambos.

—¡Caramba, mira eso! ¡Ya ganó! ¡Ya ganó! —gritaba Ariane.

Mientras el de abajo caminaba con todo cuidado, sin ver bien a dónde se dirigía, el de encima movía los brazos de una manera medio truculenta, lo que volvía cómica la escena. El detalle de la ropa noble, pero al mismo tiempo un poco sucia y apretada; la máscara con la cabeza achatada; el poco cabello detrás de la nuca; los ojos hechos con fondo de botellas, los dientes protuberantes que se salían de la boca, hasta las sandalias en los dedos, ¡todo aquello era muy gracioso!

Esos niños eran una perfecta caricatura del trol Muralla, seguridad personal de Axel Branford. Si el propio príncipe estuviera allí, con certeza estaría rodando en el suelo de risa ante aquella parodia. Y la representación terminaba con una especie de muñeco dentro de un carrito de mano con un poco de heno y —con todo cuidado y sincronía— el «trol» bajando y sacando del heno, con un único dedo, al muñeco de tela vestido con un tirante improvisado.

El muñeco tenía un gran cartel donde se leía: JOÃO HANSON.

Las carcajadas fueron generales, mientras todos señalaban a João, que levantó la mano. Ariane, que recordaba bien aquella escena durante el inolvidable primer encuentro de Axel y María, reía tanto que abrazó a su novio en consideración.

João adoró que todo el mundo viera eso.

Los chamacos se quitaron el disfraz y fueron aclamados por el público. Eran dos hermanos gemelos, llamados Albarus y Andreos Darin, de no más de trece años. Albarus pertenecía al mismo grupo de João en la Escuela Real del Saber; Andreos, al mismo grupo en las clases de ajedrez. Ambos habían escuchado del propio João cómo el muchacho había descubierto que su hermana salía con el príncipe del reino, una cómica historia que, es obvio, corrió con rapidez entre los demás adolescentes.

La presentadora Simony, una joven de más o menos veinticinco años, preguntó si alguien participaría ese día o, de lo contrario, entregaría el premio al mejor disfraz a los gemelos, después de tamaña aclamación.

—¡Nosotros! —dijo una voz que atrajo la atención.

Como todos, João y Ariane miraron en esa dirección. Y sus expresiones se cerraron.

Héctor Farmer subió al escenario con otros dos. La sonrisa canallesca de ese tipo no era una buena señal.

—Odio a ese tipo —dijo Ariane.

—Calma. Puede ser que todo quede en nada.

—¡Qué en nada ni qué ocho cuartos! —dijo ella, rabiosa, como si João fuera el culpable de que el otro muchacho se subiera al escenario—. ¡El año pasado se vistió

de mujer, se puso una caperuza blanca e hizo que el amigo de él le aventara jugo rojo en el escenario! Caray, ¿sabes cómo me sentí? ¡Deberían prohibirle participar de nuevo!

—Yo sé —dijo João.

En otros años había visto al muchacho presentando una versión del propio João corriendo desde la Casa de los Dulces con aspavientos afeminados, mientras que otro, vestido de mujer, imitaba una versión obesa de su hermana corriendo y regresando a la casa a cada momento para llenarse los bolsillos con más dulces, en tanto que un tercero representaba a una bruja que no sabía qué hacer e intentaba echarla como a una perra.

Allí estaban los tres. Era obvio que Héctor Farmer iba vestido como Axel Branford. Su compañero, un hijo de familia de buena clase llamado Paulo Costard, llevaba una peluca y, como se puso diversos rellenos en la ropa para simular una gran barriga de donde sacaba todo el tiempo un dulce de algún bolsillo, daba a entender que se trataba de una tosca versión de María Hanson. El tercero se quedó allí cerca, sin que se supiera bien por qué.

—¡Ahora subiré a darle de golpes a todo el mundo! —dijo João, intentando zafarse de Ariane.

—¡No, João! ¡No lo hagas! ¡Te rebajarías a su nivel!

Albarus y Andreos percibieron la agitación de João, al igual que la mitad del público, que no simpatizaba con aquello. Sin embargo, la otra mitad, a la que no le importaba y adoraba las humillaciones públicas, entró en el juego. El tercero ayudó al que estaba vestido de María y le puso un cartel en el pecho que decía: VIRGEN.

Al principio el público se rio bastante.

El tercero estiró un lienzo oscuro en el suelo, frente a los otros dos disfrazados, que fingían estar acostados observando las estrellas, con actuaciones muy teatrales:

—Ay... ay... —dijo Paulo, disfrazado de María Hanson, forzando una exagerada voz aguda—. Aaxel, eres tan fuerte y bonito y rico y romántico...

—Y aún no has visto naaada —dijo Héctor Farmer, forzando la voz para que sonara exageradamente grave.

Una parte del público rio.

—Ay... ay... Axel, ¿para qué sirve esa boca tan grande?

—Para besarte.

Se escucharon risas. Ariane apretó los dientes con rabia.

—Ay, ¿para qué sirven esos brazos tan grandes?

—Para llevarte en mi regazo.

Más risas.

—¿Para qué sirven esos músculos tan grandes en tu abdomen?

—Para que laves la ropa.

Más y más risas.

—¿Y para qué sirve ese...?

—¡Para eso mismo!

El tercer integrante en el escenario levantó el lienzo oscuro y ocultó a los otros dos de la vista del público. Héctor Farmer y Paulo Costard comenzaron a agitar el lienzo mientras gritaban:

—¡Ay! ¿Qué es eso? ¡Ay, Axel, yo soy pura e inocente...! ¡No! ¡Para! ¡No...! ¡Para...! ¡No pares, Axel, no pares! ¡Ay, qué locuura!

Buena parte del público deliraba, hasta que las risas se volvieron carcajadas. Al mismo tiempo en que ambos fingían revolcarse detrás del lienzo, lanzaban cosas fuera del escenario, como los dulces, los rellenos de «María Hanson» y, claro, por último, el letrero de VIRGEN.

João seguía temblando, con cara de furia. Ariane le acarició el brazo, intentando calmarlo.

El número terminó con el lienzo aún levantado, de donde se escuchó la voz de Héctor Farmer:

—¿Y...? ¿Te gustó?

—Ay, Axel... —se escuchó la voz forzada del otro muchacho—. Sí, me gustó.

Y el lienzo oscuro cayó, revelando a la «muchacha» poniéndose la mano en la cintura y diciendo:

—¡Sólo así puedo adelgazar!

Una parte del público comenzó a reír e incluso a aplaudir. Otra parte, la menor, consideró de mal gusto el número con María Hanson, que tenía fama de hija de familia y de respeto como nueva profesora.

—Ese tipo...

—João, el secreto es no engancharte. Si no, las personas comenzarán a recordar y...

—¡Ariane, el tipo se está metiendo con la honra de mi hermana! ¡Y todavía se burla de mi novia! ¿Sabes qué es eso para un... hombre? ¿Ver una cosa de esas en público? ¡Tengo la obligación de hacer algo!

—No te preocupes, João —y una mano se posó en el hombro del muchacho; este se volvió y vio a Albarus—. Ese tipo es un idiota. Pero no caigas —y el muchacho le mostró a João al hermano Andreos esperando en otro lado—. Ahora viene la revancha.

Axel estaba sentado en el vestidor de los luchadores. William Gamewell, el pugilista de Cáliz, se sentó a su lado, secándose el cabello con una toalla.

—Dime la verdad, ¿cuánto le pagaste a los jueces para que te dieran al más malo de la competencia?

Axel rio.

—Yo no menosprecio a mis adversarios.

—¡Ay, cálmate! ¿«Brëe»? Voy a repetir: ¿«Brëe»? Parece una broma.

—¡Eh, tú enfrentarás al pugilista de Gordio! Allá tampoco es muy fuerte la tradición del pugilismo.

—¡Está bien, pero los pugilistas de Gordio no escriben poemas! ¡En Brëe practican el pugilismo en su tiempo libre, tal vez entre el té de las cinco!

—No seas malvado.

William sonrió. Y suspiró:

—Qué loco, ¿no?

—¿Qué?

—La tensión y todo eso. Digo, allá adentro. ¿Viste la locura que se desató cuando anunciaron tu nombre? ¡La arena tembló, literalmente!

—Sí. Con aquel público gritando, todo el entrenamiento te pasa por la cabeza. La gente se vuelve... ¡Qué sé yo, un...!

—Instrumento.

—¿«Instrumento»?

—De algo más grande.

—¿Dices «más grande» en el sentido de los ideales?

—Hablo en el sentido de «más grande que nosotros».

—¿Sabes? Entendería mejor tu punto de vista si fuéramos... Qué sé yo: como los tipos de Brëe: artistas.

—¿Y no lo somos?

—¿Las personas embrutecidas pueden ser consideradas artistas?

—Depende del motivo.

—¿El motivo por el que se embrutecieron?

—El motivo por el cual se dedica una vida a eso.

Axel reflexionó sobre el asunto. Y preguntó:

—Existen los artistas marciales, ¿no?

—Sí, existen.

—Pero, por lo que me dijeron, existe toda una filosofía detrás de las artes que ellos practican.

—También detrás del pugilismo de Nueva Éter. Sólo que no la conoces.

—¿Y tú la conoces?

—Qué diera por hacerlo. Para eso necesito un maestro. Pero uno verdadero. De esos que no se sabe ya dónde encontrar.

—¿Pero has visto alguna vez a un artista marcial practicando su arte?

—Sí, en Stallia. Un discípulo de Locksley...

—¿Locksley es un maestro marcial? —había mucha sorpresa en los ojos del príncipe.

—Sí. En arquería. Uno de los últimos vivos.

—¿Entonces es posible que exista una filosofía espiritual detrás de un arco y una flecha?

—Mucho más de lo que imaginas.

—¿Cómo puede haber tanto contenido detrás de un acto tan simple como tirar una flecha?

—¿Acaso has visto regresar una flecha?

Axel se quedó callado.

—Pensar en eso te hace respetar cada flecha que lanzas en tu vida. Y más que eso: te hace entender toda la responsabilidad que siempre entrañará la elección de lanzarla.

El joven Albarus Darin había subido al escenario, junto con su hermano Andreos y la joven Taruga (simpática abreviatura de «tortuga»), una de las integrantes del club de admiradoras que Ariane creó para Axel Branford y que, últimamente, después de María Hanson, era la mejor amiga de la muchacha. Como los tres estaban reunidos en círculo en el centro, mientras el público aguardaba, era fácil percibir que estaban concibiendo su número en ese mismo momento.

Albarus y Andreos se quitaron la camisa y algunas chicas gritaron en broma. Albarus comenzó a caminar por el escenario de manera caricaturesca, fingiendo exhibir los músculos que no tenía. Mientras tanto, Andreos se amarraba ataduras improvisadas en las manos, prestadas por el niño que se había presentado como el príncipe Axel.

—¡Eh, gente, aplaudan! —y Albarus comenzó a llamar al público de adolescentes. Lo más increíble es que este le respondió. João y Ariane se miraron, fascinados ante el carisma de esos dos.

—¡Oye... esos dos son dos artistas natos! —dijo João.

—Y un día los veremos en la Majestad...

Cuando todo el público comenzó a aplaudir al ritmo cadencioso y acelerado que Albarus había pedido, el muchacho empezó a entonar un poema improvisado, pero a un ritmo que nadie, pero en verdad nadie, había visto jamás en ningún lugar de Nueva Éter:

—¡Yo soy Héctor Farmer! ¡Y meto porrazos! ¡Y doy porrazos! ¡Y lanzo porrazos! ¡Sólo ando con la banda y nos gusta a los tontos moler! ¡Pero cuando estoy solo, no sé que es una mujer!

La locura. En definitiva el público había entrado en la locura total con lo que estaba presenciando. Todos comenzaron a gritar y a señalar a Héctor Farmer, que perdió el color. Cuando el público dejó de gritar, Andreos prosiguió con el poema rimado, dictado por las palmas constantes del público, pero esta vez acelerando cada

vez más la pronunciación de las frases:

—¡Yo soy João Hanson, y aquí hay algo que no se ajusta! ¡Escapé de la Casa de los Dulces, pero ese tipo me asusta! ¡Creo que porque él es más feo que aquella bruja!

El público volvió a gritar. Aquello era tan contagioso, que todos comenzaron a bailar con el mismo ritmo marcado por sus palmas. Andreos volvió a cantar, señalando a Paulo Costard, que había representado el papel de «María Hanson» minutos antes:

—¡Aquel es Paulito, y Paulito es un tipo malo, si le quitas el palo a Paulito, Paulito se queda sin palo! ¡Si Paulito agarra un palo, se volverá muy malo! ¡Paulito te pega y te azota que ni a un animal! ¡Pero si le quitas el palo a Paulito, Paulito se siente mal!

El público estalló en carcajadas. Era tanta la algarabía, que incluso llamó la atención de los adultos que paseaban fuera de las graderías, los cuales corrieron a ver lo que ocurría.

—¡No entiendo de pegar, ni entiendo de dar porrazos! ¡Porque, en mi cabeza, atacar al débil es cosa de fracaso! ¡A nadie humillo para presumir ante la mujerada! ¡El tipo intenta humillarme, pero no consigue ni una enamorada!

Los muchachos comenzaron a lanzar gritos de «¡Yaaa!» y «¡Uuuhhh!» dirigidos a Héctor Farmer y su grupo. Aquella era una rima del todo pobre para los estándares de la poesía erudita, pero ¿a quién allí le gustaría escuchar poesía erudita? Andreos volvió a representar a «Héctor Farmer», acortando la rima esta vez para hacer una entrada para Albarus «João Hanson»:

—¡Escucha aquí, chamaco, sólo hablas de lo que dicen! ¡Pero sólo para que lo sepas: yo ya no soy una boca virgen!

—¡Ese tipo totalmente aún no entendió cómo es! ¡Cuando hablé de besar, estaba hablando de mujer!

El público volvió a berrear como nunca. Aquella masacre pública de Héctor Farmer era mejor que un combate de pugilismo. En el escenario, Andreos imitó a un orangután que se dirigía hacia João Hanson:

—Es mejor parar esto; ¡no es bueno para tu salud!

Albarus abrió los brazos, señalando al público, con cara despreocupada:

—¡Habló para ustedes, el Mariquita Cute-Cute!

El público comenzó a golpear con los pies en éxtasis. Aquello parecía más una versión en pequeño de la multitud que abarrotaba la arena propiamente dicha, la cual hacía poco también se había estremecido. João y Ariane se tapaban la boca y se enjugaban las lágrimas de tanto reír.

Entonces Andreos y Albarus Darin quedaron frente a frente, como si fueran pugilistas. Y mientras el público todavía aplaudía con ese ritmo cadencioso de las

palmas, escucharon a la igualmente joven Taruga decir lo más alto que podía, parodiando a su amiga Ariane:

—¡Eeeh! ¿Quién está adentro? ¿Y quién está afuera? ¡Entonces, díganmeee: díganme lo que ellos harán ahora!

Y el público de adolescentes (y algunos adultos también) gritó en respuesta:

—¡Boxe... boxe... boxing!

Los chicos simularon el primer golpe. Andreos exageró el dolor de su «Héctor Farmer», agitando la muñeca y soplándose las manos.

—¡Boxe... boxe... boxing!

El segundo golpe. Andreos agitaba la mano como si estuviera en llamas.

—¡Boxe... boxe... boxing!

El tercer golpe. Andreos cayó de rodillas, simulando el llanto exagerado de un niño. El público aplaudía de pie, como si en verdad acabara de presenciar el combate. «Héctor Farmer» hacía tantas muecas con los ojos abiertos, que más parecía un puerco con los sonidos que emitía. Albarus, paseando por el escenario como el victorioso «João Hanson», tomó distancia, corrió y se lanzó al público. Decenas de brazos evitaron por poco su caída y lo devolvieron hacia las alturas varias veces. El público gritaba tanto «¡Ya ganó!», que nadie más les quitaría el premio a aquellos dos.

Y cuando el muchacho regresó al escenario y saludó al público, junto a su hermano y la sensible Taruga, señaló a la pareja en medio del público y dijo, delante de un Héctor Farmer rojo de rabia:

—¡Señoras y señoras: João Hanson y Ariane Narin!

Y todos se volvieron hacia ellos y les aplaudieron. Fuerte, como si las antiguas «aberraciones» de aquella ciudad, de repente, se hubieran convertido en un símbolo de orgullo y simpatía.

Ariane Narin se preguntó si había en el mundo alguna persona más feliz que la persona que era ella en ese instante.

Y João sintió miedo de aquello, pues había aprendido en propia piel, hasta la médula, que cuando la vida otorga a un ser humano una felicidad tan plena como la que vivía en ese momento, es porque más adelante exigirá un alto precio a cambio.

El joven Hanson aún no tenía cómo saberlo, pero estaba en lo cierto.

Los portones crujieron cuando los pestillos se deslizaron. Había dos guardias, seguidos por otros tres. Al frente de todos ellos iba otro más, con los suficientes manojos de llaves para confundir a un hombre sobrio, el cual iba abriendo otros portones ruidosos entre corredores claustrofóbicos y de poca iluminación. El hombre que estaba entre los uniformados debería haber estado esposado por los pies. Pero no lo estaba. Debería haber estado esposado por las muñecas. Pero tampoco lo estaba.

Era un personaje alto, que frisaba los cuarenta años, con una barba crecida y grandes ojeras. Aun así daba la impresión de mantener algo parecido a una sonrisa en el rostro. Sus músculos estaban extremadamente adoloridos, pero caminaba sin demostrar el dolor. Sus heridas le ardían, sobre todo en la espalda, y aún así se rehusaba a doblar su postura aunque fuera un poco.

Los guardias que lo acompañaban pasaban por momentos de conflicto en aquella última caminata. Cada corredor, cada celda por donde cruzaban resonaba con el nombre de aquel prisionero. Y ellos debían impedir y silenciar aquellos gritos.

Pero no los impedían. Ni los silenciaban.

Algunos de los propios guardias tenían el nombre de ese prisionero tatuado en alguna parte del tronco, cubierta por el uniforme. Otros habían leído réplicas de algunos de sus discursos. Los más antiguos habían contado algunos de sus hechos a las nuevas generaciones. Todos conocían la historia. Y ninguno de ellos sabía decir si su corazón quería combatirlo o aliarse con su lucha.

Aun así, caminaban. Caminaban a su lado. Caminaban con él entre ellos. Caminaban con pasos constantes en dirección al último portón. Unos metros antes del final, le entregaron un saco con las pertenencias con que había llegado a ese lugar: tan sólo una muda de ropa y un cordón compuesto por una punta de flecha.

Al fondo aún era posible escuchar los aplausos de los prisioneros. Y los gritos con su nombre. Golpeaban las rejas. Pisaban firme en el suelo. Y aunque sus cuerpos permanecieran detrás de aquellas rejas, ellos lloraban. Porque sus espíritus volaban

libres, junto con aquel hombre, otorgados por propia voluntad.

Al final eso era aquel hombre: un coleccionista de espíritus.

Y cuando se abrió el último portón, cuando se dieron los primeros pasos hacia afuera, muchos espíritus caminaron junto a él y se volvieron libres con él. Nuevamente se volvieron libres con él. Porque los espíritus viven de los ideales. Y aquel hombre representaba el mayor ideal para un ser humano.

Fue por eso que, cuando partió, los aplausos continuaban escuchándose detrás de él. Y los llantos. Y los gritos.

Aquellos gritos que lo llamaban como si tocaran su hombro, mientras decían su nombre.

Locksley.

Acto 2



Corazones de hielo



Axel Branford despertó más temprano que muchos criados del Gran Palacio aquel día. En ese instante estaba en su propio territorio, aporreando a un muñeco de madera al que adoraba golpear en el recinto transformado en centro de entrenamiento. Escuchó pasos que entraban. Pero no interrumpió su calentamiento.

—Deberías ahorrar energía. Puede ser que la necesites más tarde.

Axel interrumpió los golpes y volteó. Ya sudaba bastante. Ante él, observándolo, estaba el luchador del reino de Fuerte.

—William...

—Will.

Axel hizo un movimiento de cabeza que parecía expresar un «lo que sea». Se preparó para reiniciar sus ejercicios, pero frenó sus movimientos. Y desistió.

—Eh... —dijo, suspirando—. ¡Creo que puedes tener razón, Will!

—Estás nervioso, ¿no? Tienes todos los motivos del mundo para estarlo.

—¿Y tú no?

—También. Pero menos que tú.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Yo tengo menos que perder.

Axel pensó que el comentario era curioso. Tomó una toalla y se secó los cabellos.

—Pensé que, como representante de Fuerte, estarías más motivado.

—Y lo estoy. Pero mis responsabilidades son menores que las tuyas.

—¿Porque soy un príncipe?

—Porque eres una nación.

—¿Y acaso tú no deberías serlo también?

—No. Porque yo represento a mi nación en un mero torneo de pugilismo.

—¿Y yo?

—Tú eres una bandera viva en un simulacro de lo que puede llegar a ser la primera guerra de proporciones mundiales.

Axel se mantuvo en silencio.

—Tú, Axel, darás al mundo una vista previa de aquel que será el gobernante de este continente durante la próxima era. Definirás la moral de tu pueblo. O fracasarás en forma estruendosa. Y así hundirás a Arzallum contigo o tendrás un éxito increíble. Y así le dirás al mundo que Arzallum todavía lidera a las naciones.

Axel aún se mantenía en silencio.

—Y entonces, Branford, ¿cuál será el destino de Arzallum en la nueva era?

Axel juraba que deseaba contestar la pregunta. Pero no sabía la respuesta.

Ariane despertó sudando. Estaba un poco temblorosa, incluso estremecida. Su madre había entrado al cuarto al sentir la agitación de la hija y en ese momento se sentaba a su lado.

—¿Otro sueño? —preguntó la madre.

—Otro.

—¿Y cómo fue?

—Aterrador.

—Cuéntame.

—Había... había un hombre y una espada... mística, ¿sabes? ¡Y el tipo cabalgaba en una especie de lagarto verde que recordaba a un dragón!

—¿Era un hombre malo?

—No. Él combatía a un montón de gente-monstruo, y a un rey, creo que era un rey, pero sin piel.

—¿Un rey sin piel?

—¡Sí! Sólo tenía un poco de piel, pero podías ver su... «esqueleto», ¿sabes? ¡Y tenía unas cosas que volaban, como aquella que vimos ayer! ¡Y un castillo sombrío edificado por grandes piedras en forma de calavera! El puente hacía un ruido horrible, y cuando se abría, el portón parecía una... «boca», ¿me entiendes? Parecía que se comía nuestra alma, ¿sabes? ¡Muy siniestro!

—¿Entraste en el castillo?

—Sí, lo hice.

—¿Y qué había allí?

—Había una bruja muy bonita, que parecía un hada de Nueva Éter. Pero ella no era sólo humana...

—¿Por qué?

—Era «medio» humana, ¿me entiendes?

—No.

—Es que ella era mitad humana... y mitad águila. ¿Es muy loco eso?

—No importa.

—Puede ser que ella sólo estuviera vestida de águila, ¿sabes? Pero... bueno... era un sueño, ¿no? ¿Entonces cómo voy a saber? Sólo sé que ella me vio —la voz tembló—. ¡Ella me vio, madre! ¿Me entiendes? ¡Sabía que yo estaba allí!

La madre no comentó nada.

—¿Qué podría ser todo eso, madre?

Anna Narin continuó en silencio. Creía conocer la respuesta. Y en realidad la sabía. Pero no sería ella quien se la diera a Ariane Narin.

No, no en ese momento ni de esa forma.

Tal vez en poco tiempo, incluso en otra ocasión. Tal vez de otra manera. Pero ciertamente no sería ella quien le explicara aquello.

Sería la otra.

El cuchillo encima de la manzana giró varias veces y cayó al suelo, mientras que la fruta era atraída hacia Liriel Gabbiani. Esta vez la joven estaba sentada, mas no atada. Esta vez tenía el libre albedrío para continuar o no con todo aquello, y por más que no quisiera, continuaba allí.

Tomó la manzana en el aire, la cual había venido hasta ella.

—¿Satisfecho, cabezón? —preguntó con demasiado buen humor para el momento.

—No —respondió él, más malhumorado de lo que se esperaría—. No logras hacerlo mejor.

—No, no lo logro.

—Pero lo conseguirás.

—¿Cómo sabes?

—Porque lo necesitas.

Liriel hizo una cara de disgusto y cambió de postura en la silla.

—Porque él lo necesitará, ¿no?

—Sí.

—¿Y quién es «él»?

—Ya lo sabrás.

—Pues mientras no me digas su nombre, no haré nada.

Irritado, Snail dio un puñetazo en la pared, lo que la hizo dar un brinco y erizarse. Lo observó con los ojos abiertos de espanto. En verdad parecía furioso, pero no dijo nada. Miró hacia otro lado. Parecía más pensativo que de costumbre respecto de si debería contarle o no.

Hubo un silencio. Y entonces habló:

—Está bien, te lo diré.

Y Snail Galford le dijo al fin a Liriel Gabbiani el nombre de «aquel».

Tras comprender de qué estaba por formar parte, ella no sólo volvió a

concentrarse más de lo que creía posible, sino que comenzó a dar lo máximo, pero en verdad lo máximo de sí a cada nuevo intento.

João Hanson ayudaba a su hermana a limpiar la casa, pero su mente no estaba allí. Él barría con una vieja escoba mientras ella usaba un balde para limpiar algunos objetos de barro que servían de platos a la familia, con un tocado improvisado en los cabellos.

Por primera vez en su vida, João barría con una sonrisa tan grande en el rostro que casi no cabía en ella e incluso se lo deformaba. Sin embargo, movía la escoba de una manera extraña, así que parecía todo menos una persona que pretendiera barrer algo.

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, una finta, abajo, derecha —decía para sí mismo, casi en trance. Y después volvía a comenzar—: Izquierda, derecha, izquierda, derecha...

—¿Qué es eso, João? —María ya no aguantó más seguir mirando la escena sin saber su significado.

João pareció salir de un trance.

—¿Qué, muchacha?

—¿Qué es eso que cuentas de «izquierda para allá», «derecha para acá»? ¿Ahora estás tomando clases de baile?

João pareció incómodo. María podría haber jurado que incluso se sonrojó.

—¡No, rayos! Es de la clase de... ajedrez.

—¿Jugadas de tablero? —el ajedrez de Nueva Éter involucraba simulacros de guerra en un tablero y jugadas de dados ocultas. De vez en cuando un jugador podía avanzar menos casillas de lo que su jugada de dados permitía. Esa jugada se llamaba una «finta».

—Más o menos...

—Es impresionante cómo siempre te gustaron esos simulacros de guerra, ¿no? Los niños de Andreanne suelen fascinarse con la historia de Primo Branford. Tú eras el único que siempre se interesaba mucho más por la de Arthur Pendragon.

—Sí, me gusta. Un día me volveré caballero.

—Siempre te apoyaré en tus sueños, João. Lástima que la caballería sea para nobles.

—Tú eres una plebeya y estás enamorando a un príncipe...

María siguió mirándolo, sorprendida por la respuesta inteligente. Aun así João parecía estar en cualquier lugar del mundo menos en aquella casa, barriendo aquel piso. Y ella tenía una idea del motivo.

—Hoy parece estar muy feliz, ¿no?

Él siguió sonriendo. Sabía que ella no aguantaría y le preguntaría de nuevo, esta vez en una forma un poco más directa.

—¿Y no me vas a decir por qué? —ella incluso dejó lo que estaba enjuagando, para ver si él le prestaba atención.

Él siguió sonriendo. Sabía que ella misma respondería a su pregunta.

—Hablaste con ella, ¿no?

Él dejó de barrer y la miró. Se mordió los labios en un intento de evitar otra sonrisa. Pero no pudo. De nada servía esconder aquello. Porque él no quería esconderlo.

—Sí.

María abrió mucho los ojos y soltó todo. Se secó las manos y se aproximó a él, como si le hubiera sido revelada la mayor noticia del mundo. Una noticia, por cierto, que ella misma ya había deducido.

—¡Caramba, chico! ¡Cuéntame! ¿Cómo fue?

João volvió a barrer como si aquello no tuviera gran importancia para ninguno de los dos.

—¡Ah, muchacha! ¡Cuida de tu vida, que yo cuidaré de la mía!

—¡João Hanson! —dijo ella con la autoridad de una hermana mayor—. Debes contarme todo. ¡Ahora!

—Eh... —a él le hizo gracia—. ¡Yo no me meto en tus cosas con el principito!

A ella no le hizo ninguna gracia. Era el apodo que él usaba, como fruto de los celos, desde hacía ya un año para referirse a Axel.

—¡Pero claro que te metes! ¿O ya te olvidaste de la vergüenza que me hiciste pasar en nuestra primera cita?

João se mordió los labios. Rayos, qué... infantil había sido un año atrás.

—Es cierto. ¡Pero sólo esa vez, para compensar!

—¿Y entonces? ¿Entonces? ¿Dónde hablaste con ella? ¿En la puerta de su casa, en la plaza o...?

—En la arena. Detrás de un pino.

—¿Un pino? Qué perfecto.

—¿Por qué?

—Por lo que leí. Los pinos simbolizan la fe y la esperanza, además de servir como metáfora para el «árbol de la vida». En algunos lugares les dicen «siempre verde».

—Si tú lo dices, cabezona.

—¡Pero termina de contarme! —reclamó María, como si no fuera ella misma la que lo había interrumpido—. ¿Y entonces? ¿Le dijiste que fuera allí?

—No. ¡La tomé de la mano y la llevé personalmente!

María hizo la sonrisa deliciosa que las mujeres conocen ante el valor de esos detalles en tales situaciones, para ellas dos veces más importantes que para los muchachos, que se concentran en otros detalles.

—¿Y ella?

—Se veía nerviosa.

—¿Y tú?

—¿Yo? No.

—¡Joãooo!

—Mucho. ¡No sé si estuve más nervioso en mi vida ante la bruja caníbal o delante de ella!

—¡Qué comparación tan horrorosa, João!

—Bueno, si no quieres oír, mejor vuelvo a barrer.

—¡No seas malo, *Joãocito!*

—¡Está bien, metiche! Primero le limpié la cara con mi pañuelo. ¡Luego saqué una rosa de mi bolsillo y se lo pedí!

María, en un acto de sorpresa del todo desacostumbrado en ella, derramó con alboroto lo que aún quedaba en el balde. El agua se desparramó por el suelo, pero a ella no le importó.

—¿Tú... tú se lo pediste? ¿Se lo pediste? ¿Pero se lo pediste, pediste? ¿Así?

—Sí. Hice lo mismo que ella. Se lo solté en la cara.

María abrió la boca cuanto pudo y la mantuvo abierta mientras pegaba saltitos. João se sentía en la cima del mundo.

—¡Caramba, caramba! ¿Y ella? ¿Y ella? ¿Eh? ¿Y ella?

—Aceptó.

María, aún boquiabierta, comenzó a mover los brazos hacia delante y hacia atrás, agitando los cabellos. Parecía más estar corriendo en el mismo lugar que cualquier otra cosa.

—¿Y luego?

—Nos besamos.

—¿De lengua? —preguntó María con los ojos muy abiertos.

—Sí.

—¡Joãooo!

—¡Bueno, no! Sólo pegamos los labios. Ya sabes que ella está medio loca. Pero, bueno, ¡dentro de poco lo conseguiré! ¡Sé que hay semanas en las que ustedes son extrañas! Es cuestión de que la bese en una semana normal. Ya verás.

María tomó un trapo y comenzó a secar el agua derramada en el piso. Ella también sonreía como nunca antes mientras realizaba esa tarea.

—Entonces... fue bueno, ¿no, chamaco?

João suspiró antes de volver a la escoba. Y sonrió.

—Totalmente, chica.

«Totalmente».

Al fondo, en otra habitación, sin que João Hanson lo supiera, su padre escuchaba. Y también sonreía. Nunca jamás se lo diría, pero estaba orgulloso de su hijo.

Lo bastante orgulloso para toda una vida.

Anisio Branford caminaba con los brazos a la espalda y las manos entrelazadas por corredores de muchas bellezas naturales y sonidos agradables a los oídos. A su lado, el gnomo Rumpelstiltskin lo acompañaba en el paseo matinal.

—¿Cómo sería tu título en tus tierras comparado con los nuestros, señor Rumpelstiltskin?

—Su majestad, en Mecha, capital de Labuta, sería «barón».

—Dirígete a mí de «tú» cuando estemos en privado. Te lo permito. Reserva el «usted» para las situaciones en público, de mayor pompa.

—Sólo puedo agradecer su bondad, su majestad.

—Me sorprende que tengas un título menor que «duque». Sin embargo, pareces un ser lleno de sorpresas. Ayer me asombraste con tu llegada desde los cielos, pero lo hiciste mucho más con tus propuestas. ¿Imaginas cuánto?

—Es probable.

—¿E intuyes el motivo por el que tus propuestas me fascinan tanto como me preocupan?

—Acaso porque hasta el momento, su majestad, por más que comamos de la misma comida o caminemos por bellos escenarios intercambiando sonrisas y elogios, no puedes afirmar si nuestra sinceridad es verdadera o no.

—Eres tan inteligente como parece, señor Rumpelstiltskin.

—Gracias, rey Branford. Mucho me honra tu comentario.

—Aún no sé qué concluir respecto de la cuestión que tú mismo trajiste a colación.

—Su majestad, es verdad cuanto decimos respecto de que todo lo que conocemos deberá ser revisado y que Nueva Éter inicia una nueva era no sólo en el plano inmaterial, sino también en el conocimiento y su evolución. Nosotros descubrimos la fuerza de los genios, negociamos con ellos y estamos aquí para proponer una sociedad con Arzallum, aunque también podríamos llevar la misma propuesta a cualquier otro que demuestre ser un socio más ventajoso para mi pueblo.

—Lo cual me hace pensar hasta dónde llegan los límites de la lealtad del pueblo gnomo, incluso con aquellos que se vuelven sus aliados.

—No te mentaré, rey Branford: nosotros, los gnomos, mantenemos nuestra lealtad dentro de los límites de nuestros intereses. Sin embargo, como puedes ver, jamás mentimos sobre ninguna circunstancia, y me parece que eso es una ventaja a tomarse en cuenta.

—¿Y eso por qué?

—Porque prefiero como aliado a un interesado abiertamente que me diga la verdad a un interesado introvertido que finja actuar por empatía o altruismo y al mismo tiempo me diga mentiras.

—¿Tu pueblo nunca miente?

—Quizá de vez en cuando podemos omitir algunas cuestiones, es cierto. Pero mentir, mentir, no. Mentir jamás.

—Imagino que cobras un precio alto para traer a Arzallum la evolución que prometes bajo los términos de ofrecerla aquí primero que a otros, ¿no, señor Rumpelstiltskin?

—Con toda certeza, su majestad.

—¿Un precio en monedas de reyes?

—Mucho más que eso, majestad.

—¿Hablas del precio de los genios?

—Incluso mucho más, majestad.

El rey Anisio contempló el jardín de flores coloridas, diseminadas entre las estatuas de alabastro, pero no se fijó en ningún color. Estaba tenso y pensativo. No era fácil para un hombre concentrar el poder del mundo en sus manos.

Todavía pensativo, preguntó:

—¿Hasta dónde llegan los límites de la ambición gnoma?

—A terrenos próximos a donde toca la ambición humana.

El rey Anisio era aún un saco de dudas, pero cada día menos que el anterior.

—Haremos lo siguiente: tú me contarás cuanto necesite saber, de manera que esté en condiciones de sopesar todo lo que debo valorar. Pero lo harás sin mentir ni «omitir» revelación alguna, por más difícil que esto te resulte. Si nuestros pueblos se darán la mano, quiero que ambos lo hagan con las manos limpias. ¿Estamos de acuerdo?

—No hay mayor placer para un ser como yo que negociar con un sabio como usted, rey Branford.

Y hombre y gnomo, rey y barón, se sentaron ante un bello escenario natural, mientras uno relataba al otro todo cuanto necesitaba saber. Cada vez que uno hablaba, el otro permanecía en extremo silencio, para escucharse entre sí y a sí mismos. Pues cada palabra que aquel día cubría cada sonido en ese jardín traía con ella el destino de

muchas vidas y muchas especies, mucho más allá de sus propios pueblos. Mucho más allá de sus propias vidas o de sus propios sueños.

Allí, durante aquella conversación, el mundo comenzó a cambiar.

Había andado algunos kilómetros y era tiempo de saber si eran suficientes. Para los restantes conseguiría transporte en la parte trasera de las carretas. Era fácil para él conseguirlo. Era fácil para él conseguir cualquier cosa. Fuese agua, comida, aventón, hospedaje e incluso lealtad. Al menos cuando se trataba del pueblo plebeyo, aquel hombre conseguiría lo que fuera, aun sus almas. Le bastaba con pedir las.

Llegó a un barrio de la periferia y anduvo por los caminos menos transitados para no ser reconocido. Pasó por los callejones y saludó a los indigentes. Pasó por bares, pero no entró en ninguno. Cada pared descascarada, cada muro sucio con pintas de frases que decían ser suyas, lo hacía reflexionar en su propia vida, en su propia jornada y en sus propios conceptos. Un grupo de adolescentes practicaba un juego con una bola hecha con calcetines y se detuvo a observar al sujeto barbudo que pasaba. Lo señalaron y cuchichearon entre sí. Cuando aparece ante nosotros un hombre cuya mitad se ha transformado en mito, resulta difícil creer en su existencia. Pues un hombre o mujer que es mitad mito no guarda mucha diferencia con un semidiós.

Personas humildes se le acercaban y le sonreían como no recordaban haberlo hecho jamás. Eran personas de vida, tratos y sueños humildes. Personas con vidas simples. Vidas tristes. Vidas enclaustradas por límites más allá de su control, pues incluso el más humilde puede tener un corazón con grandes sueños. Sonreían, agradecían y repetían su nombre con la entonación de un mantra sagrado.

Locksley.

Él continuó su camino en dirección a una hacienda. Algunos caminaban a su lado a la manera de los fieles, como si fuera Merlín Ambrosius, el Cristo de Nueva Éter. Y él les permitió hacerlo mientras le contaran sus historias y el estado actual de sus vidas ante la realidad de aquellas tierras. Y así lo permitió hasta llegar a aquella hacienda rústica. Allí les hizo una señal y todos entendieron.

Y dejaron que a partir de ese punto él continuara solo.

Locksley siguió en dirección a aquella hacienda y sus pies se ensuciaron con el fango. Escuchó el barullo de los puercos. Percibió el mal olor del estiércol y no encontró mucha diferencia del tufo que soportó durante tantos años encerrado en la prisión. Pasó directo por la entrada de la residencia, con el corazón ligero. Estuvo a punto de tocar la puerta de madera carcomida, mas presintió que la persona que buscaba no estaba adentro.

Entonces rodeó la casa.

Y la vio.

Ella usaba ropa que sólo los hombres debían usar. Hacía servicios que sólo los hombres debían hacer. No porque el sexo femenino resulte demasiado frágil para igualar al masculino, sino porque las mujeres son seres demasiado fantásticos para utilizar sus energías en labores indignas de sus sensibilidades.

Él caminó hacia ella y ella no lo escuchó. Los puercos seguían alimentándose e ignoraban al hombre que se aproximaba. Pero su sombra la alertó. Y a partir de la sombra, que sólo existía porque había luz en ese momento, la mirada de ella se encontró con la del hombre. La luz del sol iluminó a ambos y sus corazones latieron, plenos de vida. Ella dejó el saco de comida que tenía en las manos. Él soltó lo que fuera que llevara en ellas. Ella se quitó los pesados guantes. Él soltó el resto de su equipaje, que era casi nada. Y hubo un silencio, del tipo que precede al sueño o a la realidad que caracteriza la realización de un sueño. Pues es muy fácil saber lo que sueña el hombre que ama. Y más todavía la mujer que lo está viviendo.

Ella corrió. Las lágrimas dejaban marcas en su cara. Habían sido diecisiete años esperándolo. Es claro que hubo otros hombres en ese tiempo, pero nunca otro amor. Ellos entraban en su vida con la certeza de que había una fecha establecida para salir de ella, pues sólo un corazón que siente lo que ellos sentían es un corazón pleno.

Y bendito es el corazón frío que se calienta por amor.

Ella se lanzó en los brazos de él con la ropa sucia por el fango. Él sólo podía ver la belleza que existía y emanaba de ella. En ningún momento ella dijo algo. Ni siquiera el nombre que recordaba a un mantra. Por mucho tiempo permanecieron abrazados, sin decir una palabra. El silencio existía no porque no tuvieran nada que decirse después de tanto tiempo, sino porque, para dos almas que se reencuentran, no hay nada que requiera ser dicho, sin importar la cantidad de días, años o vidas transcurridas.

Entonces, del silencio que precede al beso, nació el primer sonido, que provino de él. El sonido que danzaba entre sus palabras, entre sus pensamientos y entre sus sentimientos. El motivo. El destino. La motivación.

Marion.

Un nombre pronunciado como un mantra.

Existen pocas, muy pocas cosas por las que vale la pena vivir y morir.

Y el amor es una de ellas.

Ariane estaba con su madre en una cabaña aislada. Allí estaban las dos, pero no sola. Había alguien más.

Una persona más.

—¿Desde cuándo ocurre eso? —preguntó la señora.

—Desde... ¿Desde cuándo, querida? —preguntó Anna.

—Desde mi iniciación.

La señora inclinó la cabeza, en señal de que concordaba. El nombre de la tercera era *madame* Viotti, y también era una bruja. Una de las mejores.

—¿Eso es normal, *madame*?

—Tal vez, si tomamos en cuenta el potencial de esta niña.

—¿Y qué son esos sueños, *madame*? —preguntó Ariane.

—Viajes.

—¿«Viajes»?

—Astrales.

—¡Ah, sí, eso lo explica todo!

—¡Ariane! —reprendió la madre—. Habla correctamente con *madame*. Ariane arrugó la cara. No le gustaba que la reprendieran frente a otra persona. *Madame* Viotti hizo a Anna una seña de «todo bien» y le sonrió a Ariane, como siempre.

—Querida, quiero que imagines una nuez, ¿sí?

—...

—Ariane no respondió, todavía enojada con su madre.

—¿Sí? —insistió Viotti.

—Sí.

—Si te doy una nuez cerrada, ¿qué haces con ella? ¿Te la llevas a la boca y te la comes?

—¡Eh! Claro que no. ¡Las nueces tienen cáscara!

—Ariane... —insistió la madre, en tono grave. Ariane decidió no empeorar el

humor de Anna e intentó tomar en serio la conversación.

—¿Entonces qué harías primero?

—Rompería la cáscara.

—¿Por qué?

—¡Porque no se puede comer la cáscara!

—¿Por qué?

—¡Porque sabe horrible!

—Conozco animales que la comerían.

—¡Pero la cáscara no sirve para eso!

—¿Entonces para qué?

—Para proteger lo que está adentro, ¿me entiende?

—¿Y qué está adentro de ella?

—¡La nuez!

—¿Pero la cáscara no forma parte de la nuez también?

Ariane comenzaba a ponerse nerviosa. Ya era impaciente por naturaleza y aquellas preguntas sólo la agitaban más.

—Es como... así: la cáscara forma parte de la nuez no sólo porque la protege, ¿ve? Pero ella no es la «nuez-nuez», ¿entiende? Sólo forma parte de ella. Pero la verdadera nuez está adentro de la cáscara, ¿me está entendiendo?

—Hum...

Madame Viotti parecía mucho más satisfecha. Movi6 algunas veces la cabeza y volvió a sonreír.

—Querida, imagínatelo ahora así. Imagina que estamos formados de energía semidivina, pero que somos parecidos a esa nuez que visualizaste.

—Sale... —Ariane comenzó a prestar más atención a aquella conversación. Incluso olvidó que estaba enojada con su madre.

—Imagina que, así como tú misma explicaste, tuviéramos una cáscara a nuestro alrededor que nos protegiera. Una protección un poco más... fuerte, que nos envolviera.

—Hum... hum...

—Imagina que esa cáscara somos nosotros pero al mismo tiempo no somos exactamente nosotros. Que cualquier cosa que seamos sólo pueda ser en verdad hallada adentro de ella. Y que esa protección sea sólo una cáscara que proteja a la verdadera nuez. ¿Entiendes?

—Va.

—Si siembras una nuez con cáscara, ¿qué pasará?

—¡Uy, pues no pasará nada!

—¿Y si siembras la nuez sin cáscara?

—¡Nacerá un árbol de nueces!

—Entonces evolucionará en algo mejor.

—Creo que sí, ¿no?

—En eso debemos pensar.

—¿Cómo?

—Imagina que ese cuerpo de carne que tienes, con todo y tus lindos ojos, sólo es la cáscara de una nuez...

—...

—...

—... y que quienquiera que seas en verdad, se encuentra en tu interior, protegida por la cáscara.

—Perfecto...

—Si crees que sólo eres esa cáscara que te rodea, tu vida será como la nuez a la que entierran con cáscara, ¿entiendes? Nunca cambiará ni evolucionará. No importa lo que suceda; al final, cuando la cáscara se pudra, seguirá siendo la misma.

—Creo que estoy entendiendo.

—Si entiendes que en realidad eres lo que está adentro de la cáscara, entonces serás capaz de evolucionar, como la nuez sembrada sin ella.

—Cierto. ¿Pero eso qué tiene que ver con mis sueños?

—Cuando dormimos, nuestra cáscara se abre.

Ariane quedó en silencio. A pesar de que su raciocinio juvenil todavía era limitado ante aquella señora experta, algo comenzó a cobrar sentido.

—Entonces, significa que nosotros...

—Quiero decir que es uno de los medios que tenemos de activar nuestra verdadera nuez.

—¿Y por qué no nos acordamos bien de los sueños?

—Porque la mayoría cree que la nuez es la cáscara.

—¿Y por qué yo soy diferente?

—Porque ya entendiste que no lo es.

—Pero usted me acaba de explicar todo eso. ¿Cómo podía saberlo antes?

—Porque ya sembraste la nuez. La de verdad.

—¿La sembré sin cáscara?

—Por eso está en el sueño. Y a lo largo de él.

—¿Entonces nació un árbol de nueces?

—Evolucionaste.

Anna observaba con admiración a aquella señora y su forma de ordenar las palabras. Sabía que no sólo estaba ante una profunda conocedora de los grandes misterios: se encontraba ante una verdadera maestra.

—Y, *madame* —era notable cómo Ariane volvía a hablar con esa señora de una manera no sólo respetuosa, sino también sincera, que es lo que ocurre cuando el

respeto se conquista y se impone—, ¿qué ocurrirá de aquí en adelante?

—El «árbol de nueces» dará frutos.

—¿Pero qué son esos lugares que mi yo verdadero visita?

—Otros planos.

—¿De qué?

—Del éter. Lugares como Nueva Éter, nacidos de la esencia de un Creador y de otros semidioses que los mantienen vivos.

—¡Guau! —Ariane estaba asustada.

Toda esa información daba miedo a primera vista. Pero había que admitir que, al mismo tiempo, resultaba extremadamente excitante.

—Y ese es sólo el primer paso...

—¿Cómo, *madame*? —preguntó esta vez la madre, también un poco asustada.

—Por lo pronto, Ariane necesita el sueño, porque aún no ha sido entrenada. —Ariane mantenía sus típicos ojos muy abiertos—. Pero en el futuro ella no estará presa de esa condición —ojos todavía sorprendidos—. Después ella aprenderá a romper la cáscara siempre que quiera.

Los ojos muy abiertos no se cerraron.

Pero una sonrisa había nacido bajo ellos.

El extranjero todavía era intimidante. Axel se encaminó a un área aislada del extenso jardín del Gran Palacio, en cuyo centro había una fuente que dejaba en el aire el agradable sonido del agua corriente. Allí, entre posiciones de meditación que más parecían una danza lenta, se ejercitaba el pugilista oriental que había venido a representar a otro continente. O al menos eso parecía hacer.

—¿Es una especie de... danza?

El hombre no respondió. Axel tuvo el buen sentido de no interrumpir más, hasta que el otro pareciera haber terminado.

—Perdón por la interrupción.

El oriental hizo una señal con la cabeza. Y el príncipe preguntó:

—¿Hablas altivo?

—Yo... estudiar un poco.

—¿Cuál es tu nombre, extranjero?

—Ruggiero.

—Es un nombre... diferente.

—Así como ser el tuyo.

—No aquí en estas tierras.

—Así como no ser el mío en las mías.

Axel se sintió como un idiota con aquella obvia conclusión.

—Tus ojos son diferentes, Ruggiero. Nunca había visto a una persona con los ojos rasgados como los tuyos.

—Y yo creer que los ojos aquí ser demasiado grandes.

—¿Así los tienen todos en tus tierras?

—Hasta las mujeres.

—Deben ser muy bonitas...

—Tanto como ser las de aquí.

Axel se dio por satisfecho. Se movió haciendo alargamientos.

—Pero ¿ustedes ven con normalidad tras esos ojos cerrados?

—Tanto como ustedes hacer bien tantas preguntas con bocas tan pequeñas.

Axel rio al darse cuenta de lo que hacía.

—Discúlpame. La cultura oriental me da curiosidad. Eso que hacías hace un momento, por ejemplo, ¿qué movimientos eran?

—Movimientos de respirar.

—¿Por qué no mejorar la respiración con ejercicios aeróbicos?

—¿Qué ser eso?

—Los ejercicios, ¿sabes?, de esfuerzos físicos, de movimientos rápidos.

—Ah, sí: «aeróbicos».

—Eso. ¿Por qué no usar ese tipo de ejercicios para mejorar la respiración?

—Porque ejercicios de movimientos rápidos hacer bien al cuerpo, pero no tocar el espíritu.

—El pugilismo es cuerpo.

—El pugilismo ser espíritu.

—En Occidente, el pugilismo es una forma de combate.

—En Oriente ser un camino de vida.

Axel se detuvo, sorprendido. Hizo a un lado sus estiramientos y se sintió eufórico. Se aproximó.

—¡Espera! ¿Hablas de artes... marciales? ¿Artes marciales de verdad? El hombre asintió.

—¿Las conoces?

—Nosotros vivirlas.

—Deben ser... fascinantes.

—Ser lo que son.

Axel parecía un niño a quien acaban de ofrecerle un nuevo juguete y aún no sabe bien qué hacer con él.

—Eso que hacías... los movimientos de respiración... —el hombre asintió una vez más, en señal de que comprendía el idioma—. ¿Es arte marcial?

—Todo ser arte marcial.

—No comprendo.

—Artista marcial comprender que tener dentro de sí una energía mayor. Una energía extraordinaria.

—Éter.

—No importar nombre. Si yo decir que aquella rosa llamarse «hormiga», no dejará de ser flor ni de ser bella. La importancia estar en el que la mira y no pensar en ella como una rosa, sino que pensar en ella como una flor. Y como bella.

—Sin etiquetarla.

—Yo no entender esa palabra. Pero creo que tú entender a mí. Si tú pensar en una

flor como flor, todas las flores ser flores. Y tú respetarlas de la misma forma, sin importar cuál ser su nombre ni cuál ser su color. ¿Comprender?

Axel estaba fascinado. Demasiado fascinado. Ruggiero concluyó:

—La energía a la que yo referirme ser el mismo caso. Su nombre no importar. No importar lo que tú leer sobre ella. Importar lo que tú sentir. Importar que tú comprenderla. Y que tú respetarla.

—Tú sientes la energía en esos movimientos, ¿no?

—Yo sentirla en todos los momentos.

—¿Y cómo es esa sensación?

—Ser plena.

Axel aún era todo fascinación.

—¿Crees que un día yo podría aprender y alcanzar ese estadio, Ruggiero?

—Primero necesitar descubrir cómo callar tus pensamientos.

—¿Cómo callas los tuyos?

—Yo no pensar en eso.

Axel reflexionó y comenzó a reírse a solas por la respuesta.

—¿Eso es una especie de sarcasmo oriental?

Ruggiero sonrió en forma amigable.

—No entender esa palabra.

—Pues creo que me comprendes, y muy bien.

Ruggiero dobló el tronco con un gesto extraño de manos, a manera de saludo reverencial. Estaba por retirarse cuando...

—Espera.

Ruggiero se volvió. Axel lo observaba, concentrado.

—Muéstrame.

—¿Qué?

—La energía.

—Yo decir ya que no ser así.

—¡Vamos! ¡No importa cómo sea! ¡Te pido que me muestres de alguna manera cómo es esa energía de la que hablas! ¡Si existe en nosotros una fuerza tan poderosa como ustedes pregonan, debe haber una forma de manifestarla!

—Señor Branford, siempre haber una forma. Pero sólo cuando existir un motivo.

Axel estaba demasiado fascinado con aquello; fascinado al punto de ser incapaz de pensar en estar tan cerca y no tenerlo.

—Quiero que me muestres.

—Tu ego no ser motivo suficiente.

—Por favor...

Ruggiero no acusó reacción alguna. Para el príncipe de Arzallum su indiferencia era peor que un rechazo, pues lo intimidaba la persistencia en su reacción hostil.

—Por favor —insistió Axel—. ¿Mi humildad no es un motivo válido?

—Triste ser el hombre que se esfuerza en ser humilde.

Axel suspiró. Era un joven en conflicto, que en ese momento recordaba ocasiones anteriores en las que ya se había equivocado.

—¿Sabes? Una vez un hada me dio una lección parecida. Y todo indica que nada aprendí.

—¿Un hada buena?

—Sí. Tenía la piel negra, una linda voz y era hermosa. Nunca antes había visto a un hada. Su nombre era...

—No importar que yo saber su nombre. No importar el color ni la belleza. Sólo importar que tú percibirla como avatar.

—Pero no la etiqueté como parece.

—Sólo al concentrar en las características equivocadas, tú olvidar ya las lecciones aprendidas.

El príncipe bajó la cabeza y se pasó los dedos por el cabello, avergonzado. Con un poco de pena, Ruggiero cortó el silencio:

—¿Ella qué enseñarte?

—Que la fe mueve siete montañas.

—¿Ella ponerte a prueba?

—Sí.

—¿Y tú pasar?

—Sí.

—Si tú pasar en prueba de hadas, ¿por qué ella necesitar enseñar humildad?

—Porque me sentí orgulloso con su aprobación.

El oriental sonrió y asintió con la cabeza, comprensivo.

—Me dijo que soy un príncipe y que no puedo equivocarme, pues yo mismo debo ser un ejemplo. Que el pensamiento es más peligroso que una espada. Y que el Creador sólo velará por mí mientras honre a mi creación.

—Entonces hada entender arte marcial.

—¿Ella practicaría el arte marcial?

—Ella entender el arte marcial.

—¿Cómo puede alguien entender algo que no practica?

—Si yo señalar aquella flor desde aquí, y si desde donde tú estar señalar la misma flor, ¿alguien más que observar a donde tú y yo señalar ser capaz de ver la misma flor?

—Ciertamente.

—¿Entonces cuál ser la diferencia del dedo que señalar?

Axel reflexionó y asintió algunas veces, mordiéndose los labios. Y concluyó en voz alta:

—Lo importante es a dónde señala.

—Importante es entender a donde señalar.

—Comprendo.

—Y lo mismo el dedo que tener joyas que el dedo que tener callos.

—Será visto como un dedo cualquiera —concluyó el príncipe, moviendo la cabeza, con una expresión satisfecha. Y Ruggiero volvió a sonreír.

—Tú conseguir lo que querer.

—...

—¿Tú no querer sentir un poco de la plenitud que la energía traer?

—Así es.

João Hanson volvía apresurado de la feria de la ciudad. Llevaba las frutas que le había pedido su madre, y las llevaba con prisa. La urgencia no estaba en el deseo incontrolable de la señora Hanson de hacer otro dulce, como parecería, sino porque se acercaba la hora del comienzo del Puño de Hierro y él no se lo perdería por nada. Por nada.

Corría por un camino que conocía bien, y escuchaba a las personas conversando, grabando en el aire palabras con las que él tropezaba mientras corría. La mayoría de esas palabras se referían al evento que se llevaría a cabo de allí a algunas horas. Pero no todas. Algunas de ellas resultaban muy diferentes y traían violencia y agresividad en el tono, como si alguien las grabara en el aire en negritas.

Lo más curioso era que corría a causa de la preocupación por su padre.

Bueno, diré la verdad: João no corría sólo a causa de la cercanía del torneo. También era una razón, pero no la única. Corría porque hacía tiempo que algo le martilleaba en el cerebro y necesitaba descubrir el motivo. El hecho es que desde hacía tiempo percibía que una vez por mes su padre salía de casa sin motivo y regresaba... diferente. A veces volvía más serio; otras parecía preocupado; otras más taciturno. No importaba. Siempre regresaba distinto, y un hijo dedicado sabe reconocer esos detalles en sus padres.

Había intentado sondear algo con su madre —lo digo antes de que alguien más pregunte—. Sin embargo, sintió que la madre desviaba la conversación. Y también en una forma un tanto extraña. Luego comenzó a imaginar que su padre tenía una amante, y ese solo pensamiento le detenía el corazón. Pensó en hablar con su hermana, pero al mismo tiempo temía poner cosas en la mente de ella que se transformarían en preocupaciones, antes incluso de conocer el motivo. Ya había visto ocurrir eso antes. ¿Cuántas versiones no descubrió sobre los casos macabros que los involucraban a él y a su hermana, y aquellos que se referían a Ariane? ¿Cuántas versiones variaban de las originales?

Una vez observó el trayecto de su padre en esos días extraños. Lo siguió con bastante eficiencia, pero desistió a medio camino debido al peso en su conciencia. Se sintió mal por actuar a espaldas de su padre. Por desconfiar de él. Era un niño de trece años y tenía derecho de pensar así.

Pero ahora no. Ahora era un adolescente de catorce, a punto de cumplir quince, y necesitaba vigilar la integridad de su familia, incluso porque, si algo le sucediera al padre, él se convertiría en el hombre de la casa. ¿Y si su padre tenía otra familia y ellos no lo sabían? ¿Y si estuviera sacando dinero de la casa para sostener algún vicio? Eran muchas las hipótesis concebidas por su imaginación, y eso lo corroía. Por eso llevaba tanta prisa aquel día por aquel camino, a tiempo para alcanzar a su padre, descubrir lo que debiera descubrir y regresar para presenciar el comienzo del Puño de Hierro.

Al fondo, la gran hacienda morada de un sombrío conde. Él sabía que allí desembocaba el sendero caminado por su padre en aquellos días extraños, y eso empeoraba la ignorancia sobre los motivos, pues el lugar le erizaba el alma. La cuestión era que aquella hacienda no era un lugar cualquiera. Era la hacienda de Los Esqueletos. Un sitio donde ni los nobles de títulos semejantes gustaban visitar, por más dinero que tuviera el dueño de aquella propiedad.

Se aproximó despacio y escuchó la voz de Ígor al fondo. Estaban en los alrededores de la hacienda, en un claro que, a pesar de los poquísimos árboles, servía para observar en silencio y de lejos a su siniestro anfitrión.

El conde Edmundo Dantés. El conde del Odio. Un hombre sombrío, que irradiaba ira. Decían que la venganza corría por su sangre y que su pasión no tenía límites. Las personas contaban mucho más: hablaban sobre magias oscuras y pactos con entidades sombrías. Decían que había estado preso y que escapó de prisión disfrazado del cuerpo de un amigo muerto, o «en el cuerpo» de un amigo muerto. Había gastado el resto de sus energías en la venganza. Realizó pactos con brujas para enviar el alma de sus enemigos a Aramis en sufrimiento eterno.

«¿Qué, por el amor del Creador, estás tramando ahora, padre?», suspiró João entre los arbustos. No alcanzaba a escuchar lo que decían. Allí estaban su padre, el conde siniestro y otro hombre con la mano en la empuñadura de una espada envainada. De seguro el hombre era responsable de la protección del noble, y João se preguntó por qué necesitaba aquella actitud defensiva, como si su padre fuera un hombre peligroso.

El muchacho observó mejor al conde con quien su padre conversaba. Era delgado. Esquelético. Tenía la piel pálida, blanca, anémica, como la piel del hombre que no come, o que lo hace muy poco. Tenía los ojos enrojecidos de venas reventadas y sacaba el pecho como quien se enorgullece de llegar primero. El hombre que cuidaba de su protección parecía encontrarse en forma, pero tenía una mirada

desagradable, como de quien parece estar constantemente de mal humor. Llevaba un bigote que João le envidió, no porque le gustaran los bigotes, sino porque él aún no tenía la opción de dejárselo o no.

Percibió que su padre argumentaba algo. El conde pareció rehusarse. Él insistió y esta vez el conde asintió. Entonces Ígor Hanson retiró un cuchillo de su cintura y el corazón de João latió con rapidez. El guardián de Edmundo no retiró la mano de la espada. Alrededor del cuello del conde Edmundo, sujeto por un cordón, el muchacho vio el anillo. El anillo que representaba todo lo que su padre era: toda la energía que provenía de él. Se trataba del anillo cuya contraparte estaba en el dedo de su madre. Un anillo que era casi místico para aquella familia y que tomaba la energía de Ígor Hanson.

Y João Hanson, conmocionado, vio a su padre realizar algo que su capacidad de raciocinio todavía no comprendía.

Aquello era absurdo. Aquello era surrealista. Repugnante y aterrador.

Lo que vio João Hanson resultaba sórdido. Demasiado oscuro para que un muchacho de catorce años entendiera el motivo.

→ Necesito descansar.
—Está bien.

Liriel miró a Snail como si hubiera escuchado la cosa más absurda del mundo, aunque por primera vez en quién sabe cuánto tiempo estuviera de acuerdo con ella en algo.

—¿Por qué dices eso?

—¿No quieres descansar?

—Sí, lo necesito.

—Entonces...

—¿Por qué aceptaste tan fácilmente mi petición para hacerlo?

—¿Debería haberla rechazado?

—¡Claro que sí!

—Entonces...

Snail observó a Liriel con asombro, como si ella fuera una alienígena caníbal. Probablemente, de haber conocido a João Hanson, ambos tendrían mucho de qué hablar sobre lo que sabían de las mujeres o, más probablemente, de lo que no comprendían sobre ellas.

—¡Pero hasta ahora no habías aceptado nada de lo que dije! ¿Por qué cambiaste de repente? —dijo con tono desconfiado.

—Porque te lo mereces.

La frase la golpeó de un modo profundo. Liriel se sintió mal por preguntar todo eso, aunque en su complejo pensamiento femenino aún no estuviera del todo satisfecha con tan sencilla aceptación.

—Cierto. Pero es raro que...

—¿Por qué?

—Porque tú no eres así.

—¿Y cómo soy?

—Patán, maleducado, arrogante y agresivo.

Snail levantó las cejas.

—¿Así me ves?

—Sí.

Snail pareció un poco... conmocionado. Y no fingía. Quiero decir... no podía fingir. Liriel se sintió mal otra vez por haber dicho lo que dijo, pero no podía dar marcha atrás. ¡Además, era verdad! Esperaba que el negro aceptara sus palabras incluso como un elogio. La reacción de él representaba un golpe para ella también.

Sin decir palabra, Snail salió de la cabaña.

Liriel esperó un tiempo.

Pero él no regresó.

—¿**D**e qué quieres conversar tanto, João? —preguntó María Hanson.
—Papá está metido con la magia negra.

→ **A**ye, ¿todo bien? —preguntó Liriel.
Había ido tras Snail y lo había encontrado contemplando el puerto con la mirada muy, muy lejos de allí.
—No.
—¿Por qué no?
Él negó con la cabeza.
—No importa.
—¿Te enojaste por lo que dije?
—No importa.
—No sabía que las palabras te incomodaban.
—No me incomodan.
—Pareces incómodo.
—No importa.
Liriel hirvió.
—¡Ay, tú sí que sabes ser irritante! ¿Estabas enterado?
Él casi pareció sonreír.
—¿Sabes? —un suspiro—. A lo largo de mi vida hice cosas que serían consideradas malas, ¿me entiendes?
—Entiendo.
—Sé que lo haces.
—¿Eso fue una ironía?
—Sólo un comentario.
—Sé que...
—¡Muy bien, entonces! En ese poco tiempo de vida conocí a personas malas. Me refiero a personas en verdad malas, no sólo personas con malas acciones, ¿entiendes?
—¿Y cuál es la diferencia?
—No sé cómo explicarlo. Creí que entenderías.

—¿Y yo por qué lo sabría?

—Porque eres más inteligente que yo.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

—Vaya. Estoy seguro de que sabes que lo eres.

—¿Eso fue otra ironía?

—No importa.

Ambos rieron.

—Bueno, yo diría que lo que quieres expresar, negro, es que existen personas que cometen malas acciones por las circunstancias en que se encuentran. Como una forma de supervivencia.

—Por ahí va el asunto.

—Y hay otras personas que cometen malas acciones por su naturaleza. Personas que tenderían a actuar así sin importar en qué situaciones estuvieran.

—¿Ves cómo eres más inteligente?

—Así me ves tú.

Él rio. Ella corrigió:

—¿Te vas a disculpar conmigo por haberme tratado de esa forma tan agresiva?

—¿Por qué haría eso?

—Porque no eres una persona de mala índole. ¿Me equivoco?

Snail apretó los labios al darse cuenta de que lo habían puesto contra la pared. Esa muchacha era muy inteligente. Incluso más de lo que a él le gustaría que fuera.

—Gabbiani, juro que me gustaría, pero no puedo. Porque de ser preciso te trataré otra vez así.

—¿Es tan importante?

—¿Qué?

—La misión en que me pusiste. En la que nos pusiste.

—¿Comparada con qué?

—Al punto de evitar la única amistad que tienes y que te apoya en ella.

Snail apretó el puño, con ganas de lanzar otro golpe contra alguna pared. Odiaba la inteligencia de aquella muchacha. Odiaba su propia admiración por la inteligencia de aquella muchacha.

Odiaba su admiración por aquella muchacha.

—Es importante hasta ese punto —respondió él, con una voz fría.

Liriel movió la cabeza y apretó los labios.

Él leía la decepción en cada gesto de ella.

—Entonces intenta ser gentil la próxima vez —dijo ella—. A las muchachas nos gusta eso.

Ella se volvió, consternada, y lo dejó solo. Snail la observó volver al galerón y

sintió la garganta seca. No podía desconcentrarse de la misión encomendada con aquella muchacha. Era un soldado de las calles. Incluso un soldado de mar. Y los soldados deben obedecer órdenes. Pero sólo el corazón que nunca tuvo un amigo conoce el esfuerzo que implica negar una amistad.

—Es importante hasta ese punto —repitió para sí, solitario—, pero me gustaría que no lo fuera.

Lady Marion estaba vestida con un ropaje viejo y sucio, pero aún así le quedaba bonito. No era una mujer vistosa, al menos ya no. La edad había atenuado su hermosura, y las dificultades de la vida, el brillo que refleja un alma feliz. En realidad nunca había gozado de una innegable belleza. Se trataba de una mujer normal, pero de temperamento tan admirable e independiente que destacaba entre las otras damas alrededor.

No era casualidad, pues, que el hombre acostado en su cama fuera Robert de Locksley.

—¿Sabes?, tengo miedo de hablar contigo después de nuestro reencuentro —dijo ella, trayendo dos pesados tazones llenos de masa con leche.

—¿Sí? ¿Y por qué? —preguntó él, tomando uno.

—Tengo miedo de que sea otro sueño.

—¿Soñaste con nuestro reencuentro?

—Más veces de lo que creerías.

—Eso me sorprende, viniendo de la mujer que eres. ¿Quieres decir que en todo este tiempo no apareció ningún otro en tu vida lo bastante bueno para hacer que me olvidaras?

—Para eso habría necesitado quererlo.

Él la observó y ella habría jurado que suspiró. Pero eso no sería una actitud típica de aquel mito: Robert de Locksley era conocido por ser tan orgulloso como un tronco de árbol.

Ella se sentó a su lado.

—¿Y ahora, Robin?

Robin. El apodo que ella misma le había puesto. Escucharlo de nuevo de aquellos labios era un viaje a los rincones más sombríos de un corazón. Sin embargo, no contestó la pregunta. Aquello era difícil para él.

Y no menos para ella.

—¿Seguirás siendo parte de un sueño?

—Yo represento un sueño.

—Tú eres un mito.

—Yo soy un ideal. Las personas creen en ese ideal por causa mía.

Marion dejó caer su tazón en forma precipitada y ruidosa. Era una suerte que ya hubiera acabado de beber su leche.

—¿Sabes hace cuantos años que te espero? ¡Casi veinte, Robin! —dijo, alterada—. ¿Quieres que te lo repita? Pues bien, lo haré: ¡casi... veinte... malditos... años!

—Yo no te lo pedí...

—¡Vaya! ¡Vete al diablo, desgraciado! ¡Te esperé porque te amo!

Ella se levantó, irritada, y le dio la espalda, apoyada en la ventana. Locksley también se puso de pie, vestido apenas con sus calzoncillos.

—Y si me amas como yo te amo, sabes que debo hacer aquello...

—Ahí vamos de nuevo —ella lanzó una risa desangelada—. ¡El señor «tengo que hacer eso»! ¿Qué es lo que necesitas hacer, cabeza dura? ¿Convertirte en el gran líder de la nación? ¿En el nuevo Merlín Ambrosius para dictar los caminos como un nuevo Cristo?

—No hagas eso, Marion.

—¡Lo mismo te digo, so egoísta, arrogante, metido a salvador del mundo! —le gritó ella en la cara—. Y también te digo: «¡No lo hagas!». ¡Podría implorártelo! ¿Pero dejarías de hacerlo por mí?

—Sabes que eso es más grande que nosotros dos. No se trata de tú y yo, se trata de...

—¡Se trata sólo de ti! ¿Sabes qué es nacer en la nobleza y terminar alimentando puercos? ¿Sabes qué es ver el nombre de tu familia arrojado al fango y volverte una paria en la sociedad donde creciste? ¿Qué es ver tus tierras tomadas, tus bienes confiscados, a tu novio preso y aún tener que agradecer que al menos no haya sido ahorcado?

Ella comenzó a golpearlo en el pecho mientras él se mantenía quieto. Sabía que necesitaba desahogar cuanto llevaba dentro. Sabía que ella incluso se lo merecía.

—¿Sabes qué es ver a tus antiguos amigos darte la espalda cuando se cruzan contigo en la calle? ¿Ser señalada por las personas como si fueras una vulgar? ¿Sabes qué es ver tu vida entera retirada de ti sin poder hacer nada, debido a que los ladrones son las mismas personas a las que deberías pedir ayuda?

Más golpes. Más silencio. Y lágrimas.

—¿Sabes qué es, Robin, acostarte en una cama sin saber si estás viva o muerta? ¿O sin saber si deseas estar viva... o muerta? ¿Sabes qué es esperar veinte años a la persona que amas?

Él miró en el fondo de esos ojos bañados en llanto. Y respondió:

—Lo sé.

Ella lo abrazó con fuerza y sollozó contra su cuerpo.

—No te vayas. Por favor, no te vayas. No de nuevo, no otra vez.

Él se mantuvo abrazado a ella, hasta que ella recuperó el control. O al menos hasta que se controló un poco. Entonces se sentó de nuevo en la cama rústica, pulgüenta y ruidosa.

—Marion, por favor, escúchame.

—No, por favor, no...

—Entiendo cuando dices que careces de mayor entendimiento sobre mis actitudes. Lo entiendo y no te culpo. Lo que quiero que entiendas es que, ante el mismo escenario que me acabas de exponer, sería un absurdo y una calamidad si me callara y aceptara esa situación.

—Si yo misma me conformé con mi destino, ¿por qué tú no puedes hacerlo?

—Porque ningún hombre puede admitir la vida sin libertad.

—¿Y por qué debes ser tú?

—Porque alguien tiene que hacerlo.

—¿Qué quieres hacer, Robin? —ella se exaltó otra vez—. ¿Quieres vestir de nuevo tu traje verde y apretado para brincar por el bosque como si tuvieras diecinueve años? ¡Ya cumpliste cuarenta años, hombre! ¡Cuarenta! ¡No eres más aquel muchacho vanidoso que hace bromas mortales y sin límites al frente de una banda de desocupados!

—Eres injusta.

—¿Contigo?

—Con ellos.

Ella suspiró.

—Sea, pues.

—Marion, tienes razón en todo lo que dices. Ya no soy más un muchacho de diecinueve años sin responsabilidades ni una noción del tamaño de las bromas peligrosas. Pero ahora ya no se trata de muchachos rebeldes que buscan desafiar la ley.

—¿De qué se trata entonces?

—De un hombre que quiere poner a su gente de nuevo en pie.

—Te odio, ¿sabes?

—No. Tú me amas.

—¿Y cuál es la diferencia?

Locksley se levantó y comenzó a buscar el resto de su ropa.

—Esa es una pregunta para poetas.

—Es verdad. Tú sólo eres material para un poema. «El príncipe de los ladrones».

—No, yo soy «el príncipe de la plebe». Los ladrones son de otra clase.

Marion se levantó y continuó, agitada, sin saber de dónde sacar más argumentos. En realidad sabía que no había argumentos. No con él.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Luchar solo por Sherwood?

—Voy tras ellos. Tras cada uno de ellos.

La quijada de Marion casi se fue al suelo.

—¿Piensas reunir... a tu antiguo grupo?

—A cada uno de ellos.

—¡Ellos formaron familias, Robin! Siguieron con sus vidas, como deberías hacerlo tú. No puedes pedirles que se pongan trajes de camuflaje y máscaras de nuevo.

—La máscara está en la vida que ellos deben fingir que viven.

—¡Ellos maduraron!

—No, están esperando las condiciones necesarias para eso.

Marion sentía tanta rabia por la ineficacia de sus palabras, que tomó uno de los dos únicos vasos de la casa y lo estrelló contra la pared.

—¡Por el amor del Creador! ¿No te das cuenta de los milagros que ocurrieron en tu vida? ¡Deberías haber sido ahorcado y acabaste condenado a prisión perpetua! ¡Un rey fue asesinado y su sucesor te sacó de la única forma permitida por la ley: con el deseo de un rey! ¿No deberías estar agradecido por esas bendiciones?

—Lo estoy. Y por eso sigo las señales.

—Las señales te dicen que es hora de parar.

—Al contrario, las señales me dicen que todavía no es hora de hacerlo.

—Hay hombres más jóvenes que tú para hacer lo que pretendes.

—No, existen hombres más jóvenes que yo esperando a que los dirija en lo que buscan hacer.

—¡Rayos! —otro vaso se estrelló en la pared, el último que quedaba en aquella casa—. Tú quieres morir, ¿es eso? ¡Si quieres morir, entonces hazlo! ¡Vete, vete y muérete!

Él se levantó y esta vez sí suspiró. Ya se había vestido.

—Discúlpame.

—¿Cómo pretendes hacerlo? —dijo ella, con una voz menos descontrolada—. ¿Pretendes reunir a un bando de vagabundos barrigones y asaltar las casas reales de monedas? ¿Y después subir a los tejados de los pobres y lanzarles aquellas monedas de reyes por las chimeneas?

—No. Eso no —él apretó los labios—. Eso resultó inútil una vez.

—Al fin estamos de acuerdo en algo.

—Yo era joven, impulsivo y arrogante. Aquella fue la forma que encontré de desafiar al sistema, pero fue la equivocada.

—¿Por qué?

—Porque de nada sirve quitarle el poder económico a una clase social favorecida y transferirlo a otra con carencias, pues el sistema se reestructura. Es cuestión de tiempo para que todo vuelva a ser como antes, pues el pobre no se repone por sí mismo, mientras que el rico busca la manera de recomponer su riqueza. De nada sirve sacudir algunas bases del sistema. De nada sirve transferir responsabilidades. Es preciso sacudir al sistema como un todo. De adentro hacia afuera.

—Pareces haber reflexionado mucho.

—Eso es lo que un hombre hace más en la prisión. El hecho, Marion, es que le di peces al hombre, y eso mata el hambre a corto plazo, pero el hambre regresa.

—¿Y cómo se mata el hambre de una vez?

—Enseñando al hombre a pescar.

—Volviéndolo autosuficiente...

—E independiente.

—Quieres decir...

—Libre.

Marion se tapó el rostro con una mano.

—Por el amor del Creador, Robin. Pretendes decir que esta vez, en vez de robar a los ricos, ustedes buscan...

—Voy a liderar la revolución.

—Entonces vas a...

—A dar a Sherwood la independencia.

Se hizo el silencio. Se miraron un tiempo, y aquel lapso debió haber sido una despedida difícil. Afuera, un puerco gruñó. Marion se mordió los labios e hizo un gesto de enojo.

—Tienes razón —se mostró contrariada—. Prepararé mi fardo —dijo, suspirando.

—No, yo no te estoy pidiendo que lo hagas.

—¿Y desde cuándo necesitas decirme que haga algo?

Él sonrió. Podrían haber pasado veinte años, pero aquella era todavía la misma niña que había conocido durante la primera mitad de su vida.

—El hecho, muchacho feliz, es que no me quedaré mirando cómo mi hombre libera a mi tierra mientras alimento a los puercos —él la vio tirar andrajos en un fardo improvisado—. ¡Ni me quedaré mirando cómo eres capturado otra vez, porque te falta un amigo que te muestre dónde están las fallas en tus estúpidos planes!

Él se aproximó. Ella no quiso mirarlo a los ojos y continuó empacando.

—El hecho es que no voy... —y mientras ella hablaba, él la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo—. No voy a perderte de nuevo. No otra vez.

Robert de Locksley besó a Marion y el corazón de ambos latió como uno solo.

«No otra vez».

Y allí, en aquel atardecer solitario, el hecho era que el alma de aquel hombre vivía

en el corazón de miles de personas.

Pero el corazón de aquel hombre vivía en el de una sola mujer.

Los portones de la Arena de Vidrio se abrieron y la multitud entró. Eran centenares: centenares que en instantes se convertían en miles de personas. Miles de aficionados, de hombres que dejaban de ser hombres y se convertían en gritos. En puntos en movimiento en una masa humana. En sentimientos encarnados en cuerpos que ya eran formas-pensamiento. Se transformaban en lo mejor que existe en el ser humano que vibra unido con los demás y que se descubre en esa vibración.

Estaba la entrada del pueblo, donde un empuja-empuja sin fin se apoderaba de todos los rincones, mientras los soldados reales intentaban mantener el orden, incluso a veces con demasiada violencia. Había emoción en cada caminata, pues había orgullo en cada respiración. Aquel era el momento en que el hombre distinto a otro se volvía su igual, pues ambos se convertían en instrumentos de un mismo canal.

En poco tiempo las graderías habían sido tomadas por miles. Y las personas hacían ruido y gritaban frases de guerra que habían creado, o coreografías que aprendían en el momento, las cuales involucraban movimientos de brazos, palmas, saltos y ritmos improvisados en instrumentos de percusión. Sólo quien ha estado ya en una arena con miles de personas unidas de esa manera conoce la sensación que eriza la piel y recorre el cuerpo. Y desborda el corazón.

La otra entrada, para los nobles, también se hallaba frenética. Carruajes y más carruajes llegaban a punto de causar trastornos por tantos caballos. Las damas descendían ayudadas por caballeros y caballerosos. Los soldados reales indicaban los caminos que se debían seguir. Reyes y reinas saludaban a los nobles, que rara vez tenían la oportunidad de encontrarse con sus monarcas. La mayoría de aquellas mujeres nunca había presenciado un verdadero combate de pugilismo en su vida y, por lo tanto, era de imaginar lo que no pasaba por su mente.

Adentro, cuando el rey Anisio Branford entró en la gradería noble del brazo de la princesa Blanca Corazón de Nieve, la arena se fue absolutamente abajo. La impresión era que Axel Branford ya había noqueado a alguien, pues el griterío de aquel pueblo

resultó tremendo: inmenso, al punto de que nadie escuchaba nada más.

Se agitaron las banderas de Arzallum. Retumbaron los gritos y los fragmentos del himno.

—¡Anisio! —gritó Blanca—. ¡El pueblo está enloquecido! —completó con expresión asustada.

El rey Anisio sonrió.

—Sí... —respondió, orgulloso, mientras saludaba a su multitud—. Lo está, ¿no?

En el área que rodeaba al cuadrilátero, los Hanson deberían haber estado igual de eufóricos. Sin embargo, parecían ausentes ante aquella convulsión humana a su alrededor. Se encontraban un poco apartados del cuadrilátero, pues los soldados reales habían extendido un cordón para impedir que el público de ese sector ocupara los alrededores del cuadrilátero. Antes habría una ceremonia oficial de apertura del torneo y los orgullos de Arzallum desfilarían por ahí.

—María... ¿Qué vamos a hacer, María?

María Hanson seguía conmocionada; demasiado para saber qué decir.

—João...

Él calló. Entre ambos sólo se escuchaba el estruendo de la multitud. En aquel lugar todavía había mucho ruido, pero no tanto como para quienes estaban en las graderías, con las personas gritando a su lado.

—¡Habla, caray! ¡Grita! ¡Pero di algo!

—João —le dijo ella al oído para que alcanzaran a escucharse—, ¡no sé qué hacer! Pero...

—¿«Pero» qué, rayos? ¿«Pero» qué?

—¡Necesitamos pruebas para acusar a papá! ¡No podemos llegar y señalarlo con el dedo sin probarlo! A final de cuentas es nuestro padre, ¿no?

—¿«Pruebas»? ¿Quieres «pruebas»? —el muchacho explotó—. ¡Yo lo vi, caramba! ¿Qué más quieres?

—João, no sabes bien lo que viste.

João apretó los párpados y los puños cuando entendió. Respiró hondo y apretó los párpados cuando comprendió que su hermana dudaba de él.

—Yo sé lo que vi.

—¡Pero no puedes tener la absoluta certeza!

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué lo inventé? ¿Es eso? ¡Habla, dímelo en mi cara!

—¡No es que lo hayas inventado, João! Entiende: no digo que sea mentira o que tú no... estés seguro de lo que dices. —João siguió mirándola con cara de pocos amigos—. Sólo contemplo todas las... hipótesis, ¿entiendes?

—Entiendo. ¡Incluso ya hablas como el profesorcito! ¡Y me tratas como si hubiera cometido un crimen!

—¡No es eso, João! Lo que quiero decir es que, ¿sabes?, tú... ¡Ay, mi Creador! ¿Cómo decirlo? Mira, tú sueñas con cosas así. ¿O no? ¡Y eso es normal, por todo lo que pasamos! Digo, con las cosas malas que pasamos. De vez en cuando, en nuestros sueños...

—¡Ay, vete a Aramis! —João Hanson le gritó furioso a su hermana. María y las personas alrededor que alcanzaron a escuchar aquel insulto se impactaron con la reacción de aquel adolescente—. ¿Eso es lo que crees? ¿Qué no sé diferenciar mis sueños de la realidad? ¡Te vine a pedir ayuda, María! ¡A pedirte ayuda porque no sé qué hacer! ¡Sólo que, por lo visto, tú estás más perdida que yo!

Si João hubiera estado hablando con Ariane, de seguro la chica ya lo habría estado insultando de vuelta. Uno apuntaría el dedo a la cara del otro y de allí a muy poco estarían rodando en el suelo. Como hablaba con María, la reacción de la muchacha era de conmoción, de quien nunca ha visto al hermano menor hablarle de esa forma. María se quedó callada, con el rostro asustado, absorbiendo aquellas palabras como si fueran cuchillos que le rasgaban el pecho, pero lo cortaban por dentro.

—¿Crees que nuestro padre es incapaz de hacer cosas malas? ¿Crees que el principito te ama y te convertirá en la princesa de este reino? ¡Eso sí es un sueño, María Hanson! ¿Sabes quién estaba a tu lado cuando una bruja que comía gente te encadenó? ¡Yo! ¿Sabes quién pasó hambre y babeó sangre debajo de una escalera mientras lloraba no a causa del dolor, sino por escuchar tus gritos sin poder hacer nada? ¡Yo! ¡Y eso fue un terror auténtico! Y cuando vengo a pedirte ayuda, ¿me vienes a decir en mi cara que no sé diferenciar una pesadilla de un horror de verdad? —María Hanson seguía conmocionada—. Haz esto, María: ¡quédate con tu nueva vida color de rosa! ¡Quédate así! ¡Porque yo ya me cansé, ya me cansé totalmente!

Y João Hanson se sumió en medio de la multitud. María quería gritar su nombre, pero, por desgracia, estaba demasiado conmocionada para eso.

El rey Alonso Corazón de Nieve se sentó al lado de su hija. Mantenía la expresión seria, con una mirada fría y mucho muy distante de allí. Su cara más parecía la de un muñeco de cera, con una piel pálida donde se dibujaban venas de color verde oscuro. Tenía ojeras y se percibía en él cierta alienación, o al menos lo parecía. Vestía con ropa caliente, sin importar la temperatura. A su lado había un asiento vacío. Aquel asiento permanecía vacío de manera simbólica, en referencia a la fallecida reina Rosalía. Blanca miraba ese lugar dejado por su padre y apretaba su mano. Él no le devolvía el apretón, pero a ella no le importaba. Sabía que su padre había perdido sentimientos tras la muerte de su esposa, que se había convertido en un rey de corazón helado y expresiones indiferentes. Un monarca que ya no lloraba.

—Con permiso —dijo una dulce voz femenina, que hizo que la princesa y su

padre volvieran los rostros hacia ella—. ¿Está ocupado ese asiento?

A su lado estaba una mujer visiblemente noble. Tal vez una condesa. Incluso una baronesa. Era alta. ¡Qué alta era! Tenía la piel clara y los cabellos oscuros. Los ojos verdes y un cuerpo sin muchas curvas, pero que llamaba la atención por la cantidad de joyas bien distribuidas en él. Blanca miró a su padre y notó que el viejo rey observaba a la mujer con su típica expresión distante. Ella inspiró para explicar los motivos de la indisponibilidad de aquel asiento, cuando sintió la mano del padre tocar la suya. Fue cuando la quijada de la princesa casi cayó al suelo. El rey Alonso le había dado dos palmaditas leves en la mano.

Y sonrió.

Axel escuchaba los gritos de afuera e intentaba concentrarse. William se aproximó a saltos. El muchacho también parecía realizar su máximo esfuerzo para mantenerse concentrado.

—La sensación de espera es angustiante, ¿no?

—Nunca imaginé que estaría nervioso en este momento —dijo el príncipe—. Pensé que sólo yo tenía algo realmente grande que perder.

—No, todos tenemos algo así.

—¿Y qué puedes perder tú en esa arena, Will?

—En mi caso, lo que tengo que perder no se encuentra en la arena.

Axel reflexionó y se esforzó, mas no comprendió. Tampoco quiso preguntar de nuevo. Al final había asuntos más importantes de qué preocuparse. Contempló aquella sala rodeada de pugilistas. Algunos calentaban, otros hacían estiramientos: todos se mantenían en movimiento en alguna forma.

Todos, menos uno.

Axel observó a Ruggiero, el luchador oriental, y vio a un hombre sentado, con las piernas dobladas y las manos descansando sobre las rodillas, con las palmas hacia arriba y los índices unidos a los pulgares.

Y él no sabía por qué, pero aquel hombre quieto e inmóvil en aquella sala le infundía más temor que todos los demás que se encontraban en movimiento.

Ariane entró jalando a su madre de la mano, sin fijarse mucho en las otras personas que se interponían en su camino.

—¡Apúrate, madre! ¡Ya va a comenzar, caray!

—¡Calma, Ariane! ¡Lo que importa es que ya entramos!

—¿Ves a João o a María por ahí?

—¡Está abarrotado, hija! Nunca los encontraremos entre esta...

—¡María!

Y Ariane se apresuró, jalando de nuevo a su madre e ignorando cualquier cosa que ella dijera o a cualquier otra persona en el camino.

—¡María! —repitió, abrazando a su amiga, y se dio cuenta de que ella no le devolvió el abrazo—. ¡María, no seas maleducada! ¡Estoy hablando contigo!

María intentó mudar la expresión aun en medio de su conmoción, sin mucho éxito.

—Ah... ¡Hola, Ariane!

—Eh... ¡La última vez que te vi con esa mirada de pescado fue porque estabas enamorada! Como no eres tan tonta como para terminar con Axel, ¿entonces qué ocurre, eh?

—¿Ariane? —dijo su madre—. María también tiene derecho a la privacidad, ¿sabes?

—Ay, madre, ¡quieta, que esta es charla entre amigas! La «privacidad» sólo funciona para los padres, ¿entiendes? ¡No entre las mejores amigas!

Y la madre abrió otra vez la boca, sin saber quién era aquel extraterrestre que había cambiado cuerpos con su niña hacía tan poco tiempo.

—María, Axel se peleó contigo, ¿no?

María no lograba entender de qué hablaba Ariane ni sabía si quería entrar en la imaginación de la chica en ese momento. Seguía asustada con la «revelación» de su hermano y, más que eso, con la reacción de su hermano con ella.

—No, él no...

—¡Lo sabía! ¡Tampoco sería tan tonto como para terminar contigo!

Anna Narin, percibiendo que algo estaba muy mal con María, pasó un brazo alrededor de la muchacha y la abrazó:

—María, querida: ¿te puedo ayudar en algo?

—Eh... no. No, tía Anna. Sólo estoy preocupada por João.

—¿Qué tiene João? —preguntó Ariane, ahora también preocupada.

—Se perdió en medio de la multitud.

—María, ¿qué le pasa a mi novio? —preguntó Ariane, con las manos en la cintura.

—¿Eh? ¿Qué historia es esa de un novio? —preguntó Anna Narin, otra vez estupefacta.

—¡Y qué! ¡João ahora es mi novio!

—¿Y por qué no me lo habías contado, por mi Creador?

—Ay, madre, es que... es que apenas comenzamos, ¿sabes? Nosotros todavía nos estamos conociendo.

—¿«Conociendo»? ¡Pero si ustedes se conocen de casi toda la vida!

—Madre, ¿quieres dejar el drama? Te lo iba a contar hoy, sólo que no había tenido tiempo.

—¡Pero si estamos juntas todo el día!

—¡Se me olvidó, rayos! ¡Y ahora no permites que María me diga qué pasó!

Anna volvió a suspirar. Por más que siguiera sorprendida, le dio la razón a Ariane. Ambas miraron a María.

—Es que tenemos algunos problemas en casa... Cosas de familia...

Ambas se dieron cuenta de que ella no quería hablar del asunto. Anna se volvió a su hija y le dijo:

—Ve a buscarlo.

—¿Pero cómo le hago para encontrarlo en medio de esta multitud?

—De la misma forma en que encontraste a María. Concéntrate y piensa en él. Intenta sentir dónde está. Después, deja que tu instinto te guíe hasta él.

Ariane pensó un poco y asintió, concordando. Antes de irse, hizo una última pregunta:

—¿Y si nos perdemos?

—Entonces te llamo, ¿entendiste?

—Totalmente.

Las trompetas sonaron. Sonaron fuerte, rítmicas, en acordes militares.

La multitud guardó silencio, en la medida de lo posible, y se escuchó el redoble de algunos tambores. Ese sonido aumentó de intensidad, y aumentó más. Y más. Sonaron los platillos, que emitieron un agudo sonido explosivo. Y de nuevo se hizo el silencio. La multitud cuchicheaba entre sí y contenía la respiración con los ojos bien abiertos, con la expectativa de no perder ningún detalle.

Fue cuando llegó el sonido.

Era el galope de un caballo entrenado, proveniente de la entrada principal de la arena. Un corcel entró por los portones a toda prisa, levantando el polvo y, con este, levantando al público. Era hermoso, con una silla de la que colgaban los blasones de Arzallum. Encima de él un caballero sujetaba una corneta pequeña, que tocaba con una sola mano. Galopó por toda la arena para esparcir el sonido militar. Y en cada rincón por donde pasaba como un rayo, la multitud se levantaba, aplaudía, silbaba y gritaba.

El caballero dio dos vueltas completas a la arena y cabalgó hasta el centro, donde hizo erguirse a su corcel en dos patas.

De nuevo se escucharon sus acordes militares. De nuevo redoblaron los tambores y chocaron los platillos.

Y ellos entraron.

Un grupo de aproximadamente cincuenta hombres ingresó a la arena, marchando, con grandes tambores sujetos por una correa alrededor de sus cuellos. Tocaban y marchaban bajo los aplausos. Vestían un uniforme gris con detalles en amarillo e

insignias en los hombros que, en forma curiosa, no sujetaban ninguna capa. Marchaban, caminaban y a cada intervalo que hacían sus percusiones, se escuchaban los platillos, cada vez más fuerte.

Entonces, detrás de los cincuenta hombres con los tambores, entraron los dueños de los platillos. Eran treinta hombres, cada uno con dos platillos en cada mano. Y marchaban. Y marchaban. Casi todos muy jóvenes, con los uniformes similares a los anteriores, pero sin insignias. Marchaban justo detrás de los hombres de los tambores. Se dirigieron al lado izquierdo de la arena, donde se detuvieron para formar una hilera militar, y continuaron marchando sin cesar en el mismo lugar.

El hombre del corcel y la corneta, en el centro de la arena, irguió de nuevo a su corcel en dos patas y cambió los acordes. Aún eran acordes militares, pero muy distintos a los anteriores. El público sintió ganas de aplaudir, mas no lo hizo. Estaba hipnotizado. Sin embargo, al presenciar lo que vino a continuación, volvieron a aplaudir.

En la arena, por la misma entrada principal, ellos ingresaron con parsimonia. Eran aproximadamente sesenta hombres vestidos con uniformes ligeros, con sayos que les llegaban a la altura de las rodillas. Con carcajes sujetos a la cintura. Flechas dentro de los carcajes. Arcos pesados, ligeros o compuestos, sujetos en las manos. Eran los arqueros de Arzallum. Representaban una parte del ejército de aquella nación, y lo hacían bien. No eran considerados los mejores del mundo, pues los arqueros de Minotaurus tenían esa fama, pero en Minotaurus usaban ballestas y no arcos, así que los arzallinos se consideraban los mejores arqueros del mundo.

Los arqueros marcharon y marcharon hasta el lado derecho de la arena. Y al igual que los hombres de los tambores y de los platillos, siguieron marchando en el mismo lugar.

Y entraron en la arena los caballeros. Entonces sí, todo aquel que seguía sentado se levantó. Con la armadura gris, detalles en rojo e insignias que sujetaban extensas capas, entraron sujetando sus yelmos de hierro pulido con una de las manos. Frente a ellos, una única mujer, una de las más bellas que Arzallum hubiera conocido. Era rubia, con los cabellos sujetos por una cinta y los ojos tan verdes que una persona podía verse reflejada en ellos. Bradamante era su nombre: la guerrera preferida. La bella Banshee: «aquella por quien los hombres quieren llorar». La nueva capitana de la Guardia Real de Arzallum, promovida tras la separación del antiguo capitán, que no protegió con eficacia a los Corazón de Nieve en territorio arzallino. La primera mujer en liderar una tropa militar en la historia de ese reino.

Detrás de ella, hombres que aprendieron a respetarla a punta de espada y en la rutina de guerra. Se trataba de hombres serios, en excelente condición física. Miradas profundas. Expresiones serenas. Algunos incluso sonreían, mas no todos. Sin embargo, todos marchaban. Las espadas, enfundadas en vainas de cuero reforzado

con corteza de sauce. El símbolo de Arzallum estampado en el pecho. El blasón que encontrarías en los rincones de la Majestad y en el pecho de la armadura de cualquier rey Branford.

El símbolo del dragón alado encima de una espada y un escudo cruzados.

Marcharon hacia la derecha de la arena, al frente de los arqueros, y continuaron la marcha en el mismo lugar. Y entonces, con otro acorde del cornetero, el sonido paró.

Otra vez se hizo el silencio.

Y el sonido: esta vez el cornetero no hizo erguirse a su corcel en dos patas. Sólo aspiró hondo y sopló en su corneta un acorde militar triste y sombrío, que hizo a la arena estallar en murmullos. Las personas se miraron asustadas, con los ojos muy abiertos, la boca seca, el corazón acelerado. Era una mezcla de miedo y admiración. De temor y excitación.

Habían oído que aquello ocurría en Arzallum, pero ya sabes: nadie se toma muy en serio un rumor hasta que tiene la oportunidad de comprobarlo con sus propios ojos o de fingir que tuvo esa confirmación.

Los corazones latieron todavía más acelerados. Se escuchó el sonido de la marcha de aquellos. El rey Anisio Branford sonrió en su palco.

Y ellos entraron.

—¡João!

Ariane corrió hasta el muchacho, se lanzó encima de él y lo abrazó con fuerza. João observaba a los caballeros y no retribuyó el abrazo apretado. Con los brazos abajo, se limitó a mirar a Ariane:

—Ah... hola.

Ariane se puso furiosa con el recibimiento. Ser recibida con aquella «animación» por María Hanson, bueno, ¡pero su hermano era su novio, caramba!

—¿«Hola»? ¿Así nada más: «hola»? ¡Vaya!, pensé que estarías... un poco más feliz de verme, ¿no?

João suspiró.

—Perdón. No estoy desanimado contigo, no...

Ariane se quitó las manos de la cintura y asumió una postura de conmisericordia. Preguntó, con la voz sumisa:

—Te peleaste con María, ¿verdad?

—No importa.

—¿Cómo que «no importa»? ¡Oye! ¿Escuchaste lo que dije? ¿Te peleaste con Maríaaaa? ¡Es tu hermana! ¡Claro que importa!

—¿Por qué?

—¡Válgame! ¿«Por qué»? Porque, mira, ¡si nosotros nos hubiéramos peleado sería una cosa, ya que lo hemos estado haciendo hace como... diez años! —ella rio y se mordió la lengua—. ¡Pero tu hermana y tú no! ¿Cuándo fue la última vez que te

peleaste con ella?

—Ah, no sé. Nos la vivimos discutiendo.

—Discutir es una cosa. Te estoy preguntando cuándo te «peleaste» con María de verdad.

—Nunca.

—¿Entonces?

João siguió mirando al frente, sin demostrar mucho entusiasmo por lo que Ariane decía. Había visto entrar a los arqueros marchando y había sido un momento de excitación. Mirar a los caballeros entrar después fue puro éxtasis. Observaba aquellas armaduras y aquellas capas, y creía que era la cima más alta que un ser humano podía alcanzar en esas tierras.

Cuando el cornetero al centro de la arena tocó el acorde triste y sombrío, y la energía del ambiente se modificó, João Hanson descubrió que la meta que tanto anhelaba estaba muy por encima de lo que imaginaba ser. Pues cuando el último grupo entró marchando, los cabellos del muchacho se erizaron, su corazón latió a mil por hora y, al igual que todos los presentes, no sabía si debía aplaudir o temer aquella entrada final.

—Entonces es verdad —dijo João, medio asombrado—. Ellos volvieron de verdad.

—João —dijo Ariane, asustada—. ¿Quiénes son ellos?

—Los cazadores de brujas.

Entraron de manera imponente. Algunos traían bombos, que marcaban un ritmo mucho más fuerte que los tambores anteriores. Traían dos estandartes con sus propias banderas. La única tropa militar del mundo que ostentaba una bandera distinta a la de su reino. Su símbolo hacía referencia al símbolo de Arzallum, pero con algunas diferencias.

Pues la espada que cruzaba el escudo tenía una lámina de fuego y recordaba a una hoguera. El escudo, que cruzaba la espada, tenía dibujada la cruz de Merlín. Y el dragón encima de ambos no era un dragón común. Era un «dragón de éter».

Sus armaduras eran de color rojo oscuro, en una tonalidad que recordaba la sangre. Sus hombres no mostraban los rostros. Todos llevaban los cascos puestos, que les cubrían la mayor parte del rostro. Aquellos eran los mejores entre los mejores del mundo. Hombres que venían de todos los lugares e intentaban aprobar las rigurosísimas pruebas físicas y mentales, que por lo general terminaban en la muerte, del proceso de selección. Sus líderes habían servido al lado de Primo Branford durante la Cacería de Brujas. Sus soldados eran jóvenes que habían probado su valor en los campos de batalla.

Cuando terminó la Cacería de Brujas, Primo Branford había desarticulado al

grupo. Sus integrantes volvieron a servir en los ejércitos de sus reinos, ya fuera en Arzallum o en cualquier otro. Pero ninguno se convertía de nuevo en un soldado común después de haber estado en la élite mayor. En realidad todos ellos sabían que sólo cumplían un periodo de ausencia, mientras Nueva Éter no necesitara otra vez de sus servicios.

Nadie sabía quiénes eran. Sus integrantes podían ser el hombre con el que jugaste a los dados en una taberna dos días antes o el nuevo novio de tu hija. Las edades variaban, y en sus identidades como civiles podían ser cualquiera, incluso aquel muchacho a quien tu sobrina le contó el otro día que simpatizaba con la brujería, un día antes de que su casa fuera quemada y destruido el aquelarre que frecuentaba.

Sólo había una identidad conocida: la del coronel que caminaba al frente de la tropa. No por casualidad se trataba de un extranjero: Athos Baxter, el temido conde de La Fére, antiguo héroe de guerra de la tropa de élite de los soldados de Mosquete, hoy coronel al servicio de Arzallum.

Otrora un héroe de guerra en plena forma y espadachín formidable y matador, hoy Athos era un hombre gordo, con los cabellos y la barba blancos, temido no sólo por sus exigencias, sino por su truculencia, sobre todo después de que fue abandonado por su condesa, Carlota Baxter, *lady Winter*.

Como Athos era un extranjero, se le conocía como el líder de la tropa, pues ningún arzallino, incluso en los altos escalafones, podía revelar su identidad de manera oficial.

La existencia de aquellos caballeros oscuros tenía un inconveniente. Generaban una paranoia en la sociedad en que se insertaban, pues provocaban miedo. Los cazadores de brujas no necesitaban burocracias ni llevar a juicio a una persona. Los cazadores de brujas juzgaban a cualquier persona y a cualquier hora. Y tenían el permiso real para matar. Así, siempre existía una interrogante: ¿deberían aquellos hombres ser adorados como héroes o temidos como las peores brujas?

Resultaba difícil juzgar esa cuestión. Sin embargo, para Anisio Branford el asunto estaba claro: su padre había sido asesinado en un ritual sombrío por una bruja caníbal. Su madre había partido de aquel plano en una forma diferente, pero por la misma causa. Su piel humana se había convertido en la piel de un animal gracias a un macabro avatar sombrío. Y todos sabían que las brujas se habían vuelto a instalar en Nueva Éter. Sabían que volvían a hacerse reuniones cuando las puertas eran cerradas y las criaturas enviadas a dormir.

Y bastó un decreto. Una sola firma ante el cuadro que representaba a su padre. Se escribieron y se sellaron pergaminos. Las palomas mensajeras cruzaron los cielos. Los soldados de élite fueron convocados.

Y los cazadores renacieron.

—Su majestad está lleno de sorpresas —murmuró el emperador Ferrabrás, que estaba en los lugares de los reyes.

—Nuestro autoproclamado emperador no imagina cuánto.

João Hanson ni siquiera pestañeaba. Estaba boquiabierto. Sentía cierto temor, pero la excitación ante aquellos hombres superaba a cualquier otro sentimiento. Y sintió una corriente eléctrica elevarse por su columna cuando, a una señal del coronel Athos, tres comandantes gritaron al unísono, con la mayor potencia que sus gargantas lo permitían:

—Caballeros de rojo, ¿cuál es su magia?

Y toda aquella tropa, de aproximadamente setenta hombres, vestida de rojo oscuro, respondió al unísono:

—«¡Es la cruz de mi escudo; mi espada y mi guía!».

—Caballeros de rojo, ¿cuál es su misión?

—«¡Es partir la escoba en dos y derribar el caldero!».

—Caballeros de rojo, ¿por qué cabalgaremos?

—«¡Porque quemamos a la hechicera y después destruimos su altar!».

—Caballeros de rojo, ¿cómo es la guerra sucia?

—«¡Es hallar el escondrijo y cortar el cuello de la bruja!».

Ellos golpearon el suelo con el pie, y todo pareció temblar.

—Caballeros de rojo, ¿por qué viven con esos hechos?

—«¡Porque honro al dragón de éter vivo en mi pecho!».

Volvieron a golpear el suelo con el pie y se hizo el silencio.

Era hora de que el pueblo decidiera lo que aquellos hombres serían para ellos.

Y este decidió.

Miles de personas comenzaron a aplaudir y a lanzar hurras, en una forma incluso descontrolada y en extremo emocional. Las personas brincaban, aventaban cosas a la arena, silbaban. Era un completo pandemonio, en una total y turbulenta locura ante la fuerza de aquellos hombres, como no se había visto en mucho tiempo.

Entre la multitud, Sabino von Fígaro contemplaba la figura sonriente del hoy viejo Athos y observaba todo aquello con preocupación, pues se acordaba bien de aquellos tiempos. Tiempos de guerra. Sin embargo, por más tristes que sean los tiempos de guerra, Sabino no podía ser tan hipócrita como para no admitir ante sí mismo que le gustaban. Pues eran los periodos en que más necesitaban de él. Y él estaba de regreso en la guerra.

En realidad, toda Nueva Éter parecía estarlo también.

Los soldados habían dejado de marchar.

Al centro, el cornetero tocó cuatro acordes que todo arzallino estaba obligado a conocer y reconocer. El pueblo estaba quieto. Y si es que alguien seguía sentado, allí

se puso de pie. Las personas mantuvieron su expresión más seria. Y se colocaron en posición. Quienes no eran de Arzallum sabían lo que aquello significaba y se callaron por respeto al territorio de donde eran visitantes.

Los tambores siguieron el ritmo durante los primeros acordes. A continuación vinieron los bombos. Y cuando resonó el primer platillo, todo arzallino inspiró hondo y puso la mano derecha al frente de su pecho, a la altura del corazón.

Y de la manera más profunda que consiguieron, cantaron en una única voz el himno de Arzallum.

Axel Branford estaba de pie a la entrada que conducía a la arena, con la mano derecha en el pecho. El vello de su cuerpo se había erizado. Y había lágrimas en sus ojos.

—Es bonito el himno de Arzallum —dijo William, aproximándose.

—Es bonito Arzallum.

Al fondo los soldados abandonaban la arena, y el área alrededor del cuadrilátero era liberada para que el pueblo invadiera los alrededores de la arena con la mayor euforia. El vocerío y el ruido de todo aquel mundo de personas y emociones vibraron una vez más. El cornetero volvió a dirigir el espectáculo.

Y luego el pueblo comenzó a gritar, pero mucho.

—¡Eh, Branford! —dijo William, sintiendo un nudo en el estómago que parecía retorcerle las entrañas—. Ahora ya no hay marcha atrás.

Axel asintió con la cabeza. Estiró cuatro dedos en un único movimiento. Y pareció sonreír.

Afuera, las banderas de Cáliz y de Wherons se erguían en sus mástiles, convocando a sus pugilistas para que comenzara el espectáculo.

—¡Ay, en medio de la cara! —dijo João Hanson, un poco más animado que antes. A su lado, Ariane también estaba excitada con la competencia.

—¡Caray, João! ¡Ese gordito de Cáliz está despedazando al otro!

—Y el otro tipo es bueno. El problema es que el gordo no siente los golpes que recibe.

Guille Clain, el guerrero de Wherons, se desempeñaba en la arena mucho mejor de lo que el joven Hanson decía. Herman Gonta, el luchador de Cáliz, era un pugilista de más o menos ciento veinte kilos, buena parte de ellos de grasa corporal. Era un blanco fácil, muy fácil de acertar, y su agilidad resultaba casi nula; en compensación, tenía una fuerza física descomunal.

Cada puñetazo parecía un tiro de cañón. ¡Incluso cuando el inmenso pugilista evitaba los golpes, aquello dolía! Y por más que Guille golpeara y golpeara y

golpeará, el inmenso adversario parecía no sentirlo y pegar aún más fuerte de regreso.
—¡Ay! —se lamentó João Hanson—. ¡Otro en medio de la cara!

En la sala de los luchadores, Axel Branford se estiraba. Se escuchaba al pueblo celebrando un *knockout* y nadie necesitaba ver para creer que el luchador de Wherons había sido derrotado.

—¿Qué venimos a hacer aquí? —preguntó el entrenador Melioso, entre un estiramiento y otro de su pugilista.

—A vencer —respondió Axel, como un soldado.

Otro estiramiento.

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—A vencer.

Un representante del Puño de Hierro entró en la sala y gritó:

—¡Stallia y Ofir!

El luchador de Stallia, Gilberto Alliano, era un pugilista que más parecía un galán de obra de teatro que un luchador. Era alto, de cabellos negros. El tipo de pugilista con el carisma suficiente para atraer a una buena parte del público femenino a la arena. Al otro lado de la sala, Ruggiero, que permanecía sentado en aquella posición, abrió los ojos alargados.

Toda la sala detuvo lo que estuviera haciendo.

Ruggiero se levantó con expresión seria y se quitó la túnica. Cuando esta cayó, reveló un inmenso tatuaje en la espalda e hizo que todo mundo abriera los ojos de par en par. Era un diseño en blanco y negro. Un diseño hermoso. Se trataba de un dragón. Parecía serlo. Pero no un dragón cualquiera, sino con una forma que ellos nunca jamás habían visto. Parecía un lagarto o una serpiente o un caballito de mar. Había ideogramas cerca de él cuyo significado nadie allí imaginaba.

Seguido por aquellas miradas curiosas, Ruggiero caminó en dirección a la salida, mientras Gilberto observaba asustado a aquel ser tan curioso y distinto de todos los demás allí.

Nadie dijo una palabra.

Una vez que el guerrero oriental abandonó la sala todo volvió a la normalidad.

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—A vencer.

—¿Qué espera de esta lucha, señor Rumpelstiltskin? —preguntó el rey Collen, de Tagwood.

—Con todo respeto al luchador de nuestros honorables Corazón de Nieve, aquí presentes, creo que la lucha no durará ni un *round* completo.

Los reyes alrededor se sorprendieron. Menos Alonso, que parecía ajeno a la conversación, aunque su pugilista estuviera entrando en la arena. Al ver la reacción de su padre, o la falta de ella, Blanca tomó la palabra:

—Señor Rumpelstiltskin, con todo el respeto a Ofir, pero Gilberto ha derrotado a hombres que dijeron ser invencibles en situaciones completamente adversas. ¡Una vez venció a un antiguo campeón bajo una nevada que puso la temperatura bajo cero!

—Su alteza y futura majestad, con todo respeto, pero su luchador conocerá hoy la adversidad.

Blanca miró a Anisio, que levantó las manos abiertas, sin saber qué decir.

Los ojos de Alonso Corazón de Nieve permanecían fijos en la interesante figura de la mujer a su lado. Y la sonrisa de aquella misteriosa dama había sido percibida también por la princesa. Una sonrisa extraña. Una interesante sonrisa capaz de calentar a un Corazón de Nieve y, al mismo tiempo, de congelar a otro.

En la arena, el juez ordenó el comienzo de la lucha.

Gilberto, de Stallia, brincó un poco, a la espera de una aproximación. Su exótico oponente se mantuvo quieto, a la espera de él. Aquello resultaba extraño para el stalliano; los pugilistas no suelen mantenerse serenos dentro de un cuadrilátero, sino eufóricos e hiperactivos.

El pueblo adoraba aquello. Para toda la multitud, Ruggiero era una atracción aparte. Se trataba del «hombre que vino de los cielos». El de «los ojos rasgados». El «guerrero amarillo». Y aquel dibujo de un dragón tan diferente en la espalda resultaba tan fascinante como aterrador. Las personas hablaban sobre la figura y los adolescentes recibían negativas de los padres cuando sondeaban la posibilidad de hacerse uno de aquellos tatuajes en sus propias espaldas.

Entonces Gilberto, cansado de esperar y con la adrenalina a todo lo que daba, se lanzó sobre su adversario. Por lo común un pugilista occidental esquiva los golpes en su dirección e intenta responder en contraataques comparables al ataque recibido, en una escala un poco superior en cuanto velocidad y fuerza.

De manera sorprendente, el pugilista oriental no lo hizo así.

Para desesperación de Gilberto, él no desviaba los golpes en su dirección. Él los atajaba. Uno detrás del otro. Uno detrás del otro. Se movía como una garza, ligero como un bailarín. Gilberto golpeaba y golpeaba. Y el guerrero, con las palmas de las manos, desviaba su brazo hacia uno y otro lado, en una forma que Occidente nunca jamás había visto.

La multitud cayó en el delirio.

Hasta los soldados que controlaban a la multitud alrededor de la arena se asustaron con los movimientos de aquel guerrero. Era como si previera los movimientos del otro. Como si ambos fueran parte de una sola lucha, de una

coreografía única, de una danza sin igual. Como si ambos formaran parte de un gran todo y todo aquello que existía pasara a serlo también.

El primer *round* se acercó a su fin. Gilberto había intentado acertar a su adversario decenas de veces y ahora su energía parecía volcarse contra él. El pugilista oriental no había dado un solo golpe aún, pero Gilberto sentía que todos los músculos le dolían.

Entonces escuchó el grito.

Ruggiero paró su último golpe, o el que se creía que sería el último golpe de aquel *round* que tanto lo había desgastado, y vio al oriental preparar un golpe con el puño de lado, en vertical. Ruggiero inspiró con fuerza y el mundo pareció congelarse, mientras que todo lo que pulsaba con vida humana se concentraba en aquel puño.

Entonces se escuchó el *¡kiai!*

No tengo la menor idea de cómo reproducir algo así. Si lo intentara, creo que sonaría algo tan raro como «¡Griiiaaahhh!» o un gruñido similar, sólo que mucho más alto e intenso que un simple gruñido. Un sonido que recordaba el de un animal. Mas no de cualquier animal.

El sonido recordaba el rugido de un dragón.

El puñetazo acertó a Gilberto en el pecho con tanta fuerza, pero tanta, que el pugilista de Stallia cruzó el cuadrilátero y salió proyectado hacia fuera. Su cuerpo fue a parar en medio de la multitud, que lo sujetó e impidió que cayera de cabeza en el suelo. La capitana Bradamante y otros tres soldados corrieron hacia él y las personas abrieron un círculo, temerosos del estado del caído. El hombre tenía los ojos abiertos, como en estado de choque. Entonces inspiró fuerte, como si hubiera emergido del agua, se puso la mano en el pecho para asegurarse de que seguía vivo, y se sentó, mientras un equipo médico corría a atenderlo.

Cuando las personas se dieron cuenta de que el guerrero vivía, volvieron a soltar un poco de toda aquella tensión instalada en el ambiente. Entonces la atención volvió al guerrero en el centro de la arena, aún en la posición de su último golpe, con el temible puño derecho en la postura de atacar.

Luego el puño dejó de temblar. El guerrero se recompuso y miró hacia Gilberto.

Y por primera vez en la historia Ruggiero vio a Bradamante.

El pugilista de Ofir unió un puño cerrado con su mano abierta e hizo un movimiento de reverencia en dirección al adversario derrotado. Bradamante casi juró que la reverencia era para ella.

El juez, tan asustado como todos los presentes, se recompuso y fue hasta Ruggiero para declararlo vencedor. En el momento en que el brazo del oriental fue levantado, el pueblo salió al fin de la conmoción y comenzó a lanzar hurras, con una intensidad ensordecedora. Aullaban como lobos. Rugían como dragones.

Ruggiero ya no era sólo el «guerrero amarillo». Ya no era sólo «el hombre que

vino de los cielos», ni el de los «ojos rasgados». Ahora era «el hombre que gritaba como los dragones».

Ruggiero ahora tenía un nombre para aquel pueblo.

Y en medio de una ovación imposible de ser olvidada, el dragón oriental había nacido.

—¿Cuántas peleas faltan para que entre Axel? —preguntó Anna Narin.

—Tres —respondió María Hanson, tensa.

—¿Tres aún? —insistió Anna.

—Sólo tres.

En la sala de los luchadores, los pugilistas Pablo Hartas y Detre Dimitri sólo esperaban la autorización para entrar en la arena. Hartas, con una sonrisa cínica, típica de la manera burlona y provocativa con que los mosquetenses acostumbran irritar a sus adversarios antes de los combates, preguntó:

—Disculpa mi ignorancia, pero en Mosquete la geografía no es nuestro fuerte. ¿De dónde eres exactamente, pugilista?

—De Aragón —respondió Dimitri, irritado.

—¿«Eragon»? —Hartas apretó los labios, pero con una mueca irónica—. Eh... aquí nunca oímos hablar de ese lugar...

—¡Dije Aragón!

—¡Ah!

La oscuridad comenzó a apoderarse de la arena y se encendieron antorchas en diversos puntos. El espectáculo, iluminado por el fuego, embellecía el ambiente. Y lo calentaba. Se inició la lucha entre los pugilistas de Mosquete y de Aragón. Pero nadie parecía darse cuenta. Nadie quería darse cuenta. Los pensamientos estaban lejos de allí.

En la arena se daba una lucha en cierta forma violenta, pero los corazones esperaban ansiosos otro combate posterior al que se estaba presenciando.

—Tu representante parece nervioso, rey Adamantino —dijo el rey Collen, sentado al lado del rey de Aragón.

El rey Collen suspiró.

—Sé que los pugilistas de Mosquete suelen provocar a sus adversarios. Dimitri sólo parece alterado.

—En verdad parece estarse llevando una buena zurra.

Pero ni los reyes parecían estar prestando atención a aquel combate.

En la sala de los luchadores, el entrenador del pugilista Herman Gonta entró con prisa al recinto y dijo a su campeón de Cáliz:

—¡Ganó Mosquete! Mañana enfrenarás a Hartas.

El obeso pugilista apretó los puños y estiró varios dedos al mismo tiempo, con una sonrisa de satisfacción. En otro lado, observado por el tímido pugilista de Brée, Axel Branford se mantenía en constante movimiento.

—¿Qué venimos a hacer aquí? —preguntó Melioso.

—A vencer.

Uno de los representantes del torneo volvió a la sala y convocó:

—Albión y Orión.

Los pugilistas ya estaban de pie, dispuestos. Caradoc, de Albión, era de altura mediana y usaba un corte militar, con aspecto de soldado. Begnard, de Orión, era más alto, tenía la barba crecida, los cabellos crespos y abundantes y el cuerpo de quien parece pasar la mayor parte de su tiempo en las tabernas cuando no está intercambiando golpes. O en todo caso que intercambiaba golpes incluso dentro de las tabernas.

Cuando ambos salieron de la sala, el entrenador le dijo a Axel:

—El próximo es Minotaurus.

—Lo sé.

Al fondo, Axel intercambió miradas con el taciturno Radamisto. El gigante blanco mantenía una expresión cerrada y no decía una palabra. De vez en cuando golpeaba una pared o una columna y hacía que el salón temblara.

—Espero que tu pugilista no se duerma en la arena, rey Acosta —la provocación venía del rey Midas, de Gordio.

Algunos de los presentes sonrieron. El rey Acosta sintió que el estómago le hervía, al controlar la rabia que le causaba toda provocación de aquel odiado mezquino en relación con su amada reina. El rey Anisio, para evitar que aquello progresara, tomó la palabra:

—Cualquiera que venza en el combate debe prepararse psicológicamente. Al fin y al cabo, el vencedor enfrenará al pugilista de Ofir.

—¿Y cómo lo está llamando ahora la arena? ¿«Dragón oriental»? —preguntó Ferrabrás, con su eterno desdén.

—¿Algún problema con la figura de Ruggiero, emperador Ferrabrás? —preguntó el señor Rumpelstiltskin, sin saber si el término ofendería a alguno de los presentes.

—Ninguno. Ninguno.

—Ferrabrás confía mucho en su guerrero Radamisto, señor Rumpelstiltskin.

El gnomo barón asintió con la cabeza, comprensivo.

—Todo rey debería confiar en su pugilista, ¿no? —preguntó el pequeño ser.

—Yo no soy un rey. Y no traje a un pugilista a esta arena. No sólo a un pugilista.

—¿Ah, no? —preguntó el señor Rumpelstiltskin, curioso.

—No. Así como el señor, yo traje el futuro de nuestra civilización.

—No comprendo del todo. Usted trajo a un pugilista que cree ser superior a todos los demás, ¿es eso?

—Traje a un hombre que es superior a todos los demás.

—¿Una evolución del guerrero?

—Una evolución de la especie humana.

El señor Rumpelstiltskin se quedó pensativo. Los otros presentes, cuando menos los reyes humanos, sonrieron con ironía, pero no dijeron nada.

—Juro que para nosotros, los gnomos, resulta en extremo interesante intentar entender la forma en que piensa su especie. Para mi pueblo, la evolución de una especie jamás será demostrada con los puños, sino con las ideas y los libros.

—Y es por eso que, cuando necesitan poder para terminar lo que escribe, su especie debe volar hasta donde el poder se encuentra en realidad.

El gnomo barón guardó silencio. Era la primera vez, desde que aquel pequeño había llegado, que alguien conseguía dejarlo sin respuesta.

—¡Ah! —dijo Ferrabrás, con su aire despreocupado y socarrón—. Cayó el pugilista de Albión...

—¡Caramba, João, el barrigón derrumbó al pugilista guapito!

—Claro. ¡Después de ese porrazo, creo que no será «guapito» nunca más!

—¡Ah! —ella le mostró la lengua—. Tienes envidia.

—¡Me agarraste!

—¡Ya, João! ¡Vamos, reacciona! Hoy estás como... pasmado. ¡Tú no eres así!

—No siempre las personas son como pensábamos que eran, Ariane.

Ariane se calló, intentando entender la respuesta.

Entonces una parte de la Arena de Vidrio comenzó a hacer mucho, demasiado ruido. El resto comenzó a abuchear a aquella minoría escandalosa, pero eso no inhibió ni un poco a aquel grupo significativo. Era justificable. Dos banderas habían sido erguidas en sus mástiles.

Era hora de que Minotaurus entrara a la arena.

María Hanson estaba preocupada por su hermano. Pero el sentimiento que más la corroía era su preocupación por Axel Branford. Y la preocupación por el príncipe de Arzallum, por más que ella odiara admitirlo para sí misma, estaba al frente en las

prioridades de sus preocupaciones.

—María...

—Sólo falta una más...

—Minotaurus y Tagwood.

Etto, el guerrero negro de Tagwood, se levantó. Era alto, pero aún así más bajo que el gigante blanco. Cuando Radamisto se puso de pie, el pugilista de Tagwood contuvo la respiración y tragó en seco. Una vez más todo el salón detuvo lo que hacía, incluyendo a Axel Branford. Y esperó a que ambos se retiraran.

Radamisto no mostró ni una expresión en su rostro serio y sin vida.

Un representante del torneo se acercó a Ruggiero, sentado en su posición de loto:

—Señor Ruggiero, el vencedor del combate anterior es el que usted enfrentará mañana.

—No importar.

El hombre calló, asustado. Ruggiero completó:

—Mañana yo enfrentar a quien estar en mi dharma. No importar quién estar escrito en esas líneas.

Tan curioso y confuso como todos los presentes, el representante de la Confederación Real de Pugilismo asintió con la cabeza y dejó la sala, seguido por Etto y Radamisto.

—¿A qué vinimos...?

—A vencer.

—¡Újule! —exclamó Ariane—. ¡Mira el tamaño del luchador de Tagwood!

—El de Minotaurus es todavía más grande.

María Hanson tenía la presión arterial tan alta que parecía al borde del colapso.

—María... —susurró Anna Narin—. ¡El pugilista de Minotaurus es un monstruo!

—Sí —respondió María Hanson, con la mirada desorbitada y la voz irreconocible.

En la sala, Axel escuchó el comienzo de la lucha. Parecía que su adrenalina lo ahogaría, mientras él se movía como un animal.

—¿A qué vinimos...?

—¡A vencer!

Y la Arena de Vidrio tembló con un directo de derecha, que hizo que las estructuras se sacudieran.

Afuera era posible montar un escenario ficticio de lo que ocurría adentro, con sólo seguir los gritos. Eran alaridos eufóricos. Aullidos que combinaban el placer ancestral con un engreimiento exacerbado. Un espectáculo que sacudía todos los sentidos e instintos humanos, tanto los más visibles como los más ocultos.

Etto representaba bien a su reino. Resistía cuanto podía ante aquellos puñetazos, que recordaban el sonido del trueno. A cada golpe que recibía sentía que su cuerpo se doblaba, que cada hueso estaba por rajarse. En un rincón de la arena Ferrabrás sonreía. Radamisto golpeaba y golpeaba y golpeaba. Etto, con los dientes y la nariz sangrantes, golpeaba de regreso y las personas cerraban los ojos cuando veían el rostro del guerrero blanco deformándose y se preguntaban por qué rayos parecía ignorar cualquier dolor.

Entonces Radamisto golpeaba a su vez y Etto perdía otra costilla u otro diente. El entrenador del guerrero negro miraba nervioso a donde se sentaban los reyes, sin saber si debía parar el combate o continuar asistiendo a aquella masacre. Sin embargo, dentro de sí sabía bien que el rey Collen preferiría ver a su pugilista reventado en el cuadrilátero que regalar el placer a Ferrabrás de verlo pasar por la humillación de desistir.

—¡Honra y gloria! ¡Honra y gloria! ¡Honra y gloria! —repetía a gritos la eufórica hinchada de Minotaurus.

Había asistido en buen número, que ocupaba el ala derecha de las graderías. Minotaurus era un pueblo muy vibrante y con un culto a la bandera de su patria, lo que se traducía en la figura de aquellas personas haciendo tanto escándalo, aunque fueran minoría en comparación con toda la arena, que incluso los abucheaba. Por desgracia, esa euforia solía ir acompañada de una hinchada que no sólo era fanática de su bandera, sino también violenta. En cualquier competencia que contara con representantes de aquel pueblo se tenía la seguridad respecto de lo que debía esperarse de sus fanáticos, que no conocían límites.

Un *jab*. ¡Directo!

Dos movimientos rápidos del gigante de cabeza rapada. Etto se quedó temporalmente ciego de un ojo, vio estrellas y no supo decir cuántas personas había en el cuadrilátero.

—Honra... Gloria... Honra...

Radamisto corrió y preparó un *uppercut*. Percibiendo que el combate había llegado a su fin, para desesperación de su rey, el entrenador del pugilista de Tagwood arrojó una toalla al suelo. El juez intentó hacer una señal.

Pero Radamisto no interrumpió el golpe.

El puñetazo alcanzó la quijada de Etto con una violencia tan grande, pero tan

enorme, que todos los dientes delanteros del adversario volaron y el maxilar estalló. El cuerpo del atacado subió un poco y cayó como un saco de papas. Los minotaurinos en las graderías aullaron como lobos, y sería mentira decir que no eran un poco aterradores aquellos alaridos.

En el centro del cuadrilátero, Radamisto levantó uno de los brazos y permaneció con su típica expresión cerrada.

En el lugar de los reyes, Collen necesitaba controlar la rabia tras mirar a su pugilista pedir el desistimiento y caer noqueado ante un minotaurino. Y fue allí cuando Ferrabrás, sentado a sólo dos lugares de Anisio Branford, sonrió.

—Tu luchador tiene gran fuerza física, Ferrabrás —comentó el rey Tercero.

—Radamisto fue entrenado para obtener las mismas características de un roble, rey. No sólo es el campeón de una nación: es su símbolo.

—¿Un símbolo de fuerza? —preguntó el rey Segundo.

—Un símbolo de perfección. Radamisto está por encima de los demás, porque fue preparado para estar por encima de todos ellos.

—¿Tal superioridad autoproclamada se basa en una autoconfianza excesiva, o en la ya conocida jactancia exacerbada de Minotaurus?

—En ninguna de las dos, rey Collen. Incluso afirmo a su majestad que no es una vergüenza para su representante salir en una camilla. Radamisto, insisto, fue preparado para ser todo lo que el ser humano anhela.

—¿Crees que el espíritu humano sólo anhela ser más imponente, Ferrabrás? Si así fuera, deberíamos quemar a los pintores, ahorcar a los actores y esposar a los poetas.

—Rey Segundo, en verdad deberíamos hacerlo. Los pintores sólo sirven para eternizar el busto de los victoriosos. Los poetas debilitan el alma humana. Los actores distraen la mente que guerrea.

—¿Y cuando la mente del guerrero no se encuentra en guerra?

—La mente del guerrero siempre lo está. El cuerpo puede no estar en guerra de manera momentánea, pero la mente siempre lo está.

—Debe ser triste vivir para la guerra... —dijo el rey Tercero.

—No, debe ser triste no saber vivir para ella. ¿De qué servirán los artistas cuando un ejército de verdad decida tomar Brëe? Sus doce princesas serán hechas esclavas y entregadas con cadenas a soldados de verdad. ¿Y qué harán los poetas? ¿Describirán el acto con bellas palabras?

Loki, el rey de Brëe, se mordió el labio inferior, en busca de una respuesta a la altura.

Por desgracia no la encontró.

—Por mi parte —continuó Ferrabrás—, si estuviera en el lugar del rey Loki, en un momento de guerra lanzaría los cuerpos de los artistas con las catapultas y usaría sus cabezas como balas de cañón.

—Entonces —tomó al fin la palabra el rey Anisio Branford—, ¿en verdad no crees en la paz, Ferrabrás?

—Sólo cuando una nación reina en forma soberana sobre todas las otras. Sin ninguna que se escape o la desafíe.

—No me refiero a la paz engañosa ante la imposición de un imperio. Me refiero a la paz alcanzada por el espíritu humano.

—Hablamos del mismo estado del espíritu —insistió Ferrabrás.

—No, no hablamos.

—Sólo existe un tipo de paz.

—Y, por lo visto, tú no la conoces.

Se hizo el silencio. Parecía que cada palabra volvía el tema más abrumador. Los hombres más importantes del mundo estaban reunidos en un pequeño espacio, y lo más peligroso de todo era que una ofensa entre ellos no se resolvería con alguna pelea al margen de los demás. Se resolvería con muertes de soldados e inocentes de ambas naciones.

—¿Por qué fue que llegamos a esta productiva discusión? —preguntó Ferrabrás. En la arena, los asistentes ya bajaban las banderas de Minotaurus y de Tagwood.

—Porque tú afirmaste que Radamisto es un ser superior a los hombres de otras naciones —recordó el rey Tercio.

—Oh, sí. Por favor, no tomen ese comentario como una ofensa personal. Sólo compartía el futuro con ustedes.

—¿El «futuro»? —preguntó, curioso, el señor Rumpelstiltskin.

—El futuro que el Creador espera del ser humano. La evolución que nos convertirá en una especie más fuerte.

—¿Y quién crees que guiará a la humanidad?

—¿Acaso nuestro añorado rey Primo, y cito aquí el primer nombre sólo para diferenciarlo de sus hermanos y de su sucesor, no sabía que debía ser el hijo de un molinero el que liderara la Cacería de Brujas? ¿Quién de ustedes aquí lo habría escuchado en su época de pobreza?

—Interesante saber que mi padre te sirve de ejemplo en algo, Ferrabrás...

—En realidad, él me inspira, rey Anisio. Todo líder que sabe tomar el pulso y liderar ejércitos en una guerra ejerce en mí tal poder, y su padre no es diferente. Lo que no me impediría, claro, mantener nuestras divergencias, o incluso diezmar sus escudos en el campo de batalla si un día tales divergencias nos llevaran a eso.

Los asistentes que retiraban las banderas prendieron en los mástiles las de los siguientes pugilistas.

—Emperador —y aquí nadie supo decir si Anisio hablaba en serio o en broma—, imagino cómo será para usted si un día descubre que su nación no está dotada de tamaña superioridad como hace creer a su pueblo.

—Rey de reyes —tampoco era posible identificar la intención en la mención del título por Ferrabrás—, imagino cómo será para usted si un día descubre que sí lo está.

Hubo otra pausa súbita.

En la arena, los asistentes recibieron autorización para izar las nuevas banderas.

—Hasta el final del tercer día. Entonces veremos si Radamisto comprueba esa regla —dijo el rey Anisio.

—Ah, sí que lo hará.

—No, minotaurino —continuó el rey Anisio—. Lo intentará.

Y la Arena de Vidrio comenzó a vibrar tanto, pero de tal manera, que era posible sentir desde afuera la tierra temblando. El motivo resultaba más que comprensible.

En lo alto ondeaba ya la bandera de Arzallum.

Axel Branford estaba sentado en un banco de madera, con los ojos cerrados, frotando una palma contra la otra, cuando escuchó los gritos y sintió como si la tierra temblara. La adrenalina lo tenía tan agitado que sufría tics nerviosos en determinadas partes del cuerpo y le dificultaban mantenerse de pie.

Al fin escuchó decir a su entrenador:

—Te toca.

Se levantó, con la expresión cerrada. Se mordió el labio inferior y apretó los puños. Necesitaba entrar en aquella arena. Lo necesitaba. Sentía miedo, pero al mismo tiempo se alimentaba de ese sentimiento.

—¡Arzallum y Brëe! —anunció el representante, mientras traía a Radamisto de vuelta a la sala.

Axel se colocó en la salida hacia la arena. Su adversario, Menoto, el pugilista de Brëe, se puso a su lado, mientras lo observaba temeroso. El último oponente al que le habría gustado enfrentar era al campeón local, aquel que no sólo luchaba para su pueblo, sino también para la fama que había conquistado. El pugilista que más debía probar en ese maldito torneo.

Axel no lo miraba. No le importaba el rostro de sus oponentes. El enemigo nunca tenía rostro. En la arena sólo existían él y el otro.

El pueblo de Arzallum comenzó a aplaudir y a gritar su nombre. La piel se le erizó.

Elevó una oración, pidiendo la protección del Creador. Respiró hondo.

Y entró.

Ariane Narin se estremeció y dio un salto, sujetando a João Hanson:

—¡Caramba! ¡Caramba! ¿Oyes eso, João? ¡Parece que la tierra está temblando!

—Rayos —dijo él también en éxtasis, saliendo un poco de la apatía anterior—.

Nunca vi nada igual a esto en mi vida.

—Eso sólo significa que...

—Que él está entrando.

María Hanson era un manojo de nervios. Estaba rodeada ya no de personas, sino de sentimientos. Se sentía eufórica, recelosa, excitada, temerosa. Eran sentimientos que incluso debían contradecirse, pero que partían de un mismo cuerpo. Y de centenares y centenares de cuerpos.

Como en recuerdo de rituales primitivos de hombres a la espera de la evolución, aquel pueblo batía los sonidos de guerra al que estaba acostumbrado para alentar a su príncipe. Las palmas resonaban, los tambores retumbaban e incluso centenares de pies se agitaban y pisaban firme en la gradería siguiendo el ritmo, mientras Axel Branford entraba con expresión hermética.

Era un sonido tribal, que repetía en una cadencia explosiva dos golpes graves, seguidos de uno agudo.

Tum... tum...

Como dos bombos, seguidos de unos platillos. Un sonido inolvidable.

Está bien: un sonido semidivino.

En lo alto, aquella noche, latía más fuerte una estrella diferente. Nadie sabía su nombre con exactitud, pero era ella la que bendecía la entrada del príncipe. Entonces la llamaron Prince, la Estrella del Príncipe.

Axel danzaba bajo aquel rítmico sonido tribal. Y caminaba en dirección al cuadrilátero, bajo la estrella de un príncipe. Aquello también ponía a tono sus instintos primitivos y eso, en ese momento, resultaba bueno. Óptimo. Era todo con lo que él podría soñar. Su adversario se sentía asustado con aquel espectáculo. Aquel pueblo enloquecido, vibrando como una sola nación, y contemplándolo como si estuviera a punto de ser lanzado a los leones, en verdad que daba miedo. La arena entera se balanceaba, mientras las personas, que más parecían soldados, le gritaban al asustado pugilista:

—¡Uuuh: vas a morir! ¡Uuuh: vas a morir! ¡Uuuh: vas a morir!

Era todo un espectáculo; aquel pueblo y aquella hinchada estremecieron incluso al propio Ferrabrás. Anisio Branford intentó mantenerse neutral, pero aquello resultaba demasiado fuerte. Era como si Arzallum recordara a todos los monarcas presentes por qué era ese reino, y no otro, el líder del continente.

Axel subió al cuadrilátero y se quitó la túnica, revelando un calzoncillo con los colores de la bandera de Arzallum y las ataduras de pugilismo alrededor de las muñecas y los codos. Llevaba un corte de cabello distinto al de los días anteriores, con los cabellos muy cortos, casi rapados con navaja.

El pueblo enloqueció aún más.

María gritó su nombre muchas veces, pero él no lo escuchó ninguna de ellas. Miles de personas hicieron lo mismo y él pareció tener la misma reacción. Sólo miraba a su adversario. El enemigo sin rostro. El derrotado antes de pisar el cuadrilátero.

El juez de combate llamó a ambos. Tuvo que gritar para que lo escucharan:

—Quiero una lucha limpia, sin golpes bajos, sin agarrones, sin que abusen de las cuerdas.

Axel continuaba agitado y agitándose. La boca seca. El estómago en llamas. La respiración jadeante. Necesitaba aquel inicio. Necesitaba aquello.

—¡Quiero una lucha que merezca este espectáculo!

Los dientes trabados. Los dedos apretados entre las ataduras. Las piernas temblorosas. La adrenalina a todo lo que daba. Si aquel maldito juez no ordenaba de una vez que...

—¡Luchen! —gritó este y se apartó con rapidez.

Axel partió rugiendo como un animal.

Jab. Jab. Directo. Jab. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Uno en el estómago. El segundo en el estómago. *¡Uppercut!*

El cuerpo del luchador de Brée subió e hizo un arco hacia atrás que, para miles de personas, pareció una inmensa imagen en cámara lenta en un mundo momentáneamente sin sonido. Entonces el cuerpo cayó al suelo con violencia y el adversario tosió sangre.

El juez fue hasta el pugilista de Brée y, al advertir las condiciones del caído, desistió incluso de iniciar el conteo. Hizo la señal de término del combate y señaló a Axel Branford.

Axel tardó en comprender lo que ocurría, conmocionado por la terminación tan prematura del combate. Su sangre seguía hirviendo. Él todavía quería más. Pero aquel pueblo enloquecido que gritaba su nombre como un loco poseído y que hacía temblar la tierra esa noche le servía un poco para darse cuenta de los sentimientos acumulados que cobraban vida propia dentro del cuadrilátero, como formas-pensamiento que nacían allí y a partir de allí.

Entonces, cuando el juez levantó su brazo derecho y él escuchó otra vez la ovación de miles de personas en éxtasis ante un hombre adorado como un nuevo avatar, su raciocinio abandonó al fin el combate terminado y comenzó a buscar con la mirada entre los palcos. Miles de personas continuaban gritando su nombre y el mundo no parecía exactamente real en esa situación.

El hecho era que Axel Branford había batido el récord del *knockout* más rápido de la historia del Puño de Hierro, pero nadie se había dado cuenta ni le había importado.

Su mirada, desde donde estaba, sólo percibía aquella noche cautivadora a su hermano Anisio Branford y a su oponente Ferrabrás.

Y lo más interesante era que el príncipe todavía no lograba distinguir a cuál de los dos tenía más que probar.

Existía en Andreanne un lugar aislado, donde se reunían grupos de jóvenes que sobrevivían en las calles. Ese sitio se encontraba en los suburbios, no muy lejos del muelle. Había un callejón, que daba a una antigua casona, propiedad de un sastre ya fallecido. Decían que el sastre había sido asesinado, pero lo importante era que había muerto y que nadie había llegado a tomar posesión de aquella casa hasta ese día.

Así, a diario los muchachos de trece a veinte años se encontraban allí al final de la jornada. Algunos contaban la forma en que habían escapado de los guardias reales. Otros se jactaban sobre nobles que habían sido víctimas de sus ataques. Otros más relataban historias trágicas que involucraban a padres alcohólicos, madres adúlteras, hermanos muertos y situaciones de ese tipo. Casi todas eran historias reales.

Algunas veces había diferencias que culminaban en golpizas o cortes. Si un ser humano vive de la violencia, también será esa la única manera en que sabrá comunicarse. Sin embargo, aunque al principio parecía que no había lugar para el afecto entre tan violenta convivencia, allí existía lo más cercano a semejante sentimiento que esos adolescentes podían llegar a experimentar. Porque en cierto modo aquello era lo más cercano a una familia que conocían.

Un triste concepto, es verdad, pero resulta mejor que un ser humano adopte al menos uno así que ningún concepto de identidad.

Sin embargo, para una persona de bien, caminar por aquel lugar partía el corazón. Era más que triste. Resultaba doloroso contemplar a decenas de jóvenes destruyendo sus vidas, sobre todo por no saber qué hacer con ellas. Jóvenes viciosos a tan corta edad, que consumían drogas que incluso los adultos pensaban dos veces antes de utilizar.

La principal de ellas era el terrible «polvo de hadas».

Se trataba de un polvo blanco, que había surgido en la década anterior en Nueva Éter. Decían que los barcos piratas la habían traído de una tierra que no debería existir, aunque el hecho era que sí existía, y quién sabe cómo habían hallado la

fórmula para transformar lo que debía haber sido un innecesario descubrimiento pasajero en un negocio ilícito y en extremo lucrativo.

El polvo de hadas se introducía en el cuerpo por las cavidades nasales: el usuario aspiraba aquello, por lo general con tanta fuerza que el efecto era casi inmediato. Decían en las tabernas quienes ya lo habían utilizado (y ese número era siempre mucho mayor de lo que al principio se pensaba), que una persona era capaz de volar bajo los efectos de la sustancia.

Y allí, en ese triste lugar, lo que se veía era a decenas de jóvenes bajo tales efectos. Algunos permanecían acostados, con sonrisas en sus rostros. Sonrisas de niños. Sus mentes, sin embargo, parecían estar muy lejos de ahí, viajando por mundos etéricos que sólo alcanzaban mediante tal artificio. Como dije antes: todo se basaba en la ignorancia sobre el sentido de la vida y el conocimiento del mundo. Pues el precio de aquel vicio era la aparición de agujeros y destrucción en el cerebro; la misma llave para la mente que podía hacerlos tocar mundos muchos más ricos y seguros si conocieran otras formas, mucho más fantásticas, de hacerlo.

Imaginen lo que fue para un grupo de adolescentes violentos como aquel ver que su puerta se abría de par en par seguida del ingreso de un extraño. En realidad, de dos extraños. Snail Galford entró en aquel lugar, vistiendo su abrigo de muchos bolsillos falsos y con una expresión cerrada, de pocos amigos. Liriel Gabbiani mantenía una expresión parecida, si bien carecía de un tercio de la seguridad de su compañero.

La reacción de todos los que no estaban viajando en otra órbita fue correr a tomar sus...

—Guarden los cuchillos —dijo Snail.

Los muchachos se miraron, pensativos. Snail no parecía un guardia real, pero eso tampoco significaba nada. Miraron a Liriel y siguieron sin saber qué pensar. Uno de los chicos que estaba a medio camino entre el mundo real y en el que estaba a punto de entrar aspiró y corrió por un machete enterrado en el suelo.

Fue cuando una lámina giró tan rápido y con tal violencia, que cruzó el salón hasta clavarse en la pared. Algunos adolescentes dejaron caer sus cuchillos del puro susto.

—Ya les dije: guarden... sus... cuchillos.

—¿Qué quieres? —preguntó un muchacho de flequillo y ropas sucias, de no más de quince años. Snail percibió que, si aquel no era el líder del grupo, por haber tenido el coraje de ser el primero en hablar lo sería en poco tiempo.

—¿Cómo te llamas, hijo?

El muchacho cerró la expresión, como si lo hubieran ofendido.

—¡No te importa!

E hizo una señal a un segundo, que corrió a tomar el mismo machete enterrado en el suelo. En el momento en que estaba a punto de tocar la empuñadura, la lámina se

apartó de él, como si tuviera vida propia.

El muchacho gritó. Casi todos los demás también.

—Esta muchacha aquí presente es una bruja —dijo Snail; aquella frase hizo que cualquiera con la conciencia suficiente para entenderla comenzara a temblar—. Si ella quiere, puede decir palabras oscuras e incendiar esto antes de que ustedes piensen siquiera en correr. Ella es capaz de orinar en sus huesos y con eso impedirles que entren incluso a Aramis, para hacer que sus almas queden vagando sin cuerpo, como siervos de sus brujerías. Puede cortar sus cabellos y adornar con ellos muñecos de vudú. Puede dar un beso a cualquiera y después arrancarle la lengua con los dientes —la propia Liriel sintió escalofríos—. ¿Quieren saber cómo es la sensación de ver a una persona arrancarle el cuero cabelludo para entregarlo como alimento a perros de un solo ojo?

Nadie respondió.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó al mismo muchacho.

—Oliver Twist, señor —dijo una voz trémula.

—Twist —dijo Snail, entre suspiros—. Dime, muchacho, ¿cómo consiguen el polvo de hadas?

—A través de...

Al percibir el temor del muchacho a continuar, Liriel se aproximó y mostró los dientes con una sonrisa macabra.

—¡Por medio de «trabajos»! Es nuestro «pago».

—¿Qué tipo de trabajos?

—Lo que nos pidan que hagamos.

Snail asintió. Sabía de lo que hablaban: traficantes. Traficantes que utilizaban el trabajo infantil para mantener un sistema que se iniciaba con los piratas y terminaba en la alta corte. Y lo sabía porque lo había vivido. Una vida que cada vez más quería dejar atrás.

—Bien. Haremos lo siguiente: vine aquí hoy para ofrecerles una nueva forma de vida. Tal vez les guste lo que tenga que decir. Tal vez no. De cualquier manera, lo único que pido es que me escuchen y luego decidan por sí mismos.

Los chicos volvieron a mirarse, pensativos.

—¿Tenemos un acuerdo?

Como nadie decía nada, el joven Oliver se puso al frente del grupo y dijo:

—Puedes hablar.

Snail Galford se sentó con las piernas cruzadas, como si todos allí fueran de una sola familia, y comenzó su exposición.

Poco a poco, con cada palabra, con cada detalle de la historia que comenzó a contarles Snail, aquellos adolescentes empezaron a prestar cada vez mayor atención. Liriel, que no conocía esa capacidad narrativa, se unió al grupo. Y allí, en medio de

decenas de adolescentes perdidos, Galford les tocó el corazón de una manera profunda, que violencia alguna jamás será capaz de conseguir vencer.

Los adolescentes sonrieron al descubrir una forma mucho más fantástica de tocar mundos de éter, mejores o peores que aquellos en los que vivían. Porque descubrieron que el ser humano está dotado de sueños tan poderosos, que son capaces de mantener a los mundos vivos dentro de sí. Y mucho más allá que dentro de sí.

Pues existen historias que pueden cambiar al mundo.

Blanca Corazón de Nieve caminó en dirección al cuarto donde se alojaba su padre en el Gran Palacio. Estaba un poco preocupada. Había visto al pugilista de Stallia ser masacrado por su contrincante oriental de Ofir, pero eso no le importaba mucho. En realidad, incluso habría admitido ante su mejor amiga —si la hubiera tenido— que se sentía mucho más ligada al sentimiento de éxtasis que representó ver a Axel Branford vencer el primer día por Arzallum. A la postre ella era la princesa de Stallia, pero en poco tiempo sería la reina de Arzallum.

Sin embargo, su preocupación residía en su padre. El rey Alonso ya se había vuelto distante y mostraba una psique conmocionada. Se le veía introvertido, desmotivado, desconcentrado. Un hombre desprovisto de alegría. Un hombre lo bastante triste como para volverse incapaz de llorar. Ver a su representante eliminado el primer día por un pugilista venido del otro lado del mundo, y convertirse en motivo de escarnio entre sus iguales, no ayudaría en nada a una posible recuperación.

En eso pensaba Blanca cuando entró preocupada en aquel cuarto, y su quijada casi cayó al suelo de la impresión.

—Blanca... Oh, hola, Blanca —dijo un rey aún distraído, pero mucho más agradable que en los últimos tiempos.

Blanca no respondió. Frente a ella, su padre se miraba al espejo y pasaba algunos nudos por una corbata que acompañaba a un sorprendente traje de gala. Silbaba mientras se anudaba y se observaba con orgullo, con una expresión jovial en aquel rostro surcado de arrugas.

—Padre...

El rey seguía silbando sin mirarla, y, sin explicación, desamarró el nudo que ya había hecho en la corbata. De repente se volvió hacia su hija y dijo:

—¡Blanca! ¡Oh, hola, querida! No te había visto.

Blanca continuaba asombrada. El rey volvió a silbar y rehízo el nudo. Ahora sí se dio por satisfecho, aunque de lejos pareciera exactamente idéntico al anterior.

—¡Padre! ¿Por qué estás vestido así?

—¿Cómo, querida? ¿Vestido cómo?

—¡De la forma en que estás vestido, padre! —exclamó la princesa, perdiendo un poco la compostura.

El rey se contempló, sorprendido, en el espejo. Era la misma expresión que tendría un hombre si se viera desnudo y al siguiente segundo se descubriera perfectamente vestido.

—¡Eh, mira qué bella ropa! Me veo bien así, ¿no es verdad?

—Padre...

—¿Qué piensas de esta corbata, querida? Resulta un poco extraña, ¿no?

El rey estaba por deshacer el nudo una vez más cuando Blanca engrosó el tono de voz, en un intento de al menos mantenerlo concentrado en ella.

—¡Padre! ¿Por qué estás vestido así?

—¡Vamos, querida! ¿Acaso un hombre puede aceptar una invitación a cenar y presentarse mal ataviado?

—¿«Cenar»? —exclamó Blanca, aún más sorprendida—. ¿A cenar con quién, por el Creador?

—Conmigo —dijo una voz tan fría como un viento matinal.

La mujer entró, con un largo vestido de gala que le oscilaba con suavidad a la altura de las caderas. Tacones altos. Blanca la reconoció de inmediato. Era la misma que se había sentado al lado de su padre en el Puño de Hierro. Ella caminó hacia la princesa y la tomó por sorpresa al tomarla de la mano y pasarla por su rostro, como un beso de saludo entre parientes.

—Condesa Helena Bravaria. Un placer.

Blanca no dijo nada, todavía sorprendida.

—¿Tu padre te contó sobre la cena que tendremos hoy, querida princesa? —dijo ella, con la sonrisa más falsa que Blanca había visto en su vida.

—Él intentaba decírmelo.

—¡Ah, hola, querida condesa! Dulce, dulce condesa. ¿Te han dicho que ese vestido sólo entendió su motivo de ser cuando te lo pusiste?

El rey tomó la mano de la condesa y la besó. Blanca casi no reconocía a su padre, o al menos a aquel que últimamente decía ser su padre.

Y fue así, estupefacta, como vio al rey y a la condesa salir del brazo de aquella habitación, mientras Alonso Corazón de Nieve le decía:

—Blanca, querida, no me esperes a cenar hoy, ¿está bien?

Parecía que hacía tiempo que Blanca Corazón de Nieve ya no sabía qué esperar de su padre.

El rey Anisio Branford estaba en su cuarto, leyendo manuscritos con conocimientos que en algún momento necesitaría tener. Llamaron dos veces a la puerta y él interrumpió su lectura para autorizar la entrada del visitante.

—Con permiso, majestad.

Anisio se sorprendió con la llegada de Sabino von Fígaro, su consejero blanco.

—¿Profesor Sabino?

—Pido disculpas por la falta de protocolo, rey Branford. Por su sorpresa, veo que debería haber pedido que me anunciaran antes.

El rey Anisio cambió de expresión.

—No te preocupes, consejero. Pensé que se trataba de la princesa Blanca.

—Comprendo. Admito que para una persona que espera ver a alguien como la princesa de los Corazón de Nieve, encontrarse con alguien menos agraciado debe resultar un verdadero impacto.

Anisio sonrió.

—¿Qué te trae por aquí, consejero?

—Majestad, espero que estés consciente de qué importante fue la amistad entre tu padre y yo en las vidas de ambos.

Anisio se tensó. Siempre lo hacía cuando el asunto era su padre.

—Sí, lo estoy, profesor, no sólo de la buena amistad entre ustedes, sino también de la contribución que ambos hicieron a la Cacería de Brujas.

—Precisamente. Y por eso quise aprovechar este momento de calma para venir en persona hasta aquí a decir a su majestad que es el hijo de uno de los mejores amigos que tuve en la vida, y que mi lealtad y mi vida respecto de ti son de la misma intensidad que con tu padre.

—Eso significa mucho para mí.

—Majestad...

Sabino hizo una señal con la cabeza, y ya se retiraba cuando oyó:

—Profesor...

—Dime, majestad.

—Estabas con él cuando... ocurrió, ¿cierto?

Fue el turno de que Sabino se tensara. El esbelto y fino profesor apretó los labios en señal de lamentación y movió la cabeza.

—Yo estaba en la catedral, sí.

—¿Sabes? Me gustaría haber estado allí también.

—Lo creo. Pero me parece que su majestad no debería sentirse culpable. A final de cuentas, de haber estado allí es probable no hoy no estuvieras vivo, esperando la llegada de la princesa Blanca en estos aposentos.

Anisio reflexionó.

—¿Sabes? Hasta hoy, desde la ceremonia pública, jamás he regresado a la tumba de mi padre. Al menos no solo, ¿entiendes? —Sabino pensó que el rey casi lloraba delante de él. Entonces los ojos del monarca se miraron en los suyos—. ¿Crees que habría logrado salvarlo si hubiese hecho otra elección?

—No, majestad, así como tu hermano lo intentó y tampoco lo consiguió.

Anisio cambió la expresión y se puso serio.

Sabino se dio cuenta.

—¿Qué pensaste del desempeño de Axel hoy? —dijo, con una voz que no expresaba orgullo ni desprecio.

—Creo que fue soberbio. El pueblo está orgulloso. Me parece que su majestad también.

Anisio no respondió. Sólo asintió con la cabeza, pensativo.

—Axel tiene un papel importante para la nación.

—¿Te refieres al aspecto moral o estratégico?

—Al espiritual.

Sabino concordó. Anisio concluyó:

—Lo que me lleva a pensar en las distracciones en el camino que él debe seguir.

Sabino suspiró con pesadez. Se encontraba en una posición delicada ante aquella cuestión.

—Creo que, para un joven como él, habrá muchas en el camino, es cierto. Por eso, con todo respeto, lo considero una dádiva cuando tales distracciones no lo desvirtúan; por el contrario, no sólo ennoblecen su camino, sino que lo fortalecen y lo complementan.

—Tú la conoces bien, ¿no? —preguntó el rey, en forma directa.

—Fue mi alumna y hoy toma el escaño de profesora en mi lugar en la Escuela Real del Saber.

El rey intentó esforzarse por parecer simpático.

—Entiende, Sabino, no es nada personal.

—Nada en política parece serlo.

—Temo que estamos en tiempos de preguerra. Y temo que Axel no comprenda lo que está en juego. Ni cuál es el papel de cada uno de nosotros en el tablero.

—Con todo respeto, su majestad, tras la exhibición que vimos hoy, creo que sí lo comprende.

Anisio reflexionó de nuevo. Sabino pensaba otra vez en retirarse cuando:

—¿Profesor?

—Dime, majestad.

—¿Qué pensaste de mi tercer deseo durante mi coronación como rey?

Sabino no supo qué decir.

—No sé si esté en posición de juzgar el deseo de un rey.

—Sólo cuando tu rey te lo permite.

Sabino tragó con dificultad. Por más que el que se hallaba ante él fuera un descendiente de un Branford, no se trataba de Primo. Había sido entrenado para serlo, es verdad, mas no lo era. Le faltaba experiencia. Además, Anisio Branford tenía algo... «sombrió» dentro de sí que asustaba a Sabino von Fígaro. Una mirada siniestra que no sería percibida en los salones reales, pero que probablemente resultaría auténtica en la Sala Redonda, cuando estuviera ante sus consejeros en tiempos de guerra.

—Majestad, me parece que tu tercer deseo fue equivalente a pegarle a una colmena de abejas... después de untarse el cuerpo desnudo con miel.

—¿Habrías actuado diferente de haber estado en mi lugar?

Una pregunta difícil y capciosa.

—Con toda seguridad, rey Branford, habría honrado la memoria de tu padre y actuado en la misma forma.

—¿Piensas que Locksley se quedará quieto? ¿Al menos por un tiempo?

—Creo que un hombre como Locksley no nació para quedarse quieto. Oiremos hablar de él de nuevo y más rápido de lo que nos gustaría.

—¿Y si él lo intentara, Sabino?

El viejo profesor sabía a qué se refería el monarca y a dónde quería llegar. Una encrucijada que reunía a Locksley, Ferrabrás y los Corazón de Nieve.

—Será complicado. Su majestad le concedió la libertad. Para resultar coherente con esa actitud, deberías apoyarlo hasta el final.

—No pienso pelear con Stallia por Locksley.

—Tal vez. Acaso en verdad no puedas ni debas pelear con Stallia por él... Pero tal vez puedas o debas hacerlo con Minotaurus.

—¿Dónde está João? —preguntó, mordisqueando un pedazo de pan con la mano sucia.

—Aún no llega —respondió la madre del muchacho. María observaba con minucia cada reacción del padre. Poco a poco comenzó a darse cuenta de lo que el hermano y Axel decían: cada vez se parecía más a su profesor.

—¿Qué? ¿Cómo que «aún no llega»? ¡Estamos hablando de una cena en familia!

—Sí. Parece que se encuentra replanteando sus costumbres —dijo María, sin encarar a su padre.

Ígor la observó de soslayo.

—María Hanson, ¿hay algo que yo deba saber?

Ella miró a su padre a los ojos.

—No lo sé. ¿Y hay algo sobre ti que yo deba saber?

Ígor volvió a mordisquear su pan. Érika observaba a ambos sin entender con exactitud qué ocurría en esa casa.

—¿Viste a Axel combatir hoy? —preguntó la madre.

—Sí. Fue un poco... aterrador.

—Supe que le destruyó la cara al de Brëe —dijo Ígor, mientras masticaba.

—Sí. Él...

Se escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Todos callaron y observaron a João Hanson, que entraba taciturno.

—Buenas noches.

El muchacho pasó en dirección a su cuarto, sin mirar a su padre.

—João, ¿no quieres sentarte a cenar con nosotros? —preguntó la madre.

—¡No tengo hambre! —dijo él, mientras se dirigía hacia su habitación.

—¡Eh, muchacho! ¿Quieres decirme dónde estabas a estas...?

¡Bam! La puerta se cerró con brusquedad e Ígor Hanson quedó estupefacto.

—Pero... ¿quién se cree que es este muchacho? Voy a...

—Deja al chico en paz, Hanson —dijo Érika.

—Está enojado —dijo María.

—¿«Enojado»? ¿Enojado por qué?

—Pégale con el cinturón. Tal vez un buen diálogo los ayude a ambos —dijo Érika.

Ígor se levantó, un poco irritado. A fin de cuentas, ¿quién era el hombre en esa casa? Le daba la impresión de que su familia se estaba volteando en su contra — pobrecito— o que él mismo estaba perdiendo las riendas del hogar. Ninguna de las dos situaciones le agradaba.

Abrió la boca para gritarle a todos en esa casa y poner orden de una vez en el lugar. Entonces, al mirar que su mujer y su hija lo observaban desafiantes y al ver el lugar vacío donde su hijo debería estar sentado, simplemente se calló, tomó un cigarro de paja y salió de la cabaña para fumar.

Entonces lanzó el cigarro con violencia al suelo, abrió la puerta de la casa con un estruendo que asustó a las dos mujeres y siguió furioso en dirección al cuarto de los hermanos.

—¡Hanson! ¿Qué...? —intentó decir Érika.

—¡Cierra la boca!

El grito impresionó tanto a la madre como a la hija.

La puerta del cuarto se abrió con tal violencia como la primera vez. Ígor Hanson esperaba ver a su hijo acostado, mirando al techo y considerándose el adolescente con los peores problemas del mundo, como todo adolescente. Para su sorpresa, descubrió a João Hanson con una mochila en las manos, echando ropa adentro.

—¿Qué demonios crees que haces?

João ignoró la pregunta y continuó con su tarea. Irritado, el padre se acercó y jaló a su hijo de la manga izquierda de la camisa para obligarlo a mirarlo.

—¡Pregunté qué demonios piensas que estás haciendo, João Hanson!

—Yo podría preguntarte lo mismo —hubo una pausa considerable—, padre.

Una bofetada. El rostro del joven Hanson giró con violencia, se diría que casi ciento ochenta grados.

—¡Ve a hablar así con tus amigos los vagos! ¡No conmigo, muchacho!

João apretó los dientes y los trabó con fuerza. Aquello que sentía era rabia.

Rabia.

—Te preguntaré por tercera vez: ¿qué... piensas... que... estás... haciendo?

—Alejarme de ti.

Los ojos del hijo en los del padre. Ígor Hanson preparó otro golpe. João Hanson

ni siquiera pestañeó, escudriñando el fondo de esa mirada. Ígor Hanson, aún en posición de golpear, se mordió el labio inferior, cerró el puño, contrajo todo aquel sentimiento y bajó la mano con la respiración pesada.

En la entrada del cuarto, madre e hija observaban asustadas.

—¿Crees que ya no necesitas a esta familia? —preguntó el padre, con la voz enronquecida a causa de la furia contenida.

—No, me parece que ya no necesito de ti.

Se hizo el silencio. En todas las partes. Tanto del lado que siempre hablaba como en el que siempre obedecía órdenes.

—Entonces agarra tus cosas y vete —respondió el padre. La madre derramó dos lágrimas, que revelaban su desesperación. Otra vez María se sentía tan impactada con todo lo que ocurría a últimas fechas con su familia, que no tuvo reacción.

Sin decir nada, João Hanson terminó de guardar su ropa en la vieja mochila y se la puso a la espalda. Salió, sin la intención de decir nada más. La voz del padre lo interrumpió.

—Un día descubrirás cuántos sacrificios son necesarios para mantener a una familia. Sacrificios que nos cobran precios altos. Sacrificios que no pueden ser juzgados ni evitados —la voz aún era ronca y baja—. Sacrificios que nos cambian para siempre.

Aún en silencio, João Hanson siguió su camino. Abrazó a su madre y le dijo al oído el nombre de su amigo «Albarus», para que su corazón se apaciguara un poco en ese momento. Pasó ante su hermana, recuperada de la conmoción, pero que todavía no sabía cómo actuar. João se quedó mirándola, como a la espera de una decisión.

María miró a su padre. Y miró de vuelta a su hermano.

João esperó un poco más. Y vio a su hermana bajar la mirada, sin saber si era por vergüenza o por tristeza. Tal vez ni siquiera ella lo supiera. El muchacho movió la cabeza y siguió su camino.

Cuando la puerta principal de la casa se abrió y se cerró, el silencio que dejó atrás permaneció allí, incrustado en las paredes del lugar, sin que al parecer hubiera posibilidad de eliminarlo ya. Porque provenía de adentro. Los platos vacíos y la silla que no había sido usada en la cena serían siempre recuerdos de un día que nadie intentaría olvidar. Nada volvería a ser como antes.

João Hanson nunca más regresaría a aquella cena.

Y él y su padre jamás volverían a hablarse de nuevo.

Amaneció.
Axel Branford había dormido en una cama dura de madera, en un cuarto pequeño. No se trataba de una imposición de su entrenador, sino que había sido una decisión propia. Si un hombre decide probar sus límites dentro de un cuadrilátero, no puede vivir en condiciones de lujo. Necesita recorrer el camino del dolor y vivir como un luchador.

Y aun así estar en paz.

Axel no sabía si lo estaba. Pero se hallaba visiblemente dispuesto a probar.

—¿Cansado? —preguntó el entrenador, tras golpear la puerta dos veces y entrar.

—Ni un poco... ¿Viste la última lucha después de la mía?

—Sí.

—Yo no pude: me sentía abrumado por tantos sentimientos juntos después de aquella pelea.

—Es comprensible. Batiste el récord del torneo.

—Sí —dijo él, pensativo—. Lo hice, ¿verdad?

—Claro que no serás recordado si pierdes el torneo...

Axel suspiró.

—Tienes razón, entrenador. No perderé la concentración, no.

—Lo sé. Para eso me pagan.

—Y al final, ¿cómo resultó el siguiente combate? ¡Supe que el luchador de Uruk venció al de Rök!

—Es verdad. Giott, de Uruk, era mayor y más fuerte, pero lento.

—Giott está lejos de lo que podría llamarse lento en un pugilista.

—Cierto, pero junto al otro lo era.

—¡Guau! —Axel se sentó para escuchar mejor—. Entonces el tipo de Uruk...

—Su nombre es Devlin. Tiene una piel rojiza como la de los indios. Usa algunos amuletos extraños, que se quita antes de la pelea. Y un tatuaje macabro en el muslo.

—¿Qué tatuaje?

—No sé bien. A mí más me parece un ser de Aramis. Estoy prestando oídos a los rumores que dicen que el hombre hace magia oscura para mantener el «cuerpo cerrado».

—¿Él asusta?

—Un poco. Pero en el cuadrilátero lo único que en verdad asusta es que él me parece tan rápido como... tú.

—¿Es especialista en secuencias? —preguntó con las cejas enarcadas.

—Sí. No es casualidad que tenga un segundo tatuaje en la espalda con la que parece una mata incendiándose.

—¿Árboles quemándose?

—¿No sería esa una metáfora perfecta para una devastación?

El príncipe se levantó, todavía pensativo. La mayoría de los pugilistas tenía motivos para mantenerse en extremo cautelosa con las informaciones que le eran pasadas. De lo contrario sentiría miedo.

Axel Branford sonreía como una criatura.

—Creo que ese Devlin y yo daremos una buena exhibición.

—El Puño de Hierro no es una exhibición.

—Tú me entiendes. No seas mojigato.

—Trata este torneo con la seriedad que exige, Axel. He visto a mejores que tú terminar sus carreras en esos cuadriláteros.

Axel se sorprendió. No porque otros ya hubieran sucumbido en los cuadriláteros de aquel torneo, sino porque...

—¿En verdad has visto a otros mejores que yo?

Melioso le arrojó una toalla a la cara y abandonó la conversación. Salió del cuarto riendo y sacudiendo la cabeza:

—Fanfarrón.

Axel tomó la toalla y se la puso alrededor de los hombros.

—Hablando en serio: me gustaría haber visto la lucha de ese pugilista. ¿Se lastimó?

—Muy poco. No estará en condiciones muy distintas a las tuyas. Será cuestión de cuál de los dos tiene más aliento para llegar al fin.

Axel sujetó cada punta de la toalla alrededor del cuello y la jaló contra la nuca, mientras se mordía el labio inferior con una sonrisa confiada:

—Me gustó.

Melioso percibió la sonrisa.

—Más cautela cuando pienses en ese combate. Hasta hoy nunca enfrentaste a alguien capaz de competir contigo en velocidad y aliento. Tú siempre has marcado el ritmo.

—Es verdad.

—Será quizá la primera vez en que debas adaptarte al ritmo de un adversario.

—O viceversa.

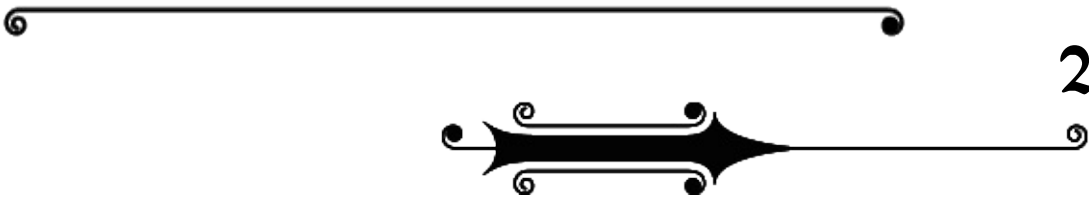
—Aun así, me gustaría que ya hubieras pasado por esa situación antes del torneo.

No me complace pensar que sólo a la mera hora sabremos cómo reaccionarás.

—Pero debemos admitir que resulta emocionante.

—Sí. Será una prueba de acero.

—No —de nuevo una sonrisa—: será una prueba de fuego.



Delphim era un lugar conocido por abrigar a ebanistas y a otros especialistas en obras y construcciones. Había mucho trabajo para la mano de obra especializada en ese tipo de labores, pero también campo para toda la estructura que sostiene a esa profesión. Hombres que cortaban madera, hombres que la cargaban, hombres que la distribuían. Contratistas, contratados, contratantes. De todo había por allí. Si caminaras por las callejuelas de ese barrio, sentirías el olor del aserradero en el aire. Escucharías el sonido de cosas mientras son cortadas, aplastadas, prensadas. Así funcionaba Delphim, y era muy probable que así lo hiciera por el resto de los tiempos.

Tal vez por eso, por aquella facilidad, el sitio atraía a muchos que buscaban cambiar de vida. O recomenzarla. Se hacían pocas preguntas, se pagaba razonablemente bien y había un sistema de empleo organizado, incluso tras la creación del primer sindicato del que jamás se oyera hablar en Stallia.

Aquel día había una obra de remodelación en un establecimiento donde se construían carruajes. Una parte del lugar se había incendiado, pero el estrago fue apagado con rapidez, lo que obviamente no evitaba la necesidad de alguna reconstrucción. Un grupo de diez hombres trabajaba en el lugar, ayudado por los contratados por el propio establecimiento.

Uno de esos contratados, que seguía las órdenes de un sujeto de un metro y medio de estatura con un tablero en las manos, resultaba un ser aterrador. Se trataba de un gigante negro, de dos metros diez centímetros de alto, con una masa muscular que al menos lo haría pesar ciento diez kilos. Los brazos parecían troncos de árboles esculpidos, y por el tamaño de sus espaldas habría ocultado de la vista a dos señoras juntas en el palco de un teatro. Sus dientes eran de un blanco intenso y salvaje, que contrastaba visiblemente con su piel tan oscura cada vez que él los mostraba. Pero los mostraba muy poco, pues para eso se requiere sonreír.

Un hombre barbudo entró en el lugar y fue a hablar con el del tablero. El

chaparrito creyó que se trataba de otro empleado y le indicó a dónde dirigirse. Ignorando la instrucción, el hombre caminó hacia el gigante negro, que se preparaba para levantar y mover de lugar una viga quemada, que habría necesitado de tres hombres delgados tan sólo para levantarla del suelo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó al gigante, que se hallaba de espaldas—. Soy nuevo por aquí.

—No, no la necesito —dijo aquel antes de soltar un grito y lanzar aquella monstruosidad a un lado, él solo. La viga cayó en un lugar apartado, levantando polvo y haciendo mucho ruido.

Ahora el camino se encontraba libre para que otros lo emplearan para transportar equipos. El gigante negro aplaudió para limpiarse las manos y se volvió hacia el hombre que le había ofrecido su auxilio:

—Gracias por ofrecer tu ayuda, novato. Yo soy...

Y el mundo se detuvo, pues sólo entonces el gigante negro se dio cuenta con quién hablaba.

—Pequeño John —respondió Robert de Locksley.

—Por el amor del Creador... —dijo el negro, con la voz débil, intentando convencerse de que acaso se encontraba ante una idea intangible, pero difícilmente frente a una realidad.

—Si no fuera por él, en realidad yo no debería estar aquí ya.

El Pequeño John se aproximó, aún incrédulo, y tocó a su antiguo amigo como si estuviera ante un fantasma traído de vuelta al mundo.

—¿Locksley? —tenía la boca abierta y los ojos desorbitados—. ¿Eres tú, maldito hijo de tu madre?

—¿Y quién buscaría a alguien de tu tamaño en este fin del mundo?

—¡Pero... pero so maldito, desgraciado!

Pequeño John fue hasta él y lo abrazó con fuerza, casi hasta romperle las costillas. A Locksley no le importó el dolor.

—¡Pensé que habías muerto, so desgraciado!

—No, Aramis tendrá que esperar.

—¿Y qué... qué rayos haces aquí?

—Vine a ver a un amigo. Al mejor de ellos.

Estrecharon sus manos con precipitación, agitados, como si se tratara de niños o estuvieran en un juego bélico.

—¿Y qué es eso de terminar construyendo carruajes para nobles? —preguntó Locksley—. Creo que esta es la mayor decepción de mi vida. ¡Se supone que debías combatir a este sistema social, no formar parte de él!

—Oye, ¿sabes qué difícil es encontrar empleo para un ex prisionero?

—No. Aún no lo he intentado.

Los dos rieron. Por más que hubieran estado separados durante tanto tiempo y por más que la vida hubiera traído un tremendo sufrimiento al espíritu de cada uno, era como si ambos de pronto volvieran a tener diecisiete años, así como la felicidad que reside en los espíritus irresponsables de esa edad.

—¿Y qué diablos de nombre es ese? ¿«Vladimir»?

—Bueno. —Pequeño John pareció quedarse sin palabras—, me ayudó a obtener el empleo. ¿Sabes qué rico comerciante contrataría a alguien de nuestro antiguo grupo?

«Nuestro» antiguo grupo. Locksley adoró aquel detalle.

—Pues llegó la hora de que nos vuelvan a temer.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Estoy reuniendo a todos de nuevo. Es un reclutamiento.

—¿Hablas en serio? ¿Buscaste a los demás?

—Tú eres el primero. Es obvio que así sería.

Se quedaron en silencio por un momento. Y Pequeño John preguntó:

—¿No somos demasiado viejos para vestir ropas apretadas?

—No usaremos ropas apretadas.

—¿No somos demasiado viejos para meternos en aventuras en los bosques?

—Ya no guerrearemos en los bosques.

—¿No envejecimos lo suficiente para perder el sentido de indisponernos contra los ricos?

—Nuestra guerra contra ellos será política.

—¿No les quitaremos dinero?

—No, les quitaremos tratados.

—¡Por el Creador! Lo que tú buscas es una utopía.

—Nuestra utopía.

—Sherwood. ¡Quieres liberar a Sherwood!

—Igual que ustedes.

Pequeño John se pasó la mano por la cara. Hacía una hora era un ex prisionero trabajando en un empleo que detestaba, intentando no llamar la atención, con una vida ordinaria. Ahora su pasado tocaba a la puerta para participar en una revolución.

¿Podría la vida en realidad cambiar en un minuto?

—Si somos capturados de nuevo...

—Creeremos que vivimos una vida que valió la pena ser vivida.

Pequeño John atrajo a su amigo hacia sí y lo abrazó con fuerza una vez más. Pegó con el puño cerrado en la espalda de su hermano de creación y dijo con bravura:

—Iremos. Sí, iremos.

Locksley sonrió. John se apartó de él y preguntó, excitado:

—¿Y cuándo comenzamos?

—¡Ahora mismo!

El sujeto de metro y medio, aquel que cuidaba la remodelación del establecimiento, se aproximó con una expresión de pocos amigos y se aclaró la garganta lo más alto que pudo.

—Ejem... ¡Señor Vladímir, no le pago para platicar en horas de trabajo! El lugar de un vago es fuera de mi establecimiento.

Lo común habría sido que el contratado, incluso aquel negro de dos metros diez, bajara la cabeza y dijera con docilidad: «Sí, señor». Obviamente, eso provocaba que el ego de aquel señor de metro y medio se elevara a tres.

Imagina entonces qué significó para él ver a aquel negro gigantesco acercarse con una mirada rabiosa, exhalando furia por aquellos ojos poderosos y bufando:

—¡Vladímir es el *#\$%*#@! ¡Mi nombre ahora es Pequeño John, #\$&*!

Ya era demasiado tarde cuando el pequeñín entendió a quién había contratado y quién era el visitante al que había confundido con un empleado. Pequeño John lo agarró por el pescuezo, como si fuera una canasta de mercado, y lo lanzó junto a la viga de madera quemada, que volvió a levantar polvo.

Todos los contratados detuvieron sus trabajos y aplaudieron con vigor. Y aún bajo los aplausos y los vítores, Pequeño John y Locksley se ubicaron en el centro del lugar para que Robert hablara en voz alta:

—¡Quien quiera ser libre, que me escuche!

Poco a poco los hombres se aproximaron. El corazón de Pequeño John latió con fuerza, pues reconocía todo eso. Aquella magia que Locksley provocaba. Tanto en el hombre libre como en el que anhela serlo.

—Si eres capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, entonces somos compañeros.

Las personas se detuvieron para escucharlo. O incluso para escucharlo de nuevo. Pequeño John mostró su sonrisa de dientes muy blancos y le resultó difícil, muy difícil retirarla de aquella cara de sufrimiento. Por fin volvía a tener motivos para sonreír.

- ¿Cómo fue esta vez? —preguntó *madame* Viotti.
- Extraño. Siempre es extraño...
- ¿Por qué dices «siempre»?
- Porque es la tercera vez que lo sueño.
- Cuenta entonces —dijo Anna Narin.
- Era un... pueblo. ¡Un pueblo que sólo tenía asesinos!
- ¿Un pueblo de asesinos?
- ¡Sí, caray! Yo creo...
- ¿Por qué «asesinos»?
- Porque se cubrían los rostros. ¡Y aquel que se cubre el rostro y se esconde en las sombras sólo puede ser un asesino!
- Anna Narin estaba asustada.
- Y, pensando con la cabeza, eso tiene sentido —dijo Anna Narin.
- ¿Cómo que «con mi cabeza»? Es decir, ¿qué significa «en tu cabeza» una banda de gente que se cubre el rostro y se oculta entre las sombras, madre?
- Gente que caza brujas.
- Silencio. *Madame* Viotti tomó la palabra para seguir conduciendo la conversación:
- Concéntrate en el sueño, querida. ¿Qué hacían esas personas encapuchadas?
- Bueno... perseguían a otras.
- ¿A otras brujas?
- ¡No, no, no! ¡No hablo de brujas! ¡No había ninguna bruja en esa historia! ¡Por lo menos hasta donde yo sabía! ¡Las que hablan de brujas todo el tiempo son ustedes!
- Las dos mujeres se miraron y sonrieron. Se dieron cuenta de que la más joven de las tres tenía razón: eran ellas quienes influían la narración.
- Bueno —dijo Viotti—. Sin brujas.
- ¡Entonces déjenme hablar! Las personas corrían en medio de los matorrales y

huían de los encapuchados. ¡Pero los encapuchados las alcanzaban y les ponían capuchas también! ¡Y tomaban sus armas!

—¿Cómo eran sus armas?

—¡Como la del héroe!

—¿Qué «héroe»? —preguntó *madame* Viotti.

—Ariane habla del... cazador, *madame*. El que mató al lobo «marcado».

—¡Oh, sí, claro! Que cabeza la mía, discúlpame otra vez.

—¡Bueno! ¿Quieren saber el final o no?

—Cuenta —dijo Anna.

—Ya me perdí. Ustedes se la pasan haciendo un montón de preguntas y me confunden. Comenzaré de nuevo. Es del estilo de la primera vez, ¿saben? Cuando soñé, recuerdo que había un hombre y una mujer. Y antes de que me pregunten, la mujer era rubia, un poco alta y delgaducha. El hombre era diferente. Tenía un cabello entre chino y rizado. Era guapo. Llevaba barba y bigote al estilo del héroe, pero el cabello no. Y ellos me tenían miedo.

—¿Cómo, por qué? —preguntó *madame* Viotti, atenta y concentrada.

—¡No lo sé! Sólo que intentaba hablar con ellos, pero la voz no me salía. ¿Saben cómo es eso en un sueño? ¿Cuándo tratamos de hablar o de movernos, pero no podemos? ¡Es horrible cuando ocurre!

—Además de no poder hablar, ¿tampoco te podías mover?

—Bueno... sí. Podía hablar e incluso moverme. Pero todo era muuuy lento, ¿saben? Muchísimo. Intentaba hablar, pero la voz me salía... ¡macabra!

—¿Cómo «macabra»? —se asustó la madre.

—No podía hacerlo correctamente. Era un idioma extraño, pero yo lo conocía, ¿saben? Lo único es que no podía hablar correctamente.

—¿Cambiabas las palabras?

—No, hablaba con las palabras al revés.

Anna Narin y *madame* Viotti tragarón en seco.

—¿Y por qué no te movías bien? —preguntó la señora.

—Porque estaba mojada.

—Había salido del agua...

—No, el agua salía de mí. Como sudor, pero mucho peor.

Ambas volvieron a tragar en seco.

—Y yo no era una muchacha...

—¿No?

—No.

—¿Qué eras?

—No sé qué era. Sólo sé que no tenía esta... «cáscara», ¿saben? Era yo. Sabía que era yo, pero las personas que me veían, no. Ellas... me tenían miedo. Me veían

de otra forma. Como a otra persona.

—¿Nunca como a una muchachita?

—Siempre me veían como a otra persona. Y me llamaban por otros nombres. Y nunca entendían bien lo que yo intentaba decir.

—¿Pero cómo sabías qué decirles?

—Yo sólo decía lo que estaba escrito.

—¿Escrito dónde? —*madame* Viotti en verdad se veía estupefacta.

—No sé explicarlo. Sólo sé que podía decir lo que estaba escrito.

Madame Viotti se quedó muda. Anna Narin lo percibió y no supo decir si aquello era o no una buena señal.

—*Madame*, ¿está usted bien?

—Esta niña es muy especial. Muy, muy especial.

—¿En serio? ¡Vaya, pues qué bueno que alguien más además de mi madre y mi novio lo piense!

Anna le hizo a Ariane una señal para que se callara y se tomara en serio el asunto. La chica se ofendió. A final de cuentas, en su mente, ella hablaba en serio.

—¿Saben? —continuó *madame* Viotti—. Ustedes conocen bien que estamos formados de éter, la esencia divina, traída a nosotros por medio de los semidioses. ¿Correcto?

—Perfectamente.

—Sin embargo, no importa de qué mundo de éter estemos hablando, pues todo mundo de éter, antes de nacer y ser creado, ha sido «escrito».

—¿Escrito cómo: por la Creadora?

—Sí. Por eso existen frases como «lo que es nuestro está guardado». O «el futuro ya está escrito».

—Espéreme, ¿entonces nosotros no regimos nuestra vida? Es decir, ¿todo lo que hacemos ya estaba escrito?

—No. Entiéndeme: nuestro destino, cuando somos creadas, Ariane, tiene un motivo. Somos creadas por un motivo. Sin embargo, tenemos cierto libre albedrío. La Creadora nos permite sorprenderla en muchos momentos. Y de vez en cuando los planes iniciales que estaban escritos cambian, ¿comprendes?

—¿Pero sigue escrito?

—Tal vez Ella esté escribiéndolo en este justo momento, ¿cómo podemos saberlo? Tendríamos que ser semidioses para entender lo que existe encima de nosotros.

—¿Cómo cree usted que funciona la mente de la Creadora, *madame*?

—Anna, querida, en particular creo que determinados eventos y determinadas personas fueron creados con una misión que no debe ser interrumpida, ¿entiendes? Ariane no puede ser tan especial por un simple capricho semidivino. Sin embargo,

muchas veces nuestras actitudes ante la vida, nuestra postura ante el mundo, puede modificar líneas que tal vez ya estén trazadas, pero que aún no han sido escritas, ¿comprendes?

—¡Espere, *madame*! Déjeme ver si entendí ese lío del que está hablando. Usted quiere decir que nacemos con una misión, pero que no todo el mundo está obligado a seguirla.

—Eso.

—Y que muchas veces incluso podemos cambiar lo que estaba escrito.

—No, no lo que estaba escrito: aquello que *sería* escrito. Quiero decir que muchas veces un hombre que sería malo puede cambiar su esencia y merecer una segunda oportunidad. Quiero decir que personas mediocres, las cuales deberían pasar por este mundo en blanco, son capaces de hechos extraordinarios que las destacan entre la multitud. Hablo de parejas que no fueron creadas para estar juntas pero que se convierten en almas gemelas, así como parejas creadas para ello se disuelven en un camino sin retorno. O tal vez en el camino correcto, pero escrito en líneas demasiado oscuras o torcidas para que seamos capaces de leerlas con antelación, ¿comprendes?

—*Madame* —repitió Anna—, volviendo a Ariane, ¿qué significa cuando dice que estaba escrito? Aun tratándose de una proyección astral en otro mundo de éter, ¿qué significa?

—Que Ariane comprende la ciencia detrás de la creación de la vida.

Madre e hija se miraron, conmovidas.

—A ver, ¿eso es bueno? ¿O significa que volveré a ser extraña? —se percibía un temor que daba pena en la pregunta de la chica.

—Eso significa que tienes el don de un oráculo, querida.

Anna abrió mucho los ojos, pues al fin comprendía lo que para ella debería haber sido obvio desde el comienzo de la explicación. Ariane percibió la reacción de la madre:

—Al parecer sigo bamboleándome, y eso no es bueno del todo.

—Un oráculo, hija —explicó la madre—, es alguien especial que consigue prever eventos que aún no suceden.

—¿Y yo podré hacer eso?

—El don que posees, Ariane —dijo *madame* Viotti—, se le concede sólo a personas especiales. Muy especiales. Es gente que la Creadora escoge como sus portavoces en este mundo.

—¿Como las hadas?

—Sí, pero ellas son más bien entidades responsables de mantener el orden de las leyes semidivinas. Sin embargo, están lejos de nosotros, los mortales. Las personas como tú son enviadas para recordarnos cuán maravillosos somos y que en parte somos semidivinos y en parte una creación que no sólo se renueva en nosotros, sino

que aprende con nosotros, así como los dioses aprenden con ellas.

Ariane se quedó pensativa. Eso se estaba poniendo serio. Demasiado serio. Era una muchacha que, como toda adolescente, soñaba con ser adulta o parecer lo más cercano a una adulta. Sin embargo, de allí a querer también la responsabilidad de una vida adulta, había aún un largo trecho.

—Pero ¿si yo no quisiera ser un oráculo o formar parte de todo eso, podría? ¿O, ya sabe, estoy obligada?

—No estás obligada a nada, Ariane. Como te dije: fuiste creada con un propósito, pero no quiere decir que llegarás al final de tu creación justo como se trazó al principio. Porque tu historia, así como la de todas nosotras, aún está siendo escrita, ¿comprendes?

Ariane comprendía. *Madame Viotti* finalizó:

—La cuestión siempre será: ¿confías a plenitud en tu Creadora, o consideras que deberías modificar las líneas en que tu vida está siendo escrita en este momento exacto?

Ariane Narin lo intentó, juro que lo intentó, pero no consiguió encontrar la respuesta a esa pregunta.

En el galerón de las cortinas negras, algunas decenas de jóvenes despertaron y se alimentaron con frutas robadas de almacenes. Liriel escogió a algunos de ellos como «supervisores», cuyo solo título generó una especie de segregación entre los otros chicos que vivían bajo la misma ley de las calles. Ser un «supervisor» no tenía nada de especial: tan sólo la función de ayudar a llevar comida y vigilar la limpieza o la ejecución de algunas tareas. Pero parecía ser un grado de suma importancia.

Así, el cargo cambiaría de personas cada semana. El objetivo era que cada uno experimentara un poco cómo se sentía encontrarse un grado arriba en la escala social. Y cuando un ser humano consigue ascender un grado en su sociedad, muchas veces incluso se mostrará dispuesto a morir para no volver a descender.

—¿Qué haremos con esos muchachos, Galford? —preguntó Liriel, observando a los chicos alimentarse como si fueran perros con días sin comer.

—Esta noche iniciaremos su entrenamiento y después saldremos para engrosar las filas de la nueva sociedad.

—¿Y durante el día?

—Aquí, en este galerón, siempre es de noche.

Axel Branford partió hacia la Arena de Vidrio para el segundo día de competencias.

El Puño de Hierro no era sólo el torneo de pugilismo más importante del mundo. También era el más difícil. El vencedor de aquel certamen en verdad merecería el título y sería recordado como alguien, precisamente, con un puño de hierro. A la postre, una de las mayores dificultades de la competencia radicaba en ese poco espacio de recuperación entre un combate y otro.

En el pugilismo tradicional, el lapso entre dos luchas oficiales es inmenso. Es común que incluso dure meses. Pero no en el Puño de Hierro. La segunda lucha se daba tan sólo un día después de la primera. No importaba si el pugilista se había abierto la ceja el día anterior ni si se había fracturado la mano o si sentía los huesos molidos. Los fanáticos más antiguos habían visto entrar a guerreros en la arena con los ojos tan inflamados que estaban prácticamente ciegos, y a otros combatir con los dedos quebrados. No importaba: aquel era el Puño de Hierro, y quien quisiera entrar en la arena sabía bien a qué se exponía.

Sin embargo, la mayoría de los competidores del segundo día por lo común no llegaban tan lastimados. Previendo la segunda jornada de lucha, los vencedores solían prepararse durante meses para lograr un primer encuentro rápido, con pocas defensas y golpes cortos y poderosos. Axel había preparado y realizado eso contra el adversario de Brëe. Había entrenado tanto para esa situación, que noqueó a su adversario más rápido de lo que nadie recordaba.

Sin embargo, aquel segundo día no sería así.

Era por eso que, mientras lo conducían sobre la misma base formada por el carruaje sin techo improvisado el día anterior, a lo largo del trayecto mantenía sus pensamientos fijos en la arena. Repartía sonrisas, saludaba y agradecía a la multitud, que detenía sus actividades o llegaba corriendo de todas partes para contemplarlo. Pero aquellos eran gestos mecánicos, gestos de quien está acostumbrado a recibir

aquel trato igual que como está habituado a respirar. Aquel día la algarabía era mayor que el anterior. Más soldados escoltaban al príncipe, y más aplausos y griterío acompañaban sus pasos.

La jactancia de aquel reino se perpetuaba día tras día, a una velocidad y con una intensidad cada vez más crecientes. Las banderas estaban extendidas en las ventanas. El número de tatuajes en los jóvenes con referencias a Arzallum y a Axel se había duplicado. En el centro de una plaza, una compañía de bufones, pagados por el propio rey Anisio, que llevaban los rostros pintados con polvo y rodeados de decenas de personas, simulaban, de la manera más teatral y caricaturesca posible, las luchas del día anterior durante el gran torneo. Gonta, el obeso pugilista de Cáliz, era representado por un actor con las ropas repletas de cojines que salían por las costuras. Según el bufón que hacía de juez y presentador, el pugilista retratado era «un sujeto tan gordo, pero tan gordo, que cuando se caía de la cama se caía por los dos lados». Radamisto, el gigantesco luchador de Minotaurus, era representado por un actor subido en las espaldas de otro, cuya cara reflejaba la luz del sol.

En la divertida simulación de la lucha del príncipe, el bufón que representaba a Axel usaba una peluca roja y dibujos en el cuerpo que simulaban músculos bien definidos. El pobre adversario de Brëe era caracterizado por un bufón vestido de mujer. En el momento en que ambos quedaban frente a frente, el actor que interpretada a Brëe se ponía a recitar poemas en vez de tomar una posición de lucha. Cuando el juez iniciaba el combate y Axel se le echaba encima, «Menoto» aventaba los libros hacia arriba y se desmayaba del susto.

El público se carcajeaba y aplaudía. Se sentían felices y orgullosos. Estaban confiados de que eran, o de que una vez más eran, la mayor nación del mundo. No importaba si las brujas se encontraban al acecho, pensando en hacer renacer clanes sombríos cuando las personas se fueran a dormir. No importaba si pensaban desafiar de nuevo a las hadas. No importaba si las relaciones entre Arzallum y Minotaurus estuvieran debilitadas ni que una guerra acarreará hambre y desgracia a una población no tan privilegiada.

El hecho era que, si las brujas se atrevían a renacer, los caballeros de rojo estaban de vuelta para cortarles las cabezas o quemarlas en hogueras. Y si Minotaurus pensaba tomar el lugar de Arzallum, que vieran a Axel Branford en aquella arena y recordaran el respeto que el emblema de aquel reino traía con la exhibición.

Pues hablamos de Arzallum y de todo lo que esto significaba.

En la Arena de Vidrio, Hartas, el pugilista de Mosquete, entró con animación. Sentado, Gonta estiraba las manos en un banco de madera para tres personas que el inmenso trasero del pugilista ocupaba casi en su totalidad.

—¿Eres una niña? —preguntó Hartas, mientras pasaba cerca de Gonta. El

pugilista de Cáliz lo miró sin sonreír y volvió a sus estiramientos.

Enseguida entró William Gamewell, del reino de Fuerte. William tenía algunas escoriaciones, pero sabía que era bueno jamás quejarse de ellas; finalmente él enfrentaría a Radamisto aquel día. Y tenía miedo. No sólo el temor de no representar bien a su reino, sino de no sobrevivir en el cuadrilátero ante aquel monstruo blanco.

Del otro lado, Ruggiero, el dragón oriental, tenía sentimientos opuestos. Sentado en posición de loto, sin demostrar bien si tenía los ojos abiertos o cerrados, era pura concentración. En situaciones tensas como la de aquella sala, observar a un hombre tan confiado y seguro de sí mismo como aquel era capaz de destruir a los adversarios incluso antes de ser llamados a la arena, pues desesperado es el corazón en crisis que se compara con otro lleno de la paz que él considera imposible alcanzar.

Desde allí escuchaban a las personas que llegaban a la Arena de Vidrio. Aún eran susurros: susurros que todos sabían que se transformarían en estruendo en pocas horas, cuando las emociones tomaran forma y moldearan el éter. Era difícil creer que había pasado un día. La impresión entre cada uno de aquellos pugilistas era que en ningún momento había salido de aquella sala, a no ser para entrar en el cuadrilátero.

Caradoc, de Albión, el guerrero de corte militar, entró en la sala y, como hacían casi todos, no saludó a nadie. Observó de soslayo a Ruggiero, su adversario, y no se sintió bien. Pensó en la hija y la esposa que dejó en casa y en lo que representaba la promesa de llevarles una medalla, y ese pensamiento sólo funcionó como una forma más de presión.

Devlin, el pugilista rojo, entró con una especie de tiara en la cabeza, formada por cuerdas trenzadas. Lucía adornos que recordaban su cultura indígena, sus amuletos sombríos y sus tatuajes extraños. Los otros pugilistas allí presentes no sentían exactamente temor ante ese guerrero, sino que en realidad el sentimiento era más de repulsa. Él caminaba como un tótem humano que hubiera cobrado vida y, de vez en cuando, se pasaba la lengua por los labios, como si estuviera hambriento.

El ambiente era tenso. Algunos aún se atendían las lastimaduras del día anterior cuando se escuchó una algazara que venía de afuera. Dos hombres entraron en la sala, uno de la Confederación Real de Pugilismo y otro de la organización del Puño de Hierro. Todos se volvieron hacia ellos y el segundo habló:

—Señores, dentro de una hora daremos inicio al primer combate del día de hoy. A partir de ese comienzo cada lucha ocurrirá con una hora de intervalo. ¿Alguna duda?

Nadie respondió.

—El primer combate de hoy será entre Gonta, de Cáliz, y Hartas, de Mosquete. Ambos pugilistas se miraron.

Hartas mantenía su sonrisa burlona. Gonta seguía serio y con la expresión cerrada.

Se escuchó el ruido de la puerta al abrirse y una vez más la atención se volvió

hacia ella. Entró Radamisto, el gigante blanco. Al contrario de lo que ocurría con Devlin, la mayoría de los pugilistas tenían hacia él un sentimiento de temor.

El representante del torneo continuó:

—La segunda lucha será entre Radamisto, de Minotaurus, y William, de Fuerte. —Radamisto no se preocupó por buscar a William. El joven de Fuerte sintió un sudor frío descender por un lado de su rostro, que congelaba a su paso cada centímetro, y le rezó a cualquier semidiós que le diera vida en ese momento—. Seguirán Ruggiero, de Ofir, y Caradoc, de Albión. Por último, Devlin, de Uruk, enfrentará a... —y el hombre buscó a alguien en la sala.

—Aquí. —Axel entró.

—... Axel, de Arzallum.

Los pugilistas comenzaron a moverse lentamente, haciendo crujir sus articulaciones y estirando los músculos. El representante de la confederación tomó la palabra:

—Señores, quiero decirles que el espectáculo presentado el día de ayer fue uno de los más emocionantes en la historia de este torneo. Por eso les deseo suerte a todos, felicito a los presentes por haber llegado al segundo día y espero que hoy nos den un espectáculo más grande, digno del público que estremecerá esta arena.

Algunos presentes aplaudieron con timidez, mientras que los dos hombres se retiraban. Ruggiero salió de su postura meditativa y comenzó a moverse. Radamisto se quitó la camisa y exhibió los exagerados músculos y las cicatrices de batalla. William rio de algo que dijo Hartas y que Gonta, como siempre, no tomó en serio.

Axel no los escuchó. Estaba serio y concentrado, y sólo asentía con la cabeza en dirección a cada pugilista ante el cual pasaba o con el que intercambiaba miradas. A la orden de su entrenador comenzó sus estiramientos.

—¿Qué venimos a hacer hoy aquí?

—Vencer, vencer.

João Hanson entró a la Arena de Vidrio con la multitud. Albarus Darin estaba a su lado y Andreos los seguía a pocos pasos. No había una sonrisa aún en su rostro, pero al menos parecía haber menos tensión al estar con sus amigos. Andreos pensaba que Hartas, de Mosquete, vencería en la primera lucha. João y Albarus no tenían duda de que el obeso luchador de Cáliz acabaría con él.

Sin embargo, antes de presenciar la lucha, conversó con su hermana. Un diálogo que se desarrolló más o menos así:

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó ella.

—No importa.

—¿Cómo que «no importa»?

—Aunque tuviera la seguridad de algo, probablemente dudarías de mí.

Aquello hizo hervir a María.

—João, ¿hasta cuándo estarás haciéndote la víctima en esta historia?

João Hanson suspiró.

—Haz lo siguiente, María: sigue tu camino, ¿está bien? Ya no te necesito para decirme lo que debo o no hacer. Tal vez seas la mayor de los dos, pero también tengo la edad suficiente para tomar mis propias elecciones.

—No quiero decirte lo que debes hacer, João —dijo ella con voz suave—. Sólo quería que supieras que yo... que nosotros nos preocupamos por ti.

—Te creo. Dile a mi madre que iré a visitarla todos los días, mientras él esté cortando leña.

—¡No hables así de papá!

—No me digas cómo debo referirme a mi padre.

—Él es nuestro padre.

—¡No, no y no! ¿Y sabes por qué, María? Porque él puede parecer el mismo, pero tú y yo lo vemos como dos personas muy distintas.

—João...

—Y yo respetaré la forma en que lo ves. La respetaré totalmente. A cambio, me gustaría que no critiques la mía.

María abrió la boca para decir algo más, pero João continuó:

—También me gustaría que respetes mi deseo de sólo querer escuchar tus consejos cuando te los pida.

João Hanson se volvió de espaldas y se dirigió a sus amigos.

María Hanson seguía sin saber qué decir.

Y Pablo Hartas, de Mosquete, giró una vez y media en el aire antes de caer al suelo. La multitud gritó. Era un grito de gente enloquecida. Herman Gonta, el pugilista barrigón de Cádiz, se golpeó dos veces en el pecho, llamando a su adversario para el combate. Aquella era la tercera vez, tan sólo en ese *round*, que Hartas besaba la lona.

El mosquetense se levantó y muchas mujeres le gritaron. Agitó los brazos e hizo girar los hombros en estiramientos improvisados. Tenía la visión debilitada y sentía un ligero gusto a sangre en la boca. Sabía que era a causa de unos cuantos dientes rotos. Comenzó a saltar, con la intención de traer un poco de ligereza a aquel combate.

—El tipo de Mosquete es más delgado. ¡El gordo es muy pesado! ¡Ahora lo verás! —dijo Andreos.

—No estás entendiendo —dijo João—. El tipo de Mosquete es tan ligero que su golpe parece el de una hormiguita para el grandote.

—Sí —dijo Albarus—, y si el gordo acierta uno más de esos porrazos en medio de la cara del tipo, ¡él no despertará hasta el próximo año!

Hartas se lanzó a un ataque un poco menos suicida. Pegaba un *jab* y se retiraba. Otro y se retiraba. Y otro y otro y otro. Y otro. Y se retiraba. Y se retiraba. Aquello comenzó a irritar a Gonta. El pugilista de Cáliz volvió a golpearse el pecho, llamando a su oponente. Hartas golpeaba y se retiraba. Golpeaba y...

De pronto, Gonta se le echó encima como un toro, en un movimiento mucho más de rabia que de conciencia. Hartas lo esquivó y, entonces, jugó con todas sus fichas.

¡Un *jab* y directo, directo, directo, directo, uno, dos, tres, cuatro, cinco, esquivas y uno, dos, tres, esquivas y uno, dos, tres! Gonta intentó dar un golpe con el codo. Hartas lo esquivó y lo golpeó con violencia en un costado. Gonta se dobló, sintiendo una punzada.

Las mujeres enloquecieron.

—¿Sabes... —Hartas habría querido decir más rápido aquella frase, pero su aliento se le agotaba debido al estilo de lucha intensiva que había adoptado—... lo que hacemos con hombres como tú en Mosquete?

Gonta avanzó en busca de arrancar la cabeza del mosquetense, que lo esquivó una vez más, pero no reunió las fuerzas para golpear de vuelta. Sonó el gong que anunciaba el final del *round*.

Antes de dirigirse a su esquina, Hartas concluyó:

—¡Los perforamos con floretes y aprovechamos la grasa que sale para freír papas!

Gonta se sentó en la silla lateral, con la expresión hermética. Sin embargo, se sentó con tanta brutalidad que el banco se quebró. La Arena de Vidrio se volvió una gran algarabía y las personas rieron con fuerza. Gonta se levantó despacio y escuchó a su entrenador decirle:

—¿Qué significa un hombre de tu tamaño?

—¡Un hombre que tiene tanta fuerza dentro de sí que se desborda del cuerpo para caber dentro de él!

—¡Entonces toma esa fuerza, entra ahí y borra la sonrisa de ese patán y de toda esa gente! ¡Ahora!

Sonó el gong. Gonta volvió bufando. Hartas imaginó que continuaría aguantando aquellas secuencias sin perder el aliento de una vez. Y cuando el pesado y furioso pugilista de Cáliz avanzó contra él, descubrió la respuesta.

No.

Hartas se escapó del primero. Y también del segundo y del tercero. Y golpeó de regreso. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Pero en la sexta... a partir de allí sus puñetazos ya no hicieron efecto. Su aliento estaba débil y cada vez más sentía que enfrentaba a un adversario que no se inmutaba ante sus golpes. Al menos no en aquel estado de furia en que él mismo lo había puesto.

Gonta golpeó fuerte una, dos, tres veces. Hartas sintió como si estuviera

vomitando las entrañas. Intentó buscar al juez para pedirle que interrumpiera el combate, pero ya era demasiado tarde. Gonta lo agarró del brazo, lo jaló hacia sí y le dio un directo que hizo que los más cercanos escucharan el ¡crac! de la nariz al partirse. Después hubo un segundo golpe en el estómago, que lo hizo escupir sangre sobre su propio contrincante.

Gonta preparó aún un tercer golpe, pero el juez gritó y suspendió el combate antes de que hubiera una muerte en ese torneo. Cuando Hartas fue liberado, el cuerpo se desmadejó como un saco de papas. Los equipos de paramédicos corrieron para retirarlo del lugar e intentar salvarle la vida. El público no gritó ni celebró, todavía un poco conmocionado. Y Gonta, bañado en la sangre escupida por su adversario, alzó los dos brazos y lanzó hurras como lo haría un oso.

Con excepción de su entrenador, nadie más en aquella arena emitió una sola risa.

—¡Guau! —dijo William, regresando a la sala de los pugilistas y dirigiéndose hacia donde estaba Axel—. Gonta destruyó a Hartas. Sacaron al tipo en camilla de la arena.

—Es parte de esto.

—Ojalá que el tipo sobreviva.

—No deberías preocuparte por él en este momento, William. ¿No eres el próximo?

William pareció congelarse.

—Sí —dijo, suspirando.

Al fondo, Radamisto reiniciaba sus poderosos estiramientos.

—¿Qué piensas? —le preguntó William a Axel.

—¿Sobre...?

—¡Rayos, sobre mis oportunidades! ¿Crees que tengo alguna contra ese gigante?

—¿Qué esperas que te diga, William?

—¡Que sí!

—Entonces estoy seguro de que tienes oportunidades contra él.

—Eso me sonó un poco falso.

—¿Quieres que cambie de opinión?

—¡No!

—¡Por el Creador! —Axel sonrió—. ¡Pareces una mujer!

Ambos rieron. Las risas atrajeron la atención de todos, incluso la de Radamisto y su expresión hermética. El gigante blanco dio algunos golpes en una de las columnas de la sala y algunas cosas cayeron del techo.

—¿Qué crees que debo hacer en el combate?

—¿No tienes un entrenador? —preguntó Axel, buscando al sujeto que, por cierto, no estaba allí.

—No es tan bueno. Se encuentra más nervioso que yo.

Axel suspiró.

—Bueno, nota que Radamisto es diestro. Así que trata siempre de quedar lejos de su brazo derecho e invertir su guardia. Él es fuerte, pero pesado. Tú eres más rápido que él y puedes golpearlo y retirarte. Golpear y retirar.

—¡Hartas intentó hacer eso con Gonta y por poco sale muerto del cuadrilátero!

—Hartas no tenía el aliento suficiente para llevar una lucha así.

—¿Y cómo puedes saberlo si no la viste?

—Él hablaba de más.

William calló y quedó pensativo. No dijo nada más hasta la hora de su lucha.

João Hanson reía de alguna broma sobre el descubrimiento de la pubertad con sus amigos, cuando escuchó una voz que habría reconocido con los ojos cerrados y debajo del agua:

—¡João!

Era Ariane Narin.

—¡Hola, tipo, ya te extrañaba! ¿No?

Ella lo abrazó con fuerza delante de sus amigos. João se sintió un poco avergonzado por tener las miradas encima de él y dio la espalda a los muchachos.

—Yo también —dijo, en voz baja.

—¡Pues no parece! ¿Y por qué susurras?

Los amigos alrededor comenzaron a reír. João miró por encima de su hombro, tomó a la chica de la mano y la alejó de allí.

—João, ¿sientes vergüenza de mí, eh? Porque si es así, sólo dímelo y yo...

—¡Para, Ariane! ¿Cómo voy a sentirme avergonzado de ti? Yo te adoro.

El muchacho dijo aquello con una naturalidad espantosa, que ni él mismo percibió. Pero Ariane sí.

—Es sólo que yo... todavía no me acostumbro, ¿sabes?, a tener novia. Y además ellos se han estado burlando de mí últimamente.

—¿Por qué? —dijo ella, con las manos en la cintura y haciendo cara de indignación—. ¿Por qué creen que se pueden burlar de mi novio?

—Ay, Ariane, no te lo diré.

—¿Y por qué no? —la voz iba subiendo de tono.

—Porque nunca sé cómo reaccionarás en esos casos. Según la ocasión, incluso te puedes poner en mi contra.

Siguiendo su natural instinto femenino, en cuanto Ariane entendió el conflicto de la situación, cambió de inmediato su postura, ya agresiva, por una dócil, como es típico en la hembra al percibir que el macho ha tomado una actitud defensiva ante algo que ella pretende saber. Entonces dijo con una voz mansa, mientras acariciaba el brazo del muchacho con las dos manos:

—João, ¿qué es eso? Soy tu novia —resulta interesante cómo ese título es usado con frecuencia para justificar una serie de acciones e incluso de exigencias—. Puedes confiar en mí, así como yo confío mucho en ti. ¿No dices tú mismo que me adoras?

Él asintió con la cabeza.

—¿Entonces? Yo también te adoro —y lo abrazó con fuerza; él habría querido resistirse, pero ¿qué podía hacer? Adoraba a esa muchacha—. ¡Tú eres mi *Joãocito* lindo!

João suspiró e hizo una mueca.

—¿Por qué todo el mundo me sigue llamando con ese ridículo apodo, eh?

—No es ridículo. Quiero decir, tal vez si otro niño te llama así resultaría ridículo, pero, bueno, cuando las niñas te lo decimos, ¡ahí sí que no! ¡Entonces suena lindo! —una pausa y un cambio súbito en el tono de voz—: Por cierto, la única niña que te puede llamar así soy yo, ¿me escuchas?

—Sí, Ariane, sí —respondió el muchacho, que intentaba negar una atracción imposible de ser explicada incluso por el más talentoso de los poetas.

Y después de un fuerte abrazo, dotada de su natural instinto femenino, ella aprovechó el momento para realizar el ataque que esperaba desde el principio:

—Bueno, ahora cuéntame por qué esos bobos se reían de ti.

—Por nada. Me estaban fastidiando porque soy el único con novia que jamás ha besado de lengua.

Ariane se apartó de súbito y regresó las manos a la cintura.

—¿Cómo? ¿Y tú qué opinas al respecto?

—¡Creo que tienen razón!

—¿Ah sí? ¡Ah, entonces, si crees que tienen razón, quédate con ellos! ¡Porque yo soy una chica de respeto, y para estar conmigo tendrás que hacer méritos!

—Ariane...

—¿No puedes respetar mi momento? ¡Quiero besarte! Sólo que aún no estoy lista. Nosotras, las chicas, somos así, ¿qué le vamos a hacer? No somos apresuraditas como ustedes.

—Ariane...

—¡Tardamos más para arreglarnos, para ir al baño, para tomar decisiones importantes!

João se irritó a su vez, como es típico en los hombres cuando algo les es negado más de una vez:

—¿Lo ves? ¡Y luego reclamabas que nadie quería ser tu novio!

La muchacha hirvió.

—¿Ah, sí? ¿En verdad quieres saber? ¡Tal vez sea porque no necesito de uno! —gritó, atrayendo miradas a la escena. Miradas que de nuevo incomodaron a João. Mientras se apartaba, la escuchó decir—: ¿Quieres saber por qué quería esperar para

besarte de lengua? —el corazón de João se detuvo. Abrió la boca de par en par. Los ojos se le desorbitaron—. ¡Porque ya he besado de lengua a otro antes que a ti! —el mundo pareció girar más despacio—. ¡Sólo que fue hace mucho tiempo y no me gustó! ¡Por eso quería estar preparada, para que cuando llegara el momento contigo resultara perfecto! ¿Me escuchas, so... insensible? ¿Y quieres saber algo? ¡Ya no me interesa!

Y Ariane se dio la vuelta y salió caminando, irritada. Alrededor de João Hanson varias miradas lo seguían, entre risas y bromas. Pero a él no le importaba. João no veía ni escuchaba nada. En el pecho sólo sentía una punzada que le hería el corazón y le calentaba el estómago de una manera casi venenosa. Percibió a Héctor Farmer que lo observaba a lo lejos. Como en todos los demás, había una sonrisa extremadamente burlona en la cara del muchacho. Por lo común, después de semejante situación, habría ido en busca del consejo de su hermana, o de su madre, o de Ariane, o quizá de su propio padre. Mas no ahora.

Pues fue allí cuando, por primera vez, João Hanson se dio cuenta de qué tan solo comenzaba a sentirse.

William recibió un gancho en el estómago que lo tiró al suelo con violencia. Sin embargo, lo peor no era el maldito dolor que cada golpe le provocaba. Eran los gritos. Los berridos de los fanáticos de aquella maldita nación que en su poco tiempo de vida ya había aprendido a odiar. Los gritos de Minotaurus.

Se levantó cuando el conteo del juez se acercaba al ocho. Alzó los brazos para mostrar que deseaba continuar. Radamisto, en su esquina, volvió al centro del cuadrilátero, y el juez reinició la lucha. William se aproximó con la guardia alta.

«Bueno, nota que Radamisto es diestro».

¿Y él no lo sabía? ¿O con el golpe de qué puño crees que él había ido a dar al suelo poco antes?

«Así que trata siempre de quedar lejos de su brazo derecho e invertir su guardia».

Invertir la guardia. William cambió de posición y se movió en semicírculos, intentando mantenerse del lado izquierdo de Radamisto. El gigante blanco se sintió incómodo, pero lanzaba *jabs* con el brazo izquierdo hacia el frente que lastimaban la guardia de William.

«Él es fuerte, pero pesado. Tú eres más rápido que él y puedes golpearlo y retirarte. Golpear y retirar».

Golpear y retirar. Golpear y retirar. El gigante arriesgó un directo de derecha, abriendo el lado izquierdo. William salió y... ¡bam! El golpe pegó en su costado izquierdo. Radamisto pareció irritarse más que sentir el golpe.

«Él es fuerte, pero pesado».

William comparaba su momento al de un leñador que intentaba derrumbar un

árbol gigantesco y bien enraizado. Un leñador que sólo necesitaba un hacha bien afilada y fuerza, pero también técnica. A final de cuentas no era sólo cuestión de pegarle a un tronco. Era también cuestión de...

¡Fue entonces cuando William tuvo una idea!

Radamisto avanzó contra él. De nuevo el pugilista de Fuerte salió y, ¡bam!, el gigante trabó los dientes. William sonrió. A la postre, por más que intentara esconderlo, él lo sabía: el pugilista de Minotaurus al fin había sentido dolor.

«Él es fuerte, pero pesado».

William se dio cuenta de que la cuestión, para que un leñador derrumbara un árbol, no era sólo pegar con fuerza y con un arma bien afilada.

Se trataba golpear varias veces en el mismo punto.

Y de nuevo esquivó y golpeó. Esquivó y golpeó. La respiración comenzó a acelerarse. La temperatura corporal era cada vez mayor. Radamisto empezó a ponerse cada vez más irritado e irritado e irritado. Finalmente su motivo resultaba justificable: aquel gusano lo hacía doblarse en aquella arena, delante de su emperador. Cuando el cuarto puñetazo le pegó de nuevo a la altura de las costillas del lado izquierdo, Radamisto, en un acto reflejo, cerró la guardia de ese lado y se obligó a invertir su guardia con el brazo derecho al frente.

William Gamewell casi no podía creer que lo había logrado. Entonces sonó el gong del final de ese *round*. A lo lejos Axel Branford observaba. Aquel era el único combate para el cual se había propuesto salir de la sala y contemplar. Tenía ganas de ir hasta el cuadrilátero y darle otros consejos, tal vez mejores de lo que su técnico le daría, pero es obvio que no lo hizo.

Comenzó el siguiente *round*. Radamisto se veía diferente. La lectura corporal del gigante blanco demostraba que se encontraba menos consciente y mucho más instintivo. Ya no parecía un ser humano regresando a la arena, sino un animal. Un oso blanco de más de dos metros de altura. Un oso repleto de odio. Un hombre sin noción de los límites.

El juez reinició el combate. Radamisto aún se protegía el lado izquierdo y Axel encontraba interesante aquel cambio de postura: del guerrero frío al guerrero animal. Sólo que ese estado también era peligroso y de hecho tenía un nombre entre los pugilistas: *berserker*. Un estado en que el oponente no piensa, sólo golpea y golpea y golpea, y se rehúsa a caer. Al menos hasta que su adversario esté incapacitado o muerto. Y cuando un *berserker* golpea, no conoce la diferencia entre golpear para tirar o golpear para matar.

William sudaba frío. Recibió un *jab* en medio del rostro y retrocedió, desequilibrado, mientras el oso humano se lanzaba encima de él. Recibió dos golpes más y vio estrellas. Quería moverse, pero le pesaba la respiración.

«Él hablaba de más...».

William paró algunos golpes, que le dejaron marcas rojas en los codos. El dolor era tanto y tan intenso, que las lágrimas brotaban de sus ojos y empeoraban la visión.

«¡Hartas intentó hacer eso con Gonta y por poco sale muerto del cuadrilátero!».

William no quería morir en la arena. No en esa arena. Tenía ideales, un motivo para estar allí, mas no podría retroceder hasta no haber terminado. Y por más que viera estrellas lanzando luces en tres dimensiones ante sus ojos, arriesgó sus fuerzas restantes para llevarse consigo cuando menos un pedazo de su adversario.

«Hartas no tenía el aliento suficiente para llevar una lucha así».

William comenzó a pensar que él mismo tampoco lo tendría. Pero al menos estaba dispuesto a hacer un sacrificio.

Radamisto avanzó una vez más. William esperó y paró el golpe violento al mover el rostro de su trayectoria. Se preparó. Y entonces inspiró su último aliento, rezó a su semidiós preferido y apostó toda la energía que le quedaba en un único y poderoso golpe.

El resultado esa vez no fue un ¡bam!

Fue un ¡crac!

La multitud más próxima alrededor del cuadrilátero alcanzó a escuchar aquel sonido, y se oyó un «¡ohhh!» por parte del público. Radamisto se dobló ante el pugilista de Fuerte y Ferrabrás palideció desde el lugar de honor donde se encontraba. Y fue allí donde el emperador de Minotaurus se levantó sin ninguna compostura y gritó:

—¡Radamisto! ¡Quiero su sangre!

Radamisto abrió mucho los ojos e hizo una mueca rara, mezcla de dolor, vergüenza y odio profundo. El puño de su adversario seguía encajado entre sus costillas quebradas y el guerrero blanco atrapó el brazo derecho del enemigo, ignorando el dolor lacerante que sentía.

Entonces un cabezazo abrió un hueco en la frente de William. Y un directo casi le hundió la parte frontal del cráneo. William vio al mundo teñirse de rojo y comenzó a tambalearse hacia atrás. Radamisto corrió hasta él, preparando un *uppercut*.

Desde donde estaba, Axel Branford comenzó a gritar desesperado, implorando que terminara la lucha.

El puñetazo del gigante hizo que William se elevara y cayera al suelo con violencia, sin que nadie supiera si estaba vivo o muerto. Se hizo un silencio en la arena, roto en seguida por los gritos de «¡honra y gloria!» de los minotaurinos.

Y mientras el médico en jefe y sus paramédicos corrían a socorrer al derrotado, el gigante blanco se fue hacia el área donde estaban los monarcas. Sería mentira afirmar que algunos no sintieron miedo en ese momento. Entonces estiró el puño derecho cerrado en dirección a Ferrabrás y mostró la sangre que manchaba la atadura. Después se golpeó dos veces en el pecho y gritó con un largo aliento:

—¡Minotaurus!

Axel Branford se volvió de espaldas y regresó a la sala de los pugilistas.

—¿Él está...? —preguntó Caradoc cuando Axel regresó a la sala.

—Sobrevivirá.

—¿Cómo puedes estar seguro, Branford?

—Con fe.

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, una finta, abajo, derecha —volvió a decir, mientras esperaba el resultado final—. Izquierda, derecha, izquierda...

—Oye, João, ¿dónde está tu no...? —intentó preguntar Andreos.

—Cierra la boca.

—¡Eh! Sólo te iba a preguntar si...

—Haz mejor esto: yo no me meto con tu vida. A cambio, tú y todo el mundo harán lo mismo con la mía —y volvió a su mundo, contando otra vez—: Izquierda, derecha, izquierda, derecha...

Ni Andreos ni otro muchacho del grupo que lo rodeaba se atrevió a decir otra cosa a João Hanson.

—¡Ariane! —dijo su madre, entusiasmada, al lado de *madame* Viotti, cuando su hija se acercó a las dos.

—¡Qué!

Ninguna de las dos señoras abrió la boca para decir nada más.

Axel Branford decidió que ya no saldría de la sala hasta la hora de su combate. Melioso le dio tiempo para concentrarse y él se sentó, observando al pugilista indio golpear al fondo con algunas ramas alrededor de sus hombros y entonar canciones en idiomas indígenas desconocidos. Axel, sentado en posición de loto, como antes lo había estado Ruggiero, visualizaba su próxima lucha y su destino.

Sin embargo, alrededor de sus hombros algo le incomodaba. Era una sensación de hormigueo que comenzaba en el área inmediatamente arriba de donde se iniciaba la columna vertebral. Axel se sentía cansado, aunque ese cansancio no fuera exactamente físico, sino psicológico. Respiración pesada. Escuchaba los gritos provenientes de la arena y se hacía una imagen mental de lo que allí ocurría. Era obvio que al pueblo le gustaba el carismático guerrero oriental y que él debía estarle

dando otra de sus zurras, con aquellos golpes diferentes, a Caradoc, un buen adversario, tal vez incluso el mejor de toda Albión, pero no uno de los mejores del Puño de Hierro, como los que restaban.

Caradoc estaba un grado por encima de la media, pero aún por debajo de la cima.

Axel incluso llegó a escuchar el *¡kiai!* que precedía al golpe final. Escuchó al público gritando y lo escuchó haciendo el conteo junto con el juez. Escuchó la campana y la euforia. Sabía, pues, que si pasaba a la próxima fase, el dragón oriental estaría en su camino.

«Mañana yo enfrentar a quien está escrito en mi dharma. No importar quién está escrito en esas líneas».

¿Estaría Ruggiero escrito en las «líneas del destino» de Axel, o sería el príncipe el que estaba siendo escrito en ese momento en las líneas del oriental? ¿Cuál era la diferencia en esas respuestas? Mientras que el príncipe buscaba una respuesta, su adversario había dejado de golpear ramas contra sus espaldas y ahora caminaba en círculos, brincando en una danza extraña que parecía la de un borracho que estuviera desequilibrado.

Axel se levantó.

—¿Qué hace? —preguntó al entrenador Melioso.

—Lo que deberías estar haciendo tú: preparándose.

—No necesito prepararme.

—¿No?

—No —y Axel apretó los dos puños, haciéndolos chasquear—. Estoy listo.

En el área dedicada a los monarcas, el rey Anisio conversaba con su prometida Blanca Corazón de Nieve, observando al rey Alonso con su acompañante.

—Tu padre parece dedicarle una buena parte de su tiempo a su nueva acompañante, ¿no es así, Blanca?

—Ni me digas.

—Por lo visto ella no parece tener tu aprobación.

Blanca se quedó callada un tiempo, analizando qué decir:

—¿Sabes, Anisio? Quiero que papá sea feliz de nuevo. En verdad lo deseo. Por eso me siento culpable de no simpatizar con esa nueva compañera.

—¿Muy rápido para ocupar el vacío?

—Tal vez. Acaso tenga dificultad en aceptar que otra mujer frecuente los aposentos donde debería estar mi madre.

—O tal vez te rehúses a aceptar que tu padre se recuperó muy rápido de la partida de su esposa.

Blanca volvió a quedar en silencio, reflexionando. Anisio continuó:

—Blanca, ambos perdimos a seres queridos, y sé el dolor que sientes, pero creo

que deberías pensar en algo: yo haría todo a mi alcance, e incluso más, por tener a mi padre conmigo y a mi lado en los tiempos actuales. Y si estuviera aquí no sé cómo sería mi reacción si lo viera con otra que no fuera mi madre. Sin embargo, desde el punto de vista de ellas, estoy segura de que les gustaría que el tiempo de nuestros padres no fuera gastado en llantos, sino en sonrisas. Les gustaría que las líneas que están por escribirse en las vidas de ellos fueran alegres, no sombrías. Y que nuestro propio tiempo se invirtiera en apoyarlos, no con peticiones ni actitudes soberbias. Ese razonamiento me lleva a creer que, independientemente de cuán difícil será para nosotros, deberíamos dar al corazón una segunda oportunidad, pues al final de todo se encuentra el amor, ¿no?

Blanca sentía que le ardía el pecho cada vez que su futuro marido abría la boca. A pesar de todo ella misma era una princesa bendecida que conocía el amor.

—¿Y si ella no trajera amor a la vida de mi padre, Anisio?

—Nosotros estaremos vigilando.

La Arena de Vidrio tembló una vez más, causando estremecimientos incluso afuera, donde el comercio proseguía. Se habían presentado dos reacciones del todo diferentes en pocos intervalos de tiempo: primero, aquellos abucheos capaces de detener manadas. En representación de Uruk, con la bandera erguida, Devlin entró en la arena, en medio de sus danzas extrañas. Las personas se fijaban en sus tatuajes e insultaban al pugilista, gritándole los peores apelativos que sus mentes eran capaces de proferir. Con sólo una tira de cuero alrededor de la cabeza, él siguió su camino con una sonrisa casi burlona. Subió al cuadrilátero y saludó a la multitud, que volvió a abuchearlo y a comparar a su madre con animales de gran tamaño.

Entonces llegó el éxtasis que acompañaba a la euforia. Axel Branford, con su manto encapuchado, caminó hasta la arena con pasos cadenciosos, balanceando los hombros. Al fondo, de nuevo la multitud seguía el ritmo de aquella percusión primitiva que resonaba en batidas graves, seguidas de una batida aguda que inflamaba, a través de las palmas, a los miles de corazones. Las mujeres pronunciaba, los niños brincaban, los hombres sonreían. El público pronunciaba su nombre una y otra vez y de cuando en cuando insultaba a Minotaurus, a Radamisto o al propio emperador Ferrabrás, aunque el combate fuera contra Uruk.

Axel subió al cuadrilátero y de nuevo, con un solo movimiento, entregó su manto al entrenador, revelando el calzoncillo con los colores de Arzallum.

El juez aproximó a los adversarios y gritó:

—¡Ya les expliqué las reglas! ¡Sin golpes bajos, sin golpes sucios, sin trampas! ¡Ustedes no están aquí por sus causas, sino a causa de esta multitud que vino a ver un espectáculo! ¡Y quiero que ese espectáculo sea recordado!

Axel miraba a Devlin a los ojos. El urukiano también lo miraba a él. Ambos

inquietos, incapaces de mantener una postura estática. La tensión subió entonces hasta el nivel de...

—¡Luchen!

Por increíble que parezca, por primera vez en su historia como pugilista, Axel vio a un adversario lanzársele encima antes de que él tuviera oportunidad de hacerlo primero.

Jab. Jab. Jab. Los puñetazos golpeaban la guardia cerrada del príncipe. Una finta, en la cual Axel no cayó. ¡Y otros *jab, jab, jab*, directo! El golpe acertó en el puño de guardia de Axel y se lo echó hacia atrás, por lo que golpeó en su propia cara. El príncipe rugió con furia.

Jab. ¡Directo! La cabeza de Devlin se fue hacia atrás, con dos golpes que él ni siquiera vio. La multitud volvió a hacer de aquello un pandemonio. Y el príncipe se lanzó con ella.

Jab. Directo. Jab. Directo. Devlin recibió los cuatro golpes en medio de la cara. *Jab.* El urukiano bajó el tronco, esquivando el área de ataque y... ¡Bam! El puñetazo acertó en la boca del estómago y le sacó el aire al príncipe. La tímida y monstruosa hinchada de Uruk gritó. Devlin preparó un cruzado que lanzó el rostro del príncipe en un ángulo violento de noventa grados hacia atrás. Axel se tambaleó y por un momento vio a dos adversarios. Devlin se abalanzó hacia él con un *cross*: un golpe en que el brazo se flexiona y el codo se ubica en un ángulo por encima de la altura del puño.

El golpe descendió y castigó el rostro del príncipe. Por instinto, Axel cerró la guardia y comenzó a sentir la secuencia. *Jab, jab, jab*, directo, *jab, jab, jab*, directo. Devlin lanzaba una serie tras otra en un intento de abrir la guardia del príncipe y terminar con aquel combate antes de que...

Sonó el gong. El *round* terminó.

El rey Gilgamesh, en el área de los reyes, se levantó de manera imponente y lanzó una especie de rugido. La multitud lo abucheó con gusto y volvió a gritar el nombre Axel y a batir sus palmas ritmadas.

Desde su esquina, Melioso preguntaba ansioso y preocupado:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no intercambias golpes con él? ¿Tienes aliento para eso!

—Yo... yo... no sé qué está pasando...

—Branford... —el entrenador le dio dos palmaditas leves en el rostro, intentando atraer la atención y la mirada del príncipe hacia él—. ¡Concéntrate en la lucha, por el amor del Creador! ¿Dónde está tu mente, lejos de este combate?

—¡No lo sé, entrenador! ¡Yo... me estoy sintiendo destruido! Como si llevara

días luchando.

—Pero estás en plena forma, así que...

Sonó el gong de reinicio.

Axel apartó a su entrenador y volvió a la arena.

Ariane había dejado de lado un poco su expresión enfurruñada cuando Axel entró a la arena. Tenía ganas de que João estuviera cerca, simplemente para que la escuchara gritar el nombre del príncipe otra vez, de manera emocional y exagerada. Pero, como todos en la arena, también estaba preocupada. Había visto a su ídolo llevarse una zorra en el primer *round* como nunca un arzallino lo había visto antes. Y, peor, al inicio del segundo *round* parecía que la escena se repetiría.

Fue entonces cuando notó algo muy extraño.

—*Madame*... —intentó decir. Sin embargo, *madame* Viotti no la escuchó en medio del escándalo de la multitud—. ¡*Madame!*

Madame Viotti e incluso su madre se volvieron asustadas.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó la vieja señora.

—¿Por casualidad ahora está permitido que los niños suban al cuadrilátero?

—No, claro que no, querida. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Porque hay un niño allí!

Anna Narin y *madame* Viotti se volvieron asustadas y miraron hacia el cuadrilátero.

No había ningún niño allí.

Axel recibió dos golpes a la altura del hígado, que provocaron una sacudida en el plexo solar, justo debajo de las costillas. El dolor lo quemaba. Se abrazó a su adversario en un *clinch* para interrumpir la secuencia y se odió por eso. Detestaba a los pugilistas que interrumpían las secuencias por falta de eficiencia y ahora él estaba haciendo lo mismo. Cuando el juez hizo una pausa para separarlo, miró en dirección a su hermano.

Anisio Branford estaba asustado.

Y cuando el juez ordenó reiniciar el combate, Axel descubrió que él también lo estaba.

—Ariane —volvió a decir *madame* Viotti, con su estilo calmado y profesoral—, dime, ¿dónde hay un niño en el cuadrilátero?

—Del lado de Axel —respondió ella, con firmeza.

Las dos mujeres se miraron, preocupadas.

—¿Y qué está haciendo?

—Agarrando con una mano el calzoncillo de Axel, como si intentara llamar su atención.

—¿Y la otra mano?

—Tiene el pulgar en la boca.

El corazón de *madame* Viotti se aceleró.

El segundo *round* terminó. Axel tenía el rostro hinchado. El plexo solar, molido. La respiración, entrecortada, como si luchara en una altitud impensable.

—¡No sé quién eres, pero necesito que regrese el Axel verdadero! —dijo el entrenador a su pupilo—. ¿Me escuchas?

—Lo juro, entrenador: no sé qué está pasando. Me siento débil... Muy débil. —Casi se le habían cerrado los ojos, como si muriera de sueño, cuando Melioso le dio una palmada, esta vez más fuerte que las anteriores. Miró en el fondo de sus ojos. Y preguntó con firmeza:

—¿Qué venimos a hacer aquí?

Axel parecía con la intención de responder, mas no podía. Otra palmada. El público que contemplaba la escena estaba aún más conmovido.

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—A vencer —dijo, con esfuerzo.

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—A vencer.

Sonó el gong para que se reiniciara el combate.

—Es magia verde —dijo *madame* Viotti, preocupada.

—¿Cómo «magia verde»? ¡No sabía que la magia tuviera otro color! —se indignó Ariane.

—Hija, la magia verde se relaciona con la naturaleza, con los espíritus de la naturaleza —dijo Anna.

—¿Pero quién sabe meterse con eso además de las brujas?

—Los chamanes indígenas —respondió Viotti. La señora estaba sorprendida, por lo común ella misma era capaz de ver cosas como esas.

—¡Mira, el *round* comenzó y ese chamaco sigue encima de Axel! ¡Y lo está sujetando otra vez, pobrecito!

Anna y *madame* Viotti se miraron, pensativas. Entonces Viotti le hizo una señal afirmativa a Anna, que se inclinó hasta la altura de su hija para demostrar que hablaba en serio:

—Ariane, escucha: ¿recuerdas cuando hablaste con la Banshee una vez?

Ariane se congeló. No siempre es fácil recordar cuando se dialoga con la enviada de la muerte.

Ella asintió. La madre continuó:

—Pues ese niño que ves es una entidad igual que la Banshee, ¿comprendes?

Los cabellos de Ariane se erizaron. Y dijo:

—Comprendo.

—Él está allí para absorber la energía de Axel e impedirle dar lo mejor de sí. ¿Comprendes que, si no hacemos algo rápido, Axel será destruido en poco tiempo?

—¡Déjate de rollos, madre! —afirmó la chica—. ¡Dime que hay hacer, pero dime ya!

—¡Llámallo, hija!

El corazón se le volvió a acelerar.

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo hacerlo. Mira hacia él, cierra los ojos y crea una imagen mental. Luego llámalo.

Ariane miró al niño, que continuaba sujetando el calzoncillo de Axel, el dedo aún en la boca. Entonces ella cerró los ojos. Visualizó su imagen.

Y lo llamó.

Axel sintió que su rostro golpeaba con fuerza en el suelo. Sentía que el mundo giraba. Había perdido la noción del equilibrio y sus huesos parecían de arena. Escuchó el conteo en un mundo mucho más distante de lo que en verdad estaba. Las propias voces del mundo parecían ya no entrar en su cabeza, y absolutamente todo parecía conducirlo a la oscuridad.

Aun así, la imagen de Anisio Branford asustado se apoderaba de sus pensamientos. Y fue siguiendo esa imagen mental como poco a poco se levantó, mientras rezaba a su Creador por un milagro, si es que una vez más llegaba a ser digno de eso.

—Creo que me escuchó.

—¿Por qué? —preguntó la madre.

—Porque se dirige para acá.

Axel volvió a distinguir el mundo y a escuchar a su pueblo. Se aseguró como pudo algunos momentos más en la guardia y escuchó el final del *round*.

—¡Branford, o reaccionas en este *round* o aventaré la toalla! —dijo Melioso.

—Ni lo pienses, entrenador.

Melioso continuaba temeroso, pero le gustó el tono de voz de su pugilista.

—¿Y por qué no debería hacerlo?

Axel esbozó una sonrisa, pues su pecho subía y bajaba como si fuera a vomitar. Inspiró y exhaló varias veces por la nariz, con la boca cerrada, y entonces estabilizó aquello desconocido que sentía. Se levantó incluso antes de escuchar el gong. Y con una sonrisa irónica dijo:

—¿Sabes qué vinimos a hacer hoy aquí, entrenador?

¡El gong sonó!

Axel volvió al cuadrilátero convertido en un predador en busca de su presa, mientras al fondo su entrenador gritaba con voz vibrante:

—¡A vencer!

—¡El niño está llegando! ¡Está llegando! ¡Caray, está llegando!

—No le tengas miedo —dijo *madame* Viotti.

—¿Miedo? Le arrancaré los cabellos y...

—Ariane —continuó *madame* Viotti—, entiende, querida, que la culpa de haber sido usado no es suya. Es un espíritu perdido que no encontró su camino y fue utilizado por el pugilista chamán, sin entender con exactitud lo que hacía.

—Ahora estoy confundida. ¿Entonces qué debo hacer?

—Conversa con él. Llévatelo a jugar. Por lo que me describes, sólo eso buscaba con Axel.

El muchacho se detuvo frente a Ariane. Y estiró la mano para tocarla.

Jab. ¡Jab! El primero fue de Devlin. El segundo, la respuesta inmediata de Axel. *Jab. ¡Jab!* Devlin se asustó con los reflejos del adversario, que a esas alturas ya debería estar acabado. Axel preparó una finta y Devlin recibió un *jab*, seguido de un cruzado de derecha, de arriba abajo. Y antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, el príncipe de rostro hinchado salió golpeando a la masa informe que se movía frente a él.

Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Cruzado. Cruzado. Cruzado. Un golpe lateral al estómago forzó a Devlin a doblarse, asustado. Cuando comenzó a tambalearse hacia atrás, los rugidos continuaban. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Esta vez era Devlin quien mantenía la guardia cerrada. Entonces el urukiano comenzó a devolver los golpes en un espectáculo difícil incluso de ser explicado por quien no estaba en aquella arena.

Un golpe, un contragolpe, un golpe, un contragolpe, una esquivada, otra, un golpe, otro y otro y otro y otro. Eran tantos golpes que resultaba difícil decir quién llevaba la ventaja.

Anisio Branford se levantó y comenzó a gritar el nombre de su hermano, enloquecido como toda la multitud, de pie en aquella arena ante el milagro. A su lado, Gilgamesh también le gritaba a su guerrero.

Pocos segundos antes de terminar el *round* llegó el golpe decisivo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ariane; ante cualquier persona parecía estar hablando sola.

Madame Viotti y Anna Narin sudaban frío, observando a la muchacha, a la espera de alguna respuesta. Entonces escucharon a Ariane preguntar:

—¿Quieres jugar conmigo?

Devlin avanzó para jugar su máxima carta. Incluyó el tronco hacia un lado y lo proyectó con violencia hacia el frente. *Uppercut*, el temido gancho invertido. El puño subió girando con el tronco, lanzado con violencia hacia la quijada del oponente. Si ese golpe acertaba en el príncipe, el cerebro se impactaría en la caja craneana y se apagaría durante unos momentos.

Sólo que el golpe falló.

Axel lo esquivó, a saber cómo, y preparó el contragolpe. *Swing*. Un golpe a distancia en que el pugilista traza un círculo con el brazo, el cual describe un largo arco violento que trae una concentración de fuerza tan grande que el brazo debe mantenerse ligeramente doblado para evitar luxaciones. Un golpe peligroso, pues deja la guardia abierta durante la ejecución.

Sin embargo, su potencia, cuando encuentra su blanco, resulta avasalladora.

El golpe dio en un lado del cuello de Devlin y acertó en la arteria carótida, una región pletórica de nervios que lleva la sangre al cerebro. El dolor provocado fue de una intensidad brutal y tan vehemente que por sí solo provocó una violenta suspensión de las actividades motoras. Devlin, de Uruk, cayó como un saco de arroz ante una multitud que no paraba de hacer temblar aquellas estructuras. El médico en jefe y sus paramédicos corrieron a atender al pugilista noqueado, que corría el riesgo de sufrir una parálisis en uno de los lados del cuerpo en caso de que la arteria estuviera lesionada.

El griterío, sin embargo, era tan alto, pero tanto, que nadie escuchó —ni le importó— cuando sonó el gong. Ni cuando el juez declaró el *knockout* vascular y levantó los brazos del vencedor. Aquella multitud sólo gritaba un nombre. Un único nombre. El rey Gilgamesh reconoció el resultado y felicitó al rey Anisio delante de los demás monarcas. El rey de Arzallum reconoció a su vez que la participación de Uruk en aquel torneo había traído mucho orgullo a aquella nación.

Melioso entró en la arena y puso el manto sobre su pugilista lastimado, listo para

retirarlo de allí. Sabía que el público tenía derecho a sentirse eufórico, pero el trabajo de ellos aún no terminaba. De todo lo que habían hecho, y de todo lo que habían pasado durante tantos años al hilo, faltaban sólo dos combates para lograr el gran objetivo final.

Y también sabían lo que habían ido a hacer allí.

Robert de Locksley continuaba su peregrinación. Esta vez, sin embargo, ya no iba solo, como hacía poco tiempo. Cada vez que entraba en los pueblos o las tabernas se encontraba menos solo. Su grupo ya era de treinta personas, la mayoría jóvenes de los que ni siquiera conocía su nombre, aunque ellos sí sabían el de él. Continuaban en Stallia, pero en breve partirían a Sherwood, donde estaba su pueblo y aquellos por los cuales moriría o quienes morirían por él.

—¿Cuándo iremos a Sherwood? —preguntó Pequeño John ante una hoguera donde se cocía la carne de algún animal abatido.

—Cuando sea la hora.

—¿Y cuándo llegará esa hora?

—Cuando tengamos en nuestras filas a todos los que aún no están.

Pequeño John se quedó callado. Probó un pedazo de carne y descubrió que seguía cruda.

—¿Cuántos nos faltan, Robert?

—¿En general?

—No, de los principales. De tus capitanes.

—¿Además de ti? Tres. Ya conoces sus nombres.

—Sí. Uno de ellos estaba en el reino de Fuerte. Los otros dos, en Sherwood.

—No, el de Fuerte ya no está allá. Se encuentra en Arzallum.

—¿Quieres ir a Arzallum? —preguntó Marion, aproximándose y sentándose con ellos.

—Sí, iré. Pero sólo con ustedes. Nuestro ejército nos esperará aquí.

—¿Por qué Arzallum? —insistió Marion.

—Porque una vez que guerreemos contra Stallia por la liberación de Sherwood, atraeremos al combate al ejército de Minotaurus. Y no podemos enfrentar a ambos. Además, sólo hay un ejército en el continente capaz de anular a las fuerzas de Minotaurus.

—¿Y crees que el rey Branford llevará a su ejército al campo de batalla sólo porque tú se lo pidas?

Robert se quedó en silencio y luego dijo:

—Él es un hombre justo. Comprenderá nuestra lucha.

—¡Creo que confundes al hijo con el padre! —exclamó Pequeño John—. Primo Branford luchó a nuestro lado, Robert. Pero no sabemos cómo piensa el hijo.

—Por eso necesito ir allá.

Hubo otro silencio entre los tres. Esta vez era un silencio incómodo.

—¿Y Tuck? —preguntó Marion.

—¿Qué pasa con él?

—¿Es uno de los que estás contando entre tus capitanes?

—Claro. Tuck es uno de los nuestros.

—Ya no, Robin.

—No comprendo. —Robert y el propio Pequeño John le prestaron más atención a Marion.

—Hace mucho tiempo que no lo veo, pero nos encontramos cuando salió de aquella prisión.

—¿Y qué fue lo que viste?

—A un hombre... diferente.

—Tuck comparte nuestros ideales.

—No lo niego. Sólo creo que él hoy los pone en práctica de una manera distinta.

—¡Tuck es uno de los nuestros!

—Y si alguien actúa en forma distinta a la tuya no quiere decir que esté equivocado, ¿no es verdad? De lo contrario, si nos pusiéramos a juzgar, en realidad sólo nos equipararíamos con Ferrabrás.

Pequeño John se mordió los labios. Aquel nombre siempre lo incomodaba.

—¿Por qué dices que él actúa diferente?

—No sé explicarlo, porque nunca más lo vi. Pero escucho historias. Historias sobre él, Robin.

—¿Qué tipo de historias?

—Algunos hechos —dijo Pequeño John—. Yo también lo he escuchado, como si se tratara de leyendas urbanas.

—¿Alguno de los dos podría ser más específico? —preguntó Robert de Locksley, un tanto impaciente.

—Dicen que Tuck se volvió un santo —explicó Marion, provocando escalofríos en su amante.

—Dicen que es capaz de curar heridas y multiplicar los panes. Que posee una fe que expulsa a los demonios y que tiene el poder de quitar cualquier culpa que pese sobre las espaldas de un hombre —concluyó Pequeño John.

—Ese no es Tuck. ¡Es el Cristo, Merlín Ambrosius!

—¡No sabemos qué es verdad y qué no! Pero de una cosa sí estamos ciertos: Tuck ahora es un hombre santo, que pregona la no violencia.

—Necesitaré estar frente a frente para creerlo.

Pequeño John se dio por satisfecho con la carne que rumiaba y preguntó con la boca llena:

—¿Y en cuanto al ejército de Stallia, Locksley?

—No me he olvidado de ellos.

—La última vez nos masacraron con aquella embestida. Nuestro grupo fue exterminado ese día.

—¿Cómo fue ese día? Escuché muchas historias, pero nunca creí ninguna —dijo Marion.

—Stallia —explicó Locksley— tiene un ejército diferente. Utiliza una estrategia en el campo de batalla que nunca habíamos visto y por eso nos superaron aquella vez. Sus hombres poseen una estrategia de ataque que va de la flecha a la espada, ¿comprendes?

—No.

—Sus arqueros y sus guerreros son los mismos —dijo Pequeño John—. Están entrenados para usar las dos armas.

—En el campo de batalla levantan sus arcos y lanzan sus flechas —concluyó Locksley—. Y mientras estas siguen en el aire, descendiendo sobre nuestras cabezas, ellos corren hacia nosotros gritando consignas y desenvainando las espadas.

—La visión enloquece a los más débiles.

—Enloquece incluso a los fuertes. Porque ves esas flechas acertando en tus amigos, matando a los hombres a tu lado, y ves también a aquellos guerreros de nieve corriendo como si estuvieran en terreno plano, con las espadas en la mano para cortar lo que aún quede de los que continúan vivos.

—Pasan degollando como gallinas a los que todavía se tambalean o tuvieron la suerte de escapar de la lluvia de flechas. No sabes si llorar, gritar, rendirte o correr.

—Entre esas opciones —dijo Locksley— nos limitamos entonces a llorar o a gritar.

Marion intentó imaginar la escena descrita y no lo consiguió. En su mente había sólo una duda que no quería acallarse:

—Robin, por favor explícame algo.

—Dime.

—Nunca tuviste un ejército de guerreros, pero antes eran jóvenes acostumbrados a luchar en caso de necesidad. Aún así, esos jóvenes sucumbieron ante el Ejército de Nieve. En aquellos días cayeron personas tan maravillosas y diferentes como Stutely y Allan A. Dale. —Robert asintió ante el sombrero apodo de aquella tropa—. Eso me

lleva a preguntar: ¿cómo pretendes salir victorioso donde antes no pudiste, con un ejército de jóvenes idealistas que no están acostumbrados ni siquiera a las armas?

—Pequeño John y yo ya hablamos de eso.

—¿Y?

—Esta vez será distinto. Esta vez no nos sorprenderán en el campo de batalla. Nosotros ya conocemos su estrategia y sentimos en carne propia cómo funciona.

—¿Y qué habrá de diferente en el campo de batalla esta vez que no hubo antes?

Pequeño John respondió:

—Habrá fe.

Marion seguía creyendo que todo aquello era una tremenda locura.

—¿Y si la fe no funciona contra las lluvias de flechas?

—Entonces entraremos en Mantaquim y seremos recompensados por el Creador por haber llevado vidas que valieron la pena ser vividas, y seremos eternizados como leyendas indelebles.

—Además —concluyó Pequeño John—, como mínimo habremos vuelto el mundo creado por Él mucho más interesante para sus semidioses, ¿no es verdad?

Los dos amigos comenzaron a reír ante aquella hoguera.

Marion los observaba y seguía creyendo que todo aquello era una locura demasiado grande.

Siguiendo las instrucciones de *madame* Viotti, Ariane salió con su nuevo amigo fuera del área de lucha, pero aún dentro de la Arena de Vidrio. Después del espectáculo del día, el área donde quedaba el cuadrilátero era cerrada, pero las otras continuaban funcionando con espectáculos de artistas y puestos de comida local o venta de recuerdos para los turistas.

De su mano caminaba una entidad que sólo Ariane percibía, sin que entendiera aún por qué. Según ella, era un niño bonito, con los cabellos negros y espesos, mechitas que le caían sobre los ojos y una mirada expresiva para alguien de su edad. En realidad no parecía haber mucha diferencia entre su propia edad y la que aquel niño representaba.

«Sigue con él hasta algún lugar donde te sientas bien y entra en contacto con la naturaleza. Dile que allí será su nueva casa, hasta que nos explique su historia y por qué está preso aquí». Eso le había dicho la señora, y eso era lo que se disponía a hacer en aquel momento.

Ariane se topó en la salida con su amiga Taruga, que se restregó los ojos y frunció la frente:

—Ariane, perdón por preguntar, pero ¿estás bien?

—¿Que si estoy bien? ¡Claro que sí, Taruga! ¡Qué idea!

—¡No, oye! ¡Es que me parece que olvidaste a João en algún lugar y piensas que tu novio viene de la mano contigo!

Sólo entonces Ariane se dio cuenta de que en realidad, para las demás personas, la visión de ella caminando de la mano con algo que sólo ella podía ver parecía la cosa más estúpida del mundo.

—¡Yo no tengo novio!

—¿No?

—No.

—¿O sea que ustedes ya terminaron?

—No, no exactamente.

Taruga ladeó la cabeza, esforzándose al máximo por entender la mente de su amiga.

—¡Oye, amiga, después dicen que yo soy lenta! Pero, caray, ¿finalmente estás con João o no?

—Es que... es decir... nos dimos un tiempo, ¿me entiendes?

—Ah.

Ambas pusieron unas caras un poco tristes. Si Taruga hubiera podido ver al niño junto a su amiga, habría notado que este parecía compartir su sentimiento.

—Qué mal, ¿no?

—Déjalo ya —dijo Ariane, con una voz no muy entusiasta.

—Al menos sabemos que ese «tiempo» no durará mucho, ¿no?

—¿Cómo que «no durará mucho»? ¿Cómo puedes saberlo, tonta?

—¡Porque él es tu colibrí!

Ariane ladeó la cabeza.

—¡Caray, creo que la que está lenta hoy soy yo! ¿Y por qué João sería mi «colibrí», Taruga?

—¡Ay! —reclamó la chica, como si lo que quería decir fuera extremadamente obvio—. Presta atención: los colibríes son bonitos y muy fuertes, ¿lo sabías? ¡Enfrentan a pájaros hasta cien veces mayores que ellos! Algunos tienen nombres de cuentos de hadas. ¡Y a todo el mundo le gustan!

—¿Y yo que tengo que ver con eso, Taruga?

—¿No te das cuenta cómo se parece João a ellos? También es bonito, ya estuvo involucrado con brujas e incluso enfrentó a Héctor Farmer, que era mil veces más grande que él, ¿no? ¡Y los dos andan con el pecho inflado, llenos de orgullo! ¡Además, a todo el mundo le gusta él también!

—¡Ah, cierto! —Ariane no lograba comprender si era demasiado estúpida para entender ese razonamiento o si Taruga estaba demasiado brillante aquel día para ella.

—¡Y ellos son ágiles y comelones! ¡Y son pájaros muy observadores! ¡Se detienen en el aire y observan las cosas en silencio, mirando las cosas como lo hace João!

—¡Taruga, es obvio que el animalito se queda en silencio! ¡Un pájaro no habla!

—¡Sí, bueno! Pero si hablara, estoy segura de que sería un pájaro que hablaría poco, ¿no te parece obvio? Y los pájaros, cuando quieren hacer ruido, cantan, ¿sabías? Además, yo escuché sobre un pájaro que habla. Pero no me acuerdo cómo se llama...

Ariane suspiró. Tal vez todo aquello hiciera sentido de repente.

—¿Por qué él sería mi colibrí?

—¡Porque tú eres su flor!

Cuando la conversación llegó hasta ella, Ariane comenzó a animarse más.

—¡Ay, qué bonito! Ya me gustó.

—¡Yei! —exclamó Taruga, sacudiendo la cabeza de Ariane—. Mira, mi tío me explicó una vez que los colibríes, ¿sabes?, besan a las flores, es obvio, ¡porque quieren alimentarse del néctar dentro de ellas!

—¡Creo que esta conversación ya no me gusta!

—¡Eh, espera, mente cochambrosa! —y las dos comenzaron a reír—. Quiero decir que, con eso, él acaba llevándose y esparciendo por allí también el polen de las flores que permite el nacimiento de otras flores, ¿entiendes?

—Sí, entiendo, pero...

—¡Y me parece que tú y João son iguales! ¡Él tiene las características de ese pájaro, pero necesita de ti, que posees la belleza de la flor, para alimentarse! Y cuando digo «alimentarse» me refiero a tener un sentido en la vida, ¿sabes? Tú eres el alimento de su alma, ¿sabes? ¡Eso hace que para él la existencia cobre sentido!

Ariane se quedó callada, sorprendida.

—Y así como la flor tiene el polencito que genera otras flores, tú también tienes dentro de ti una, ¿sabes?, como una especie de «energía buena» que nos contagia, ¿entiendes? ¡Y un día, cuando te unas con João, también generarás vida y otras florecitas! Me parece que tú alimentas el alma de João, y que a cambio él esparce la buena energía que viene de ti, ¿entendiste?

Ariane seguía sorprendida.

—Porque tú eres su flor. ¡Y él es tu colibrí!

Ariane agarró a su amiga como si fuera un osito de peluche y comenzó a apretarla contra sí.

—Ay, te quiero, ¿sabías? ¡Nadie como tú para hacerme sentir mejor hoy, después de todo!

—Sí, bueno, hacemos lo que podemos, ¿no? —las dos rieron. Entonces Ariane se dio cuenta de que había soltado la mano de su nuevo amigo.

—¡Ay, nooo! ¿Dónde está Mudito?

—¿Cuál «Mudito», loca?

—El que, ¡ay, qué bueno, allí está!

—¿De quién hablas? No me dirás que ya tienes a otro muchacho para...

—¡No sigas, cabezona! ¡No es nada de eso!

—Está bien, so pirada —y la chica comenzó a alejarse, mandándole un beso con la mano—. Me voy ahora porque sino mi madre llamará a los Caballeros de Helsing para que me busquen, ¿sabes?

Las dos rieron y Taruga se fue. Ariane caminó hasta donde estaba el niño, jugando en las ramas de un pino que ella conocía bien. El árbol donde João Hanson se le había declarado.

—Te gustó ese árbol, ¿no, Mudito?

El niño asintió con la cabeza, sonriendo.

—Bien. Puedes vivir en él mientras tanto. Puede ser tuyo.

El niño negó con la cabeza y una Ariane estupefacta lo vio señalarla.

—No entendí.

El niño apuntó hacia el árbol y después volvió a señalarla.

—¡No entendí, rayos!

El niño-espectro pegó en su propio muslo y levantó ambas manos. Al mismo tiempo Ariane reaccionó:

—Ay, no. No te pongas nervioso, ¿va? ¡Yo, ay! ¡Necesito quedarme aquí, hablando sola, como si estuviera loca! ¿Y además me voy a llevar una reprimenda de alguien que, aparte de no hablar, ni siquiera está aquí? Habla en serio, ¿no?

El muchachito se acercó a Ariane y la jaló del brazo. Ariane sintió su toque.

Su tacto era frío. Todavía sujetándola, el niño señaló el árbol y después a sí mismo, haciendo una señal negativa con el índice. Después apuntó de nuevo al árbol, y enseguida a Ariane, haciendo una señal positiva con el pulgar.

—Espera, ¿me estás diciendo que ese árbol no es tuyo? ¿Que entonces es mío?

Él asintió, satisfecho.

—¿Y cómo puedes saber eso?

El niño señaló hacia el otro lado del tronco y la jaló del brazo otra vez con su toque frío. Ariane lo siguió. Miró hacia lo que él señalaba. Y comenzó a llorar.

«Porque tú eres su flor».

Ahí estaba su nombre. Y el nombre de él, rodeados por un corazón flechado, grabados con la lámina de una navaja desafilada. João Hanson.

«¡Y él es tu colibrí!».

Ariane tocó el nombre de él y lo acarició como si fuera un rostro. Todavía había lágrimas en sus mejillas.

«Creo que tú alimentas el alma de João y que a cambio él esparce la buena energía que viene de ti, ¿entendiste?».

Ariane entendía.

Cada vez que pensaba en él, cada vez que sentía el dolor que sentía por estar apartada de él, y cada vez que no sabía cómo acallar la rabia interna ante la vida que había dentro de él, Ariane Narin comprendía.

Axel Branford había sido llevado directo al centro médico. Acostado en una cama más grande que la de cualquier plebeyo, observaba en un espejo el reflejo de un rostro en verdad hinchado. Su entrenador estaba afuera, descansando, y se decía que Anisio Branford vendría al Hospital Real de Andreeanne a visitar a su hermano. Al menos eso se decía.

—Espero que nunca pelees con trols. Si con algunas palmaditas tu rostro quedó así...

—Te juro que sí, ¡ay!, si no estuviera preso en esta cama, me levantaría de aquí y le daría una buena zorra —dijo el príncipe con dificultad.

Muralla, el guardaespaldas trol, sonrió, con base en el viejo principio de que los trols pueden sonreír.

—¿Cuánto tiempo falta para tu próxima lucha?

—Dos días.

El trol movió la cabeza.

—En mi antigua tierra combatíamos todos los días.

—¿Y a dónde te llevó eso? A trabajar para mí, que sólo combato de vez en cuando.

Muralla contempló la ventana y pareció estar lejos de ahí, con sentimientos que recordaban más a los de los humanos que a los de otra especie.

—Sientes nostalgia de tu tierra, ¿no, viejo amigo?

—Un poco. No mucho. Sólo un poco.

—¿Hacemos un pacto? Después de que termine el Puño de Hierro nos pondremos las mochilas a las espaldas e iremos allá a recordar tu origen, ¿hecho?

El trol pareció suspirar.

—Te lo agradezco, Axel, pero no puedo.

Axel se extrañó. Mucho.

—¿Y eso? Perdón por preguntar, pero ¿puedo saber por qué piensas que estarás

ocupado?

—Tengo un compromiso.

El rostro de extrañeza del príncipe no cambió.

Snail Galford entró en el lugar con otros diecisiete jóvenes que habían escuchado su historia y se sentían inspirados para estar allí. Entre todos, aquel galerón alojaba ya a más de ciento ocho niños de la calle y el número seguía creciendo.

—Liriel, separa una parte del grupo que no saldrá en misión de convocación. Mándalos a cortar trozos de madera, varios, del tamaño de un antebrazo.

Últimamente Liriel odiaba aquellas órdenes.

—¿Acaso tengo cara de ser tu empleada?

—¿Quieres asumir el liderazgo y presentar cuentas a la mera hora?

Liriel tragó en seco. Snail se dio cuenta y dijo:

—Qué pena. Yo preferiría...

Ella volvió a mirar a aquella banda de adolescentes.

—La comida comienza a escasear para todo este personal —dijo Liriel, preocupada.

—Aumenta el grupo responsable por los alimentos. Elige a los más rápidos, de manos ligeras.

—¿Y luego?

—Dales un título. Nómbralos «capitanes de arena» o cualquier cosa por el estilo, y elogia su trabajo siempre que esté bien hecho. Pero elógielos poco.

—No sabía que te gustaban los elogios.

—Y no me gustan.

—¡Hablas como si todo fuera tan simple! ¿Ya pensaste que ocurrirá si atrapan a alguno de estos niños y él cuenta lo que ocurre en este galerón? Seríamos exterminados al día siguiente.

—Quienquiera que sea el capturado, no lo contará.

—¿Cómo lo sabes? ¡Son niños!

—Son soldados.

—Y seres humanos.

—No, son huérfanos. ¿Sabes lo que eso significa?

—...

—No importa si viste morir a tu padre, como yo también vi morir al mío, Gabbiani. ¡Estos muchachos simplemente no vieron a su padre morir, porque la mayoría de ellos no lo conoció! O, si lo hicieron, han pasado demasiado tiempo solos como para acordarse de cómo eran. Además, debido a la visita de extranjeros de todo el mundo, Andreanne utilizará la política de esconder su basura durante el periodo del Puño de Hierro. Créeme, los soldados tienen la orden de desaparecer de la calle y los zafarranchos durante ese periodo, lo que hace de este lugar un refugio perfecto para la propia seguridad de los niños. Pronto ellos mismos vendrán a nosotros sin que siquiera necesitemos convocarlos.

—...

—Y el dolor que hay dentro del corazón de personas como ellos es poderoso. Si no es moldeado, se convierte en odio, ¡y pronto habrás formado un Corazón de Cocodrilo, que Aramis lo guarde! Basta una chispa, una sola chispa, para canalizar una energía lo bastante poderosa para destruir ejércitos.

—¡Aun así, Galford! Son niños que no resistirían las torturas.

—Ellos nunca fueron niños. Nacieron en un mundo de adultos. Es más, ¡sobrevivieron en él hasta hoy! Y ahora, por primera vez, encuentran un sentido de unidad. Un sentido que ningún torturador les quitará.

Tenía sentido.

Los días pasaron en Nueva Éter como si hubiera sido uno. Es difícil para un ser humano concentrarse en un día cuando su mente se encuentra en otro tan cercano. En Andreanne los puestos de comerciantes triplicaban sus ganancias con el torneo de pugilismo más difícil e importante del mundo. Las conversaciones en las tabernas eran en exclusiva sobre los cuatro finalistas de la edición más complicada y sorprendente en la historia de la competencia. Esas características tenían un motivo: resultaba imposible predecir cuál de ellos se consagraría vencedor. Las personas estaban con Axel y soñaban con verlo enfrentar a Radamisto, de Minotaurus, en una final cuyas motivaciones se extenderían mucho más allá del cuadrilátero.

Sin embargo, entre ese sueño y aquella realidad había dos adversarios que tenían todo para estropear la fiesta. Nadie sabía cómo Radamisto se las vería con alguien tan fuerte y pesado como él, como era Gonta, de Cáliz. Y, a pesar del carisma inicial que hizo que el público simpatizara con el dragón oriental, sólo era ahora, a la hora en que el camino del guerrero amarillo y el del príncipe de Arzallum se cruzaban, cuando el público al fin comenzaba a pensar si Axel sería en verdad capaz de derrotar a Ruggiero. Aún más después de la última presentación, en que casi lo vieron caer derrotado ante Devlin, el pugilista chamán de Uruk.

Pero eso era en Andreanne.

En las grandes ciudades de los otros reinos las palomas mensajeras, por lo común en número de cinco, recorrían los cielos a cada momento, llevando los textos de escritas reales que detallaban cada día para que no sólo fuera divulgado, sino también escenificado por artistas en escenarios mucho más allá de los ubicados entre las fronteras de la ciudad capital.

Incluso en Minotaurus, cuando llegaron allí los mensajeros de los cielos, los textos eran reescritos, a fin de incentivar y ratificar una superioridad minotaurina autoproclamada, y leídos en plazas públicas abarrotadas al sonido de gritos y hurras.

En reinos como Mosquete, Albión o Uruk, que ya habían perdido a sus participantes, se exageraba la participación en los combates de sus luchadores en forma detallada, y les aplaudían con palmas fuertes que parecían resonar hasta allá.

Pero no en Stallia.

El reino de los Corazón de Nieve actuaba de manera diferente. Tal vez por influencia de su regente, los stallianos se mostraban indiferentes a lo que acontecía más allá de sus fronteras. Consideraban que su cultura histórica era superior a la de la mayoría de los otros reinos, pero, desde la muerte de su reina Rosalía Corazón de Nieve, algo se había partido en el corazón del pueblo de aquellas tierras frías. Sus calles ya casi no veían más el sol, al igual que sus corazones. Sus niños no tenían tanta energía. Los padres andaban por las calles tropezándose, pidiendo disculpas y volviendo a tropezarse con otras personas, sin que nadie conversara ya entre sí. Las personas de Stallia se miraban poco. También se dirigían poco la palabra y, cuando lo hacían, parecían tener un cierto entumecimiento en el tono de voz, que provenía de un mal humor constante ante la vida que no contaba precisamente con una explicación lógica.

El hecho era que, al igual que su regente, Stallia era un reino que no lloraba más.

Y ninguno de ellos lo sabía aún, pero en breve eso sería puesto a prueba.

En definitiva.

—¿Le echará porras hoy a Ruggiero, señor Rumpelstiltskin? —preguntó el rey Anisio Branford.

—Animaré a los mejores de este día, su majestad. No porque hagamos negocios con Ofir me vestiré con sus banderas.

Fue así como se inició el primer diálogo en el palco de los monarcas el penúltimo día. El rey Anisio se veía animado y fingía un exceso de confianza, no tan concreta por dentro como aparentaba por fuera. Era justificable: él también había visto a Axel casi caer el día anterior y sentía un frío en el estómago al imaginar cómo le iría a su hermano contra un guerrero tan distinto como el oriental que había llegado de los cielos.

—¡Si animarás a los mejores de hoy, entonces por lo menos sé que Gonta gozará de tu favor! —dijo el rey Segundo, en la expectativa de la entrada de su pugilista.

Cerca de allí el emperador Ferrabrás era lo opuesto al rey rival. Poseía un exceso de confianza que perceptiblemente no demostraba un solo asomo de duda de que su guerrero entraría en aquella arena y destrozaría a su adversario. Sentimientos opuestos que se disputaban puntos de vista. De vez en cuando uno y otro incluso se miraban.

Pero ninguno de los dos decía nada al otro.

—¿Cómo anda la relación entre tu padre y la condesa, Blanca? —preguntó el rey, volviéndose hacia la princesa.

—Como si fueran una sola alma. Tanto en pompa como en voluntad.

—¿No vendrá hoy?

—No. No le interesa el torneo sin su pugilista de Stallia. En realidad creo que incluso no lo tendría con él...

Anisio enarcó las cejas.

—Es sorprendente, ¿no?

—¿Me lo preguntas justo a mí? En este momento mi padre come fruta con una

mujer que conoció hace pocos días. ¡El mismo rey que hasta hoy había sido incapaz incluso de llorar la muerte de su esposa!

Anisio movió la cabeza. Estaba por decir algo para confortar a su novia, pero la multitud comenzó a gritar.

Gonta entró en dirección al cuadrilátero. La abrumadora mayoría de las personas le aplaudió con vigor durante la tensa caminata, no porque Gonta fuera un ejemplo de luchador carismático, sino porque era él quien enfrentaría al pugilista de Minotaurus. Gonta caminó sin saludar al público, bajo los aplausos de pie del rey Segundo Branford, que sonreía como un niño que veía a su campeón llegar tan lejos. Había allí partidarios de Cáliz, pero eran ínfimos comparados con la gran multitud y con los escandalosos y fanáticos minotaurinos.

Y fueron esos mismos fanáticos los que comenzaron a gritar y a romper cosas y a tirarlas desde lo alto cuando Radamisto apareció en el otro extremo de la arena e inició también su caminata hacia el cuadrilátero.

La multitud se volcó en un abucheo histórico mientras el gigante blanco caminaba como si estuviera solo y nadie más existiera allí.

Era posible notar las marcas de los combates anteriores, tanto en él como en Gonta. Ojos hinchados y algunas marcas moradas repartidas. Hematomas y escoriaciones.

Aún así caminaban y miles de corazones lo hacían con ellos.

El juez los llamó a ambos al centro del cuadrilátero y comenzó a proferir cosas al parecer importantes sobre la ética entre pugilistas. Sin embargo, el ruido alrededor era tan grande, que resultaba difícil afirmar si alguno de los dos escuchó algo. El propio juez parecía pequeño entre los dos monstruos listos para combatir a la señal del...

El gong sonó.

En vez de avanzar uno sobre el otro, ambos se apartaron. Parecieron calentar los brazos y volvieron a la posición de guardia. El pueblo gritaba. Los calentamientos, sin embargo, eran diferentes. Gonta hacía movimientos amplios. Radamisto no.

En su última lucha el gigante blanco había sufrido de una o dos costillas rotas por el maldito y sorprendente pugilista de Fuerte. Esas costillas no habían sanado en tan poco tiempo y lo obligaban a replantear sus estrategias en el cuadrilátero. Radamisto comenzó la lucha con la guardia invertida, preocupado por proteger con los codos el lado izquierdo, donde estaba lastimado.

Gonta lo sabía.

El robusto pugilista de Cáliz golpeó primero. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. La multitud vibró con él. Radamisto se defendía y se defendía. Recibía algunos golpes en el rostro y se defendía. Era notorio que su preocupación era proteger el lado lastimado y sobrevivir hasta el final del combate.

Sentado, Ferrabrás observaba el encuentro sin expresar emociones. Parecía incluso tranquilo, como un espectador que disfruta un espectáculo de mimos.

¡Gonta atacó y golpeó dos, cuatro, seis, ocho veces! Radamisto se defendía, recibía y se defendía. Y se defendía. Era notorio que prefería abrir un poco la guardia y recibir porrazos en el rostro que sufrir golpes bajos en la costilla rota. Y así siguió el ritmo hasta el final del *round*. Gonta golpeaba y golpeaba y golpeaba, y Radamisto evitaba los golpes con su guardia o sufría cuando los puños del fuerte adversario chocaban con violencia contra su rostro.

Así fue también el ritmo del segundo *round*.

Y el del tercero.

Centenares de personas en las graderías comenzaron a abuchear inmensamente al pugilista de Minotaurus, exigiendo que lo descalificaran del combate o al menos que Gonta acabara con él de una vez. Y el pugilista de Cáliz lo intentaba. Pero Radamisto estaba en una especie de trance. Un estado mental en el que parecía insensible al dolor, como si tuviera rocas que le reforzaban el esqueleto.

Y eso incomodaba.

Sólo quien ya ha desperdiciado energía en un cuadrilátero al enfrentarse a alguien conoce la sensación cuando se percibe que, no obstante todos los esfuerzos, no se logra causar daño al oponente. La sensación es como si toda aquella energía desperdiciada por el guerrero se volviera contra sí mismo, en un efecto bumerán.

Y Radamisto andaba por la arena, arrastrando los pies en una forma ligera para su tamaño. Gonta iba detrás de él y sus golpes acertaban en la guardia. De vez en cuando causaban marcas moradas, pero no pasaban de eso. Gonta fingía algunas fintas en busca de que Radamisto abriera la guardia y desprotegiera las costillas, pero el gigante blanco no caía en ninguna de ellas.

—¡Vamos, maldito! ¡Reacciona! ¡Pelea como un hombre, perro encolerizado! — gritaba el entrenador de Gonta, antes de que se escuchara el final de otro *round* más.

La multitud volvió a abuchear masivamente. Después de tantos combates emocionantes, aquella era la peor lucha de pugilismo que habían visto en su vida.

En el cuarto *round* las cosas cambiaron. No mucho, pero cambiaron. Al menos Radamisto comenzó a reaccionar, es decir, a contraatacar. Gonta pegaba y pegaba y pegaba, y Radamisto paraba sus embates con pequeños e irritantes golpes de regreso.

Era casi como una tosca versión de *boxing*.

Gonta golpeaba y Radamisto le pegaba en el puño de alguna forma, con la palma abierta o cerrada, pero siempre en una región cercana a los puños, nunca en el cuerpo. Y, si aquello ya irritaba a quien lo veía, ¡imagina al pugilista de Cáliz! Gonta comenzó a bufar y en aquella respiración era posible sentir que comenzaba a cansarse de aquello.

Entonces Radamisto intentó parar otro golpe poderoso con otro puñetazo de

regreso.

Pero era sólo una finta.

Cuando Radamisto abrió al fin la guardia un poco del lado izquierdo, Gonta inspiró hondo y lanzó un golpe sin compasión en las costillas del minotaurino, que hizo un fuerte ruido y derrumbó en un instante al gigante blanco.

El juez inició el conteo.

Y la multitud fue la locura.

—Siete... Seis... Cinco... —Andreos y João contaban junto con el juez.

—¡Ya! ¡Ahora ese gigante se quedará en el suelo después de ese porrazo en las costillas de nuevo! —exclamó entusiasmado el hermano gemelo, Albarus.

—Caramba —dijo un asustado João Hanson—. El tipo se está levantando...

Y sentado desde donde estaba, el emperador Ferrabrás sonrió.

Radamisto se irguió con lentitud. Muy despacio, pero no menos imponente. El dolor que debía sentir probablemente resultaba lacerante, como si alguien jugara a apretar y a liberar sus pulmones con la mano. Aun así era imposible decir eso de ese hombre en pie sin demostrar un asomo de debilidad. Lágrimas de dolor descendían involuntariamente de vez en cuando del rostro impasible, pero era la máxima demostración que se podía apreciar.

Entonces Gonta partió como un tifón y hasta él mismo descubrió en ese momento hasta qué punto se sentía cansado. Física y psicológicamente. Entonces comprendió lo que Radamisto había estado haciendo con él todo ese tiempo: diluyendo la fuerza física de adentro hacia fuera. Por el otro lado, por más que hubiera recibido golpes en las guardias cerradas, Radamisto había conservado su energía hasta ahí y hecho lo principal: luchar con la guardia invertida, protegiendo el lado de las costillas rotas.

Y fue sólo en ese momento, cuando Gonta preparó el golpe, un poderoso directo, que vio hasta qué grado había dado resultado la estrategia de Radamisto. Pues entonces el gigante blanco recibió un cruzado en medio del rostro, que dobló su cara abollada hacia un lado.

La verdadera masacre comenzó antes de que el obeso pugilista de Cáliz se recuperara, siempre con la mano derecha, que era el único lado que Radamisto podía mover entre respiraciones agitadas.

¡Jab, jab, jab, cruzado, cruzado, cruzado, estómago, gancho!

Gonta ya se estaba apartando cuando su adversario lo jaló de vuelta y le metió un cabezazo que lo dejó con los sentidos confundidos. Sin tener noción del espacio, Gonta sintió cómo Radamisto comenzaba a golpearlo con tanta fuerza, pero tanta, que las aceleraciones de las rotaciones reglamentarias comenzaron a causar lesiones crónicas. Gonta intentaba reaccionar, pero sólo veía estrellas, mientras que la hinchada de Minotaurus gritaba enloquecida por «honor» y «gloria».

Los puñetazos de la mano derecha golpeaban con tal agresividad que

conmocionaron al público. El entrenador de Cáliz, con el corazón en la boca, arrojó la toalla blanca.

Y por segunda vez en ese torneo fue demasiado tarde.

Con el último golpe hubo un violento desajuste entre el cerebro y la caja craneana, en el momento en que el cerebro se atrasó en relación con el movimiento causado por las fuerzas de la inercia.

El resultado fue una ruptura de vasos sanguíneos en la cabeza.

Gonta cayó aún con algunos espasmos antes de que su cuerpo dejara de estremecerse por completo. Pero sus ojos ya estaban cerrados.

Y lo más importante es que nunca más volvería a abrirlos.

Se hizo el silencio en la Arena de Vidrio. Y miles de personas, unidas como si una sola, cerraron los ojos y oraron juntas, con las manos unidas, por el alma del pugilista de Cáliz.

Sin embargo, durante casi todo este tiempo, incluso en el transcurso de la oración por el vencido, los fanáticos de Minotaurus no dejaron de gritar.

—¿El está...? —preguntó Axel a su entrenador. Había visto cómo Gonta fue
—¿muerto? —preguntó Melioso. —Muerto —respondió Melioso.
—¿muerto? —preguntó Axel a su entrenador. Había visto cómo Gonta fue
tan grave era.

—Muerto —respondió Melioso.

Silencio.

—Pero no pienses mucho en un guerrero que ya no está más aquí —continuó el
entrenador—. Ni en el hombre que lo mató en el cuadrilátero.

Axel era todo silencio.

—Debes pensar primero en sobrevivir para llegar a él.

Axel aún era todo silencio.

Al fondo, el guerrero Ruggiero abrió los ojos y salió de su postura meditativa.

Habían pasado dos horas hasta ese momento. El tiempo de espera resultó bueno. El pueblo que había presenciado la confrontación anterior seguía conmovido, y por más que siguieran hablando del asunto, poco a poco iba cediendo su lugar a otro. A fin de cuentas, Minotaurus estaba en la final del torneo.

Y Arzallum también pelearía.

Cuando comenzaron los acordes del cornetero, la excitación se apoderó de la masa, y la voz de casi ciento cincuenta mil personas resonó con fuerza. Las personas se levantaron y aplaudieron con energía. Ruggiero entró en la arena primero y dividió al público. Algunos lo abuchearon, pero otros incluso le aplaudieron con timidez. Era una realidad que a las personas les gustaba Ruggiero; lo único que tenían en su contra era el hecho de estar en el camino entre Axel Branford y Radamisto.

En el camino entre Arzallum y Minotaurus.

El rey Anisio Branford y Blanca Corazón de Nieve saludaron al pugilista respetuosamente y él prosiguió hacia el cuadrilátero, donde se quitó su túnica, revelando de nuevo el fascinante dragón en su espalda. Era el único pugilista sin entrenador y, por eso, como regla obligatoria, algún representante del Puño de Hierro era elegido al azar para darle agua, limpiar su sudor y verificar la gravedad de sus heridas durante los intervalos de los *rounds*.

Ruggiero comenzó a estirar los hombros y los brazos allá adentro y entonces, otra vez, notó a la guerrera de cabellos dorados y rizados que lo observaba. Al fondo, la actual capitana de la Guardia Real, Bradamante, contemplaba la lucha con sus brillantes ojos verdes, y el guerrero oriental se sentía mucho más intimidado por ellos que por la mirada que veía en Branford.

Entonces la corneta sonó de nuevo. La gritería infernal volvió a comenzar.

Y Axel Branford entró.

—El rostro de Axel parece bastante menos hinchado —dijo Blanca, intentando imponerse a los gritos—. ¿Cómo lograrían tratarlo en tan poco tiempo?

—Hierbas mohicanas y agua fluidificada por hadas —respondió Anisio Branford.

Axel caminaba y el mundo, incluso el mundo que no estaba en aquella arena, como siempre, caminaba con él. Las personas volvían a agitar sus brazos y resultaba hermoso ver el espectáculo de casi ciento cincuenta mil pares de manos aplaudiendo rítmicamente para producir aquel sonido primitivo de dos palmas graves por una aguda. El príncipe danzaba a ese ritmo, mientras las antorchas se iban encendiendo para que la noche también caminara con él.

Detrás de él Melioso caminaba concentrado, sujetando el viejo balde de la suerte. Las personas gritaban y gritaban y gritaban. Las mujeres cuchicheaban. Los niños intentaban imitar cada movimiento. Entre esas personas estaban João Hanson y Sabino von Fígaro. Entre esas mujeres estaban María Hanson y Ariane Narin.

Axel subió al cuadrilátero y se quitó el manto con capucha, revelando una vez más el calzoncillo con los colores de Arzallum. El juez los llamó a ambos y gritó:

—¡Espero que ustedes dos se tomen este combate en serio! ¡Espero no tener que enviar a nadie más a un ataúd en esta arena y que ustedes tengan respeto por el público que se encuentra hoy aquí! ¡Ustedes dos se dicen grandes guerreros por estar aquí, y yo dudo mucho de eso! ¡Por lo tanto, prueben que estoy equivocado y ofrezcan un gran espectáculo!

Los dos pugilistas golpearon ambos puños contra los del otro, se apartaron y escucharon la campanada del gong, seguida por:

—¡Luchen!

Axel atacó primero. Saltó para un lado, para el otro, para el otro y lanzó dos *jabs*. Ruggiero paró ambos puñetazos, bailando junto a él. Axel intentó otros dos.

Ruggiero hizo lo mismo.

El oriental intentó una finta, pero el príncipe no cayó. Lo intentó de nuevo. Pero el príncipe seguía sin caer. Entonces Axel avanzó con brusquedad y el pueblo gritó con él. Ruggiero lo esquivó y entonces, ¡bam!

Axel recibió un violento golpe en medio del pecho, que lo aventó hacia atrás y lo tiró al suelo. El público gimió.

El príncipe se levantó, avergonzado, antes de que el juez abriera el conteo, y se llevó la mano al pecho. Nunca había visto aquello antes: un pugilista que golpeaba el pecho del otro. Y menos con aquel puño tan raro, con el pulgar doblado hacia arriba en vez de horizontal.

Irritado, inspiró a fondo y comenzó una secuencia.

Jab. Jab. Directo. Jab. Jab. Directo. Jab. ¡Gancho al estómago!

El golpe entró y el pueblo gritó cuando Ruggiero se dobló. Axel continuó avanzando: uno, dos, tres, cuatro. Ruggiero recibió el primero, y paró y paró y paró. ¡Y bam!

Axel vio estrellas, sin saber qué lo había alcanzado. Sólo sintió como si su

mandíbula se hubiera dislocado con violencia para luego regresar a su lugar.

Todavía aturdido, vio a Ruggiero buscar su cabeza mientras profería uno más de sus malditos *¡kiais!* Por puro reflejo, esquivó una, dos, tres veces. ¡Y bam!

El príncipe golpeó de vuelta. Ruggiero sintió una vez más una pedrada en el estómago y volvió a doblarse. Otro golpe vino de arriba abajo y le acertó en lo alto de la cabeza. Y de repente cayó.

Miles de personas comenzaron a gritar, enloquecidas.

El juez abrió el conteo, pero el oriental se levantó como si tan sólo estuviera terminando una serie de flexiones. Ambos quedaron frente a frente otra vez. Y cuando el juez ordenó el reinicio y ambos amenazaron con avanzar uno sobre el otro...

Sonó la campana.

—Este oriental dará trabajo —dijo el rey Tercero, observando el combate al lado de su hermano Segundo.

—Sus majestades no imaginan cuánto —dijo el gnomo barón.

María Hanson estaba blanca de miedo. Parecían haber pasado semanas sin que hablara con Axel. Casi lo había visto caer en la última lucha, pero no había tenido acceso al príncipe en los últimos dos días. Ahora contemplaba el combate otra vez al lado de su profesor, soñando con estar presente en una forma un poco menos pasiva que como una espectadora más.

—¡Profesor! Me parece que a Axel le está yendo bien en esta lucha, ¿no? Al menos en comparación con la última.

—Todavía no se puede saber.

—¿Por qué lo dice?

—Porque el oriental aún no comienza a usar los codos y los contraataques simultáneos.

A María no le gustó ni un poco esa información.

—¿Y qué piensa que él debe hacer para...?

—¡Comenzó!

El gong sonó y todo volvió a comenzar.

Ruggiero cambió de estrategia y esta vez cerró la posición, a la espera de revirar con contragolpes. Axel sabía que, para enfrentar ese tipo de estrategia, la postura en que un oponente se cierra en una guardia fuerte, sería necesario provocarlo para abrir alguna parte de esa postura y recibir un golpe.

Fintas. Axel volvió a bailar y a fingir ataques que interrumpía antes de la ejecución. Fingía avanzar y retrocedía. Fingía y retrocedía. Ruggiero no caía ni abría su guardia ni esbozaba una reacción de ataque. Sólo lo miraba al fondo de los ojos.

Y sería mentira afirmar que aquella mirada oriental no resultaba molesta.

Axel resolvió cambiar la provocación cuando se dio cuenta de que sus fintas no estaban funcionando. Así que comenzó a dar ligeros golpes en la guardia de Ruggiero, a propósito. Imagínate en una posición con los brazos frente a tu cara, y a alguien lanzándote golpes ligeros en el mismo punto de tu brazo, hasta que esos golpes constantes comienzan a doler. Y aun así que la otra persona no pare.

El resultado será que comenzarás a estresarte.

Y cuando el estrés se apodera de ti, hará que tu humor llegue a un nivel tal que generará en ti una reacción explosiva casi involuntaria, probablemente con un exceso de furia incluido.

Allí el objetivo también era ese.

Axel pegaba y pegaba y pegaba en la guardia cerrada, mirando siempre a los mismos puntos. Ruggiero apretaba los dientes, demostrando que sentía la provocación, pero mantenía la expresión corporal de quien tenía la serenidad suficiente, dentro y fuera de allí, para evitar que el estrés le hiciera descargar su furia de una manera incontrolable.

Entonces Axel lanzó un golpe abierto y amplio para intentar rodear la guardia y...

Ruggiero le dio con el codo en una media luna horizontal, que hizo al príncipe girar una vez y caer con fuerza en el suelo.

Nadie alcanzó a ver siquiera el golpe, sólo el cuerpo del campeón de Arzallum girando y cayendo como un peón de ajedrez. El juez se aproximó y abrió el conteo:

—Diez... Nueve... Ocho...

Axel se levantó echando una espuma rabiosa por la boca. Había intentado provocar al adversario a lo largo del *round* y no sólo había sido alcanzado, sino que su propia rabia lo estaba sacando de su centro. Del otro lado el dragón oriental parecía mantener su sanidad y su equilibrio respirando en una forma especial. Una forma diferente.

¿Qué movimientos eran esos?

Una forma controlada. Y consciente.

Son movimientos de respiración.

El juez reinició y el príncipe atacó. ¡Golpeó una, dos, tres, cuatro veces! Ruggiero los paró todos.

Y el *round* acabó.

—Branford parece estar ligeramente irritado a cada segundo que pasa —dijo Ferrabrás, con su exacerbante voz burlona.

—Espero que no por eso él mate a alguien en el cuadrilátero —respondió el rey Tercero, haciendo suyos los dolores de su sobrino.

—Vaya, por lo visto tuvo a quién salir en esta familia.

Los reyes Segundo y Tercero se miraron y no dijeron nada.

El rey Anisio estaba tan tenso que no conseguía siquiera concentrarse para dar una respuesta.

—El «ojos rasgados» golpea fuerte —gimió Axel, mientras su entrenador verificaba sus heridas.

—Tú también.

—Sí, pero él es rápido.

—Tú también.

—Es verdad... ¡Ay! No le muevas mucho por ahí.

—Escúchame, doncella. Sé por qué dices esas cosas. ¡Porque ese tipo es diferente a todo lo que has visto antes, y eso te asusta! ¡De seguro también golpeas más fuerte y más rápido que cualquiera al que él se haya enfrentado al otro lado del mundo!

El gong sonó para convocar a los dos pugilistas.

—¡Ahora entra allí y muéstrale por qué!

Axel Branford partió enseñando los dientes como un tigre.

Ruggiero sintió que el pugilista que enfrentaba volvía al cuadrilátero más lastimado, pero al mismo tiempo más fortalecido. El cuerpo estaba cada vez más dañado, pero la energía que emanaba de él a cada movimiento parecía expandirse en un pulso de pura vibración y conciencia.

Él atacaba como lo haría un animal salvaje en plena cacería, que incluso cuando es empujado y lanzado lejos busca las fuerzas para dar la vuelta y regresar a atacar con la misma intensidad. Ante aquella postura agresiva, Ruggiero percibió que sólo sobreviviría si respondía de la misma forma.

Ataque-respuesta.

En el pugilismo occidental de Nueva Éter ese entrenamiento reproduce un entrenamiento de ataque, seguido de una respuesta inmediata. En el oriental, no.

Axel atacó y acertó justo a la mitad del rostro de Ruggiero. Pero recibió de regreso un contragolpe que lo dejó sorprendido. Porque no fue un contragolpe inmediato al golpe.

Fue un contragolpe recibido al mismo tiempo que el ataque.

Y así siguió aquel *round*, para la euforia de un público que nunca jamás había visto algo parecido.

Jab-jab. Jab-jab. Jab-jab. Axel golpeaba. Ruggiero pegaba de vuelta y de vuelta

y de vuelta. Y de vuelta en forma simultánea. Cada golpe, una respuesta. Cada golpe.

Los cuerpos danzaban uno detrás del otro por la arena, atacándose en un festival de golpes sucesivos. Un golpe, un contragolpe. ¡Dos, diez, quince, veinte! La presión aumentaba; la velocidad y la respiración, también. Pero lo que Axel Branford percibía cada vez más era que, cuanto más aumentaba su ritmo, menos cansado parecía estar.

«Artista marcial comprender que tener dentro de sí una energía mayor».

Jab, jab, directo, jab, directo, jab, directo, jab, directo, gancho, jab, gancho, jab, directo, jab, directo. Jab, jab, directo, jab, directo, jab, directo, directo, directo, directo, directo, directo, directo.

El público aullaba y aullaba y comenzaba a saltar y a temblar y a gritar, contagiado por aquella energía que se expandía más allá de aquellos dos pugilistas y se apoderaba de todo alrededor en forma devastadora, pues tocaba en esa parte del alma humana que trasciende lo humano y toca en la energía que pulsa en los seres semidivinos.

Y de los seres semidivinos.

Una energía extraordinaria.

Dos seres humanos que se volvían complemento de una misma acción. Y de esa forma se convertían en uno.

Éter.

Axel sintió algo energético que nació en un punto del plexo solar, en una región localizada tres dedos por debajo del ombligo. Aquello creció y comenzó a apoderarse de sus entrañas. Lo que quiera que fuera aquella fuerza, comenzó a expandirse por sus brazos y le erizó los vellos, se purificó cuando se encontró con el corazón y continuó subiendo en dirección a la cabeza. Y en el momento en que le pasó por la garganta, aquella energía se tornó tan poderosa, pero tanto, que necesitó externarla para no explotar.

El resultado fue el grito de combate de un guerrero oriental.

—¡*Kiaaai!*— no sé, pero fue más o menos eso lo que pareció ese grito. Algo fuerte, vibrante, energía pura.

El golpe pegó en el pecho de Ruggiero y arrojó al oriental metros atrás. El pugilista cayó con dos volteretas y se llevó la mano al pecho, atemorizado.

¡El gong sonó!

El público comenzó a aplaudir, a saltar y a lanzar cosas hacia lo alto, entusiasmado con la reacción de su héroe nacional. El rey Anisio temblaba de tanta vibración y también se levantó y comenzó a gritar junto con la multitud en una despreocupada ruptura de protocolo.

Desde donde estaba, Ruggiero miró asustado al príncipe de Arzallum y pareció comprender algo que nadie más comprendía. Sorprendentemente, sonrió. Se levantó

con rapidez para mostrar al juez que se encontraba bien y se dirigió a su esquina.

Axel estaba tan energético que no podía ni sentarse.

—¿Algún comentario enriquecedor, emperador Ferrabrás? —preguntó el rey Tercero.

Ferrabrás le obsequió una más de sus sonrisas burlonas y se quedó observando a la multitud enloquecida.

—¿Escuchas eso? —gritó el entrenador en la cara de Axel, escupiendo un poco sin querer en el rostro de su pugilista. Era difícil incluso escucharlo así, en medio del pandemonio que los rodeaba—. Eso es fuerza. ¡Eso eres tú! ¡Y es por eso que volverás allá y harás lo que vinimos a hacer aquí!

Axel temblaba. Necesitaba volver a comenzar. ¡Lo necesitaba! Necesitaba aquella energía en la que se había convertido cuando combatía con aquel oriental.

Del otro lado, Ruggiero comprendía. Comprendía el motivo de haber cruzado el océano en aquella extravagancia. Comprendía por qué había sido elegido para luchar en aquel torneo y por qué su línea del destino se había cruzado con la de Axel Branford.

El gong sonó una vez más.

Y el *round* final se inició.

Jab, directo, *jab*, directo, corto, corto, gancho, directo, *jab*, *cross*, *jab*, *jab*, directo, *jab*, gancho, *jab*, *jab*, gancho, *cross*, corto, *jab*, directo, directo, directo, directo. Eran tantos y tantos golpes seguidos que nadie sabía ya quién los asestaba y quién los recibía.

Era como si ambos pugilistas se hubieran vuelto uno solo.

«Tú sientes la energía en esos movimientos, ¿no?».

Y que, por más que movieran una energía contra otra, ambas parecían complementarse.

«Yo sentirla en todos los momentos».

El público más parecía compuesto por bárbaros, que se alimentaban de sentimientos primitivos que los llevaban a un éxtasis que debía ser semidivino.

Y tal vez lo fuera.

«¿Y cómo es esa sensación?».

Axel sabía. Ahora lo sabía. Cada vez que esa fuerza dentro de sí imploraba ser liberada, él entendía y recordaba la respuesta.

«Plena».

Los dos pugilistas se apartaron. A esas alturas nadie recordaba qué estaba en

juego. Nadie recordaba que aún faltaba una lucha con Minotaurus o que existían fronteras entre culturas y relaciones humanas. El público aplaudía el espectáculo que estaba presenciando y a los hombres que hacían creer en que existe una fuerza en el espíritu humano que puede ser moldeada.

Una fuerza capaz de generar hechos extraordinarios y llevarnos a tocar dimensiones que el mundo material no puede alcanzar.

Axel inspiró y sintió aquella electricidad interna apoderarse de su cuerpo. Del otro lado, Ruggiero hizo lo mismo. Y entonces, rodeados de gritos y sudor, los dos pugilistas, que recordaban a dos toros, inspiraron a fondo y partieron uno hacia el otro gritando *¡kiais!* que habrían estremecido a los propios semidioses.

¡KIIIAAAAH! ¡GRÉEEAAH!

Los golpes explotaron casi al mismo tiempo. Los dos puños partieron en dirección a los rostros de los adversarios con toda la energía concentrada en un único instante.

Había dos luchadores que se jugaban todo en ese momento.

Sólo uno dio en el blanco.

El impacto resultó tan devastador, pero tanto, que el pugilista golpeado se levantó con las piernas hacia arriba por casi dos metros, mientras que el otro pasó como búfalo a su lado. Cuando cayó de espaldas en el suelo, el mundo pareció momentáneamente quedarse sin sonido.

Pero eso fue sólo para el derrotado.

Para el vencedor de aquel combate, el mundo tenía sonido. Era un sonido oriundo de un lugar donde nace lo mejor del ser humano. De donde eclosiona lo fantástico y donde las hadas cobran vida. Era el sonido del mundo y de todo lo que forma ese mundo, potenciado a su máxima energía.

Un mundo que tenía un sonido. Y en ese instante incluso un nombre.

El nombre de ese mundo, aquel día, era Axel Branford.

Melioso subió a aquel cuadrilátero en un intento de mantener la cordura y, de nuevo, retirar a su pupilo de allí antes de que la euforia lo contagiara. Pero esta vez Axel se zafó de él y no se lo permitió. A final de cuentas aquella vez no era como las demás. Aquella lucha, para él, no había sido como ninguna otra.

Axel fue hasta el oriental, que ya se levantaba, y lo ayudó a ponerse en pie. Ruggiero tenía la visión un poco nublada y habría podido jurar que casi había lágrimas en los ojos del adversario.

—Gracias. Gracias por haberme mostrado... —decía Axel con una voz jadeante y casi gritando como consecuencia de la influencia externa del ruido de la multitud.

—Tú —dijo Ruggiero, esforzándose para gritar lo más alto que sus fuerzas aún le

permitían— darme motivo.

Axel comenzó a sonreír como un niño. Abrazó a su adversario como si fuera un maestro y el público siguió aplaudiendo y gritando por el espectáculo. Un público formado por diversas clases y un único sentimiento.

—Y tú realmente conseguir, Branford —alcanzó a decir aún Ruggiero—. ¿Tú no querer sentir un poco de plenitud que energía traer?

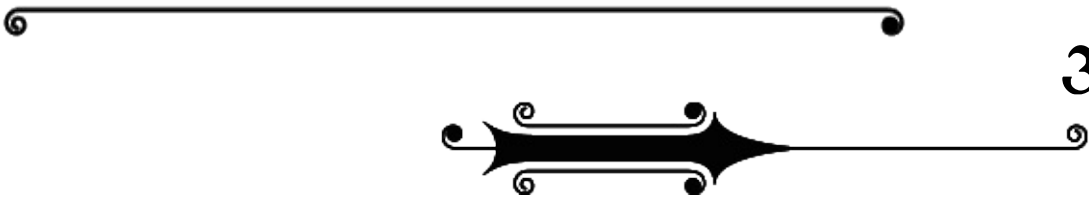
Axel asintió dos veces. Y dijo:

—Yo sé. Ahora lo sé.

Axel tomó el antebrazo de Ruggiero.

E iluminado por decenas de antorchas, ante ciento cincuenta mil personas enloquecidas, levantó su brazo junto al del dragón oriental.

—Así es.



Robert de Locksley había sentido algo distinto cuando pasó por la simple cerca que delimitaba el territorio de Sherwood. Eran apenas unos pasos, pero cada uno recordaba años de soledad y confinamiento. Años en que su mente libre caminaba hasta allí para evitar la locura que asuela al hombre encarcelado.

Sus seguidores iban con él y caminaban a su lado. Por donde pasaban generaban fascinación. Cada carretera, cada pueblo en dirección a Sherwood primero eran presa de la curiosidad cuando aquel grupo se aproximaba entonando canciones de libertad y poemas antiguos. Entonces las personas descubrían a quién seguían. Robert decía algunas palabras. Y colectaba sus espíritus.

Ya era de noche cuando el grupo se detuvo ante aquella herrería. Había pocos hombres trabajando a esa hora, pero quien estuviera en aquel local lo hacía. Afuera, entre cantos de los grillos y olor a sereno, se escuchaba el golpeteo constante y rítmico del martillo en el acero, resonando como una campana que anuncia el fin de un combate.

O el inicio.

Robert dejó al grupo afuera y entró, sólo acompañado por Pequeño John. Al fondo, todavía los sonidos cadenciosos y reverberantes del martillo daban forma al acero. El hombre responsable era bajo y un poco jorobado. También frisaba los cuarenta años, como aquellos dos. Tenía los brazos fuertes y marcados por los años de trabajo con el fuego y el metal. El rostro barbado, los brazos velludos. Y los cabellos rojos, espesos y desgreñados hacia arriba.

—¿Lo ves, Pequeño John? Al menos uno de nosotros conserva sus orígenes.

El sonido del golpe en el metal se detuvo. El hombre miró por encima de su hombro, sonrió y volvió a golpear. El metal en sus manos parecía estar dando forma a una espada.

—Se tardaron...

Robert y John se miraron, sorprendidos. Se aproximaron. El chaparrito jorobado

en ningún momento se levantó para saludarlos. Alrededor de su cuello, sujeto por un cordón, había un manojo de llaves que de vez en cuando tintineaba con movimientos más bruscos.

—¡No era esta la recepción que esperaba, pero es bueno ver que conservas tus orígenes, Much! Esta herrería parece nunca haber interrumpido sus servicios.

—No se trata precisamente de una opción, Locksley. Soy el hijo de un maestro herrero. Fue algo que aprendí a hacer.

—Por lo visto, tu padre estaría muy orgulloso.

Much paró de golpear. Y miró a Pequeño John.

—Por el Creador, ¿tú no paras de crecer, negro maldito?

—En realidad, ya lo hice. Pero parece que tú sigues disminuyendo.

—¿En verdad? No fue eso lo que dijo tu ex novia...

Los tres comenzaron a reír sin parar. Locksley jaló un banco de madera cercano, se sentó y tomó la palabra:

—¿Quieres decir que mantuviste las actividades de tu padre?

—Sí. Él me lo pidió.

—Es comprensible. Miller en verdad se volvió una referencia en esto de las forjas —dijo Pequeño John.

—Sí. Pero no fue por eso que me pidió que continuara su trabajo.

—¿Entonces? —preguntó Locksley.

—No me hizo esa petición por renombre o reputación. Lo hizo porque sabía que estaba demasiado viejo para continuar la lucha, pero tú no.

Robert se detuvo, buscando comprender. Creyó que ya había entendido, pero prefirió decir:

—Explícate.

—La enfermedad lo había dejado ciego y con dolores constantes. Yo sabía que él iba a morir, él sabía que iba a morir, todo el mundo lo sabía. Y mi madre me dijo una vez que era una pena que tú no pudieras estar con él en esos últimos momentos. Porque él te quiso como si fueras un hijo.

—Le debo mucho a tu padre, Much. Mis ideales fueron sembrados por él.

—Él lo sabía. Tanto, que me dijo que no interrumpiera los trabajos. Que tú volverías —los cabellos de Locksley se erizaron; los de Pequeño John también—. Es más, él sabía que volverías. Incluso ciego, todavía se carcajeaba al decir que, si los hombres que le quitaron todo a tu familia no habían podido matar lo mejor que hay en ti, tampoco lo lograría una prisión en un reino frío como Stallia.

—¡Pero yo había sido condenado a prisión perpetua! La tendencia natural habría sido que yo muriera en aquellas celdas.

—No. Antes de morir, mi padre recibió la visita de Tuck. Y nuestro fraile es ahora un hombre diferente. Un hombre santo. Y a partir de su visita, mi padre comenzó a

creer que tú no morirías en aquella prisión. Porque él comenzó a sentir fe. Comenzó a creer que existe un Creador que vela por nosotros. Y que, de vez en cuando, cuando lo merecemos, los milagros suceden —los cabellos de ambos continuaban erizados—. Y tenía razón. Al final sucedió un milagro, ¿no?

Los tres quedaron en silencio un momento. Y Robert preguntó:

—Y, Much, ¿qué pasó tras la partida de Miller?

—Desde entonces trabajo de día en los pedidos que me son encomendados, pues necesito comer. Pero de noche, en lo profundo de la madrugada, concluía el pedido de mi padre, esperando el día en que tú entrarías otra vez por esa puerta. —Much se levantó—. Ve sólo este ejemplo: ¡estoy trabajando en esta maldita espada, pero creo que está mal! ¿Qué hora es?

—No sé, pero ya es de madrugada —dijo Pequeño John.

—¿Lo ves? Tal vez sea por eso. Los años van pasando y nuestra vista ya no es la misma.

Much caminó a su manera natural, cojeando un poco, hasta una gran puerta doble de madera, atrancada con dos candados gigantes. Apartó algunas ollas y cosas por el estilo de la puerta y abrió los candados con llaves del manajo que colgaba de su cuello.

—¿Sabes?, mi padre decía que volverías. Y que al fin harías lo que ningún hombre tuvo los arrestos de hacer en este lugar. Según sus palabras, él decía que volverías esta vez para patear el trasero de esos hijos de...

Much empujó una de las puertas, con lo que levantó polvo e incluso pequeños pedazos de madera le cayeron en la cabeza.

—¡Malditas termitas! —rezongó, limpiando el polvo—. ¿Pero dónde estaba?

—En los hijos de... —respondió Pequeño John.

—Ah, sí. Bueno, lo que interesa es que él sabía que tú vendrías a liberar a Sherwood de una vez por todas y a acabar con esa porquería de política de territorio neutral. Solía decir que «es un absurdo que la Iglesia tenga su propio reino dentro de un reino, y Sherwood es una tierra sin gobernante propio».

Much soltó otra cosa y al fin logró abrir la segunda puerta.

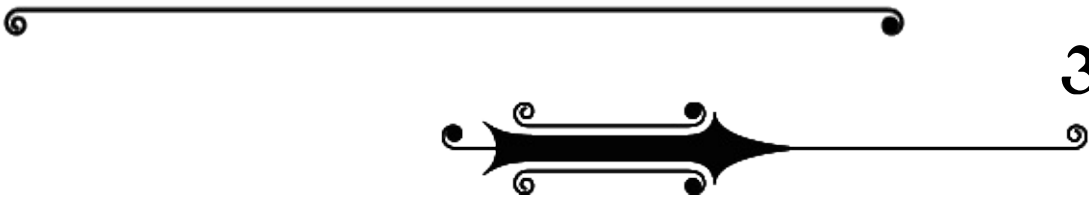
—Él dijo que tú buscarías a los otros. Y que formarías un nuevo ejército. Y que era a través de mis manos que él estaría en tu lucha, después de la muerte.

Y Robert de Locksley y el Pequeño John se quedaron boquiabiertos cuando vieron lo que la apertura de aquellas puertas revelaba. Era un recinto grande, del tamaño del aposento de un noble. Pero en su interior estaba el fruto de un resultado trabajoso y primoroso, que seguramente había requerido años de dedicación, paciencia y esfuerzo.

Tal vez casi veinte años de esfuerzo.

—No sé si ya reuniste a tu ejército, Locksley, pero su arsenal y sus vestimentas ya

están aquí.



María Hanson llegó a casa, jadeante, aquella noche, y descubrió que su madre la esperaba nerviosa. A petición de Érika Hanson, dos niños habían corrido hasta el centro para buscarla, con órdenes de decirle que una cosa horrible estaba ocurriendo.

María entró a la casa con el corazón en la boca, rezando a sus semidioses para que la situación no fuera tan mala como se imaginaba.

Su madre le gritó cuando la escuchó entrar.

Y María Hanson descubrió qué era.

Ya había amanecido. Sin embargo, en aquel lugar, donde siempre había sombras, nadie parecía saberlo.

—De pie! —gritó él, caminando entre ya casi cinco centenares de niños de la calle.

Los chicos se levantaron somnolientos. Todos percibieron o tropezaron con algo que estaba frente a ellos. Al verlo mejor, descubrieron que se trataba de dos pedazos de madera, del tamaño de un antebrazo, para cada uno.

—Tomen los pedazos de madera frente a ustedes.

Liriel contempló sorprendida la escena, y entendió cuál era la próxima fase de aquel plan cada vez más sin control.

Snail Galford sacó dos cuchillos bien afilados de su gabán y dijo:

—Esos pedazos de madera serán sus láminas. Aprender a usar los cuchillos es como tratar con dos bailarinas.

Las láminas rozaron una en la otra y sacaron chispas.

—Y en este momento es hora de que ustedes las enseñen a bailar.

El rey Anisio Branford permitió que el anunciado entrara en el Salón Real a la mañana. El gnomo barón caminó con sus maneras austeras, se arrodilló ante él y dijo:

—Majestad...

—Supe que tienes algo que proponerme, señor Rumpelstiltskin. Algo además de cosas que vuelan y nuevas eras, lo que me lleva a forzar mi imaginación más allá de los límites que creía permitidos.

—Majestad, nadie mejor que... —el gnomo miró el salón antes de usar el próximo pronombre de tratamiento, y vio que gnomo y rey estaban solos—... tú para comprender la importancia de lo que ocurrirá en la final del torneo, me parece.

—Exactamente.

—Pero, antes de hacer mi propuesta, necesito la presencia de otro soberano, que pido disculpas por haber invitado a este Gran Palacio.

El rey Anisio pareció muy incómodo en esa parte.

—Ya me fue anunciada también tal presencia, debo decir que con mucha sorpresa. Espero que en verdad tengas motivos y sepas lo que haces.

—Tienes mi palabra.

El rey tocó una campana y el guardia que había salido regresó. Recibió un asentimiento, a modo de permiso, y anunció:

—Su majestad, el autoproclamado emperador de Minotaurus, Victon Ferrabrás.

Ferrabrás entró con un uniforme militar grisáceo, que lucía las insignias de general en el pecho y en la forma de las hombreras. Caminó por el salón con el pecho inflado, un andar indefinido entre lo común y la marcha militar, y una mirada burlona en la cara.

Al fondo, el guardia real no abandonó el salón.

—No pensé que retornaría a este palacio tan pronto —dijo el minotaurino.

—Entonces compartimos la misma opinión —respondió el rey Anisio.

El señor Rumpelstiltskin se aclaró la garganta, obligado por el momento, pero después se puso a decir:

—Sus majestades, sé que comparten ideales distintos y sé también que esta no es la situación ideal para ninguno de ustedes en este momento, pero si tuve la osadía de reunir a los dos mayores líderes de este continente en este recinto es porque debo hacer una propuesta que tal vez les interese a ambos.

—¿Una propuesta que nos interese a ambos? —preguntó Ferrabrás, sorprendido—. Es algo que me gustaría escuchar.

El rey Anisio no dijo nada. Y el gnomo se volvió hacia él:

—Como decía antes, rey Branford, nadie mejor que tú podría...

—Dirígete de «usted» —dijo el rey, con una voz fría.

Rumpelstiltskin tragó en seco.

—Perfectamente. ¿Y cómo debo referirme a la persona de nuestro emperador?

—Como lo dijiste: con el título «emperador» —dijo Ferrabrás.

—Por mí, usarías el «tú» —dijo el rey, todavía con su voz fría—. Pero si los títulos vacíos satisfacen tus fantasías, el capricho no me molesta en este día.

El gnomo parecía sopesar cada palabra; tan incómoda era su situación. Sin embargo, la propuesta que tenía en mente era ambiciosa y suficiente para no impedir que continuara.

—Sus majestades, ustedes saben que un combate final entre Arzallum y Minotaurus quedará en la historia del mundo y será contado por generaciones mucho más allá de las que viviremos para ver.

—Si no me engaño, hasta ahora sólo me dijiste lo que ya sé, señor Rumpelstiltskin.

—Pido disculpas por eso, su majestad.

—No me molesta. Sólo ratifico mi curiosidad por identificar lo que de nuevo tengas que decirme.

—Y, con certeza, te ausentarías de mi presencia —dijo Ferrabrás.

—El emperador muestra señales de sabiduría cuando quiere —comentó Anisio.

—Sólo cuando compartimos sentimientos parecidos, majestad.

El gnomo tomó otra vez la palabra. Con rapidez.

—Su majestad, por favor, sáqueme de una duda: ¿cuánto tiempo tomará para que se dé el próximo combate, que definirá al gran campeón del mundo? ¿Dos días, como el último intervalo?

—Cinco. Para la última lucha se espera una semana, de modo que los pugilistas ofrezcan algo más en el gran espectáculo final.

—El rey Branford se refiere sólo al pugilista de Arzallum. Si dependiéramos de Minotaurus, el combate se daría hoy mismo.

—¿Ah, sí? —preguntó el rey Anisio—. Tal vez sea mejor esperar unos meses

para ver si las costillas de Radamisto cicatrizan.

—Tu tío, el rey Segundo, debe haber pensado lo mismo, pero vio a su pugilista salir cargado en un pesado ataúd.

El rey Anisio inspiró hondo el aire por la boca casi cerrada, en un peligroso silbido, a punto de declarar la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter, cuando el señor Rumpelstiltskin, que estaba con la mente en otro lado, ajeno al barril de pólvora a su alrededor, dijo animado:

—¡Oh, cinco días! —el gnomo barón pareció muy sorprendido—. ¡Estaba preocupado con el plazo de dos, lo admito, pero con el de cinco días, entonces mi idea podría volverse perfectamente viable!

—Una idea de la que, ratifico, me gustaría mucho tomar conocimiento.

El gnomo notó la impaciencia del rey y, con un poco de torpeza, dijo a continuación:

—Oh, sí, sí. Su majestad y emperador Ferrabrás, con seguridad ambos recuerdan bien del mensaje presentado por la princesa de Jade en el salón.

—¿Y cómo olvidar a la princesa de arena? Tenemos acceso a lo fantástico en estas tierras, pero no siempre en tamaña intensidad.

—¿Y su majestad recuerda lo que dije de ese mecanismo?

—Recuerdo que mencionaste cristales y otras formas de éter, tanto más brutas cuanto más sutiles.

—Exactamente. Hoy somos capaces de «grabar la energía» en piedras de cristal. Y, como semidioses, de revivir eternamente momentos de éter.

—Espero que estés dando seguimiento al raciocinio de tu propuesta.

—Tengo que concordar en que espero lo mismo —dijo el emperador, con una paciencia no muy grande.

—Sí. Mi propuesta, su majestad y emperador Ferrabrás, es eternizar y grabar para siempre el histórico combate entre Arzallum y Minotaurus que será realizado en aquella arena.

El gnomo barón pareció orgulloso, con una inmensa sonrisa en la cara. Pero ambos monarcas estaban boquiabiertos con la propuesta.

—¿Pero acaso ya hiciste algo parecido con esto antes, gnomo?

—Emperador Ferrabrás, nunca lo intentamos en tamaña intensidad y amplitud. Pero creo que estamos listos para hacerlo. Sólo necesitábamos un espectáculo que mereciera el esfuerzo.

Los dos continuaban sin saber qué decir.

—¿Y cómo reviviremos tal combate en el futuro, señor Rumpelstiltskin? ¿Con dos pugilistas de arena?

—Su majestad, la arena es sólo uno de los componentes con los cuales podemos revivir los momentos grabados en energía. Sin embargo, lo podemos hacer con

muchos otros elementos. Incluso creo que estamos preparados para hacerlo, digamos, utilizando los reflejos de luz de las antorchas.

—No comprendo.

—Pensamos grabar la energía en éter y proyectarla después, en un futuro no muy distante, en luz. El resultado será aquel momento, ya ocurrido ante nosotros, tomando forma allí una vez más.

—Son impresionantes tus ambiciones, gnomo.

—¿Eso es un elogio, emperador Ferrabrás?

—Tal vez no en Arzallum. Pero lo es en Minotaurus.

—Gracias entonces, emperador Ferrabrás. Volviendo al meollo de la cuestión que planteo, sé que, para el perdedor del combate, tal situación no será muy confortable, pero la posibilidad que rodea al futuro vencedor compensaría el riesgo.

El rey y el emperador guardaron silencio, analizando la propuesta. En verdad la situación sería trágica para quien perdiera el combate. Pero para quien ganara...

—No sé por qué, pero creo que esa propuesta no es gratuita.

—Ah, ciertamente, majestad.

—Di tu precio, gnomo —lo apuró Ferrabrás.

—Necesitaría voluntarios a mi servicio día y noche a lo largo de estos cinco días, y debo negociar con los genios.

El rey Anisio frunció las cejas.

—¿Convocarías a los genios en estas tierras, señor Rumpelstiltskin?

—Y me cobrarán su precio, su majestad.

El emperador Ferrabrás sonrió.

—Me gustan los precios cobrados por esos seres. Son más baratos que el oro.

—Sólo si se refiriera a las mujeres de Minotaurus. Porque las de Arzallum no se compran.

—Ah, eso se nota por la compañía de sus herederos. Un reino cuyo príncipe necesita buscar compañía en la plebe demuestra bien el poco valor de sus nobles.

El rey Anisio odiaba cada vez que tenía que escuchar comentarios como ese a causa de su hermano.

—Eh... —volvió a intentar decir el gnomo—. Sus majestades, ante mis propuestas y mis necesidades para su ejecución, ¿qué me dicen?

—Puedo ceder siervos reales para ayudarte en los trabajos y permitir el acceso a la Arena de Vidrio. Pero no cuentes conmigo en este momento para pagar a tus genios.

—Sin problema —dijo Ferrabrás—. Yo me encargo de esa parte.

—¿Acaso cederás a tus minotaurinas? —preguntó el rey, con voz fría.

—No. No serán minotaurinas.

El rey Anisio Branford volvió a apretar los dientes ante la provocación. La

esclavitud había sido abolida mediante un decreto de su padre, Primo Branford. Aquellos que se rehusaran a cumplir el decreto se declararían enemigos de Arzallum y de sus aliados directos. Minotaurus, para evitar represalias inmediatas por no estar listo aún en aquel momento, modificó el término «esclavos» por el de «prisioneros militares».

—Pues bien. Entonces creo que tenemos un negocio cerrado. Su majestad y emperador Ferrabrás, prepárense para el mayor espectáculo en la historia del mundo.

Ariane entró en el aquelarre de *madame* Viotti con una expresión siempre curiosa de quien se embarca en un mundo nuevo. Estaba con su madre y se daba cuenta de que ella se sentía particularmente satisfecha ese día.

Cuando entró en el lugar, el ambiente ya parecía preparado para lo que se propusieran hacer.

—¿Qué comenzaré a aprender hoy? —le preguntó a *madame*.

—A romper la cáscara.

La chica sonrió. Jaló una silla y se sentó, animada.

—¡Ah, qué fácil! Entonces comencemos ya...

Madame Viotti esbozó su sonrisa paciente, como siempre, y dijo:

—Querida, antes tenemos que decirte algunas cosas —y la muchacha se calló y se mostró concentrada—. Tu madre y yo estamos últimamente muy orgullosas de ti. Nos enorgullecemos de las decisiones difíciles que tomaste sola, de la dedicación y la firmeza con que demuestras tus actitudes e incluso del ser humano más consciente del mundo a su alrededor que demuestras ser cada día. Por eso nuestro orgullo por ti, que me parece que la Creadora y nuestras semidiosas sienten también.

Ariane se mostró sorprendida, apretó los labios y movió la cabeza varias veces, con el cabello sujeto en una cola de caballo.

—Es por eso que hoy decidimos darte un regalo. Un regalo que no sólo necesitarás, sino que ya mereces.

—¿Un regalo? —ella abrió sus ojos claros y la boca, estupefacta.

Era comprensible. En su mente, un regalo de una bruja buena debía ser algo estupendo.

Madame Viotti miró a Anna Narin, que se acercó desde un rincón con un envoltorio. En realidad era una bolsa con algo adentro que Ariane estaba loca por saber qué contenía.

Cuando se la ofrecieron, tomó la bolsa de las manos de su madre más rápido de lo

que un ilusionista barajaría las cartas y sacó lo que estaba adentro.

Era un cuaderno. Y la tapa era negra.

—¿Qué es esto? —preguntó excitada.

—Un *Libro de las sombras*.

Ariane abrió mucho los ojos, esta vez en dirección a *madame*.

—Excelente. Pero ¿sirve para hacer magia?

Madame Viotti movió la cabeza de un lado al otro.

—Sí, también. En realidad, participa en los rituales. Pero su principal función es otra.

—¡Entonces dígame pronto! —exclamó la chica, con su eterna impaciencia.

—Es un libro de compilación. En sus páginas escribirás todos los detalles de lo que aprendas, desde cánticos, hechizos, invocaciones, estudios sobre magia y todo lo que pienses que sea necesario para los trabajos.

La chica pasó los dedos por la tapa, fascinada. El libro era negro, y ese detalle le resultaba en particular interesante. En Nueva Éter, al menos en Andreanne, los cuadernos, sobre todo los utilizados en las escuelas reales, eran libros gruesos que el rey mandaba preparar sin texto alguno. Los niños los guardaban por el resto de sus vidas y utilizaban el mismo año tras año, porque era muy difícil que alguien llegara al final de sus páginas. Quienes lo lograban, solían volverse poetas.

O novelistas.

—Ese dibujo es un pentagrama, ¿no?

Anna asintió con la cabeza. En realidad la tapa no era sólo negra. En ella había grabado manualmente un símbolo con cinco puntas, en color rojo.

—El pentagrama —explicó *madame* Viotti— en realidad es un símbolo puro. Algunas hadas caídas lo invirtieron, pero no fue el símbolo lo que se hizo impuro. Fueron ellas, ¿comprendes?

—Más o menos.

—El pentagrama, como lo ves en tu cuaderno, con la punta hacia arriba dentro de un círculo, representa los cuatro elementos regidos por la esencia sagrada.

—¿La que ven los semidioses?

—Sí. La quintaesencia.

«El éter».

Ariane se quedó pensativa. Y preguntó, curiosa:

—¿Y cuando la cruz está hacia abajo?

—Ahí el símbolo representa la materia que comanda al espíritu.

—Pero, si la materia está hecha de éter, ¿entonces no es un sinsentido que creamos que la materia lo domina?

—Exactamente.

—¿Y por qué hay gente que cree en eso?

—Tal vez porque nunca se ha detenido a pensarlo.

Ariane movió la cabeza y se dio por satisfecha.

—¿Y por qué tiene ese nombre: *Libro de las sombras*?

—Porque escribimos en él la sombra de la realidad de este mundo.

—¿Y cada bruja tiene su libro?

—Y sólo puede consultar el libro de otra bruja con su permiso.

—¿Entonces sólo yo escribo en el mío?

—Sí. Porque pones en él tu energía cuando escribes.

—¡Ay, pero mi letra es horrible!

Las dos mujeres rieron. Ariane no le vio la gracia.

—No importa. Tú energía será depositada en él y eso es lo único que importa.

—Pero, caray, si yo no sé qué escribir en él, o si un día escribo algo equivocado, ¿ustedes me regañarán?

—No, querida. Porque lo esencial de la brujería blanca no puede ser narrado, sólo vivido. El libro es un instrumento más, como los otros.

—Hum...

Ariane se mordió el labio inferior. Recordó tiempos pasados, cuando comenzó su iniciación y se sintió temerosa de todo ese mundo nuevo. Pero ahora, día tras día, la impresión que se llevaba era que sabía que ya no habría marcha atrás. No había ya cómo darse la vuelta.

Ella adoraba todo aquello.

—A ver, ¿hay más regalos por hoy?

—¡No, hija! —respondió su madre, frunciendo las cejas—. ¿Uno solo no es suficiente?

—¡No, no! No quiero parecer maleducada (¡y tú estás haciendo que lo parezca con ese comentario, uf!). Es que, bueno, si ya no hay nada más, podríamos comenzar a, ¿saben?, a aprender.

Madame Viotti esbozó su mayor sonrisa de ese día. Adoraba la espontaneidad de esa niña. Y la pureza que existía en cada impulso.

—Es cierto, mi bien. Levántate y siéntate conmigo aquí, de este lado, con las piernas cruzadas. Es hora de que aprendas a partir la cáscara...

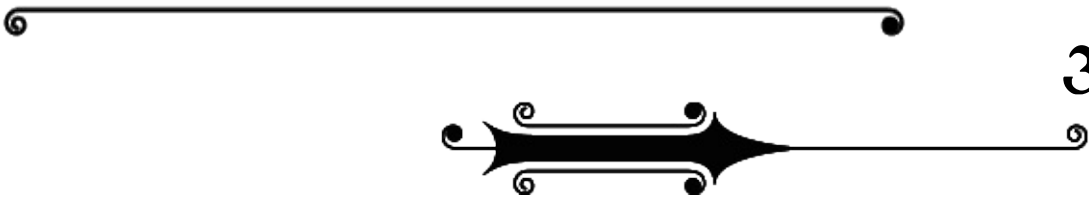
João Hanson salió de la cabaña de la familia Darin, aún con la expresión cansada y llena de sueño. Afuera, su hermana lo esperaba con un gesto todavía peor.

—Andreas dijo que tenías noticias que darme.

—Sí... —dijo María, sin emoción en la voz.

—¿Buenas noticias? —deseó él, a sabiendas de que esa no sería la respuesta.

María Hanson se limitó a mover la cabeza en señal negativa.



Era una aldea. Una aldea donde habitaban fieles y donde vivía un santo. Era un lugar rústico, cercano a un pequeño río, de donde las personas sacaban su sustento. Eran labradores, agricultores, hombres de campo. Eran personas rústicas que daban nombre a un lugar como Sherwood. La llamada aldea de Los Vientos era un sitio normal.

Pero ese día todo existía allí menos la normalidad.

Hacia algún tiempo la pequeña aldea había comenzado a recibir a personas de todos los rincones del mundo. Algunos venían para curarse las heridas del cuerpo. Otros, del espíritu. Algunos llegaban allí en busca de un sentido para sus vidas; otros, para asistir voluntariamente a todo lo que habían escuchado y comenzado a admirar desde la distancia. Algunos caminaban hasta allí por necesidad; otros, por curiosidad; otros más, por intuición.

No importaba, alguien siempre llegaba allí por un motivo.

Y todavía así la situación se volvió normal. La aldea comenzó a expandirse y a generar lugares rústicos, pero específicos para visitantes, dentro de las casas de las familias locales. Los hombres preparaban dulces típicos y las mujeres se presentaban en danzas, aún vivas entre la cultura nativa, para los forasteros sonrientes. Sin embargo, no hacía ninguna diferencia si el forastero llegaba con los bolsillos llenos o en la más absoluta miseria: la aldea de Los Vientos los recibía a todos, y lo hacía bien.

Pero cuando Robert de Locksley caminó por ella, su mundo ya no fue el mismo. Su mundo nunca más sería el mismo. Porque cuando un hombre que colecciona espíritus camina por un lugar como aquel, dotado de fe en forma pura, todo lo que pulsa en el mundo se expande lo suficiente como para contagiarlo todo alrededor.

Así, la cuestión era sólo esta: ¿qué sucede cuando dos fuerzas dotadas de la misma fe, pero caminando en direcciones contrarias, colisionan?

¿Es posible que una fe inamovible mueva a otra semejante?

¿Y cuál es la diferencia entre los caminos que una fe inamovible deja de recorrer?

Guiado por un joven monje vestido pobremente, Locksley caminaba. Pasó delante de enfermos y de personas con hambre de alimento para el cuerpo y para el espíritu. Personas por las cuales él luchaba, y por las cuales moriría si fuera preciso. Sabía, sin embargo, que no lo conseguiría si le faltara el último.

Si faltara aquel.

Y al pasar ante enfermos acostados en esteras de lianas trenzadas, lo avistó a lo lejos, y su corazón latió mientras traía, a cada pulsación, todos aquellos sentimientos que habitan la médula humana. Pero el hombre que veía estaba irreconocible. Vestía una sucia manta en diagonal, sujeta por el hombro, que apenas le cubría el trasero, las partes íntimas y la mitad del pecho. Se mantenía apoyado en un viejo cayado, con los hombros cerrados, de pie sobre un montón de piedras, sintiendo la brisa que daba nombre a la aldea de Los Vientos.

El cuerpo mostraba cicatrices de tortura en las partes expuestas. El cabello, que antes era espeso, ahora estaba casi completamente rapado. La barba, que antes era voluminosa, ahora no existía. El cuerpo, que se enorgullecía de ser grande, gordo y jorobado, ahora se mostraba flaco, raquítico y erguido. Y a cada paso que daba hacia él, Robert de Locksley se convencía de que se aproximaba a un hombre diferente de aquel que había conocido.

El príncipe de los ladrones se detuvo ante el hombre enflaquecido. La impresión que tenía era que en breve nevaría. La brisa fría se agitó un poco más fuerte. Y al fin pronunció el nombre, que cobró vida como si fuera un soplo más en aquella aldea de Los Vientos.

—Tuck...

El monje abrió los ojos.

Y el corazón del mundo comenzó a latir más rápido.

Acto 3



Corazones de nieve



Es difícil, muy difícil, definir lo que representó aquella semana para un arzallum.

Imagina que todo aquello en lo que crees, toda la fuerza transmitida a tu pueblo, toda la confianza que depositaste en tus representantes, toda la superioridad cultural y militar que te fue ratificada y revelada por tus antepasados, e incluso toda la esperanza en un futuro legado a tus descendientes naturales, estuviese a punto de ser puesto a prueba en un solo día.

Imagina el choque entre una lanza que se considera indestructible contra un escudo que se considera inamovible. Imagina la posibilidad de que tu bandera ondee en lo alto de un podio donde todas las demás no se mantuvieron, así como la posibilidad de que esté en el suelo pisoteada por tu peor enemigo. Ahora imagina la angustia de la espera para descubrir en qué posición quedará.

Imagina eso, mi amigo, e imaginarás a Arzallum.

Las personas trabajaron durante aquella semana sólo porque había una programación mental grabada por la rutina constante, que les recordaba qué hacer y cómo hacerlo. Sin embargo, sus pensamientos siempre estaban muy lejos del alcance de cualquier mano. Las personas trabajaban, pero no pensaban en el negocio. Otras sembraban y no pensaban en las cosechas. Los niños estudiaban y sus pensamientos estaban lejos de los estudios.

La mente y los pensamientos de las personas y de los ancianos y de los niños siempre estaban lejos. Lejos de ellos, pero cerca de sus corazones. Pues estaban en las arenas, en los cuartos, en las salas de entrenamiento, en cuadriláteros de diversos tamaños.

Estaban en Axel Terra Branford.

Cada día que Axel despertó durante aquella semana sintió el mundo palpitar en forma diferente respecto de él. No podía dejar el Gran Palacio y casi no conseguía andar por las calles de la ciudad. Siembre había sido un ídolo popular. Siempre había sido adorado por la plebe, tanto por las criaturas que deseaban verlo, como por las mujeres que anhelaban tenerlo o por los hombres que buscaban ser como él. Caminaba incluso por el Gran Palacio y sentía la mirada diferente de los siervos reales, que parecían reverenciarlo más de lo necesario o no lo tocaban como si fuera un hombre, sino un semidiós. O la manifestación de los mejores sentimientos de los semidioses.

Axel se daba cuenta de que nunca jamás había estado tan cerca de Primo Branford, su padre. Nunca jamás se había aproximado tanto a la figura del más grande de todos los reyes. Su figura histórica en relación con su pueblo se hallaba en un ascenso tan grande, que los bardos ya cantaban su nombre como «el más grande de todos los príncipes». Y el miedo a decepcionar a su pueblo y a toda la esperanza depositada haría que cualquiera sintiera que se le congelaban los pies.

De vez en cuando, a solas y sin que nadie lo viera, sentía náuseas y nudos en el estómago. Amaba a su padre y a todo lo que este representaba, pero no se sentía listo para sustituirlo en la necesidad de una nación por un héroe. La posibilidad de fracasar y llevarse con él los sueños de millones de personas que vivían bajo aquella bandera era un fardo muy pesado de cargar. Entre curaciones y baños en tina con aguas fluidificadas por hadas, se sentía solitario en un destino tan incierto, que lo marcaría por el resto de su vida.

Melioso, su entrenador, lo protegía lo mejor que podía. Él y Muralla evitaban que demasiadas personas tuvieran acceso al príncipe y que aquella euforia que corría por el reino, mucho más allá de las fronteras de Andreanne, entrara en ese palacio. El hecho era que Axel ya no sólo representaba a Arzallum en aquel torneo. Todas las naciones contrarias a los pensamientos y a la filosofía de Minotaurus adoraban a Branford como ídolo y volcaban en él sus creencias y sus oraciones.

Más que a cualquier otra persona, Axel extrañaba a María Hanson. No la veía hacía tanto tiempo que casi no recordaba cuándo había sido la última vez. Quería abrazarla y contarle el miedo que se admitía a sí mismo cuando estaba solo. Quería permanecer recostado a su lado identificando estrellas mientras le contaba la historia de algunas de ellas. No sabía si deseaba entrar en esa arena con la oportunidad de fracaso tan próxima a la de gloria. No tenía esa certeza, o al menos ya no. Sabía, sin embargo, que Melioso tenía razón incluso en cuanto a la presencia de la joven en aquel lugar. Ella en verdad lo sacaría de concentración en aquel camino sin regreso. Ella no le quitaría la fuerza para entrar en la arena, pero lo haría flaquear. Pues lo haría pensar cómo sería nacer plebeyo y llevar una vida simple, en vez de ser uno de los hombres más conocidos del mundo, a punto de escribir la historia.

Entonces Axel contempló el cuadro con los bustos de sus padres y les prometió

que al menos daría lo mejor de sí cuando llegara la hora. Sí, incluso más que lo mejor.

María Hanson tendría que esperar.

La Escuela Real del Saber volvió a sus actividades aquella semana, pero sus alumnos no estaban muy interesados en matemáticas ni filosofía. La única manera de mantener la atención de aquellos grupos era hablar sobre política y las divergencias de ideas, por ejemplo, entre las naciones de Gordio y Tagwood, Aragón y Rök o, claro, Arzallum y Minotaurus. En su papel de nueva profesora, María Hanson explicaba la idea de eugenesia: el mito de la raza superior pregonado por la familia Ferrabrás. Explicaba la extinción de la monarquía y la autoproclamación como imperio ante una imposición militar.

Contó incluso cómo se habían conocido Axel y ella, y que, sin darse cuenta que hablaba sobre el príncipe, había criticado decisiones políticas del rey Primo Branford, así como lo idiota que se había sentido en los siguientes meses ante aquella metida de pata. La historia atrajo la atención del grupo y se vio obligada a contar todos los días hasta la final del torneo.

Sus clases siempre estaban llenas, con excepción de un único pupitre vacío.

A María le gustaba dar clases. Adoraba enseñar lo poco que sabía, en un intento por tocar la esencia de aquellos niños y adolescentes de manera profunda y memorable, y disfrutaba el desafío de hacerlos prestar atención a cualquier asunto al que se refiriera, en busca de huir de la enseñanza tradicional hacia algo que estuviera más cercano al lenguaje y a la concepción de sus alumnos. Y ella le gustaba a los niños y a los adolescentes.

María era el mito de la muchacha pobre y plebeya que conquistó su sueño. Era lo que todas las muchachas aspiraban a ser, ya fuera en la vida o en el amor.

Sin embargo, por más que disfrutara lo que hacía y por más que se esforzara en ser la mejor profesora, durante aquella semana hubo un diálogo que no se le iba de la mente cada vez que había una pausa entre una clase y otra. Al final, si sonreía delante de sus alumnos para no transmitirles sus problemas personales, por dentro lloraba por el futuro incierto de su padre.

«¿Él... está muerto?».

«No. Pero ni siquiera puede hablar ni levantarse de la cama de tan enfermo que está».

«Por lo que supe, es uno de los precios que hay que pagar».

«Y aún así, incluso a sabiendas de eso, ¿no quieres verlo?».

«No».

La otra voz que resonaba en sus pensamientos era la misma del pupitre vacío.

La voz de João Hanson.

En el centro de Andreeanne, João Hanson cargaba bolsas, boleaba zapatos y pintaba paredes. Hacía cualquier trabajo por el cual le pagaran algunas monedas de príncipes. Incluso lo invitaron a convertirse en delincuente, pero se rehusó. Lo llamaron para unirse a un grupo de jóvenes que parecían esconderse en las sombras y prepararse para una guerra que cambiaría al mundo, comandados por uno como ellos, que parecía saber lo que decía.

Y admito que esa propuesta lo tentó.

Pero también la rechazó.

El hecho era que se sentía crecido, tanto en tamaño como en madurez, pero con principios demasiado enraizados dentro de sí para luchar contra ellos. Los muchachos aún se burlaban de sus cabellos lisos con aquel maldito apodo de *Joãocito*, pero parecía que incluso le gustaba a las chicas algunos años mayores. Algunas le proponían hacer todo lo que su novia no hacía.

Entonces João recordaba las palabras.

Aquellas palabras que le ardían en el pecho como brasas incandescentes.

«¿Ah, sí? ¿Quieres saber? ¡Tal vez sea porque no necesito un novio!».

Entonces miraba a esas muchachas, las cuales eran dos o hasta tres años mayores que él. Y veía sus sonrisas y sus faldas cortas y las miradas que le dirigían.

«¿Y quieres saber por qué quería esperar para besarte de lengua?».

Y de nuevo pensaba en rechazar aquellas propuestas, antes de que su pecho ardiera de nuevo sin que él supiera cómo hacerlo parar.

«¡Porque ya besé de lengua a otro antes que a ti!».

Detener las palabras de Ariane Narin. Parar aquellas malditas palabras de Ariane Narin.

Día tras día Ariane Narin iba aprendiendo cómo «abrir su cáscara». Entendía cómo ir más allá de lo que se consideraba posible o que se creía posible. Aprendía sobre hechizos y rituales y comenzaba a escribir en su *Libro de las sombras* cuanto consideraba que debía ser escrito. Aún no lograba abandonar el cuerpo físico en forma consciente, con excepción de sus sueños, pero entendía todo aquello que se le transmitía, y todos los días meditaba e intentaba dar lo mejor de sí para alcanzar el próximo paso.

Un día, al percibir la falta de concentración de su discípula, *madame* Viotti le había dicho que era mejor que no continuaran el entrenamiento hasta que Ariane no resolviera lo que fuera que debiera resolver, de modo que su mente volviera a concentrarse.

Ariane se irritó, pero sabía que ese fastidio era con ella misma. Pensaba en João

Hanson, pero al mismo tiempo en una forma de «no pensar» en él —lo cual terminaba por hacerla pensar en él—. Y eso la irritaba más. El hecho era que no lo veía hacía algunos días y, por más que lo echara en falta, lo más extraño era que tampoco tenía ganas de verlo.

Cada vez más Ariane percibía que comenzaba a temer ese encuentro. Si estuvieran hablando del muchacho con el que ella andaba de la mano hasta un año antes, un muchacho dulce, cuya voz fallaba de vez en cuando por los cambios de la adolescencia, y que sufría por los celos que sentía ante la adoración de ella por Axel Branford, entonces Ariane desearía estar en sus brazos más rápido de lo que un claro era capaz de asomarse en un cielo oscuro.

Pero si estuvieran hablando del João Hanson irritable, de voz cada vez más grave y con una cierta rabia ante la vida, siempre en busca de probar algo al mundo y a sí mismo, y que ni siquiera él sabía con exactitud qué era, entonces a ese João Hanson le tenía miedo. Pues no sabía qué esperar de él ni qué significaba para él.

Y por no saber lo que el futuro les reservaba a los dos.

Fue así, entre palabras que no eran dichas y sentimientos demasiado expuestos, como Andreanne pasó aquella semana.

Y el corazón del mundo se preparó.

Robert de Locksley cabalgaba en el día frío, pero las palabras proferidas y grabadas en el éter permanecían en su mente, aleteando como una mariposa en una red, confundida por el ángulo distorsionado de la luz de una vela.

—Te volviste un ídolo —había dicho el monje para iniciar el diálogo.

—Y tú, una divinidad —respondió el arquero.

—Nunca lo pedí.

—Ni yo.

El fraile se volvió hacia él y dijo sus palabras con una delicadeza tan grande que contrastaba con la dureza de su contenido:

—Mentira. Siempre quisiste convertirte en una celebridad.

—Pero no al precio que he pagado.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—La prisión cambia el alma de un hombre.

—No cuando el cuerpo ya es la prisión de la propia alma.

Locksley lo observó, intentando comprender el comentario. Y sin sopesar demasiado su propio entendimiento, tras una pausa dijo:

—Hoy soy un hombre libre, Tuck.

—No, aún estás encadenado.

—¿A qué?

—A tus ideales.

—¿Y cómo me podría desprender de ellos?

—Deconstruyendo.

—Eso me daría paz interna. Pero con eso no traeríamos libertad a estas tierras.

—La traeríamos si cada hombre siguiera el ejemplo...

Por más rápido que cabalgara, Robert de Locksley no conseguía huir de aquellas palabras.

Snail Galford despertó a su milicia de adolescentes. En los últimos cuatro días sus filas habían aumentado en forma exponencial con niños que habían sido golpeados por los soldados y, en teoría, expulsados de Andreanne, como parte de un burdo proceso de limpieza social. Snail Galford sólo contemplaba a centenares de jóvenes que llegaban a él, sin siquiera necesitar mayores esfuerzos. La mayoría de ellos eran huérfanos lanzados a sus manos por el propio sistema social que ahora pretendía enfrentar.

Lo más interesante era que ninguna institución de poder parecía darse cuenta de eso. A la postre, la orden dada a los guardias reales era que Andreanne permaneciera «limpia» durante la semana del Puño de Hierro, ante miles de turistas que abarrotaban la ciudad.

En ese punto, al menos para quien mirara desde afuera, Andreanne «brillaba», aunque nadie se imaginara que la suciedad permanecía en el lugar, escondida bajo tapetes que nadie pensaba inspeccionar.

—Mañana se inicia la final del Puño de Hierro. A partir de mañana las cosas avanzarán en forma distinta. Porque la atención de la población y la de los gobernantes reales ya no se concentrará, sino que estará lo bastante dispersa para que modifiquemos algunas actitudes y cambiemos algunas de nuestras líneas de acción.

Liriel observaba, pensativa, a aquella banda de adolescentes serios, de expresiones parecidas, que día tras día le recordaban más a perros entrenados que a niños sin patria.

Debía haber setecientos ya congregados allí. Tal vez más.

—Pero también a partir de mañana comenzaremos a entender el porqué del renacimiento de esta sociedad. Y colocaremos en la vida inútil y perdida de cada uno de ustedes un objetivo más grande de lo que jamás soñaron. Ahora olviden sus pedazos de madera y tomen sus cuchillos. Es hora de hacer que bailen algunas láminas de verdad.

Axel se levantó en el quinto día de aquella semana, el último, y se miró al espejo, en busca de un campeón o un derrotado. El príncipe vio su propio reflejo viéndose como él y no comprendió la respuesta. Al menos, algo dentro de él comenzaba a latir cerca de las entrañas, implorando por esa respuesta.

Y aquello era bueno.

Temblaba ese día. De excitación, de nervios, de preocupación. Temblaba incluso de miedo. Pero no del que paraliza, sino de aquel que obliga a seguir de frente. A hacerlo con cautela, incluso con temor, pero sin jamás mirar atrás. Miedo, pero no el que aprisiona, sino aquel que libera.

Tal era el temor que Axel Branford sintió al inicio de la jornada.

Muralla llamó a la puerta y entró en el cuarto:

—Axel, es hora de que comencemos.

Axel seguía de pie, mirándose al espejo y temblando con el puño cerrado.

—Lo sé. No dormí anoche.

—Ni yo —respondió el trol.

—Tú eres un trol, Muralla, Puedes quedarte despierto durante cuarenta y ocho horas y luego dormir veinticuatro. Yo debo descansar todos los días.

—Pero hoy no es un día como los demás.

—Sí, tal vez hoy se permita una excepción.

Muralla se le aproximó y Axel podría haber jurado que cada día que pasaba aquel trol se parecía más a un humano. No sólo era la manera de hablar y expresarse, sino también la forma de comprender el pensamiento humano. Los humanos y los trols pensaban la vida de modo muy distinto, pero en el caso de ese trol aquello no parecía tan axiomático.

—Saldrás bien.

Axel miró a su guardaespaldas, inmenso y pesado, de pie cerca de él, y detrás del rostro bestial de una especie nacida para la guerra reconoció lo más cercano a una

expresión de ternura. Era el gesto de un ser bestial que había comprendido que los humanos, en determinadas situaciones, no necesitan de alguien que los impulse en la guerra, sino que sólo les recuerde que no están solos y que existe un apoyo alrededor.

—Gracias —dijo el príncipe y guardó silencio.

—No hay nada que agradecer, amigo.

Axel sintió que algo dentro de sí pulsaba aún más fuerte. «Amigo». Él mismo, Axel Branford, había utilizado la expresión varias veces para referirse al trol. Pero aquella era la primera vez que Muralla se refería a él así. No como un protegido, un contratante, un gobernador ni un señor.

Como un amigo.

Fue la primera vez que Axel advirtió que su mejor amigo era un ser que ni siquiera era humano. Y que si dos especies del todo distintas son capaz de comprenderse, respetar sus culturas e incluso mezclarlas de modo que una enriquezca a la otra sin sobrepasarla, todavía habría mucho por qué luchar en el mundo.

Que Minotaurus se preparara entonces para enfrentar a Arzallum.

En una taberna en el centro de Andreanne, la Guardia Real debió correr a toda prisa e intervenir en una bronca innecesaria que afectó a algunos inocentes. Los fanáticos de Minotaurus comenzaron a cantar a gritos su himno en el local y el bardo Luis Dantas les pidió que bajaran el tono, ya que pugilistas como Radamisto necesitaban dormir.

El zafarrancho entre arzallinos y minotaurinos duró quince minutos, hasta que la Guardia Real llegó al lugar. La taberna El Cuello de Oro resultó devastada y su tabernero lloraba sin saber cómo reconstruirla.

El rey Anisio mandó avisar que Arzallum pagaría todas las reformas y que en un futuro se las cobraría a Minotaurus.

Durante toda esa semana, la atención del mercado montado alrededor de la Arena de Vidrio se enfocó en la cantidad de siervos reales que trabajaba en el lugar... comandada por gnomos. Estos cargaban madera y vidrio, mientras se escuchaba el estruendo de martillazos y marrazos de todo tipo. A saber qué más eran aquellos ruidos de lo que sea que estuvieran construyendo allá adentro.

Era obvio que esa curiosidad sólo agregaba combustible al barril de pólvora que ya era Andreanne.

Las personas compraban y exhibían fajas con el nombre Branford. Las muchachas pedían a los artistas que les pintaran el rostro de Axel en sus blusas. Los señores pedían lo mismo respecto de la bandera de Arzallum. Las conversaciones en las calles eran siempre sobre los mismos temas, incluyendo la velocidad de Axel en comparación con la fuerza de Radamisto, sobre el golpe de derecha de cada uno,

sobre la guardia más abierta, sobre cómo la diferencia de tamaño interferiría en la intensidad y la precisión de un golpe decisivo.

Hombres de distintos linajes y diversos lenguajes parecían comprenderse como por arte de magia, y más que eso, el asunto parecía gustarles. Aunque sus representantes hubieran sucumbido en el torneo, aún así permanecían allí dispuestos a conocer al gran campeón y a divulgar en sus naciones su propia versión respecto de cómo había sido el último combate entre los dos mejores del mundo.

Cada vez que escuchaba comentarios como esos, el gnomo barón Rumpelstiltskin sonreía y pensaba, satisfecho consigo mismo, que, a partir de aquel glorioso día, después de que ellos hicieran historia en aquella arena, todas las versiones sobre la Gran Final del Puño de Hierro serían una sola.

William Gamewell se llevó un susto cuando Axel Branford entró en su cuarto en el Hospital Real de Andreeanne. Había escuchado murmullos que se volvieron algarabía y corrían en dirección a su cuarto, y vio a un príncipe entrar protegido por un trol que lo libraba de las manos de enfermeras e incluso de enfermos que, de repente, parecían haberse curado ante el simple rumor de una posible presencia del príncipe en los corredores.

—Parece que las cosas andan agitadas por aquí... —dijo Axel, sudando.

—¿Qué haces aquí, loco? —preguntó William, acostado en una cama grande, con una manta humedecida con agua helada en el rostro.

—Vine a ver cómo estás.

—¿Acaso te convertiste en mi novia?

—Estás lejos de ser mi tipo. Además, bien que extraño a la mía...

—¿Quieres cambiar de lugar? Si te parece bien, yo lucho en la Gran Final mientras que tú la visitas.

—Es obvio que no. ¡Ya vimos lo que Radamisto es capaz de hacer con tu cara en el cuadrilátero!

Los dos pugilistas comenzaron a reír solos. Muralla, que los observaba en silencio desde la puerta, no comprendía aún por qué motivo, muchas veces, los humanos se carcajeaban de su propia desgracia.

—Radamisto me envidia —dijo William— porque yo soy más guapo.

—Gran comparación. Hasta Muralla es más guapo que él.

Ambos volvieron a reír con ganas. Muralla seguía con la misma opinión sobre los humanos.

—En serio, Axel, dime, ¿cuál es el motivo real de que vengas a admirar mi cara aporreada antes de que entre al cuadrilátero hoy?

Axel no titubeó:

—Porque quiero que me cuentes cómo es la sensación de perder contra él.

Las risotadas de William pararon de inmediato y puso una expresión seria. Esta vez Muralla creyó entender por qué.

—Me estás pidiendo algo difícil.

—Sí, pero creo que la recompensa será valiosa.

—¿Y qué ganaría yo a cambio?

—Si todo diera resultado, te describiría con todo detalle cómo es la sensación de ganar.

William esbozó una sonrisa sin mostrar los dientes, a medio camino entre una risa y una carcajada. Muralla no supo qué pensar.

Ese día, Ariane no quería saber de magias ni de rituales ni de libros, cualquiera que fuera su color. Ese día Ariane sólo quería saber de su héroe. Por eso, cuando encontró a su amiga y profesora, tomó sus manos, comenzó a jalarla y a lanzar grititos sin parar:

—¡Aaahhh! ¡Es hoy, es hoy! ¡Hoy él enfrentará a ese blanquecino cascarrabias, ojalá-que-pierda-y-feo!

—Sí, ni me digas —respondió María Hanson sin tanto entusiasmo.

—¡María, estás un poco baja hoy! ¿Oíste lo que dije? ¡Es la finaaal! Lo repetiré: ¡Axel está en la finaaal del Puño de Hierro! —Ariane comenzó a sacudir a María por los brazos, como si todo lo que esta necesitara fuera un choque eléctrico.

—Ya lo sé, Ariane. Y estoy suficientemente nerviosa.

Ariane frunció la frente, sin saber si aquello había sido sólo un comentario o un reproche.

—María, ¿estás bien?

—Sí. Lo estoy —se esforzó por mentir.

—Pero verás a Axel luchar, ¿no?

—No sé.

Ariane se sintió conmocionada.

—¿Cómo que no sabes? ¡Es tu novio el que luchará, María! Si fuera el mío...

Y Ariane calló. María la miró a la espera de que terminara la frase. En realidad, desafiándola a terminarla.

—María, ¿ocurre algo en tu familia?

—¿Cómo que «algo»? —preguntó ella, desconfiada.

—Algo serio.

María dudó, pensando si debía revelar sus problemas personales a Ariane Narin o no. Ante la indecisión, la chica no perdonó:

—¡María, cuando tuve problemas serios y me preguntaste qué pasaba, te conté! ¡No quería contarle a nadie, pero te lo conté a ti! ¿Y sabes por qué? ¡Porque me dijiste que eras mi amiga! Y que también eras mi profesora. Y que si no confiaba en

ti, ¿entonces en quién confiaría? —María Hanson suspiró. Ariane continuó—: ¡Ahora es mi turno de hacer la misma pregunta! Si tienes problemas y no me quieres contar para que yo entienda qué ocurre e intente ayudarte, ¿entonces qué tipo de amistad llevamos? —María suspiró otra vez—. Y si no confías en mí, que te amo como si fueras mi hermana mayor, ¿entonces en quién lo harás? ¿Eh? ¡Responde ahora, pero dame una respuesta válida!

María asintió con la cabeza y se decidió. Era impresionante ese algo más que latía en aquella niña. Como si esa niña tuviera una energía capaz de esparcirse por la esfera humana. Era un hecho, una verdad inevitable. No sabía explicar bien el motivo, pero resultaba imposible negarle algo durante mucho tiempo a Ariane Narin.

Blanca Corazón de Nieve aún estaba cepillando sus cabellos en su aposento cuando tocaron dos veces a la puerta y entraron.

La princesa sonrió, imaginando que se trataba de Anisio Branford. Su sonrisa desapareció de inmediato cuando se dio cuenta de que no era él.

João Hanson se volvió hacia su amigo y preguntó sin rodeos:

—Andreos, sabes quién fue, ¿no?

—¿Qué sé, João?

—Quién besó a Ariane antes de mí —una pausa—. Lo sabes, ¿no?

—João... —La expresión de Andreos era de congoja.

—Respóndeme.

—João...

—¡Respóndeme!

Andreos comenzó a hacer muecas con los labios unidos, ladeó la cabeza y dijo:

—Sí, yo sé.

—¿Qué quieres? —preguntó la princesa, con expresión malhumorada. La imagen de la otra persona se reflejaba en el espejo ante el cual se había estado cepillando.

—Negociar.

La otra voz provenía de la condesa Helena Bravaria.

—Dime quién fue, Andreos —lo apremió João Hanson—. ¡Por el amor del Creador, dime quién fue! ¡Ahora!

—¿Qué esperas de mí, oportunista aprovechada?

La condesa sonrió. Arrancó el cepillo de la mano de Blanca y ella misma

comenzó a pasarlo por los cabellos de la princesa mientras decía con voz siniestra:

—Ser tu madrastra.

—¡Eh, João, espera! —imploró Andreos—. ¿A dónde vas, hombre?

—A partirle la cara a ese sujeto.

Blanca observaba el reflejo de la mujer en la plata del espejo.

—¿Y por qué piensas que estaré de acuerdo con eso?

—Porque envenené a tu padre.

Andreos estaba asustado, con los ojos desorbitados y el corazón en la boca, cuando vio a João Hanson tomar una respetable navaja muy bien afilada y, bueno...

—João, ¿qué crees que haces?

—Mantente fuera de esto, Andreos. Quiero ver quién me dirá *Joãocito* otra vez...

—¿Por qué haces esto?

—Porque a esto me dedico desde hace más de quinientos años, querida...

Blanca Corazón de Nieve no olvidaba la imagen de aquella maldita bruja en su espejo.

Lo intentaba.

Pero no lo lograba.

El muchacho caminaba bien vestido, con un costoso sombrero en la cabeza, sonriendo, acompañado de un grupo de tres jóvenes más, que acababan de lanzarle huevos a algún mendigo en el puerto. Y mientras caminaban riendo y conversando al respecto, escucharon una voz gruesa que decía:

—¡Eh, Paulo!

El chico de rico origen sintió que una mano sujetaba su camisa y aquello despertó su ira. El problema fue que en seguida escuchó un ¡bam! y sintió que la mandíbula le temblaba. Cayó en el suelo con la boca sangrando, y con su propia sangre manchó su costosa camisa.

—¿Te volviste loco acaso, so...?

Paulo Costard se detuvo, boquiabierto. Frente a él estaba João Hanson y, desde aquel ángulo, de abajo hacia arriba, se veía aún más imponente. No era el João Hanson de antes, sino un adolescente que parecía dos veces más grande que el año

anterior, con una masa muscular más considerable y, aún más, sin los cabellos que le valían el apodo maldiciente.

Un João Hanson con la cabeza afeitada a navaja.

Y con una rabia en la mirada que daba miedo contemplarlo.

—¿Qué quieres, Hanson? —preguntó el muchacho.

Continuaba sangrando de la boca, pero a él ya no parecía importarle tanto la suciedad acumulada en su camisa.

—Romperte la cara.

Paulo miró hacia sus tres compañeros, con la esperanza de que alguno tomara partido y lo defendiera. En circunstancias normales lo habrían hecho.

—¿Alguien desea correr la misma suerte que él? —les preguntó João Hanson.

Ninguno de ellos se atrevió a decir una palabra.

—¿Hombre, pero cuál es tu problema, Hanson? —dijo Paulo, mientras se levantaba y se apoyaba en la pared—. No te has olvidado de aquel día en el torneo, ¿es eso? ¡Hombre, aquello fue sólo una broma!

—Entonces considera esto una broma también.

Y se escuchó otro ¡bam!

El muchacho volvió al suelo.

—¿Estás loco? ¡Mi padre es rico, imbécil! ¡Rico! Y acabará con el tuyo antes incluso de que...

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

—¡Nunca más te meterás con el nombre de mi familia ni de mi chica! ¿Entendiste?

Paulo Costard comenzó a limpiarse más sangre de la boca. Se tocaba los dientes, buscando alguno roto.

—Ah, ¿entonces es eso? —dijo, y puede decirse que se vislumbraba una sonrisa entre los dolores y la sangre—. Al fin lo supiste, ¿no? Que yo metí la lengua en la boca de ella, ¿no?

João sujetó al muchacho por el cuello y lo aprisionó contra la pared hasta que la lengua quedó expuesta.

Los otros tres muchachos estaban conmocionados, sin saber cómo reaccionar. Albarus y Andreos Darin llegaron corriendo. El muchacho atacado comenzaba a ponerse morado.

—¡João! ¡João! —gritó Albarus, mientras Andreos lo apartaba de Paulo.

Paulo Costard cayó de rodillas, boqueando en busca de aire. La posición en cuatro patas en la calzada, babeando sangre, ante sus amigos y otros transeúntes, era algo que nunca jamás olvidaría.

Se levantó cuando el cuerpo y el ego se lo permitieron. Y dijo:

—Firmaste tu sentencia, Hanson. Firmaste con todas las letras y con todo el sello.

¿Y por qué? ¿Por una cualquiera? —Albarus y Andreos tuvieron que sujetar a João Hanson antes de que se abalanzara de nuevo encima de Paulo—. ¡Ella ni siquiera era tu novia cuando eso pasó, imbécil!

João Hanson escupió en el rostro de Paulo Costard. Y dijo:

—Ella siempre fue mi novia.

Albarus y Andreos empujaron al muchacho para otro lado y João Hanson se fue con ellos sin mirar atrás. Paulo se quitó la camisa, se enjugó el rostro con una parte limpia y la tiró en la basura. Su mirada acompañaba al joven Hanson alejándose hacia el horizonte. Casi era posible decir que echaba espuma por la boca, como perro rabioso. Cada nuevo día, João Hanson parecía coleccionar nuevos enemigos. O al menos ratificar a los antiguos. Pero todo indicaba que ninguno de ellos le inspiraba miedo.

Su único temor le brotaba por dentro: el miedo a sí mismo.

Pues cada nuevo día ni el propio João Hanson parecía ser capaz de conocerse.

En casa, María Hanson tomó la mano de su padre moribundo y una vez más limpió el sudor de su frente con un paño húmedo, mientras él le decía frases al parecer sin sentido. A su lado Ariane Narin intentaba mostrarse solidaria y ayudarla en la delicada situación. Afuera, Érika Hanson imploraba a más semidioses de los que podía contar por la salud de su marido. La petición no sólo se debía al temor de ver al amor de toda una vida separarse de ella en ese plano, sino también a sostener una casa en que su hombre representaba el trabajo.

—Madre, puedo pedirle a Axel que nos ayude. Al menos por un tiempo.

La respuesta de Érika la sacudió un poco:

—María, con seguridad tal vez los hará. Pero lo que me preocupa, hija mía, es que ya vi muchas cosas en esta vida. Y aprendí muchas cosas también...

—¿Y qué aprendiste que te preocupa ahora?

—Que los cuentos de hadas no siempre tienen finales felices.

Axel almorzaba un plato ligero en una larga mesa de refecciones, acompañado por su hermano. Anisio Branford se había sentado en una de las cabeceras y él en la otra, de modo que se mantenían bien apartados. El silencio imperaba en el salón y sólo era roto por un eventual retintín, procedente de la plata cuando tocaba la porcelana.

En determinado momento, incomodado por el silencio, Axel intentó decir:

—Anisio, yo...

—Después, Axel. Después de hoy —cortó el hermano. Y Axel guardó silencio—. Primero debes concentrarte en lo que debes hacer hoy. Después, y sólo después, conversaremos sobre nuestros conflictos. Y pondremos todas nuestras cartas en la

mesa...

Y los portones de la Arena de Vidrio se abrieron, y aunque el sol brillara y la noche distara todavía algunas horas de aquel momento único, la ansiosa multitud comenzó a entrar, en busca de los mejores lugares que pudiera conseguir.

Y anhelando grandes sueños con cada respiración.

Ruggiero contemplaba la vista del Gran Palacio desde una de sus terrazas más altas. Admiraba la arquitectura de aquella ciudad tan diferente y exótica para él y observaba, curioso, las actividades de aquel pueblo de muchas palabras y ojos demasiado abiertos.

—La vista desde aquí arriba es increíble, ¿no?

Ruggiero se volvió, en busca de la voz femenina. Y su corazón comenzó a latir como el de un niño cuando vio a Bradamante, la bella capitana de la Guardia Real.

—Ser mucho más que eso. Ser... ¿«inspiradora»?

Bradamante asintió con la cabeza para confirmar el sentido de aquella palabra de que Ruggiero dudaba. Los largos cabellos dorados y rizados se movieron con el viento y ella comenzó a sujetarlos con una cinta.

—Parece haberse recuperado muy bien en estos días tras su lucha con Branford, señor Ruggiero.

—No representar demasiado. Axel ser muy rápido, pero golpear más débil de lo que poder.

Ambos sonrieron. Bradamante lucía las insignias y la capa que mostraba su rango, pero sin el pectoral de la armadura. Tenía el yelmo en las manos, que colocó en la terraza mientras se amarraba la cinta. En vez de los pantalones que deberían venir por debajo de las placas de la armadura, ella vestía una saya.

Ruggiero pensaba en cascadas cada vez que sus ojos insistían en mirar las piernas expuestas de la capitana de la guardia o en contemplar su propio reflejo en aquellos ojos verdes como esmeraldas.

—¿Cómo es cruzar un océano en una cosa que vuela? —preguntó ella, ubicándose a su lado para observar también la ciudad desde allí.

—Algo que el ser de bien sentir en el pecho y el de mal sentir en el estómago.

—No comprendo.

—El ser de mal sentir en ego. El ser de bien sentir en espíritu.

—¿El ser malo la ve con ambición?

—Y ser de bien verla como necesidad de evolución.

A ella pareció gustarle aquel razonamiento. Y puso a Ruggiero contra la pared, dentro de la propia celada que él había armado:

—¿Y qué tipo de ser es Rumpelstiltskin, señor Ruggiero?

—Ser del tipo gnomo, *madame*.

Bradamante sonrió largamente ante la esquivada e inteligente respuesta. Ruggiero se pasó la mano por el rostro para limpiar el sudor del día cálido. Ella se fijó en su cabello lacio, que de vez en cuando le caía sobre la frente.

—¿Y qué hacer *madame* aquí arriba, con la mitad de los trajes que acostumar usar?

—¿Sabe?, de vez en cuando me gusta venir a las terrazas más altas y observar las cosas. Me gusta conservar algunas partes del uniforme para que me recuerden mis obligaciones, pero también mezclarlas con ropa que me recuerde mi feminidad. Antes de ser una guerrera, nací mujer. Y me gusta recordarlo.

—Mujeres nuestras no acostumar ir a la guerra en Oriente.

—¿No creen en la capacidad de ellas en esas situaciones?

—Al contrario: conocerlas bien. Ellas funcionan mejor en servicios de espionaje.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. En Ofir nosotros tener hombres y mujeres entrenados en artes místicas que ningún occidental haber visto jamás.

—¿Shinobis?

La mirada de Ruggiero se abrió de par en par y se puso nervioso intentando esconder tamaña sorpresa. Lo intentó, mas no lo consiguió.

—¿Cómo saber *madame* de...?

Ella sonrió una vez más.

—No soy capitana de esta guardia por sorteo, señor Ruggiero, sino por competencia. Es mi propósito conocer a nuestros prisioneros y visitantes, leer escritos que pocos tienen la paciencia de leer y aguantar conversaciones tontas de hombres borrachos en las tabernas, sólo para escuchar las historias que frecuentan las leyendas más populares en las bocas de los bardos.

—*Madame* ser... una inspiración —y ambos volvieron a sonreír.

—Me llamo Bradamante.

—Yo conocer su nombre ya.

La sonrisa de ella no disminuyó en ningún momento.

En las tabernas de toda Andeanne aquellos extranjeros que no habían conseguido boletos para la gran final continuaban bebiendo, a la espera de que aquel día llegara a su fin, con la intención de conocer al campeón del mundo. Como ya dije, a lo largo de la semana las conversaciones habían girado en torno al combate final y al Puño de Hierro.

Sin embargo, de vez en cuando los temas cambiaban. Algunos arzallinos jóvenes parecían en particular interesados en las historias de sus regiones, ciudades y reinos,

sobre todo en las historias más sombrías, que involucraban leyendas locales, urbanas y rurales, así como historias sombrías contadas de tanto en tanto para que los niños no durmieran en los campamentos.

Esos jóvenes solían ser muy simpáticos, pagar muchas rondas de bebidas y esbozar las sonrisas más sinceras del mundo. En realidad, lo único que los diferenciaba de sus hijos mayores o de los amigos de sus hijos mayores eran los retornos constantes a aquel tipo de conversación sobre personajes macabros.

Era como si esos jóvenes fueran estudiosos de la historia, aspirantes a bardos, contadores de historias o novelistas.

O cazadores de brujas.

De vez en cuando Snail Galford salía y observaba el movimiento de la ciudad. No le importaba quién ganaría aquella cosa de porrazos de la que tanto hablaban, pero sabía que a su ciudad sí.

Percibía la intensidad local y entonces regresaba a su galerón, donde su ejército de muchachos adolescentes y huérfanos cada vez aumentaba más. Había cuchillos en sus manos y dolores en sus médulas, que se transformaban en algo más cada noche mal dormida.

Eso era todo lo que a él le importaba.

Robert de Locksley continuaba su cabalgata, perseguido o no por palabras demasiado fuertes para ser olvidadas. Los hombres que había reclutado para su lucha por Sherwood se mantenían en el lugar, estableciendo contactos y preparando cuanto les había sido indicado. Y permanecían allí. Porque allí, en ese momento, cabalgaban a su lado sólo Pequeño John a su derecha y *lady* Marion a su izquierda.

El destino de los tres, cada día más cercano, era el Gran Palacio de Arzallum.

Ariane Narin llegó enojada con João Hanson a los alrededores de la Arena de Vidrio. Una vez más él se concentraba en sus extrañas e indescifrables estrategias de ajedrez:

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, una finta, abajo, derecha...

Fue cuando la voz de Ariane, resonando en lo alto y con buen volumen, cortó sus pensamientos:

—João Hanson, ¿qué estás haciendo?

Entonces ella se fijó en el nuevo aspecto del muchacho, con los cabellos afeitados a navaja, y por un momento se sintió conmocionada.

—Yo hago lo que quiera con mi cabello —respondió él, sin amabilidad alguna en

la voz. Ella siguió conmocionada y casi intentó tocarle la cabeza. Entonces se recuperó y volvió a decir, en tono indignado:

—¡No hablo de eso, cabezón! ¡Me refiero a que llenaste a Paulo Costard de porrazos a media calle!

—¿Y...? —volvió a preguntar él, con ese modo frío que erizaba a Ariane.

—¡Y dicen que fue por mi causa!

—¿Y...?

—¡Quiero saber si es verdad!

João suspiró.

—Mira, Ariane, lo que sucedió fue cosa de hombres, ¿está bien? ¡Se trata de cosas de honor que ustedes no entienden!

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué no soy una dama con honor o qué?

—¡Ay, Ariane! ¡Deja de llenarme el saco! ¿O tu objetivo es defender a ese maricón?

—Yo... yo... —Ariane se sintió apenada—. ¡Yo no quiero defender a nadie! ¡Sólo creo que no resolverás tu vida aporreando a otros por allí!

—A ver, ¿no fuiste tú la que me dijo que detestabas a ese grupo cuando se burlaron de nosotros durante las caracterizaciones en la Arena de Vidrio?

—¡Sí, bueno! ¡Pero, oye, debes entender que el padre de Paulo Costard es rico! ¡Una cosa es que Andreos y Albarus le tiraran un rollo cantando y otra que le hayas machacado ese rollo en la cara!

—¿Ah, sí? ¿Y qué debería haber hecho? ¿Besarlo de lengua?

Ariane apretó los dientes, arrugó la nariz y comenzó a enrojecer. Cada vez más roja. Hasta que explotó:

—¡Idiota! ¡Me refiero a que su padre es capaz de hacerle algo a tu familia! ¡Una familia en la que deberías pensar más, pues mientras tú andas para allá y para acá reclamándole a la vida como un niño mimado, tu hermana se las ve sola en aquella casa!

—¿Y quién eres tú para decirme cómo debo actuar con mi familia?

—¡Porque soy una de las mujeres que está al lado de tu padre enfermo en la cama porque falta un hombre en aquella casa!

Fue el turno de João Hanson de apretar los dientes y hacer muecas parecidas a las de Ariane. Sólo que esta vez él no supo qué decir, un problema por el cual Ariane parecía nunca pasar:

—¡Y sólo para que lo sepas, él se encuentra muy mal! ¡No sé cuánto tiempo aguantará el pobrecito, y que el Creador me perdone por decirte esto, pero si alguien debe decírtelo y ese alguien debo ser yo, que así sea! —João mantenía una expresión asustada; era un año mayor que Ariane Narin, pero por primera vez sintió, por un instante, que ella era mucho mayor que él—: ¡Tu padre está diciendo cosas que nadie

entiende y tu hermana llora cuando se queda a solas con él! ¡No sé qué pasará con su romance con Axel! Ella piensa que ignoro por qué está triste, pero no soy tan ingenua, ¿está bien? ¡Sé que ella tiene miedo de perder al mismo tiempo al señor Hanson, a Axel y a ti! ¡Caray! ¿No te das cuenta de lo que sería para ella perder a todos los hombres que conoce? ¡Y en vez de apoyarla, tú andas por ahí golpeando en la cara a gente que no tiene nada que ver con tus problemas! Si besé a Paulo Costard de lengua alguna vez, ese es *mi* problema. Fue mi burrada. ¿Y quieres saber más? ¡Eso ocurrió porque tú no fuiste hombre para venir conmigo y pedirme que fuera tu novia! Yo quería saber cómo era besar a un muchacho. ¡Paulo Costard no es ningún Axel, pero es un muchacho! ¡Y si te esfuerzas un poco, hasta guapo! ¡Además, hizo lo que tú no tuviste el coraje de hacer! ¡Porque pegarle a alguien en la cara es fácil, pero tratar bien a una muchacha o saber qué decirle sólo lo sabe un hombre de verdad! ¡Y ni tú ni Paulo Costard ni Héctor Farmer ni nadie más se comparan con uno de verdad! ¡Ustedes apenas parecen niñitos jugando a ser gente que ya creció. Y te digo más: cuando actúas de esa manera, no sólo te pareces cada vez más a uno de ellos, sino que me hace pensar que ustedes se merecen! ¡Ya te dije que tu padre dice cosas sin sentido, y hablaba en serio, sólo que lo que no te dije es que una cosa, de entre todas las locuras que dice, me dio la pista para entender muy bien! ¡Últimamente te llama a ti! ¡Hay mucha gente sin padre a la que le gustaría tenerlo y un montón de gente que descubre que su padre ya murió y no tuvo la oportunidad de despedirse! ¡Ahora tú, que tienes esa oportunidad, prefieres avergonzar a las personas que te criaron y con las que deberías estar agradecido! ¡Cuando María y tú se perdieron en aquel bosque, mis padres y yo vimos cómo el señor Hanson se volvía loco! ¡Incluso mi padre dijo que él llegó a hacer cosas «raras» para tenerlos de regreso! Y ahora que él te necesita, ¿dónde estás tú, João Hanson? ¿Quieres saber qué pienso de todo eso? ¡Creo que con esa forma imbécil en la que actúas sólo pruebas que tu madre y tu hermana son mucho más hombres que tú! ¡Listo: lo dije! —Ariane Narin se volvió, se fue y dejó a João Hanson atrás.

Había dicho cuanto pensaba que debería haberse dicho.

Él no logró decir una sola palabra.

El rey Alonso Corazón de Nieve estaba sentado en su cama e intentó beber un vaso de agua. La copa tembló en su mano, cayó y se rompió en el suelo.

—Estoy tan feliz porque encontré a mis amigos —continuaba diciendo el viejo rey, sin que tuviera mucho sentido—. Ellos están en mi cabeza. Yo soy tan feo, pero está bien, porque tú también lo eres. Nosotros rompemos nuestros espejos.

—¿Padre? —preguntó nerviosa la princesa, asustada por las últimas frases.

—Pido disculpas, querida —dijo el viejo rey, como si hubiera recobrado la lucidez de manera temporal—. No sé qué está pasando. Al menos hoy no lo sé. Ni

siquiera qué día es hoy...

—No hay problema, padre. Descansa. Por favor, sólo descansa, pero no cierres los ojos. Haz de todo, pídemle cualquier cosa, pero, por favor, no cierres los ojos.

—Oh, cerrar los ojos. ¿Sabes, querida? Cuando cierro los ojos me acuerdo de Helena. Helena... ¿Dónde estará Helena? ¿La has visto, querida? ¿Has visto a la querida Helena?

—Sí, padre mío. La he visto...

—¡Dos pasos al frente, dos atrás, dos al frente, dos atrás! Eso. ¡Los brazos girando a una velocidad sin igual! ¡Al frente, atrás! Al frente... —en ese instante, Snail Galford parecía más un profesor de baile. La diferencia era que sus alumnos danzaban con láminas de filos diferentes, cada una de ellas mortal y fría como un beso de la muerte.

—Caray, ¿todo eso le dijiste a João? —preguntó Taruga, boquiabierta.

—Sí. ¡Se lo aventé todo a la cara! —confirmó Ariane.

—Oye... ¡se debe haber quedado tonto! ¿No sentiste algo de pena?

—Puede ser. Sí, un poco. Pero no hay problema. ¡Lo que importa es que ahora sé que me ama!

—¡Espérame! Pero ¿cómo o por qué, so operada del cerebro? —preguntó Taruga, mientras tomaba a su amiga de las manos, animada—. ¿Sabes algo que yo no sé? ¡Cuéntame ahora!

—¡Ay, amiga! ¿Crees que él medio admitió que armó toda esa bronca con Paulo Costard sólo por mi causa? —Ariane hizo una mueca y adquirió la pose de una estatua.

Las dos se pararon frente a frente, boquiabiertas durante un mismo instante. Entonces:

—¡Aaahhh! —ambas comenzaron a gritar y a dar saltitos y a agitar la cabeza como si Axel Branford hubiera sido consagrado campeón.

Y, de haber sido capaz de escucharlas en ese momento, en definitiva João Hanson habría arrojado la toalla para admitir que nunca jamás entendería el funcionamiento del pensamiento femenino.

La tarde llegaba a su fin y ya era hora de que Axel Branford se dirigiera a la Arena de Vidrio. Una comitiva formada por los mejores elementos de la Guardia Real lo esperaba, pero aun así el príncipe exigió que antes lo esperaran un poco. Se había dirigido a la misma área del extenso jardín del Gran Palacio, con la corriente de fuente de agua brotando constante en el centro, donde había conversado con el

guerrero oriental por primera vez.

—Sentirme sorprendido cuando ser llamado.

Axel se volvió y vio a Ruggiero, que se aproximaba en actitud amistosa.

—Te creo.

—¿No deber ir ya a la Arena de Vidrio?

—Sí. Y lo haré. Pero antes necesitaba hablar contigo, Ruggiero.

—Sentirme entonces muy honrado, alteza —dijo con respeto.

—No sé por qué insisto en esto, pero juro que tengo la idea de que conoces el motivo de mi llamado.

—No tener la menor idea.

—¿Estás seguro?

—Preferir tener seguridad y escucharlo en voz de su alteza.

Axel movió la cabeza. Suspiró con pesadez, como si fuera difícil para él hacer la siguiente pregunta, y dijo:

—¿Por qué? Explícame por qué, Ruggiero.

—¿Alteza...?

—¿Por qué te trabaste en el último golpe?

Hubo una larga pausa. La impresión era que hasta el agua corriente de la fuente había dejado de correr.

—Alteza...

—Si quieres que entre en esa arena con la conciencia limpia, necesito que me expliques. De lo contrario, entraré desconcentrado, pues no sabré si en verdad merecía estar allí.

Tocó el turno de Ruggiero para suspirar.

—Príncipe Branford: dos caminos conducir a la senda de cada ser humano. Ser como dos caballos. En una mano estar el del karma. En la otra estar el del dharma. El primero hablar del rescate de actos anteriores. El segundo hablar del destino para el que cada uno de nosotros nacer.

—Cierto.

—Al principio yo no comprender por qué estar en mi dharma cruzar océano y venir a tierras occidentales. Tampoco saber por qué elegirme para representar a mi pueblo. Ni comprender por qué ser yo quien enfrentarte en momento tan importante de historia del mundo. ¿Entender mi conflicto? —Ruggiero volvió a usar el tratamiento entre ambos que utilizó desde el primer día. Axel asintió dos veces, concentrado al extremo. Ruggiero continuó—. Sin embargo, ocurrir que en momento mayor de nuestra lucha, mi conciencia despertar y yo no sólo apenas ver, sino también comprender el motivo.

—¿En qué momento lo comprendiste?

—¡Cuando tú despertar «energía»!

Axel se sorprendió, levantó las cejas y dijo, mientras se observaba las manos abiertas:

—Hablas de esa fuerza que «sube por el cuerpo», ¿no?, que viene de las entrañas y comienza a presionar y a presionar hasta que debemos liberarla en un...

—¡*Kiai!*

Axel cerró los puños y gritó:

—¡Eso! ¡Necesitamos sacar la energía o creo que explotaremos!

—En realidad, tú ser capaz de mantenerla dentro de ti y usarla como cura, pero todo reducirse a prácticas y enseñanzas. Buenas enseñanzas.

—Comprendo. Entonces, Ruggiero, explícame, ¿qué entendiste en ese momento, al punto de hacer las elecciones que hiciste?

—Cuando tú despertar energía, yo comprender que aquella ser mi misión: yo haber cruzado océano para que tú entender esa energía.

—¿Y por qué necesitaría hacerte volar al otro lado del mundo para enseñarme eso?

—Porque tú necesitar de ella si querer vencer hoy.

Hubo otro silencio. El agua otra vez parecía haber dejado de correr. Y Axel se sintió pequeño ante lo que al fin había comprendido.

«Porque ejercicios de movimientos rápidos hacer bien al cuerpo, pero no tocar el espíritu».

Un hada le había enseñado ya sobre humildad. Ahora un desconocido le enseñaba altruismo.

«El pugilismo ser cuerpo».

Un ser al que apenas conocía había sacrificado su propia gloria en pos de un destino que creía formar parte de otro.

«El pugilismo ser espíritu».

Un sacrificio de puro carácter espiritual.

«En Occidente, el pugilismo ser una forma de combate».

Un acto de desapego dentro de una arena, proporcionado por un simple acto de fe.

«En Oriente ser un camino de vida».

Un acto moldeado en sentimientos manifestados por la voluntad e ilimitados por la fe.

—Ruggiero. —Axel se estremeció, sin saber qué decir—. ¿Entonces crees... que el día de hoy ya estaba escrito?

—Sí. Y tu dharma consistir en enfrentar a Minotaurus, Axel Branford.

Axel asintió con la cabeza para sí mismo, comprendiendo. Y estaba por retirarse cuando se volvió de nuevo y dijo:

—Dime una última cosa, por favor. Una última cosa que necesito saber: ¿en ningún momento late dentro de ti ninguna... falta de certeza? ¿No te sientes al menos

un poco mal de haber contenido ese golpe en vez de derrotarme? ¿En ningún lugar de tu pecho te sentiste furioso de verme ganar una gloria por algo que no merecí?

—No, yo no dudar de mi fe, príncipe Branford —dijo el oriental con una sonrisa que no mostraba los dientes—. Además, su alteza saber que haber sido yo quien vencer ese combate. Eso ser suficiente para mí...

Axel sonrió como un niño. Reverenció al otro y se dirigió a la salida, con la intención de encaminarse a la Arena de Vidrio. Su mirada era confiada. Tenía el corazón tranquilo.

Finalmente estaba listo.

Blanca Corazón de Nieve miró a Axel caminar hacia ella para unirse a la comitiva hacia la Arena de Vidrio. Sabía lo que debía hacer. Lo sabía, por más que aquello le oprimiera el corazón con una intensidad tan fuerte, que cada segundo de vida parecía doler. Aun así ella sabía lo que debía hacer.

Tenía que pedirle a Axel Branford que perdiera.

Axel le sonrió mientras se le acercaba, y ella seguía transpirando por aquella piel, tan blanca como la nieve.

«Estoy tan feliz porque encontré a mis amigos...».

Su conflicto era fácil de comprender.

«Ellos están en mi cabeza». A la postre, ¿cómo le pides a alguien que se sacrifique para manipular con eso el destino del mundo en pro de la vida de su padre?

«Yo soy tan feo, pero está bien...».

¿Hasta dónde el amor se confunde con egoísmo?

«... porque tú también lo eres».

¿Y cómo pueden caminar tan próximos sentimientos tan opuestos?

«Nosotros rompemos nuestros espejos...».

Las instrucciones eran claras: si Anisio Branford se enteraba de algo, Alonso Corazón de Nieve moriría. Si la lucha no ocurría, Alonso Corazón de Nieve moriría. Si Axel Branford ganaba...

En todas las hipótesis en que la princesa Blanca pensaba, Alonso Corazón de Nieve moría.

—Blanca —dijo Axel, ya a su lado, sacándola de su mórbido trance.

—¡Axel! —dijo ella, con los ojos abiertos por el susto.

—Veo que estás más nerviosa que yo —dijo él, intentando parecer calmado o menos tenso.

—Oh, no... Digo, sí.

—Todo saldrá bien —dijo él, poniendo la mano en su hombro.

Blanca se sintió bien, como si Axel le dijera aquello porque sabía por lo que estaba pasando. Y la situación empeoró cuando recordó que no tenía cómo saberlo.

—Axel... —el corazón le latía tan fuerte que casi se le salía por la boca—. Necesito pedirte algo...

Axel hizo una señal a un sargento de la Guardia Real. Se detuvo con ella al percibir la seriedad de la situación y preguntó:

—Blanca, ¿qué pasa?

—Yo... —el mundo, el destino del mundo, estaba en sus próximas palabras—. Me gustaría pedirte que... cuando entres en aquella arena hoy... —Axel asintió, animando a la princesa a seguir hablando. Ella apretó los párpados, se puso la mano en el corazón, se mordió los labios, inspiró hondo y concluyó—:... uses todas tus fuerzas y revientes a ese gigantón.

Axel se sorprendió con aquella forma de hablar, pero admitió ante sí mismo que le había gustado.

—Lo haré por todos nosotros —ella lo abrazó con fuerza mientras él aseguraba—: lo voy a hacer por toda nuestra familia.

Él se apartó, hizo una reverencia y siguió adelante sin mirar atrás. Blanca lo vio partir y las últimas frases repercutieron como pólvora explotando dentro de su cráneo.

«Lo haré por todos nosotros».

La princesa se llevó la mano a la cara.

Pensó que era irónico que su padre fuera conocido como «el rey de las lágrimas de invierno». «El rey que no llora».

«Lo voy a hacer por toda nuestra familia».

La princesa de Stallia no paraba de llorar.

—Señor Rumpelstiltskin... —el rey Anisio Branford inició la frase, medio constreñido por lo que tenía la intención de preguntar.

—¿Majestad?

—En relación con todo lo que prometió para hoy...

—Está todo listo, majestad.

—No sé cómo preguntar esto. En cuanto al pago de los genios...

—No se preocupe. Los genios ya están pagados, majestad.

La princesa de Stallia seguía llorando copiosamente, apoyada en un muro cubierto de hiedra, en un sitio aislado del Gran Palacio donde creyó que nadie la escucharía.

Pero se equivocaba.

—Princesa...

Ella intentó limpiarse las lágrimas y se volvió, asustada, hacia aquella voz femenina. Era la capitana de la Guardia Real, Bradamante, que se aproximaba.

—Pensé que estarías escoltando a Axel, capitana —dijo la princesa, mientras se

limpiaba las lágrimas y hacía un esfuerzo para dejar de llorar.

—Tengo hombres competentes para esa función, princesa. Sin embargo, creo que muy pocos para lo que estoy viendo.

—¿Abandonaste la escolta por mi causa?

—Lo hice cuando te vi intentar esconder las lágrimas tras hablar con el príncipe. Si hay algo mal con otra familia real dentro del Gran Palacio, tal vez también sea mi responsabilidad, ¿no?

Blanca estaba sorprendida por semejante demostración de competencia. Por más que creyera en la capacidad femenina para realizar cualquier función como los hombres, incluso para ella, que había sido educada para convertirse en una gran princesa, resultaba difícil ver a una mujer que desempeñaba tan bien una función como esa.

—No debería contar nada a nadie, capitana...

—Entonces finge que no estoy aquí y piensa en voz alta.

Blanca casi sonrió ante aquella salida. Era el reflejo de una mujer feliz porque alguien la había notado y le había extendido la mano.

—No sé. Insisto en que no sé cómo proceder. Puede ser que no me entiendas.

—Princesa: soy hija, mujer y, a pesar de ser joven, tengo en mis manos un cargo de extrema responsabilidad que ejerzo muy bien. ¿En qué parte crees que no estaría yo capacitada para entender cualquier matiz del conflicto por el cual estás pasando?

Blanca Corazón de Nieve dejó que una lágrima escurriera por su rostro delicado.

Y contó a la capitana de la Guardia Real lo que ocurría.

María Hanson no soltaba la mano de su padre enfermo. Como siempre, mantenía el paño húmedo en su frente, intentando minimizar aquella fiebre que le producía delirios.

—Hija —dijo su madre, entrando en el cuarto—, ya es de noche. Dentro de poco se iniciará la gran final.

—No iré, madre.

—¿No?

—Mi padre me necesita.

La madre tomó el paño de la mano de su hija y, como en otras épocas, agradeció también al Creador por ser tan sólo madre.

—Hija, deja que asuma yo esa función un poco esta noche.

—¡Podrías necesitarme!

—Sólo será por unas horas. Después podrás correr de vuelta a casa. Pero necesitas ver que sucederá allá hoy.

—¿Por qué dices eso, madre?

—Porque lo que ocurra allá, querida, será historia. El tipo de historia que será

contada en pergaminos por los escribas reales. Y tú eres una profesora, María Hanson. Generaciones de jóvenes necesitarán que les describas lo que verás hoy. — María Hanson quedó sorprendida con esos argumentos. No los había considerado desde ese punto de vista. Mientras pensaba, Érika Hanson concluyó—: Además, no hay nada que puedas hacer aquí ahora. Acaso puedas hacerlo allá.

—La arena estará tan abarrotada que Axel ni me verá.

—Tal vez, pero allá arriba él sentirá tu energía vibrando con él.

María siguió pensativa, casi emocionada con aquellas palabras.

—¿Estás segura, madre?

—Si fueras tú la que estuviera allá arriba, ¿no sentirías la de él?

María Hanson se levantó y partió para la Arena de Vidrio lo más rápido que pudo.

Ariane llegó a la Arena de Vidrio de la mano de su madre. Esta vez hasta papá Golbez Narin había conseguido los recursos para ver la gran final, de manera que iba acompañada de los dos. Sin embargo, antes de entrar les pidió permiso, ante lo que el padre protestó enseguida. Pero Anna Narin, al percibir lo que deseaba su hija, comenzó a hablar sobre la curiosa arquitectura del lugar, de modo que Golbez se olvidara un poco de Ariane.

La niña caminó hasta el árbol. Su árbol. O al menos el árbol del cual ella poseía la mitad por derecho. Miró las ramas y dijo, en medio del barullo de las miles de voces de transeúntes que la rodeaban:

—¿Estás ahí?

Una cabeza infantil apareció entre el follaje y sonrió. Ariane le sonrió de vuelta. El niño descendió con rapidez y quedó frente a ella.

—¿Qué, Mudio? ¿Puedes decir algo ya?

El muchacho pareció intentar hablar. Pero la voz «moría» antes de salir.

—Entiendo. Está bien, sólo quería cerciorarme de que estuvieras bien y ver si necesitabas algo. Sé bien lo que alguien en tu condición necesitaría, ¿no es verdad? Es decir, lo último que me faltaría sería verme obligada a traer un pedazo de pastel para el espíritu, ¿no?

Ariane comenzó a reír, sin importarle las personas que pasaban y que la tomaban por una niña completa loca que hablaba sola. Lo interesante era que casi todas las frases involucraban un «pobrecita», o «quedó así después de aquel incidente con su abuela, pobrecita».

Ariane miró una vez más su nombre junto al nombre de él. El espíritu del niño sin voz señaló el nombre masculino.

—Sí, lo sé. Él también vacila —el niño insistió y siguió apuntando—. Sí, así es. Cuando seas mayor... Quiero decir, ¿te harás mayor o te quedarás con esa edad para siempre? Porque debe ser raro quedarse sin crecer, ¿no? ¿Cómo harías para...? —el

niño comenzó a agitar el dedo, irritado, en dirección al nombre masculino en el árbol —. ¡Eh, ahí estás de nuevo con tu modo nerviosito! ¿Por qué primero no aprendes a hablar antes de regañarme?

El muchacho la tomó de la mano y de nuevo ella «sintió» el toque. Y lo sintió «frío». El chico sin voz llevó la mano de ella cerca del nombre y lo señaló con la otra mano.

—¿Quieres que yo... toque su nombre?

El muchacho asintió.

—¿Por qué ahora sería distinto?

El muchacho pareció volverse una especie de caricatura de sí mismo, irritado con el exceso de preguntas de Ariane.

—Eh, está bien, está bien, yo... ¡Rayos!

Ariane se puso seria. Respiró hondo. Y tocó el nombre con la palma abierta. El niño puso su mano encima de la de ella y Ariane volvió a sentir el frío.

Y el frío.

Y el súbito calor seguido de un...

¡Flash!

—¿Así que Hanson te hizo eso? —preguntó Héctor Farmer.

—Sí... —respondió un Paulo Costard, avergonzado y sediento de venganza.

Ariane sintió el estómago revuelto. Sintió vértigo. Sintió que le latía la cabeza. Sintió ganas de vomitar. Algo quería ser expulsado de su garganta pues ella tenía la impresión de llevar un sapo en el abdomen que saltaba de vez en cuando. Intentó mantenerse en pie, sin caer, y controlar la respiración, cada vez más acelerada.

—Calma... calma... calma... —respiraba y respiraba y respiraba y...

¡Flash!

Sentía algo a la velocidad y con la intensidad de un fogonazo. Cada vez que el mundo parpadeaba, ella veía una imagen. Y sentía algo junto a esa imagen.

¡Flash!

Llegó a babear un poco y apenas detuvo el vómito en la boca. Quería, más que cualquier otra cosa, retirar la mano del nombre de él, pero era un hecho que cada vez que había otro...

¡Flash!

... ella comenzaba a «reconocer» aquella imagen que le invadía la mente, pues aquella imagen era la de João Hanson. Y todo cuanto pulsaba junto a ella también.

¡Flash!

Entonces Ariane «sentía». Sentía la soledad que corría dentro de él, la decepción

que brotaba de un corazón desilusionado con la figura del antiguo héroe, la rabia ante un mundo con el cual aún estaba aprendiendo a convivir después de volverse una aberración a manos de una bruja caníbal.

En aquel momento Ariane Narin no sólo sentía el mundo de João Hanson. Sentía qué era el mundo a través de João Hanson. Y se sentía asustada con lo que veía.

¡Flash!

El chico retiró la mano de la de ella y Ariane vomitó alrededor del árbol, provocando muecas de disgusto entre los transeúntes a su alrededor. Entonces se limpió con el pañuelo que aún guardaba y que el propio João le había dado, y preguntó:

—¿Entonces así se siente él?

El niño asintió. Ariane recordó aquel conjunto de sentimientos pesados que incluían dolor, rabia y soledad. Y con el simple recuerdo de aquellas sensaciones volvió a vomitar.

Ruggiero comía un platillo preparado a base de macarrón y una salsa oriental de olor fuerte, antes de dirigirse a la Arena de Vidrio a presenciar la gran final, cuando la capitana Bradamante entró en su cuarto sin llamar a la puerta ni pedir permiso.

—Señor Ruggiero, pido disculpas por la entrada tan brusca, pero...

—Capitana, yo conocer su educación y tener la certeza de que haber un fuerte motivo.

—Sí, lo hay.

—Entonces no perder tiempo, pues yo ver en tus ojos que existir urgencia en el motivo.

—Señor Ruggiero, ¿acaso usted es un shinobi?

Ruggiero se asustó con la pregunta, tan directa como una flecha. Y su mente de inmediato le ordenó que negara aquella información. Pero su corazón...

—Suponer que así ser, señorita capitana. ¿Qué ocurrir entonces?

—Le diría que el destino del mundo está ligado al suyo.

Ruggiero adoró aquella elección de palabras.

Ya era de noche cuando llegaron. Y una vez más, con una intensidad aún mayor que las otras noches, se podía saber dónde se encontraban gracias a los gritos. Llegaron de maneras diferentes, despertando reacciones distintas en el público alrededor de la Arena de Vidrio, curioso no sólo por conocer al máximo campeón, sino también por entender qué eran aquellos aparatos de tecnología gnoma para comunicarse con genios o cosas aterradoras por el estilo.

Frente a la Arena de Vidrio habían montado una especie de tribuna con un área

del tamaño exacto al del cuadrilátero. Alrededor de esa área había un mecanismo *Sandman*, muy parecido al presentado en el Gran Palacio, pero con una estructura más grande y de forma rectangular, del tamaño del cuadrilátero. Había ocho orificios alrededor del rectángulo. Cuatro en cada una de las puntas y otros cuatro en medio, entre cada una de las cuatro puntas.

El orificio a la mitad del centro superior tenía un artefacto metido en él, que se unía a una especie de bola roja de cristal.

Y en el centro de ese cuadrilátero improvisado había arena.

Radamisto llegó primero a la Arena de Vidrio. Montaba un corcel y usaba una capa con capucha que le cubría el rostro y le caía por el cuerpo. Sin embargo, su tamaño y su masa muscular lo denunciaban de manera clara. A su alrededor caminaba la comitiva de Minotaurus, con sus comandantes vestidos con uniformes militares y ostentando insignias. Uno de ellos portaba un estandarte con el blasón del reino: un inmenso toro que empujaba una espada clavada en la tierra y un pergamino que apuntaba al cielo.

Alrededor de la comitiva de Radamisto caminaban sus fanáticos y violentos compatriotas. Caminaban, gritaban y provocaban a Arzallum en su propia casa, como hienas conquistando un nuevo territorio. Bebían de grandes garrafas de vino y cantaban el himno de Minotaurus con gritos demasiado altos para los oídos limpios, alaridos que sofocaban los abucheos y los insultos demasiado sinceros proferidos en respuesta por los transeúntes sin pudor alguno.

Alrededor de los hinchas caminaba otro agrupamiento de la Guardia Real. Los soldados iban al frente, mientras aislaban áreas y apartaban a curiosos y adversarios. Algunos jóvenes eran arrestados de manera temporal por intentar lanzar objetos, de formas y composiciones tan variables como tomates y botellas, en dirección a Radamisto. Sin embargo, pronto eran liberados con palmaditas en la espalda y hasta con sonrisas complacientes.

Con Axel Branford resultó distinto. Para intentar minimizar la confusión que crearía la llegada del príncipe a la Arena de Vidrio, la opción adoptada por Bradamante era eficaz: vestirían a su doble con un manto y una capucha parecidos a los del príncipe, y soldados reales lo escoltarían en un carruaje cerrado.

El resultado fue un pandemonio.

Quién sabe cuántos miles de personas había alrededor de aquella entrada, pero se conoce que todas ellas decidieron concentrarse en ese punto al mismo tiempo para ver pasar el carruaje «falso». Las personas gritaban enloquecidas, saltaban, aplaudían, berreaban, exhibían cuchillos, tatuajes, carteles pintados de su puño y letra. Cantaban canciones inspiradoras, creadas para la ocasión. Hubo incluso mujeres con la presión baja que debieron ser retiradas de ahí a toda prisa. Llegó un momento en que el

carruaje fue cercado y ni siquiera los soldados reales parecían capaces ya de apartar a la multitud para permitir que entrara a la Arena de Vidrio.

De vez en cuando el doble aparecía en la ventana y hacía señas a la multitud, lo cual sólo generaba más gritos, histeria y enloquecimiento. Incluso él, acostumbrado a representar a Axel en ocasiones importantes, se sentía asustado con aquello que veía. Y fue sólo allí que entendió en forma cabal la responsabilidad del verdadero Axel Branford, así como por qué él era príncipe y él sólo su doble.

Por primera vez el actor agradeció al Creador por ser tan sólo el doble.

Mientras aquel tumulto ocurría en la entrada, otro carruaje, mucho más modesto y con menos soldados que llamaran la atención, entró por la parte trasera de la Arena de Vidrio, con el verdadero Axel adentro. Aun así, desde donde estaba, el príncipe escuchaba los gritos. Por dondequiera que anduviera, dondequiera que estuviera, escuchaba a su pueblo gritarle y clamar su nombre como si estuvieran en un campo de batalla. De repente aquellos gritos comenzaron a formar una especie de «onda vibratoria» en sus entrañas. Su expresión se cerró y él caminó con aquella onda pulsando en su estómago, como si fuera la energía que el oriental le había enseñado a despertar.

Caminaba a saltos por los corredores y recibía palmadas en la espalda, así como gritos de ánimo de personas de las más distintas categorías: soldados que debían actuar como soldados pero que se volvían humanos en su presencia, afanadores, invitados especiales e incluso algunos de los propios representantes del Puño de Hierro que organizaban el torneo.

Mientras tanto, en su estómago la onda sólo aumentaba.

Se volvió y entró a la sala de los luchadores. Esta vez Radamisto no estaba allí. Lo habían ubicado en otra sala para que ambos sólo se encontraran en el cuadrilátero. Así que él y su entrenador ingresaron a la sala de espera. Axel se quitó el manto y comenzó a moverse de un lado a otro, en un intento de liberar la tensión.

Melioso inspiró, con la intención de decir algo, pero el príncipe se anticipó y exclamó:

—¡Vencer!

Melioso sonrió, sorprendido. Axel mantenía la expresión seria y cerrada.

—Antes de que me preguntes, entrenador, ¡vinimos aquí a vencer!

Melioso adoraba esas reacciones.

Se estimaba que cabrían ciento cincuenta mil personas dentro de la Arena de Vidrio en eventos donde se permitiera la presencia de personas dentro del área del espectáculo propiamente dicha, así como alrededor del cuadrilátero.

Ese día los organizadores pensaban que habían entrado casi doscientas mil.

Gente de todas partes del mundo se codeaba y hablaba en distintos idiomas sobre

el mismo asunto. Las antorchas ya habían sido encendidas. De vez en cuando alguien empujaba a alguien más fuerte y surgía un connato de pelea, pero allí no había espacio ni siquiera para pelear, al menos fuera del cuadrilátero armado.

Rumpelstiltskin sonreía con orgullo al lado de los reyes de todo el mundo, prometiendo un espectáculo jamás visto en la historia de Occidente, e incluso los monarcas se mostraban excitados.

Ferrabrás observaba al gnomo, cauteloso. Había entrado algunos minutos antes, después de la mayoría de los reyes, y recibido un abucheo que aún debía reverberar en algún lugar del mundo a modo de un devastador efecto mariposa.

El rey Anisio Branford fue el último monarca en entrar, como siempre del brazo de Blanca Corazón de Nieve. Ingresó en el área reservada y toda la Arena de Vidrio comenzó a aplaudir y a silbar y a zapatear en forma enloquecedora, en una situación que hacía que el piso subiera y bajara. Anisio hizo una reverencia, y estaba por sentarse cuando percibió que Ferrabrás lo observaba de manera burlona. Al lado del emperador estaba Helena Bravaria. Su sonrisa sarcástica era la misma, pero su mirada no parecía estar sobre él, sino sobre Blanca Corazón de Nieve.

Entonces, en una ruptura del protocolo, el rey Anisio se volvió hacia su pueblo y levantó el brazo derecho con el puño cerrado, con lo que generó otra explosión de emociones descontroladas por parte de las quién sabe cuántas decenas de miles de personas que se hallaban allí.

Un símbolo de guerra.

Un símbolo de fuerza para mostrar el poder de su nación.

—Anisio —le dijo Blanca al oído cuando él se sentó—. No deberías incitar a tu pueblo más de lo que ya se encuentra. La arena parece a punto de estallar.

—¡Blanca, querida, lo que más deseo hoy es que se caiga! ¡Si eso ocurre, la mando reconstruir! ¡Lo que más quiero es ver todo este circo incendiado! ¡Lo que quiero hoy es que este pueblo jamás olvide lo que representa esta bandera! ¡Y el legado que dejó el más grande de los reyes!

—¿Hablas de ti mismo, amado?

—No. Hablo de mi bendito padre.

El cuadrilátero oficial, al centro de la Arena de Vidrio, tenía instalada una plataforma *Sandman* idéntica a su «doble» de afuera. En cada una de las cuatro esquinas había una base con piezas metálicas y cuatro más en el centro, entre las esquinas.

Tanto en las bases *Sandman* en el cuadrilátero central, como en el área de afuera, los gnomos colocaban en sus lugares correspondientes los cristales blancos como el vidrio, conocidos como yin. Estos cristales quedaron en las cuatro esquinas y permanecieron casi sin alteraciones en sus posiciones.

Y entonces, aún en medio de los gritos ensordecedores de la multitud, más

soldados de la Guardia Real abrieron camino desde dos esquinas en dirección al cuadrilátero. Los corazones se detuvieron. Un cornetero real emitió sus acordes y el mundo quedó en silencio.

Entonces un bombo y trompetas y violines comenzaron a ejecutar los acordes del himno de Minotaurus. Radamisto entró.

Una vez más la arena comenzó a insultarlo con palabrotas de lo más obsceno y a abuchear cada pedazo del himno que una orquesta improvisada intentaba ejecutar.

Con la mano en el pecho, los minotaurinos presentes y su emperador cantaban a gritos su letra sagrada, sin incomodarse por el escándalo ni por el escarnio que los rodeaban.

Radamisto caminó como si estuviera solo y subió al cuadrilátero sin proferir palabra. Subió a la arena y retiró su manto, revelando la cicatriz en el rostro y un calzoncillo con la bandera de Minotaurus.

Se movía de un lado al otro en medio del pandemonio. Alrededor la multitud comenzaba una vez más a seguir el ritmo de su sonido tribal, ante la estrella del príncipe, en su ansiedad por verlo entrar. Dos sonidos graves seguidos de uno agudo. El son tribal que se había convertido en una marca. Y esta vez casi doscientas mil personas siguieron la tonada.

Radamisto estiró los dedos con ganas cuando escuchó los siguientes acordes del cornetero real. Las personas se pusieron la mano en el pecho, sintiendo que cada parte de sus cuerpos se erizaba.

Eran los acordes iniciales del himno de Arzallum.

Entre aquel mar de personas João Hanson se golpeaba los puños cerrados uno contra el otro, con los dientes apretados.

—¡Vamos, principito! Es hora de que entres...

Y Axel Terra Branford entró.

Imagina a casi doscientas mil personas gritando por el mismo motivo. Ahora imagina que ese número fuera millones de veces mayor y que esos millones gritaran de la misma forma, aunque a la distancia. Imagina ese egrégor de voces gritando por ti y para ti. Imagina el himno de tu país al fondo y todas las personas más importantes de tu vida presentes para la ocasión. Imagina todos tus miedos compartiendo con todo tu coraje el mismo espacio indivisible, dentro de todo lo que crees que eres.

Imagina eso y, al igual que millones de personas en ese momento, te convertirás en Axel Branford.

Él entró bajo el sonido tribal.

Tum... Tum... Ta...

Y con él entró todo lo mejor que puede venir del ser humano. De nuevo, bajo la bendición de Prince, la estrella del príncipe, el destino del mundo caminó en la Arena de Vidrio. Los gritos en diversos idiomas parecían clamar la misma cosa y el escándalo producido allí venía de lugares que a las personas les gustaba descubrir dentro de sí mismas.

La multitud sólo interrumpió sus palmas cuando la orquesta comenzó a tocar el himno que miles comenzaron a cantar, en una unión de voces que trascendía los límites de aquella arena y llegaba a muchos, demasiados sentimientos y voces más allá de ese lugar.

Axel Branford subió al cuadrilátero y retiró su manto, con un inmenso BRANFORD bordado con hilos de oro en las espaldas, y se quedó en su tradicional calzoncillo con los colores locales.

Y mientras él danzaba para allá y para acá, ante un escándalo insanamente contagioso, los gnomos ingenieros trajeron, en otras maletas de hierro, los cristales yang. Los poderosos e impresionantes cristales rojos. Cuando los sacaron de las maletas poseían ya un brillo propio que provocaba en el ser humano, tanto en el bueno como en el malo, pura fascinación.

Los cristales yang quedaron colocados en los soportes de hierro centrales, entre las esquinas donde estaban los blancos. Quedaron en todos los soportes, menos en el que estaba en medio de la esquina superior, donde se colocó también la bola roja de cristal.

Melioso tomó el cráneo de su pupilo con ambas manos y lo obligó a mirarlo a los ojos, aunque este no conseguía dejar de moverse.

—¿Sabes cuántos torneos como estos han existido, Branford? —gritó en la cara del príncipe.

—Veintiuno —el príncipe respondió con los ojos desorbitados de un matador.

—¿Y recuerdas cuántas veces ganó Arzallum?

—Seis.

—Y de esas seis, ¿cuántas veces delante de su propia nación?

—Ninguna.

El viejo entrenador volvió a gritar como un loco:

—¡Ninguna! ¡Y hoy tienes la oportunidad de vencer en la mejor competencia que se ha visto en la historia de este torneo! ¡Tienes la oportunidad, hoy, de convertirte en el mejor del mundo! ¡Esta lucha será contada en poemas épicos y cantada por bardos mientras los semidioses se acuerden de este mundo! ¡Antiguos o nuevos semidioses se acordarán siempre del momento en que el mundo se detuvo por un combate de

pugilismo! ¡Tu combate! ¡Repite eso!

—¡Es mi combate!

—¡Es tu combate!

—¡Mi combate!

—¿Y qué viniste a hacer hoy aquí, Axel Terra Branford?

—¡Yo vine a vencer!

El juez se aproximó y llamó a los dos pugilistas al centro del cuadrilátero.

De lejos, Blanca Corazón de Nieve rezaba por un milagro que salvara a su padre y, al mismo tiempo, el destino de aquella nación, que en breve la adoptaría oficialmente como su reina.

—¿Y si no da resultado? —le había preguntado Blanca a Bradamante, ante la propuesta de la capitana de la Guardia Real.

—Tendrá que dar resultado...

El juez gritaba. Si en verdad quería ser escuchado, no podía hacer otra cosa.

—¡Si ustedes llegaron hasta aquí, ya saben todo lo que es necesario saber! ¡Entonces honren lo que tienen debajo de esos calzoncillos y demuestren que son hombres de verdad sin golpes bajos, sin golpes sucios y sin pensar que pueden pasar por encima de mi autoridad! ¡Cuando les ordene que paren, pararán! ¡Cuando les ordene que se separen, sepárense! ¡Cuando inicie el conteo, olvídense de todo e intenten volver de Aramis o permanecerán allá! ¡Fuera de eso, quiero que ofrezcan un espectáculo para la historia! ¡Ahora tóquense los puños!

Ambos golpearon el puño del otro.

El juez miró a Rumpelstiltskin en el área aislada, que le hizo una señal a sus gnomos ingenieros. Uno de ellos trajo el último cristal. Un cristal rojo y pulsante, colocado en el último soporte del aparato *Sandman*. Entonces al fin todos se encendieron y pulsaron brillantes como corazones.

El resto de los cristales pareció cobrar vida y pulsó en un espectáculo de luz y forma difícil de describir. La bola roja de cristal ascendió y comenzó a reflejar en su centro lo que ocurría dentro del cuadrilátero que quedaba frente a ella.

Y por primera vez en la historia de la humanidad el pueblo de Occidente tuvo una primera visión de lo que significaba aquella fuerza oriunda de la llamada «magia roja».

Afuera otro gnomo hizo lo mismo, colocando otro cristal rojo en la base que ascendió a la bola encarnada. Las otras piedras también se encendieron y pulsaron como si

estuvieran vivas, como si los dos *Sandman* fueran uno solo. El pueblo aglomerado a lo largo de todos los rincones posibles e imaginables en el exterior gritó en una mezcla de susto y éxtasis. Y con el corazón latiéndoles en la lengua, los rostros se embelesaron cuando las partículas de silicio danzaron como con vida propia y tres «hombres de arena» tomaron la forma de Radamisto, del juez y de Axel Branford, que en aquel momento estaban en el cuadrilátero, dentro de la Arena de Vidrio.

En el verdadero cuadrilátero de la Arena de Vidrio, el juez gritó:

—¡Apártense!

Y los dos pugilistas se apartaron.

—¡Y luchen!

Y la batalla entre Arzallum y Minotaurus comenzó.

Ruggiero se había puesto un uniforme negro, con un gran pañuelo alrededor de la garganta que le subía por el cuello y que podía amarrar a la altura de la boca y la nariz. A su lado, la capitana Bradamante había prendido su cabello rizado con varias horquillas y se había puesto una ropa ajustada que facilitaba sus movimientos, la encubría en las sombras y además moldeaba su cuerpo como si estuviera desnuda, lo que le daba ventaja en combates contra oponentes masculinos.

Él traía la espada sujeta a la espalda. Ella, a un lado de la cintura.

—Aún no entiendo por qué no usar soldados para invadir el lugar —dijo Ruggiero.

—La amenaza decía que si el rey Anisio supiera algo antes de la lucha, el frasco con el antídoto sería destruido. Y no confío en el coronel Athos para eso. Le encanta atribuirse demasiados méritos por trabajos ajenos y hacerlo todo de una manera en extremo inflexible, lo que no aplica en este caso.

—Yo entiendo. ¿Y dónde está el rey Alonso?

—Temblando en su cuarto sin parar, como un enfermo con frío. Diciendo cosas sin sentido, como si lo hubieran maldecido las brujas.

—¿Y por qué no interrumpir la lucha y exigir explicaciones de Minotaurus para los planes de la condesa?

—Porque no hay pruebas del vínculo entre ellos.

—¿Y por qué no intentar encontrar a alguien que trate de curar el veneno?

—Porque los venenos de brujas suelen ser únicos. Y no hay tiempo.

—¿Y por qué intentaremos recuperarlos como espías, en vez de hacerlo por la puerta del frente?

—Porque puede ser un bluff. Y no podemos crear un incidente de proporciones internacionales debido a una falsa alarma.

Ruggiero estuvo de acuerdo. Ya no había nada más que necesitara saber.

Axel Branford atacó primero con un directo en medio de la cara de Radamisto. El gigante blanco tropezó dos pasos hacia atrás, asustado por la velocidad y la ferocidad del movimiento, y el público enloqueció.

Axel se fue encima de él y recibió un golpe en el estómago, que le arqueó el cuerpo. Otro en el estómago. El cuerpo del príncipe saltó. Entonces recibió un puñetazo en la quijada que lo lanzó hacia atrás, directo al suelo del cuadrilátero.

El público quedó con el corazón en la boca.

Y vio a su representante dar dos volteretas y ponerse de pie haciendo señales al juez de que estaba bien, de que ni siquiera necesitaba del conteo. El juez concedió y ordenó que la lucha volviera a comenzar.

Axel avanzó con la guardia cerrada y mostrando los dientes. Radamisto intentó arrancarle la cabeza con una, dos, tres, cuatro tentativas. En realidad parecía un oso que hubiera visto invadido su territorio. Axel danzó con el cuerpo y esquivó uno, dos, tres, cuatro, y ¡bam!

Radamisto torció el cuerpo en algún lugar de sus costillas heridas.

Y ¡bam!, ¡bam!, ¡bam!

Axel rodeaba y golpeaba. Rodeaba y golpeaba. Radamisto giraba, loco de odio, buscando al oponente, pero aquel maldito era rápido como un depredador.

Sin embargo, en un momento él lo encontró, ¡y fueron uno, dos, tres puñetazos en el rostro! Axel se tambaleó por el cuadrilátero, tropezando, tropezando, pero sin caer. Radamisto corrió encima de él y preparó el *uppercut* que finalizaría el combate. El mismo golpe: exactamente el mismo que lo había llevado al final en otros combates.

Las personas perdieron la voz. Y él jugó todas las fichas en aquel movimiento.

Axel Branford torció el cuerpo para huir del golpe, sujetó el brazo del minotaurino y aún tuvo tiempo de decir:

—Estás de broma, ¿no?

El brazo de Radamisto fue jalado hacia abajo, haciendo que la cabeza descendiera con el movimiento. Fue cuando Axel enfiló la punta del codo de abajo hacia arriba en un movimiento de media luna, que hizo al oso blanco caer con violencia hacia atrás, asustado.

Su peso golpeando el suelo resultó tan fuerte que pareció el sonido de un adulto cayendo de las ramas de un árbol.

El juez abrió el conteo y el gigante blanco permaneció en el suelo, intentando convencerse de que aquello era verdad, de que él en verdad había caído al suelo. Se levantó furioso, babeando y rugiendo, cuando se escuchó el final del *round*, seguido por la explosión de los presentes gritando el nombre de Axel, como a punto de derrumbar la estructura del lugar.

Afuera, la multitud gritaba de manera igualmente absurda cuando el avatar de arena, con el tamaño y la forma de Axel Branford, se encaminó a su esquina, saltando y derramando partículas de silicio que insistían en regresar para darle forma, a la espera de que la lucha recomenzara.

Bradamante y Ruggiero habían llegado en corceles al lugar planeado.

—¿Entonces ser aquí? —preguntó Ruggiero.

—Sí.

—¿Cuál ser el nombre de este lugar?

—La hacienda de Los Esqueletos.

Los cabellos de Ruggiero se erizaron. Los de Bradamante también. Amarraron los caballos en un área cercana, con la intención de avanzar camuflados por la noche con sus vestimentas oscuras.

—Usted parecer con la certeza de que el antídoto del rey Alonso estar allá dentro.

—La tengo. Lo que le dieron a Alonso es litio. En toda Andreeanne sólo el conde Edmundo puede producirlo.

—¿Usted conocer muchos venenos y maldiciones, señorita Bradamante?

—Sí. Varios.

—¿Y eso tener un motivo que usted poder explicar?

—He cazado brujas.

Ruggiero levantó las cejas otra vez. Se puso el pañuelo sobre la nariz y la boca, mientras que ella se colocaba un gorro que le cubría el rostro y sólo mostraba una parte de los ojos.

Y fue así, entre sombras y tormentos, como partieron en dirección a la hacienda de Los Esqueletos.

Axel buscaba el lado lastimado de Radamisto, donde las costillas de seguro no habían cicatrizado. Esa era su mejor oportunidad de acabar con rapidez con el combate.

«Bueno, ten en cuenta que Radamisto es diestro».

Pero el oso blanco se cerraba en una guardia trunca y devolvía golpes poderosos que funcionaban para aislar aquella zona.

«Así que trata siempre de quedar lejos de su brazo derecho e invertir su guardia».

Otra vez el gigante blanco había cambiado la guardia, como había hecho con William, y usaba el codo para proteger el lado izquierdo lastimado. Axel lanzaba *jabs* y *jabs*. Provocaba, presionaba, forzaba una reacción que abriera ese lado para asestar un golpe poderoso que terminara el combate.

«Él es fuerte, pero pesado. Tú eres más rápido que él y puedes golpearlo y retirarte. Golpear y retirar».

Axel giraba y giraba, ligero como un felino. Pero pegaba fuerte. Y pegaba y pegaba y pegaba. Radamisto no saltaba, sino que permanecía afincado en el piso, cerrado como una roca.

Un pugilista era fuego: quemaba y crepitaba. El otro era tierra: afincado e inamovible. El fuego era capaz de desgastar a la roca, pero sería necesario algo más para moverla. Y, si no tenía cuidado, la tierra, cuando cubría la hoguera, podía apagar las llamas.

Axel avanzó en una secuencia de respiraciones, arriesgándolo todo en aquel *round*. Golpeó una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y...

Radamisto se lanzó encima de él en un salto inesperado y ¡bum!

El príncipe vio chispas de luces cuando un poderoso codo le acertó en medio del rostro, rajó su nariz y lo dejó temporalmente ciego.

Sin mirar lo que ocurría, Axel sintió su propio lado izquierdo de las costillas crujir con uno, dos, tres poderosos puñetazos que le sacaron el aire. Radamisto entonces le asestó un gancho en medio de las mejillas, que hizo que el cuerpo del príncipe girara tres veces en el aire antes de caer en el suelo como un títere y girara de manera aparatosa.

El público exclamó al unísono «¡oooh!».

La escandalosa hinchada de Minotaurus comenzó a arrojar cosas al aire y a insultar hasta a sus propias madres en su idioma local.

El juez del Puño de Hierro abrió el conteo.

Ruggiero y Bradamante traspasaron los límites de la hacienda y decidieron entrar por el tejado. Todo estaba silencioso. De vez en cuando se escuchaba el ladrido de un perro, que debía tener la salud muy debilitada, pues aquel sonido, más que un ladrido, apenas podía considerarse una súplica.

Había una claraboya que les sirvió bien y que Ruggiero abrió de manera tan rápida que más parecía magia. Saltaron hacia dentro y Bradamante cayó primero, casi sin hacer ruido, mientras que Ruggiero cayó sin hacer ruido alguno. Observaron los alrededores y sólo vieron sombras en determinados rincones, cortadas por rayos que venían de la luz exterior y sólo de allí.

En el resto del lugar había muebles desgastados por termitas, los cuales parecían haber estado allí hacía décadas. Era posible sentir el olor del moho y, de vez en cuando, escuchar el crujido de las bisagras de ventanas tan viejas como el tiempo. Pasaron entre cuatro estatuas de demonios con alas y lenguas de fuera esculpidas en piedras negras para llegar a un segundo aposento.

Entraron en una sala sin muebles, con cuadros pintados con imágenes bizarras y

distorsionadas, que ni la iluminación ni la voluntad les permitieron apreciar. No había una sola señal de movimiento de personas, ni siquiera del propio conde Edmundo, en el lugar.

Así alcanzaron una tercera cámara improvisada como oficina.

Allí había varios pergaminos esparcidos y un frasco encima de la mesa, con una nota escrita al lado. Caminaron con pasos cuidadosos y Bradamante tomó el recado donde estaba escrito:

«Aquí está lo que buscan».

Ella volteó la nota y leyó:

«Muerte».

—Señorita... —a Bradamante no le gustó ni un poco el tono de voz de Ruggiero.

Alrededor de ellos, saliendo y naciendo de la costra de las sombras, había seres oscuros en cantidad tan considerable que ningún ser humano habría deseado mirar para atrás.

Axel se había levantado, pero el resto del *round* lo pasó defendiendo y atajando como un perro que ha orinado donde no debe. Melioso intentaba traerlo de vuelta a la realidad. A final de cuentas su pugilista estaba viendo cosas brillantes donde no debería, con una dificultad para enfocar que recordaba a un miope.

—¡Pegar y salir! ¡Pegar y salir! —gritaba el entrenador.

—¡El problema es ver dónde pegar! Y ver el golpe de él para saber por dónde tengo que salir —respondió Axel, que ya tenía el párpado izquierdo hinchado.

—¡No intercambies con él! ¡Él es mucho más fuerte!

—Eso ya lo aprendí.

Sonó el gong.

—¡Esquiva, huye, pero no intercambies golpes!

Axel volvió aún atarantado. Radamisto percibía eso y le gustaba. Comenzó a tomar la iniciativa de la lucha, recordando a un toro que se da cuenta de que el torero está herido. Avanzaba con pesadez en dirección al arzallino y provocaba la guardia en golpes que marcaban los antebrazos con hematomas. Axel recibía algunos golpes, esquivaba otros y, cuando los devolvía, lo hacía con debilidad.

«Axel ser muy rápido, pero golpear más débil de lo que poder».

En medio de la multitud, María Hanson se comía las uñas. Y escupía pedazos de queratina.

—¡Ay, profesor! ¡Ese monstruo está destruyendo a Axel!

A su lado, Sabino von Fígaro apenas movía la mandíbula, preocupado. Y sin aportar ningún comentario.

Radamisto comenzaba a intentar golpes de ángulos muy abiertos y desconcertados, con la intención de acertar a un lado del cráneo del príncipe. Los

golpes pegaban y pegaban y pegaban, e incluso al atajarlos hacían ruido. Y provocaban temor.

De vez en cuando Axel intentaba agarrar a Radamisto para detener el combate, pero el riesgo de que los cabezazos le hicieran en el rostro lo que habían ocasionado en el de William Gamewell desalentaba esa actitud. Al final del *round* parecía que Axel estaba muerto psicológicamente y que el público a su alrededor moría con él en aquel sueño a cada instante más fragmentado.

—¿Estás huyendo de él? —preguntó el entrenador, en un momento de irritación —. ¿Estás huyendo de él?

—Sí.

Melioso parecía un poseído:

—¿Le tienes miedo?

—Un poco.

El entrenador hizo una expresión de disgusto. Axel lo percibió y comentó para sí una opinión que acabó saliendo en voz demasiado alta:

—Si crees que es así de fácil, ve allá a pegarle a ese monstruo.

El modo poseso del entrenador no se modificó:

—¡No, yo no voy! ¿Y sabes por qué no voy, Branford? ¡Porque esta lucha no es mía! ¿Y sabes por qué no es mía? ¡Porque ya gané este torneo y hoy estoy viejo y cansado, y no puedo vencer a ese gigantón! ¡Pero tú sí puedes!

—Yo...

—¡Entonces deja de pensar en cualquier cosa distinta a esto, entra allá ahora y tráeme su cuero!

Sonó el gong del reinicio.

La larga espada de dos manos de ella chocó una, dos, tres, cuatro veces contra láminas de un acero negro. Dos grandes seres, con costras de sombra en vez de piel, atacaban con láminas finas y curvas que casi recordaban una hoz transformada en espada de grueso metal. El rostro oval de esas criaturas no tenía nariz ni orejas. En lugar de los ojos había apenas una protuberancia llena de nervaduras, cual dos cáscaras de huevos llenas de nervios cicatrizados allí. Tenían la boca constantemente abierta y apenas un espacio negro que representaba un punto oscuro dentro de ellas.

De la piel de las criaturas escurría una especie de aceite, que brotaba como sudor. El olor de ese aceite recordaba al del azufre y la putrefacción. Cada vez que eran cortadas en algún punto, no derramaban sangre propiamente dicha, sino más aquel aceite.

Esto llevaba a la conclusión de que las criaturas sudaban su propia sangre.

Las dos aberraciones se concentraban en atacar una y otra vez a Bradamante, y aunque la capitana estuviera acostumbrada a cazar brujas, la simple vista de esa

situación era para erizar los nervios del soldado más experimentado.

Ruggiero no podía ayudarla en ese momento. Detrás de los seres de costras de sombra había otros. Se trataba de criaturas deformes, sin cuerpos proporcionados. Eran como espectros mutilados. Seres oscuros que no se miraban en los espejos por carecer de reflejo y porque habrían enloquecido si lo hicieran. Las criaturas tenían cuerpos esqueléticos y estaban desnudas, sin vellos ni sexo.

Debía haber casi dos decenas de ellas. Usaban armas en una sola de las manos, pues con la otra sujetaban un ojo que no se encajaba en el rostro y colgaba a través de un nervio en forma de un largo hilo rojo y morado. Necesitaban apuntar su ojo en dirección al atacado para saber lo que miraban. La lengua de esos seres se hallaba presa, perforada por los dientes de la boca, que no se abría ni se cerraba.

El sonido que producían era de gruñidos perturbadores.

Ruggiero había retirado su espada de las espaldas, una espada ligera y larga, que Bradamante nunca había visto en Occidente. La espada tenía grabados detalles de un dragón oriental a lo largo del mango y runas incrustadas en ambos lados de la lámina. El estrago que provocaba era en verdad devastador.

Bradamante cruzó las espadas otras dos, cuatro, seis veces con las gruesas láminas de las grandes criaturas de sombra y aceite. Ellas usaban placas de armaduras de hierro antiguo, y cada vez que el filo de la espada de dos manos de ella golpeaba en ese metal, parecía desgastarse un poco más.

Ruggiero avanzaba entre aquellos seres bizarros con saltos acrobáticos y cortes precisos. Giraba y cortaba brazos que sujetaban ojos, y hacía danzar en varios semicírculos la espada oriental para cruzar su lámina con golpes que venían de todos lados. Defendía, esquivaba, cortaba. Defendía, esquivaba, cortaba. Defendía, esquivaba y...

Una de las láminas negras cortó a Bradamante y ella gritó de dolor.

Ruggiero corrió hasta allí y estiró la lámina encima de la cabeza de ella, antes de que otras dos descendieran juntas. Mantuvo una fuerza excepcional para aguantar a aquellas dos criaturas forzando la espada oriental hacia abajo, y entonces Bradamante se levantó, tropezando hacia atrás hasta que golpeó con la espalda en la pared. Ruggiero caminó de espaldas hacia ella, hasta que ambos quedaron apuntalados en la pared ante una horda de seres que no deberían existir, acorralados como animales en una cacería.

—¡Son demonios de Aramis! ¡El maldito conde está conjurando demonios de Aramis! —susurró ella, en medio del dolor.

—Vigila a los esqueléticos. Son numerosos, pero ven mal. Mantente lejos de su mirada.

—¡Ellos sujetan los ojos con la mano!

—Entonces córtales la mano.

Bradamante inspiró y exhaló. Los seres desnudos comenzaron a apuntar sus ojos hacia ellos con las manos, como si fueran objetos de estudio. Los más grandes parecían revisar sus propias heridas y rugían con furia cada vez que hallaban otra más en el cuerpo de sombra.

—Intenta llevar a esos bichos a otra sala —dijo Ruggiero.

—Su armadura —ella jaló aire—. Es hierro antiguo. Acaba con una lámina común.

—Eso se puede resolver.

—¿Pero cómo?

Ruggiero lanzó un *¡kiai!* en el momento en que los seres se cansaron de buscar heridas en sí mismos y avanzaron con ira. El oriental saltó por encima de ellos como si fuera un tigre y el mundo pareció cada vez más lleno de sombras.

Bradamante inspiró hondo, con una vitalidad que recordaba la de las hadas-amazonas, y partió en dirección del aposento anterior, llevándose con ella a seres de los cuales no se olvidaría tan pronto si acaso sobrevivía y volvía a dormir.

Axel golpeaba por instinto. Ya no sentía los golpes: ni los que propinaba ni los que recibía. Cuando dos guerreros poderosos se ven en medio de una lucha incesante, una lucha que equilibra ambas fuerzas, existe un momento en que la sensibilidad se va perdiendo. El cuerpo comienza a desobedecer a la mente a la misma velocidad, y cuando golpea, la mayoría de las veces lo hace por reflejo. Es un momento en que ambas partes siguen luchando por instinto, sin un razonamiento lógico detrás de los movimientos, cuya mayor preocupación es respirar.

Pues existe un momento en que el aire parece estar cada vez más enrarecido.

Es el momento en que el cansancio, cuando llega, lo hace para derrumbar. Y es eso, la supervivencia de la mente y del cuerpo en ese momento difícil, lo que determina al guerrero vencedor; no los golpes aprendidos ni las técnicas entrenadas en forma exhaustiva. Por eso lo que define el poder de un guerrero vencedor es su espíritu, y por eso las artes marciales son espirituales antes de ser luchas corporales.

Axel Branford comprendía cada vez más el concepto de «arte marcial» por encima del concepto de «combate corporal». Era por eso, y sólo por eso, que él se mantenía de pie en aquel cuadrilátero, mientras un gigante a saber cuántas veces más fuerte que él imprimía un carrusel de hematomas en sus brazos, en su tronco y en su rostro. Su cuerpo imploraba que desistiera. Su mente se mantenía neutra. Su espíritu imploraba por la victoria.

Y en su estómago aquella energía aún pulsaba como pequeños latidos del corazón.

Entonces llegó el momento más difícil en su carrera como pugilista.

Radamisto avanzó sobre su adversario con uno de los ojos hinchado también, y

Axel se enfiló hacia la guardia del oponente hasta cerca del tronco del gigante blanco. Fue cuando, ante la oportunidad de estar tan próximo a la región de las costillas fracturadas en el lado izquierdo, inspiró con toda la energía posible y explotó todo en los movimientos más fuertes que consiguió.

Los gritos de dolor de Radamisto fueron tan altos, y tan parecidos a los alaridos de los prisioneros torturados, que los niños comenzaron a llorar.

Por puro instinto, demostrando el espíritu del guerrero que también había en él, Radamisto trabó por un momento el brazo de Axel entre las costillas partidas. El puño izquierdo subió con odio. Y cuando descendió, lo hizo con toda la rabia contenida en el cuerpo de un oso.

Axel desvió la cabeza para evitar un agujero en lo alto del cráneo. El puñetazo golpeó de arriba abajo en su hombro izquierdo.

Y el mundo escuchó un ¡crac!

Era un sonido aterrador, seguido de un grito de dolor que casi recordaba una súplica.

Era el dolor de un guerrero con el hombro levemente dislocado de lugar de manera abrupta.

Axel se apartó de Radamisto y ambos cayeron al suelo gritando de dolor al mismo tiempo. Radamisto intentaba respirar sin que las costillas rotas le perforaran el pulmón, mientras que Axel luchaba por sobrevivir al dolor de un hombro dislocado, correspondiente a una luxación en que el extremo de la cabeza del húmero se había zafado de la escápula.

La visión resultaba tan impresionante, pero tanto, que del público a los jueces, del emperador al rey, todo el mundo era perplejidad y silencio.

El juez central buscó ayuda para saber qué hacer. Y nadie supo qué decir. No podía abrir un conteo para dos pugilistas caídos ni cerrar la lucha sin un vencedor. Los organizadores se reunieron con rapidez y decidieron sonar el gong en un intervalo un poco más largo, para ver cuál de los dos pugilistas volvería al cuadrilátero.

El que se levantara y se mostrara dispuesto a continuar se consagraría como vencedor.

Un pedazo de mano rodó cuando la guerrera hizo girar su lámina.

Al menos esa vez el filo no se desgastó por el contacto con la piel desnuda de los seres andróginos. En realidad eran ellos los que quedaban desgastados y ciegos. Descoyuntados, intentando apuntar los ojos en las manos en todo momento hacia la mujer que no paraba de correr de un lado al otro como una posesa, haciendo girar una espada de dos manos como si fuera la cosa más normal del mundo.

En el otro aposento Ruggiero cruzaba sus láminas de manera incesante con las

dos criaturas, en busca de ganar espacio. Una de ellas brincó y descendió con violencia sobre su cabeza. Él se dio cuenta y saltó. La criatura grande arrancó un pedazo de suelo e hizo volar la madera y el termitero. Entonces él aprovechó aquel momento para llevar la lámina de la espada oriental junto al pecho. Colocó la palma de la mano izquierda frente a una runa y, con la derecha arriba, como en busca de algo en el ambiente, susurró palabras olvidadas en un antiguo y místico idioma oriental.

La lámina de la espada oriental se encendió con una luz azulada.

Y por primera vez, hasta aquel momento, los dos grandes demonios de Aramis temblaron.

Melioso tenía el corazón en la boca, al lado de un equipo formado por tres médicos que examinaban la gravedad de la herida de Axel. Un segundo equipo fajaba las costillas de Radamisto.

—Ponlo en su lugar —susurró Axel.

—Aconsejo que el pugilista no continúe —dijo el médico en jefe del grupo, después de examinar la luxación.

Melioso se llevó una mano detrás de la cabeza, desesperado. Miró hacia el área de los monarcas y se puso aún más nervioso cuando percibió la mirada asimismo nerviosa de Primo, es decir, de Anisio Branford. Cerca de él, Ferrabrás también parecía tenso. Pero era un hecho que, en condiciones precarias o no, Radamisto al menos volvería a la arena con un vendaje alrededor del área herida.

—Entrenador —dijo el médico en dirección a Melioso—. Necesito que usted o el pugilista desistan oficialmente del combate, de modo que lo retiremos y atendamos en mejores condiciones.

—Ponlo en su lugar —volvió a susurrar Axel, entre párpados que se apretaban de cuando en cuando a causa del dolor tan lacerante.

En el área de los monarcas Anisio Branford sabía que necesitaba hacer algo. Aquel era el momento en que los liderados buscan con aprehensión el liderazgo de un comando firme que sepa o al menos dé la impresión de saber qué hacer. Anisio no estaba seguro si tenía conciencia de lo que hacía o no, pero al menos tenía la certeza de que era suya la responsabilidad del futuro de Arzallum.

Los soldados corrieron hacia el rey cuando hizo tan sólo el esbozo de una señal. Anisio les pasó algunas instrucciones y ellos salieron corriendo sin cuestionarlas. Lo que las personas, sobre todo los soldados, más agradecen en momentos de caos es que alguien les diga qué hacer.

Entonces Anisio Branford ordenó que decenas de velones se distribuyeran a las personas alrededor de aquel cuadrilátero. Y rezó a su madre Terra, reina y hada, por un milagro que fuera digno de merecer.

La lámina comenzó a cortar los hilos que ligaban a los ojos. Bradamante había descubierto que eso resultaba más eficiente que cortarles las manos, pues aquellos seres macabros perdían el sentido de la dirección y comenzaban a correr desesperados, chocando unos con otros.

Cuando terminó con el último y reparó en aquel mar de cuerpos frente a sí, exhalando aceite por los poros en lugar de sangre, Bradamante se sintió sucia. Entonces escuchó un ruido. Y descubrió que aún había uno.

Tenía el frasco que ella y el oriental habían ido a buscar.

El frasco con el antídoto del macabro veneno.

Aquel que, en un único movimiento, el muy maldito quebró.

—¡Entrenador! —gritó el médico ante un señor conmocionado, que no reunía el valor de ordenar el desistimiento oficial de la lucha. No después de haber llegado tan lejos. No después de haber estado tan cerca—. ¡Necesito el desistimiento oficial ahora!

—Está susurrando algo —dijo Melioso.

Fue sólo entonces cuando los paramédicos se dieron cuenta de que Axel buscaba aire para decir algo en medio del dolor. Uno de aquellos jóvenes, arzallino por naturaleza, acercó una oreja al rostro del príncipe:

—¿Qué, alteza? —era interesante cómo, aunque estuviera ante un pugilista en condición de profesional, el joven arzallino no lograba separar el título de aquel ídolo.

—Ponlo en su lugar...

—¡No logro comprender!

Axel inspiró hondo y buscó fuerzas en el infinito para gritar:

—¡Dije que lo pongas en su lugar!

Ellos se miraron asustados, pero en el rostro de Melioso había una sonrisa de orgullo.

La lámina azulada se hundió en el muslo de uno de los grandes seres de costra de sombra y lo quemó al tocarlo. Quemó la piel humana como hierro ardiente. Como una mano sumergida en ácido. Como aquella criatura nunca había sentido jamás.

Ruggiero retiró la lámina con un solo movimiento y se lanzó sobre la segunda criatura. Las láminas danzaron como dragones en vuelo. La espada atravesó la placa de hierro antiguo, y en el momento en que la criatura gruñó con fuerza, Ruggiero hundió la lámina en el corazón.

Cuando retiró la espada, la criatura cayó sin vida, como una marioneta cuyas

cuerdas hubieran cortado.

Ruggiero caminó hasta la otra, aún arrodillada, sin saber cómo resistir el dolor que le quemaba el muslo, y con un golpe casi invisible le arrancó el cuero cabelludo hasta dejar expuesto el cerebro. La criatura también cayó con pesadez, como un saco de estiércol.

—No me parecías tan malo —dijo Bradamante, regresando al salón.

—Opinar lo mismo de *madame*.

—Tenemos un problema. El último demonio quebró el frasco.

—Si, como decir, aquello del rey Alonso ser litio, entonces bastar con recoger algunos ojos cortados de los seres sin piel mientras yo preparar una forma de quemar hacienda.

—¿Quieres decir que también entiendes de maldiciones y artes de contramagias oscuras?

—En mis tierras nosotros enfrentar seres diferentes, pero también nosotros saberlos cazar.

El pueblo se miraba con temor. Tanto adentro como afuera. No importaba si su héroe tenía la forma de agua y carbono o la de partículas de dióxido de silicio: el sentimiento que causaba verlo en aquellas condiciones era el mismo.

Dos paramédicos colocaban franelas empapadas de agua fluidificada por hadas en la región dislocada. Aquello anestesiaría en forma temporal una parte del dolor e impediría un agravamiento de la herida.

—Entrenador —repitió el médico en jefe, esta vez sin tanto énfasis.

—Ya escuchó al muchacho —dijo Melioso.

El médico en jefe se mordió los labios, pensativo. Miró a uno de los paramédicos y le hizo una señal con la cabeza para autorizarlo. Con cuidado, el chico tomó el brazo de Axel y Melioso lo interrumpió:

—Ese no. Ordena a otro que lo haga —dijo el entrenador, apuntando al joven que sujetaba el brazo de Axel.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó el médico en jefe, casi irritado.

—¡Si uno de esos dos tendrá el honor de colocar el hombro de este campeón en su lugar, que sea un arzallino!

El médico suspiró, como si fuera la cosa más idiota que hubiera escuchado, y ordenó el cambio. El otro muchacho sujetó el brazo de Axel en vez del primero, esta vez como si fuera una espada que se entregara a un caballero recién consagrado.

—¿Cómo supo que el otro era de Arzallum? —preguntó el médico a Melioso.

—Por la mirada.

El médico asistente se acostó a lo largo del brazo extendido del príncipe. Aseguró la mano de Axel entre las suyas, cruzó las piernas por el brazo estirado y colocó uno

de los pies en la axila, por debajo del hombro, el otro apenas apoyado a un lado del cuello, sin hacer fuerza.

Al fondo se escuchaba a Radamisto gritar del dolor en las costillas rotas. Era posible que cada respiración doliera dentro del gigante blanco. Aun así apretaba los dientes y los párpados, mientras procuraba respirar lo más profundo que podía para volver al cuadrilátero.

Las personas temblaban alrededor, con miedo y temor de lo que verían a continuación. Comenzaron a hablar al mismo tiempo, en una manifestación de nervios colectivos. La tensión subió hasta niveles estratosféricos y el tono del vocerío empezó a aumentar.

—¡Axel, a la cuenta de tres! —gritó el médico en jefe—. Uno... dos...

Conociendo el procedimiento, al «dos» el paramédico inspiró y jaló el brazo en un único movimiento, ¡haciendo crujir el hombro luxado!

—¡UUUAAHHH! —fue el rugido que se escuchó en toda la arena.

Los niños volvieron a gritar, los hombres apretaron los dientes, a los señores de mayor edad se les subió la presión arterial y las mujeres derramaron lágrimas. María Hanson hundió el rostro, aterrorizada, en el pecho de su profesor. Ariane Narin mantuvo los ojos muy abiertos, perpleja. João Hanson mantuvo una expresión fría e impasible, que denunciaba respeto, e incluso el rey Anisio Branford se sacó sangre al morderse la lengua sin siquiera percibir el dolor. Como otras mujeres a su lado, la princesa de Stallia también derramaba lágrimas.

Pero las de Blanca Corazón de Nieve eran distintas a las otras, pues eran las lágrimas de un ser humano que sabía que aquel hombre no merecía perder aquel combate, aunque supiera lo que eso significaba para ella misma.

Y en silencio, como deberían ser todas las plegarias, Blanca Corazón de Nieve fue otra de las voces en pedir a su Creador que le concediera el milagro.

Y fue cuando ocurrió.

Comenzó con aquel mismo sonido tribal que el pueblo había creado bajo Prince, la estrella del príncipe. Empezó con un grupo y se propagó a través de miles de personas que aumentaron su intensidad. Dos sonidos graves.

Tum... Tum...

Seguidos por uno agudo.

Ta...

Dos sonidos graves. Seguidos por uno agudo. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Poco a poco, centenares de miles de personas siguieron el ritmo de aquella cadencia tribal, que sacudía los instintos primitivos ocultos dentro del hombre. Tanto adentro, ante los hombres de carne, como afuera, ante los hombres de arena. El sonido se

convertía en una «onda» que invadía sentimientos próximos al amor de un ser humano por una nación, por la tierra que le dio vida y por el pueblo por el cual moriría orgulloso si le dieran una buena razón.

Aún en el suelo, Axel Terra Branford sintió aquella onda, que pulsaba en su interior. Y todo el dolor, por grande que fuera, se fue volviendo más pequeño ante aquella manifestación.

Tum... Tum...

La manifestación del más puro semidiós.

Ta...

Porque a través de la fe de sus criaturas un Creador expresa lo mejor de su existencia, y lo mejor que existe en todo corazón de semidioses que brillan con y por luz propia.

Axel Branford comenzó a levantarse con lentitud, y el mundo comenzó a hacerlo con él.

Tum... Tum...

Era el sonido de un solo latido de corazón de más de doscientas mil personas.

Ta...

El sonido del corazón de más de seis billones de seres humanos conectados a mundos fantásticos por hilos de plata que les impedían desligarse por completo de ellos.

Tum... Tum... Ta...

Pues la mitad de la vida de un ser humano implica sobrevivir al mundo. La otra mitad, descubrir un significado para su existencia.

Para lo primero existe el trabajo, el instinto y la evolución natural.

Para lo segundo existen el amor y la fe.

Y el sueño.

Axel se irguió bajo aquel sueño tribal y, por un instante, fue el sueño del mundo. Tanto el sueño del mortal que caminaba como el del semidiós que daba vida al camino.

En el cielo, al lado de Prince, la estrella del príncipe, brillaba Queen, la estrella de la reina.

Tum... Tum... Ta...

La onda en su plexo solar comenzó a esparcirse por el cuerpo y la sensación... la sensación era maravillosa.

«¡Necesitamos sacar la energía o creo que explotaremos!».

Cada poro emitía luz; cada célula, fuerza dentro de sus ligamentos. La conexión con el dolor quedó cortada de manera temporal, y si antes existía allí un ser humano, por un momento él también abdicó de esa condición.

Y se convirtió en una nación.

«En realidad, tú poder mantenerla dentro de ti y usarla como cura».

Fue el momento en que una segunda energía brilló en el cielo, y lo hizo tan fuerte como nunca, seguida de un *¡kiai!* fantástico proveniente de las alturas, que se cruzó de manera magistral con el sonido tribal que venía de la multitud y representaba lo mejor del mundo.

Axel Branford inspiró a fondo y ¡gritó! de regreso a los cielos en un *¡kiai!* extenso que se escuchó afuera de la Arena de Vidrio, donde las personas temblaban de éxtasis ante los avatares de arena. Un grito retumbante que anunciaba el renacimiento de un espíritu ante la llegada de ella en aquel cielo de muchas estrellas, y ante la llegada de todos aquellos sentimientos que venían con ella en aquel cielo y aquellas estrellas.

Un rastro incandescente escarlata rasgó de manera soberbia los cielos estrellados de la Arena de Vidrio en esa noche heroica, y el mundo se hizo más fantástico con aquella presencia en aquel instante.

En las alturas, *Tuhanny*, el águila-dragón, anunciaba su llegada a la Arena de Vidrio.

Axel tomó posición para volver a luchar, ante un juez asombrado. Al otro lado Radamisto lo hizo con el mismo coraje, y la reacción del juez fue la misma. Al final, por más años que tuviera en el pugilismo, aquello iba mucho más allá de cuanto había presenciado. Aquel no era un combate entre dos seres humanos.

Era un combate de gigantes.

Casi era un combate de semidioses.

En el momento en que estaba por autorizar el reinicio del combate, se escuchó un grito de comando de Anisio Branford y todos se volvieron hacia el rey. A una segunda orden todas las antorchas que iluminaban la arena se apagaron bruscamente y el mundo quedó a oscuras. Entonces, los soldados encendieron los velones.

Y sucedió así uno de los espectáculos más bonitos en la historia de Nueva Éter.

Fue el momento en que los centenares de velones distribuidos por orden del rey se encendieron en las manos del pueblo que rodeaba el cuadrilátero. Centenares de seres de diferentes colores, credos y orígenes, los cuales representaban a la humanidad que existía en Arzallum, levantaron sus velones encendidos e iluminaron para su máximo campeón el camino a la victoria y a la consagración de su nación.

Axel Branford miró la arena y, por más que aquello le dio fuerza, su corazón palpitó con suavidad. Ante un rostro de expresión dura, de quien no se olvida de la lucha, una lágrima descendió por el éxtasis que proviene del sentimiento del humano que se ve ante lo semidivino.

Porque el campeón de Arzallum miraba el rostro de aquellas personas que lo

iluminaban aquella noche, que soñaban los mismos sueños que él y que soñaban sus sueños en él, y no veía a seres humanos comunes.

En cada rostro de cada persona que sujetaba un velón, Axel veía una mirada diferente. Y sentía algo distinto.

En el rostro de cada persona, aquella noche histórica, alrededor de aquel cuadrilátero, Axel Branford veía la mirada de un semidiós. Y todo lo que de magnífico eso representaba.

Pues él te veía a ti.

La lucha se reinició con el *¡kiai!* del águila-dragón.

Radamisto se abalanzó una vez más como un oso hambriento después de la hibernación y Axel lo hizo cual tigre apenas liberado del cautiverio. El resultado fue el espectáculo más violento y poético en la historia del pugilismo mundial.

Jab. Jab. Directo. Cruzado. Directo. Cross. Gancho. Jab. Directo. Corto. Corto. Finta. Jab. Hook. Hook. Jab. Directo. Cruzado. Punch. Esquiva. Swing. Jab. Jab. Jab. Gancho amplio. Directo. Directo. Gancho corto. Esquiva. Esquiva. Uppercut. Esquiva. Jab. Cross. Gancho. Gancho. Gancho. Media luna. Cabezazo. Esquiva. Cross. Cross. ¡Uppercut!

Eran series. Series tras series. Series en apariencia imposibles de ser ejecutadas por dos combatientes en aquellas condiciones físicas, pero que no sólo daban vida a lo imposible, sino que hacían posible obtener un nuevo concepto. El público gritaba y gritaba extasiado y ya no sabía ni por quién lo hacía. Gritaba por el espectáculo que contemplaba y por lo que una lucha les había enseñado.

Fue cuando Radamisto embistió con un directo poderoso y Axel Branford, en vez de esquivarlo, golpeó de vuelta el puño de él. Radamisto se apartó e insistió con el mismo golpe, y de nuevo el campeón de Arzallum golpeó de regreso el puño cerrado. El puñetazo golpeó en el pliegue del pulgar y causó una dolorosa fractura.

Radamisto se apartó asustado. Miró a Axel Branford sin creer que su adversario estuviera en verdad sugiriendo aquello.

Del otro lado Axel agitaba un puño cerrado en dirección a su oponente, y enseguida llamaba a Radamisto con las dos manos. El oso blanco podría haber jurado que veía aquel movimiento a una velocidad mucho más lenta que la del mundo.

Cuando el inmenso minotaurino se aproximó y tomó posición, las personas comenzaron a saltar y a gritarse unas a otras, así como a patear cualquier cosa y a hacer movimientos bruscos e involuntarios que daban salida a aquella catarsis que no dejaba de crecer dentro de ellas, por hacerles creer que serían testigos de aquello, y que de hecho eran testigos de aquello.

El tiempo de ese *round* debía haber concluido en ese momento.

Pero ningún juez tuvo el valor de tocar la campana.

Axel Branford se puso en guardia ante Radamisto y ambos respiraron profundamente, haciendo los tres giros, hasta que alguna voz solitaria en la multitud gritó excitada:

—¡*Boxe... boxe... boxing!*

El golpe de los dos explotó en un ruido inmenso.

El pueblo que abarrotaba la arena subió al séptimo cielo de Mantaquim con la visión.

Tuhanny lanzó su ¡*kiai!* una vez más. Y casi doscientas mil personas adentro, y sabrá cuántas afuera, gritaron juntas esta vez con una sola voz:

—¡*Boxe... boxe... boxing!*

El segundo golpe de los pugilistas explotó, y esta vez el pulgar de Radamisto se dislocó hacia adentro.

El inmenso minotaurino dejó que lágrimas de dolor le escurrieran por la cara, mas no gritó. Afuera, los golpes reproducidos por los avatares de arena eran igualmente tan potentes, que los puños se destrozaban y hacían volar la arena.

Entonces la multitud gritó de nuevo, ante reyes que ya se hallaban de pie, con los ojos tan abiertos como niños en la Majestad.

—¡*Boxe... boxe... boxing!*

El golpe de Axel estalló directamente en el canto del puño derecho y quebró de una vez el pulgar de Radamisto. El oso blanco cayó sobre una de las piernas, gritando.

Axel Branford no escuchó el aullido.

Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Cruzado. Cruzado. Cruzado. Cruzado. Cruzado. Directo. Directo. Directo. Directo. Directo. Di...

Tuhanny gritó otra vez su ¡*kiai!* y trajo a su príncipe de vuelta a la razón, de modo que entendiera que todo había terminado.

Más tarde, después del fin de aquella lucha, las personas le dirían a Axel que, cuando Radamisto se desmayó y cayó inconsciente en el suelo de la arena, él aún golpeaba al infinito sin parar, como si todavía hubiera un ser humano allí.

Entonces Axel comprendió qué había ocurrido.

Y el mundo recuperó el sonido.

Era el sonido de una nación que lloraba, saltaba, gritaba y sacaba sentimientos que hacían que valiera la pena estar vivo. Las mujeres y los niños eran lanzados hacia lo alto. Personas que ni siquiera conocían sus nombres se abrazaban fuerte como

hermanas. Los religiosos se arrodillaban y agradecían a los semidioses sólo de estar vivos para ver aquello.

Y cuando las antorchas de la arena se encendieron de nuevo, Axel comprendió lo que había hecho.

Por cierto, Anisio Branford ya estudiaba con sus tesoreros reales el costo de patrocinar la ida de los gnomos ingenieros a todas las ciudades de Arzallum para la exhibición del mismo espectáculo por el mismo periodo de tiempo.

Las comitivas de otros reinos y sus monarcas se retiraron de Arzallum para emprender el regreso a sus lugares de origen. La mayoría prometió regresar o enviar a representantes para la ceremonia oficial del casamiento entre Anisio Branford y Blanca Corazón de Nieve, fecha que ya estaba agendada incluso antes del fallecimiento de Primo Branford, y que Anisio prefirió no modificar, aunque las condiciones lo permitieran.

Axel había alcanzado un nivel de popularidad y endiosamiento que ya no le permitía andar por las calles. Sin embargo, su hombro subluxado y llevado más allá del límite humano lo mantendría en cama por un buen tiempo aún. Su rostro más parecía un mapa fluvial de hematomas; pero, aún así, por más que le doliera hasta sonreír, Axel Branford lo hacía.

Y lo hacía con amplitud.

En un carruaje cerrado, que más parecía una caja de hierro, el emperador Ferrabrás regresó a Minotaurus. Su expresión era hermética y su mirada iba mucho más allá de lo que los paisajes le mostraban. Su corazón estaba sombrío y respiraba sentimientos que contaminaban a sus órganos y que, al acumularse, incluso le provocaban cáncer.

Pero él los sentía. Es más, se alimentaba de ellos.

Radamisto se había quedado en el Hospital Real de Andreeanne siguiendo las órdenes de los representantes del Puño de Hierro y del rey Anisio Branford. Ferrabrás no veía dicha actitud como una virtud humanitaria, sino como una forma más de escarnio, y de que los Branford conservaran otro trofeo delante de él. Así como de la nación que representaba. Sin embargo, tal pensamiento no le preocupó por mucho tiempo, pues al menos Arzallum no tendría aquel trofeo por mucho tiempo.

Radamisto debía morir.

João Hanson, con su cabello corto casi rapado y su expresión siempre ceñuda, regresó a casa de su familia el día de su décimo quinto cumpleaños.

Camminó, como si nada hubiera pasado y como si aquella fuera la situación más normal del mundo, a donde su padre guardaba el hacha de trabajo. Miró la lámina y vio que estaba un poco desafilada, pero se encogió de hombros, pues sabía que no había otra herramienta en la casa.

Saludó a su atónita hermana. Después le dio un beso a su sorprendida madre y dijo:

—Me voy a trabajar.

Y salió sin volver la vista atrás. Madre e hija se miraron sin saber qué sentimientos debían albergar. Cualesquiera que fueran los sentimientos correctos, ambas los experimentaban en ese momento.

Ruggiero y Bradamante fueron al aposento del rey Alonso para la última sesión de contraveneno.

Esta vez Blanca Corazón de Nieve se había propuesto asistir al proceso y, por primera vez, Anisio Branford fue informado de lo que había ocurrido en los bastidores del Puño de Hierro, por lo que también se encontraba presente.

El rey Alonso había dejado de hablar cosas asombrosas con las dos primeras sesiones.

Ahora, en la tercera, apenas se mantenía con los ojos abiertos, pero con la impresión de que, de estar cerrados, no harían la menor diferencia.

Ruggiero retiró el último ojo de demonio amputado del interior de una pequeña caja de hierro y se lo entregó a Bradamante. La capitana de la guardia lo llevó hasta la boca del rey Alonso. Ruggiero abrió con las manos la boca del viejo señor y la mantuvo así. Bradamante, en un único movimiento, hundió sus uñas en el ojo.

El ojo estalló.

Blanca se vio obligada a correr para vomitar en la ventana de la habitación cuando un líquido entre negro y rojo oscuro cayó, denso y pesado como un escupitajo, en la boca del rey Alonso.

—¿Eso bastará? —preguntó el rey Anisio, con la expresión hermética.

—Sí, majestad —respondió la capitana—; tres sesiones de este contraveneno inhibirán por completo la acción del otro.

—Señor Ruggiero —dijo el rey, volviéndose hacia él—. No tengo palabras para agradecer lo que ha hecho por estas tierras en estos últimos días. Ha hecho más por esta nación, y por la de Stallia, que muchos patriotas, por lo que me gustaría que esta noche comparezca en el Salón Real para una pequeña ceremonia de agradecimiento.

—El placer ser mío, majestad.

—¿Confirman entonces que los cuerpos de los seres conjurados fueron quemados?

—Todos ellos, majestad —dijo Bradamante—. La hacienda de Los Esqueletos fue destruida.

El rey Anisio asintió con la cabeza.

—No tiren esos ojos perforados. Me gustará refregarlos en la cara de cualquiera de mis opositores que aún critique mi orden para el renacimiento de los Caballeros de Helsing. El hecho es que no hay forma de negar que las brujas y los demonios de Aramis, por desgracia, han vuelto a caminar por estas tierras. Y está llegando la hora de prepararnos para volver a cazarlos de verdad.

Axel Branford escuchó los golpes y acto seguido la puerta de su cuarto, que se abrió para dar entrada a William Gamewell. Era interesante que la situación pareciera la perfecta inversión respecto de cuando Axel lo visitó en el Hospital Real.

—¿Oye, no te da vergüenza? ¡Tu cara parece la de un cíclope con resaca!

—Estás soñando. Hasta con hematomas las enfermeras aún me prefieren a mí.

—Sólo porque eres el campeón del mundo.

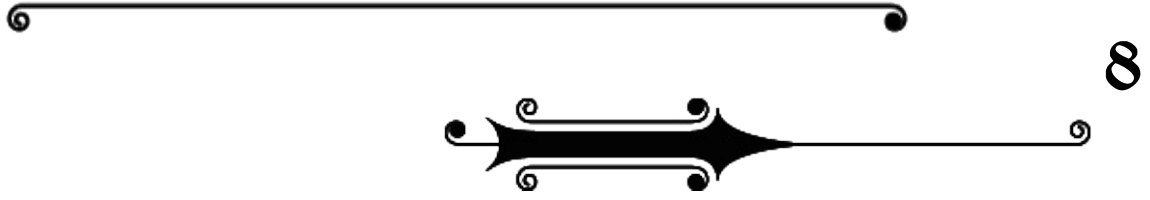
—Sí. —Axel sonrió—. Tal vez sólo por eso.

—¿Me puedo sentar?

—Por supuesto.

William jaló una silla próxima, cruzó las piernas, se puso las manos despreocupadamente atrás de la cabeza y dijo:

—¿Entonces? Es hora de que me cuentes con detalles cómo es la sensación de volverse parte de algo mayor.



H Robert de Locksley y sus capitanes llegaron a Andeanne.

María Hanson seguía dando clases en la Escuela Real del Saber y las personas se preguntaban por Axel Branford todos los días, con la esperanza de que un día él la visitara. A esas alturas las personas celebrarían incluso la visita del doble, aunque supieran que se trataba del doble. Como los días pasaban sin que les contaran ningún encuentro amoroso, y como cada día María hablaba menos de Axel Branford, un día Kenny Penwood, la más atrevida de las chicas de Andreanne, decidió preguntarle en medio del salón abarrotado:

—María, ¿sigues andando con Axel?

Todo lo que aquel salón estuviera haciendo se interrumpió en ese instante. Un silencio sepulcral invadió el recinto y toda la atención se concentró en la respuesta.

María suspiró.

—No sé cómo eso puede ser relevante para nuestra clase, Kenny.

—¡Ay, admítelo! Él terminó contigo, ¿no? ¡Puedes decirnos, María! Los hombres son así.

María apretó los dientes e inspiró hondo, antes de responder con una voz forzosamente calmada:

—En realidad, quien está terminando con alguien hoy soy yo, Kenny. ¡Por favor, recoge tus cosas y sal!

Kenny quedó conmocionada. En realidad, todo el grupo. Nadie se esperaba aquella reacción de una profesora tan dulce y comprensiva como María Hanson.

—¡Pero... yo no hice nada! ¿Sólo porque te pregunté de tus asuntos con el príncipe?

María suspiró y cerró los ojos, con impaciencia. Cuando los abrió dijo:

—Mi vida personal es mi vida. Y ya está bastante atribulada para aún tener que preocuparme por dar explicaciones a quien no puede ni quiere ayudar. ¡Además, me gustaría recordarte que ya no soy una compañera de clase, con quien pueden hablar con ese tono y con esa intimidación! Ahora soy una profesora de la Escuela Real del

Saber, que se encuentra aquí gracias a la confianza del profesor Sabino von Fígaro.

Kenny seguí conmocionada y boquiabierta.

—Yo no le pregunto a nadie de ustedes cuál es el nombre de sus romances de la semana ni exijo saber nada que ustedes mismos no me quieran confiar sobre sus propias vidas. A partir de hoy, consideraré una falta de respeto y una ofensa de todos los presentes que pregunten o exijan saber algo sobre mí.

La clase seguía en silencio. Sólo silencio.

—Ahora nos concentraremos en el pretérito pluscuamperfecto de la lengua altiva.

Ante el silencio y con la mirada baja, Kenny Penwood juntó sus cosas y se retiró sin que nadie la mirara a los ojos. Como fondo, sólo el sonido de los pesados cuadernos en forma de gruesos libros sin letras que eran abiertos y hojeados.

Nadie en aquel grupo se atrevió nunca más a preguntarle algo personal a su profesora.

Liriel Gabbiani estaba sentada en una silla, de nuevo encadenada a ella. Sin embargo, esta vez ella lo había solicitado.

—Mueve.

Snail Galford estaba frente a ella, sujetando una manzana en una mano y un cuchillo en la otra.

Desde donde estaba, Liriel forzó algo que apretaba su frente desde adentro hacia afuera. La fruta vino en su dirección como un perro en el regazo de un extraño que de repente avista la llegada del dueño y abandona al visitante sin compasión.

—Mueve el cuchillo.

Liriel tembló un poco ante la orden. Quería hacerlo, pero aún sentía temor. Snail se dio cuenta y gritó:

—¡No pienses, Gabbiani! ¡Muévelo!

Liriel forzó mucho más por una reacción instintiva al grito que por un acto voluntario. La lámina del cuchillo se lanzó de manera peligrosa sobre ella, girando en el aire como si hubiera sido lanzada por un tirador profesional. Cuando llegó cerca de su dedo, ella pensó que se los cortaría. En verdad lo creyó así.

Y así habría sido, de no ser porque por primera vez algo ocurrió.

Por primera vez Liriel no se metió sólo con la aproximación de la materia, sino con la velocidad del tiempo. Nadie explicaría nunca en términos técnicos a la joven ladrona lo que era capaz de hacer, pero en realidad poseía una capacidad de aproximar las moléculas, si es que yo mismo entendí bien. Entre la mano de una persona y una cuchara encima de una mesa no existe simplemente la nada o el vacío, sino partículas de gases como hidrógeno, oxígeno y gas carbónico. Y existen moléculas que, más agrupadas, conforman la mano, la mesa, la cuchara. El espacio entre ellas está conformado por el mismo tipo de moléculas, sólo que en composiciones más apartadas unas de otras y menos densas.

Y tales moléculas se originaban del mismo éter que daba vida a los seres de

Nueva Éter.

Pero la vida en Nueva Éter está formada de la energía etérea de miles de semidioses. Y cada uno de ellos tiene su propia visión de cada momento y cada creación. Por lo tanto, eso sustentaba las teorías de decenas de filósofos y científicos de ambos continentes respecto de que del universo original generado por el Creador se derivaban miles de universos paralelos de sus semidioses. Miles de universos de Nueva Éter que resultaban semejantes, mas nunca idénticos debido a la singularidad de cada semidiós que les daba vida.

Y cuando la chica Liriel decidía mover algo, era como si se conectara con algunos de esos centenares de universos paralelos que existían en aquel instante al mismo tiempo, agrupándolos al grado de que ella sentía que tocaba el objeto cercano. Al grado de convencer a los semidioses de que era capaz de eso. Y sólo por eso el hecho existía.

Liriel Gabbiani era capaz de conectarse a esa energía vibratoria de éter por medio de sus ondas mentales y aproximar esas moléculas apartadas y agruparlas. En teoría era como si ella comprimiera el espacio. Como si su mano se dibujara en la punta de una hoja y una cuchara se dibujara en la otra, y entonces alguien viniera y doblara el papel, de manera que los dos dibujos se encontraran. Así era en teoría.

En la práctica los objetos volaban hacia ella.

Durante muchos años ella había aprendido a mover cosas. Sin embargo, existía algo que ella percibía capaz de alterarse, mas nunca pensó en hacerlo ni siquiera en intentar desarrollarlo. Cuando se presentaba como acróbata en su circo, era capaz de realizar hechos considerados imposibles hasta por los trapecistas más experimentados, si bien ella los ejecutaba con la precisión y la confianza de que los trapecios siempre estarían al alcance de sus manos cuando lo necesitara.

Sólo que cuando Liriel saltaba en los trapecios, percibía el mundo girando de manera distinta. En realidad, cada vez que ella forzaba y movía cosas, en contrapartida observaba el mundo de manera distinta.

A la postre, cuando alteraba el espacio, su cerebro alteraba el tiempo.

Cuando conoció a Snail Galford por primera vez, Liriel Gabbiani le robó de las manos un collar de joyas en el último segundo antes de saltar por una ventana. Snail se había distraído con la labia de la ladrona, y aunque se encontrara cayendo de espaldas, lista para ejecutar una acrobacia, ella tuvo tiempo de observar al ladrón, concentrarse en la joya, moverla y ejecutar su acrobacia con seguridad. Para Snail Galford todo había sucedido en dos o tres segundos.

Para Liriel Gabbiani habían sido seis o siete.

Y allí, presa en aquella silla otra vez, con un cuchillo afilado que volaba directamente hacia sus dedos, su instinto de supervivencia activó por primera vez esa conciencia en una forma que ni ella misma había comprendido jamás: de una manera

ya no instintiva, sino en verdad consciente.

El cuchillo llegó girando y girando y girando, pero a partir de un momento rápido para el mundo que la rodeaba, mas no para el mundo de ella, girando de manera cada vez más lenta. Liriel se concentró y se concentró, y a cada concentración el cuchillo giraba más despacio. Giraba de modo que ella veía bien el momento en que el giro estaba a favor del mango y en que podía estirar la mano para tomarlo antes de que estuviera a favor de la lámina.

Cuando lo sujetó con firmeza y lo mantuvo en las manos, Liriel dejó de «forzar» y el mundo, ante sus ojos, volvió a la normalidad.

Del otro lado Snail Galford se veía impresionado. Y orgulloso. Y por más que nunca lo admitiera, aliviado, pues ella no se había lastimado. Había visto a la chica encadenada mover el cuchillo a velocidad sobrenatural y sujetarlo con la misma intensidad. No sabía ni comprendía cómo funcionaba el mundo para Liriel Gabbiani cuando ella ejecutaba aquello para lo cual había nacido con semejante don.

Tampoco le importaba conocer el mecanismo.

Lo que le importaba era que ella por fin estaba lista.

Anisio Branford caminó hasta el jardín real, donde antes había conversado con el mismo barón, y por más que fuera quien era, su corazón latió diferente cuando estuvo frente a una leyenda viva y uno de los héroes de guerra más admirados por su padre.

Anisio Branford se hallaba ante Robert de Locksley.

—Te pido disculpas por recibirte aquí, señor Locksley. Tu figura merece mucho más, pero el salón principal está siendo preparado para una pequeña ceremonia.

—Rey Branford, invertiste uno de tus tres pedidos con mi libertad y no hay nada más que pueda exigirte en toda esta vida —nota que Locksley usaba el «tú» como si estuviera a la altura de rey o como fuera su amigo de tiempo atrás para merecer el uso del pronombre sin recibir una advertencia.

—No hice nada que mi padre no hubiera aprobado.

—Por eso mereces el apellido de Primo. Tu padre fue el mayor libertador que he visto caminar por estas tierras.

—Él decía lo mismo de ti.

—Para conocer tu pensamiento necesité venir aquí hoy y preguntarte personalmente sobre tu ayuda en relación con la causa.

Anisio miró para otro lado y suspiró. Aquello resultaría difícil.

—Señor Locksley...

—Rey Branford...

—¿Aún lucharás bajo cualquier circunstancia?

—Debo hacerlo, majestad. Debo lograr por mi pueblo lo que Primo hizo por este cuando lo liberó de las amenazas que estaban aquí.

—Entiendo por qué haces que recuerde a mi padre. De seguro crees que tu amistad influiría en su decisión.

—En la de él, sí. Mas no espero que sea igual en la tuya, majestad.

Anisio Branford se mordió el labio inferior y pensó en lo que su padre diría de

haberlo visto tomar su decisión. Una decisión que debía tomarse y que cambiaría a la humanidad.

—¿Estás consciente de que eso, para Arzallum, sería declarar la guerra a Minotaurus?

—Comprendo también que allí reside la dificultad de tu respuesta.

—¿Y estás consciente de que Sherwood, por más hombres que reúna, no podría entrar en combate contra Minotaurus y Stallia juntos?

—Por eso que vine aquí a pedir tu ayuda.

Anisio suspiró una vez más, sintiendo el peso del mundo sobre los hombros. De nuevo:

—Disculpa, Locksley —nota que esta vez no utilizó el término señor—. La heredera de Stallia es mi novia. En breve, mi reina. Amenazas más allá de nuestra total comprensión vuelven a rondar estas tierras y no puedo dividir mi ejército por una guerra que no es nuestra. Te di la libertad de la única forma que eso era posible. No puedo concederte más. En realidad, gasté tres deseos por tu causa. Arzallum ya no puede hacer más ni luchar en este momento al lado de Sherwood.

Robert de Locksley apretó los labios y balanceó la cabeza varias veces.

—Comprendo, rey Anisio —nota que el «rey Branford», que igualaba el nombre del hijo al del padre fue sustituido por el nombre de pila—. En realidad, incluso esperaba esta respuesta. Pero debía preguntar.

Locksley ya se dirigía a la salida cuando se volvió hacia el rey:

—Pero, majestad, afirmó que ha gastado sus tres deseos por mi causa...

—Sí, ¿u olvidas que Tagwood, si tuviera interés en las tierras de Sherwood, también reivindicaría un lugar en la batalla al lado de Stallia y Minotaurus?

La quijada de Locksley cayó.

Era claro y obvio. El primer deseo. Por todo un año, Tagwood no podría usar la temida pólvora negra: un artificio capaz de acabar con un campo de batalla en minutos.

Eso también significaba que no tendría la opción de enfrentarse a Sherwood.

Locksley se retiraba ya una vez más, pensativo, cuando...

—Pero, majestad, ¿dónde encajaría tu segundo deseo? Tuck no era un prisionero, y no haría diferencia a esta causa si él mantenía o no su actividad como fraile.

—Te engañas, Locksley. En particular, creo que este hombre es tu guerrero más importante.

—Tuck se ausentó de los campos de batalla. Ahora es un pacifista: un santo que ya no participa en las guerras.

—Por el contrario, por las historias que llegan hasta mis oídos, él enfrenta la más difícil de ellas todos los días. Y cada día se declara vencedor.

El día resultó exhaustivo como el de un soldado en la pared de escudos en una zona de guerra.

Por la noche, João Hanson volvió a casa completamente agotado tras un día entero sustituyendo al padre, derrumbando árboles para los empleadores del clan De Marco, en medio de leñadores al menos dos veces mayores que él. A estos les gustaba el viejo Hanson y se sensibilizaron con la actitud de su hijo menor. Lo trataron como a uno de ellos y a João le gustaron aquellas personas, aunque no le sonriera a ninguna de ellas. Incluso cuando supieron que era el cumpleaños del muchacho y le dieron de regalo un par de anillos de leñador, João no mostró emoción. Sólo agradeció, se puso un anillo en el dedo, guardó el otro y volvió a golpear el árbol.

Estaba oscuro cuando entró a casa. Y tan cansado, pero a tal grado, que ni siquiera escuchó el movimiento de personas en aquella oscuridad.

Así que quedó en verdad sorprendido cuando las escuchó cantar:

—Feliz cumpleaños a ti, en este día tan querido / que las hadas soplen buenos sueños / y los semidioses les den vida —cada verso era cantado en forma lenta y arrastrada, como en toda ceremonia de cumpleaños en Arzallum. Y repetido tres veces.

João Hanson, el muchacho que a cada jornada se volvía un hombre, sintió que su corazón deseaba regresar algunos años atrás, cuando aún era considerado un niño. María Hanson entró con un pequeño pastel y una vela encendida: un pastel hecho por su madre. Entonces João Hanson se acordó de cuánto tiempo hacía que no comía un pastel preparado por ella. Desde aquella época.

Desde el macabro incidente con la casa y la siniestra bruja Babau.

Por un momento recordó cómo había sido todo antes. Antes de las brujas, de las maldiciones y de todo el mundo adulto.

Érika Hanson entró con María, y de la oscuridad salieron también Anna y Golbez Narin, aplaudiendo y cantando como todos. Cuando la pareja encendió algunas velas

más, con lo que el recinto adquirió una mejor iluminación, João Hanson vio a Ariane.

Estaba de pie, mirándolo y a la espera de su reacción. Él podía distinguir en su mirada que estaba orgullosa de él, de sus actitudes y de la responsabilidad que había decidido asumir como hombre de aquella familia.

En sus manos había un regalo y João percibió que se trataba de un cordón.

Entonces él caminó despacio hacia ella y el corazón de Ariane comenzó a latir más rápido, aún sin saber cuál sería la reacción de él al futuro que ella se proponía. Sin saber si sería aceptada o rechazada. Y poético es el corazón de una mujer a punto de descubrir algo de tamaño importancia.

João tomó el cordón de las manos de la chica y se dio cuenta de que era un cordón simple con un lazo alrededor de un pedazo de madera. Ella usaba uno idéntico alrededor de su propio cuello e intentó decir entre palabras atropelladas por la vergüenza:

—Es que, no es mucho, pero pertenece a nuestro árbol, ¿sabes? Yo creí. No sé, que tal vez... —y João Hanson jaló el cuerpo de la chica contra el suyo y la abrazó con fuerza, como si ella fuera para él lo más importante del mundo. Tal vez porque lo era... te gustaría.

Con la cabeza apoyada en el pecho de él, Ariane Narin derramó una lágrima. Después otra. Y en los brazos de ese muchacho se sintió la chica más importante del mundo. Otra vez.

«Tú alimentas el alma de João, y a cambio él esparce la buena energía que viene de ti».

Cuando sus cuerpos se separaron, sus labios cerrados se tocaron fuerte, se apretaron y permanecieron unidos con los ojos cerrados.

«Porque tú eres su flor».

Y cuando se separaron, la mirada de uno se enfocó en el otro, y antes de que ella dijera la frase, él la profirió primero:

—Yo te amo.

«¡Y él es tu colibrí!».

El muchacho, o el hombre João Hanson, sonrió, como hacía mucho tiempo no ocurría. Una sonrisa corta, pero aún así una sonrisa. Y aquella sensación fue buena. La muchacha Ariane Narin comenzó a llorar copiosamente y no parecía que fuera a parar pronto. Ante aquellas palabras el llanto era justificable.

«¡Porque pegarle a alguien en la cara es fácil, pero tratar bien a una muchacha, o saber qué decirle, sólo lo sabe un hombre de verdad!».

Ella sabía que era de verdad.

U Robert de Locksley salió del Gran Palacio y encontró al pugilista William Gannetell esperándolo en un caballo tras escuchar un relato cautivador de Axel Branford sobre su victoria en el Puño de Hierro.

El pugilista descendió del caballo y le dio un fuerte abrazo a la legendaria figura.

—Hola, Will —saludó Locksley—. Sólo faltaba nuestro benjamín.

—¿Cómo te fue con el rey Branford? —preguntó William.

—No nos ayudará —respondió Locksley—. ¿Cómo te fue con el príncipe Branford?

—La simiente ha sido plantada en él. Esperaremos a que germine y dé frutos para las grandes conciencias.

—¿Y tú? Supe que te fue bien en el torneo.

—Di lo mejor que pude, pero el maldito oso blanco era en verdad fuerte.

—¿Y ahora?

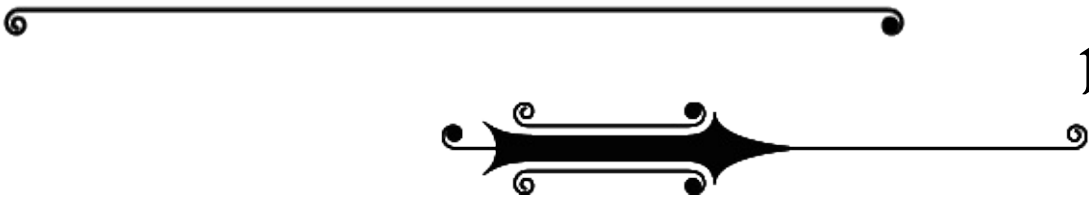
—Ahora es hora de retomar nuestra lucha. No pretendo perder por segunda vez ante Minotaurus.

—John y Marion vinieron a Andreeanne conmigo. Es hora de partir para el plan B. ¿Estás listo?

—Sí. A partir de este momento soy de nuevo el «rojo»: uno más de tus capitanes.

Y Robert, satisfecho, montó en su propio caballo y dijo con convicción:

—Entonces trabajemos, Will Scarlet.



En el Salón Real había cierto movimiento. Algunos siervos reales preparaban una «pequeña gran cena» en el comedor, donde había sido instalado un estrado cerca del trono del rey Anisio. Algunos nobles, todos los consejeros reales, la princesa Blanca y el príncipe Axel estaban presentes.

Un siervo real anunció la entrada de Ruggiero.

Encima del estrado había una espada.

Cuando ingresó el oriental, con la capitana Bradamante al frente, la primera sensación de los presentes fue de sorpresa. Había una inmensa alfombra roja que se extendía desde donde estaban hasta los pies del rey, sentado en su trono, algunos escalones arriba. A su derecha, Blanca Corazón de Nieve. A la izquierda, Axel Branford.

En el camino entre ellos, en posición militar, a cada lado de la alfombra roja, estaban ellos. En dos hileras. Los caballeros vestidos con sus aterradoras armaduras rojas.

Los Caballeros de Helsing.

Bradamante caminó entre ellos, seguida por Ruggiero. A cada paso que daba, dos soldados en los flancos hacían un respetuoso saludo ante una mirada militar. Al fondo, con sus capuchas, cada una con sus respectivos colores, los ocho consejeros reales observaban.

El último de la fila de los caballeros rojos era el añoso y obeso coronel Athos Baxter. No parecía estar ni un poco contento con la ceremonia.

Ruggiero caminó y se detuvo al lado de Bradamante, frente a Anisio Branford y al estrado con la espada.

—De rodillas —dijo Anisio y, por más que se tratara de un oriental, Ruggiero se estremeció ante la orden, pues entendía lo que eso representaba.

El rey Anisio sacó la espada de su base y dijo:

—Señor Ruggiero, todos aquí están enterados de que su persona, junto a la de la

capitana Bradamante, eliminó a una horda de demonios ante la cual tal vez grupos aquí presentes habrían sucumbido, y que lo hizo como un gesto de altruismo a la patria de Stallia y a las buenas relaciones con Arzallum. La manera más sincera que encontré de agradecer semejante actitud heroica fue de esta forma, manifestada aquí y ahora, y mis consejeros estuvieron de acuerdo.

«Y no confío en el coronel Athos para eso. Le gusta atribuirse demasiados méritos por trabajos ajenos».

Ruggiero pensó que no era casual que el hombre no estuviera muy contento con la ceremonia. La lámina de la espada se apoyó en su hombro derecho.

—Por el poder en nombre del Creador de Nueva Éter y de todos los semidioses que nos dan vida —la lámina pasó al hombro izquierdo de Ruggiero—. Por el poder de la Cruz de Merlín de Avalón, el Sagrado Cristo de Nueva Éter —la lámina quedó de lado, en la parte superior de la cabeza baja—. Y por el etérico que corre en la sangre de las hadas y da vida a este mundo —la espada quedó de pie ante Ruggiero—. De acuerdo con el Consejo Real y con la autoridad atribuida a mí, Anisio Terra Branford, rey de Arzallum, te consagro a ti, Ruggiero, caballero, la bendición de la bandera de Arzallum.

Los Caballeros de Helsing pisaron con potencia, de un modo que estremeció el ambiente y pareció un único movimiento de fuerza y sonido, a una orden de su coronel. El rey Anisio tomó la espada con las dos manos, como si se tratara de un recién nacido, y la ofreció al extranjero.

Siguiendo las instrucciones de Bradamante, Ruggiero besó la lámina y se puso en pie.

Recibió del monarca la espada y también la sujetó cual un niño de brazos. Entonces la apoyó en el suelo.

El monarca dijo:

—Señores, no tenemos más dudas hoy de que el reinicio de esta orden de cazadores de nuevo es necesaria para la supervivencia y la seguridad de esta nación y de toda la humanidad. Sólo he pensado últimamente en cuál sería la mejor forma de administrarla, pues la mayoría de los antiguos cazadores ya no está entre nosotros. Admito que durante este tiempo de ponderación no hallaba un hombre que uniera sabiduría con experiencia y vitalidad para el liderazgo en los entrenamientos y las misiones de campo. Sin embargo, mis pensamientos hoy están más claros, y el Creador parece haber iluminado mis necesidades con un destino inquieto y siempre sorprendente. Por eso, en vez de darme una persona con tales características, el Creador me iluminó con dos.

Los consejeros se miraron sorprendidos. Hacía pocos instantes habían incluso votado por el título y el homenaje al extranjero, por motivos de agradecimiento y buena política con el continente oriental. Pero lo que el rey Anisio decía no había

pasado por votación ni era de su conocimiento.

Y nadie habría sido capaz de describir la sorpresa del coronel Athos.

—Sé que muchos dirán que la orden ya posee su figura de comando en la posición del coronel Athos Baxter, consejero Negro de la Sala Redonda y héroe de guerra de Mosquete, que nos honra con su experiencia, y no pongo en duda aquí sus calificaciones ni sus cualidades. Ante la sociedad de Arzallum, como bien pregona la política de esta orden, él será la única figura pública conocida y oficializada por el gobierno real. La cuestión es sólo que me gustaría ponerla también bajo las órdenes prácticas de un arzallino que haya visto y sobrevivido la Cacería de Brujas original, así como luchado al lado de mi padre en aquellos negros tiempos —el gordo coronel, detrás de sus carnes y cabellos y barbas blancos, comenzó a enrojecer y a sudar como un puerco, atónito—. Así que, sin mayores preámbulos, anuncio a todos los presentes que Sabino von Fígaro, consejero Blanco de la Sala Redonda e incuestionable héroe de guerra, ocupará a partir de hoy también la función de general y comandante de la Orden de Helsing.

Los consejeros reales explotaron en protestas y murmullos. El coronel Athos, conmocionado, era incapaz siquiera de decir algo.

—Pero, majestad —intentó hablar el impulsivo consejero Rojo.

—No está a votación, consejero —advirtió Anisio con vigor—. Y aún no termino. El consejero se arrodilló.

—Imploro su perdón, majestad.

Sabino von Fígaro, con sus vestiduras claras, tenía una expresión de absoluta estupefacción. Aquello había sido en verdad una sorpresa.

Sin embargo, pasada la conmoción llegó el éxtasis.

—Y hoy no sólo estoy nombrando a Ruggiero como caballero de Arzallum. Lo convoco a convertirse en caballero de la Orden de Helsing —una vez más los caballeros rojos hicieron su movimiento militar de dos pisadas que estremecía al salón. Los consejeros seguían boquiabiertos. Incluso Axel y Blanca estaban sorprendidos—. Y lo convoco a convertirse en el capitán de este grupo renacido.

Si aún existía espacio para protestar, aquí fue utilizado. Axel Branford pensaba que la cara de los consejeros y de los viejos comandantes, atónitos por atestiguar qué decisiones importantes se tomaban sin consultarlos, como en el tiempo de la Cacería de Brujas de Primo Branford, era lo máximo. Y de allí para arriba, Axel percibía cuánto se parecía Anisio a su padre cada día transcurrido. Y cuán fascinante resultaba aquello.

Y cuán aterrador.

—Señor Ruggiero, ¿acepta mi convocatoria?

Ruggiero sintió que su corazón se desbocaba. Era un extranjero en una tierra extranjera y le pedían que formara parte de ella. Tenía una vida al otro lado del

mundo y aceptaba que su dharma consistía en vivirla al otro lado del océano. Sin embargo, en poco tiempo había aprendido tanto cada día sobre un mundo fascinante y nuevo, que dejarse seducir por él le resultaba fácil. Pero lo que más le martillaba el cerebro era comprender lo que su Creador esperaba de él en su misión en aquel mundo etérico.

Dicen que si el pedido personal de un rey no hace que una persona se incline por una idea, entonces nada más lo hará. Hasta aquel día, eso parecía ser verdad en Nueva Éter. Sin embargo, Ruggiero estaba ante un pedido personal del más grande de los reyes, y eso no parecía significar nada para él ni pesar en su decisión. Y Axel Branford, desde donde estaba, observó bien las miradas y percibió que existen valores para un hombre más importantes que las órdenes de un rey.

Porque Axel advirtió que lo que hizo que Ruggiero decidiera en aquel instante no fue el destino que le transmitía alguna intuición, sino el intercambio de miradas con una mujer.

—Con placer, majestad.

Bradamente lo intentó, mas no logró ocultar la felicidad que descubrió en sí misma cuando el guerrero oriental aceptó la propuesta. Axel sólo recordaba la mirada de María Hanson, que no estaba presente, y la nostalgia que ya no soportaba más después de estar lejos de ella desde hacía tanto tiempo.

A una seña Sabino avanzó con timidez al centro y se colocó al lado de Ruggiero. El coronel Athos se puso al lado de Sabino, aunque su expresión traicionaba el odio que sentía en esa posición. Una cosa era cierta: en el futuro, las cosas entre él y Sabino von Fígaro no resultarían sencillas.

El rey los hizo volverse a las tropas. Y gritó:

—¡Caballeros, de frente a su comando!

Y al menos setenta hombres en aquel Salón Real pisaron dos veces en el suelo y giraron hacia el centro.

—Tengo aquí, de un lado, la experiencia que los enriquece. En el centro, la sabiduría que necesitan. Y del otro, el liderazgo que los llevará a la guerra. Son estos los tres pilares que los conducirán a la victoria en la guerra sucia.

Anisio hizo un movimiento de cabeza en dirección a Sabino y la transformación fue tan inmediata, pero tan impactante, que resultó aterradora incluso para los consejeros que observaban. Sabino von Fígaro, acostumbrado a hablar bajo y con sabiduría, de repente gritó como un comando de guerra que pararía a un ejército, haciendo que su voz resonara por el gran salón:

—Caballeros de rojo, ¿cuál es vuestra magia?

Setenta guerreros de rojo respondieron en una única y aterradora voz:

—«¡Es la cruz de mi escudo; mi espada y mi guía!».

—Caballeros de rojo, ¿por qué viven con esos hechos?

—«¡Porque honro al dragón de éter vivo en mi pecho!».

De nuevo golpearon con el pie, y entonces llegó el silencio.

—Tropa, descansen.

Otro pisotón y todos se posicionaron, estáticos, con las manos atrás. Sabino miró a Anisio Branford y volvió a sonreír a su manera tímida y educada:

—Majestad, la tropa está lista para cenar.

El rey Anisio Branford pensó que días muy interesantes estaban por venir.

No todo estaba bien aún. Ariane volvió a casa con sus padres, y todos se sentían bastante satisfechos con la fiesta sorpresa de cumpleaños para el joven Hanson, principalmente por su reacción ante la misma. Habían visto a Ígor Hanson en su cama, enflaqueciendo frente a una enfermedad difícil de explicar, y entendieron cuando el muchacho no quiso ver a su padre.

Al menos no todavía.

Pero cuando llegaron a casa y Golbez Narin se retiró para cambiarse de ropa, Ariane llamó a su madre a un rincón, con la típica expresión asustada de quien habla realmente en serio.

—Madre. —Ariane miró alrededor, como una paranoica, para asegurarse de que su padre no estaba cerca. Jaló a su madre a un rincón aún más apartado de la casa. Y dijo susurrando—: Madre, la vi, madre...

Anna Narin, percibiendo la seriedad de su hija, puso una expresión grave y preguntó:

—¿A quién, Ariane?

—A la Banshee.

Anna Narin sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Dónde?

—En casa de los Hanson.

Una pausa para tomar un poco de aire y luego:

—¿Ella estaba llorando?

—Todavía no.

—¿Qué hacía?

—Esperando.

Anna se sintió espantada. En definitiva, la Banshee no solía pasar más de un día y una noche esperando por un condenado.

—¿Y dónde aguarda?

—Sentada afuera del cuarto del señor Hanson, abrazando sus rodillas como si fuera una niña castigada. Ella me vio, se me quedó mirando, pero no dijo nada. No lloró, pero tampoco sonrió.

—Es difícil imaginar a la Banshee sonriendo.

—Si está allí esperando, ¿por qué no entra de una vez en el cuarto del señor Hanson, madre? —preguntó la chica, asustada.

—No sé, Ariane. En verdad no sé.

Hacia el final de la noche, Robert de Locksley había cabalgado al lado de su último capitán. Sabía que su próximo paso implicaría enfrentarse a una parte del ejército de Stallia —comandado por su primer ministro—, aliado a un escuadrón de Minotaurus, para empeorar la situación. Contaba con el rey Branford para anular el segundo problema, pero no sería esta vez cuando Arzallum iría a la guerra contra su mayor enemigo.

Incluso tal vez Minotaurus no fuera a la guerra.

Era una posibilidad remota, pero debía aferrarse a ella, pues a todo se aferra el hombre en busca de la libertad.

En aquel momento ya pensaba en el regreso a Sherwood, que ocurriría en la madrugada. Él y Will, acompañados por un tercero, esperaban en el sitio acordado para el encuentro con Pequeño John y *lady* Marion. Era un lugar apartado, para no levantar sospechas, que les serviría además para pasar la noche.

De hecho no había un mejor lugar para hacerlo.

A final de cuentas, como ya se ha escrito, Locksley deseaba la ayuda de Arzallum, pero esperaba su rechazo y por eso poseía desde antes un plan B, orquestado mediante contactos en la prisión, sobornos, cobro de favores, cazadores de brujas y otros elementos de una historia que tal vez un día sea contada.

El hecho era que por eso, por ese inevitable plan B que debía poner en práctica con urgencia, ellos estaban allí, a la espera de los otros dos, ante aquel tercer hombre en Arzallum.

Al fondo, dejando sonrisas en las curvas de la noche, los caballos llegaron con sus dos generales. *Lady* Marion y Pequeño John abrazaron a Will Scarlet como si fuera un hijo hacía mucho tiempo aislado de la familia y que regresa con una salud mejor de lo que todos imaginarían.

Pero cuando vieron al tercer integrante que acompañaba a los dos, las sonrisas se ampliaron, con la sensación de que volvían a encontrar un pariente al que no se había

visto hace mucho tiempo.

Fue el momento en que el enorme negro conocido con el mote de Pequeño John abrazó al tercero y lo levantó, hasta casi aplastarle los huesos, mientras lo escuchaba decir:

—Hola, tío.

La voz de ese tercer personaje era la de Snail Galford. Y también fue de él la voz que dijo a los tres legendarios personajes:

—Hice lo mejor que pude. Y creo que hasta más de lo que creí poder hacer.

—Nadie duda de eso, muchacho —dijo Locksley; tan sólo estar en su presencia aflojaba las piernas de Galford.

—Tu padre debe sentirse muy orgulloso —dijo Pequeño John—. Conociendo a aquel llorón cabeza dura, a esta hora estaría bebiendo en las tabernas, hablando de tus hazañas y sacándole el dinero a los incompetentes en las mesas de juegos de azar.

—Sí —suspiró Snail—. Creo que eso sería exactamente lo que él haría.

La mano de Snail sujetó la puerta de entrada del galerón atrás de él, donde los tres dormirían. Y todavía agregó:

—Pues bien, señor Locksley. Ahí está lo mejor que pude hacer —la puerta se abrió y los tres quedaron maravillados con lo que vieron—: su plan B...

Allí debía haber, al menos, casi ocho centenares de muchachos huérfanos; muchachos de miradas furiosas y sin identidad, que imploraban por un motivo para vivir. O para morir.

Robert de Locksley no sabía qué motivo les daría, pero tenía una larga noche para descubrirlo.

—¿Qué historia les contaste para convencerlos de seguirte hasta aquí, Galford? —preguntó Robert de Locksley aún sorprendido.

—Mi propia historia, señor.

En definitiva, había relatos capaces de cambiar al mundo.

La noche podría haber terminado allí. Y habría sido una buena velada en el Gran Palacio.

—Anisio —dijo Axel, mientras entraba de nuevo al antiguo cuarto de sus padres. Mas no fue así como la noche terminó.

—¿Otra vez viniste a ver la habitación? —preguntó Anisio, observando el cuadro de su padre, sin mirar a su hermano.

—No, esta vez vine a verte a ti.

Y la atención del rey se concentró en el príncipe. Aquel representaba un embate y un ajuste de cuentas entre los hermanos que ya se esperaba hacía tiempo; hacía demasiado tiempo.

—¿Estás listo para admitirlo hoy, campeón del mundo?

—Deja de hablarme así.

—¿Y cómo debería hablarte, hermano? ¿Como papá hablaba conmigo cuando no estábamos delante de terceros? ¿O como tú me hablaste antes de que yo partiera?

Axel apretó los dientes. Aquello resultaría duro y en extremo difícil. Aquellos recuerdos serían difíciles. Hubo un poco de silencio y el tono de voz de Axel fue sincero cuando al fin preguntó:

—¿Cómo era, Anisio? Cuéntame, ¿cómo era cuando sólo estaban él y tú? ¿Cómo era tu entrenamiento?

—¿Él nunca te contó?

—Me decía que no necesitaba saberlo. Que yo sabía cuanto debía saber.

Anisio lanzó una risa irónica.

—Típico de él. Papá siempre supo qué decir.

—¿Y qué te decía?

Anisio volvió a mirar la pintura de su padre.

—Axel, tú nunca jamás tendrás una idea de lo que fue mi entrenamiento, desde muy joven, para convertirme en el futuro rey de Arzallum. No tienes idea de lo que

pasé para aprender desde temprano conceptos que se consideraban primordiales para un líder, ni tienes cómo hacértela —una pausa corta—. ¿Acaso recuerdas mis lecciones en el lago?

—Aprendiste a nadar con papá y el instructor.

—No había instructor. Ni siquiera había papá.

—¿Cómo, por qué?

—Imagínate a un niño de seis años arrancado de su propia cama, desnudo, a quien le cubren la cabeza con una capucha negra y lo arrojan a un lago a la espera de que sobreviva en el agua fría. —Axel abrió mucho los ojos. Quería decir algo, pero no supo qué. Ante la resistencia, Anisio continuó—: ¿Recuerdas las clases de cultura general? ¿Sobre qué cubierto debíamos tomar en la mesa en determinados momentos? ¿Esas mismas clases en las cuales te enorgullecías de enloquecer a tu instructor y de no prestar la mínima atención para conocer con qué cubierto se clavaba un jabalí antes o después de mediodía?

Axel asintió.

—Te gustaban esas clases —intentó decir el hermano.

—Me presionaban los dedos en la mesa con una tabla de cortar carne cada vez que me equivocaba de cubierto.

Axel sintió el estómago revuelto. Esas informaciones eran demasiado surrealistas para el mundo en que él había crecido y del que pensaba haber formado parte.

—Pensaba que te lastimabas las manos en las clases de justas.

—No; en las clases de justas, cada vez que era derribado del caballo, debía escoger entre el desayuno de la mañana siguiente, la comida o la cena. Elegir cuál de las tres comidas eliminaría. Imagina cómo era al día siguiente si caía tres veces. —Axel se encontraba estupefacto—. En realidad nunca me gustaron las justas. Odiaba ese deporte. ¿Sabes cuál era el único que tenía ganas de aprender para competir? El pugilismo —el rostro del hermano palideció—. Pero nunca me fue permitido. Un primer príncipe debía aprender justas.

—Yo... no sé qué decir.

—Mientras que te escuchaba golpear sacos de arena, a mí me obligaban a leer libros enfadosos sobre estrategias militares. Y si me dormía, me despertaban con un baño de agua helada para continuar con la lectura sin cambiarme de ropa. En los días de frío mis dientes castañeteaban en forma incesante mientras intentaba memorizar libros sobre los cuales me harían extensas y detalladas preguntas, pues si no sabía responderlas, pasaría la noche con esas ropas mojadas, rezando para que se secaran solas.

—¡Yo... yo nunca supe nada de eso! ¿Por qué nunca me lo dijeron? ¿Por qué nunca me contaste nada de eso? ¡Yo era... soy tu hermano, carajo! ¿Por qué tú...?

—Si yo sólo hubiera intentado contarte cómo era mi vida, esta, que ya era una

pesadilla, se habría convertido en una sucursal de Aramis.

—Pero papá siempre habló con orgullo de ti, Anisio. Él siempre...

—Papá estaba orgulloso de mí. Así como de ti. En su mente nosotros sólo teníamos responsabilidades diferentes, independientemente de que tuviéramos o no el derecho a escogerlas. Yo sería el rey. Tú el príncipe. Sin opciones.

Axel se sintió tonto. Su presión bajó, pero se mantuvo firme. Se tambaleó un poco, pero se mantuvo impasible. Los recuerdos de su infancia, de su niñez feliz, regresaban y él juntaba las piezas. Recordaba cuántas veces Anisio se lastimaba jugando con otros muchachos mayores con quienes Axel no podía jugar. Y, curiosamente, ni conocer. Cuántas veces llamó a Anisio para flirtear con las hijas de los nobles que visitaban el Gran Palacio y Anisio respondía que existían responsabilidades que Axel no entendería. Y él decía que su hermano era una piedra en el zapato. Recordó las veces en que Anisio parecía más flaco a causa de un exceso de ejercicio. O cuántas veces aparecía con los ojos morados por haberse caído del caballo.

Y recordaba aquel fatídico día. Aquel maldito y fatídico día.

—Por eso —concluyó más que asombrado— siempre vuelves a este cuarto.

—Sí —respondió Anisio, mirando aún la pintura del padre—. Para determinar si lo amo o lo odio.

—¿Y qué has descubierto a lo largo de este tiempo?

—Que aún no lo sé —y el rey, perfecto como el significado del nombre «Anisio», demostró al fin su flaqueza—. ¿Sabes? Entiendo lo que él quiso hacer. Sé que él tenía noción del fardo que cargaría y de que yo debía ser el mejor del mundo en todo lo que tuviera que saber hacer. Y tal vez yo sea hoy cuanto él soñó que fuera. En ese punto sé que él hizo sólo lo que consideró necesario. Por él, por mí y por Arzallum. Sé que en ese aspecto lo hizo por amor.

—¿Pero...?

Anisio se tardó en concluir la frase. Y cuando lo hizo, su tono de voz era trémulo:

—Pero no tenía por qué haber sido así, ¿no crees? —miró a su hermano como si buscara complicidad con aquel argumento—. ¡Carajo! —Axel se asustó de nuevo por algo que debería ser frívolo, pero que para el caso no resultaba así. Era un hecho: él nunca había oído a Anisio decir una sola mala palabra. De por sí era difícil verlo hablando fuera de los pronombres de tratamiento de segunda persona—. Yo era su hijo, Axel. ¿Tú podrías hacer cosas así... con un hijo?

Una lágrima de dolor o de rabia, sólo de uno de los dos sentimientos, descendió del ojo derecho de Anisio.

—Entonces fue por eso. Por eso te fuiste —dijo Axel en voz baja.

—También. Por eso y por ella.

—¿Blanca? Pero si ella era tu prometi...

—No, Blanca no. Otra princesa. Una princesa que invadía mis sueños por la noche, después de un cierto tiempo. Ella casi siempre venía, me ponía en su regazo y me contaba historias. Hablaba sobre destinos y decisiones. Y sobre la libertad de elección.

—¿Qué princesa era esa?

—No tenía un nombre. Yo la llamaba la «princesa olvidada». Era así como la recordaba o intentaba recordarla. Resultaba difícil guardarla en la memoria al despertar, pero la sensación permanecía. Resultaba buena. Buena y suficiente para mantenerme humano en aquella vida que me enloquecía a cada despertar.

—¿Y no pensabas en Blanca?

—Cuando estaba despierto, no cuando dormía. ¿Acaso tú piensas diferente?

—Pienso en María Hanson despierto o somnoliento.

—¿Y por eso no la visitas desde hace días? Vamos, acepta por qué piensas tanto en esa muchacha.

Axel suspiró con fuerza y dijo, con una expresión menos amistosa:

—¿Y por qué ese día decidiste explotar y tirar por la borda cuanto habías aprendido a guardar dentro de ti?

—Porque la princesa olvidada me llamó y yo no aguanté más.

—Entonces eso fue —dijo el príncipe, mirando hacia abajo—. Ella te llamó a...

—Las Siete Montañas de Arzallum.

Hubo otra pausa. Y más silencio. Axel se pasó la mano por el rostro como si estuviera sucio. Ambos mantenían una expresión seria. Era hora de hacer la pregunta más difícil.

—¿Y dónde entra Bruja en esta historia?

—Ella era la princesa olvidada. —Anisio pareció sentirse mal por contar aquello; por primera vez hablaba de aquella pesadilla con alguien—. Durante ese tiempo ella había preparado el regreso de un avatar. Un avatar ligado a mis sueños.

—Tiene sentido: el heredero Branford...

—Cuando estuve allá, frente a ella, me dijo cosas que acabaron conmigo: que yo era débil, ridículo y patético, y que jamás merecería una corona, ni siquiera en una tierra devastada. Que para reclutar almas humanas para su lado, al contrario de otras entidades, ella no intentaba convencer a sus fieles, sino que mostraba un lado desventajoso y otro placentero. Y les daba la opción de elegir.

—Anisio...

—No intentes consolarme, pues no lo merezco, al menos no en esta situación. ¿Sabes cuál fue el momento más difícil para mí en esa revelación, Axel? Recordar a Blanca. Y los sentimientos que tenía por ella. Su pureza, su delicadeza, su confianza. Yo la había traicionado y la cambié por aquellas opciones, sin darme cuenta. No había comprendido que pasar por todo lo que había pasado desde niño para

convertirme en rey tal vez se debía a que ese era el precio para que un hombre tuviera el amor de una mujer como Blanca Corazón de Nieve.

Otra lágrima descendió por su rostro, mas no de rabia ni de odio, sino de remordimiento.

—Comencé a sentirme... «sucio». Así se siente un hombre de cuyo corazón escurre la culpa. ¿Sabes cómo es la sensación de remordimiento cuando recorre tu cuerpo por tu sangre? Así me sentía, y la maldita lo sabía. Siempre supo que así me sentiría. Y fue por eso que ella usó los sentimientos más venenosos que había guardado en mí durante mi crecimiento, y toda la culpa que había dentro de mí por haber mirado hacia atrás cuando estaba a punto de recibir mi premio... para hacer aquello conmigo.

—Anisio...

Axel apretó los párpados cuando todo comenzó a cobrar sentido. Y Anisio concluyó:

—¿Por qué crees que la única persona capaz de romper la magia fue Blanca a través de sentimientos manifestados por la voluntad e ilimitados por la fe? ¿Acaso otra persona podía retirar de mí la culpa en la que yo mismo me aprisionaba? ¿Qué tipo de sentimientos, de no ser el amor y el perdón, anularían el remordimiento y la culpa?

Axel asintió, de nuevo comprensivo. Anisio dijo en tono de lamento:

—¿Sabes?, aquello era una especie de... «peste emocional». Sentimientos malos que afectan al cuerpo, pero nos afectan porque nosotros mismos lo permitimos.

—Quieres decir que...

—Cuando Bruja me hizo sentir por debajo de un hombre a través de mis propios sentimientos negativos, *permití* que eso ocurriera. Quise que ocurriera. Era un castigo que creía que debía pasar. Y que merecía que pasara —una vez más Axel sintió que se le alteraba la presión y experimentó una confusión momentánea ante tal revelación—. Fue el momento en que sentí que mis entrañas eran arrancadas y la piel de hombre daba paso poco a poco a la macabra piel de animal: al ser humano despreciable convertirse en un grotesco hombre-sapo.

—Anisio, por el Creador.

—Soldados de Arzallum enviados por papá detrás de mí llegaron un poco después, sólo para que yo los viera caer muertos uno a uno ante ella. Era comprensible y difícil creer que un avatar, en la forma de tan bella princesa, fuera capaz de destruir ejércitos.

—¡Imprudencia! ¡Pura imprudencia! ¿Acaso tienes la maldita conciencia del tipo de rituales que ella podría haber practicado con un primer príncipe en esa condición y a su merced?

—No en ese momento. Hoy la tengo, mas no entonces. Todo podría haber sido

muy distinto si ellos no fueran...

—Los siete maestros.

—Los sagrados maestros enanos. Suerte para la humanidad que sus caminos se cruzaron con el avatar maldito y lo destruyeron. —Anisio miró de nuevo la pintura de Primo—. Por eso necesitamos cazadores, Axel. La guerra no terminó como parecía. La Cacería de Brujas nunca termina.

Axel asintió y se dirigió hacia la salida del cuarto.

—Necesito descansar y asimilar un poco de todo eso, hermano.

Anisio se volvió hacia él y dijo firme y resonante como un trueno:

—No sin antes admitir lo que sigo esperando, hermano.

Axel suspiró y se volvió con irritación.

—¿Qué quieres que diga? Vamos, dímelo: ¿qué quieres que te diga? —preguntó entre gritos.

—¡Quiero que me digas el maldito porqué! —la voz de Anisio salió de la misma forma—. ¿Por qué fuiste hasta las Siete Montañas detrás de mí, tras decirme todo lo que me dijiste?

—¡No sabía cuanto estoy oyendo ahora, carajo! ¡Cuando entré en esta habitación, aquella noche, sólo te oí decir cosas... horribles a papá! ¡Pensé que actuabas con ingratitud! Como si fueras...

—¿Un niño mimado como tú?

—¡A lo mejor! ¡Tal vez sí, caramba! ¡Fue cosa del momento! ¡Un ataque de cólera! Algo equivocado, ahora lo veo, pero yo no lo consideraba así entonces. ¡No tenía cómo saberlo, carajo!

—¿«No tenías», Axel? ¿O no querías? ¿Alguna vez, a lo largo de nuestra infancia, tuvimos una conversación tan sincera como la tenemos ahora?

—¡Eso no hace ninguna diferencia, Anisio! Tienes razón, creí que actuaba en forma correcta, pero me equivoqué. Me equivoqué contigo y te pido disculpas. Creo que sólo... ¡no estaba preparado para ese golpe!

—Me acuerdo. Fue el golpe que hundí en tu cara cuando intentaste apartarme de papá. Y me dijiste que yo ya no era tu hermano. Y que si no aguantaba la presión, me largara ya. —Axel no quería escuchar aquello—. Y todo eso seguido por las últimas e inolvidables palabras... ¿Cómo eran? —en definitiva, él no quería recordarlo—. «Por mí, lo que más quiero ahora es que te mueras...».

Axel debió sujetarse de una silla para no caer. Su respiración era difícil. En realidad, le dolía respirar. Aquellos recuerdos lastimaban más, mucho más que un puñetazo de Radamisto.

Había un espejo cerca de la silla y Axel odió su propio reflejo.

—Yo... —intentó decir.

—¿Sin embargo, de repente llamas a tu guardaespaldas y te embarcas solo en una

jornada heroica tras de mí? ¡Pues también tengo la certeza del porqué! ¡Sólo quiero que lo admitas! ¡Y lo harás hoy!

—Me arrepentí de mis palabras. Tenía que... —Axel sólo podía mirar a Anisio a través del espejo.

—¡Mentira! Te arrepentiste de ellas mucho después. No entonces. Así que no fue por eso.

—¡Soy tu hermano, Anisio! ¡Era mi obligación!

—Tú mismo abdicaste de esa condición.

—¡Vi la tristeza de mamá! Estaba enloqueciendo. Debía saber lo que te había pa...

—¡Mentira! —explotó Anisio—. ¡Deja de decir mentiras, muchacho! ¡Sé que tú nunca actuaste movido por el altruismo que los bardos intentan transmitir! ¡Siempre fuiste un niño mimado y sólo por ti fuiste hasta allá detrás de mí!

—Yo sólo quería...

—¡Actúa como hombre y admítelo en mi cara!

—Yo sólo...

—¡Quiero la verdad, Axel!

—Yo...

—¡Hoy...!

—...

—¡... yo quiero...!

—...

—¡... la porquería...!

—...

—¡... de...!

—...

—¡... verdad!

—¡Está bien! —el espejo estalló en pedazos cuando fue golpeado por el puño real. Axel se volvió hacia su hermano y gritó, rendido—: ¡Lo admito! ¡Maldición, lo admito! ¿Tanto quieres que admita por qué fui detrás de ti a las Siete Montañas? Te lo diré: ¡porque no quería ser rey!

Hubo un cruel silencio, de esos que anteceden al pleito. Axel se limpió las lágrimas que insistían en escurrirle por el rostro.

—Tú habías sido entrenado para eso —dijo, aún entre lágrimas—. Eras el primer príncipe. Tú tenías esa responsabilidad. No yo. Maldición: eras tú, no yo.

La revelación tocó de manera distinta a cada uno, pero lo hizo con ambos y profundamente.

«Estoy tan feliz porque encontré a mis amigos...».

Por el rostro impasible de Anisio Branford, resultaba imposible decir qué tipo de

sentimientos corrían y permanecerían allí.

«Ellos están en mi cabeza...».

Y ante aquel escenario de lágrimas y silencio, los dos hermanos se dieron cuenta de que estaban de pie, a la misma distancia de la pintura de Primo Branford.

«Yo soy tan feo, pero está bien...».

Y los trozos mayores del espejo partido, que yacían en el suelo, reflejaban la pintura.

«Porque tú también lo eres...».

Y cada fragmento devolvía el reflejo de una parte y de una forma diferente de toda la imagen que reflejaba.

«Nosotros rompemos nuestros espejos...».

Axel percibió que su mano sangraba un poco. Y otra vez se dirigió a la salida del cuarto.

—No lo olvides, ¿está bien? —resonó la voz de Anisio tras de sí—. No olvides que también tienes responsabilidades que deben ser cumplidas y que están próximas.

—Lo sé —dijo Axel, sin voltear—. Se lo diré a ella. Y... —se volvió antes de salir—. Anisio... quería... otra vez... pedirte dis...

—Olvídalo. Al fin lo conseguiste. Eres el campeón del mundo. Poco a poco estás aprendiendo a asumir grandes responsabilidades. Yo sólo necesito en verdad que entiendas por qué hoy eres el primer príncipe de Arzallum. Y necesitaré que no lo olvides más... hermano.

Axel sintió que su pecho latía con fuerza de adentro hacia afuera.

«¿Qué piensas, Anisio?».

Había reconocido el tono de la última palabra: no había remordimiento, rabia ni ironía en aquel término.

Cuando entró a su propia habitación aquella noche, Axel Branford lloró sin parar por un caudal de sentimientos que no sabía si era lo bastante hombre para asumir. Eran sentimientos intensos que se contradecían y que lo asustaban. Sentimientos que lo perseguirían y de los que ni él ni otro Branford escaparían ya.

«¿Sobre qué?».

Sentimientos que venían del pasado. Que rodeaban su presente.

Y lo más aterrador: sentimientos que en breve él sabía que pertenecerían a su inevitable futuro.

«¿Crees que todavía podremos... recomenzar?».

Tal vez entre los dos hermanos aquel sería el inicio de un buen y nuevo comienzo.

Muchas cosas ocurrieron dos semanas después de aquella noche. Esas fueron algunas de ellas:

Robert de Locksley partió en la madrugada de regreso a Sherwood. Su comitiva comprendía a sus capitanes, Pequeño John, *lady* Marion y William Scarlet, así como a sus dos miembros más recientes, Snail Galford y Liriel Gabbiani.

Y a casi ocho centenares de jóvenes huérfanos encantados con su carisma.

Helena Bravaria fue cazada por la Guardia Real y debió dejar Arzallum a escondidas, como una condenada, antes de que los Caballeros de Helsing asumieran el caso. Cuando se le preguntó sobre el conocimiento de una posible alianza entre Ferrabrás y Bravaria, el gnomo barón Rumpelstiltskin respondió:

—Majestad, por ética antes no podía hacer tal revelación, pero frente a la situación actual, que lamento, creo tener la libertad y el deber de decir que contábamos con información de que ambos eran aliados y hasta más que eso. A cambio de tal decisión de nuestra parte por no haber hecho tan importante revelación, ofrezco mi auxilio y toda la tecnología de nuestra raza a su disposición para ayudar a Arzallum respecto de cualquier consecuencia de aquella acción.

—¿Y cuándo supo de esa alianza, señor Rumpelstiltskin? —preguntó un rey perplejo.

—En el momento que tuvimos que pagar a los genios, majestad.

—Quiere decir que...

—¿Por qué piensa su majestad que el emperador Ferrabrás afirmó que se encargaría de esa parte?

Entonces el rey se acordó.

«¿Acaso cederás a tus minotaurinas?».

El rey Anisio seguía perplejo.

«No. No serán minotaurinas».

João Hanson continuó trabajando como leñador todos los días, incluso durante el quinto de la semana. Su cuerpo adolescente comenzó a desarrollar músculos, pero sólo esbozaba sonrisas sinceras cuando estaba en presencia de Ariane Narin. María intentaba convencerlo de que volviera a frecuentar las clases de la Escuela Real del Saber, pero el muchacho se rehusaba, como se negaba a entrar en el cuarto de su padre.

Sin embargo, su hermana se sorprendió cuando le dio otro anillo que formaba el par con su anillo de leñador.

—¡Pensé que se lo darías a Ariane!

—Casi lo hice. Pero ella me dio este cordón, que simboliza nuestro vínculo. Además, estuve pensando, y sé que tuvimos nuestras discusiones, pero quería pedirte disculpas por las cosas injustas que te dije. En verdad quería hacerlo. Ariane y tú son las dos chicas más increíbles del mundo, y hasta puedo decir, sin asomo de duda, que Ariane es incluso la mujer de mi vida. Pero eres tú, María, eres tú mi alma gemela...

María Hanson abrazó a su hermano y dos corazones fríos se calentaron.

«Siempre te apoyaré en tus sueños, João».

Ella también quería pedirle disculpas por muchas cosas que había dicho, y sobre todo por las que no había dicho, pero cuando intentó hacerlo él simplemente dijo:

—Lo sé. Y comprendo.

Y João Hanson se marchó a su jornada de trabajo.

Cada vez que alguien cercano le preguntaba si tenía ganas de ver a Ígor Hanson, cerraba su expresión y respondía con un lacónico:

—No.

Blanca Corazón de Nieve habló con Anisio y con su padre Alonso. Cada día el rey de Stallia parecía recuperar una razón hacía mucho tiempo perdida y comprendía las cosas de manera más saludable, y lo que decía ya parecía tener sentido. Seguía siendo «el rey de las lágrimas de invierno, el rey que no lloraba», pero al menos sonreía de vez en cuando.

Por eso, aprovechando esta buena etapa, Blanca Corazón de Nieve les anunció a ambos que en breve volvería a Stallia, mientras su padre se recuperaba en Arzallum.

—Entonces quieres... —intentó decir Anisio.

—No, no quiero. Lideraré a Stallia. Al menos mientras papá no pueda hacerlo.

—¿Y qué pretendes con eso, Blanca? —preguntó su padre, confuso.

—Padre, Locksley quiere la independencia de Sherwood. Y si todo permanece como está, ese hipócrita del primer ministro se unirá a Minotaurus y lo ejecutará de

una vez.

—Pero Locksley cometió crímenes contra Stallia.

—En nombre de la libertad de aquellas tierras. Y él acudió a Anisio a pedir ayuda. ¿Comprendes lo que digo, padre? No quiero que mi reino se una al enemigo de la nación de mi futuro marido, que también será la mía cuando me convierta en reina y a la cual aprendo a amar todos los días.

La última vez que vio a Primo Branford con vida, el rey Alonso le hizo un comentario del cual se acordaba en ese momento.

«¿Qué diferencia entre las princesas de hoy y las de nuestro tiempo!, ¿no, Primo?».

En aquel instante ninguno de los dos parecía tener noción ni conciencia de aquella diferencia.

«He de convertirme en una princesa que estará al lado de su marido en la Sala Redonda del Gran Palacio en momentos de conflicto, en vez de llorar por su regreso después de una batalla incierta».

El siguiente comentario de Primo Branford no se le salía de la cabeza.

«No sé por qué no dudo de eso, Blanca. Ni por qué no te reprendo».

El rey Alonso se dio cuenta de que el maldito sabía: sí, lo sabía. Incluso después de su muerte, Primo Branford seguía siendo un visionario.

Axel Branford le pidió a Muralla que lo acompañara en un futuro viaje a otro reino, y el trol, sorprendentemente, afirmó que su protegido debería ir sin él.

Pues él aún tenía un compromiso por cumplir.

Ariane Narin tenía los cabellos mojados tras lavarlos en una palangana y enjuagarlos ante un espejo en su habitación. Observaba su reflejo y le gustaba lo que veía: le agradaba su cabello, los senos que crecían a una velocidad más lenta de lo que ella quisiera, sí, pero al menos lo hacían, y le gustaba su cuerpo de adolescente de catorce años que se iba convirtiendo en el de una mujer.

Su corazón se detuvo cuando vio a la Banshee en el reflejo.

Había un poco de suciedad en el vidrio y Ariane le pasó la toalla mojada para dejarlo húmedo y empañado. Cuando iba a limpiarlo, ella estaba allí.

La mujer de cabellos rojos y despeinados se acercó a sus espaldas, pero la chica no se quiso volver para quedar frente a ella. A través de ese mismo bizarro reflejo ella vio el dedo de la Banshee pasar junto a su cabeza y tocar sus cabellos. Estaba frío a su lado, pues cuanto provenía de ella era frío también. El dedo tocó el espejo empañado y aquella mujer llorona escribió un nombre. Cuando Ariane pestañeó, la Banshee ya no estaba allí.

Pero el nombre permanecía.

«Radamisto».

María Hanson había salido muy cansada de su clase ese día en particular. Sin embargo, un curioso recado encima de una mesa le dio instrucciones que le quitaron el aliento, pues traía recuerdos demasiado poderosos para ser olvidados.

«¿Tú... me sorprenderías? En la campanada del séptimo día. A la misma hora. En el mismo lugar».

Eso decía el recado, y había un paquete junto a él, que contenía el vestido más bonito nacido de los sueños de una muchacha. Un lindo vestido de lino, color amarillo oro, teñido con cera de abeja.

Y con zapatos. De cristal.

Y allí estaba ella, en ese momento, vestida como la estrella de un gran baile, a la espera de algo que le parecía apenas un intenso *déjà vu*. Al fondo resonaba la campana de la catedral. También estaba el muro frente al teatro de la Majestad, donde todo comenzó: detalles intensos valorados por el alma femenina, mucho más de lo que el alma masculina jamás comprenderá.

«¿Dices hoy?».

Entonces, al fondo, se aproximó un carruaje. ¡Por el Creador, el carruaje! Él había traído incluso el mismo carruaje.

«Un día».

Sin embargo, esta vez no había burros jalando de un ruidoso carro cubierto de heno, sino un bellissimo carruaje noble, jalado por dos caballos. Blancos.

En el cielo brillaban estrellas cuyos nombres ella ya había aprendido.

«Nosotras soñamos con príncipes y caballos blancos. Soñamos con tocar las estrellas y, así como los semidioses, con que jamás seamos olvidadas...».

Él vestía un esmoquin que le daba una apariencia semidivina. Había una máscara en sus ojos. Y un sombrero noble en su cabeza. Pero ella lo reconocía. Lo habría reconocido aunque le quitaran la vista y sólo la dejaran tocar aquel rostro.

Había una flor en su mano, que prendió en el cabello de ella. La escena era la repetición de varias y diversas metáforas y clichés ya utilizados por otros bardos para narrar todas las historias de amor. Pero era justo todo lo que María Hanson había soñado. Todo lugar común. Todos los clichés que una muchacha anhelaría. Aunque fuera por una noche.

—¿Sorprendida? —preguntó él y la pregunta le arrancó una sonrisa y casi lágrimas.

«Cuando estés preparada».

Tuhanny rasgó el cielo, mas no gritó. A su alrededor, las estrellas titilaban como fuegos artificiales.

«No quiero estar preparada. Creo que nunca lo estaré. Por eso quiero que me sorprendas...».

Axel la alzó y caminó con ella en brazos hasta el banco del conductor. La sentó y la besó en el rostro. María Hanson quería decir algo, aunque fuera para agradecer lo que él hacía, pero se sentía demasiado conmocionada incluso para recordar cómo se hablaba aquella lengua altiva.

El príncipe se sentó a su lado y el carruaje, en aquella noche inolvidable, se puso en marcha.

Al escuchar la conversación de algunos cazadores en el centro de Andreeanne, Ariane Narin se enteró de que el pugilista Radamisto había fallecido en el Hospital Real.

Los cabellos de la joven se erizaron de inmediato.

María Hanson escuchó el vals que comenzaba a sonar al fondo. Estaba de pie y su vestido desbordaba belleza, al igual que ella. En ese momento bailaba con su príncipe y flotaba en sus manos. Aquello no era sólo un sueño: era el reino prometido de Mantaquim. Aquello consistía en compartir la esencia de las hadas. Estar ante el Creador y conocer la verdad. O acostarse en el regazo de las semidiosas y escuchar todos los deseos y los anhelos femeninos que a ellas les gustaría contar.

La orquesta terminó su música y los ejecutantes se retiraron del salón como si no existieran. Axel dejó que ella se quitara la máscara que le cubría los ojos y ella vio que había fragilidad e incluso cierto temor en los ojos de él.

«Sé que ustedes creen que nosotros acostumbramos tener el control total en este tipo de situación, y que a nosotros incluso nos gusta parecer que tenemos ese control, pero no siempre podemos mostrarnos tan seguros como parecemos querer demostrar...».

Él la jaló fuerte y la besó en una forma diferente. En una forma que nunca había hecho antes. Y aquello fue bueno.

«¿Y de qué depende esa inseguridad?».

María Hanson se sentía única. Y preparada. Lista para él, para entregarse a él, para otorgarle toda su confianza. Antes Axel Branford había sido para ella un mito inalcanzable. Ahora, con sólo pensar en su vida sin él, experimentaba dolor.

«Del valor de la otra persona».

Y era posible ver que, en los ojos de él, el conflicto era el mismo. Pero lo que comenzó a asustar a María fue que las lágrimas que comenzaron a nacer en las expresiones de él eran distintas. No eran las de un hombre asustado. Ni las de un hombre emocionado.

Eran las lágrimas de un hombre angustiado.

«Lo sé. Y eso es lo que nos da temor...».

—¿Axel? —preguntó ella, con la voz temblorosa—. ¿Sientes temor respecto de mí?

Axel dejó que las lágrimas cayeran, como si ya sintiera el dolor que sus palabras causarían.

—Te amo... —dijo él, y el corazón de ella se detuvo—. Mucho... María, quiero que sepas que, durante toda mi vida, tú serás la mujer que conquistó mi corazón por derecho y que eres la primera que se posa en mis pensamientos al despertar, y la última imagen que veo antes de dormir. ¿Puedes... comprender eso? —le era difícil completar las frases en medio de sus lágrimas. María también lloraba, pero esta vez era un llanto que temía lo que sería dicho. Ella asintió—. Estar lejos de ti, y sólo pensar en ese estado de alejamiento, me causa una violencia que me perfora las entrañas y me hace desear nunca haber nacido noble ni príncipe.

—Axel...

—Hoy debería ser el día más feliz de tu vida. Y por eso el día más feliz de la mía. Porque el día que yo haga a una mujer la más feliz del mundo, será el día más valioso de mi existencia. Finalmente habré sido el mejor del mundo... en algo por lo que realmente vale la pena vivir. —María Hanson era sólo lágrimas—. Pero no puedo huir... de la responsabilidad... que mi destino exige. No puedo fallarle dos veces a mi hermano. No puedo poner... mi felicidad... antes que la de una nación... ¿entiendes... mi amor? —ella asintió, todavía en un mar de lágrimas—. Y por eso no puedo continuar a partir de aquí —había un mar de lágrimas también en los ojos de él—. No sería justo. No para ti. No para ti...

—Axel, ¿por qué estás...?

Él apretó los párpados y exprimió las últimas lágrimas antes de decir:

—Tengo una novia prometida. Y es hora de que vaya a su encuentro...

María Hanson sintió que el mundo giraba diferente, más despacio. Su estómago se le quiso salir por la boca y la de adentro de su pecho le dolió. Ella quería decir algo pero, ante lo que sentía, sabía que sólo emitiría gruñidos o vomitaría de nervios. En la escala del estrés, aquella sensación de ruptura amorosa sólo quedaba detrás de la conmoción provocada por la muerte de un pariente o de un anuncio de prisión.

Su reflejo consistió entonces en limpiarse las lágrimas y correr. Correr lejos de él. Correr hacia el carruaje, antes de que se convirtiera en una calabaza. Correr hacia su casa, hacia la vida que siempre había tenido. A la maldita vida que siempre había tenido y que le parecía buena antes de conocer aquella otra. Correr de vuelta a lo concreto, en vez de hacerlo hacia lo abstracto. A la realidad, en vez del sueño.

Axel no fue tras ella. Sabía que no debía hacerlo. Muralla la llevaría a casa, mientras que él se quedaría solitario ante las estrellas de las que casi no recordaba sus nombres. Entonces, entre lágrimas y frustraciones, se arrancó la corbata de moño y

camino con pasos pesados en dirección a la escalinata que daba acceso a aquel salón. Notó que había algo en el decimotercer escalón y fue hasta allí para recogerlo.

Era uno de los zapatos de cristal de María Hanson.

«Entonces... ¿eso significa que yo... tengo valor para ti?».

En las alturas, la estrella de Blake parecía haberse apagado en aquella noche inolvidable.

Un siniestro consejo de brujas y magos negros se reunió. Solía hacerlo una sola vez al año, pero en esa ocasión ya era la segunda vez. Aseguraban que sacrificaban animales para iniciar sus reuniones y humanos para terminarlas. Decían que caminaban sobre esqueletos y pisaban en cráneos con la misma facilidad con que un hombre aplastaba cucarachas por placer. Y que servían lenguas como aperitivo y bebían sangre en vez de vino.

Si esas cosas eran verdad no importaba. Lo que en verdad importaba era que, cuando aquel consejo se reunía, cambiaba la forma en que giraba el mundo. El nombre de ese consejo era el Consejo de Sangre. Pero entre los que contaban sus historias tenía otro nombre más popular, el «Consejo del Mal».

—Explica de nuevo, conde, ¿cómo un grupo de demonios conjurados de Aramis no fue capaz de matar a una única mujer? —la voz, sorprendentemente, era de Charles Daveiz, el obeso y taciturno primer ministro de Stallia.

—Ella no estaba sola. Había otro allí.

—¡Ah, sí, eran dos! ¡Ahora sí que se explica cómo quemaron a una tropa de demonios y todavía se llevaron sus ojos como regalo!

El conde Edmundo Dantés gruñó como un animal ante la sombría caperuza. Todos los presentes vestían siniestros mantos de colores oscuros.

—¿Qué quiere decir con eso, comensal repugnante? —gritó el conde—. ¿Qué la culpa del episodio es mía?

—¡No sé de quién sea la maldita culpa! —gruñó Daveiz—. ¡Lo que sé es que algunos cazadores debían haber sido atraídos a aquella celada para ser eliminados! ¡Si la moral de esos renacidos no es cortada de raíz antes de que crezca más de lo que ya lo hizo, la tendencia será que se volverán más intensos de lo que ya eran! ¡Eso es lo que sé! —suspiró pesadamente—. ¡Pero en vez de eso dos de ellos no sólo destruyeron y quemaron a todos los conjurados, sino que se llevaron premios que sólo aumentarán la moral de los malditos! ¡Y el rey Alonso, que a esta hora debería

estar babeando y vomitando sangre, ya debe estarse preparando para volver a Stallia y quitarme el poder!

—No. Todavía no —comentó la voz de un cuarto mago presente.

—¿Qué quieres decir?

—Se comenta en el Gran Palacio que la que volverá es la princesa.

La mención del nombre llamó la atención de una de las mujeres presentes.

—Blanca —dijo ella—. La quiero para mí.

Era Helena Bravaria. Uno de los encapuchados, un mago cojo, hizo una expresión burlona ante la exigencia de la bruja. Sin embargo, fue otra voz masculina la que comentó:

—Pues me parece que tendrás tu oportunidad —la voz fría provenía de Ferrabrás.

—Es justo —continuó Helena—. De no haber sido por el maldito torneo, no necesitaría haber chantajeado a Blanca ni dormido con genios. Podría haberme casado con un Alonso dopado en una ceremonia secreta para envenenarlo de una vez. ¡Habría sido una opción mucho más eficaz! Pero no, en vez de eso tuve que huir de Arzallum como una desterrada. ¿Y para qué? ¡Para ver a tu imbécil pugilista derrotado ante Branford!

Ferrabrás miró a Helena sin modificar su dura expresión. Y el hecho de que no la alterara ya era lo bastante aterrador para la ocasión.

Una tercera voz comentó:

—Como si fuera mucho trabajo para ti acostarte con alguien.

Helena miró al mago cojo encapuchado.

—Así ocurriría si fuera contigo, Oberon.

El mago gruñó, como lo hacen los perros cuando alguien amenaza con quitarles un hueso.

—Guarden silencio —dijo una bruja grande en todos los sentidos, de casi tres metros de altura y dientes de acero. Su voz era alta como la de las matriarcas gordas de familias grandes—. La cuestión en que el consejo se debe concentrar hoy se relaciona con los Corazón de Nieve y Locksley.

—Baba... —dijo una vieja sin dientes, deformada por los años demasiado malignos—. Voto por un poderoso trabajo contra la princesa de nieve y por una conjuración de demonios.

—¿Quién está con Gagula? —preguntó Baba Yaga.

La mayoría no concordó ni difirió. El mago Melehan tomó la palabra, con su voz baja, dañada por las secuelas de una eterna ronquera:

—De nada sirve eliminar la fuerza de un Corazón de Nieve sin eliminar en contrapartida la de un Branford. La línea que los conecta es la misma.

—Mi hermano tiene razón —ratificó Melou, el gemelo de Melehan. Su voz, en vez de ser ronca como la del hermano, era aguda como la de un niño. El detalle era

que ambos compartían el mismo tronco, unidos en un grotesco cuerpo siamés de dos cabezas—. Debemos buscar un punto de debilidad entre los Branford y equilibrar el proceso.

—¡Blanca es el punto de debilidad de los Branford, cerebros de amiba! — exclamó Oberon.

—Pero existen dos Branford, taciturno. Y el último que menospreció al segundo vio a su representante caer derrotado ante el mundo.

—El que diga una palabra más sobre eso morirá ahogado en su propia sangre — dijo Ferrabrás—. Radamisto fue envenenado con *downer* antes de la lucha y por eso perdió el combate. Por deshonestidad.

—¿Esa es la verdad que contarás a tu pueblo, emperador? —dijo un mago barbudo y experimentado, que frisaba los cincuenta años, y también un rey.

—Esa es la única verdad, Oronte. Y si dudas de ella, da un paso en mi dirección.

—¡Si alguien quiere dar un paso en dirección de alguien, que lo dé en la mía! — gritó Baba Yaga, silenciando a todos una vez más. Era notable cómo su influencia era la más respetada incluso entre aquellos hombres que no respetaban a nadie—. ¡No tengo tiempo para perderlo en riñas de perros callejeros! ¡No lo tengo! Así que terminemos con esto, pues tengo hambre y siento el olor de recién nacidos a pocos kilómetros de aquí.

—El segundo Branford tiene una debilidad: una profesora de Andreeanne.

Toda la atención se concentró en un noble, que frisaba los cuarenta años. El más joven del consejo.

—¿Sabes de quién hablas, Costard? —preguntó Daveiz.

—Mi hijo lo sabe. Es hija del mismo impuro del cual el conde Edmundo usó la sangre para conjurar demonios inservibles.

Hubo murmullos entre los presentes. Aquello comenzaba a ponerse interesante.

—¿Una Hanson? —preguntó el conde—. ¿La Hanson que sobrevivió a la casa?

—Sí. La Hanson que frío a Babau.

Los hombres comenzaron a reír, recordando el trágico destino de la vieja bruja que había pertenecido a ese consejo, pero ya no. Lo más curioso de aquel recuerdo es que la bruja quemada recibiría a las mujeres del consejo en su casa aquel fatídico día en que decidió sacrificar a João Hanson y que de cazadora se convirtió en cazada.

—Entonces no necesitamos preocuparnos más por este Branford —dijo el conde Edmundo—. Como noble y como mago, tengo el derecho de cobrarle a ella el pago final que le cobraría al padre. Al final, las herederas también heredan las deudas...

El consejo pareció satisfecho.

—¿Y en cuanto a Blanca Corazón de Nieve? —preguntó el primer ministro de Stallia.

—Voto por el trabajo sugerido por Gagula —dijo Daveiz.

—Pues claro que votas por él. Lo harías por cualquier cosa que te hiciera dejar de temblar ante la posibilidad de que ella vuelva a Stallia —dijo Ferrabrás.

—¿El emperador tiene una idea mejor? —preguntó el primer ministro—. Porque de lo contrario yo también debo pensar en matar en alguna forma ejemplar al héroe de guerra que tu ejército tampoco fue capaz de atrapar.

—Locksley es un problema pequeño, señor Daveiz.

—Y que, aun así, el señor no resolvió.

—También voto por la magia —dijo Melehan para cortar la ríspida conversación.

—Voto lo mismo.

—Nunca sé para qué tienen dos cabezas, si las opiniones siempre son las mismas —rezongó Oberon.

El mago y rey Oronte tomó la palabra:

—¿Por qué no levantamos la mano y lo decidimos de una vez?

Baba Yaga estuvo de acuerdo, y todos los presentes levantaron la mano a favor de la magia. La inmensa bruja se volvió hacia Helena Bravaria:

—Espero que hayas traído algún desencadenador.

—Un cepillo, con cabellos de la princesa de nieve cepillados por mí misma, ante un espejo.

Gagula comenzó a bailar, excitada, mostrando sus dientes podridos.

—¡Ah, ajá! ¡Que Morgana sea loada! ¡Hace cuánto tiempo no tenemos la oportunidad de hacer una muñeca de vidrio! ¡Eso merece una celebración! ¡Deberíamos cortar cabezas de machos cabríos y cocinar corazones de gallinas!

—Hay algo que debemos decidir aún —volvió a intervenir el barbudo rey Oronte—. ¿Quién irá a buscar a la princesa? De seguro irá escoltada por grupos de soldados competentes, y será mejor enviar un refuerzo como garantía para evitar que los cazadores proporcionen las contramagias otra vez.

—¿Por qué no conjuran demonios, pero ahora más competentes que los del conde Edmundo?

—¿Acaso ofrece usted su sangre, ministro? —preguntó el conde.

—Usen esta —y Ferrabrás sacó tres jeringas llenas de sangre de las presillas de su cinturón—. Es de Radamisto.

—Espero que esos demonios no crucen sus caminos con los de Axel Branford —susurró Oberon—. Sería una vergüenza verlos derrotados como...

Ferrabrás hundió el codo en medio del rostro cicatrizado y provocó que el mago cojo cayera con la mano en la nariz sangrante. Nadie movió un solo dedo ni hizo comentario alguno sobre esa actitud.

—Pues bien —continuó la inmensa Baba Yaga—. Está decidido. Preparen el círculo del pentagrama invertido con la rueda en el centro. Es hora de que conjuremos demonios y transformemos princesas de nieve en vidrio.

En la frontera del reino de Fuerte había un gran montículo cercano a una plaza cuya mayor atracción era una rústica iglesia, construida en honor al Sagrado Corazón de Merlín. La atención capturada de todas aquellas personas, listas para transformar cada misa en un evento más esperado que una presentación de cualquier grupo teatral famoso, era el hecho de que, por primera vez, después de muchos años, verían de cerca una vez más una misa oficiada por John Tuck.

El fraile libertador.

El santo.

Mientras sus instrucciones eran seguidas en Sherwood, y mientras los huérfanos se preparaban como soldados para luchar por una causa que estaban aprendiendo a abrazar, el héroe se encontró con el santo otra vez.

Y el mundo pareció querer compartir aquel instante.

—¿Cuándo sucedió, Tuck? —preguntó Locksley, vestido con un manto con caperuza para pasar inadvertido. Esta vez los dos se hallaban al fondo de la iglesia, mientras Tuck reunía cuanto fuera preciso para la misa de allí a media hora, como el cáliz que transformaría el agua en vino, el incienso y la campana que anunciaba el inicio de la celebración en honor de Merlín Ambrosius.

—Mi hígado ya no aguantaba más los barriles de vino de antes, Robin —«Robin»: eran pocos, demasiado pocos los que habían sobrevivido para usar el viejo apodo—. Además, me siento más saludable con este cuerpo delgado. Evita las dolencias del corazón.

—Deja de hacerte el alienado por hoy. Cuéntame de una vez, ¿cuándo cambiaste tus ideales mundanos y de pecador te convertiste en santo?

—Nunca me consideré así.

—El pueblo así te ve.

—El pueblo te mira como a un libertador, digno de un salvador del mundo. ¿Tú también te percibes así, Robin?

—No sé lo que soy, Tuck.

—Fue así, con esa duda, como todo comenzó.

Robert se apoyó en una mesa de madera rústica para escucharlo mejor.

John Tuck se volvió hacia él:

—¿Sabes? En prisión, entre el intervalo de cada sesión de tortura, el sentimiento que se acumula al principio es de rebeldía. Después, de venganza. —Locksley estuvo de acuerdo—. Sólo que esos sentimientos entran en conflicto con la religiosidad que se espera de un hombre dedicado a la palabra del Creador. No sabía dónde encontrar el amor con el corazón tan lleno de odio.

—El amor sólo se encuentra en la libertad.

—Pero la libertad es un acto interno.

—Sólo para el hombre que no vive de rodillas.

—¿Pero cuando ese levantarse exige que el otro se arrodille? ¿Cuál es la diferencia entre esas situaciones?

—El conocimiento nos hace responsables. Si alguien es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, entonces somos compañeros.

—¿Qué impide que el nuevo arrodillado se juzgue del lado de la justicia del Creador, y luche y mate para poner de rodillas otra vez a los que se pusieron en pie?

—La justicia siempre está del lado del sueño del oprimido. Es posible ponerse en pie en la guerra sin poner al otro de rodillas.

—La guerra endurece el corazón de los hombres.

—La ternura lo atenúa.

—No hay ternura en la guerra.

—Pues he de endurecerme sin jamás perder la ternura.

—¿Es eso lo que debemos esperar de los jóvenes, Locksley? ¿Qué crezcan intentando comprender que no basta la ternura, pues es necesario el embrutecimiento?

—Ser joven y no ser revolucionario implica una contradicción.

—No. Ser humano sin conocer el amor lo es.

Se hizo el silencio entre ambos. Un silencio en que las palabras de uno absorbían a las del otro.

—¿Cuántas guerras serán necesarias para que obtengamos un poco de paz? —preguntó el monje.

—Ya los vi hacer cosas horribles con Marion, Tuck. Delante de mí. La lastimaron. Torturaron y mataron a mis amigos. ¿Cómo puedes pensar en paz sin guerra?

—Eran nuestros amigos. Y es exactamente sobre eso de lo que hablo.

—¿Cómo puedes pensar en el amor cuando tus amigos fueron asesinados en esa

forma tan cruel y cobarde?

—Aprendiendo de ellos.

—¿Y qué te enseñó la muerte de ellos?

—Cómo vivir.

Robert suspiró hondo. John Tuck comprendía lo que corría dentro de él. Cada ser humano poseía una naturaleza propia y él sabía que era dentro del respeto a los límites de esa naturaleza como debían originarse los cambios.

—¿Crees en los «devas», Robin?

—Creo en los sueños. Pero no mucho en los milagros.

—Dice la palabra que existe una isla al oeste de Ocaso donde los devas duermen a la espera de aquel que los despertará. Y el primer paso para que eso pase se dará con el renacimiento de Merlín de Avalon por medio de una virgen. Entonces la humanidad caminará hacia una nueva especie, más evolucionada que la actual.

—Si todo eso fuera verdad, ¿sabes lo que esos devas harán cuando despierten, Tuck? Lucharán por esa humanidad.

—De seguro que por ella lo harán. Pero jamás contra la humanidad ni contra su propia especie.

Robert guardó silencio. El fraile continuó:

—Cuando salí de prisión, la rabia que existía en mí era tanta que mi voluntad consistía en enterrarme en la arena sólo para ver si así paraba todo. Entonces decidí probarme y pasar por la noche negra del alma. Hice huelga de hambre y desafié al Creador a que tomara mi vida en caso de que no me dejara hablar con uno de sus seres semidivinos —el fraile suspiró, como si el recuerdo fuera al mismo tiempo decisivo y difícil—. Entonces, cierta vez, un mendigo se me acercó y me pidió un plato de comida. Le dije que se diera cuenta de que yo me hallaba en una situación de privación igual que él. Entonces argumentó que mi situación era una condición opcional, al contrario de la de él, que resultaba forzada. Y que si yo intercedía por él, los aldeanos le darían comida. Irritado, le dije que dejara de atormentarme de una vez, pues intentaba hablar con seres de planos espirituales superiores —los ojos del fraile se emocionaron y con voz trémula concluyó—: Entonces el mendigo, frente a mí, se llenó de luz y se transformó en un deva. ¡Un deva, Robin! Y me dijo antes de desaparecer: «Qué pena. Casi lo lograste...» —las lágrimas brotaron y limpiaron corazones—. A partir de ese día me volví un pacifista. Y entendí que sólo existe el amor en la no violencia. Y sólo existe libertad en la mente que no se limita. La ira me aparta del semidivino porque me impide contemplar la verdad.

Robert de Locksley no hizo ningún comentario.

—Entiendo que pienses en la libertad como conquista. Pero la libertad no puede ser tomada, Robin. No es posible una libertad sin la cooperación entre el antiguo opresor y el antiguo oprimido. Es preciso modificar al opresor y hacerlo comprender

lo que tú comprendes. De lo contrario no habrá evolución en la humanidad.

—La libertad no nos debería ser dada, sino que tendría que constituir nuestro derecho al nacer.

—Pero si ella lo es. Sólo que no lo comprendemos. Dime, ¿por qué crees que Stallia mantiene hasta hoy a Sherwood bajo su poder? Es una provincia que no les da nada, sólo les cuesta. Aún así la mantienen bajo control. ¿Nunca te has puesto a pensar por qué? ¿En el porqué verdadero?

—Stallia la mantiene como una forma de trofeo sobre Minotaurus. Un ejemplo de victoria donde el otro falló.

—Robin, sé sincero: ¿reservarías una parte de la hacienda de tu reino sólo para eso? Tal vez por algún tiempo, ¿pero por varios años al hilo? No es por eso que Stallia mantiene a Sherwood bajo su control. Es por tu causa, Robin —una vez más Robert de Locksley guardó silencio—. Es por el mismo motivo por el que te mantuvieron vivo en una celda. Porque eres el ejemplo del hombre que desafió las leyes de un rey. El ejemplo de un hombre que se enfrentó a tiranos con burlas y sin miedo alguno a la muerte. Un hombre que soñó con provincias libres y con el ahorcamiento de los desgraciados. Porque tú representas todo lo que un gobierno teme: un símbolo capaz de influir en los sueños de millones de jóvenes del mundo entero e incitar en esos sueños ideales de anarquía o socialismo que ningún gobernante aceptaría. Ellos temen lo que ven en ti, Robin, y lo que transmitirás. Por eso, sólo por eso, Sherwood no es libre: a causa de ti.

John hizo sonar la campana para probarla y se preparó para salir ante la iglesia abarrotada.

—¿Quieres asistir a la ceremonia?

—Yo...

—Cuando lo desees, serás nuestro invitado.

John Tuck ya salía cuando se detuvo una vez más, como si algo le ordenara proferir una idea más:

—Robin, estamos en otros tiempos. Date cuenta de que Sherwood y Stallia no tienen por qué ser enemigos. Ya no. Si en verdad quieres hacer eso por algo más allá de ti, entiende que para liberar a Sherwood hoy no se necesita una revolución. — Robert de Locksley miró al fondo de los ojos del fraile y escuchó—: basta una evolución.

Tuck salió y tocó su campana. Y la multitud se calló a la espera del inicio de la ceremonia que concretaba un sueño.

«El pueblo te mira como a un libertador, digno de un salvador del mundo. ¿Tú también te percibes así, Robin?».

Era una pregunta para la que cualquier respuesta enloquecería a un ser humano.

María Hanson escuchó a los soldados reales que se aproximaban a su salón de clases. En aquel fatídico día, ella sería atacada con violencia. Ariane Narin también estaba en ese salón. Y desde su árbol, en la Arena de Vidrio, el niño-espectro liberado por Ariane Narin lo sintió.

Todo comenzó así: los alumnos estaban afuera de la Escuela Real del Saber en el momento del recreo, cuando sus mentes descansan y sus cuerpos se alimentan. María Hanson estaba sola en su salón. Ese día en particular había sido interesante: ella había pedido a los alumnos que llevaran objetos que les recordaran buenas historias a cada uno, y los hermanos Albarus y Andreos Darin habían llevado la réplica de madera de la espada que habían ganado en el concurso de caracterizaciones durante los primeros días del Puño de Hierro. La historia había provocado carcajadas, pero lo más curioso fue que Héctor Farmer y Paulo Costard no parecían tan molestos con el recuerdo como se esperaba. Y tratándose de esos dos, aquello resultaba extraño.

La concentración de María se rompió sólo cuando Ariane Narin entró al salón diciendo:

—¿Qué pasó? —preguntó a una María Hanson confusa.

—¿Qué pasó de qué, Ariane?

—Héctor Farmer me dijo que querías hablar conmigo con urgencia.

María cerró los ojos, desconfiada. Aquello era cada vez más extraño.

Cuando llegó la hora de regresar a clases, los alumnos comenzaron a ocupar sus lugares. Sin embargo, Héctor Farmer, que estaba en la puerta, afirmó:

—La profesora Hanson me dijo que les avisara que las clases de hoy están suspendidas. Y que pueden dejar sus útiles en el aula para que mañana volvamos a comenzar donde paramos.

El adolescente tenía una sonrisa complacida en los labios.

Los alumnos se extrañaron, pero nadie se atrevió a atravesar la puerta. Más aún porque, al fondo, se escuchó la llegada de los soldados reales, y aquello les dio

miedo. Sorprendentemente, también caminaba con ellos un sonriente Paulo Costard, al lado de un soldado con barba de días que se destacaba de los demás por la capa que lo identificaba como un caballero. Pasaron ante Héctor Farmer sin decir nada y ambos muchachos continuaban sonriendo.

El destino de todos ellos era el salón de María Hanson.

El niño-espectro corría como loco. Nadie podía verlo, pero él atravesaba las cosas en su camino. De vez en cuando se desviaba de personas y objetos olvidándose de su condición debido a la desesperación que lo impulsaba a actuar así.

El hecho fue que, cuando su dedo tocó el nombre de Ariane Narin en aquel árbol, hubo un *flash*. Y él sintió todo aquello que la chica experimentaría en poco tiempo.

Ese era el mayor motivo de su desesperación.

Paulo Costard se detuvo ante el salón y le señaló a María Hanson a los soldados. Eran cuatro. Uno de ellos fue hacia ella y el otro hacia Ariane. El que se dirigió hacia María era el caballero de la barba descuidada. Se detuvo ante ella y le dijo, de la manera más respetuosa que pudo:

—¿Señorita María Hanson?

María reaccionó asustada. Ariane ni se diga.

—¿Perdón?

—¿La señorita es María Hanson?

—Sí, yo soy, caballero.

—Póngase de pie, por favor.

María y Ariane se miraron. Y la pesadilla comenzó.

João Hanson golpeaba y golpeaba y golpeaba un tronco de árbol. El sudor le corría en gotas, pero, al contrario de lo que resultaría normal, no se sentía cansado a cada golpe. Al contrario de lo esperado, se sentía incluso más vivo. Y fue con ese sentimiento, al detenerse para limpiarse el sudor antes de retirar el hacha clavada en el tronco, cuando miró despreocupadamente al horizonte y lo vio.

Era un muchacho, pocos años más chico que él, que corría desesperadamente en su dirección. João dio algunos pasos al frente, dejando atrás el hacha clavada en el árbol.

El muchachito se paró frente a él, como si estuviera cansado y pensara que aún respiraba, y extendió la mano hacia João. Hanson pensó que deseaba saludarlo, pero percibió que la mano del niño se dirigía a su cuello.

Y en el momento en que se disponía a impedirlo, el niño-aparición agarró el

cordón de João como si fuera la astilla de un árbol y lo apretó.

La nariz del muchacho explotó en sangre.

Y João Hanson lo sintió.

María Hanson tenía el corazón en la boca cuando vio entrar en el salón y acercarse a ella al conde Edmundo, el conde del odio. Alrededor de ellos, los soldados y su protector bigotón. En las manos de él un pergamino firmado con tinta roja. O con lo que parecía ser tinta roja. Y en el cuello, sujeto por un cordel, un anillo de leñador idéntico al que ella misma llevaba en el dedo.

—María Hanson, hija de Ígor y Érika Hanson, yo, Edmundo Dantés, vengo aquí hoy a exigir mi derecho establecido en pacto firmado por tu padre y que, de acuerdo con la ley, puedo cobrar de sus herederos en caso de la imposibilidad de él de cumplir con lo acordado.

Ariane comenzó a sentir que el estómago se le revolvía. María perdió la voz, al punto de no poder hablar.

«Papá está metido con la magia negra».

La voz de su hermano no paraba de martillar en su cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó ella, asustada.

El hecho de que aquellos soldados lo acompañaran demostraba que, lo que fuera que aquel viejo siniestro estuviera diciendo, parecía basado en la ley.

—Quiero decir que hace siete años tu padre, Ígor Hanson, estableció conmigo un «pacto de servidumbre», a cambio de servicios que lo ayudaran a localizarte, a ti y al otro heredero.

«¿Crees que nuestro padre no puede hacer cosas malas?».

—¿«Pacto»? —existen palabras difíciles de decir—. ¿Pero qué clase de pacto? Yo nunca...

El conde extendió el documento y María lo tomó. El garabato escrito allí con tinta roja recordaba al que su padre hacía para firmar documentos, pero...

«¡Necesitamos pruebas para acusar a papá! ¡No podemos llegar y señalarlo con el dedo en la cara sin probarlo!».

El conde volvió a tomar el documento y dijo:

—Este documento asegura que Ígor Hanson me serviría en mis requerimientos siempre que yo lo considerara apropiado, en caso de que cumpliera con lo establecido. Y cumplí.

—No... tú... usted no puede referirse a...

—Y no sólo tú y tu hermano volvieron vivos de aquella macabra casa, sino que los soldados la localizaron y le prendieron fuego a la construcción.

«A final de cuentas es nuestro padre, ¿no?».

María abrió mucho los ojos y, como Axel en otra ocasión, también casi se

desmayó por la alteración de la presión. Y todo de lo que ella se acordaba en ese momento era de su hermano.

«¿“Pruebas”? ¿Quieres pruebas?».

Y todo lo que ella deseaba en ese momento era a su hermano.

«¡Yo lo vi, caramba! ¿Qué más quieres?».

Pero nada sería tan fácil ese día.

—Por años, hasta hoy no exigí de tu padre más que nobles donaciones de sangre para... necesidades de curación para los enfermos.

—¿Usted cree que somos dos ingenuas? ¡Todo el mundo sabe que usted hace magia negra! —escupió Ariane, indignada a su manera.

El conde le dio una violenta bofetada con el dorso de la mano, que la proyectó contra el suelo con lágrimas en los ojos. El caballero que comandaba la situación aseguró el hombro del conde y lo apretó con fuerza, para obligar al viejo a mirar en sus ojos y ver su mirada de reprobación. María Hanson gritó y corrió en dirección a la muchacha.

Ariane tenía la nariz sangrando.

El conde se separó de la mano del caballero y continuó con su voz solitaria:

—Como decía —y se aclaró la garganta—: Ígor Hanson estableció un pacto documentado en las Leyes Antiguas y que en la actualidad es incapaz de cumplir, lo que me lleva a cobrar la deuda a sus descendientes.

—¡Usted se encuentra alterado! ¡Yo escapé sola de aquella maldita casa! ¡Mi hermano y yo sufrimos durante varios días hasta que aventé a aquella bruja dentro de un caldero hirviendo!

—¿Y de dónde piensas que sacaste fuerzas para eso? ¿Por qué crees que Babau vaciló el día en que decidió sacrificar a tu hermano? Gracias a los rituales de buena magia que hice en su nombre.

—¡Pero es mucha arrogancia suya afirmar eso! Yo no...

—¡Si quieres culpar a alguien, María Hanson, culpa a tu padre por haber firmado nuestro acuerdo vitalicio! Tú o tu hermano deben cumplir de buen grado la servidumbre en lugar de él y honrar un documento reconocido en tribunales como justo según las leyes antiguas.

Los soldados no parecían muy satisfechos de cumplir aquellas órdenes, pero eran soldados, y deben obedecer. Al fondo del salón había una especie de claraboya de ventilación. Se había movido y una sombra lo había hecho con ella, pero la atención allí se concentraba de nuevo en la joven Ariane «No Sé Quedarme Quieta». Narin.

—¿Sabe lo que creo? ¡Que usted es un «sin noción» que intenta pasarse de listo para conseguir ingredientes de gente honesta para sus rituales de magia negra! ¡Y encima con soldados detrás, que deberían avergonzarse de prestarse a este sinsentido! —Ariane estaba loca por decir aquello. Pero era emoción. Y la emoción explota.

El conde avanzó con furia sobre las dos, con su expresión bizarra y esquelética. El caballero ya se preparaba para interceder esta vez cuando se escuchó una frase que se apoderó del salón:

—Que nadie se atreva a colocar sus mugrientas manos sobre mi hermana ni sobre mi mujer.

Todos los presentes se volvieron en dirección a la claraboya y el protector bigotón del conde desenvainó la espada.

João Hanson estaba allí, de pie, en una postura desafiante.

En sus manos, la réplica de madera de la espada usada por los hermanos gemelos Darin temblaba en posición de guardia.

Blanca Corazón de Nieve estaba en un carruaje que corría veloz, escoltada por veinte buenos soldados de Arzallum y otros veinte de Stallia. Pasaban por regiones próximas a las Siete Montañas de Arzallum en dirección a su reino. La princesa mantenía en la mente la conversación que esperaba tener con el primer ministro Charles Daveiz, y en seguida tomar para sí el poder que su padre le había transferido en forma temporal. Pensaba y sentía frío. A su lado, en el carruaje, estaba una dama de honor de Stallia llamada Amélie. Ambas habían estado hablando sobre telas y acerca de las nuevas tendencias de los vestidos entre las mujeres de la corte.

—Blanca, tú me pareces... pálida —y mira que tratándose de Blanca Corazón de Nieve aquel era un comentario muy digno de notarse.

—Yo sólo siento frío.

—Cuanto más nos aproximamos a Stallia, más aumentará esa tendencia.

—No, es diferente. No siento un frío externo. Al contrario, ¿entiendes?

—Princesa, ¿tienes fiebre?

Y la dama de honor tocó la frente de la princesa. Estaba normal.

—Te encuentras bien. Debe ser alguna impresión, pero...

Los ojos de Blanca comenzaron a voltearse, sin conseguir enfocarse en ningún punto. La princesa empezó a respirar con mayor lentitud y su cabeza cayó hacia atrás del asiento, mientras que de la boca comenzaba a salir espuma entre espasmos esporádicos.

—¡Blanca! —gritó Amélie.

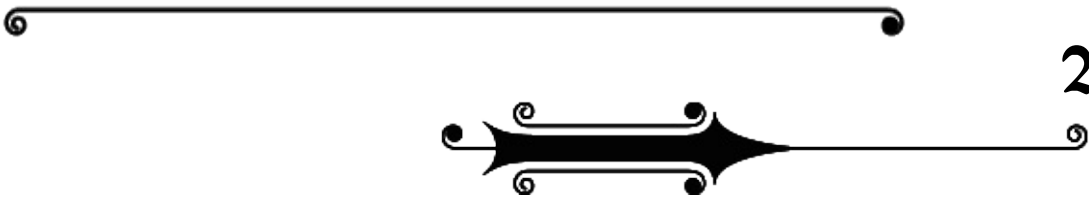
La dama de honor sujetó las manos de la princesa en un intento de balancearla, pero fue sólo al tocarle los puños cuando lo percibió. La piel de la princesa de Stallia ya no parecía humana. Era rasposa. Y poco a poco cada vez más cristalina. Como si una fina cubierta creciera alrededor.

Como si la piel de la princesa se volviera de vidrio.

De inmediato Amélie sacó el cuerpo por la ventana, desesperada por llamar a

algún soldado. En el mismo momento en que lo hizo, sin embargo, su cabeza fue arrancada del cuerpo por un demonio alado de Aramis, que más parecía una maldita fusión entre un lagarto y un murciélago.

El golpe fue tan rápido que Amélie ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta que otros demonios ya hacían lo mismo con el resto de la comitiva de soldados.



—¡Vuelta esa espada, ¡ahora! —la voz provenía del caballero que lideraba a los soldados.

João Hanson empuñaba la réplica de madera. Y esta seguía temblando.

Del otro lado, el protector de Edmundo sostenía una espada de auténtico acero, mientras que otro soldado le impedía seguir avanzando sobre el muchacho.

—Tú no eres soldado. Mucho menos un caballero —dijo João Hanson—. Ninguno de ustedes lo es.

—¿No sabes reconocer una insignia? ¿Ni una armadura real?

—El caballero de verdad no dejaría que un hombre como ese lastimara a las mujeres.

El caballero comprendió el conflicto, bajó la espada que empuñaba y dijo con una voz amistosa y comprensiva:

—Mira, hijo, estás en lo cierto. El conde exageró un poco. Y nos tomó por sorpresa, pero sólo fue eso. ¿Entendiste? Sólo eso; una distracción nuestra y un acto exaltado de parte de él. Un error que no se repetirá, te doy mi palabra. Hagamos esto: tú te calmas, nosotros resolvemos la pendencia que existe mediante la ley y nadie más sale lastimado, ¿está bien?

João Hanson bajó la espada. María y Ariane relajaron un poco la tensión que les sofocaba la garganta, e intentaron respirar de nuevo. El conde dijo:

—¿Así que tú eres el famoso heredero Hanson? Tu padre parece estar muy orgulloso de ti.

—Por favor, no rebaje el nombre de mi padre en su boca.

El conde escupió, irritado con la osadía.

—Pues entonces cumplirás la parte que tu padre no puede cumplir ya. Ambos me servirán con sangre y con todo lo que desee de acuerdo con mi voluntad y mi derecho consentido.

—¿Y si nos rehusamos? —preguntó João Hanson.

—¿Quieres saberlo ahora o después de la muerte de tu padre? —silencio. El conde continuó—: En la práctica, serán hechos prisioneros y condenados por no cumplir un acuerdo establecido en nombre de una familia. Esto al referirnos al ahora, pero existen consecuencias más profundas. Ambos sabemos que su padre está mal. Y según lo pactado en otra época, antes de que tales acuerdos fuesen prohibidos de nuevo, el alma de él, cuando parta, servirá en Aramis como esclava de demonios, hasta que otra alma pida servir en su lugar. Si es que alguna lo solicita.

Y María Hanson se acordó de las palabras de su profesor Sabino von Fígaro, proferidas tiempos atrás, con motivo de una investigación en una casa supuestamente marcada por una bruja.

«¡Apuesto a que el motivo es un trabajo!».

Y de su propia ignorancia en aquella época.

«¿“Trabajo”? ¿Y cómo puede una bruja trabajar para alguien?».

Y de la sorprendente respuesta.

«Mediante un pacto, señorita Hanson. En la época de la Cacería de Brujas, muchas de las personas apresadas e interrogadas habían contratado a brujas para que realizaran determinados rituales».

María comenzó a gritar a los soldados, llorando:

—¡Cómo! ¿Cómo permiten una cosa así? ¡Eso es brujería! ¡Ustedes no deberían tolerarlo!

—Señorita, no podemos interferir en acuerdos sellados en forma legal entre ambas partes —se defendió el caballero, incómodo—. Además, no nos gusta meternos en acuerdos sellados con magia.

—Los cazadores renacieron —volvió a decir la joven, aún llorando—. Ellos pueden anularlo. Incluso pueden...

—Antes de que digas algo de lo cual te arrepentirás, señorita —continuó el conde —, creo mejor informarte que mi vida está ligada al pacto y a la firma con sangre de tu padre. Lo que significa que cualquier persona que me quite la vida estará manifestando una petición para servir en lugar de tu padre como esclavo después de la muerte.

—No, eso es mentira.

—No, María —respondió Ariane—. Si el tío Hanson en verdad firmó con sangre ese documento escrito bajo las Leyes Antiguas, entonces el viejo sin noción tiene razón. Quien lo mate deberá tomar el lugar del otro, como esclavo de brujas tras la muerte.

María siguió llorando, tan asustada que ni siquiera se cuestionó cómo era que Ariane entendía de brujería.

—Como ves, aquí se trata de un pacto incluso capaz de atemorizar a los cazadores.

João miró a su hermana. María se veía asustada y temblorosa. No sabía qué argumento usar y se notaba que se culpaba por no haberlo escuchado antes. Antes de llegar a ese punto. Tal vez entonces habrían podido consultar a otros especialistas en leyes antiguas.

Entonces João Hanson vio la sangre en la nariz de Ariane Narin. Y su mundo tomó otra forma.

—Caballero, estamos hoy aquí para tratar sobre asuntos que involucran a las leyes antiguas; ¿están todos de acuerdo?

Afuera, Héctor Farmer y Paulo Costard se miraron con curiosidad, sin entender a dónde quería llegar João Hanson con toda esa historia.

—Sí, perfectamente.

—¿Y cuál es el derecho de un hombre ofendido ante otro que ofendió su honra?

—¿De qué tipo de ofensa hablas, hijo?

—De la ofensa a la honra y a la moral por parte de un extraño que se atreve a levantar la mano contra la mujer del ofendido.

Los soldados se mordieron los labios. Al fin habían comprendido a dónde quería llegar aquel adolescente. Y admitían para sí mismos que un muchacho debía ser muy hombre para hacer eso.

—El derecho a un duelo de vida o muerte en nombre de la honra del ofendido.

—Y como hablamos hoy sobre un pacto establecido sobre la base de tales leyes, entonces también me juzgo con el derecho de invocarlas.

El conde soltó una carcajada estridente.

—Muchacho, comprende lo siguiente: incluso si me mataras en tus más profundos sueños, tus pesadillas se harían realidad, pues eso no invalidaría el pacto anterior. De cualquier manera, servirías en lugar de tu padre en Aramis, y tu alma sería torturada y tomada como esclava por brujas mucho peores que Babau.

João Hanson no manifestó sorpresa. Sólo entonces el conde comprendió.

—Oh, ahora entiendo. Tú ya lo sabes —concluyó el conde, sorprendido—. Incluso lo deseas.

Los soldados se miraron asombrados. Aun el protector del conde Edmundo guardó su espada, admirado y respetuoso ante tal actitud. Y João Hanson, para dejar a los presentes boquiabiertos de una vez por todas, concluyó:

—Conde, usted demuestra falta de nobleza, cobardía, mentiras y arrogancia: todo lo que más aprendí a menospreciar de mi padre. Sin embargo, por más antiguas que sean las leyes, aún existen otras de carácter semidivino que nos protegen de personas como usted. Y que representan justicias por encima de las injusticias que benefician a personas de su ralea.

El esquelético conde cambió la expresión y adoptó un gesto de dureza y mucha seriedad. Fue así como escuchó a João Hanson decir:

—Y bajo la bendición de las leyes antiguas y de leyes más grandes, y ante estos soldados que son testigos de la ofensa dirigida contra mi mujer, invoco la ley conocida como el «Tribunal de Arthur».

Los soldados dejaron caer las quijadas, con las bocas abiertas. Aquello era demasiado fantástico hasta para ellos, que nunca habían visto nada igual.

«Los niños de Andreanne suelen fascinarse con la historia de Primo Branford».

El Tribunal de Arthur. La Espada en la Piedra.

«Tú eras el único que siempre te interesabas mucho más por la de Arthur Pendragon...».

La ley de la verdad por encima de cualquier magia.

—¡Chamaco atrevido! —dijo el conde, furioso—. ¿Quién crees que eres, apellido impuro? Tu padre servirá encadenado y permanecerá torturado por demonios todos los días, a la espera sólo de la hora en que tomarás su lugar, y yo adoraré escuchar tus gritos desde aquí. ¿Quieres saber? ¡Rechazo la petición!

El caballero que comandaba la situación tomó la palabra:

—Conde Edmundo Dantés, como dijo el señor Hanson, aquí presente, todos nosotros somos testigos de la agresión contra la futura señora Hanson por su parte, lo que da al ofendido el derecho de acogerse a las mismas leyes antiguas que usted invoca.

—¡Deja de hablar como si estuvieran casados! ¡Hablamos de dos niños!

—En realidad, ellos tienen la condición de novios, señor. Puede reparar en que ambos usan el mismo cordón: un cordón de compromiso. Y por las leyes de Arzallum, novios o casados poseen los mismos derechos de honor.

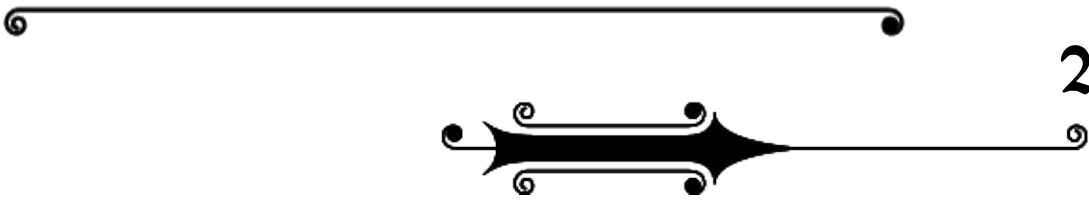
El conde estaba a punto de echar espuma por la boca a causa del odio.

—Pues bien, mi protector tomará mi lugar en la batalla de la honra.

—Eso estaría permitido en duelos de honra comunes, conde Edmundo —continuó el caballero, consciente de que con cada palabra irritaba todavía más a aquel hombre —, pero aquí hablamos del Tribunal de Arthur, una ley incluso por encima de los tratados de magia, que exige que ambas partes se presenten a la medianoche para la reparación de su ofensa o para el duelo en nombre de la honra del ofendido.

El conde siguió echando espuma de rabia. Abrió mucho los ojos hacia su protector.

Y el espadachín del bigote, sin pensar en lo que hacía, desenvainó su espada y avanzó con furia para matar a João Hanson.



Blanca Corazón de Nieve aún sentía violentas náuseas y ataques de mareo. Intentó salir del carruaje mientras escuchaba, al fondo, los gritos de los soldados resacaados por criaturas nacidas de pesadillas. Ella no sabía bien lo que ocurría: sólo escuchaba el ruido del acero cortando el aire y los estrépitos pegando en los escudos, seguidos de gritos brutalmente interrumpidos.

Intentó correr, pero cayó en repetidas ocasiones, algunas a causa de los ataques de mareo provocados por un aire cada vez más enrarecido, o que a ella le parecía cada vez más enrarecido; otras, a causa de sus piernas, que cada vez parecían menos sensibles. Blanca comenzó a desesperarse de verdad, mucho más que con seres fúnebres sobrevolando por encima de su cabeza y devorando los cadáveres de los soldados como si fueran buitres, cuando percibió que ya no tenía sensibilidad en los dedos de los pies. En realidad, cada vez era más difícil incluso que sus piernas obedecieran sus órdenes, rechazando la información enviada por el sistema nervioso.

A su alrededor había trece de aquellas criaturas. Mucho más que suficientes para eliminar a un grupo de cuarenta soldados, cosa que dos o incluso una harían. Las grandes alas, que recordaban las de un murciélago, se agitaban y cortaban el aire con un estruendo de orden macabro, capaz de hacer que un hombre vomitara su almuerzo. Sus gruesas colas se agitaban sin parar como las de una rata recién engullida en espasmos en la boca de un gato. Sus inmensas bocas recordaban las de los sapos y, cuando se abrían, eran más grandes que el resto de la cara. Ojos de lagartos y dientes cortos para el tamaño de la boca que chupaban la sangre como animales vampiros.

Era eso lo que Blanca Corazón de Nieve debía reconocer que presenciaba mientras intentaba que su cuerpo la obedeciera. Sólo que sus piernas ya no lo hacían. Y en breve parecía que el resto del cuerpo haría lo mismo.

Fue así que la princesa aceptó su triste destino. Sobre todo si esto servía para atenuar el conocimiento de la existencia de seres que no debían existir en aquel plano. No allí.

Así, con ese pensamiento, Blanca Corazón de Nieve sintió que las garras de uno de aquellos demonios alados la levantaban algunos metros.

La boca de dientes cortos se abrió.

Y en seguida se cerró.

El caballero de la barba desaliñada incluso pensó hacer algo para evitar aquel ataque súbito, pero ya era demasiado tarde. Cuando los soldados corrieron para echarse encima, también Héctor Farmer y Paulo Costard sintieron que sus corazones se aceleraban ante esa situación, de por sí fuera de control. Pues una cosa es la pretensión de ver a alguien humillado, despojado de algo, deshonrado o tal vez preso, y otra es querer ver muerta a esa misma persona.

Ariane Narin gritó desesperada el nombre del joven al que había aprendido a amar. María Hanson gritó el mismo nombre. Pero nadie llegaría antes de que aquel alucinado y su espada se encontraran contra un João Hanson en temblorosa posición de guardia, que tan sólo sujetaba una gruesa espada de madera.

Ariane, en automático, por reflejo involuntario, buscó a la Banshee en los alrededores, temiendo ver a la llorosa pelirroja.

Y descubrió que al menos esa tarde ella no estaba allí.

La espada de acero chocó contra la de madera, y por más que esta última fuera una réplica, tenía suficiente grosor y peso para resistir los primeros embates. Si bien comenzó a desgastarse a cada golpe, aguantó la mayoría y todos cuantos fueron necesarios. Incluso más que lo suficiente.

Las láminas se cruzaron a toda velocidad, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

«Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha...».

Los soldados se paralizaron por un momento, impresionados y estupefactos por lo que veían. El hecho era que, a pesar de la visible inexperiencia y el miedo que lo recorría en su primer combate real —y en consecuencia en todos los que vendrían—, los movimientos de João Hanson eran los de un aprendiz bien entrenado.

Un aprendiz en acción.

Un aprendiz de espadachín.

«¿Qué es eso que cuentas de “izquierda para allá”; “derecha para acá”? ¿Ahora tomas clases de baile?».

Un aprendiz dedicado, que consagra buena parte de su tiempo a perfeccionar una técnica enseñada por alguien competente.

«¡No, rayos! Esto es de la clase de... ajedrez».

Y fue entonces, sólo entonces, cuando María Hanson abrió los ojos, su corazón se detuvo y ella comprendió.

«Izquierda, derecha, izquierda, derecha...».

El conteo. La maldita jugada de ajedrez. El paso de baile.

«¿Jugadas de tablero?».

El mantra.

«Más o menos...».

La espada de madera de João Hanson chocó velozmente una vez por la izquierda con la del atacante del bigote.

«Izquierda».

Y después, otra por la derecha.

«Derecha».

Y todavía a una velocidad impresionante, de nuevo por la izquierda y de nuevo por la derecha, una, dos, tres, cuatro veces más.

«Izquierda, derecha, izquierda, derecha...».

De súbito, João levantó la espada por encima de su cabeza, preparado para descender con ganas desde arriba y rajar el cráneo de su adversario. Por reflejo, el bigotón movió su espada en esa dirección, en una reacción defensiva.

«Una finta...».

Fue cuando la gruesa espada de madera descendió como si fuera un hacha en dirección a la rodilla izquierda del enemigo.

La rótula del espadachín se salió de su lugar.

«Abajo...».

¡El cuerpo del bigotón se arqueó en el suelo, mientras él gritaba! Y cuando el cuerpo arrodillado quedó más abajo, a su nivel, João Hanson finalizó sin piedad.

«Derecha».

La espada de madera descendió con tal violencia en dirección al rostro de aquel hombre, que un segundo antes del impacto el mundo pareció girar más lentamente cuando el arma explotó en decenas de astillas y pedazos de madera que salieron volando para todos lados, mientras el rostro del protector del conde Edmundo se volteaba escupiendo sangre, en medio de nubes de gruesos pedazos de árbol.

Ariane Narin corrió hacia João y se lanzó encima de él con lágrimas en los ojos, por el miedo de casi haberlo perdido por segunda vez.

Y entonces, cuando el rostro de ella se separó del hombro de él, ella hundió su lengua en la boca del muchacho y aquel fue el mejor beso de la vida de João Hanson.

Al fondo, María Hanson y los soldados reales presentes aún se veían

conmocionados ante aquel adolescente que había puesto a dormir, y se podría decir que hasta había jubilado, a un espadachín experimentado.

Y eso sin hablar de las expresiones de Héctor Farmer y Paulo Costard.

El conde Edmundo ya no. El conde del odio no miraba a ese muchacho con rabia esta vez. Ni con desprecio. Ni con burla.

«Invoco la ley conocida como el Tribunal de Arthur».

El conde Edmundo miraba a João Hanson y lo único que sentía en aquel instante increíble era miedo.

El ser alado cayó con la princesa aún entre sus garras, tras elevarse algunos pocos metros del suelo. Blanca no sintió nada. En realidad ya no sentía nada por debajo de la cintura. Pero de una cosa, al menos, podía estar segura, aunque al principio hubiera sido un razonamiento difícil de creer: el demonio oscuro en forma de lagarto-murciélago estaba muerto.

Los otros doce bichos conjurados de Aramis interrumpieron su festín de los cuerpos de los soldados muertos y volvieron su atención al compañero que había chillado para anunciar la muerte, después de tener la vida segada y el alma arrojada de vuelta al plano de donde no debería haber salido. Entonces los demás bichos subieron a los cielos juntos para tomar el lugar del hermano derrotado en aquella batalla.

Y Blanca Corazón de Nieve por fin vislumbró qué la había salvado. Y lo que sería en aquel día el primer milagro de su salvación.

Pues es un hecho, cuenta la leyenda, y es el pueblo quien la narra, que existe una montaña para cada enano. Para que nazca uno, otro debe morir, pues ese número siempre es perfecto. No se sabe si la leyenda es verdadera o no, pero en aquella región existían siete montañas.

Y eran siete sus maestros enanos.

—Son demonios baktshis —dijo maestro Orgullo, el maestro de los maestros enanos, cruzado de brazos, con una manta que le cubría los dos antebrazos como si fueran uno solo—. Son ciegos. Se guían por el olfato en busca de sangre y sus terminales nerviosas se diseminan en los propios dientes de sus enormes bocas.

Y uno de los baktshis avanzó furioso sobre el grupo, en un vuelo rasante capaz de producir silbidos.

—Por mí, esas terminales nerviosas podrían esparcirse hasta el mismo pelo...

—Ira...

El maestro Ira, o maestro enano Irritado, saltó al frente con su gigantesco martillo en las manos. El arma giró una sola vez y el choque, al pegar contra los dientes de la criatura, resultó tan violento, pero tanto, que le quebró doce dientes en una única pasada. La criatura voló algunos metros más, desorientada, hasta caer con un chillido característico de la derrota.

Entonces los otros se posicionaron. ¿Sabes?, eran raras, muy raras las veces en que los siete se reunían. Pero, mi amigo, cuando eso ocurría eran capaces de eliminar demonios. De destruir avatares. De modificar la energía de Nueva Éter. Y, si allí estaban todos juntos otra vez, era porque había un gran motivo para ello, algo importante de lo cual debían formar parte o interceder por la humanidad.

El maestro Gula, o maestro Feliz, siempre encontraba gracioso el modo colérico de maestro Irritado.

—Ira no pierde la iniciativa, ¿eh? —dijo, mientras mordía un gran pedazo de sandía—. Ni ese modo destructivo de actuar.

—No puede ser distinto —dijo maestro Orgullo—. Ira siempre genera destrucción.

El maestro Envidia, o maestro Estornudo, tomó la palabra mientras los seis contemplaban a Ira destrozando un demonio tras otro. Solo.

—¿Acaso crees que debería ayudar con alguno de esos demonios?

—No —respondió maestro Orgullo—. No es necesario. Ira solo sería capaz de abatirlos a todos. Pero debemos sacar a la princesa del campo de guerra, pues Ira no es capaz de distinguir aliados de enemigos cuando está furioso en plena batalla.

Un demonio baktshi prendió a maestro Ira entre sus garras, con la intención de levantarlo y soltarlo desde la altura suficiente para hacerte daño. El maestro Enano no sólo le rompió una de las patas, sino que escaló por él y comenzó a cabalgarlo, haciendo girar el martillo de guerra y derrumbando a otros por el camino.

—Sórdido —dijo maestro Orgullo.

Maestro Sórdido, conocido entre los hombres como maestro Dunga o Mocosito, vestía harapos como era su costumbre y tenía una apariencia sucia, al menos comparada con el aspecto más pulcro de sus hermanos. Caminó con su bengala, despacio, algunos pasos, y entonces comenzó a murmurar palabras extrañas en susurros que sólo los muertos escucharían.

—Gula, saca a la princesa de allí ahora mismo. Y cuidado con sus piernas.

—¿Qué hay con ella?

—Tú sabrás.

En un momento maestro Gula estaba en pie, terminando su sandía. Al otro, corría de manera sobrenatural por aquel campo, esquivando garras de demonios o cuerpos de baktshis que caían de los cielos, en dirección al cuerpo caído de la princesa. La

agarró en un único movimiento, mientras al fondo el fúnebre talento de maestro Sórdido tomaba forma.

—¿Sabes? —dijo maestro Lujuria, conocido entre los hombres, y más aún entre las mujeres, por el curioso apodo de maestro Melindroso—, la princesa podría ser mi estímulo para derrumbar...

—Olvídalo —cortó rápido maestro Orgullo—. No será necesario.

—Aguafiestas.

Y en los ojos de maestro Sórdido brilló una luz oscurecida y grisácea.

El maestro enano siguió con sus palabras susurrantes, y entonces se escuchó un sonido continuo de huesos que eran recolocados en su lugar. Era un horrendo sonido que más recordaba a zombis saliendo de catacumbas.

De hecho, era justo eso lo que todo aquello recordaba.

Maestro Sórdido había elegido a once de los caídos. Los once cuerpos que conservaban la cabeza. Y poco a poco, como si no hubieran aceptado la muerte, se levantaron y en sus ojos brillaba también una luz grisácea.

Los demonios que aún no eran abatidos se confundían en aquel escenario, pues el olfato esparcido en las terminaciones de sus dientes hacía que sintieran un olor al mismo tiempo de vida (sangre) y de muerte (azufre) en un mismo cuerpo. Y cada vez que volaban cerca de ellos, láminas y espadas y hachas cortaban el aire y cercenaban alas o cabezas.

La cola de un baktshi estalló y acertó en maestro Irritado en medio del pecho, lanzándolo a muchos, muchos metros de distancia. Nadie sabe decir con exactitud si eso podría ser dicho, pero, bien, maestro Ira se puso como poseído.

—¿Estás seguro de que debemos presenciar eso? Insisto en que si yo interviniera...

—Piensa en lo que dices, Envidia. ¿Realmente quieres meterte en una pelea iniciada por Ira?

Maestro Estornudo lo ponderó y estuvo de acuerdo con Orgullo.

Maestro Gula ya había cruzado a toda velocidad el campo de batalla, entre cuerpos y destrozos, entre muerte y lucha violenta, y llevado a la princesa a un sitio cercano.

Al fondo se escuchaba el sonido de las tres últimas criaturas de Aramis que sobrevivían. Dos se parecían mucho a las otras. La tercera no. Por algún motivo era más grande, más voluminosa y tres veces más aterradora que sus compañeras. Obviamente fue esa tercera la que golpeó a maestro Ira.

Uno de los soldados «desmuertos» de maestro Sórdido, con sus brillantes ojos grisáceos, apuntó una flecha en dirección al baktshi mayor. El martillo de maestro Irritado hizo que el cuerpo subiera a los cielos cual un ligero espantapájaros.

—¡Ese es mío! —gritó maestro Ira—. ¡Usa tus juguetes para quien necesite de

ellos! Ira no necesita nada. Ira se complementa a sí mismo. Ira es una forma única.

El inmenso baktshi avanzó colérico sobre el maestro enano. Los ojos de Irritado se encendieron de rojo. Y el mundo comenzó a girar más rápido.

¡Las garras descendieron y el enano saltó! ¡El martillo giró y se escuchó un estruendo cuando un hueso de aquel bicho se partió! La gruesa cola restalló de nuevo y voló hacia ese ser rudo y destructivo otra vez. De nuevo Ira saltó y, entonces, dejó caer el martillo con ambas manos en dirección a aquella maldita cola.

El bicho sintió que las terminaciones nerviosas de esa parte de su cuerpo eran aplastadas. Y chilló, ¡chilló como un poseído ante el tremendo dolor provocado por el estallamiento de los nervios!

En un acto reflejo, la boca se abrió y el tronco se lanzó hacia el frente, en un intento por devorar a su enemigo en un acto suicida. De manera sorprendente, maestro Ira se metió en la boca de la bestia, que se cerró.

Ningún maestro enano pareció sorprendido o atónito. Se hizo el silencio.

Entonces los dientes del bicho explotaron hacia afuera.

—Para qué tamaña brutalidad, ¿no es verdad? —preguntó maestro Lujuria.

—Ira no sabe hacer las cosas de otra manera —respondió maestro Orgullo.

—Porque no conoce otras cosas buenas de la vida, con las cuales se desestresaría.

Maestro Enano salió de la boca del baktshi abatido, envuelto en una sustancia pastosa. A su alrededor, los soldados desmuertos terminaban de cortar los miembros de los dos abatidos que faltaban y volvían a fallecer tras cumplir con sus designios, si eso hace algún sentido. En realidad, no es precisamente que volvieran a fallecer. En realidad, tras ser liberados por maestro Sórdido, sus cuerpos volvían a ser cadáveres.

La atención de los maestros enanos se volcó hacia la princesa Blanca Corazón de Nieve.

Maestro Orgullo le tocó las manos y sintió la piel más áspera de lo que debería estar.

—¿Qué es eso? —preguntó maestro Gula. ¿Qué tipo de magia es esa?

—Piel de espejo —respondió maestro Orgullo, y todos los presentes demostraron sorpresa—; poco a poco la piel va creando una costra que recuerda al vidrio. Los poros se van cerrando y la piel no respira. Hasta que eso llega a la boca, que ya no se abrirá. En cuanto los alrededores de la nariz se conviertan en vidrio, ella dejará de respirar.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó maestro Lujuria.

—Tal vez un día. Acaso menos.

—¿Existe alguna contramagia?

—Sí, existe —respondió Ira, mientras se aproximaba—. Incluso casi fui testigo de ella. Pero ninguno de nosotros es capaz de ejecutarla.

—Cierto —aportó Orgullo—. Pero podemos llamar a quien sí puede hacerlo.

Toda la atención se volvió hacia el último maestro enano presente.
Y Orgullo vociferó:
—¡Sueño...!

María Hanson llegó al Gran Palacio despavorida, exigiendo la presencia de Axel Granford. El príncipe vaciló mientras decidía si verla o no, creyendo que la joven había ido allí para pedir explicaciones sobre el último encuentro entre los dos. Explicaciones que él sabía que merecía, pero que resultarían en momentos difíciles y desagradables.

Fue sólo al ver la expresión de la muchacha al entrar en el Salón Real, con los ojos enrojecidos de quien ha pasado horas en un llanto desesperado y solitario, cuando él percibió que el asunto por el cual lo había ido a buscar era mucho más serio de lo que parecía.

Entonces Axel descubrió que habría un sorprendente Tribunal de Arthur a medianoche ese día y que João Hanson lucharía hasta la muerte contra el conde Edmundo Dantés por la honra de la familia Hanson.

Axel le prometió estar presente y hacer cuanto le fuera posible.

La verdad sea dicha, en verdad lo haría.

En Sherwood, los preparativos para la guerra que definiría el futuro de aquella provincia estaban en marcha. Jóvenes inflamados por discursos inspirados se unían a las filas de los revolucionarios, apoyados en el conocimiento general de que Robert de Locksley estaba de vuelta, esta vez para liberar aquellas tierras. Snail Galford continuaba entrenando niños huérfanos de las más diversas especies y nacionalidades, y el mundo giraba cada vez más ufano y peligroso cuando pasaba por allí.

—Robert, los preparativos marchan como pensamos, pero aún tenemos un problema grave —dijo Pequeño John.

—Lo sé. Todavía debemos enfrentar a dos ejércitos en el mismo campo de batalla.

—¿Y cómo vamos haremos eso, Robert? ¿Cómo lo haremos sin Arzallum?

Robert soltó el aire con pesadez. Aquello comenzaba a irritarlo. Arzallum debería haberse unido a él. Al menos a su causa. Cualquier hombre que amara la justicia lo habría hecho, ¿no?

—Robert...

Sin embargo, sabía que aunque resultara difícil de admitir, era otra cosa la que lo incomodaba tanto y lo despojaba de su visión siempre clara de los próximos pasos.

«Dime, ¿por qué crees que Stallia mantiene hasta hoy a Sherwood bajo su poder?».

Era el monje. El ex revolucionario. El pacificador.

«Es por tu causa, Robin».

El santo.

—¡Robert!

—¿Qué pasa, caramba? —le gritó a Pequeño John—. ¿No ves que me estoy muriendo por esa respuesta? —él comenzó a hablar alto, aunque pareciera hacerlo consigo mismo—. ¿No ves que intento hallar una salida para vencer este desafío? ¿Es tan difícil que las personas entiendan que es por ellas que yo estoy... por qué debo

resolver todo solo?

—No tienes que hacerlo.

—¿Dónde está el milagro prometido? ¿Por qué nadie va a la tumba de Merlín, corta una flor y se la entrega a Ferrabrás? Tal vez su corazón se purifique y desista de entrar al campo de batalla y diezmar inocentes u opositores.

—Estás perdiendo el enfoque —dijo un irritado Pequeño John.

—¿Ah, sí? ¿Lo estoy haciendo? —volvió a gritar—. ¡Entonces probemos ahora tu milagro tan buscado!

Robert cogió un arco y una flecha de encima de una mesa y salió de la cabaña, dirigiéndose con pasos apresurados hacia dos jóvenes que comían frutas. Pequeño John corrió asustado detrás de él. Había un grupo de niños conversando, mientras que al fondo Snail Galford y Liriel Gabbiani hacían lo mismo.

Robert se aproximó a los dos con una mirada muy poco amistosa y preguntó:

—¿Es ella?

A Snail no le gustó el tono. Pero respondió:

—Sí.

A Liriel no le gustaron el tono ni su propio intento por descubrir lo que significaban aquellas cortas palabras.

—¿Entonces ella es nuestro milagro? ¿Es la chica *especial*? ¡Veamos de una vez cuál será el futuro de Sherwood en sus manos!

Y Robert de Locksley empujó con brusquedad a Liriel hacia un árbol. Snail Galford y Pequeño John se quedaron sin saber cómo reaccionar, un poco conmocionados con la actitud y aquel temperamento explosivo que no eran de él. Locksley había entrado en la historia como un idealista, bromista justiciero, realizador de malas y mortales pasadas.

Pero el hombre que estaba allí era distinto.

—¡Quédate ahí! —le ordenó a ella cuando la empujó contra el tronco del árbol.

Locksley se apartó unos cien metros. Tal vez un poco más.

Entonces, para conmoción general, preparó el arco y la flecha y los apuntó al corazón de Liriel Gabbiani.

«¿Acaso has visto regresar a una flecha?».

Lady Marion vio la escena de lejos y corrió hacia él.

—¡Robert! ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Locksley! ¡Detente, Locksley! —gritó Pequeño John, desesperado. El corazón de Snail Galford latía tan acelerado, pero tanto, que los latidos reverberaban en su caja craneana y tocaban música en el cerebro.

—¿Ustedes no creen en un milagro que nos salvará en una Nueva Era? ¿Por qué no conocerlo de una vez?

«Cuélguenme en una garrafa, como un gato...».

Los dedos comenzaron a liberar la flecha. Y el arco imploró por la liberación de la cuerda.

«... y tiren de mí...».

—¡Locksley!

—¡Robert!

«... y quien tire de mí».

—Si ella no lo logra, bueno, ¿no moriremos todos en el campo de batalla de todos modos? ¿O clavados en la plaza pública como Adam Bell?

«... dejen que reciba palmadas en los hombros...».

Él decidió que aquello ya había sido suficiente como para servir de catarsis a todo lo que sentía últimamente, así que se preparó para bajar el arco.

«... y que lo llamen...».

Fue cuando escuchó el último grito.

«Adam».

—¡Robin! —gritó Marion, y el apodo le pegó en el fondo de sí, pues le traía de nuevo el recuerdo del monje y sus palabras. Recuerdos de una parte de él que cada día parecía más distante y difícil de evocar.

El resultado fue que los dedos vacilaron y la flecha se soltó.

—¿Dónde está Anisio? —preguntó Axel, agitado, a una de las siervas del Gran Palacio.

—El rey Branford se sintió muy cansado y fue atacado por un ansia repentina de dormir profundamente, de la cual pidió no ser despertado...

Ese inexplicable sueño repentino no duraría mucho. Sólo lo suficiente.

La flecha voló en línea recta en dirección al corazón de la muchacha. Liriel no pudo pensar en lo que ocurría. No había tiempo ni oportunidad para la lógica en situación tan mortal. Lo que sucedió en la visión del mundo dentro de su mente, en aquel instante, debía considerarse un puro acto reflejo. Supervivencia.

Sintió otra vez el dolor en su frente de adentro hacia afuera en el momento que tenía que forzar. Forzar para mover.

Una vez más el tiempo transcurrió distinto para ella.

«¿Acaso has visto regresar a una flecha?».

El proyectil que demoraría casi un segundo en recorrer aquella distancia para ella tardó más. Por lo menos tres veces más. Los ojos desorbitados, la boca abierta, el corazón nervioso. La flecha venía hacia ella y ella se consideraba capaz de desviarla. A pesar de sus métodos violentos, el maldito negro lo había conseguido. Liriel nunca había comprendido de manera tan plena el mecanismo de todo lo que ella era capaz de hacer, quién sabe por qué motivo.

Y fue así como estiró la mano para mover la flecha.

Y escuchó el ruido de la punta clavándose en el árbol, justo a su lado, a la altura del corazón.

—¿Estás loco, Robert? —gritó Marion en la cara de él—. ¿Eres Robert de Locksley? ¿Eres aquel por el cual esos niños están aquí esperando para luchar? ¡Porque sinceramente yo no te conozco! ¡Y no es por ti por lo que ellos quieren entrar en el campo de batalla para morir, maldito!

«Pensar en eso te hace respetar cada flecha que lanzas en tu vida».

Locksley estaba asustado.

«Adam».

A su alrededor, los rostros de centenares de jóvenes también.

«Ellos temen lo que ven en ti, Robin, y lo que transmitirás».

Del otro lado, Liriel Gabbiani estaba junto al cuerpo de Snail Galford, el salvador

que la había jalado hacia sí en un acto reflejo milagroso, que impidió que la flecha le atravesara el corazón.

«Es por eso, y sólo por eso, que Sherwood no es libre».

Y Robert sintió miedo. Miedo de sí mismo. De todo lo que hacía. De que su causa no fuera lo bastante justa para lo que hacía. Miedo de haber reclutado espíritus que no deberían morir por órdenes suyas.

«A causa de ti».

Robert de Locksley miró a *lady* Marion con la misma expresión de un niño que sabe que cometió un error, ante un padre severo listo para reprimirlo.

Marion suspiró un poco más ligero después de esa mirada.

Al menos a ese Locksley sí lo reconocía.

— Señor Rumpelstiltskin —dijo un rey en extremo tenso ante un gnomo barón—. Si todavía está en pie su deseo de ayudarnos con su tecnología en un momento preciso ante las consecuencias de tu decisión de no comunicar a Arzallum el conocimiento de la alianza entre Ferrabrás y Bravaria, me gustaría tomar conocimiento ahora de tal ratificación.

—Su majestad, mi palabra anterior es todavía la misma de ahora y de todos los tiempos que vendrán.

—Necesito llegar en forma urgente a un lugar distante, y necesito de ti. De todos ustedes.

—¿Tan grave es la situación, majestad?

—Sí. Lo bastante grave como para que yo no pueda correr ni cabalgar. Lo bastante como para que yo necesite volar.

Muchas horas pasaron, y la tarde cedió su lugar a la noche en Arzallum. La media noche se aproximaba y era hora de dirigirse al lugar. Dos soldados reales operaban ya a João Hanson afuera de la cabaña, y en aquel momento él se despedía de una madre en lágrimas, con un rosario con la cruz de Merlín en las manos.

—Hijo mío... Hijo mío, por favor, tú no puedes... No puedes... —la madre comenzó a sentirse mal, y Anna y Golbez Narin acudieron a ella.

—Debo hacerlo, madre.

Él tomó la mano derecha de su madre y la besó.

—Te pido tu bendición, madre.

Ella derramó más lágrimas y dijo entre sollozos:

—Que el Creador te bendiga... hijo mío.

María Hanson temblaba; Ariane Narin también. La chica observaba el pasillo frente al cuarto de Ígor Hanson y veía a la Banshee esperando todavía.

—¿Tú... no quieres ver a tu padre, João?

—Aún no, madre.

—Pero... hijo mío... ¿Y si no...? —y la madre comenzó a sollozar y a llorar tomada del adolescente, mientras los padres de Ariane intentaban consolarla—. Tú no puedes... No te dejarte ir... No, hijo mío... No por segunda vez.

—Madre, los soldados me esperan. Hice un desafío. Y lo hice por él. Volveré. Te juro que lo haré.

La madre seguía sollozando.

—¿Alguna vez no cumplí una promesa que te haya hecho?

Poco a poco los padres de Ariane la separaron y él se dirigió a la salida antes de que la emoción de su madre empeorara. Al final no había forma de echarse para atrás ante una requisición por el Tribunal de Arthur. Ya no más acuerdos ni desistimientos. Se trataba de un tribunal que debe ser ejecutado. Pues era un tribunal de justicia semidivina, en el que se creía que el vencedor sería aquel que el Creador deseara y,

por eso, del lado correcto de la cuestión en duda.

Con la desesperación de la madre y su emocionante devoción al hijo, nadie había percibido a Ariane en el pasillo, frente a la Banshee. Bueno, nadie, salvo su madre.

—Ariane, es hora de irnos —llamó María Hanson.

En el camino hacia la salida, Anna Narin interceptó a su hija:

—¿Hablaste con ella? —preguntó la madre, en susurros—. ¿Sobre... el tribunal?

—Ella me quiso decir.

—Pero...

—Pero yo le pedí que no me lo mostrara. No hoy —y las lágrimas descendieron.

Anna comprendió. Habría hecho lo mismo en lugar de su hija. Todos los presentes abrazaron a João Hanson con fuerza, como si fuera la última vez. El joven no se conmovió con llantos ni súplicas. Su expresión fría demostraba que su mente ya estaba en el combate.

Fue así como, acompañado por Ariane Narin y María Hanson, João Hanson salió de su casa para un enfrentamiento de vida o muerte.

Lady Marion despertó cerca de la medianoche y vio a Locksley sentado cerca de la cama, con una vela en las manos.

—¿No puedes dormir? —preguntó ella.

—Ya sé —dijo él, como si aquello hiciera sentido. Ya sé cómo ganaremos la guerra.

El lugar acordado era un claro no muy apartado. Cuando João Hanson llegó al sitio, el muchacho quedó muy sorprendido. A ojo de buen cubero, allí había al menos quinientas personas. La historia del niño que escapó de la muerte en casa de una bruja para sobrevivir y desafiar al conde del odio a un duelo de honor en nombre de la chica amada y del padre condenado, era capaz de estremecer al más apático plebeyo.

João Hanson llegó de la mano de Ariane Narin y la reacción de todos fue inmediata.

Las personas lo señalaban y lo aplaudían, como habían aplaudido a Axel Branford tiempo antes en el Puño de Hierro, y levantaban velones como también lo habían hecho antes. Axel también estaba allí, en el centro de la arena improvisada, lo que sólo aumentaba la fascinación del populacho.

Los amigos de João Hanson fueron hasta él y lo abrazaron, y le dijeron cosas que salían del corazón. Incluso Héctor Farmer y Paulo Costard se aproximaron y le dijeron:

—¡Eh, Hanson! Nosotros... no esperábamos que todo esto ocurriera.

—Nunca hemos deseado que mueras, Hanson.

—Y aunque no nos llevamos bien contigo, quería... nosotros queríamos decirte que te consideramos un valiente por pedir el tribunal y entrar en esa arena.

João Hanson caminó hacia allí sin decir nada.

En el centro estaba, la arena improvisada, delimitada por un círculo de piedras. Había soldados que reforzaban los límites del cuadrilátero. Bradamante y Ruggiero estaban entre ellos, así como Axel y, junto a él, el caballero que testificaría el desafío, además de un respetadísimo magistrado, representante máximo de las leyes de Arzallum que haría valer las leyes antiguas.

Frente a ellos, una piedra con una pequeña rajadura. João Hanson debía presentar una espada de dos manos. En caso de que no la tuviera, un representante del rey debería proporcionarle una. Axel tenía un gran paquete en las manos y, al ver a María

Hanson, se dirigió a ella.

La joven lo abrazó como si fuera el salvador del mundo. Y tal vez para ella aquella noche en verdad lo fuera.

—¡Gracias al Creador que estás aquí! Pensé que no lograría...

—Te dije que vendría. Y que lo haría lo mejor que pueda. Traje hoy aquí al magistrado más respetado de todo el reino. Tal vez el más respetado del mundo.

—¡Entonces él impedirá todo esto!

—No, no es posible impedir un Tribunal de Arthur. Se trata de un camino sin regreso.

—Pero... pero... —María Hanson comenzó a perder la voz y a ponerse pálida—. Pensé que harías algo por João.

—Y lo haré.

Axel retiró la gran envoltura que cubría el regalo y descubrió una vaina negra adornada con hilos de plata cruzados, hecha de cuero estirado con varas de sauce. Encajada en la vaina había una espada de dos manos que, si no era la más bonita del mundo, además de no ser muy pesada, y por ende idónea para el tamaño de João Hanson, parecía haber participado en innumerables batallas y poseer un aura poderosa a su alrededor.

—¿Así es como pretendes ayudar a mi hermano? ¿Ayudándolo a entrar en un cuadrilátero donde podría morir? Tú...

Axel intentó aproximarse a ella.

—María, debes entender que tu hermano...

—¡Quítame las manos de encima! —gritó ella, histérica. Es innecesario decir cómo atraía aquello la atención general—. ¡No te acerques, Axel! ¡Estoy cansada de tus falsas promesas! ¡No me hables! ¡Ni me mires nunca más! Si mi hermano muere en esa arena, no quiero verte nunca más, ¿me escuchaste? ¡Nunca más!

Axel asintió y dijo:

—Él no morirá en esa arena.

—Hablas como si tuvieras la seguridad de eso.

—La tengo.

Axel se apartó y Ariane consoló a María, aunque también estuviera hecha un manojo de nervios.

Entonces vino un silencio, seguido de una explosión de abucheos cuando el conde Edmundo llegó al lugar. A nadie le gustaba aquel hombre y nadie lamentó que la hacienda de Los Esqueletos fuera quemada. Las personas lo insultaban, le arrojaban objetos, le escupían, y el conde parecía transpirar más cólera con cada reacción adversa. Protegido por los escudos de los guardias, llegó hasta la arena improvisada entre círculos de piedras. Y caminó hasta el centro.

Axel llevó la espada hasta João Hanson, la desenvainó y dijo:

—Esta es *Dharuma*. No me gustan las espadas y, cuando las uso, prefiero las más ligeras. Sin embargo, en jornadas importantes suelo cargar esta arma como un talismán. ¡Fue con esta espada que mi padre inició la Cacería de Brujas! ¡Fue con esta con la que corté la pierna de Jamil Corazón de Cocodrilo! Y es con esta con la que matarás al conde del odio en este Tribunal de Arthur. ¿Me entiendes, João Hanson?

João Hanson la tomó con firmeza y, con una expresión demoniaca que parecía ajena a él, caminó hacia el centro del círculo de piedras.

El caballero lo saludó con un gesto de cabeza, en el que se reconocían ideales como respeto, sin necesidad de decir nada. El magistrado se presentó:

—Señores, soy lord Wilfred de Ivanhoe, magistrado nombrado por el rey Primo Branford tras la Cacería de Brujas y representante máximo de las leyes actuales y de las leyes antiguas de Arzallum. Estamos hoy ante un Tribunal de Arthur en nombre de la honra de João Hanson contra el conde Edmundo Dantés. La parte ofendida debe ceder su arma.

Y João Hanson entregó la espada al magistrado. El señor debía estar frisando los sesenta años. Sus cabellos y barbas blancos le daban un aspecto sabio, de quien adquirió sabiduría en la experiencia.

Pareció reconocer a *Dharuma* cuando la recibió.

—¡Señores, por la autoridad atribuida a mí, establezco de manera oficial, ante el permiso del sagrado Creador, el ejercicio del Tribunal de Arthur!

Y la espada fue clavada en la piedra.

Silencio. El conde Edmundo desenvainó su espada, que recordaba a un sable con la lámina un poco más pesada, y esperó. En el cuello, él aún traía el cordón que sujetaba el anillo de leñador de Ígor Hanson. Todos sabían que centenares habían muerto en sus manos a lo largo de su fascinante trayectoria de venganza y que, por más que la edad se hubiera impuesto, aquel hombre era un espadachín hábil y experimentado.

Lord Ivanhoe se apartó, a la espera de que João Hanson diera inicio al duelo cuando estuviera listo. Una vez más se hizo el silencio.

Y João Hanson, sin demora y todavía con su expresión demoniaca, retiró con las dos manos, en un único movimiento, la espada de la piedra.

La princesa Blanca Corazón de Nieve estaba acostada dentro de una caja de vidrio en la aldea de La Mina, al pie de la montaña de maestre Orgullo. Cada una de las Siete Montañas poseía una aldea al pie, y la raza enana presente suele reflejar las principales características de su maestre. En la montaña de maestre Orgullo, donde los otros maestros gustaban de reunirse cuando era necesario, la mayoría de los enanos se dedicaba a estudiar las escrituras e intentar progresar en el plano espiritual, dedicados como monjes en busca de orientaciones semidivinas.

En todo momento el pueblo enano manifestaba su solidaridad en relación con aquella triste historia y depositaba arreglos de flores o ponía velas encendidas al pie de aquel monumento de vidrio. La princesa dormía como si estuviera muerta, dentro de su caja de cristal cerrada. La piel de vidrio, cada vez más áspera y reflejante, ya había tomado casi todo el cuerpo, subido por el tronco y pasado por el cuello. En ese momento aquella costra que recordaba al vidrio comenzaba a invadir el área alrededor de las orejas y de los ojos, en dirección a la boca y la nariz.

—Maestro —dijo un monje enano, discípulo de maestre Orgullo—, ¿no podemos hacer algo más, aparte de rezar con fe por la princesa de Stallia?

—Si rezan con fe al Creador por alguien en un deseo de altruismo, ¿qué pueden temer?

—Pero, maestro...

—Si el Creador está con ustedes, ¿quién estará en contra? Humanos o enanos, todos somos creaciones amadas por los semidioses. Existen razas preferidas, pero ninguna de la cual deban arrepentirse.

—Además de nuestra fe más profunda, maestro, aún así se necesita un milagro —insistió el discípulo.

Y un ruido ensordecedor comenzó a apoderarse de las estrellas de las Siete Montañas. Las luces invadieron el cielo oscuro, llamando la atención de miles de enanos que se amontonaron en cada aldea para señalar aquello que surgía de los

cielos y se preparaba para descender en la montaña de Orgullo.

El discípulo y Orgullo miraron aquello que se aproximaba. El maestro enano era todo sonrisas.

—No, sólo se requiere fe.

Las espadas se cruzaron una, dos, tres veces. Después cuatro, cinco, seis, siete. Al contrario de un torneo como el Puño de Hierro, esta vez el público no gritaba con euforia ante los embates de los dos enemigos. A final de cuentas esta vez se encontraban ante un duelo de vida o muerte. Un duelo en el que ellos sabían que uno de los dos moriría aquella noche. Por eso las reacciones que se despertaban no variaban mucho de un silencio angustioso que erizaba y hacía que las uñas se clavaran en las pieles, y que asimismo provocaba gritos de susto cada vez que una lámina se acercaba demasiado a un rostro.

Lo que más impresionaba era que João Hanson, el muchacho de quince años, por más que estuviera nervioso, se mantenía firme. Y por más que últimamente trabajara como leñador, con lo que había ganado alguna condición física, parecía saber manejar una espada como si hubiera sido entrenado con anterioridad.

Ahora, imagina todo eso junto en la cabeza de María Hanson.

—Por lo visto el joven señor Hanson la tiene sorprendida, señorita Hanson.

María miró hacia un lado en dirección al extraño y volvió a mirar hacia la lucha con los nervios destrozados. Entonces su cerebro percibió que no era un extraño y ella volcó su atención en él, para decirle casi llorando:

—Profesor...

Ella abrazó a Sabino von Fígaro como lo habría hecho con su abuelo o con su propio padre, si acaso él estuviera allí. Ariane ni siquiera era capaz de mirar. Se arrancaba un pedazo de uña tras otra, igual que un águila renovando sus garras.

El público gritó en el momento en que el sable hizo un tajo a la altura del cuello de João. Las espadas se cruzaron una, dos, tres, cuatro veces más. Una vez más João Hanson hizo una finta por arriba. El conde se preparó para defender el golpe.

Y la lámina de *Dharuma* corrió en diagonal de abajo para arriba, con lo que alcanzó a rasgar el ojo izquierdo del conde.

Edmundo gritó y se apartó para cubrirse el ojo herido.

—¡So...! ¡So...! —el ojo derecho vio la sangre en la mano. Sólo el ojo derecho. Y fue entonces cuando el conde entendió que el otro no sólo estaba herido, sino ciego. Entendió que, aunque venciera en aquel duelo, saldría de él para siempre con el recuerdo eterno de una visión menoscabada.

—¡Hanson! —gritó Axel. Aquello no debería estar permitido, pero... bueno... ¿quién le llamaría la atención al príncipe?—. ¡Luna creciente, en contraataque!

En la arena João Hanson no se volvió hacia Axel Branford, pero a pesar de mantener la posición de guardia, modificó la forma de sujetar la espada, al invertir el puño superior en el mando.

Y María Hanson se dio cuenta de ello.

—Profesor, ¿cómo es que él entiende esos términos? —María agarró a Sabino con las dos manos y comenzó a sacudirlo, con desesperación en la voz—. ¿Cómo puede João conocer técnicas de espada, profesor? ¡Esos movimientos son, no sé, de caballeros!

Sabino suspiró:

—Hace tiempo que el joven señor Hanson la ha venido sorprendiendo, María. Usted sólo se rehusó a ver.

Fue entonces, y sólo entonces, cuando María Hanson concluyó que aquello sería difícil hasta para los semidioses.

Flash.

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, una finta, abajo, derecha.

—¿Qué es eso, João?

—¿Qué, muchacha?

—¿Qué es eso que cuentas de «izquierda para allá», «derecha para acá»? ¿Ahora tomas clases de baile?

—¡No, rayos! Esto es de la clase de... ajedrez.

—¿Jugadas de tablero?

—Más o menos...

De súbito, María Hanson se apartó del cuerpo de su profesor. Los ojos completamente abiertos.

Flash.

Catedral de la Sagrada Creación.

—Él es medio cerrado de vez en cuando... desde que sucedió aquello. Sufrió

mucho en aquel episodio, ¿sabes? Estuvo preso debajo de una escalera, en la oscuridad, torturado todo el día por esa...

—Me imagino cuán traumático debió ser para él. Y para ti.

—Sí, lo fue. Poco a poco lo ha ido superando. Somos muy unidos en cuanto a eso. En cuanto a todo. Y él es muy inteligente. Será un gran pensador. ¿Sabías que pertenece a un club de ajedrez? Entrena tres veces por semana. ¡Sólo que nunca me deja ver!

—«Ajedrez», ¿eh? Es algo que nunca pensé...

El corazón de María Hanson latía acelerado. Pero latía muy acelerado. El sudor comenzó a escurrirle por la frente como si fuera un acto de tortura.

«“Ajedrez”, ¿eh?».

Se acordaba de la reacción de Axel. Él había sonreído ante el término. Ella imaginó que estaría sorprendido por el descubrimiento de aquello a lo que su hermano dedicaba su tiempo, más...

«Es algo que nunca pensé...».

... ahora se daba cuenta de que en realidad él estaba sorprendido por el descubrimiento de aquello a lo que ella creía que su hermano dedicaba su tiempo.

Y esa conclusión hizo que sus rodillas se aflojaran, cuando su memoria volvió a aquel día increíble en que ella conoció y salió con Axel Branford por primera vez. El día en que João Hanson y Ariane Narin se metieron en la carreta de heno para seguirla y descubrir quién era el tipo audaz que osaba salir con una Hanson sin antes pedir permiso.

Y ese recuerdo le revolvió el estómago.

Flash.

—¡João! ¿Pero qué haces aquí?

—Yo no soy admirador de nadie —dijo el niño, enojado—. ¡Estoy aquí para saber quién es ese sujeto misterioso que se atreve a llevarte a pasear sin pedirme permiso ni a nuestro padre!

—¡No! ¡No doy crédito que hayas hecho eso, niño!

—¡Oye, estoy haciendo mi papel de hombre! Además, no sabes si ese tipo es de familia. Puede ser un tarado o un maltratador de doncellas... O un príncipe...

En ese momento el niño se había quedado helado. Congelado.

Y María, como cualquier otra persona sensata en el mundo, lo interpretó como la conmoción natural de un niño plebeyo que descubre que su hermana plebeya ha

estado saliendo con el príncipe de su reino. Pero, analizando aquel momento, el razonamiento cambiaba por completo.

La reacción estupefacta de João Hanson no era sólo la de alguien con temor de haber hecho una gran tontería. Era la de alguien que tenía miedo de ser delatado.

—Mi Creador... Él sabía... —dijo ella, conmocionada, y se volvió hacia Sabino para exigirle—. Axel lo sabía, ¿no es cierto? Axel conocía la verdad.

Sabino pensó y vio que ya no había marcha atrás.

—Él no sabía que ustedes eran hermanos. Pero, siempre que puede, da clases de pugilismo a los voluntarios de aprendiz de caballero.

María Hanson se sintió como una tonta. Y contempló la arena, donde su hermano aún esperaba a que el conde Edmundo se recuperara de la pérdida de un ojo.

«¿Así es como pretendes ayudar a mi hermano? ¿Ayudándolo a entrar en un cuadrilátero donde podría morir?».

—Pero ¿cómo es que no me lo pudo decir en todo ese tiem...? —María abrió mucho los ojos una vez más y tuvo que llevarse las manos al estómago cuando sintió un connato de vómito—. Usted... usted también lo sabía, ¿no?

—María, para que un joven sea candidato a aprendiz de caballero real, se necesita una recomendación —dijo, serio—. ¿Quién crees que podría haber recomendado a João Hanson?

María sintió una nueva arcada.

«Él no morirá en esa arena».

—¿Por qué... por qué ustedes nunca...?

—Existe un código, María. ¡Un código de honor y de palabra! Esos muchachos se vuelven una familia y todos se protegen. ¿Por qué crees que personas como él y los gemelos Darin se protegen todo el tiempo?

Y el conde gritó de ira por el dolor que se apoderaba de su cuerpo, y avanzó babeando de odio hacia João Hanson. El joven, con su mirada concentrada y los cabellos cortos, rapados a navaja, esperó en posición de guardia.

«Hablas como si tuvieras la seguridad de eso».

El conde se aproximó y se aproximó y se aproximó, y João Hanson lanzó su golpe.

«La tengo».

La luna creciente trazó un dibujo con el filo del arma de abajo hacia arriba, en busca de las vísceras del conde Edmundo. La lámina perforó la carne con el impacto y, con el puño de arriba invertido como estaba, João Hanson empujó aún más la espada hacia el frente, haciendo que el filo penetrara cada vez más profundo. Heces y sangre quedaron expuestas en el momento en que las vísceras y el intestino de Edmundo Dantés saltaron con violencia hacia afuera.

Y el conde del odio cayó.

João Hanson permaneció en la posición final por algún tiempo más, hasta creer en ella. Convencerse de que estaba vivo y había sobrevivido. Y de que había vencido.

Y creer que, por primera vez, ese muchacho de quince años había matado.

Cuando João Hanson se irguió, la estupefacción de la multitud se desvaneció y las quinientas personas comenzaron a aplaudir y a silbar, así como a gritar su nombre. Su apellido. Ariane Narin entró corriendo a la arena, sin querer siquiera saber si eso ya estaba permitido, y se lanzó sobre el muchacho. Cuando los cuerpos se apartaron, entre llanto y voz trémula, antes de que él dijera la frase, ella la dijo primero:

—Yo te amo.

Y al fin, un cansado João Hanson esbozó una abierta sonrisa.

Finalmente él siempre había sabido que aquello era verdad.

El rey Anisio Branford descendió apresurado del *Vishnú* y pasó entre enanos esmerifectos en dirección al mausoleo de vidrio en que se encontraba el cuerpo de la princesa.

—Entonces fue verdad lo que me fue mostrado en sueños —dijo el rey Anisio al aproximarse a maestre Orgullo.

—Agradezca al maestre enano después de cumplir su misión.

Los otros seis estaban presentes. Anisio tocó la piel de la princesa y sintió que sus cabellos se erizaban.

—Por el sagrado Creador, ¿qué es esto, maestre enano?

—Piel de vidrio. Cuando llegue a la nariz y a la boca, ella dejará de respirar.

El corazón de Anisio se aceleró y tocó el rostro de su princesa. La nariz ya estaba con la misma característica de la costra que se había apoderado de la piel. Los labios comenzaban a cicatrizar en la misma forma y Blanca Corazón de Nieve estaba a algunos minutos de su propia muerte.

—¿Y qué puedo hacer? ¡Díganme! —gritó él, desesperado. De su rostro nacieron lágrimas del mismo sentimiento—. ¿Qué puedo hacer?

Maestre Orgullo le entregó un cuchillo. Anisio continuaba un poco desconcertado para comprender el motivo.

—¿Qué debo hacer con esto?

—Si posees la «marca», entonces sabes lo que debe ser hecho.

Aquello fue como una inmensa hoguera encendida en una caverna húmeda y oscura. A pesar de la angustia, el corazón de Anisio Branford latió más ligero, porque el rey de Arzallum entendió.

Fue el momento en que los siete maestros enanos levantaron los brazos y canalizaron el éter. El momento en que centenares de enanos presentes se arrodillaron y rezaron en nombre de un Sagrado Creador a miles de semidioses.

Y que las lágrimas, antes de desesperación, se convirtieron en lágrimas de alivio.

«¿Sabes que las lágrimas de un príncipe son ingredientes poderosos en los rituales mágicos?».

Las gotas caían del rostro de Anisio y tocaban el de la princesa de nieve.

«¿Es así, princesa? ¿Y las lágrimas de los reyes?».

Y todo cuanto pulsaba en el mundo, y a través del mundo, en aquel instante pareció emitir una fuerza únicamente buena.

«Esas son capaces incluso de purificar un espíritu...».

El más grande de los reyes tomó el cuchillo y, antes de que la piel de vidrio se apoderara por completo de los labios de ella, él, con extremo cuidado, los marcó con un símbolo en forma de #.

La marca hizo brotar la sangre. El rey la limpió.

Entonces Anisio Branford inspiró a fondo, lo más a fondo que pudo, juntó sus labios en los de Blanca Corazón de Nieve y sopló en ellos su fuerza vital.

Ante el mantra de centenares de enanos y la fuerza de los siete maestros, la temperatura del cuerpo de Blanca Corazón de Nieve aumentó como si tuviera fiebre. Se escuchó entonces un ligero estallido. Y otro. Y otro. Y entonces la piel se partió a la altura de los pies. Y se partió a la altura de los muslos y las rodillas. Y a la altura de los brazos y los senos y la garganta y la frente y los ojos. Pequeñas rajaduras comenzaron a estallar de manera secuencial, a la misma velocidad que el corazón de Anisio Branford. Y entonces el cuerpo adormecido tembló y tembló.

Con un único sonido, la piel de vidrio se partió en miles de pedazos, como si se hubiera roto un espejo.

La princesa buscó inhalar aire, como un ahogado que emerge de vuelta. Y cuando al fin abrió los ojos, el mundo volvió a ser bueno. Cuando ella encontró el rostro de Anisio Branford, el mundo sólo podía ser bueno. Y fantástico.

«Nosotros rompemos nuestros espejos».

Exactamente como en las historias que le gustaba leer. Como en los relatos que le gustaba escuchar.

Exactamente como en los cuentos narrados por bardos.

Como en los cuentos fantásticos.

Como en los cuentos de hadas.

—Felicidades por tu coraje, hijo. Un joven como tú debe ser muy valiente para haberlo que hiciste hoy en este círculo —quien dijo aquello a João Hanson fue lord Ivanhoe, uno de los héroes originales de la Cacería de Brujas, y uno de los caballeros más conocidos e importantes del mundo.

—El señor Hanson siempre entrenó con mucho ahínco para convertirse en un aprendiz de caballero, lord Ivanhoe —dijo Axel—. ¿Sabía que él fue el muchacho que sobrevivió al macabro incidente de la Casa de los Dulces?

—Vaya, mira nada más —el magistrado estaba en verdad sorprendido—. Eres un muchacho especial, señor Hanson.

—Muy honrado, lord. —João temblaba al hablar con alguien tan eminente como aquel héroe de guerra.

—Caballero Grimaldi —el magistrado llamó al caballero que había sido el gran testigo de la petición de João de aquel tribunal.

—Mi lord...

—Acaso conozcas la fama que respalda el coraje de este muchacho, ¿no es verdad?

—Aunque no la conociera, a lo largo del día no hubo modo de ignorarlo, señor.

—Pues hace tiempo pienso en adoptar un pupilo. Los años avanzan y temo que debo transmitir un poco de la experiencia aprendida, de modo que no se pierda, ¿comprendes?

João sintió que las piernas se le aflojaban aún más que antes de comenzar el combate mortal.

—Su excelencia tiene mucho que enseñarnos a todos nosotros —respondió el caballero Reinaldo Grimaldi.

—Pues parece que nuestro señor Hanson ya aprendió cuanto podía sobre lo básico de la escuela de aprendices. Creo que hasta mucho más de lo básico. A fin de cuentas, ¿cuántos muchachos has conocido antes de él que sobrevivieran a la trampa

de una bruja y mataran a un espadachín experto antes de los dieciséis años?

—Sólo este, su excelencia.

—Bien, nunca estuve en la trampa de una bruja. Pero, como decía, creo que ha llegado la hora de que el señor Hanson avance una etapa. Me gustaría enseñarle algunas cosas que aprendí como caballero, pero, antes de eso, quisiera que se salga del entrenamiento de las escuelas y aprenda en la práctica la rutina de un escudero. Y me gustaría que aceptes mi pedido de tomar la tutela de este promisorio muchacho por el tiempo que considere adecuado, hasta que se encuentre listo para alzar vuelos más grandes. ¿Qué me dices, caballero?

Ariane abrió la boca y los ojos, apoyada en un hombro de João.

—Será un gran honor, señor —y el caballero se volvió hacia al adolescente—. João Hanson, ¿te gustaría convertirte en mi escudero?

—Con toda certeza, señor —dijo él, con la voz trémula.

—Sin embargo, me gustaría advertirte que la vida de escudero no posee la mitad de la pompa que la gente se imagina. Y que seré un tutor riguroso. Así que, si en verdad quieres seguir con esto, debes estar consciente de que puedo hacer que el próximo año sea el peor de tu vida.

—Deberá esforzarse para ello, señor.

Reinaldo e Ivanhoe rieron mucho con la respuesta. Por más que fueran a convertir la vida de ese muchacho en un verdadero círculo de Aramis durante el entrenamiento, a los dos les había gustado mucho el espíritu guerrero que habitaba en aquel adolescente.

—Está hecho entonces —dijo lord Ivanhoe—. João Hanson se volverá escudero del caballero Reinaldo Grimaldi hasta que solicite su tutela, y a lo largo de los meses su familia recibirá todos los beneficios que tal condición impone, incluyendo la ayuda en monedas de reinas. ¿Aprueba tal actitud y condiciones, príncipe Axel Terra Branford?

—Con toda la satisfacción que eso me produce, lord Ivanhoe.

João Hanson se puso de rodillas y comenzó a llorar.

Mientras atendía una solicitud, el rey Anisio Branford conversaba con maestro Ira y maestro Orgullo.

—Su majestad se acuerda cuando, en la época en que vestía la piel de hombre-sapo, le ofrecí mi ayuda?

—Jamás lo olvidaré, maestro Ira.

—¿Y recuerda su majestad que acepté una solicitud suya de tolerancia forzada para no quitarle la vida al trol ceniciento?

Anisio se sorprendió. Ya había olvidado aquello. Pero en ese momento volvía a recordarlo bien.

—Sí, ahora recuerdo, así como que lo hice porque te prometí una deuda por el resto de la vida, que me sería cobrada en tu nombre o en el de otros maestros enanos en caso de que un día lo necesitaran.

—Pues la cobraremos en breve —dijo maestro Ira, con su expresión de pocos amigos.

El rey Anisio se preocupó. No le gustaba el tono de aquel viejo maestro.

Y «en breve» le gustaría aún menos.

Axel se preparaba para subir en *Boris*, el corcel que lo había llevado al lugar. En ese momento Muralla, el trol ceniciento, le decía:

—Axel, te quería decir que... me ausentaré. Haré un viaje.

Axel desistió incluso de subir en el corcel.

—¡Eh! ¿Estás hablando de aquel compromiso?

—Sí.

—Por lo visto no me dirás a dónde vas.

—Es un viaje personal. Debo hacerlo solo.

Axel asintió.

—Tienes razón. A final de cuentas nunca tomaste vacaciones, ¿no es verdad? Y no imagino cómo debe ser una playa con bellas trols con poca ropa, pero debe ser una bella visión para ti, ¿no?

El trol pareció sonreír.

—¿Sabes?, me gustaría agradecerte todo. Si no fuera por ti, aún sería esclavo en las arenas de Metropolitán y juzgado por mi apariencia por los humanos. Tú me diste libertad y dignidad. Y si fuera preciso sería capaz de dar mi vida para probar mi gratitud.

—Amigo, soy yo el que debe agradecer cada segundo en el que tu amistad me enseñó cómo cambiar al mundo. Pues si dos especies coexisten en amistad sincera, ¿quién puede detener el amor incondicional cantado por Merlín?

—A pesar de ser tu siervo, me gusta pensar en ti como amigo, Axel.

—¡Nunca fuiste mi siervo, Muralla! Siempre fuiste mi mejor amigo.

El trol apretó con todo cuidado la mano del príncipe, para no aplastarle los dedos. Y aún así el apretón de manos resultó fuerte.

—¡Está bien, dame un abrazo antes de que llore! —dijo Axel, sonriente.

Y un trol de dos metros y medio de altura abrazó a un ser humano que poseía un espíritu de su tamaño.

—Nos veremos pronto —dijo Axel.

—Así espero merecerlo.

Y el trol Muralla se fue.

Aquella sería la última vez que Axel Branford vería al trol ceniciento Muralla aún vivo.

Ariane Narin le agradeció al niño-espectro, el espíritu mudo, por haberla ayudado y guiado a João Hanson hasta ella en el momento en que más lo necesitaba. Aquel árbol ya no es mío ni de él, Mudio. Ahora es tuyo. Quiero decir: también es nuestro, claro. Pero también tuyo. ¡Te lo estamos regalando!

El muchacho pareció sonreír y se fue.

«¿Un pino? Qué perfecto...».

Aun en la condición de magia verde que lo ataba a semejante situación, aquella resultó una gran satisfacción.

«Ellos simbolizan la fe y la esperanza, además de servir como metáfora para el árbol de la vida».

Aquella noche él llegó a aquel árbol y pasó el dedo sobre el tronco del lado opuesto donde estaban grabados los nombres de João y Ariane.

«En algunos lugares les dicen “siempre verde”».

El dedo dejó grabado su apellido en aquel árbol:

Geppetto.

De nuevo el príncipe se preparó para montar a *Boris* cuando escuchó una voz femenina:

—Axel...

Era María Hanson. Tenía una expresión temerosa. Y él se dio cuenta.

—María...

—Axel, ya no hay vuelta atrás para nosotros, ¿verdad? —dijo ella, a su lado, con los ojos rojos.

—Yo... no lo sé, María.

—¿Sabes? No sé si te adoro o te odio porque nunca me contaste sobre mi hermano. Ni sobre...

—Espero que un día lo descubras —dijo él, con seriedad—. Pero también espero que sepas, por el resto de tu vida, que me convertiste en un hombre consciente de mis responsabilidades. En un hombre mejor. Que luchaste a mi lado en aquella Arena de Vidrio. Y que no importa dónde esté ni con quién: tú serás para siempre la mujer de mi vida.

María Hanson comenzó a llorar. Axel la tomó de los hombros y ella se apoyó en su pecho. Permanecieron abrazados por un tiempo demasiado largo, pero nunca lo suficiente.

Entonces ocurrió el último beso.

—Me gustaría que lo lleves. —María se quitó el anillo que traía en el dedo, el mismo que los leñadores daban a sus almas gemelas, y se lo ofreció— para que te acuerdes de mí.

Él le cerró la mano sin tocar la rústica joya:

—Entonces no puedo aceptarlo.

—No comprendo —dijo ella, sorprendida.

—Aceptar algo para recordarte, María Hanson, sería admitir la posibilidad de olvidarte.

El corazón de María no paraba de latir ni sus ojos de llorar. La mano de él ya estaba en la silla de *Boris*.

—Te habría amado —dijo ella, con voz ronca.

—Lo sé.

El príncipe saltó sobre el caballo y, antes de que a causa de la muchacha desistiera de aquello que debía hacer, partió sin mirar atrás. Incapaz de mirar atrás. En lo alto, *Tuhanny* rasgó los cielos estrellados junto con él. Esta vez, en solidaridad con los diversos sentimientos que latían en el pecho de aquel príncipe, permaneció en silencio.

Las hadas no sonreían ni lloraban.

María Hanson lo miró partir, apretando en la mano derecha el anillo de leñador rechazado.

«Aceptar algo para recordarte, María Hanson, sería admitir la posibilidad de olvidarte».

Aquella noche, en las alturas, brillaba la estrella de Shakespeare.

João Hanson entró a su casa, acompañado de su hermana y de Ariane Narin. Su madre sollozó y sufrió una crisis nerviosa cuando lo vio. Vivo. Todo en aquella casa pareció estar bien por un momento, pero todavía no lo estaba. María Hanson había pasado por casi todas las pruebas del mundo a lo largo de ese día, pero la última estaba por venir. Y fue así, con la conciencia de lo que estaba por ocurrir, que ella apartó a su madre de João y la llevó con los padres de Ariane para calmarla y prepararla.

María Hanson entró primero en el cuarto de su padre. Le acarició la cabeza y lloró sus últimas lágrimas de la noche. Le prometió cuanto él siempre supo que cumpliría, así como cuidar de la madre que siempre veló por ellos. Sus lágrimas hacían que el corazón se pusiera frío como el invierno, y la respiración, difícil como la nieve.

Después de ella fue el turno de Érika Hanson, más calmada. La mujer se mostró fuerte y dijo a su marido:

—Lo lograste, cabeza dura. Tus hijos están aquí, conmigo... vivos. No importa lo que pase con nosotros, ellos ya saben andar con sus propias piernas y elegir sus propios caminos. Tu sangre vive en ellos y también tu obstinación. Y no importa, en verdad que no importa a dónde vayas, mi amor me llevará a ti.

Besó a su marido en los labios y salió con dificultad. Afuera, Ariane miró a la Banshee, que se mantenía atenta, y tomó el brazo de su novio.

«¡Ya te dije que tu padre dice cosas sin sentido y hablaba en serio, sólo que lo que no te dije es que una cosa, de entre todas las locuras que dice, me dio la pista para entender muy bien!».

Por último entró João Hanson. El hombre João Hanson.

«¡Últimamente te llama a ti!».

Ariane Narin lo observó ingresar a la habitación del pasillo y percibió que, en el momento en que abrió la puerta, la Banshee al fin se levantó y entró con él.

«Un día descubrirás cuántos sacrificios son necesarios para mantener a una familia».

João suspiró y caminó hasta el hombre acostado.

«Sacrificios que nos cobran precios altos».

Estaba decidido a hacer aquello sin derramar una sola lágrima que demostrara debilidad.

Pero no sería tan fácil.

—¿Sabes? Ya sobreviví a la muerte. Más de una vez. Vencí a brujas sanguinarias. Me enfrenté a muchachos dos veces más grandes que yo. Y maté por primera vez. Yo... hoy... ya no soy un niño asustado con un mundo desconocido y ante un mundo desconocido. Soy un hombre que asume su papel ante una familia que lo necesita. Sé que tuvimos diferencias sobre muchos asuntos y que vemos la vida de manera diferente. Al principio creía que tú no me amabas, pero las pocas, pero fuertes experiencias de vida que tuve hasta ahora, resultaron suficientes para mostrarme que el amor no tiene límite y que no importa ya si sabes o no demostrar tu amor por mí en la forma como me gustaría. Independientemente de la intensidad con que te dedicaste a mí, sé que me amaste con todo lo que pudiste. Mas no hay experiencia que prepare a un hijo para un momento como este. No la hay. Es un hecho. De una cosa al menos estoy seguro: sé que estás orgulloso de mí. Sé que oraste a escondidas, cuando nadie miraba, para que me convirtiera en el caballero que siempre soñé, aunque no demostraras tener fe en ese sueño. Sé que fuiste capaz de cometer errores terribles a lo largo de tu vida, ¿pero cómo juzgar el error de un hombre que vende su propia alma para salvar a sus hijos? ¿Sabes? Sé que la vida fue dura contigo y que te aferraste tanto a ella que te olvidaste de la capacidad de soñar y de creer en un sueño. Pero me gustaría que hoy supieras que yo soy tu sueño. Y que todo cuanto un día soñaste existe en mí. Y existe en mi corazón. La sangre de esta familia, tu sangre, corre por mis venas, y si fallé en tu salvación, y si fuera preciso que sirva como esclavo de las brujas en tu lugar allá, en Aramis, lo haré con placer por el resto de la eternidad. Porque tú fuiste mi héroe de la infancia. Y serás siempre mi único héroe. Cada paso que dé, lo daré contigo. Cada vez que respire, respiraré contigo. Y no importa dónde esté, jamás olvidaré cada momento en que exististe en mi vida. Eres el motivo por el cual yo respiro... y el motivo por el cual sigo soñando. No importa cuán difícil sea la senda que aún deba trillar: caminaré con la cabeza erguida y sin dejar jamás que otros escuchen mis lamentos. Y te haré la promesa de que si un día, si algún maldito día mi castillo de piedras se derrumba, aun así ¡me mantendré sobre una base firme! Y cuando el estruendo haya terminado, y cuando el viento pare de soplar y el polvo se haya asentado, seguiré de pie.

João Hanson tomó la mano de su padre. Había muchas lágrimas en sus ojos. Mas no eran lágrimas de flaqueza; por el contrario, eran lágrimas que lo fortalecían.

Lágrimas que aliviaban corazones fríos como la nieve.

La Banshee lloró de un solo lado de la cara y ese llanto resultó distinto para ella.

Y de su bolsillo el último Hanson retiró el anillo que había tomado del cordón del conde muerto. Un anillo de derechos. Un anillo de leñador.

«Sacrificios que no pueden ser juzgados ni evitados».

Y el anillo fue colocado de vuelta en el dedo del padre.

«Sacrificios que nos cambian para siempre».

Una lágrima escurrió con lentitud por un lado de uno de los ojos de Ígor Hanson.

Y el hilo de plata al fin se cortó.

Entre llantos, reivindicaciones y amor, apenas quedaba aire para las últimas palabras de João Hanson, que resonaron en aquel recinto antes de que la Banshee lo dejara.

Palabras como mantras. Como sueños despiertos. Como oraciones a un Creador.

Palabras que terminaban una historia como estaba escrito que debía concluir:

—Gracias, papá.

Epílogo



El día de la guerra llegó. Esta vez fue señalado por dos estrellas de dos de los mejores semidioses que han existido y que brillaron más fuerte al anochecer. Sin embargo, la guerra comenzó en la tarde, cuando aún había luz para iluminar el escenario que vertería la sangre que sería absorbida por la tierra. Así funcionan los escenarios de guerra: como receptáculos de plantas carnívoras que se alimentan de la muerte de cadáveres sin nombre ni identidad.

Robert de Locksley pensaba en eso mientras iba al frente de su ejército de niños huérfanos, los nuevos niños alegres, camino de un viaje acaso sin regreso.

«¿Cuántas guerras serán necesarias para que tengamos un poco de paz?».

El lugar era un claro abierto, donde soplaba un viento frío capaz de hacer temblar a un hombre, ubicado en la línea divisoria del condado de Sherwood y el reino de Stallia, donde el sol había derretido un poco de la nieve acumulada por el invierno.

Ellos llevaban armas en las manos. Armas cortantes. Armas capaces de traer la libertad mediante la muerte violenta. Tanto del hombre que las portaba como del que combatiría con él en pro de la creencia de conceptos que serían impuestos.

«El amor sólo se encuentra en la libertad».

Ellos caminaban despacio. Caminaban sin miedo. Como si supieran que el mundo estaba a su favor, sin importar lo que ocurriera. Como si el mundo fuera justo con el hombre libre.

«Pero la libertad es un acto interno».

Como si lo correcto y la verdad caminaran de la mano de cada uno en aquel futuro campo de batalla improvisado. Pues el mundo, para ellos, incluso cerca de la muerte, podía ser bueno.

«Sólo para el hombre que no vive de rodillas».

El ejército de Stallia surgió al fondo. Los arqueros-espadaquines. El mismo ejército que había vencido a los antiguos *merry men* y puesto de rodillas a todo un

ideal pregonado por un hombre capaz de hacer que las personas murieran por él.

«El pueblo te considera un libertador, digno de un salvador del mundo».

Un hombre capaz de tocar el dedo del Creador.

«¿Tú también te ves así, Robin?».

Un hombre capaz de reclutar espíritus.

«Fue así, con esa duda, como todo comenzó».

A cada paso Robert de Locksley recordaba al Robin Hood adolescente. Y a cada paso incluso percibía la diferencia entre ellos día tras día.

«Yo represento un sueño».

¿Hasta dónde podría un hombre dictar los sueños de una humanidad sin tocar lo semidivino?

«Las personas creen en ese ideal por mi causa».

¿Por qué, al final, un ser humano o un ser de cualquier otra especie necesita siempre de un líder que le despierte sentimientos que él mismo adormeció dentro de sí, implorando, sin embargo, que algo o alguien los despierte?

«Si yo misma me conformé con mi destino, ¿por qué tú no?».

¿Por qué pasar la vida detrás de una búsqueda que dé significado a la existencia?

«Porque ningún hombre puede admitir la vida sin libertad».

¿Qué le falta a una persona para que ella misma tome las riendas de su destino, sin necesitar nada más que creer en sí misma y en todo lo mejor que viene de sí misma?

«¿Y por qué tienes que ser tú?».

¿Hasta dónde el ego humano es capaz de soportar la carga proveniente del altruismo más puro, el cual serviría de canal a fuerzas mayores? ¿Cómo puede una energía de vibración tan superior transmitirse mediante un instrumento tan burdo y falible como un ser humano imperfecto?

«Porque alguien tiene que ser».

Todo eso atosigaba a Robert de Locksley aquel día, a punto de ceder su lugar al anochecer de dos estrellas. A su lado, sus capitanes lo acompañaban.

«¡Ellos maduraron!».

Pequeño John mantenía la misma expresión hermética de veinte años atrás, mostrando un rostro que superaba la simpatía fuera de la guerra. Will Scarlet sonreía a la muerte como si aquella fuera la última broma, la broma mortal. El pelirrojo Much, el herrero, traía su propia marca en la armadura y en la de cada una que caminaba en el cuerpo de un hombre allí.

«No, ellos están esperando las condiciones necesarias para eso».

Estaba *lady* Marion, la mujer que merecería formar parte de su vida en ese plano y en cualquier otro de Mantaquim, si es que ellos merecieran un lugar en un reino de hadas después de la muerte. Una mujer que sería capaz de luchar por él una vez más.

«El hecho es que no te perderé de nuevo».

Y de morir por mucho más que eso.

«No otra vez».

Y estaban sus huérfanos. Huérfanos como cada uno de los *merry men* que enloquecieron a los nobles tiranos en el condado de Sherwood.

«Hay hombres más jóvenes que tú para hacer lo que deseas hacer...».

Niños cuyas vidas les quitaron a los padres muy temprano, como se los quitaron a Snail Galford y a Liriel Gabbiani.

«No, existen hombres más jóvenes que yo esperando que los dirija en lo que quieran hacer».

El ejército de Stallia, formado por soldados de menos de treinta años, observaba a aquella banda de niños, crecidos o no, caminando hacia ellos, y el sentimiento de cada arquero no era el mejor sentimiento del mundo. No tenía que ver con la pureza que rodea a la creencia del soldado ni con la soledad que habita el corazón de un asesino.

Robert debía llevar a casi mil trescientas personas con él a ese último sueño, contando a los jóvenes armados y a las personas sencillas que se unieron a la lucha. Stallia debía tener unos setecientos soldados y, aún así, estaba en ventaja porque eran soldados de élite experimentados contra jóvenes en su primera guerra. Hombres bien entrenados, que harían llover flechas y decapitarían cabezas con facilidad. Aún así, aquella podría ser una lucha justa.

Porque mil trescientos idealistas inexpertos podrían conservar la esperanza y soñar con la victoria contra setecientos soldados bien entrenados.

El problema era aquel sonido.

El hecho fue que, incluso cuando detuvieron la marcha, todavía se escuchó una marcha en el campo de batalla. Y era el sonido de esa marcha el que todavía resonaba, incluso después de que los arqueros de Stallia se detuvieran en posición, lo que asustaba a Locksley y a su ejército. Porque ellos sabían de quién era aquella marcha. Y en el momento en que ellos aparecieron en el horizonte y exhibieron el estandarte, la libertad de un hombre, si dependía de una guerra, pareció cada vez más distante. Mucho, mucho más distante.

Pues esa marcha incesante provenía de Minotaurus.

Los jóvenes observaron al ejército de Ferrabrás aproximándose y aquello sí que les dio miedo. Eran unos dos mil hombres que avanzaban bien armados y bien protegidos, caminando como una sola masa de fuerza y energía bruta. Un ejército capaz de aplastar al menos dos veces al que caminaba en dirección opuesta, y sin esfuerzo.

El ejército de Locksley paró y observó temeroso. El de Minotaurus marchaba por

un lado de aquel claro, flanqueando al ahora pequeño ejército de Locksley que, en ese momento, se convertía en una mera tropa ante lo que observaban a su vez. Todos respiraron hondo y pidieron la ayuda del Creador por un milagro semidivino, o por un buen pasaje hacia la muerte.

Minotaurus tocó su corneta, anunciando la inminencia del ataque.

Los arqueros de Stallia armaron sus arcos.

El herrero Much se acordó de lo que había dicho a Locksley y a Pequeño John hacía días, que parecían demasiado lejanos a cada segundo.

«Antes de morir, mi padre había recibido la visita de Tuck. Y nuestro fraile es ahora un hombre diferente. Un hombre santo».

Entonces llegó la primera sorpresa de ese día.

«A partir de su visita, mi padre comenzó a creer que tú no morirías en aquella prisión».

Los arqueros de Stallia perdieron la orientación cuando, a una orden del líder de Sherwood, cerca de mil trescientos jóvenes soltaron sus armas, como si ya no soportaran cargarlas. Y el ejército de Locksley se desarmó en plena guerra.

«Porque él comenzó a creer en la fe».

Los arqueros detuvieron las flechas listas para ser disparadas y miraron a su comandante.

La orden fue que se armaran de nuevo.

«Comenzó a creer que existe un Creador que vela por nosotros».

Entonces, el segundo acto. A una sorprendente segunda orden, resonaron ruidos metálicos y las armaduras de guerra cayeron al suelo sobre la nieve derretida.

Y una vez más los arcos fueron desarmados. Y nadie supo bien qué hacer. El motivo era evidente y lo bastante fuerte para erizar el cabello del soldado más frío.

«La guerra endurece el corazón de los hombres».

Debajo de cada armadura, pintada en cada camisa, la bandera de Stallia estaba en el pecho de cada uno de aquellos niños. Incluso en el de Robert de Locksley.

«La ternura lo atenúa».

Y Stallia entendió que Sherwood no estaba allí para la guerra, sino para una propuesta de paz, difícil de ser rechazada.

«Y que, de vez en cuando, cuando lo merecemos, los milagros suceden».

El ejército de Minotaurus presente consideró el momento como una afrenta. Y sus comandantes estaban seguros de que no perderían a Robert de Locksley dos veces. No dejarían de impedir cuanto viniera de aquel hombre aquella vez. No dos veces. No más.

Una corneta de guerra emitió un sonido estridente. Y ante los arcos de Stallia que fueron bajados y no parecía que se levantarían de nuevo, las ballestas de Minotaurus

apuntaron hacia lo alto.

Y dispararon en dirección a los niños de Sherwood.

Aquel día el mundo giró despacio. Lo que ocurrió resultó tan extraordinario, que fue contado por bardos de manera infinita en cada nueva generación, muchos años después de que sucedió esta historia, pues lo que latió en el corazón de aquellos niños ese día no fue apenas una mezcla de fe, coraje y determinación. Era la desesperación de niños sin patria, implorando por una que los adoptara. De seres sin espiritualidad, implorando por un Creador que les probara su existencia. Y que les demostrara que, en verdad, todo aquello por lo que vale la pena vivir existe en la vida.

Locksley y sus capitanes veían al mundo corriendo de esa forma más lenta. Y en sus oídos escuchaban una música lírica, poética, tranquila. Tal vez la música perfecta para que una persona realizara un buen pasaje, si alguien un día hubiera tenido la intención, o la pretensión, de crear una música así. Un sonido semidivino capaz de hacer que el hombre creyera que, a veces, en la historia de la humanidad, algunas fallas pueden, sí, ser analizadas y comprendidas. Y, mientras hubiera esperanza, incluso corregidas.

«¿Crees en los “devas”, Robin?».

Ante una lluvia de flechas que subían, listas para descender en una parábola fatal, casi mil trescientas personas se arrodillaron y pusieron su vida en las manos de algo más grande que ellas. Un Creador. Una unión del sueño de miles de semidioses. Una plegaria de hadas. O quién sabe qué haya sido ese algo que dio vida a la humanidad. Al final, fuera lo que fuera, ellos esperaban por él aquel día, al punto de dar sus propias vidas por la prueba de esa existencia, en el mayor autosacrificio de la historia de aquella humanidad.

«Creo en los sueños. Pero no mucho en los milagros».

Casi mil trescientas personas, incluyendo a Robert de Locksley, se pusieron de rodillas.

Sólo una permaneció en pie.

Liriel Gabbiani extendió los brazos hacia arriba y los cruzó. Cerró los ojos. Y se esforzó, pero esta vez el dolor que antes venía de la frente vino desde el pecho. Y el mundo ya no sólo giró despacio. Lo hizo a otra velocidad, desde su interior y al mismo tiempo hacia adentro.

Y a través de ella.

«¿Entonces ella es nuestro milagro?».

Comenzó como una onda. Y esa onda generó reflejos. Liriel sentía cada flecha avanzando en dirección a una vida a sus pies, y sentía la responsabilidad que fluía a

través de ella, coordinada por la fe que movía cada latido de vida. Poco a poco las flechas parecían convertirse en estrellas. Astros que se tensaban y generaban combustiones con la implosión de sí mismos. Una energía generada en cadena que pasaba de un punto a otro a una velocidad y a una intensidad infinitas. Cada vez que esa intensidad aumentaba, ella creía que su cuerpo también implotaría, pero aun así ella se esforzaba.

«Muévela».

Y la movía. Liriel Gabbiani descruzó las manos por encima de su cabeza, abriendo los brazos y bajándolos hasta los muslos en un solo movimiento, entregando su destino también a algo más grande que sólo podía ser tocado por sentimientos manifestados por la voluntad e ilimitados por la fe.

Y fue así como los pasmados ejércitos de Stallia y Minotaurus vieron una lluvia de flechas afiladas y a velocidad creciente desviarse de casi mil trescientos corazones que latían vivos y latían con fuerza, como si no aceptaran ser verdugos de sus muertes ni clavarse como banderas alrededor de los arrodillados.

Sin tocar a ninguno.

«¿Por qué quieres tanto revivir esa sociedad secreta, negro? ¿Qué es lo que no me estás contando?».

Todo parecía ocurrir mucho más lento que la velocidad a la que corre el mundo. Y el sol se puso para ellos. Cuando cada una de las más de mil flechas se clavó en el suelo, los hombres se levantaron y caminaron hacia la tropa de Stallia. Con uno de ellos al frente.

«Porque él dependerá de nosotros».

Liriel, sin fuerzas, cayó agotada hacia atrás, y Snail Galford la tomó en sus brazos como si se tratara de la mujer más importante del mundo. Y allí permaneció de pie, sin importarle el resto del mundo.

Había centenares de personas caminando frente a él y otras miles armadas a su alrededor.

Snail Galford sólo veía a aquella en sus brazos.

Los soldados de Stallia guardaron sus armas y, a una orden de sus superiores, asumieron la posición de descanso, con las manos atrás, a la espera de la aproximación pacífica de sus enemigos.

Minotaurus ordenó que las espadas se desenvainaran para preparar un ataque frontal.

Locksley y su ejército no los miraron. Habían sido testigos de un milagro en aquel campo de batalla, y ese milagro reverberaría por el resto de la existencia sin importar lo que sucediera o lo que les quitaran, incluso sus vidas.

Sin embargo, los milagros no tienen límites.

Y aquel día, por más que ellos ya no esperaran nada más de su Creador, sucedió

un segundo milagro.

Fue cuando se escuchó otra vez una marcha. Sólo que esta vez Minotaurus estaba detenida y Stallia ya se había rehusado a luchar.

El sonido de la nueva marcha en el campo de batalla esta vez era mucho mayor y contundente que los anteriores. Más vibrante. Más poderoso. Más semidivino. Centenares de jóvenes descubrieron que no estaban listos para morir cuando comenzaron a llorar en pleno campo de batalla ante la esperanza de sobrevivir de aquel embate. Y de todo lo que venía con esa esperanza.

La justificación era magnífica.

Arzallum había llegado al campo de batalla.

Eran aproximadamente cinco mil hombres con armaduras de guerra y el estandarte de la espada que se cruzaba con un escudo, debajo de un dragón.

«Hoy soy un hombre libre, Tuck».

Cinco mil hombres capaces de aplastar al ejército que Minotaurus había creído suficiente aquella noche y aún a los arqueros de Stallia. Juntos.

«No, aún sigues encadenado a tus ideales».

Un ejército que anulaba al de Minotaurus en aquel campo de batalla.

«¿Y cómo me podría desprender de ellos?».

Un ejército que traía al rey de Arzallum y a la princesa de Stallia al frente, dispuestos a otorgar a Sherwood la libertad delante del imperio de Ferrabrás.

«Deconstruyendo».

Y fue así como Locksley caminó con sus niños a la libertad y, en sus oídos, aún escuchaba aquella música lírica, que tocaba su sueño. El sueño ante sus ojos en el momento que se arrodilló ante el comandante de Stallia, con humildad.

«Date cuenta de que Sherwood y Stallia no tienen que ser enemigos».

Y sus soldados hicieron lo mismo.

«Entiende que para liberar a Sherwood hoy no se necesita una revolución».

Y los soldados de Stallia hicieron lo mismo.

«Basta una evolución».

—¡Basta una evolución! —había dicho él.

Aquella frase resonaba en la mente de un Robert de Locksley libre, cuyas lágrimas en los ojos ante corazones pisando en la nieve decían más que lo que cualquier poeta podría expresar.

Y sin disparar una sola flecha, y sin matar a un solo hombre, el sueño del muchacho que robaba a los ricos para dárselo a los pobres, en busca de una forma de llevar justicia a su condado, comenzó a suceder.

«Eso me daría paz interna. Pero no traeríamos libertad a estas tierras con eso».

En sí mismo. En los hombres a su alrededor. Y en cada espíritu reclutado por él.

«La traeríamos si cada hombre siguiera el ejemplo».

Aquel día Minotaurus se retiró del campo de batalla y debió aceptar la derrota ante Arzallum. Una derrota que resonaría en el corazón de cada minotaurino dispuesto a volver a la guerra con un ejército que hiciera justicia a toda su fuerza y a la fama de esa fuerza.

Victon Ferrabrás y Helena Bravaria siguieron siendo amantes, cuyas mentes trazaban planes, listos para iniciar la que sería la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter.

Una vez más el mundo cambiaría.

De manera oficial, Sherwood fue considerada libre de cualquier intervención por parte de Minotaurus o Tagwood, y el condado se volvió territorio oficial del reino de Stallia. El primer ministro Charles Daveiz resultó destituido del cargo y encarcelado por sospechas de conspiración.

Y hasta que el rey Alonso Corazón de Nieve no estuviera en condiciones, Robert de Locksley fue nombrado, por voto popular, primer ministro de aquella nación, el cual comandaría sus pasos de acuerdo con el Parlamento y las decisiones de Blanca Corazón de Nieve, al mantener a Stallia como la primera nación de Nueva Éter en ser gobernada por un sistema parlamentario. El rey Alonso tomaría parte poco a poco en las reuniones del Parlamento y acompañaría el destino de su nación, pero Locksley sería para siempre su consejero y su principal representante ante un pueblo que lo amaba tan sólo porque existía.

John Tuck fue invitado a celebrar el matrimonio del rey y la reina por derecho de Arzallum, y mandó avisar que aceptaba. Quien le hizo la invitación fue un emocionado Robin de Locksley, que pedía permiso para estar en primera fila en la primera misa realizada en una Sherwood que ahora poseía una identidad y la merecía.

Dicen que el rey Alonso, cuando vio el vestido de boda de su hija, y cuando la vio probárselo, observó en su heredera todo aquello que mejor recordaba de su madre.

Blanca Corazón de Nieve se miró en el espejo que reflejaba su belleza. Y

reflejaba la belleza de todo lo que de ella venía. Y había sólo sonrisas en su rostro. A final de cuentas, debajo de su labio había un pequeño corte con el símbolo de #. Un símbolo que la ligaba por la eternidad con Anisio Branford. Una marca que establecía mucho más en su vida que la victoria sobre la muerte.

La princesa se convertiría en reina.

Al fin la niña había muerto y había nacido la mujer.

Y la princesa blanca como la nieve estaba lista para renacer de la piel de vidrio, convertirse en un símbolo para el mundo y traer un símbolo al mundo. Arzallum ya tenía su reina, pero tanto aquel reino como Stallia contaban con mucho más que eso.

Y dicen que cuando ella entró del brazo de su padre a la catedral de la Sagrada Creación para dar comienzo a la ceremonia nupcial, y cuando el vestido de novia más bonito que el mundo había visto caminó con ella, arrastrándose por la alfombra como un súbdito fiel, todos los presentes se levantaron y comenzaron a aplaudir. El detalle curioso era que, por más deslumbrante que estuviera Blanca Corazón de Nieve, y por más corazones que calentara sólo al desfilarse por aquel recinto, los aplausos resonantes de aquella catedral no eran para ella. Aunque la noche fuera de ella, los aplausos aún no le pertenecían.

Porque esos aplausos eran para el rey Alonso Corazón de Nieve.

En el altar, Anisio y Axel Branford, con los cabellos erizados y los corazones intranquilos, aplaudían como todos los reyes y como todos los representantes de reyes presentes. Hasta el propio fraile John Tuck, al lado de Cecil Thamasa, clérigo responsable de la catedral, también rompió el protocolo y aplaudió.

Porque aquella escena lo merecía.

Y cuando la princesa pasó de los brazos de su padre a los de su futuro marido, los aplausos no sólo no cesaron, sino que aumentaron de volumen. Fue el momento en que un frágil y emocionado rey Alonso agradeció las manifestaciones con gestos y hundió el rostro entre las manos.

Los ojos ya habían estado enrojecidos a lo largo de aquel corredor en una escena inolvidable, capaz de provocar risas y aplausos hasta en los corazones más fríos.

El motivo era tan simple como fantástico.

«El rey de las lágrimas de invierno» no paraba de llorar.

Existen varios corazones latiendo dentro del pecho de un ser humano.

Corazones de éter, de nieve, de invierno, de hielo. Corazones fríos en busca de sentimientos que los calienten, basados en sentimientos mucho más fáciles de ser cantados que en verdad sentidos. De manifestaciones humanas que extrapolan el concepto científico y promueven sensaciones y entendimientos que aproximan a aquel que es creado a su Creador.

Tales manifestaciones nacen primero de la duda promovida por el dolor y hacen

que el mundo parezca más chico de lo que es. Y también hacen que la vida parezca de ese tamaño. Sin embargo, ninguna persona debería creer que existe un tamaño para la vida o un tamaño para el mundo o para la energía que mueve a ese mundo.

Pues el hombre sobrevive por medio del trabajo, pero vive a través del sueño.

Y el sueño nace de sentimientos que sólo se pueden despertar a través de una búsqueda. Sentimientos que nacen de una respuesta para una duda que persigue a cada criatura proveniente de una creación. Una duda por la cual muchos hombres morirían.

Y muchos vivirían.

¿Pero quién sería capaz de morir o vivir por una pregunta y una respuesta?

La respuesta depende de la pregunta.

Pero depende mucho más de la propia respuesta.

Una respuesta a una duda ansiada por mortales y semidioses.

Una respuesta buscada por criaturas y creadores en diversos sitios donde no está.

Una respuesta capaz de cambiar al mundo.

«¿Cuántas guerras serán necesarias para que tengamos un poco de paz?».

Una: al final de todas las cuentas, sólo una.

En largas trincheras rodeadas por egos humanos.

Dentro de cada uno de nuestros corazones.



RAPHAEL DRACCON (Río de Janeiro 1981). Empezó su carrera profesional a los 16 años trabajando de mecanógrafo y editor para un diario local) y a sus 19 años comenzó en la Escuela de Cine, especializándose en la Escritura Cinematográfica.

A sus 20 años recibió una Mención Honorífica por parte de la *American Screenwriter Association* (ASA), por su primer guión, escrito en su primer semestre de universidad, para el drama *In Your Hands*. El guión fue enviado a Will Smith y a James Van Praagh, escritor de *best-seller* y productor de la serie de T. V. *Ghost Whisperer*, mediante Stuart Manashil perteneciente a la *Creative Artist Agency* (CAA).

A partir de los 21 se convirtió en un guionista, crítico de guiones y *script doctor* de varias productoras cinematográficas tales como *Intervalo Produções*, *Aquarela Filmes*, *Tonice Produções*, *Cinema Profissional*, *Idéia Prima*, *Bravo Studio* y *O2 Filmes*.

Todavía en la universidad, Draccon, escribió el primer libro de la saga de literatura fantástica *Dragões de Éter* y a la edad de 25 fue el autor más joven en haber firmado un contrato con la editorial, en español, Planeta de Brasil rodeándose durante 6 meses con sus mejores escritores.

Dos años después se convirtió en objetivo de la editorial portuguesa Leya, hoy la editorial más grande en lengua portuguesa del mundo.

El lanzamiento de la trilogía completa durante la *Biennial Book Fair of São Paulo* en 2010, excedió ampliamente la expectativa y se convirtió en la obra mejor vendida de

la editora en el evento.

Actualmente trabaja con productores y directores de cine y con editores de literatura tanto nacionales como extranjeros en el desarrollo de guiones audiovisuales y series literarias. También escribe la sección *Cavernas & Dragões* en el blog *Sedentário & Hiperativo*, uno de los blogs más representativos de la cultura pop en Brasil según los VMB (*Video Music Award Brazil*) de MTV.